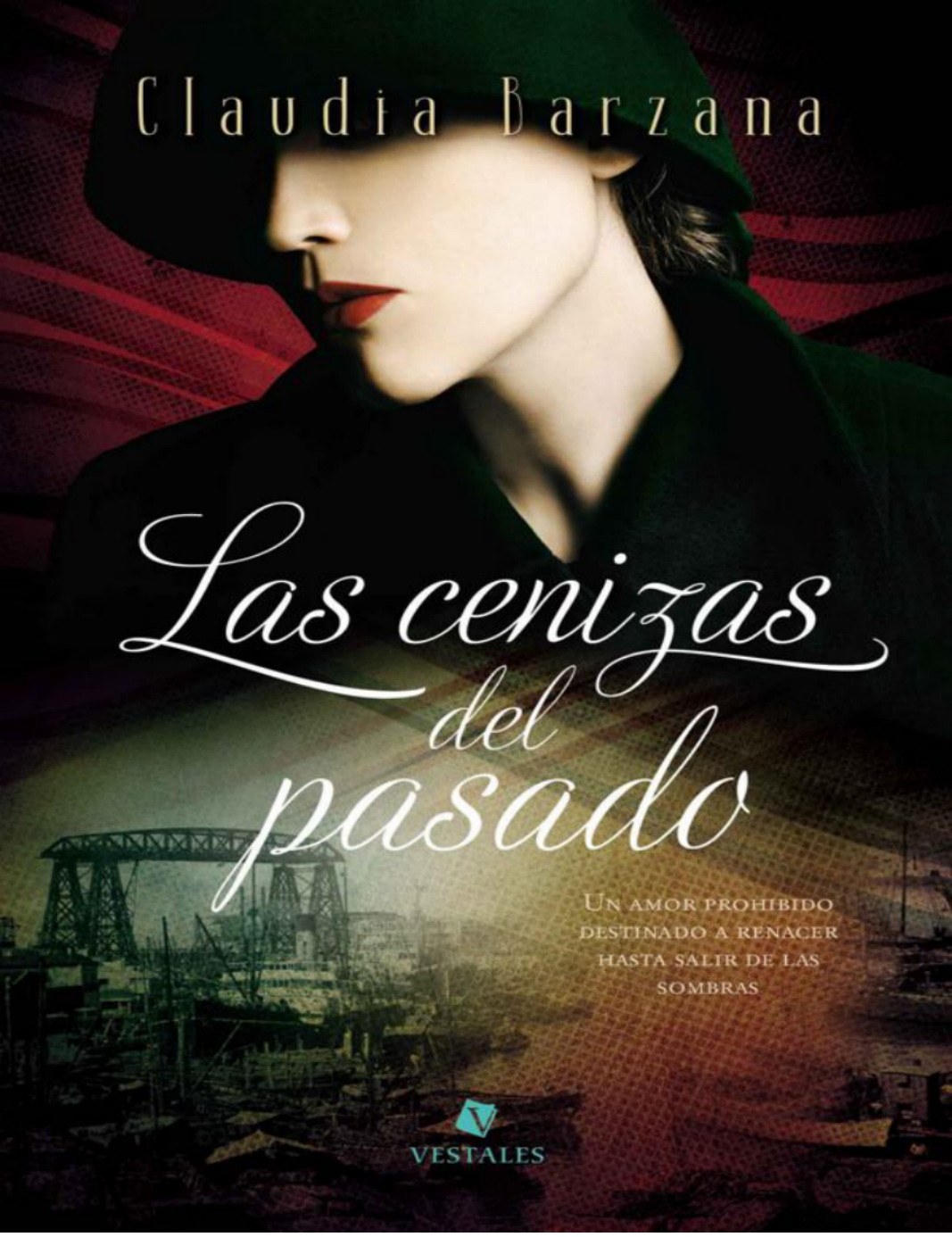
Claudia Barzana
Las cenizas del pasado
Un amor prohibido destinado a renacer hasta salir de las sombras
VESTALES

Barzana, Claudia
Las cenizas del pasado, 1.ª ed., San Martín: Vestales, 2021.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8944-13-5
1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. 3. Novelas Románticas. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2022.
© de esta edición: Editorial Vestales.
info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-8944-13-5
Primera edición en libro electrónico (epub): Diciembre de 2022
Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

El odio es la venganza de un cobarde intimidado.

George Bernard Shaw

PRÓLOGO

Londres, 1929.

La noche caía perezosa sobre la ciudad. Una densa bruma se elevaba sobre las calmas aguas del Támesis y confería una imagen fantasmagórica al paisaje. Una vez más, había elegido hospedarme en The Royal Horseguards. Desde la habitación del hotel tenía una imponente vista del río; a la vera, las farolas lo iluminaban, lo que me permitía contemplar todo cuanto sucedía en el corazón de Londres. Podía sentir de cerca la política de Westminster y del Parlamento. Durante la Gran Guerra había sido utilizado por el MI5, el servicio secreto inglés: había ocupado uno de los pisos con el personal para las tareas de espionaje. Parecía aún conservar esa mística de misterio en los muros que lo rodeaban. Los negocios me habían llevado por primera vez a la ciudad tiempo atrás, y se me había vuelto una costumbre regresar, aunque en esa oportunidad las circunstancias eran otras. La tradicional prosperidad del frigorífico familiar había cambiado. No solo las cuestiones políticas del país habían influido, sino también cuestiones internas. El viaje lo había hecho con el fin de estrechar algunos contactos y fortalecer mi lugar en la empresa, cosa que se complicaba desde que mi padre se había empecinado en tomar el timón del negocio. Por más que yo tuviera el aval absoluto de León, mi abuelo y fundador de la compañía, todo parecía ir en una pendiente, y lo único que me importaba era sacar a la empresa familiar adelante. No solo lo hacía por León, sino también por mí, por darle un impulso propio que se diferenciara del de mi padre. Aún nada estaba definido, pero sabía que él se estaba vinculando a algunos de los socios minoritarios para, de a poco, hacerse de las acciones que le harían mejorar su posición en el directorio. Se trataba de una cuestión de tiempo para que el sueño de desplazarme del negocio se le hiciera realidad. A esa lamentable situación habíamos llegado luego de casi una vida llena de ausencia y abandono. Él había vivido la suya olvidándose de que yo era su hijo. Los permanentes viajes que él hacía por el mundo y la vida alocada que había llevado no le permitieron hacerse cargo de mí ni de la empresa. Mi abuelo, pese a todo, nunca lo había dejado de lado, con la esperanza de que cambiara y de que pudiera ocupar de manera sensata la dirección del frigorífico. En tal sentido, las desavenencias se profundizaron a medida que fui creciendo de la mano de León. Con él viví gran parte de mi vida y aprendí todo lo que sé. Siempre se preocupó de que nada me faltase estando presente cada vez que lo necesité. A pesar de los años transcurridos, las decisiones importantes nos la consultábamos. Este viaje ha sido una de ellas, ya que lo planeamos juntos con el objetivo de lograr apoyo económico para darle otro impulso y flujo comercial al frigorífico. En eso me he enfocado durante las largas jornadas que llevo aquí. Hasta el momento, no había hecho grandes

avances. Aún no logré sacarme de la cabeza la reunión mantenida esta mañana con unos inversores. Concurrí hasta el corazón de la ciudad en donde estaba la oficina de la firma Evans y Asociados. Con una decoración distinguida y elegante, aguardaban por mí en una sala de reuniones. Sabía que debía llegar a horario para no causar una mala impresión.

—Nogués, no estamos en la mejor situación para darle el apoyo que necesita. Nadie nos asegura que los brotes de aftosa no resurjan y, en ese caso, de nada sirve la buena voluntad que tengamos o la cordial relación que por años hemos mantenido con ustedes —dijo Jack Evans.

—Lo sé, pero de algo han servido las misiones que su gobierno, de modo sorpresivo, ha enviado a Buenos Aires para controlar que las condiciones sanitarias sean las óptimas. Por no contar con las invitaciones que la Sociedad Rural, de la que soy parte, ha gestionado para que varios parlamentarios ingleses concurran a mi país y verifiquen el estado de nuestras tierras y de la hacienda.

—Nogués, ¿cree que el embargo que los Estados Unidos ha implementado contra su país es una decisión sin sentido?

La contestación del gobierno argentino a esa medida proteccionista no fue empeorar las relaciones con los Estados Unidos, sino mejorar las condiciones con el mercado británico, que, sin dudas, era la mayor competencia. Por eso, mi viaje tenía relevancia, y esperaba que las condiciones dadas jugasen a mi favor.

—No, pero a ellos les conviene también mantener el monopolio de la carne y asegurarse los cupos en el mercado europeo. Luchan con ustedes por eso. Pero no he venido hablar sobre la actitud estadounidense, que es algo que nos excede.

—Sin embargo, no puede soslayar que la situación en su empresa ha cambiado o, al menos, eso nos lo hizo saber su padre. Parece que se está rearmando y que, en esa nueva estructura, usted estaría fuera.

Intenté, por todos los medios, dejar a un costado la ira que corría por mis venas y continuar dialogando como si nada de lo dicho me afectara. Me molestaba que no vacilara en destruir nuestra firma con maledicencias solo para quedarse con ella.

—Más allá de algunas desavenencias que hay entre nosotros, somos una familia que lucha por seguir adelante con el negocio familiar. Como usted sabe, los conflictos en las empresas familiares son más comunes de lo que uno cree.

No sabía si los había convencido, pero al menos me habían escuchado con atención.

—Tiene razón. Sin embargo, deberá entender también que quienes invertiremos seremos nosotros y que pretendemos hacerlo con cierta garantía.

—De mi parte la tienen. Por supuesto, también del socio fundador, León Nogués. Nosotros hemos atravesado diferentes situaciones a través del tiempo. Algunas se han referido al cambio en las condiciones ofrecidas por el país; otras, a cuestiones como usted dice familiares referidas a la conducción de la empresa. En todos los casos, sin embargo, nos hemos mantenido liderando el negocio y siempre hemos salido adelante. Puedo asegurarles que, esta vez, no será la excepción. No ha sido fácil lidiar con los frigoríficos de capital inglés instalados en mi país ni tampoco con los estadounidenses. No creo que necesite que les cuente cuán difícil es luchar contra la posición monopólica que pretenden instaurar.

—Pueda que en ese punto tenga razón —agregó uno de ellos—, pero también debe pensar que el negoio que nos propone debe ser lo suficientemente atractivo para cerrar un trato con su empresa y no con la de alguna de nuestros compatriotas.

Asentí sin darme por aludido, entendía que ellos también buscarían sacar mejor rédito a la propuesta que le estaba haciendo.

—Lo pensaremos —terció otro—. Puedo certificar que, si no fuera por tanto por la gestión de León Nogués, como por la suya, nosotros habríamos perdido el interés en su firma. Solo nos resta hacer unos cuántos números y ver las condiciones que nos ofrecen.

—Me quedaré una semana más antes de regresar a Buenos Aires. Ese es el tiempo que tienen para definir las condiciones de mi oferta.

—Está bien, antes de que se vaya tendrá nuestra contestación.

Así había comenzado mi día. Me sentía empantanado sobre el futuro, algo que me costaba asimilar. El arduo trabajo –que lograba concretarse– me estaba pasando factura. Me serví mi segunda copa de whisky sin apartarme del cristal de la ventana. Debía hacer que mi mente no continuase girando sobre lo mismo y calmarme. La visión de las aguas que tenía frente a mí me daba cierto sosiego. De a poco, esa imagen comenzó a difuminarse, ya no debido al alcohol que estaba bebiendo, sino a la espesa niebla que engullía la luz de las farolas ubicadas a la vera del río. A las pocas horas de sueño que acarreaba, se sumaba la preocupación sobre cómo continuaría todo. Eso no dejaba de agobiarme. De a poco todo comenzó a detonar en mi interior. Una fuerte somnolencia ganó mi cuerpo cayendo en una profusa oscuridad.

* * *

—No te alejes —dijo León al ubicarme en un lugar de privilegio frente al desfile militar que marchaba frente a mí—. Debo hablar algo importante con alguien, quédate aquí que ya vuelvo.

No pensaba desobecerlo, porque había añorado estar allí para contemplar uno de los tantos desfiles militares que se habían organizado durante los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo. No había podido concurrir a los otros que se habían realizado a lo largo de la ciudad y que habían sido de importancia, pero mi fuerte insistencia por presenciar uno de ellos hizo que mi abuelo me llevara. No dejaba de contemplar con fascinación el paso redoblado de los soldados al compás de la marcha militar. No recuerdo el tiempo que permanecí parado, pero sí fue el suficiente como para disfrutar del desfile. El espectáculo brindado tenía seducida a la concurrencia. Yo no me había movido del lugar en el que me encontraba, algo difícil de lograr por mi espíritu inquieto.

—Gerónimo, venga conmigo que su abuelo lo espera en el automóvil para dejarlo en la casa.

No quería irme aún, pero tampoco podía jugar con mi suerte. Mi insistencia me había llevado ahí, no quería tensar demasiado la cuerda.

—Gerónimo —dijo al verme León—, debo irme. Oscar te llevará a la casa.

—¿Adónde vas?

—Debo ir al frigorífico.

—Llévame.

—No es el momento, estoy complicado por el trabajo.

—Dices siempre que algún día me haré cargo del negocio; quiero ir.

La sonrisa de León había sido la perfecta respuesta a mi pedido.

—Oscar —dijo al chofer—, iremos directo a la empresa.

—Sí, señor.

En el trayecto hasta llegar al frigorífico, León me relataba por dónde íbamos. A un lado se encontraba el Riachuelo y las construcciones de algunas fábricas se asomaban al camino por el que transitábamos. En cada viaje que hacíamos juntos, había algo nuevo que me contaba. Él había pasado toda una vida dentro de ese negocio. Esperaba que yo también lo hiciera, por eso no dejaba pasar alguna oportunidad para hablarme sobre temas que, a mi corta edad, podían interesarme sobre la firma que él manejaba. El chofer acababa de dejar el vehículo a un costado del frigorífico.

—Aguarda dentro de mi oficina que debo hacer algo antes.

Sin esperar que me dijese algo más, me lancé a la corrida para ingresar y jugar con todo lo que había allí dentro. Esa vez, no sería como otras en la que el personal en pleno estaba pendiente de mí al verme. Algunos pocos empleados deambulaban por allí. En el camino hacia el despacho de mi abuelo, no vi a alguien que me detuviera. Quizá las celebraciones y festejos que se hacían en la ciudad posibilitaban que toda la gente pudiera concurrir tanto a los desfiles como a otros acontecimientos organizados por el Gobierno. Parecía que la empresa se había transformado en un lugar fantasma. Eso lo volvía intrigante y le daba mayor entusiasmo a mi incursión. No recuerdo el tiempo que estuve allí, pero sí el momento preciso en que una bruma gris comenzó a envolver el lugar. Nada de lo que veía o sentía parecía producto de mi imaginación. Mi garganta comenzó a secarse y, poco a poco, mi respiración comenzó a alterarse y agitarse. Mis pulmones no reaccionaban frente al humo gris que me rodeaba. Lenguas de fuego comenzaron a asomar por doquier, arrasando todo cuanto estuviese a su paso. El sonido de los cristales quebrarse se volvió aterrador. Mis gritos para pedir ayuda y salir de allí se ahogaban ante el crepitar de las llamas.

No quería que ese fuego me envolviese, quería salir de ahí cuanto antes.

No podía.

Era imposible.

Los alaridos desesperados de aquella mujer que, como yo, estaba atrapada allí dentro cubrían los míos. Ya no podía respirar. Caí. Esperaba que el fuego me devorara al fin.

* * *

Con un grito ahogado que emergió desde mis entrañas me desperté. Una vez más, habían regresado los recuerdos del incendio que viví con apenas siete años. Creía que había logrado disiparlo en el tiempo, pero estaba equivocado. Cada tanto esa pesadilla me asaltaba para recordarme que era un milagro que estuviese vivo.

Capítulo 1

La dama ignota

Diciembre de 1929.

El atardecer se apagaba sobre la ciudad junto a la frenética actividad de los londinenses. A pesar del horario, Gerónimo debía cumplir con un último compromiso, aunque a esa hora del día dudaba de poder hacerlo. Volvió a mirar el reloj de pulsera y constató que contaba con el tiempo suficiente para vestirse de gala, como lo indicaba la invitación, y llegar a tiempo. La experiencia le había enseñado que, en muchas oportunidades, los mejores negocios nacían en fiestas o en reuniones sociales. Esa era una ocasión que no podía dejar pasar, más allá de las ganas que tenía de quedarse en la habitación tomando una copa.

Abordó el automóvil que aguardaba fuera del hotel y enfiló hacia Belgravia, un barrio cercano, lo que hacía que no tuviera que atravesar la ciudad ni luchar con el tránsito. De a poco, asomaron a su paso las elegantes y lujosas residencias, muchas de ellas con elegantes terrazas de estilo clásico. La zona era tranquila; la sofisticada distinción de las residencias la habían convertido en la favorita de las embajadas. De camino, atravesó la plaza Eaton; entonces supo que estaba por alcanzar su destino.

—Llegamos —anunció el chofer—. Si necesita que lo recoja más tarde, avise al hotel y aquí estaré.

—Muchas gracias —respondió antes de pagar y abandonar el automóvil.

Desde afuera se podía escuchar el murmullo de las voces confundida con la música. No era el único que llegaba a esa hora. No bien se asomó por la puerta, el dueño de casa se acercó para darle la bienvenida.

—Nogués —saludó Juan Richelet—, creí que no vendrías.

—No iba a perderme esta invitación.

No lo decía de mero compromiso. No quería fallarle al anfitrión. Solo que ese tipo de reuniones formales no le atraían, le parecían aburridas, más cuando estaba lidiando con otras preocupaciones.

—Debo avisarte que no te convenía hacerlo —comentó en voz baja—. Aquí hay personas que pueden interesarte para tu negocio —agregó mientras

tomaba una copa de champaña con el invitado.

—Lo sé, y debo agradecerte la gestión que estás haciendo desde aquí en favor de nosotros.

—Si acepté ser agregado agrícola en la Embajada argentina, no lo hice para pasarlo bien en Londres, sino porque tengo un compromiso con nuestro país. Además, la cuestión comercial de la carne y los frigoríficos está muy complicada.

Desde allí, él se encargaba de hacer trámites. El intercambio con el embajador del Reino Unido en Argentina, Malcolm Arnold Robertson, era intenso: gestionaba los acuerdos no solo de las carnes, sino también los de los ferrocarriles, que se perfilaba como uno de los negocios más pujantes entre ambos países.

—Si quieres, te cuento cuánto —replicó Gerónimo.

—Lo sé, aunque estoy convencido de que el temporal que ha provocado la aftosa con nuestra hacienda, junto al lamentable el estado de los campos, debe revertirse. No puede continuar de este modo. No es imposible recuperar el nivel de exportaciones que nos están arrebatando. Habrá que pelear desde distintos frentes y el diplomático es uno de ellos. Por lo menos, el mío.

—Eso espero y, como te imaginarás, yo he venido con ese fin. Al menos en lo que respecta al negocio familiar.

—Aún no he dado mi toque de gracia —comentó Richelet.

—¿A qué te refieres?

—Al libro que publicaré como parte de la campaña en la me he embarcado para demostrar que nuestra carne es tan o más valiosa que cualquier otra. Creo que el título lo dice todo.

El anfitrión creía que una forma de combatir los daños colaterales que la fiebre aftosa le había provocado a la fama de las carne vacuna de la Argentina, junto a las restricciones que se le habían impuesto para la comercialización por distintos mercados, era realizar una campaña de publicidad para recordar las bondades de la tierra y del ganado argentinos.

—¿Cuál es? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Se llama *La defensa de la carne argentina*, no podía ser de otro modo.

—Ansío que todo el empeño que pones y la ardua tarea que hacemos

desde Buenos Aires den frutos.

—Así será, aunque, amigo, no todo en la vida son los negocios. Ven, que te presento a algunos de los invitados.

Los asistentes estaban ubicados en pequeños grupos mientras disfrutaban de una copa de ponche o de champaña junto a los bocaditos de salmón, caviar y ciervo que ofrecía el personal de servicio. Alrededor de una impactante chimenea de mármol rosa, se congregaban algunos invitados que bebían y hablaban sobre diferentes temas. Las conversaciones eran triviales, nadie se manifestaba de manera afiebrada sobre política, como solía suceder en los encuentros que se hacían en el Jockey Club y en la Sociedad Rural en Buenos Aires, de la que Gerónimo formaba parte. Allí cada uno defendía su postura sin ningún tipo de miramiento. La cuestión del campo, el ganado perdido por la aftosa, la disminución de las exportaciones de carne y de granos eran temas recurrentes que sacaban de quicio a más de uno. Giró hacia un costado: allí estaba Oliver, quien se aproximaba no bien lo localizó. La presencia de su amigo inglés en la velada era un aliciente para la acartonada reunión.

—Supe que habías llegado hace un tiempo a la ciudad y aún no te has dignado a visitarme —señaló Oliver con una copa en la mano—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿me creerías si te dijera que pensaba comunicarme contigo antes de irme?

—La verdad que no —respondió sonriendo.

—Haces bien. Debes saber que no he parado desde que llegué. Esta vez, me aboqué de lleno a gestionar reuniones y encuentros para ver si logro algún incentivo para el frigorífico.

—Solo excusas.

—A tu salud —replicó Gerónimo para brindar con su amigo.

La relación de amistad que mantenían se debía a los asiduos viajes que Gerónimo realizaba a Londres. Frecuentaban el mismo grupo de conocidos y, alguna vez, Oliver había viajado a la ciudad de Buenos Aires. Ambos habían disfrutado de la compañía femenina y de las salidas a las que Gerónimo lo tenía acostumbrado. No solo se había deleitado con los paseos en la ciudad, sino también con las visitas a la estancia La Elegida, en la que habían pasado más de una noche. Cuando iba el campo, no dejaba de asombrarse por la extensión de las tierras. Ver desde la galería del casco de la estancia la inmensidad del terreno lo sobrecogía. Oliver no estaba acostumbrado a la

vasta amplitud de los predios. Los ingleses debían conformarse con trabajar unas pocas parcelas de tierra habitadas por algunos animales. Con ese panorama, se trataba de hacer algún milagro y salir a competir en el mercado exterior.

—¿Cómo está todo por allá?

—Un tanto complicado. Me refiero a nivel general, ¿o quieres que te especifique más?

—Te preguntaba sobre el tema familiar —respondió Oliver.

—La cuestión con mi padre es insostenible. Y puedo asegurarte que eso complica más aún el tema dentro de la empresa.

—Era solo cuestión de tiempo que sucediera, y lo sabes.

Oliver estaba al tanto de la discordia que, desde larga data, teñía el vínculo padre-hijo. En alguna oportunidad, había visto a Santiago y pudo vislumbrar que el trato con Gerónimo distaba mucho de ser una próspera relación filial.

—Es así. Sin embargo, creía que el paso del tiempo podía atemperar nuestras diferencias, pero me equivoqué. Te diría que los años acentuaron las desavenencias hasta tornarlas casi irreparables.

—No se entiende cómo tu padre, que es quien debería comandar la situación, no reflexiona sobre el débil lazo que tiene contigo para recomponerlo. Es inadmisible.

—Ya te lo dije: todo empeora día a día.

—Es una verdadera lástima.

—A esta altura, no sé si lo es.

—Deberías dejar que esto lo arreglen tu padre y León. Estás en el medio de un vínculo que no podrás enmendar. Creo que es responsabilidad de ambos solucionarla.

—Te equivocas, yo estoy tan involucrado como ellos en todo esto. Mi padre sabe que León está alcanzando una edad que indefectiblemente lo dejará a un costado —aseguró Gerónimo.

—Pero él continúa manejando casi todo.

—Ahora lo hace a través de mí y es eso lo que dificulta aún más el

vínculo.

Habían sido constantes los conflictos familiares. En el fondo, lo que más le dolía a Gerónimo era que la pelea con Santiago Nogués no era por ganar su cariño, sino por hacerse de la empresa sin importar las consecuencias.

—Pero no pienso aguar esta velada hablando de mis cuestiones personales. ¿Cuándo vendrás a Buenos Aires?

—No bien pueda, lo haré, pero sabes que mis actividades me atan cada vez más.

Sin lugar a dudas, la carrera diplomática que Oliver había iniciado años atrás le estaba dando frutos. Al fin había logrado lo que tanto había soñado y por lo que venía luchando. La política, las relaciones internaciones y los viajes eran la combinación perfecta para él.

—Igual quiero que nos veamos fuera de esta velada, antes de que te vayas.

—Dalo por hecho.

Algo distrajo a Gerónimo. Una joven se había asomado por el salón. Su sola presencia resultaba hipnótica. Se notaba que no buscaba llamar la atención y era justamente eso lo que la hacía más visible. El pálido rostro, enmarcado con el cabello oscuro que le caía en ondas hasta los hombros, se iluminaba con el destello de los ojos color verde. Era imposible no reparar en ella al verla caminar enfundada en un vestido marfil que se acomodaba a sus perfectas curvas. El impacto fue mayor cuando giró para tomar una copa y la espalda le quedó al descubierto hasta un pequeño moño negro que cerraba la terminación del profundo escote del vestido.

—Amigo, creo que te equivocas, porque estás mirando hacia el lado desacertado —susurró Oliver.

—¿Por qué lo dices? —replicó Gerónimo sin dejar de contemplarla.

—Ella es inaccesible.

—¿Está comprometida?

—No que yo sepa, pero de igual modo eso no facilita la situación. Puedo asegurártelo.

Lo único que Gerónimo quería escuchar era que la joven no estuviese con alguien en particular. El resto poco le importaba.

—Si quieres, puedo ponerte al tanto de lo poco que sé.

—No es necesario; me gustaría saber de su boca todo lo que a ella respecta.

—Bien, en tal caso, me queda desearte suerte. No creas que no he intentado acercarme a ella las veces que la he visto, pero te aseguro que no he podido avanzar. Parece ser infranqueable.

—Eso me gusta.

—Siempre te han gustado los desafíos.

—Tienes razón.

—Solo te diré que posees algo en común con esa mujer.

—¿Sí?

—Nació en Buenos Aires, como tú, aunque por cuestiones familiares ha viajado por el mundo durante gran parte de su vida.

—Lo tomaré como un punto a mi favor.

Gerónimo dejó de escuchar a Oliver. Poco le importaba lo que le decía. Despacio, se fue alejando del grupo de personas con las que estaba conversando para ir en busca de la dama ignota.

—Parece que no soy el único que preferiría estar en otro lado a permanecer aquí.

La joven se sorprendió de escuchar su lengua materna en una gala en donde la mayoría de los invitados eran de habla inglesa. Hacía mucho tiempo que ella y su familia habían partido de la ciudad de Buenos Aires, que habían abandonado el país. Solo había regresado en esporádicas oportunidades por alguna cuestión puntual.

—No es lo apropiado que debe decirse cuando uno concurre a una gala con personal diplomático —indicó al mirarlo.

—Tienes razón, pero soy de los que prefieren decir las cosas sin rodeos. Y en verdad llamaste mi atención en cuanto te vi ingresar.

Un leve sonrojo cubrió las mejillas de la joven y eso la hizo más adorable aún.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿entraste sola?

—No creía que tuviese que estar con alguien —comentó sin dejar de mirarlo por encima de la copa que bebía.

—No lo he dicho en ese sentido, sino para asegurarme de que nadie nos molestará.

Si bien ella estaba acostumbrada a conversar en distintas reuniones sociales, no solía ser frecuente conocer a alguien tan descarado. Lo peor era que no le molestaba.

—¿A qué te dedicas?

—No he venido aquí debido a mi actividad, sino que he suplido la invitación que fue cursada para mi padre. No pude negarme a hacerle un simple favor.

—Entonces habrá que agradecerle ese pedido.

Ella volvió a sonreír ante el avance que en pocos minutos él hacía.

—Debo suponer que él pertenece al entorno diplomático entonces.

—Así es.

—Y también que no te gusta hablar de ti.

—En eso también tienes razón —agregó con una tibia sonrisa.

Ella no añadió que detestaba ese tipo de reuniones porque eran aburridas, tediosas y casi siempre se hablaba de lo mismo. Nadie se mostraba más allá de las formas impuestas. Parecía que todo estaba perfectamente diagramado sobre qué decir y cómo comportarse, ya que había un código implícito para conducirse. Tampoco le comentó que estaba allí porque no le había quedado otra alternativa que asistir y que, si hubiera podido evitarlo, lo habría hecho. Incluso cuando sabía que, durante un largo tiempo, no volvería a concurrir a este tipo de ágapes. Por más que la joven hubiese crecido en ese ambiente, su mundo era uno distinto. Sin embargo, el hombre que tenía enfrente no le resultaba similar a ningún otro que hubiera conocido en esa clase de reuniones. Parecía haberse dado cuenta de que a ella le molestaba hablar por demás. Inclusive agradecía el silencio que se había instalado entre ambos. A pesar de ser una joven habituada a vivir en distintos lugares y conocer a varias personas, no se sentía cómoda hablando de sí misma. Estaba acostumbrada a pronunciar pocas palabras y saciar, de ese modo, el interés ajeno que surgía en un simple encuentro social. Hasta ahora le había resultado. De inmediato, sintió el roce de los dedos de él sobre los suyos. No tuvo tiempo de decirle algo más porque fue conducida a través del recinto.

—No me niegues esta pieza —susurró.

A unos pocos pasos de donde se encontraban, se abría un amplio salón rodeado de columnas jónicas que invitaban a que los asistentes se sumasen a danzar al compás de la banda que tocaba. Varias parejas se habían lanzado a la pista para bailar al ritmo de la música. En pocos segundos se vio envuelta en los brazos de él, que la guiaba con destreza. No iba a confesarle que la música era una de sus pasiones, que la calmaba cuando las cosas no salían bien y necesitaba sosegarse. Los dedos de él se posaron justo en la parte baja de la espalda, donde finalizaba el escote. Cierto estremecimiento le cruzó el cuerpo ante el leve roce de la mano que la sostenía. No necesitaba más para guiarla por la pista de baile.

—Aún no me he presentado —murmuró al oído de la joven.

—¿No crees que es demasiado tarde para hacerlo?

—No cuando estoy frente a una dama.

Él se distanció para fijar los ojos en los de ella y agregó:

—Gerónimo Nogués, un placer conocerte.

Un fuerte escalofrío le corrió a través de todo el cuerpo. Por más que quisiera demostrar que no le había afectado escuchar ese apellido, no pudo. Solo bastó ver el modo en que él la miraba para saber que la había descubierto. Ella pensaba continuar hasta finalizar el baile y alejarse de él. Y fue lo que sucedió poco después.

—La pieza ha terminado —expresó para poner fin no solo al baile, sino al encuentro.

—Tienes razón. Es mejor ir por algo para beber.

Ella supo que no sería fácil desentenderse de él sin alguna explicación. Ambos se dirigieron hacia un costado del salón. Muy pronto, tuvo una copa de champaña en las manos.

—No suelo provocar este impacto cada vez que me doy a conocer. Te aseguro que me encantaría ocasionarlo frente a alguien que me interesa, pero no creo que sea este el caso. Hasta donde sé, no nos hemos cruzado antes, porque, de haber sucedido, te recordaría.

—Tienes razón.

—¿Entonces?

—No piensas abandonar el tema, ¿verdad?

—Así es.

Ella tomó un sorbo ante la atenta mirada dorada de él. Los ojos color miel destellaban a medida que los minutos transcurrían. La curva de una de las cejas se le había desplazado hacia arriba en un gesto de expectación por lo que ella fuera a contestarle y los labios se le mantenían húmedos debido a la champaña que bebía. Los hombros, junto al resto de la amplia contextura física, simulaban estar relajados, pero no era así; ella lo percibió de inmediato.

—Hasta donde recuerdo, en mi casa no se han acordado de tu apellido del mejor modo.

Ella no pensaba especificar ni dar detalles sobre lo que su padre le había mencionado respecto a la familia Nogués hacía tiempo atrás. No había habido ningún elogio hacia ellos y no quería ser tan desagradable de mencionarlo. Por otra parte, no se había imaginado cruzarse con algún miembro de esa familia, menos aún a la distancia a la que se encontraba de la ciudad de Buenos Aires.

—Te refieres a los dichos de tu padre.

Ella asintió antes de beber otro sorbo de la copa.

—Debo confesarte que quizás esté de acuerdo con las manifestaciones de tu padre en referencia al mío.

Casi se atragantó mientras escuchaba lo que él le decía. Ella nunca imaginó semejante confesión y, por un momento, sintió que el alma le volvía al cuerpo. Hacía tiempo que un joven no le intrigaba tanto como Gerónimo. Sin dudas, esa noche para ella tenía un sabor especial, por lo que pensaba disfrutarla y no echarla a perder.

—No he mantenido hasta la fecha una buena relación con mi padre. Tampoco me extraña que se haya hecho de algunos enemigos en el curso de su alocada vida. Puedo asegurarte que estoy acostumbrado a eso.

—Me has dejado sin argumentos —agregó desconcertada.

—Si es así, podrías comenzar por presentarte, aún no lo has hecho. Deseo saber tu nombre.

—Tienes razón; soy Juana Bustillo.

La mente de Gerónimo daba vueltas para descubrir algo especial en

aquel apellido. Quizás él también podía hallar alguna referencia al respecto. A pesar de su buena memoria, no recordó nada referido a esa familia, nada le vino a la mente. Concluyó que sería una persona más que no se había ganado el afecto de Santiago Nogués, y no la culparía por eso.

—Un placer conocerte —musitó al acercársele —. A pesar de lo que has dicho, y de cierto resquemor hacia mí, no dejan de ser comentarios de nuestros padres, como tantos otros. No tiene por qué afectarnos nada de eso, ¿o sí?

La joven asintió sin aclarar el fuerte vínculo que la unía a su padre y que poco tenía que ver con la relación de Gerónimo con el de él.

—Tienes razón.

—¿Otra copa?

—No, gracias.

Él contempló a su alrededor. Notó que algo estaba cambiando. Algunos invitados saludaban y buscaban los abrigos para retirarse del lugar.

—Por lo que veo, la reunión está llegando a su fin.

—Una vez cumplido el tiempo previsto para el ágape, ya no quedará nadie aquí. No se extiende más del horario fijado en la invitación.

Eso era también lo que hacía que él detestara aquellas reuniones donde la espontaneidad para beber más, conversar de cualquier otro tema o quedarse bailando y disfrutando de una buena orquesta quedaba relegada a un costado debido al cumplimiento de ese estricto protocolo.

—Vamos, entonces.

—Gracias, pero puedo pedir un coche para irme de aquí.

—Lo sé, pero no pensaba llevarte a tu casa, sino invitarte a cenar a algún otro lugar.

Como siempre, ella analizó cuánto podía perder si hacía lo que tenía ganas. Nada, porque esa noche era diferente para ella y él no tenía por qué saberlo. No había probado bocado y llevaba algunas copas de champaña ingeridas. Creyó que sería una buena idea retirarse de allí en compañía.

—Acepto —contestó con una amplia sonrisa.

Él aguardó a que ella buscase el abrigo negro que la cubría en esa noche

desapacible. Un automóvil los recogió en la puerta de la residencia una vez que se despidieron del anfitrión y de algunos conocidos. Poco se podía divisar a través del vidrio de la ventana del vehículo debido a la constante llovizna que acababa de desatarse.

—Creo que sería mejor suspender la cena.

—¿Lo dices por la lluvia?

Él supo que ese no debía ser el motivo. En el poco tiempo que había compartido con ella, había vislumbrado que no era impulsiva. Haberle dado unos pocos minutos para reflexionar había sido un verdadero error.

—Si me dices que se te ha ido el apetito por todo lo que has comido en la reunión, lo acepto y te llevo a tu casa.

—Estuviste ahí y sabes que casi no hemos probado bocado.

—Entonces, no hay excusas, ¿o sí?

—¿Siempre eres tan insistente?

—Puedo decirte que pongo empeño en todo lo que me interesa. De pequeño me acusaban de terco y obstinado. En estos momentos, no lo tomo como un defecto —agregó con una sonrisa.

A pesar de la opacidad del vidrio, los haces de luz de la calle se filtraban como flechas dentro del habitáculo. Así, descubrió que estaban cerca de Covent Garden. Minutos después, el coche se detuvo en la vereda del restaurante Rules. De inmediato, asomó un colaborador del lugar con un paraguas abierto para evitar que los comensales ingresaran empapados.

—Supongo que lo conoces —esgrimió al ayudarla a descender del vehículo.

—Así es, aunque no suelo venir con asiduidad.

El recinto contaba con arañas que pendían del techo e iluminaban las paredes enteladas de las que colgaba una gran variedad de cuadros. Cada tanto asomaba la cornamenta de algún ciervo, producto de la afición de los ingleses por la caza. La mesa destinada para ellos estaba ubicada en un reservado a un costado del salón.

—Veo que los negocios no te han imposibilitado encontrar un buen lugar para comer.

—He viajado a la ciudad en otras oportunidades, y puedo asegurarte que

me he equivocado más de una vez al elegir un restaurante.

La conversación fue interrumpida por el camarero, quien quería saber el menú elegido.

—Si conoces tan bien el lugar, ordena por mí —sugirió Juana.

Él no dudó en pedir una entrada con ostras y, como plato principal, un pastel de carne. Ese menú incluía la especialidad del lugar.

—¿Hace cuánto que estás aquí, en Londres?

—Los últimos dos meses he estado aquí, aunque, como verás, no suelo salir tanto —respondió ella.

—Quizá la compañía de tu padre en la ciudad hace que solo compartas reuniones familiares.

Él esperaba que esa fuera la razón y no porque estuviera en compañía de alguien, a pesar de lo que le había asegurado Oliver. Con el carácter reservado que demostraba tener, sería difícil saber más de lo que Juana no deseara decir.

—Veo que tu curiosidad no se detiene.

—Te confesé lo obstinado que era.

—El motivo por el que vine aquí ha sido para visitar a mi padre. Él ha estado trabajando en la ciudad bastante tiempo. Justamente, a raíz de su ocupación, no he recibido la educación más adecuada para una niña, porque no he podido estudiar en un solo lugar, sino en varios.

—No debe haber sido fácil mudarse, porque eso implica dejar atrás las amistades.

Ella había intentado adaptarse al destino asignado a su padre, pero, cuando creía que podía estrechar vínculos con amigos en la ciudad en la que residía, se producía otro cambio. Una nueva mudanza, un lugar distinto para residir y otro idioma hacían que se sintiera más sola y desamparada. En ese caso, su padre siempre había estado allí, acompañándola en la medida en que podía, profundizando el vínculo que ambos mantenían.

—Así es. A diferencia de lo que cree la gente, permanecer un tiempo en un país no te asimila al lugar ni a su gente. Es ahí cuando te convences de que tu tierra, me refiero a donde naciste, debe ser tu refugio. Sin embargo, vuelves a equivocarte, porque, cuando regresas, te sientes extraña en tu propia casa. En definitiva, no eres de aquí ni de allá. No tienes lugar ni pertenencia, y eso

te forja.

Él se quedó absorto con esa confesión, porque, en pocas palabras, ella se había definido. Algo difícil en una mujer a la que no le gustaba hablar de sí misma.

—Te entiendo. ¿Cuál ha sido el lugar en que más tiempo residiste?

—París, sin dudas. Es la ciudad en la que he culminado mis estudios y he comenzado a trabajar. Claro que también viajé a Londres cuando mis actividades lo han permitido —dijo al beber otro sorbo de vino.

Él no mencionó que, además de ser terco, sabía darse cuenta de hasta dónde tirar de la soga en una conversación. Supo de inmediato que, si seguía indagando sobre ella, la charla pendería de un hilo.

—¿Qué me cuentas de ti?

—Mi vida es más aburrida. Mis viajes a Londres y a Nueva York han sido solo por cuestiones laborales. Me he hecho de conocidos en ambos lugares, pero la diversión se complica cuando te pesan las responsabilidades. Hoy estoy aquí para gestionar negocios del frigorífico familiar.

—Siempre has residido en Buenos Aires.

—Así es. Hay temporadas en las que abandono la ciudad y me traslado a La Elegida, la estancia familiar. Ese es un lugar que en verdad disfruto. Aunque también administrar el campo insume tiempo y trabajo. Ni te cuento lo que significa llevarlo adelante en este momento del país.

Ella se detuvo al verlo comer el menú que él había pedido. Sin dudas, por cómo habían quedado sendos platos, no se había equivocado.

—Aún no me has dado el veredicto —dijo ella al levantar el último bocado del pastel.

—Es una buena carne, que podría competir a la perfección con la mía.

—Es bueno creer en lo que uno hace.

—Claro que sí, de ese modo, puedes convencer al resto de que eres bueno en algo o el mejor en lo que haces.

—Tienes razón, aunque te aseguro que para una mujer es más difícil aún.

Ella colocó los cubiertos sobre el plato; no podía ingerir otro bocado

más. Con lo que había comido, había cubierto la cuota para saldar cualquier efecto de alcohol en el cuerpo.

—¿Has tenido que probarte por encima de tus posibilidades?

—Así es, aunque no han podido conmigo —replicó con una sonrisa.

Nada en la vida había sido fácil, aunque desde afuera se pudiera decir lo contrario. Ella se supo mover en un mundo de apariencias en donde decir lo justo y conveniente se había vuelto una imposición. Sin embargo, muy en el interior, Juana era distinta, aunque se reservaba que alguien más la conociese en profundidad.

—Te entiendo.

Otra vez asomaba esa mirada dorada que parecía hablar por sí sola. No le resultaba fácil para ella sentirse intimidada por alguien. En todo ese tiempo, había sabido conducirse con hombres que se acercaban o para mantener algún contacto con su padre, o simplemente porque ella podía contar con cierto encanto. Sin embargo, no había sentido ese especial magnetismo que le provocaba Nogués. Creyó que era hora de poner fin a la velada.

—Ha sido una rica cena.

—¿No piensas comer algún pudín? Puedo recomendarte alguno.

—Juro que me encantaría, en especial el de caramelo, pero lo dejo para otra oportunidad.

Él asintió con una sonrisa porque creía que habría otras tantas ocasiones para volver a verse.

—Te ves cansada.

—Sí, es que he tenido una semana con complicaciones y las horas del día no me han alcanzado para hacer todo lo que tenía pendiente.

—No se habla más —agregó al hacerle una seña al camarero para abonar y dar, muy a su pesar, por finalizada la noche.

Poco después, estaban a bordo de un coche para ir hasta el domicilio de ella. En el trayecto hasta la casa de la joven Bustillo, hubo silencio, salvo por unos pocos comentarios al pasar.

—Creo que llegamos.

Ambos descendieron del vehículo y Gerónimo le hizo una seña al chofer

para que siguiera camino.

—La lluvia persiste.

Ella se sorprendió de que estuviera a su lado esperando a que entrara a la casa y de que hubiera despedido al chofer.

—Lo sé, pero prefiero regresar a mi hotel caminando.

—Bien —dijo al sacar la llave de la puerta de acceso al edificio.

—Quisiera volver a verte.

Él se perdió en esa mirada verde que ocultaba lo que en verdad deseaba decirle. Esa joven le intrigaba más que cualquier otra mujer que hubiera conocido en el último tiempo.

—¿Estarás ocupada en estos días?

Juana dudó un instante y luego contestó:

—No creo.

—Entonces, te dejaré un mensaje para avisarte cuándo pasaré por ti.

—Está bien. Y gracias, ha sido una linda velada.

—Lo fue —aseguró con una sonrisa.

Gerónimo le rozó con el pulgar la mejilla con delicadeza antes de irse a pie bajo la permanente llovizna hasta el hotel, que no estaba lejos de allí. Caminar le permitiría despejar la mente sin dejar de pensar que haber conocido a Juana era un buen augurio para los últimos días que le restaban en Londres. Aunque quizás podían no ser tan pocos.

Juana entró al apartamento, que se encontraba en penumbra. En medio de esa opacidad, se sentó en el sillón de la sala. La luz de la calle iluminaba el interior y el repiqueteo de la lluvia resonaba en el vidrio de la ventana. En esa noche desolada y especial para ella, el día de su cumpleaños, no hubiera imaginado conocer a alguien. Ese era el motivo por el que había estado reticente en concurrir a la velada en la propiedad de Richelet. Como tantos otros festejos, lo pasaría en soledad. La distancia física que mantenía con los suyos no siempre le permitía celebrarlo en compañía de ellos. Había asistido ante la insistencia paterna para que concurriese y lo excusase por no poder estar allí, ya que había debido abandonar la ciudad durante un largo tiempo. Por eso, Juana había celebrado su día bailando y bebiendo champaña con un extraño. Nunca antes le había gustado festejarlo. Quizás el hecho de ir

cambiando de lugares y amistades la había transformado en una nómada en cuanto a los afectos. Aunque no lo pareciera, ella era una sentimental, pero a los ojos de los demás no lo demostraba.

Si analizaba un poco la velada, nada de lo sucedido en esa noche había sido habitual. Al fin de cuentas, ella siempre había hecho lo correcto y cumplido con las expectativas ajenas. Estaba convencida de que su padre nunca se había puesto a pensar por lo que ella había pasado desde el mismo momento en que debieron abandonar la ciudad de Buenos Aires cuando solo era una niña, bajo el pretexto paterno de que emprenderían una nueva aventura. Así había sido a través de los años. En aquel momento, tanto tiempo después, ella no había tenido la inquietud de saber con más claridad lo sucedido. Cuando quiso hacerlo, escuchó de parte de su progenitor una sarta de evasivas que no aclaraban demasiado. Los años le permitieron dejar a un lado esa zozobra y continuar con la vida. La apasionaba su trabajo, donde siempre había encontrado el sosiego que no había hallado en otra parte de su vida.

Supo que, para finalizar mejor esa jornada, sería conveniente no colmarse de melancolía, y lo haría si continuaba con esa línea de pensamiento. Prendió la lámpara que estaba en una mesa auxiliar y miró el reloj. Aún le restaba una hora para culminar ese festejo en absoluta soledad. Consideró que era momento de continuar bebiendo, pero no más champaña; con un té caliente bastaría. Enfiló hacia la cocina y se lo preparó. Luego, lo llevó hasta la habitación para intentar dormirse, aunque fuera en sueños, en compañía de Gerónimo Nogués.

Capítulo 2

Más allá del olvido

Gerónimo esperaba que las horas en vela durante la noche no significasen un mal augurio para lo que lo aguardaba ese día. Sin lugar a dudas, debería sacar provecho de cada minuto de la jornada para acelerar los trámites pendientes. Algunas de las gestiones se estaban demorando y la impaciencia por dejar todo resuelto le estaba jugando en contra. Acababa de bañarse y vestirse antes de que el sonido del intercomunicador lo sacase de sus elucubraciones.

—Señor Nogués, alguien lo espera en el comedor.

Parecía que al fin las cosas estaban tomando el rumbo deseado. Había recibido una llamada a primera hora de la mañana de uno de los inversores con los que había mantenido la última reunión. Ansiaba que le llevara gratas noticias.

—Muchas gracias, ya bajo.

Con la seguridad de que todo iría de maravillas, se dirigió hacia el suntuoso salón comedor del hotel. El estilo gótico victoriano no solo estaba plasmado en la fachada exterior construida con la estampa de un palacio, sino en los pequeños detalles internos de la decoración que se lucían dentro del recinto. Localizó a Jack Evans en una mesa en el centro del lugar.

—Un placer volver a verlo, ¿qué desea tomar?

—Un whisky estará bien.

—Que sean dos —agregó Nogués al hacerle el pedido al camarero.

No solía beber alcohol por la mañana, pero esperaba que el resultado de esa reunión ameritara un brindis.

—Hemos estado analizando la situación de su empresa y no queremos apresurarnos a tomar una decisión sin haberla examinado concienzudamente —comenzó Evans.

—Puedo extender mi estada unos días más y explicarles lo que necesiten saber.

—No hace falta. Creo que hemos llegado a un punto medio que nos deja en una óptima situación tanto a usted como a nosotros.

—Lo escucho.

—Sin dudas, la situación familiar que atraviesa su negocio desalienta a cualquiera a tomar la decisión de invertir directamente en la firma. El riesgo es grande, ya no por desconfiar de usted, sino por no saber cómo se darían las cosas si fuera su padre quien tomara las riendas definitivas de la empresa. Parece que ambos tienen puntos de vista diferentes sobre cómo conducir la firma, y eso pesa al momento de tomar una resolución.

—Entonces…

—Me he movido para conseguir otros contactos que están interesados en la carne de su frigorífico. Ellos buscan incrementar el cupo de compra. De ese modo, ustedes podrían ampliar el nivel de venta a través de nosotros…, mejor dicho, de las gestiones que hicimos con nuestras conexiones.

—Si es así, solo nos resta acordar el porcentaje que pretende por esta gestión.

Evans sonrió antes de beber un amplio trago. Sabía que Gerónimo era un hombre de negocios y entendería lo que significaba para ellos ofrecerle una nueva oportunidad de venta. Así, Evans y sus asociados sacarían una buena tajada sin necesidad de arriesgar una parte importante de capital para invertirlo en el frigorífico. Evans continuaría en el negocio de la carne, ligado a la firma de Nogués, sin mayores riesgos. No era fácil negarle colaboración a esa empresa.

—Nogués, siempre supe de su voluntad para continuar comerciando con nosotros.

—Por supuesto. Igual, quisiera dejar claro que la propuesta sobre su participación en la empresa está vigente.

Gerónimo no estaba tan convencido de abrir las puertas para permitir el ingreso de otros socios, aunque fuese en carácter de minoría. No estaba decidido a entregar su posición accionaria a cualquiera. Ya bastante tenía que lidiar con su padre como para extender los conflictos a alguien más. Sin embargo, estaba dispuesto a todo en pos del resurgimiento de la firma y de darle el flujo de dinero que necesitaba. Gerónimo siempre había pensado en luchar por recomponer su lugar en la empresa y evitar a extraños en el negocio. Debido a las circunstancias que se vivían en la Argentina, debía ser flexible y buscar otras alternativas. No necesitó tiempo para darse cuenta de que la idea propuesta por Evans y Asociados les traería otros contactos y clientes ingleses que el negocio necesitaba. Frente a él, tenía un ofrecimiento que cuadraba más con sus deseos. Estaba seguro de que esa proposición era la ideal para ambas partes. Al menos, no abandonaría la ciudad con las manos

vacías. Esa mañana parecía haberse levantado con el pie derecho.

—Si es así, lo invito con otra copa —comentó Evans.

—Debería negarme, no suelo beber por estas horas.

—Yo tampoco, pero este acuerdo lo merece, ¿o no?

—Claro que sí.

—Bien, y ahora que nos hemos puesto de acuerdo, me gustaría que me cuente cómo lo trata la estadía aquí.

—En verdad, mejor de lo que imaginaba.

—Me alegro de que así sea. Por lo que noto, no se extenderá más de lo que pensaba.

Nogués le había manifestado que podría extender la estadía si no se ponían de acuerdo en las negociaciones.

—Aún no lo sé; no todo en la vida son negocios.

El resto del encuentro fue una conversación trivial que culminó poco después. Aún debía completar unos trámites, pero no era eso lo que lo mantenía entusiasmado, sino el encuentro que había concertado con Juana esa misma tarde.

Con excelente ánimo no solo por cómo se había desarrollado la mañana, sino por volver a verla, se cambió y salió hacia el edificio en el que la joven vivía. Ante la mirada del portero, que se mantenía cumpliendo sus actividades, aguardó a que ella se presentase. Con un abrigo color verde que no le opacaba el tono verdoso de los ojos y con una bufanda de lana negra puesta de un modo original, que le brindaba un toque especial a la vestimenta, Juana caminó a su encuentro.

—Hola.

Ella había sentido la intensa mirada desde que había salido del ascensor hasta la elegante puerta del edificio. Él la acercó y la besó en la mejilla, en el límite justo en donde un leve movimiento acabaría rozándole los labios.

—¿Adónde quieres ir?

—El programa que me gustaría no es el propicio para este día.

—¿Y cuál sería?

Él había manifestado la insolente duda con una ceja levantada. No solo se trataba de la expresión de ese rostro que emanaba masculinidad, sino el modo sugerente con el que le hablaba lo que lo hacía tan atractivo.

—Ir a uno de los parques que hay por aquí y tendernos sobre el césped para hacer un pícnic. Claro que estos días no lo permiten.

—Quizá no ahora, pero podremos hacerlo en otro momento.

Ella sonrió, dudaba de que hubiera otra posibilidad. Para que eso sucediera, deberían transcurrir varios meses hasta alcanzar la época del año en que la cálida brisa de la primavera bañara los días.

—Entonces, vayamos a tomar algo caliente.

—Por supuesto.

Subieron a un coche ya que donde él pensaba llevarla no quedaba cerca de allí. No se había equivocado en sugerir una salida sin demasiado lujo o pompa. En un principio, había pensado en concurrir a la Royal Opera House. Si bien no era fácil conseguir dos entradas para las obras teatrales y óperas que se estaban dando, habría podido obtenerlas a través de Oliver. Luego lo pensó mejor e imaginó que ella estaría cansada de asistir a semejantes espectáculos. No pretendía impresionarla, al menos no con las salidas. Con lo que acababa de decirle, se había dado cuenta de que había acertado. Sin dudas, Juana Bustillo era una mujer poco predecible, una de las tantas cosas que le atraían de ella. En el trayecto no dejó de contemplarla. Se mantenía atenta a todo lo que sucedía alrededor a través del cristal de la ventana, cada tanto desviaba la vista para mirarlo y, cuando notaba que él la observaba, de inmediato regresaba la mirada hacia el paisaje exterior. Al alcanzar Piccadilly Street, ella notó que estaban frente a Fortnum and Mason.

—Llegamos.

Muy pronto los escaparates del distinguido negocio lucirían hermosas decoraciones navideñas. Como sucedía durante el resto del año, la casa de té más reconocida mantenía una gran concurrencia distribuida en todas las mesas del salón. La fama sobre la excelencia de todos sus productos la había sostenido desde el siglo *xviii*. A través de los años, había sabido ganar el prestigio que ostentaba no solo en el té, sino en una serie de productos que integraban el menú, solicitado en las competiciones de Ascott y en otras tantas celebraciones aristocráticas de la ciudad. Él la condujo, con la mano apoyada en la parte baja de la espalda, por entre las mesas hasta alcanzar una a un costado del selecto salón.

—No fui muy original con la elección del lugar, pero es el apropiado en

un día como este.

—Lo es. Te diría que es lo único que extraño cuando debo abandonar Londres.

Con la misma simpleza con que ella se conducía, en un segundo se desenroscó la bufanda con elegancia. Le quedó al descubierto un fino y níveo cuello.

—Espero que eso cambie en un futuro.

Él adoró que se le sonrojaran las mejillas. Le gustaba que Juana, una joven independiente y celosa de su vida, que parecía estar más allá de algunas cuestiones, se ruborizara por una simple insinuación. Estaba convencido de que, si no le hubiera gustado lo que le había dicho, habría obtenido otra reacción. Una vez que hizo el pedido al camarero, clavó la mirada en ella, a quien notaba un tanto inquieta. Le agradaba que fuera por lo que él hacía.

—Imagino que en estos días habrás estado ocupándote de tus negocios.

—Así es. Aunque habría preferido no estar tan pendiente de ellos. Pero en este viaje no ha sido posible.

—¿Hasta cuándo tienes pensado quedarte?

—Debería irme en pocos días, pero eso depende.

Juana notó que continuaba el desparpajo con el que se había presentado cuando lo había conocido. Eso le atraía más, aunque sabía que él no le convenía. La advertencia de su padre le repiqueteaba en la cabeza. Intentaba no darle demasiada importancia porque él no la tendría en su vida. Se había permitido salir con Gerónimo y estar a su lado, aunque suponía que ambos tomarían caminos distintos.

—¿Y tú hasta cuándo piensas quedarte?

—Me quedaré un tiempo —concluyó ella con una tibia sonrisa.

“Sin dudas es mejor así, mucho mejor”, pensó Juana al contestarle.

—Debo entender que no hay alguien especial en tu vida que reclame tu regreso.

—¿Especial? No lo hay.

—Bien.

Ella comenzó a disfrutar lo que el camarero había servido. En una elegante bandeja lucían escones con crema y mermelada de diferentes sabores, acompañados de pequeños sándwiches de pepino con queso y salmón ahumado. Más allá del tentador menú, había comido muy poco. Ninguno de los dos estaba centrado en lo que tenían frente a sí para degustar.

—¿Siempre te has dedicado al negocio familiar?

—Sí, me preparé para hacerlo. Mis años en la carrera de Derecho me sirvieron para lidiar con los conflictos que a diario debo solucionar en la empresa.

—¿Sabías desde siempre a qué te dedicarías?

—Puedo asegurarte que no tenía otra opción —acotó con cierta añoranza por cómo se habían dado las cosas en su vida.

—Pero has logrado hacer algo que en verdad te gusta —aseveró ella.

A Juana le costaba pensar que alguien pudiera desempeñarse en un trabajo sin ponerle el agregado de la pasión. Al menos, era así como ella concebía dedicarse a una actividad.

—Por supuesto. Le entrego gran parte de mis horas a mi trabajo, aunque también a la explotación del campo.

—¿Disfrutas estar ahí?

—Así es, porque no solo es trabajo, sino un lugar que disfruto con amigos y familia —dijo, mientras ella lo escuchaba con atención.

—¿Sueles ir seguido?

—No tanto como me gustaría. Intento hacerlo cuando el tiempo me lo permite. Suelo ir a La Elegida con mi hermana.

—¿Tienes hermanos?

—Solo una —acotó con una tierna sonrisa—; con ella me basta, puedo asegurártelo.

—Se nota que te llevas bien con ella.

Había un dejo de añoranza en ella por no haber tenido hermanos. Ser hija única no siempre traía beneficios. Las expectativas sobre lo que decía o hacía eran siempre altas y centradas solo en ella. No había con quien compartir angustias ni alegrías, menos aún mantener la complicidad que una

hermandad acarreaba.

—Se llama Catalina y es menor que yo. A pesar de los años que le llevo, fue ella quien, a corta edad, talló, con insistencia, mi comportamiento como un verdadero hermano, aunque por momentos actúo más como un padre.

Juana no quiso ahondar porque supuso que continuar indagando sobre cuestiones familiares traería las desavenencias que él tenía con el padre y, de inmediato, surgiría el nombre del suyo.

—¿Quieres beber algo más?

—Lo que pidas estará bien.

En el curso de la conversación se sumaron anécdotas que él relató y que a ella le causaron gracia; bajo esa amena charla, continuaron sentados, a pesar de que las mesas de los costados ya se habían renovado con nuevos clientes. Cuando abandonaron el lugar y tomaron un coche hasta la casa de ella, la tensión entre ambos se tornó más palpable.

Él se encargó de abonarle al chofer y descendió con Juana para acompañarla hasta el ingreso del edificio. Gerónimo le tomó la barbilla y le lanzó esa mirada dorada que a ella la había subyugado desde el instante que lo había cruzado en la gala días atrás. Desplazó un dedo y siguió el contorno de la boca que él ansiaba devorar. Ella era distinta y, en función de eso, actuaría diferente.

—Quiero volver a verte.

No había manera de negarse por más que ella debería haberlo hecho para evitar mayores complicaciones.

—Ahora que me liberé de mis cosas, me gustaría pasar más tiempo contigo.

Ella asintió casi como un acto reflejo.

—Estate lista, que mañana a esta hora pasaré a buscarte.

Eso último se lo susurró al oído y se fue. Ella se quedó contemplando cómo se iba caminando envuelto en el humo de un cigarro que acababa de encender no bien se alejó de ella.

Gerónimo miró el reloj de pulsera y comprobó que aún quedaba tiempo para concurrir a la cita con Oliver. No le había asegurado que iría, desconocía hasta qué hora estaría con Juana, aunque era consciente de que no podía

fallarle a su amigo, quien lo había llamado insistentemente para verse antes de que él se fuera. Se dirigió hacia el 33 de Rose Street en donde se erigía, en un edificio de estilo Tudor, el *pub* The Lamb and Flag.

Tras abrir la puerta, se encontró con un lugar de aspecto rústico sin grandes dimensiones. Allí mismo y hacía tiempo ya, se habían celebrado peleas clandestinas cuerpo a cuerpo, de ahí el dudoso apodo "The bucket of blood". Lo que sucedía dentro de ese *pub* reflejaba lo que ocurría, en aquella época, en los alrededores, en donde la marginalidad, la violencia y el crimen eran moneda corriente, lo que hacía que ni siquiera la policía quisiera adentrarse en esa zona.

Bajo una humareda gris de cigarros, avanzó por entre las mesas. En medio del griterío del local y con varias cervezas en la mesa, se encontraba Oliver, su amigo, en compañía de otros. Todos levantaban los porrones colmados para brindar sin que importara el motivo.

—Gerónimo, ¡ven! —llamó con alegría al verlo aproximarse—. Era hora de que aparecieras.

—No iba a fallarte.

—Vamos, no me mientas.

Entre risas, le presentó a quienes lo acompañaban y a unas jóvenes que se sumaron a la festiva mesa.

—Dime que no te has retrasado por aquella joven.

—De haberlo hecho, ¿qué tendría de malo?

—Hazme caso, amigo. ¿Para qué complicarse con alguien pudiendo pasarlo bien con tantas otras? Si no, mira a tu alrededor.

—No cambias más.

—Tú tampoco.

Gerónimo saludó a algunos amigos de Oliver con los que había compartido otras salidas cuando él estaba en la ciudad.

—¡Lilibet! —exclamó Oliver en medio del jolgorio—. Ven, quiero que conozcas a un amigo.

Ella se acercó de inmediato. Era una hermosa joven de cabellera rojiza afecta a hacer amistades muy rápidamente. Gerónimo miró a Oliver, que estaba entretenido con otra muchacha que acababa de llegar al lugar. A nadie

le faltaba compañía ni alcohol. No había pasado mucho tiempo para que las insinuaciones se transformasen en roces y, luego, en profundas caricias. Una cerveza llevó a otra y, entre el bullicio de la noche londinense, ambos terminaron enredados en el estrecho callejón que había en la salida trasera del lugar.

Contra el desteñido paredón y en cada embestida, él no dejaba de perderse en unos ojos verdes y enredaba los dedos en una cabellera oscura que en ondas caía sobre los hombros de la joven. Poco después, cuando volvió a fijar la vista en la muchacha que, agitada, intentaba recuperar la respiración y recomponerse del lujurioso momento, notó que los dedos estaban enmarañados en una cabellera colorada, que los ojos que lo miraban extasiados eran pardos y que Lilibet no se parecía ni por asomo a Juana, a quien no había dejado de tener presente, como si ella se hubiera adueñado de su mente y de su corazón. Sin dudas, la joven Bustillo había calado de modo muy especial en él. Debería volver a verla si deseaba quitársela de la cabeza de una buena vez.

* * *

La ventisca no había amainado y la bruma bailaba ensortijada al compás del viento. La opacidad del día lo hacía más desapacible de lo que en verdad era. Gerónimo se había acostumbrado al clima de la ciudad, ya que desde hacía unos días el destemplado tiempo se había instalado allí. Le faltaba todavía para emprender el regreso a la ciudad de Buenos Aires. Necesitaba saber cómo iban las cosas por allá, aunque estaba convencido de que, no bien pisase la ciudad, los problemas le lloverían como un vendaval.

Caminó dos cuadras hasta llegar a una empresa naviera enclavada a orillas del Támesis en la zona portuaria de Londres. Allí había una serie de depósitos y oficinas que se encargaban de comercializar los más variados cargamentos dentro y fuera del Reino Unido. Una serie de embarcaciones de gran calado estaban fondeadas a la vera del río. Desde tiempo inmemorial, ese puerto se había transformado en uno de los más importantes y de mayor circulación de la isla. Los estibadores se deslomaban día a día para cumplir con la faena de descargar los navíos para que fuesen inspeccionados por las autoridades aduaneras y la mercadería pudiera ingresar a tierra firme. Una seguidilla de construcciones de ladrillos completaba la postal del sitio; hacia allí él se dirigía.

Aunque había gran variedad de empresas, él buscaba una que durante años había operado con ellos. Consideraba importante que no fuera la primera vez que tratase con esa firma. No había sido fácil hacerse de un nombre y poder trabajar con cierta tranquilidad en cuanto a la eficacia y transparencia que debería existir en la comercialización de la mercadería que se transportaba. Al menos, pretendía calcular el riesgo que significaba si algo se cocía a espalda de él. En este caso, necesitaba saber los costos por la carga de la carne refrigerada que se enviaría a tierra inglesa. Varios eran los viajes que esta firma hacía desde Londres a Buenos Aires y viceversa. A pesar de que trabajaba a gusto con una empresa argentina, aún le retumbaban en la cabeza las condiciones estipuladas para la negociación que él buscaba con Evans: una de ellas eran contratar a esa empresa británica para efectuar las entregas. Él no pensaba negarse y perder el acuerdo, pero sí iba a escudriñar de modo pormenorizado los detalles del convenio. No bien llegó, lo recibió una secretaria que le pidió que aguardara unos minutos hasta que fuese atendido.

La reunión mantenida con el dueño de la empresa de transporte había sido satisfactoria. Los números que Evans le había mencionado los había constatado su interlocutor, por lo que salió de allí más que conforme. Parecía que todo se estaba encaminando.

Sin lugar a dudas, la estadía de Gerónimo en Londres no podía ir mejor. Los contratos que tenía pensado llevar a cabo los había conseguido. Durante la permanencia allí, se sentía más cómodo que otras veces. Era la primera vez que se había planteado extender su tiempo en la ciudad de la niebla sin pensar en otros compromisos comerciales. No le vendría mal poner un poco de descanso en medio del trajinar de los días que llevaba desde que había arribado a Londres. La aparición de Juana le daba impulso al fuerte deseo por quedarse unas semanas más, por eso había retrasado la partida. Ese día habían quedado en encontrarse. Habían sido pocas la veces que se habían visto, pero, a partir de ese día, tendría mayor tiempo para estar con ella.

Calculó la hora para salir caminando hasta el apartamento de Juana. Hacerlo sin el apremio por cumplir con alguna reunión de último momento le permitía deleitarse con la caminata. No era un hombre que se contentase con estar dentro de cuatro paredes, como cuando debía estar en el despacho de la empresa, por eso disfrutaba tanto de la estancia. Las cabalgatas y el permanente contacto con la naturaleza era lo que en verdad lo deleitaba. Volvió a mirar el reloj de pulsera y supo que llegaría con una puntualidad digna de un inglés. La puerta de acceso al edificio estaba abierta; el portero aún permanecía dentro. No era la primera vez que lo veía, pero no se movió del lugar que tenía detrás de un mostrador de madera oscura.

—Buenas tardes, busco a la señorita Bustillo.

—Ella se ha ido —respondió, mientras seleccionaba un juego de llaves de un tablero de madera ubicado detrás de él.

—Debe haber una equivocación, o quizás haya un error en el horario, o algo a último momento la obligó a hacer algún recado. Llámela, por favor.

El empleado se dispuso a llamarla al apartamento de mala gana, solo para darle el gusto a Nogués, que se mantenía allí con cierta duda por lo que sucedía. Nadie contestaba.

—Creo que usted no me ha entendido.

—Explíquese, por favor.

—Ella se ha ido hoy por la mañana.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero, si tiene dudas, puedo decirle que partió con todo el equipaje.

—Disculpe, ¿cómo dijo?

—Que ha abandonado el apartamento y, por las maletas que ayudé a subir al automóvil, no creo que tenga intención de regresar pronto.

—¿Sabe hacia dónde ha partido?

—No, la señorita Bustillo es muy reservada.

Claro que lo era, aunque él no imaginaba cuánto.

—Muchas gracias.

—Buenas noches —lo saludó el portero dispuesto a cerrar la puerta de entrada y continuar con su tarea.

—Disculpe. —Se detuvo en la puerta antes de que se la cerrara—. ¿Dejó alguna nota para Gerónimo Nogués?

—No, lo lamento.

No bien salió a la acera, encendió un cigarro. Gerónimo sabía que Juana escondía algo, pero nunca imaginó que tuviese ese comportamiento. Ella se había mostrado muy afecta a cuidar las formas frente a un compromiso. Estaba claro que había aparentado ser alguien que no era. ¿Cómo había sido capaz de hacerle semejante desaire desapareciendo sin más? ¿Por qué lo había

hecho? No era común que él se confundiera con respecto a una mujer; era evidente que con ella sí lo había hecho. Juana le había dicho que pensaba quedarse un tiempo en la ciudad, una mentira; quizás, una de otras tantas. Se sentía molesto por no haberse anticipado a semejante actitud. Si se había ido, ese viaje lo tendría planeado desde hacía tiempo. No era fácil irse de un día para otro. Tal vez, había viajado a otra localidad inglesa y no estaba tan lejos de allí. De ese modo, ella ponía fin a los encuentros que ambos habían sostenido. Sin embargo, él no le había confesado que, además de terco o testarudo, contaba con mucha paciencia. Sabía que el tiempo le daría revancha para poder cruzarse con la joven Bustillo. No sabía dónde ni cuándo, pero estaba convencido de que ese día llegaría y lo esperaría con ansia para recordarle que se había equivocado en el modo en que se había despedido de él.

* * *

Durante la noche, Juana no había podido conciliar el sueño. Los últimos acontecimientos la habían mantenido en vilo. A primera hora del siguiente día, había terminado de guardar y ordenar todo su equipaje. Hizo una última revisión al apartamento que ocupaba y constató que no se olvidaba de nada. Si algo le quedaba, permanecería en la propiedad que durante años había ocupado su padre. Con la asistencia del portero, había subido al coche que la llevaría hacia el puerto. Ella estaba acostumbrada a abandonar un lugar y comenzar en otro una nueva vida, pero esa vez se sentía diferente. Una cierta tensión se le había apoderado del cuerpo. Suponía que se debía al devenir de los últimos días.

Durante el trayecto en el automóvil hasta el puerto, ella no dejó de evocar cómo habían sido los días, específicamente, los encuentros con Gerónimo. Cumplidos los trámites de aduana y de equipaje, había abordado un navío. Juana estaba convencida de que había actuado del modo más conveniente. Con Gerónimo aún no habían avanzado lo suficiente; no quedarían ni huellas ni rastros de la incipiente relación que pudo ser. Sin arrepentimiento, ella abandonaba Londres con la mirada puesta en lo que siempre le había brindado felicidad: su trabajo. Estaba convencida de que el tiempo le daría la razón sobre su proceder y que quedaría todo en el olvido. El paso que ella daría era importante y hacia allí tenía puesta la mirada. Prefería no pensar más ni darle vueltas al asunto para no descubrir que estaba equivocada y que su profesión se había transformado en el pretexto perfecto

para huir del hombre que en verdad le interesaba.

CAPÍTULO 3

En su nombre

El puerto de Buenos Aires se erigía con gran esplendor. Varias dársenas de ultramar se habían construido junto a numerosos espigones para dar mayor agilidad al tránsito naviero. Las veladas y revueltas aguas que lo rodeaban otorgaban el marco perfecto para el recibimiento de las embarcaciones que arribaban allí. El movimiento portuario se manifestaba en el ir y venir de los estibadores y demás personal dedicado no solo a recibir la mercadería que llegaba, sino también a ordenar a los pasajeros que descendían de los buques munidos del equipaje.

La embarcación Asturias II había zarpado desde Southampton y había completado la veintena de días de travesía hasta llegar a destino. Con amplias y anchas chimeneas, que marcaban la diferencia de diseño con otros barcos de la época, aguardaba realizar las últimas maniobras náuticas para el descenso definitivo del pasaje a tierra. Desde la cubierta superior, que alojaba los camarotes de primera clase, Gerónimo contemplaba a los pasajeros presurosos que pugnaban por descender, agolpándose en los corredores de la nave para encontrarse con las personas que habían ido a recogerlos. Cuántas historias se escondían tras ese espectáculo que, una y otra vez, se reiteraba cuando arribaba una embarcación al puerto de la ciudad.

Sin premura, buscó el equipaje, descendió y se inmiscuyó entre los viajeros hasta alcanzar un coche que lo llevara a su casa. Esa era la primera escala que haría para dejar las maletas, cambiarse y salir rumbo a la empresa. A pesar de la travesía, no se sentía cansado, por el contrario, había tenido demasiado tiempo de descansar en el viaje. Tenía ganas de saber cómo estaba todo en el frigorífico y cuáles eran las noticias en su ausencia. Se encontraba ansioso por enterarse de las novedades y de cómo se habían desarrollado las cuestiones comerciales que había dejado en manos de su abuelo.

A través del cristal de la ventana del automóvil que lo conducía al frigorífico, contemplaba el familiar paisaje que lo rodeaba. La costa del Riachuelo se abría frente a él como un panorama que lo había acompañado durante años. Algunas fábricas estaban enclavadas junto a la suya. El deambular de los obreros era permanente en aquella zona, más en el horario en que él la atravesaba.

Al llegar, se detuvo a contemplar la sólida estructura formada por dos edificios. En uno de ellos, se dedicaban a despostar la res y a preparar la carne

para dejarla en las cámaras frigoríficas. Luego, sería trasladada hasta los comercios para la venta y también hasta las bodegas de las embarcaciones en las que viajaría hacia distintos destinos. En la otra construcción, se elaboraban las conservas y se realizaba el empaquetado del resto de la mercadería. En esta última edificación estaban instaladas las oficinas del personal de administración y, al fondo, se ubicaban los despachos de quienes dirigían la empresa. A un costado de esas oficinas, se alojaba la sala de juntas que se utilizaba para reuniones importantes con los socios.

Aún restaban algunas horas del día para dar por finalizada la jornada, y se notaba dentro del frigorífico: el personal no dejaba de ir y venir. Se percibía el ritmo de trabajo constante. Caminó por un largo corredor hasta vislumbrar un escritorio ocupado por quien era su mano derecha. Como siempre, ella no dejaba de estar atenta a todo cuanto acontecía alrededor. De inmediato, levantó la cabeza y sonrió al verlo.

—Gerónimo, qué alegría verte de regreso.

Hacía tiempo que había borrado de su vocabulario la palabra *señor* cada vez que se dirigía a su jefe. Habían sido muchos los años que habían trabajado juntos. El respeto y el cariño que ambos se tenían estaba más allá de cualquier otro convencionalismo en el trato.

—Gracias, Lucrecia, ¿cómo anduvo todo durante mi viaje?

—Podría ponerte sobre aviso de las últimas novedades, pero hay una persona que no me lo perdonaría.

—Mi abuelo —afirmó.

—Así es. El señor León ha estado manejando todo y, a pesar de que no te lo diga, ha notado tu ausencia. Por suerte, ya estás aquí.

—Será cuestión de ponerme a trabajar. Aguarda, que tengo algo que darte —dijo al notar que giraba para abandonar la oficina.

Ella no esperaba que sacara del portafolios un presente. Lo había comprado antes de zarpar del puerto inglés. Él había notado que ella siempre llevaba algún pañuelo atado al cuello. No dudó de que ese sería un buen regalo para Lucrecia. Podía decirse que la mujer lo conocía como nadie. Trabajaba para él desde que Gerónimo había ingresado a la empresa. Lucrecia había sido la secretaría de León durante años, pero, cuando Gerónimo se incorporó, una de las concesiones hechas por el abuelo había sido que ella pasase a trabajar con su nieto. La decisión se debía a que conocía al dedillo los procedimientos dentro de la firma, y eso era importante para un novato como él en aquel momento. Con el tiempo el vínculo se fue profundizando y,

a esa altura, ni por todo el oro del mundo ella se iría a trabajar con otra persona, ni siquiera por pedido del propio León.

—¡Qué belleza, Gerónimo! —exclamó con emoción al rozar la seda estampada—. No era necesario.

—Vamos, no es para tanto.

—Es un hermoso detalle que has tenido y lo valoro.

—Lucrecia —dijo otra voz, que se acababa de sumar al despacho—, no puede quejarse por el recibimiento de mi nieto. Si yo no vengo a darle la bienvenida, Gerónimo no se habría asomado por mi oficina.

—Ay, señor Nogués, no se queje, que él recién ha llegado.

Ella le hablaba sin dejar de acomodarse el nuevo pañuelo que lucía en el cuello. No había pasado inadvertido para León quién se lo había regalado.

—Ya les traigo algo para beber, así pueden hablar tranquilos.

Ambos se estrecharon en un fuerte abrazo. No había sido tanto el tiempo de ausencia de Gerónimo, sino las condiciones en que se había ido y dejado todo. Aún debían ponerse al día sobre todas las novedades de la empresa.

—Bienvenido, me alegro de que estés de regreso.

—Yo también.

Ambos se sentaron para conversar sobre cómo había salido todo en el viaje a Londres.

—Aquí tienen —anunció la secretaría al depositar una bandeja con dos cafés—. Ya di la orden de que no sean molestados.

—Gracias —contestó Gerónimo tras guiñarle el ojo antes de que cerrara la puerta.

—Podría decirte que me robaste a una mujer muy valiosa para mí.

—Así es, y espero que no te pongas celoso.

—A esta altura de mi vida, ese sentimiento dejó de existir. Ahora, cuéntame cómo te han ido las cosas por allá.

Gerónimo le relató, de manera sucinta, las reuniones con los ingleses y la propuesta superadora a la que habían arribado. El trato estaba cerrado e

intuía que en Buenos Aires, en su ausencia, habrían sucedido cuestiones de las que quería estar al tanto.

—Sabes que en el fondo no quería entregar una parte de las acciones a capitales extranjeros. Es algo que me resisto a hacer, pero, en la situación en que estamos, no podía rechazar nada. Por eso me había hecho a la idea de que algo así podía ocurrir. Sin embargo, creo que llegamos a una negociación beneficiosa para ambas partes. Imagina que incrementaremos el cupo de exportación con los nuevos clientes que me ofrecieron sin perder nuestra posición accionaria.

—El porcentaje que negociaste con Evans ¿es alto?

—No tanto como el que podría cobrarnos. Él y sus socios conocían la situación que atravesamos. Creo que la han tenido en cuenta y que apuestan tanto al futuro como a la continuidad del vínculo.

—Para ellos es más negocio asegurarse una comisión que arriesgarse a invertir en una empresa que no tiene todas las de ganar.

—Exactamente.

Una vez más, coincidían respecto a cómo manejar la firma. Eso no implicaba que ambos mantuvieran discusiones sobre ciertas cuestiones, que solían arreglar sin demasiado problema.

—Sin embargo, hay alguien más que ha estado poniéndolos al tanto de lo que sucede en el frigorífico, puertas adentro.

Sin que lo mencionase, la figura paterna surgió en la conversación. Estaba convencido de que debería estar tejiendo conexiones para dar el zarpazo cuando menos lo esperasen.

—Mi padre no se perdería esa oportunidad. Está convencido de que una manera de quedarse con todo esto es, primero, desprestigiar a la empresa y, luego, posicionarse como el salvador.

—Ese es un sueño que persigue desde joven. Lo que no sé es cómo puede estar al tanto de lo que ocurre aquí, porque él sabe de tus gestiones en Londres.

—¿Cómo puede ser?

—No sé. Debo suponer que, con la cantidad de viajes que ha hecho solo para divertirse, le han quedado algunos contactos y se ha servido de ellos cuando supo que tú viajabas a Inglaterra.

—Es increíble.

—Me ha venido a hablar Conrado Estévez.

—¿Por qué motivo? Aún faltan unos meses para realizar la asamblea y, hasta donde sé, él apoyaba las medidas que venimos tomando.

—Así es, pero tu padre ha querido moverse más rápido y ha ido a ofrecerle un dinero para hacerse de sus acciones.

—Aun así, no nos modifica. Conrado tiene una pequeña porción accionaria.

—Puedo asegurarte que merece tenerla, luego de abandonar esta empresa a la que le dedicó toda su vida. Contar con un seguro para los años que le quedan era lo único que yo podía darle. Su lealtad ha sido digna de apreciar, al menos en el pasado.

Ese hombre había sido un fiel trabajador y lo había acompañado durante años. Le había costado que se fuera del frigorífico porque sabía que perdía a alguien valioso.

—Te refieres a que esa lealtad puede no ser tal en el presente.

—Por supuesto, y no lo juzgo. Es difícil negarse a un buen ofrecimiento de dinero cuando las perspectivas de este negocio son complicadas. Solo nosotros tenemos fe de poder salir adelante, porque estamos en medio del ojo de la tormenta. El resto solo ve los negros nubarrones que nos rodean sin saber cuándo se desatará el vendaval, sin poder pronosticar los daños que pueda producirnos.

—Lo entiendo, pero hay algo que no me cierra.

—Dime.

—¿De dónde ha sacado mi padre el dinero suficiente para comprar las acciones?

—Eso lo desconozco y te aseguro que me inquieta. Sabes que él no tiene límites al momento de conseguir lo que quiere.

—Lo sé.

Gerónimo no quiso agravar los dichos de su abuelo, pero en verdad era preocupante lo que había escuchado. Su padre no tenía escrúpulos para obtener lo que fuera. Comandar la firma se había transformado en una obsesión. Claro estaba que, para lograrlo, debía deshacerse de León y de él.

No sería fácil alcanzar la mayoría accionaria que ellos ostentaban hasta el momento. Negociar con la minoría era el paso inmediato para obstaculizar la gestión que ellos querían llevar adelante.

—Yo hablaré con él.

—No, deja que yo me ocupe de mi hijo.

—Te has ocupado todo este tiempo del trabajo solo. Es hora de que descanses un poco en mí —aseguró Gerónimo al notarle las huellas del cansancio alrededor de los ojos.

Una tibia sonrisa se asomó por el rostro curtido de León. La fortaleza, el empeño y el empuje lo definían. Aunque era un hombre que no manifestaba los sentimientos, con Gerónimo se comportaba distinto. Con él había saldado la deuda de cariño que había perdido con su hijo. Por él había seguido adelante, para que Gerónimo continuase lo que él había iniciado. La empresa había sido la mayor parte de su vida, porque del resto se sabía muy poco. El carácter reservado que mantenía en el ámbito familiar se contraponía con la lucidez y fluidez demostradas durante los años dedicados por completo a la firma. Era un hombre que descollaba en las reuniones de negocios, siempre sagaz y a la espera de poder sacar alguna ventaja comercial. A pesar del cabello cano que marcaba el paso del tiempo, conservaba un rostro atractivo surcado por arrugas. Aún seguía luciendo una amplia contextura física, que su nieto había heredado. Sin dudas, el parecido entre ambos era manifiesto, no así con Santiago, su hijo y padre de Gerónimo.

—¿Has estado durmiendo bien?

El aspecto que lucía León no era el mismo de cuando Gerónimo había abandonado la ciudad. Mantenerse al frente del negocio le había pasado factura. Por más que fuera un negocio que manejaba desde siempre, los problemas se acumulaban.

—A mi edad, dormir poco no es motivo de preocupación.

—¿Has tenido algún otro motivo?

—No. Y antes de que sigas indagando sin sentido, imagino que me has traído algo de Londres.

—No me dejaste sorprenderte. Una botella de whisky escocés te aguarda en mi casa.

—¿Me estás invitando a comer?

—Por supuesto.

—Espero que no lo tomes a mal, pero esa empleada que tienes lo único que no sabe hacer es cocinar. Ven a mi casa mañana a la noche. Dina será capaz de darle gusto y sentido a la cena; lo sabes y no puedes rebatirlo.

La paciencia que tenía la empleada de León era admirable; había estado a su servicio toda una vida. Conocía todos los gustos del dueño de casa y también los de Gerónimo, ya que había residido allí, bajo la guarda del abuelo, gran parte de su vida. Ella los había acompañado en momentos importantes. Imposible negarse a semejante invitación.

—Hecho entonces.

—Si me disculpas —dijo al mirar el reloj de oro—, me voy, que tengo algo pendiente por hacer.

—¿Quieres que te ayude?

—No es necesario, ya tienes bastante con ponerte al día con todo esto —completó al mirar las carpetas y documentos que aguardaban ser controlados.

—Hasta mañana.

Gerónimo lo vio retirarse por la puerta al tiempo que la secretaría ingresaba a la oficina con otras carpetas más para que también las revisara. Con trabajo y sin demasiado tiempo para pensar sobre la estadía en Londres, pasó el resto de la jornada encerrado en el despacho, poniéndose a tiro sobre las novedades de la firma.

El día siguiente había amanecido bajo un gris ceniciento y, si no fuera por el viaje y el cambio de estación, podía pasar por uno londinense. Una cálida brisa daba respiro a los días de intenso calor. Muy pronto la ciudad quedaría desierta, cuando los porteños abandonasen sus propiedades para instalarse en el campo o las quintas, o viajasen hasta la ciudad de Mar del Plata para disfrutar del verano. Ese balneario se había transformado en el predilecto para los habitantes de la ciudad. Allí no solo se disfrutaba el día en las concurridas playas, sino también las noches en los distintos acontecimientos sociales que se celebraban en las casonas del selecto grupo que allí residía en la época estival. Sin lugar a dudas, era el sitio de encuentro más preciado para aquellos que huían del calor ciudadano.

Una vez que se alistó, creyó conveniente hacer una visita antes de ir a la empresa. El automóvil se deslizaba por el camino que hacía tiempo no recorría. Gerónimo solo tenía un motivo para ir hasta allí, aunque en esa oportunidad no era a ella a quien pensaba visitar. Esa vez atravesaba parte de

la ciudad hasta la quinta de Santiago Nogués para entrevistarse con el dueño de la propiedad.

Como cada año, el padre de Gerónimo se trasladaba con su familia a la residencia en las afueras de Buenos Aires, a orillas del río. Una fila de árboles daba la bienvenida al lugar. La fachada se conservaba como la recordaba. Por las paredes del exterior, asomaba el color ocre original, tapado ahora por una enredadera que cubría parte del revoque. Los postigos de las ventanas se mantenían cerrados, aunque estaba convencido de que adentro habría movimiento. Estacionó a un costado el vehículo y se dirigió hacia la casona. Caminó unos pocos pasos; la puerta se abrió de golpe.

—Querido, ¡qué alegría que hayas vuelto! —dijo Laura al lanzarse en los brazos Gerónimo.

Con una apariencia cuidada al extremo, no hacían falta ni el exceso de maquillaje en el rostro, ni la vestimenta osada y atractiva para poner en evidencia la belleza que poseía. No podía negarse el gusto de Santiago en cuanto a mujeres se refería; con Laura se habían casado cuando ella era muy joven. La juventud no solo le había permitido un conveniente matrimonio, que, a su vez, le permitía ser parte de los distintos acontecimientos sociales que se celebraban en la ciudad. No le importaba otra cosa que eso, además de vestir acorde a esas celebraciones y viajar por distintos lugares del mundo. Era la pareja ideal para Santiago, mal que le pesase a Gerónimo.

—Laura —le susurró al oído—, no es necesario este recibimiento. ¿Cuántas veces debo decírtelo? Hazte a un costado.

—Hasta que me dé por vencida…

Los goznes de la puerta chirriaron al asomarse el dueño de casa.

—¡Pero miren quién ha venido a visitarme! —exclamó sin dejar de mirar a su esposa.

—Creo que deberías agradecer en vez de quejarte por el recibimiento dado. Por cierto, Laura, puedes retirarte.

A ella no le preocupaba el trato dispensado por su esposo, estaba acostumbrada a que fuera de ese modo. No estaba dispuesta a abandonar la vida que hasta el momento llevaba y que Santiago le había brindado a partir del matrimonio. A cambio, toleraba el comportamiento de su marido. Sin embargo, no perdía las esperanzas con Gerónimo, apenas unos años menos que ella. Que se hubiera transformado en su madrastra no le suponía impedimento alguno para detener la fuerte atracción que sentía por él. A pesar de las distintas insinuaciones que le había hecho, él continuaba indiferente y

distante. Ese constante rechazo avivaba el intenso deseo que aún experimentaba por él. Estaba claro que ella no pensaba darse por vencida y, aunque trataba de mantener ocultas las manifestaciones de cariño hacia el hijo de su esposo, algunas veces simplemente salían a la luz. No obstante, como estaba segura de que Santiago intuía lo que ella sentía por Gerónimo, le permitía creer que su esposo podía cambiar el trato que le daba. Esperaba que los celos produjeran un milagro. La rivalidad que padre e hijo mantenían incrementaba los sentimientos que ella tenía por Gerónimo.

—Pasa, ¿o pretendes quedarte aquí afuera?

—Esperaba que me invitaras a pasar.

Ambos se dirigieron hacia el despacho ubicado a un costado de la casa con vistas al cuidado jardín. Desde allí se tenía un perfecto dominio de quién accedía a la propiedad.

—¿Tomas algo?

—No, gracias.

—Te escucho.

—Veo que te has estado moviendo por detrás de nosotros.

—Siempre hablas respaldado en la voz de mi padre.

—Hace tiempo que no me ofende lo que digas, solo he venido a hablar del negocio.

—Que por ley me corresponde a mí manejar.

—No hasta que León se retire, y puedo asegurarte que falta mucho para que lo haga.

—Te equivocas.

—¿Cuánto es lo que quieres?

Santiago sonrió al tiempo que se sirvió una copa de la botella de whisky que tenía al lado del escritorio.

—Esta propuesta merece un brindis, aunque sé que no quieres levantar la copa conmigo.

Santiago hizo el ademán al elevar la copa y brindar, sin que su hijo le quitase los ojos de encima. ¿Cuántas veces más debería soportar ese

comportamiento? ¿Alguna vez se acabaría todo eso? En alguna oportunidad, ¿su padre se había puesto a pensar cuánto podía herir cada palabra que pronunciaba o cada gesto que tenía?

—¿Crees que esto lo hago por dinero?

—Claro que sí, luchas por tener lo que no posees e intentas conducirte por cualquier camino para obtenerlo.

—Si fuera como dices, me bastaría con conseguirlo para llenar mi cuenta bancaria que, por cierto, está bastante debilitada. Pero no es así. Quiero tener el lugar que nunca tuve y que me merezco en la empresa.

—Querrás decir el que crees que yo te arrebaté.

—Me has ahorrado decirlo, pero es así.

—Entonces vas a seguir con la misma idea.

—Por supuesto, ahora que cuento con cierto apoyo para desplegar mi plan de expansión del frigorífico.

—No creo que cuentes con el beneplácito del resto de los socios para ocupar el lugar de mando.

—Si fuese así, no sé qué haces aquí buscando convencerme de que me mantenga al margen.

—No solo he venido a eso, sino a avisarte que estaremos dando batalla.

—Haz lo que tengas que hacer, pero deja de darme sermones sobre cómo debo conducirme en el negocio. Te falta mucho para eso, y no debes olvidarte de que eres mi hijo.

—¡Puedo asegurarte que nunca me olvido de eso! —exclamó al arrastrar la silla para levantarse y dar por terminada la reunión.

—¿Te has preguntado por qué él siempre te ha preferido a ti?

—Es *tu* padre; deberías saberlo —replicó con una mano en el picaporte de la puerta.

—Voy a aclarártelo. Tú crees que esta diferencia que marca contigo es simplemente porque eres más idóneo que yo.

—Eso no lo digo yo, lo dices tú.

—Sé que lo piensas, pero te equivocas. León nunca ha dejado de tener poder y tampoco busca perderlo. Sucede que contigo, o a través tuyo, puede accionar como le plazca porque puede manipularte; en cambio, conmigo no puede hacerlo. Se lo he dejado muy claro y desde hace tiempo todas las decisiones, equivocadas o no, las tomo yo.

Gerónimo salió del despacho sin poder controlar la rabia que le provocaba la imposibilidad de mantener un diálogo normal con su padre. El trato siempre era del mismo modo y, aunque había perdido las ganas de que todo fuese distinto, por momentos le venían deseos de poder cambiar las cosas para no destruir lo único que los unía.

Pese a todo, existía alguien más allá de toda disputa y era ella el motivo por el que no podía alejarse de esa maldita familia. Justo en ese instante, una voz familiar le interrumpió los pensamientos. De inmediato, se dio vuelta para recibir a Catalina, que se acercaba corriendo hasta él para saludarlo. Por ella, él no podía dejar atrás la familia en que había nacido y hacía oídos sordos a los permanentes escarceos de la madre de su hermanita.

—¿Pensabas irte sin saludarme?

—Esta vez salí pensando en cualquier otra cosa, pero tienes razón.

—¿Problemas con papá?

—Ya te dije que eso es cuestión de adultos.

—He cumplido dieciocho años y, por más que me lleves casi diez, no quiere decir que no pueda compartir lo que sucede en esta familia.

—Eres toda una adulta.

—No te burles. Aunque no te importe, te he extrañado.

Si había alguien por quien él daría todo, era por su hermana. Nunca había imaginado que podría tener un sentimiento tan profundo hacia ella. Él se había negado a visitarla cuando era pequeña; el vínculo con su padre no había ayudado a que la situación fuera diferente, pero, con el tiempo, todo cambió. En el transcurso de los años, ella insistió en verlo y en establecer una buena relación con el único hermano que tenía. El tiempo hizo el resto. Ambos mantenían un vínculo entrañable, a pesar del ritmo de vida de él, que no le permitía estar con ella lo suficiente. La admiración que la joven sentía por su hermano era evidente. Si bien conocía la distancia que él mantenía con su padre, respetaba esa decisión de Gerónimo. En varias oportunidades, para evitar tener problemas en la casa, ocultaba haber estado con su hermano. No quería escuchar de boca de Santiago el modo en que hablaba del hijo varón.

Ella prefería hacerse la distraída para que el resto de la familia pensara que estaba al margen de todo conflicto, aunque no fuese así.

Por parte de Gerónimo, recibía la protección y todo el cariño que un hermano mayor podía darle. Para conservar esa unión, él se había prometido mantener por carriles separados la relación con el padre y aquella con la hermana. Jamás lastimaría a Catalina develando el alma oscura y ambiciosa de Santiago. Lo único que a él le importaba era que, con ella, su padre mantuviese un vínculo normal y armonioso. Gerónimo no permitiría que la joven saliera lastimada. Se resistía a pensar que ella pudiera atravesar una experiencia similar a que la él había pasado.

—¿Y no piensas arreglar esto?

—Cata, estás disfrutando del lugar fuera del loquero de la ciudad. No puedes quejarte.

—Sí que puedo hacerlo. Acá me aburro, estoy sola.

—¿Y Dolores?

Se refería a la joven Pereyra, que se había transformado en una amiga inseparable. Se conocían desde pequeñas, debido a que las familias de ambas mantenían una estrecha relación.

—Se irá con su familia a Mar del Plata y no la veré hasta dentro de unos meses.

—Yo estoy ocupado aquí, con mucho trabajo, no sé qué quieres que haga.

Él vio la cara de consternación de la joven. Sabía el modo de cambiarla.

—En unos días tengo que viajar a La Elegida. Si quieres, puedes sumarte.

—Sí, me encanta la idea. Te dije que eres mi hermano preferido, ¿verdad? —aseguró con los ojos vivaces y se lanzó a darle un abrazo.

Él no entendía cómo ella podía ser tan distinta al ambiente que se respiraba en esa casa. A pesar de todo, se mantenía chispeante y alegre en todo momento.

—Hablaré para que te dejen ir.

—No es necesario, yo me encargaré de hablar con papá. Además, a él le gusta que disfrute de la estancia. Siempre me dice que algún día será mía,

aunque nunca le respondí que solo lo será si puedo compartirla contigo.

Gerónimo le acarició la cabeza. Le revolvió la rubia y salvaje cabellera. No solo era un gesto cariñoso, sino también de agradecimiento por la lealtad que, a pesar de las circunstancias, ella demostraba.

—Entonces estate lista. En unos días, pasaré a buscarte.

—Me parece muy bien. Ahora puedes irte, mientras cumplas con tu promesa.

—Así será.

Se alejó de la propiedad con un ánimo distinto. Aunque tuviera complicaciones, sería incapaz de decepcionar a Cata, no por incumplir la promesa, sino por lo que ella sería capaz de hacer si se negaba a llevarla a la estancia. Desde pequeña había disfrutado del campo. Quizá fueron esas largas estadías campestres compartidas las que permitieron estrechar el vínculo entre ambos.

La noche había desplegado las alas; una cálida brisa atemperaba el calor reinante en el ambiente. Gerónimo apenas había tenido tiempo para alistarse y salir rumbo a la casa de León. Aunque hubiese preferido quedarse, no pensaba fallarle.

—Dina, buenas noches, dime que llegué a tiempo.

—Aunque no fuese así, el señor te esperaría. Él está en la galería, creí que era el mejor lugar de la casa para cenar.

—Claro que sí.

Atravesó el amplio salón comedor que tantos recuerdos le traía hasta llegar al gran ventanal. A través del cristal se perfilaba la imagen de León recostado sobre el respaldo de la silla. Parecía ausente y pensativo. No era de extrañar; le sobraban motivos para estarlo.

—Creí que debía cenar solo esta noche —dijo el dueño de casa al ver ingresar a su nieto.

—Para aplacar tu ánimo ante mi tardanza, mira lo que tengo.

Gerónimo le mostró la botella de escocés que había traído del viaje.

—Nada que un buen un whisky no pueda borrar.

—Tienes razón.

Poco después comenzó la cena. No había dudas de que Dina sabía lo que hacía: la comida estaba exquisita. Gerónimo no quiso echarla a perder comentando la reunión que había mantenido con Santiago en la mañana.

—He estado pensado sobre lo que hablamos —comenzó León.

—Te escucho.

—Ante todo quiero saber si estás dispuesto a soportar todo lo que se viene.

—Creo que está demás que te lo conteste.

—No lo está. En tu situación y a tu edad, podrías desear alejarte de la empresa y continuar con otro negocio que no te traiga tantos dolores de cabeza, aún eres joven y tienes toda una vida por vivir. Bastante has pasado como para continuar en esta guerra silenciosa con tu padre.

—No sé qué se te ha cruzado por la cabeza como para pensar que quiero alejarme de todo.

—Con mis años, he luchado todas mis batallas; no sé si tengo derecho a pedirte que en esta última lo hagas en mi nombre.

—¿Y pretendes arrojar por la borda todo lo hecho? Porque así será si mi padre toma el timón de la firma.

León bebió un largo sorbo de vino sin dejar de observar a su nieto. Más allá del discurso sincero que había lanzado, estaba orgulloso y feliz de que Gerónimo continuase con lo que él había iniciado. Por la instancia a la que habían llegado y que les tocaba atravesar, era importante tener clara la situación, y supo ante la contestación brindada que no habría vuelta atrás.

—Debes entender que me es importante saber tu postura, por más que me las has confirmado en más de una ocasión.

—Entonces, espero que sea un tema zanjado.

—Así es.

Gerónimo no dejaba de escrutar a su abuelo. Lo conocía como nadie y creía que se traía alguna otra idea entre manos.

—¿Entonces tienes algún otro plan?

—Pretendo que hagas todo lo que tengas que hacer para tomar el poder y el control total de la empresa. Tienes mi absoluto apoyo y mis acciones, pero

sabemos que tu padre cuenta con su parte y, sumada a algunas más que adquiera, nos puede poner en una situación difícil.

—Lo sé y lo hemos hablado. Encontraré el modo de hacerlo.

—Gracias, hijo.

A pesar de no serlo, Gerónimo se había transformado en un hijo y era así como lo sentía en cada acto, gesto y comportamiento que tenía hacia él. Habiendo aclarado todo, ya no había mucho por decir; el apetito de ambos había mermado y la cena estaba terminada. Intentaron cambiar de tema y borrar cualquier vestigio del conflicto familiar con una copa de un buen whisky. Entre ambos siempre había sido así: no existía diferencia alguna que no pudiera ser salvada ni borrada con una copa. Poco después, Gerónimo abandonó la propiedad sin dejar de recordar cada momento vivido ahí dentro. Allí, con León, se había refugiado cada vez que lo había necesitado. Ahora, todo era distinto, sin embargo, regresar a la propiedad que había sido su hogar durante tanto tiempo no dejaba de darle una cuota de nostalgia.

El día siguiente, León Nogués había decidido quedarse en la casa. La noche había sido larga; aunque le costase reconocerlo, estaba cansado. Como no podía permanecer sin hacer algo, se encerró en el despacho para resolver unos temas pendientes. Estaba abocado al análisis de unos documentos cuando escuchó el chasquido de la puerta al abrirse y vio a su empleada interrumpir la calma en la que se había sumido en el escritorio. Se sorprendió porque aún no era la hora del almuerzo.

—Dina, ¿qué sucede?

—Sé que no quiere ser molestado, pero ha venido…

—No es necesario que me anuncies. Para un hijo las puertas de la casa de su padre están abiertas, ¿o me equivoco? —proclamó Santiago por detrás de la empleada.

—Gracias, Dina, déjanos solos.

Ella se fue de allí, aunque se mantuvo en los alrededores del despacho, por si surgía alguna trifulca de las que estaba acostumbrada a escuchar cuando aparecía Santiago por allí.

—Ahórrame el tiempo y dime a qué has venido.

—A que tengas la hombría de hablar conmigo y no mandes a mi hijo a hacerlo.

—Te equivocas. Si ha ido, ha sido por su cuenta, pero no me extraña. Gerónimo es lo mejor de la familia.

—Qué raro que no te adjudiques ese título.

—Yo no he sido el mejor padre para ti. He cometido errores, pero tú vienes cometiéndolos desde hace tiempo ya. El mayor de los problemas es que no te das cuenta.

—Él es mi hijo, un hijo que te empeñaste en poner en mi contra. Esa fue la única manera de no quedarte solo.

—Cállate, te equivocas.

—Claro que no. Deberías saber que ni mi madre te ha soportado. Mira, si no, cómo ella prefirió estar muerta antes que a tu lado.

—¡Esta es mi casa, y no me faltarás el respeto! ¡Vete de aquí!

—Y como no te bastó, pretendes quedarte con todo y quitarme lo que me pertenece.

El sonido de la madera del lustroso piso al retirar la silla se sumó a los gritos de la discusión. León se acercó a su hijo.

—Te dije que te fueras de mi casa, pero antes quiero recordarte que lucharé hasta mi último aliento para mantener la empresa en pie, y solo será de la mano de Gerónimo. Él es el único que vale la pena en esta familia, puedo asegurártelo.

Poco después, un fuerte golpe de la puerta puso fin a la acalorada discusión. Con un leve temblequeo en las manos, León se sirvió una copa de whisky para intentar calmar la zozobra y la culpa por no haber podido solucionar las cosas antes. Ya todo se le había ido de las manos. Aunque no le gustaba que así fuese, debía hacer frente a la situación, en este caso, con Gerónimo.

CAPÍTULO 4

Regreso a La Elegida

Una amplia avenida de añejos y frondosos eucaliptos daba la bienvenida a la estancia, propiedad de la familia Nogués. Desde hacía una treintena de años, les pertenecía y se había transformado en una fuente importante de ingresos cuando se pudo exportar el ganado vacuno en pie o, en su defecto, como materia prima para el frigorífico. Se encontraba ubicada en una zona próspera de la provincia de Buenos Aires.

El casco asomaba por entre los árboles que la circundaban, la protegían del sol y le brindaban sombra y frescura en los días calurosos. Las paredes blancas estaban salpicadas de tonos verdosos de la enredadera que avanzaba cubriendo los muros; en ellos, asomaban las amplias ventanas resguardadas por rejas negras. Dos grandes maceteros al frente custodiaban la puerta, rústica y de madera, por la que se accedía a la propiedad. La galería se había transformado en el lugar de encuentro para quienes habitaban la casona, con una mesa y sillas junto a una gran cantidad de plantas y flores que la decoraban. En el interior, varias salamandras estaban distribuidas en los distintos ambientes para hacer ameno el crudo invierno. La cocina de amplias dimensiones, a cargo de Bernarda, era una usina de exquisiteces de las que disfrutaban los patrones cuando arribaban.

—Estas tierras se mantienen siempre bellas; no importa la época del año en que uno venga.

Gerónimo desvió la mirada del volante para ver a su hermana contemplando con fascinación el territorio que los rodeaba.

—¿Cuándo fue la última vez que has estado aquí? —le preguntó Gerónimo.

—Hace unos meses.

—¿Tanto tiempo?

—Sí, parece que te olvidas de que la mayoría de las veces dependo de nuestro padre para venir aquí. Y sabes que él no es muy afecto a la vida rural.

Esa circunstancia no impedía que Santiago Nogués no dejara de alardear sobre el establecimiento agrario ante quien tuviera enfrente.

—Eso no importa, yo debería haber estado más atento.

—No quiero ser desagradecida contigo, porque siempre estás pendiente de lo que me sucede. Sé que estás ocupado con el trabajo; sin embargo, distraes tiempo para mí y eso lo agradezco por demás.

—¡Pero qué declaración más solemne has hecho! Imagino que en cualquier momento vendrá otro pedido —replicó acariciando la cabeza de la joven.

—Esa es una buena idea. Iré pensando qué puedo pedirte.

Ella disfrutaba estar allí por el sentimiento de libertad que significaba estar lejos de la casa familiar. Sin embargo, no era ese el único motivo por el que viajar a La Elegida le generaba tanto placer. Catalina conservaba oculto un secreto que esperaba sacar a la luz cuando las circunstancias se modificasen. Si había algo que nunca había cambiado, era la ilusión de que todo fuese distinto. Estaba convencida de que el tiempo jugaría a su favor y no bajaría los brazos hasta lograr lo que tanto anhelaba.

Desvió la mirada y notó que Gerónimo la observaba con el ceño fruncido, no pensaba darle un motivo para que le preguntase qué estaba pensando. Cuando a él se le ponía algo en la cabeza, no había quién lo hiciera desistir, no dejaría de indagar qué le sucedía. Esbozó una tenue sonrisa que borró de un plumazo los pensamientos que la invadían para centrase en la conversación y en el paisaje campestre que la rodeaba.

—Eso sí, no te pases —le pidió Gerónimo.

—No te preocupes, no quiero tener que regresar pronto a casa.

Gerónimo aferró los dedos al volante del vehículo, no sabía el motivo por el que su hermana le decía eso. Esperaba que no fuera por lo que él creía.

—¿A qué te refieres?

—Me cuesta contarte ciertas cosas, porque no quiero que te sientas culpable.

—Cata, no me embarga la culpa en lo que respecta a nuestro padre. Cuéntame, para eso somos hermanos y confías en mí, ¿verdad?

—Mis padres tuvieron una fuerte discusión luego de que te fueras aquel día que nos visitaste. Nuestro padre le decía a mamá que, si seguía actuando del modo en que lo había hecho contigo, la dejaría de patitas en la calle.

En ese momento, él se percató de que debería hacer entrar en razón a Laura para que dejara de comportarse del modo en que lo hacía en cada

oportunidad que estaban juntos.

—Me cuesta creer que mamá busque…, no sé cómo decirlo.

—Déjalo ya, Cata.

—Los días posteriores casi ni se hablaron. Yo creo que esa fue la razón por la que nuestro padre dejó que viniera aquí. Por más que es cruel contigo y también con mi madre, conmigo es diferente.

Gerónimo podía entender que su padre pudiera tener un buen comportamiento con su hermana, pero no se fiaba de él. Era difícil ocultar el resentimiento, la envidia y vileza que vibraban en su interior. Temía que en algún momento, y por la razón equivocada, salieran a la luz y que Catalina fuera la destinataria. Por eso él se mantenía atento a que nada ocurriera y a estar cerca de la joven si en tal caso algo sucedía. Ella se había trasformado en el delgado hilo que lo unía a su padre. Si no fuera por su hermana, el débil vínculo que ambos mantenían se habría cortado, entonces, solo permanecerían enfrentados en la lucha por el poder y el control de la empresa familiar.

—Si actuase de un modo diferente contigo, ¿me lo dirías?

—Claro que sí. A veces no sé a quién de ellos creerle. Ella es mi madre y la amo.

—Es así como debe ser.

—Por eso te lo pregunto a ti, que eres en la única persona en la que confío plenamente. Y no me digas que todo esto es un tema de adultos porque yo también lo soy —manifestó anticipándose a la respuesta.

Él volvió a mirarla. Supo que la mujercita que él intentaba proteger por encima de todo había crecido, que pronto desplegaría las alas y volaría para perseguir sus sueños.

—Tienes razón —respondió y la sorprendió—. Pero no puedes meterte en las discusiones de un matrimonio ni intentar entenderlas. Lo único que puedo asegurarte es que yo nunca accedería a que sucediera algo con tu madre. Olvídalo ya.

Ella lo miró de reojo. No era eso lo que deseaba saber, porque estaba segura del comportamiento de Gerónimo. Sin embargo, esa contestación ocultaba la respuesta que ella no quería escuchar. Que su madre pudiera insinuársele a su hermano la colmaba de vergüenza y desazón.

—Vinimos aquí para que te distraigas, no para estar pensando en tu casa.

—Tienes razón.

—Mira a tu alrededor.

Él contempló los cuadros cosechados. Había sido arduo el tiempo de siembra. Confiaba en que el sacrificio puesto en el trabajo realizado fuese fructífero y en que ninguna contrariedad o eventualidad echase por tierra la ganancia que se estimaba si todo salía según lo previsto. En la inmensidad del terreno, pastaba el ganado que era parte fundamental de la explotación del establecimiento.

—Aunque no lo creas, tengo grabado en mi retina este paisaje.

Ella podía dibujar con los ojos cerrados cada centímetro de esa tierra. Con una sonrisa, la joven comenzó a disipar de la mente de cualquier pensamiento familiar. Se adentró en el panorama rural y en los gratos recuerdos que le traía estar de regreso en la estancia.

El ladrido de los perros anticipó la llegada del automóvil por la senda de ingreso a la estancia. La empleada aguardaba fuera de la casona, secándose las manos en el delantal.

—¡Bienvenidos! —exclamó al saludarlos—. Creí que vendrían al mediodía.

Bernarda estaba allí esperando agasajar a los patrones, como cada vez que ellos arribaban. Trabajaba para la familia Nogués desde hacía muchos años y se había transformado en una testigo invisible de todas las desavenencias acaecidas entre ellos.

—Hola, Bernarda, ¿cómo estás?

—Muy bien ahora que han llegado.

—Imagino que nos estarás esperando con algo.

—Por supuesto, adelante.

Catalina se había quedado entretenida con los animales que no dejaban de olfatearla. Sin embargo, centró la atención en Bruma.

—Parece que pronto nos darás hijitos —mencionó al notar abultado el abdomen del animal—. Aprovechas que no estoy para hacer de la tuyas, ¿verdad?

De los perros que allí había, la única que se mantenía en la cercanía del casco era Bruma; el resto andaba por cualquier otro lado. La preferencia de

Catalina se debía a que dos años atrás la había visto nacer. Había insistido en llevársela a la casa, pero la negativa de su padre había puesto punto final a los fuertes deseos de tenerla. Volvió acariciarle el lomo al son del movimiento del rabo del animal.

—Ahora tendrás mi compañía —dijo al escuchar que la llamaban para que ingresara con las maletas.

De inmediato entró a la propiedad a los trompicones munida de un pequeño bártulo.

—Déjeme ayudarla —se ofreció Bernarda.

—No es necesario —respondió la joven al adelantarse y salir disparada hasta la habitación, mientras el resto del equipaje lo cargaba Gerónimo.

La sensación de libertad que la envolvía cada vez que pisaba la estancia no la había experimentado en ningún otro lugar. Desde pequeña había disfrutado de esa tierra, aunque nadie pareciera darse cuenta. En varias oportunidades, había debido lidiar con su madre, a quien no le gustaba que ella se presentase como un estropajo, luego de haberse caído y revolcado en el barro al jugar con los perros. La situación se complicaba cuando, en la discusión, se sumaba el padre y todo se desbordaba. Eso generaba que las estadías en el campo fueran más espaciadas. Con el tiempo la situación había cambiado.

La reaparición de Gerónimo en la familia había provocado una debacle. Nunca había sabido muy bien el origen del conflicto familiar; lo único que a ella le importaba era que tenía un hermano mayor y quería recuperar el vínculo que no había tenido. Fue entonces cuando la permanencia en La Elegida había cambiado e ir hasta allí se había transformado en la única manera de poder compartir tiempo con Gerónimo. Con él aprendió a andar a caballo, algo que se había negado a hacer por temor. No había sido fácil quitarse el miedo de montar, pero, si no lo intentaba, habría debido resignarse a perderse las cabalgatas de las que los mayores alardeaban cuando llegaban de la recorrida. Gerónimo, munido de una infinita paciencia, le dedicó el tiempo suficiente hasta que logró quitarse el temor.

Regresar a La Elegida le colmaba el espíritu de felicidad absoluta. Lanzó lo que llevaba en las manos sobre la cama no bien ingresó a la habitación, más austera que la de la ciudad. No le importaba nada más que estar allí.

—Si quieres salir a dar una recorrida, cámbiate. Te espero en el establo —dijo Gerónimo desde la puerta del cuarto.

La joven salió de inmediato de la ensoñación y se dispuso a cambiarse la

ropa para salir de paseo con su hermano. La libertad que experimentaba cuando salía por la estancia era absoluta, dentro de esas tierras no tenía que darle explicaciones a nadie.

—Señorita, no se vaya —le pidió la empleada al verla pasar como una exhalación frente a la puerta de la cocina.

Catalina se detuvo ante la fuente repleta de pastelitos.

—Bernarda, esto es mi perdición.

—Será la de los pastelitos si no los come.

—Es que mi hermano me espera.

—Lo sé y se llevó algunos.

—Está bien, con dos me basta. —Se llevó uno a la boca y envolvió otro en una servilleta—. ¡Gracias, Bernarda! —exclamó con algunas migas de hojaldre en los labios.

—Vaya nomás.

A un costado del casco se erigía el establo, poblado por varios caballos. Con el paso del tiempo, se había mejorado la caballada. El caballo Trueno la esperaba ensillado para salir de recorrida, como cada vez que ella iba a La Elegida.

—Cómetelo antes de montar; está riquísimo —aseguró Gerónimo ya sobre la montura—. Se te olvida algo. —Le arrojó un sombrero.

—Gracias. Te aseguro que este es uno de los motivos por los cuales quiero venir —dijo al señalar el último bocado del dulce.

—Y yo que pensaba que era porque deseabas pasar unos días con tu hermano —replicó, mientras azuzaba al caballo para salir al galope.

A medida que avanzaba a campo traviesa siguiendo a su hermano, una serie de recuerdos le inundaron la mente. Sentía una fuerte atracción por ese lugar. Disfrutaba ser parte de todas las actividades que allí se hacían: estaba todo el día rodeada de los perros que no podía tener en la casa de la ciudad, cabalgaba por el lugar que quisiera y mantenía viva la pasión por pintar, sin que nadie le dijera que era una pérdida de tiempo y que se dedicara a hacer algo más interesante, como participar de las obras de beneficencia a las que asistía su madre. Por ese motivo, y porque no quería ser foco de otra de las tantas discusiones que se daban en la casa, había decidido abandonar por el

momento la afición al dibujo.

Volvió a contemplar el panorama con fuertes deseos de pintar aquel paisaje que conocía a la perfección. La tenue brisa matinal mecía las espigas de maíz y tapizaba de dorado los cuadros sembrados meses atrás. El ganado que habitaba otro sector de las tierras se había refugiado bajo la sombra de los árboles para paliar el calor reinante. Regresaron a la casona envueltos en polvo y sudorosos, pero con la felicidad de sentirse libres en la inmensidad de aquellas tierras.

—Por fin han regresado. La mesa está lista y los aguarda con un rico almuerzo —comentó Bernarda, que había cocinado la comida predilecta de los patrones.

—Yo ya vengo, antes debo refrescarme —dijo Cata, mientras se quitaba las botas embarradas para salir como una saeta hasta el baño.

—Me alegra que la haya traído.

—Como te imaginarás, no ha sido idea mía, pero cómo decirle que no.

—Lo sé; además no debe ser fácil vivir con el padre que le tocó. —En ese instante, Bernarda habría preferido morderse la lengua—. Disculpe, señor, yo no quise decirlo ni ser una entrometida.

—No te disculpes; tienes razón. Ese es el motivo por el que la traje. El aire de campo le hará bien.

—¿Cómo está el señor León?

—Muy bien, aunque no ha querido ser de la partida. En la ciudad hay varias cuestiones que tratar y prefirió quedarse allá.

—Y como siempre, usted ha venido a trabajar.

—Así es, Bernarda; las cosas están complicadas.

—Por mucha complicación que haya, usted debe almorzar, ¿o no piensa hacerlo?

—Antes, debo cambiarme. Luego iré al despacho. Me esperan unos cuantos papeles.

—Pero recién ha llegado.

—Ya habrá tiempo por la noche para que pruebe lo que has cocinado. Tendrás compañía, aunque espero que Cata no te abrume con toda la energía

que tiene.

—Ya estoy acostumbrada a la señorita —comentó con aparente resignación.

El tiempo tenía otra cadencia en la estancia. La tranquilidad y el sosiego provocaban una placentera letanía que se extendía a lo largo del día. Catalina había buscado refugiarse en la soledad de la galería. Desde allí, se podía apreciar con mayor esplendor un momento inigualable del día. El atardecer caía dejando a su paso vetas rojizas y rosadas en el horizonte. Ella intentaba plasmar esas tonalidades en el lienzo que tenía frente a sí. Las pinceladas cubrían de color la tela y le daban vida. De a poco los trazos dibujados reflejaron con una fidelidad inusitada el ocaso de esa tarde. Se mantuvo perdida en la pintura hasta que las tenues luces de ese atardecer se fundieron con la noche. Llevó de inmediato el lienzo a su cuarto; no quería que nadie la viese ni descubriese que aún mantenía indemne la pasión por pintar, salvo Bruma, que retozaba sobre las frescas baldosa que cubrían el piso.

La cortina flameaba a causa de la brisa que ingresaba por la hendija de la ventana. Catalina dejó de remolonear y dar vueltas en la cama para levantarse. El aire matinal funcionaba como un antídoto para su sueño. Madrugar se había transformado en una grata costumbre cada vez que pernoctaba allí. Se acicaló, se colocó la ropa de montar y fue hacia la cocina para desayunar. El aroma a pan casero impregnaba el corredor. Un leve murmullo se tornaba más audible a medida que se acercaba. Se detuvo de golpe para observar desde el resquicio de la puerta a los presentes.

—Parece que en esta casa todos han madrugado.

Bernarda llamó la atención de los hombres que estaban desayunando sentados alrededor de la mesa.

—Cata —dijo Gerónimo al darse vuelta y ver a su hermana—, hoy tenemos visitas. Mira quién ha venido.

Gerónimo se refería al menor de los hermanos Benegas. Felipe se levantó de la silla para saludarla.

—Qué alegría verte, Cata.

Ambos se conocían desde hacía años debido a que la familia Benegas tenía un campo lindero con la estancia. Esa simple circunstancia los habría hechos tan solo vecinos, pero la fuerte amistad de Gerónimo con Segundo, el mayor de los hermanos, había cambiado el vínculo entre Felipe y Catalina.

Felipe se había transformado en una grata compañía durante las estadías

en La Elegida. Varias eran las anécdotas compartidas en los últimos años. Él tenía el anhelo de ser periodista, y hacía un tiempo que trabajaba en el periódico del pueblo ubicado a escasos kilómetros de allí, pero buscaba llegar a la capital para desempeñar la profesión. Cada vez que él viajaba hacia la ciudad en busca de alguna oportunidad laboral, la visitaba y compartían largas charlas. También la acompañaba a los eventos a los que ella, en principio, se negaba a asistir, aunque terminaba yendo por la insistencia de la madre. La presencia del joven era vista con buenos ojos por parte del matrimonio Nogués. Según había escuchado Catalina de boca de ellos, el joven Benegas no representaba ningún riesgo o amenaza para la joven porque era inofensivo; ese calificativo le retumbaba en la cabeza, desconocía a qué se referían. Habían trabado una linda amistad que ella valoraba; por él sentía un fuerte cariño.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Mi hermano me avisó que habían llegado.

En ese instante ella fijó la vista en Segundo, que acababa de dejar un tazón con café con leche sobre la mesa.

—Catalina, ¿no piensas saludarme? —le preguntó con ese sordo tono de voz que lo caracterizaba.

En silencio, se acercó, le dijo "hola" y se sentó con ellos. Ya tenía el café con leche servido por Bernarda junto a unas rodajas de pan, mermelada de higo y dos rebanadas de budín de naranja. Intentó controlar el temblor que le corría por el cuerpo. Por momentos, se sorprendía de lo diferentes que eran ambos hermanos; poco había en común entre ellos, salvo el profundo cariño que había entre ambos.

El mayor de los Benegas se había tenido que hacer cargo del hogar familiar debido a la muerte del padre. Muy a su pesar, debió abandonar la profesión de veterinario para dedicarse de lleno a la explotación agrícola ganadera de las tierras. De carácter reservado, poco se podía saber de él; era casi imposible intentar descubrir lo que pensaba cada vez que posaba los ojos negros sobre alguien. Los mechones oscuros de cabello le caían desordenados sobre el bronceado rostro. Dueño de un aspecto despreocupado, que aparentaba que nada lo sacaba de quicio, todo en él era enigmático.

Volvió a mirar a Felipe, que intentaba incluirse en la conversación, y notó los ojos verdes que destellaban sobre la tez clara protegida con el sombrero que usaba a diario. Su apariencia, junto al modo de conducirse, se asimilaba más a la de un hombre de letras o a la de un reportero gráfico que a la de un hombre de campo. Por más que intentó ser parte del manejo de la

estancia junto a su hermano, debió hacerse a un lado. La vocación no había sido el único motivo para alejarse de las faenas campestres. Ella evitó continuar con sus pensamientos y se adentró con el hilo de la conversación.

—¿Cómo que has estado en la ciudad y no has venido a verme? —lo increpó Gerónimo a Segundo.

—Te recuerdo que has estado de viaje durante la semana que estuve en la capital.

—Tienes razón.

—Debía adquirir unas maquinarias para el campo y aproveché para quedarme unos días en la ciudad —aclaró Segundo.

—¿Recuerdas que pude ir a verte? —le susurró al oído Felipe a Catalina.

Ella asintió con un leve sonrojo cuando notó que los presentes observaban ese gesto íntimo y cariñoso. De inmediato, tomó la taza para beber lo que quedaba de café y fijó la vista en una rodaja de budín que descansaba en el plato, para evitar centrarse en el resto de los invitados.

—Supongo que, además de los negocios, habrá habido tiempo para la diversión también —comentó Gerónimo.

Una tenue sonrisa le asomó por el rostro a Segundo, pero no respondió nada. Ella se había dado cuenta de que Benegas decía más con los silencios que con las palabras. Por otro lado, no era necesario ser muy explicativo con Gerónimo, que lo conocía por demás.

—Deberías contarnos cómo viste la ciudad de Londres —acotó Felipe fascinado por oír lo que comentaban los muchachos.

Uno de los fuertes deseos de Felipe era viajar por las ciudades europeas más importantes y ser testigo de todo lo que sucedía allí. Creía que en el Viejo Mundo ocurrían los sucesos más importantes; deseaba estar ahí para ser partícipe de ellos y narrarlos. Soñaba con poder alejarse de todo e instalarse en Europa para vivir de la profesión sin deberle algo a alguien. Más allá del anhelo, entendía que no era el momento para hacerlo. Estaba al tanto de que la situación económica por la que atravesaba la familia no era la mejor. Sin embargo, Segundo le había prometido que, no bien la cuestión financiera fuese más holgada, realizaría el ansiado viaje.

—No he podido disfrutar de la ciudad, como las otras veces que he estado, debido al trabajo que tenía. No es fácil la situación que estamos atravesando en el frigorífico. Debo admitir que, cuando viajas con la presión

de solucionar ciertos temas, dejas a un lado la diversión.

En ese instante le vino a la mente la imagen de Juana Bustillo. Por más que lo intentase, no se la había podido quitar de la cabeza. Estaba claro que, si ella hubiera actuado de otro modo, sin desaparecer sin explicación, ya ni la recordaría. Ese pensamiento le dio mayor tranquilidad, porque entendía que la joven no era más que un capricho y que había vulnerado su hombría al mentirle descaradamente para luego huir. Había sido la primera vez que lo habían rechazado de ese modo, y esa primera vez se le hacía difícil de olvidar.

—Supongo que no debe haber sido para tanto —declaró en sorna Segundo.

Gerónimo bebió de un sorbo el café para dar por terminado el desayuno. Nunca se quedaba tanto tiempo en la cocina. Se había levantado temprano para sacar provecho de las horas matinales. En época de calor, no quedaba otra opción. Además, los peones estarían listos aguardando en el establo con los caballos preparados para salir. En ese instante, Segundo también se preparaba para retirarse.

—¿Podemos ir con ustedes? —preguntó Catalina con toda la ilusión de sumarse a la partida.

Inmediatamente, se dio cuenta del error que había cometido con Felipe, que no acostumbraba a acompañarlos.

—Catalina, nosotros iremos a revisar el ganado —manifestó Segundo.

—Cata, ve —le dijo Felipe al inclinarse hacia ella—, no es necesario que te quedes por mí.

El sonrojo volvió a cubrirle las mejillas sin que pudiera evitarlo; odiaba que le sucediera eso cuando se ponía nerviosa. Debería haberse dado cuenta de que Felipe la había ido a visitar y que debía permanecer con él, que se quedaría el resto de día. No podía ser tan descortés.

—Hay otra ronda de café para ustedes dos —anunció Bernarda.

—Esa es una buena idea —acotó Catalina para agradecer la intervención de la empleada, que siempre estaba atenta a lo que sucedía.

—Gracias —dijo Felipe.

Cuando ella se dispuso a beber otro café, levantó la vista y se encontró con una mirada oscura enmarcada en unas pestañas negras que acentuaban aún más la intensidad de esos ojos. Duró unos pocos segundos. No había en

ella reproches por sus dichos, sino tan solo agradecimiento. Una disimulada caída de ojos de parte de él lo confirmó, antes de abandonar la habitación y marcharse a cumplir con la faena.

—Cata, nos conocemos hace tiempo y tenemos confianza como para que me digas que deseas ir. En tal caso, me quedaré aquí esbozando algunas ideas que tengo para una próxima publicación —planteó Felipe.

—Lo sé, no te preocupes, puedes contármelas mientras finalizamos este café.

El joven reafirmó el fuerte sentimiento que lo ataba a ella. Nunca había tenido con él alguna actitud que denotara lástima por su condición. Él había aprendido a disimular la cojera y la falta de destreza en los movimientos. Si bien al principio se había enojado y había luchado contra la enfermedad que lo había afectado de niño, luego aprendió a agradecer no haber quedado tullido como tantas otras víctimas de la poliomielitis que había asolado Buenos Aires años atrás. Aprendió con el tiempo que, si no hubiera tenido que quedarse aislado meses en una cama de un hospital sin poder hacer otra cosa que leer los libros que su hermano le dejaba para que los días fueran más llevaderos, no se le habría despertado la vocación. Quizá tan solo buscaba conformarse con lo que le había tocado vivir. De lo que sí estaba seguro era de que su familia había intentado por todos los medios que él tuviese una vida normal, en especial Segundo, que lo retaba día a día a que se lanzara a hacer las cosas como cualquier otro joven de su edad. Al fin lo había logrado, aunque había desistido de los quehaceres del campo. Felipe evitaba participar de la recorrida, debido a que la cabalgata le provocaba fuertes dolores musculares que no estaba dispuesto sentir. Ya bastante con los que sufría como consecuencia de la poliomielitis. El esfuerzo físico que implicaba estar al frente de un establecimiento de campo lo dejaba para Segundo.

—Si bien estoy contento con el trabajo que tengo en el periódico *El Zorzal*, he dejado mis datos en otras redacciones de la capital.

—Estoy segura de que se comunicarán para ofrecerte trabajo.

—Eso espero.

—Claro que sí; fíjate, si no, lo que se pierden.

Una carcajada asomó por el rostro de Felipe. Sin lugar a dudas, estar en compañía de Catalina lo cambiaba todo. Ella era especial, lo había notado desde el mismo momento en que la había conocido. Con el paso de los años, ella se había transformado en una bella y atractiva joven a la que no estaba dispuesto a renunciar.

—Ahora cuéntame lo que has hecho en la ciudad todo este tiempo.

Tendría una conversación asegurada, por la locuacidad de Catalina sumada a las semanas que habían dejado de verse.

* * *

El ganado bovino estaba ubicado en la zona norte de las tierras. Hacia allí se dirigieron para controlar a los animales. Se los podía observar rumiando o tan solo tirados descansando bajo la sombra de algún árbol. En su mayoría, eran de gran porte, algunos con el pelaje de color negro que les cubría la totalidad del cuerpo y otros bayos con manchas blancas esparcidas en la cabeza y detrás de las orejas. Pertenecían a las razas aberdeen angus y hereford. Atrás habían quedado los tiempos en que se debió introducir reproductores de estas razas inglesas para cruzarlos con los criollos, para darle de ese modo mayor porte y envergadura al ganado, lo que produjo mayores beneficios para la exportación. Los años permitieron ir depurando la raza para contar en la actualidad con ejemplares puros de las razas británicas.

—Espero que podamos recuperarnos de las pérdidas que hemos sufrido.

—Ese es el riesgo que corremos hasta que no hallemos una solución para paliar la aftosa.

Aún no había logrado poner a cero las deudas debido a la debacle provocada por la fiebre aftosa que había asolado el campo El Capricho, propiedad de la familia Benegas.

—Esa enfermedad de mierda que nos ha llevado a perderlo casi todo.

—Cómo olvidarlo.

En aquel tiempo, Gerónimo había notado que algo sucedía con el ganado; el rumor de la aftosa en el campo vecino había comenzado a correr. No había sido la primera vez que sucedía, pero sí desde que Segundo se había hecho cargo de la estancia. Debido a los controles veterinarios que hacía en el ganado, había llevado la voz cantante sobre lo que parecía ser la peor pesadilla para los hacendados de la zona. Ambos habían luchado junto a los ganaderos de la región para evitar que esa fiebre se propagara, aunque había sido solo un deseo, porque, una vez que el virus se instalaba en el animal, ya

poco se podía hacer para impedir el contagio. La maldita enfermedad corrió sin piedad ni detención por el ganado de los campos aledaños. Hasta que no se consiguieran las inoculaciones necesarias, no quedaba otra alternativa que sacrificar a los animales y quemarlos junto a la tierra para evitar que el virus subsistiera.

Las pérdidas de los ganaderos habían sido enormes. No solo significaba un volver a empezar para más de uno, sino también luchar para posicionarse nuevamente en el mercado internacional de la exportación de carne. Ningún país quería que la carne argentina infectada fuese introducida en sus tierras. Se negaban a la mera posibilidad de que el virus pudiera ingresar a los campos. Las restricciones que los países le ponían a la carne argentina destrozaban el mercado local. El Gobierno intentaba dar batalla a través de las gestiones políticas y diplomáticas, aunque no siempre eran efectivas.

—No creo que pueda volver a recuperarme si todo empieza de nuevo —afirmó Segundo.

La cosecha del año anterior había sido mala y había provocado un número importante de desocupación; los braceros que se contrataba para la cosecha se quedaban sin empleo y buscaban en la ciudad lo que el campo les negaba. A eso había que sumarle el descenso en el valor de las exportaciones agropecuarias. Todo confluía para provocar un ambiente enrarecido. Mantenerse con la producción agrícola ganadera se hacía cuesta arriba.

—Veo que estás más complicado que lo que creía —manifestó Gerónimo.

—Son muchas las cuestiones que debo cubrir. Sabes que mi madre cree que continúa viviendo en la opulencia que mi padre le brindó a costa de dejar el campo endeudado cuando se murió. Por más que se lo explique, no lo entiende.

—No se puede creer que a su edad no se dé cuenta de cuál es la situación.

Un instante después, se percató de que no podía cuestionarle nada a esa mujer cuando su familia dejaba tanto que desear.

—Y, aunque no lo menciones, está tu hermano.

—Él quiere instalarse en la capital y habrá que buscar un lugar para que viva con mi madre, que también quiere establecerse allí para acompañarlo. Es la excusa perfecta que ella encontró para terminar de dilapidar lo poco que nos queda. Pretende participar de cuanto acontecimiento social haya en Buenos Aires; no le bastan los esporádicos viajes que hace a la ciudad.

—Eso es más complicado de lo que imaginaba. No debe ser fácil contentar a tu madre.

—No, aunque no he perdido tiempo la última vez que visité la ciudad y busqué algún lugar para ellos —aseguró Segundo.

—Deben comprender que los ingresos provienen solo de la explotación de la estancia.

—Así es. Cuando pueda pagar el viaje a Europa que quiere Felipe, lo haré.

—Él también debe entender cómo son las cosas.

—Lo hace, pero pretendo que tenga lo mejor.

—En eso estoy con vos; me pasa con Cata, me cuesta negarle algo.

Segundo evitó pensar en lo que le había dicho Gerónimo y desvió la mirada hacia el ganado que los rodeaba. No quería perder tiempo de trabajo analizando algo que se negaba a hacer desde hacía tiempo.

—Nos están esperando, vamos.

Ambos espolearon los caballos. Se mezclaron con la peonada para cumplir con la revisión de las cabezas. Aún quedaba toda una jornada de trabajo por delante; el día recién había comenzado.

CAPÍTULO 5

Una huella en el camino polvoriento

Gerónimo se había levantado no bien despuntó el alba, quería sacar provecho del tiempo que estuviera allí. Necesitaba cerrar la compra de unos animales y dejar todo listo para cuando debiera abandonar la estancia. Por más que hubiera ido por trabajo, esperaba permanecer unas semanas para poder disfrutar de las tierras y de un tiempo de descanso.

De pequeño y de la mano de León, La Elegida había sido su refugio durante largas temporadas. En algunas oportunidades, cuando las obligaciones requerían de la presencia de su abuelo en la capital, él permanecía con Bernarda. Hubo un momento en el que pensó que se instalaría en el campo y dejaría la ciudad de lado. Sin embargo, no imaginó que la situación familiar se complicaría con el tiempo hasta poner en riesgo el frigorífico. Entendió que quedarse en la ciudad, estudiar derecho y dedicarse de lleno a la empresa sería el camino indicado. De todas formas, cuando podía se hacía una escapada para disfrutar de la estancia.

Luego de desayunar, se instaló en el escritorio de la casona munido de una serie de documentos que se encontraban desplegados sobre la mesa. El sonido de un motor lo distrajo y observó desde el ventanal que daba al parque que Florencio Quintana acababa de llegar. Dejó a un lado los papeles diseminados y salió a buscar a su invitado.

—Gerónimo, al fin se te puede ver por la zona.

—Me gustaría venir más de lo que crees —señaló al hacerlo pasar al despacho.

Poco después de ponerse cómodos, llegó Bernarda con bebidas acompañadas por una pastafrola de membrillo.

—Gracias. —Gerónimo le guiñó el ojo a la empleada, que sabía de su predilección por lo que acababa de servirle.

—Deberías abandonar la ciudad e instalarte aquí. Verás que todo es más tranquilo. Yo lo he hecho y puedo asegurarte que se vive de otra manera.

—Ganas no me faltan, pero tengo obligaciones que cumplir en la capital.

—Hablando de obligaciones, los negocios nos vuelven a reunir.

Quintana era uno de los ganaderos con los que los Nogués habían

negociado desde larga data. Siempre lo habían hecho del mejor modo y esperaba que esa no fuera la excepción.

—Así es, quiero mantener la calidad de mi ganado.

—Por lo que sé, no puedes quejarte.

—No, pero necesito unos machos para continuar con el ciclo de cría y quiero que sean de los buenos.

Pretendía no estar sometido a las fluctuaciones periódicas a las que estaba sumida la ganadería vacuna. Necesitaba asegurarse mantener la producción; para eso debía rotar a los animales y brindarle un mejor rendimiento al negocio.

—Puedo asegurarte que así será.

Los animales debían llegar bien nutridos para realizar el entore. Por el término de noventa días, se instalarían en el corral de servicio hasta preñar a las vacas para que el proceso continuase.

—El veterinario que me mandaste ya ha estado en el campo revisando a los animales que seleccionaste.

Segundo había visitado el campo de Quintana para examinar con detenimiento que el ganado estuviera libre de infecciones y constatar que el estado físico de los animales fuese óptimo para la reproducción. Nada debía quedar librado al azar.

—Lo sé y todo parece estar en condiciones.

—Así es. El camión los cargará mañana para traerlos aquí a primera hora.

—Está bien, solo resta afilar un poco más el precio.

—Creía que eso ya estaba claro.

—Aunque siempre hay una posibilidad de mejorarlo.

—En algún momento supuse que tratar contigo sería mejor que hacerlo con León, aunque noto que me equivoqué.

—Vamos, Quintana, deja de quejarte y mejora las condiciones para cerrar el negocio que nos beneficie a ambos.

Si bien Gerónimo estaba convencido de que lograría bajar el precio final,

no calculaba que le llevaría tanto tiempo. Se había olvidado de que Florencio era un hueso duro de roer, aunque no peor que él.

La reunión había finalizado del mejor modo para el dueño de casa: acababa de conseguir un excelente precio para la adquisición de los animales. Al fin se liberaría de los documentos que lo habían mantenido atrapado parte de la mañana. Ansiaba salir de cabalgata para despejarse. Cuando se levantó de la silla para abandonar el despacho, la puerta se abrió de golpe.

—Felipe, buen día.

—Espero no molestarte.

—No lo haces, aunque, si has venido para visitar a mi hermana, la he visto pasar rumbo al establo. Calculo que habrá salido de recorrida.

—No es con ella con quien quería hablar, sino contigo.

—Bien, siéntate, ¿has venido solo?

—Lo he hecho con Segundo, aunque él me dejo acá porque me dijo que debía revisar unos animales.

—Así habíamos quedado.

Si bien Segundo había dejado a un lado su profesión de veterinario para abocarse de lleno a la explotación de la estancia, no había abandonado la revisión de los animales de La Elegida; Gerónimo no lo había permitido, porque en lo suyo era el mejor, lo que le daba tranquilidad, porque sabía que, mientras él estuviese a cargo en el frigorífico, en el campo todo funcionaba perfectamente.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, ya me ofreció Bernarda en cuanto entré, pero he desayunado no hace tanto.

—La vez pasada no te pregunté, pero sé por Cata que estás trabajando en un periódico del pueblo.

—Sí, aunque mi anhelo es ir a la capital para desplegar mi profesión en algún diario de allá.

—Abandonar la estancia e instalarte en la ciudad —afirmó.

—Así es.

—Supongo que no debe ser fácil hacerlo atento a la situación por la que atraviesa el campo.

Gerónimo no quería que Felipe supiera lo que había conversado con Segundo, si bien le hubiese gustado ser más directo y decirle que aún no era el momento para mudarse. Se frenó porque no quería inmiscuirse en temas familiares ajenos, del mismo modo que no le gustaba que se inmiscuyeran en los suyos. Bastante ya tenía con la propia familia como para sumarle comentarios inadecuados a cuestiones ajenas.

—Busco establecerme en la ciudad porque pienso que allá tendré mejores posibilidades. Si bien el trabajo para mí es importante, existe otra razón de peso. Un motivo que me ha hecho creer que es lo mejor que puedo hacer.

Gerónimo notó que el joven buscaba el modo de continuar. Lo conocía de pequeño y creía que tenía la confianza para decirle lo que fuera. No entendía cuál sería la causa para establecerse en la ciudad.

—Felipe, adelante; sea lo que fuera, confía en mí.

—Es por Catalina que busco instalarme en la capital, necesito estar cerca de ella.

—¿Cómo?

—Por favor, Gerónimo, no me lo hagas más difícil.

—No lo hago, pero todo esto me toma de sorpresa. Siempre supe de la amistad que los ha unido.

Gerónimo había creído que la cercanía que había entre ellos y los gestos íntimos se debían a la amistad que tenían, y no a algo más.

—Así ha sido hasta hace un tiempo, pero me he dado cuenta de que eso no basta para mí. Porque quiero más.

—¿Ella lo sabe?

—No, aunque creo que lo supone.

—Eso no es suficiente. Cata debería estar en conocimiento de tus intenciones.

—Antes necesitaba decírtelas a ti.

—Te agradezco, aunque no soy su padre.

—Lo sé, pero de momento me resulta más fácil hablarlo contigo. Supongo que Cata se quedará aquí una temporada y deseo aprovechar este tiempo que estemos juntos.

—No necesito recordarte que no permitiré que la lastimes.

—Nunca lo haría, sabes de mis buenas intenciones.

—Felipe, te conozco desde hace tiempo y sé que eres de fiar, aunque nunca está mal recordártelo.

—Lo sé.

—¿Esto lo has hablado con alguien más?

—No, tú eres el primero.

—Vuelvo a repetirte que es mejor que lo hables con Cata. Ella debe estar enterada de cuáles serán tus pasos.

—Es lo que haré. Deséame suerte.

Una tibia sonrisa asomó por el rostro de Gerónimo. No le causaba gracia que un joven manifestara un interés especial por su hermana, ni siquiera cuando se trataba de alguien que conocía desde hacía tiempo. Aunque entendía que Catalina, en cualquier momento, entablaría una relación con otro muchacho. Esa era una circunstancia en la que él prefería evitar pensar.

—De todas formas, estaré alerta de todo lo que suceda aquí, ¿me entiendes?

—Por supuesto.

Por más que no quisiera dar por finalizada la conversación, el ambiente entre ambos había cambiado, ya no era el de antes. Cada uno estaba centrado y abstraído en sus pensamientos, de modo distinto, pero enfocados solo en Catalina.

Ella también había amanecido temprano para disfrutar de la estancia. La mañana la había encontrado saliendo a recorrer las tierras junto a Trueno. Nada mejor que dar rienda suelta al caballo y lanzarse a cabalgar en soledad. Se había dirigido hacia la zona este, un camino que conocía por demás. No supo el tiempo que le había demandado el paseo, pero entendió que era el suficiente como para regresar. El sol le pegaba de lleno y el calor se había tornado insoportable. Espoleó al animal y enfiló de vuelta hacia la casona. Con una brisa cálida en el rostro, la sensación de libertad –que tanto

necesitaba– se le expandió por todo el cuerpo. Volvió a azuzar a Trueno, que respondió de manera inmediata acelerando el tranco y lanzándose a la carrera.

Iba dejando una espesa estela de polvo en el camino. Veía pasar los árboles y los arbustos de manera desenfrenada. A la distancia vislumbró el establo y, más allá, la casona. No le quedaba tanto para llegar. Poco después, sin causa aparente, el caballo se frenó de golpe. Si bien ella venía aferrada a las riendas y atenta, no tuvo tiempo de enderezarse sobre la silla y cayó al suelo. No entendía qué había sucedido. No se había llevado por delante ningún obstáculo; de haberlo visto, lo hubiese sorteado. Dejó de inspeccionar el terreno para centrarse en el animal, se dio cuenta de que algo le ocurría. Notó cómo una y otra vez levantaba la pata derecha sin poder apoyarla normalmente en el terreno. Catalina se acuclilló de inmediato e intentó tocar donde le dolía a Trueno. Fue imposible hacerlo porque, no bien sintió el roce de sus dedos, le lanzó una patada que ella esquivó. Estaba claro que el dolor era intenso y no podría retomar el tranco con ella montada en el lomo.

Volvió a mirar el camino. Por suerte, estaba cerca del casco y no tendría que exigirle al animal un mayor esfuerzo. Ella comenzó una lenta caminata guiando el regreso de Trueno con la rienda en la mano; se detenía cuando creía que el animal no podía continuar. La preocupación inicial empeoró cuando notó que el pobre caballo sufría a cada paso que daba. A corta distancia, asomaba el establo. La construcción de madera y material se destacaba por las amplias comodidades con las que contaba: amplios boxes y mucho espacio para colocar todos los enseres necesarios para los animales. Atrás había quedado la precaria edificación con simples tablones que contenía a los caballos. La modificación había tardado un tiempo en levantarse, pero, a todas luces, había valido la pena; se había transformado en una gran obra. Los caballos lo ameritaban. Lo único que ella quería era llegar a destino para que el animal pudiera descansar. Enseguida alcanzó el amplio y sólido portón de madera, lo descorrió para ingresar a la cuadra. No tuvo tiempo de nada porque de inmediato, por un box, asomó Segundo. La escrutó de arriba abajo.

—Catalina, ¿qué sucedió?

Los cabellos de la joven estaban enmarañados con la cinta del sombrero que solía usar en las cabalgatas. La ropa de montar estaba teñida de tierra y polvo, aunque él no se había detenido en el aspecto de la joven, sino en el rostro. Unas gotas de sudor le perlaban la frente y el gesto denotaba que ella estaba a punto de estallar.

—Tranquila, nada debe ser tan malo para que estés así.

Al contemplarla en medio del establo, se dio cuenta de la conmoción de la muchacha y de la cojera de Trueno.

—Ha sido mi culpa.

Sin pensarlo, avanzó los pocos pasos que la separaban de él y se lanzó a los brazos de Segundo tomándolo por sorpresa. Fue bajo ese estrecho contacto que dejó salir la angustia que había acumulado en el trayecto de regreso.

—Shh, está todo bien.

Él la sostuvo con fuerza mientras al oído le susurraba que se quedara tranquila, que no había sucedido nada importante. Desplazó la mano a lo largo de la espalda para consolarla. Pasados unos minutos y para evitar que la situación continuase, se apartó unos centímetros y le tomó la barbilla. En ese instante, clavó los ojos en los de ella.

—Yo me encargaré de Trueno y te aseguro que estará bien.

—¿Te diste cuenta del estado en que lo traje?

—Sí, pero lo que me importa es cómo estás tú, no el animal.

Con unas pocas palabras él lograba calmarla, aunque en realidad lo que la serenaba era su presencia.

—Ahora estoy mejor.

Esa oscura mirada volvía a atraparla como hacía tiempo. Unas pesadas pestañas enmarcaban los ojos negros y les daban mayor intensidad. ¿Qué no haría ella por esos ojos negros y por descubrir qué pensaba mientras la miraba?

—¿Te golpeaste al caerte? —susurró al inspeccionarle el rostro y pasarle el pulgar por la mejilla cubierta con polvo.

—Eso no importa.

Catalina no necesitaba tener un espejo cerca para saber que le ardían las mejillas, aunque no debido a la temperatura de esa mañana, sino por el calor que la envolvía cada vez que lo veía. Era la primera ocasión que lo tenía tan próximo. Como si él hubiese podido leer los pensamientos que la rondaban, se deshizo del abrazo, pero permaneció a corta distancia de ella, sin alejarse demasiado.

—Sí es así, veamos a Trueno. —Dio unos pasos hasta alcanzar al animal.

El roce de los dedos en su rostro al acariciarla, el soplido del aliento al hablarle en un leve susurro y el agarre del brazo sobre su cuerpo para

contenerla habían desaparecido. La intimidad de aquel momento se había hecho trizas. Lo peor era que había vuelto a mostrar la misma actitud que siempre había tenido con ella. Por un momento, creyó verle algo diferente en la oscuridad de la mirada, pero se había evaporado con la misma rapidez con que había sobrevenido aquel íntimo instante. A pesar de no haberse recompuesto de la cercanía vivida, debió acercarse a él, que estaba atendiendo a Trueno.

—¿Cómo lo haces?

Catalina observaba fascinada la destreza con los dedos al maniobrar la pata del animal, que no reaccionaba de manera agresiva.

—¿A qué te refieres? —preguntó sin quitar la vista de lo que estaba haciendo.

—A lo calmo que está Trueno mientras lo revisas. Yo lo intenté luego de salir disparada al suelo, pero no tuve suerte porque me lanzó una patada.

—Hago esto a diario, sé cómo realizarlo.

—Tienes buena mano.

El rubor de las mejillas subió al tiempo que Segundo levantaba la cabeza para mirarla.

—Eso parece —agregó antes de continuar con la revisión.

Minutos después llevó al caballo a un box y salió para buscar la medicina que le daría para calmar el dolor.

—Ven a ayudarme.

—¿Vas a dejarme?

Él contestó con una tibia sonrisa y tomó una ampolla, una jeringa y unas cremas para colocarle en la zona dolorida. Trueno se acostó sobre el heno acondicionado como el lecho del lugar. Con un leve murmullo, logró calmar la tensión del caballo, luego preparó la cánula para darle la inyección. Catalina evitó mirar y ocultó el rostro detrás del hocico del animal.

—¿Les tienes temor a las agujas?

—Me da impresión el dolor del pinchazo —contestó al ver una sonrisa dibujada en el rostro de Segundo.

—Acércate, que no es para tanto; ten.

Le había dado un pote con crema antiinflamatoria para que humectara la zona lastimada.

—Hazlo —ordenó—, no quiero que te quedes con un mal recuerdo por la reacción que tuvo cuando intentaste calmarlo.

Ella se untó los dedos y acarició la zona. El animal solo movía las orejas; el resto del cuerpo se mantenía relajado. Claro que la inyección que él acababa de darle estaría haciendo efecto.

—Ahora ayúdame a vendarlo.

Sacó una larga venda del bolsillo para envolver la pata del caballo. Ambos lo hicieron en perfecta armonía, sin necesidad de alguna otra indicación. Otra vez volvía a tenerlo cerca y la dolencia de Trueno pasaba a un segundo plano. Ella no podía dejar de sentir las fuertes palpitaciones del corazón, por más que intentase calmarse. Sentada sobre el heno al lado de Segundo, notaba cómo el animal aflojaba la tensión de los músculos.

—Aún no me has preguntado qué tiene.

—Tengo miedo de que sea algo irreparable.

—Es una lesión en el tendón de la pata derecha. Es algo normal en los caballos, aunque debo decirte cómo son las cosas.

—¿A qué te refieres?

—Quiero ver cómo evoluciona, pero puede ser que esta lesión se mantenga en el tiempo.

—¿No tendrá cura?

—Habrá que ver cómo sigue. Es posible que esta patología sea crónica. Si es así, habrá días mejores y otros no tanto, pero la afección estará presente.

Él sabía del fuerte cariño de Catalina hacia el animal y no pretendía brindarle falsas expectativas. Los casos que había atendido con la misma dolencia no se habían curado. Él era un hombre que hablaba con la verdad, no pensaba cambiarlo, menos con la joven.

—Tengo que confesarte algo.

Segundo entrecerró los ojos y centró la absoluta atención en ella.

—En el regreso lo azucé y le exigí mayor velocidad. Quería volver a sentirme libre sin que nadie me dijera lo que debo hacer. No reparé en él; si lo

hubiera hecho, esto no habría sucedido.

—¿Eso es todo? —preguntó con un suave tono de voz.

Ella contestó asintiendo con un gesto de cabeza. Le costaba pronunciar o modular alguna palabra; las que quería gritar permanecían almacenadas dentro de la garganta. Cuánto tenía para decirle y confesarle. Hacía tiempo que venía practicando el modo en que le diría todo lo que le sucedía cuando lo tenía cerca. No era fácil, no solo por la vergüenza que implicaba, ya que nunca antes había tenido un pretendiente, sino también por la relación de amistad que mantenía con Gerónimo. Aunque imaginaba que ella podría hacerse cargo de eso sin que resultase un problema para ambos.

—Catalina, ¿me has escuchado?

Ella se había perdido en el movimiento de su boca al hablarle y había dejado volar la imaginación. Moriría si él intentaba inmiscuirse en los pensamientos que se le habían cruzado en ese preciso momento.

—No —respondió titubeante—, perdona.

—Te decía que someteremos a Trueno a un tratamiento, pero suele suceder que esta lesión persista. No debes culparte porque puede ser algo congénito que se haya manifestado ante el esfuerzo físico. Hoy fue contigo, pero pudo haber sucedido con cualquier otra persona.

—¿Lo dices de verdad o lo haces solo para calmarme?

—Lo digo muy en serio, aunque haría cualquier cosa para que te calmes y dejes de preocuparte.

Un pesado silencio recayó sobre ambos. No hubo un movimiento, algún gesto ni una palabra que rompiera ese instante. Una fuerte tensión, que ninguno pretendía quebrar, se apoderó de ambos. Sin embargo, el chillido del portón al abrirse borró de un plumazo aquel momento.

—¿Hay alguien aquí?

Una voz familiar acababa de interrumpir la íntima situación.

—Catalina, ¿estás aquí?

De inmediato ella se incorporó y se asomó por el box para indicarle a Felipe dónde estaba.

—Pero ¿qué ha sucedido?

Él reparó en el estado desaliñado de la joven, observó el espectáculo brindado por Trueno recostado sobre el heno y a su hermano atendiéndolo.

—Ya te contaré, lo importante es que ahora está en buenas manos —contestó al desviar la vista hacia Segundo, que acababa de acomodar la pata del animal en otra posición para incorporarse de inmediato.

—Acá no hay de qué preocuparse —manifestó Segundo—, vayan nomás, que yo me ocupo.

—No sabía que habías venido a la estancia —comentó la joven.

—Lo hice con él, pero me entretuve hablando en la casa. Te esperaba, creía que estabas fuera cabalgando.

—Lo estaba hasta que me caí.

—Si ya está todo en orden, acompáñame, que deseo mostrarte algo que he traído para ti.

—Segundo, gracias por todo lo que has hecho.

—Ya te dije que es a lo que me dedico y por lo que me pagan; hice lo que debía hacer.

Ella sintió un fuerte impacto al escucharlo, no podía entender cómo podía cambiar el modo de un instante a otro.

—Vamos, Cata.

Segundo ya había cumplido con creces con su trabajo y necesitaba alejarse de ahí cuanto antes. Acondicionó el box con agua para que el caballo bebiera y dejó anotadas algunas indicaciones por si se le complicaba poder concurrir en los siguientes días. Enganchó la nota delante de la puerta de box para que la viera quien lo atendiera. Volvió a abrir el portón para abandonar La Elegida y se topó con el dueño de casa.

—Te estaba buscando.

—Me iba.

—¿Ahora?

—He estado trabajando toda la mañana y debo cumplir con otros compromisos.

—Pero, hombre, ¿qué te sucede? —preguntó Gerónimo.

—Nada.

—Parece que el calor ha alterado los ánimos de varios.

—Si lo dices por mí, te equivocas.

Gerónimo estaba convencido de que los hermanos Benegas se veían convulsionados, aunque por distintos motivos.

—Vamos a tomar algo fresco, que nos vendrá bien.

—Debo irme.

—No antes de que hablemos. Ha estado Quintana aquí.

—Vamos, cuéntame mientras me acompañas a buscar el vehículo. Tengo que ir al pueblo a buscar unos medicamentos que vienen de la capital, los encargué hace unos días. Me debes la bebida para la próxima.

—Está bien, no voy a retrasarte en tu trabajo. Te decía que hoy ha estado Florencio y me aseguró que el ganado vendrá mañana.

—Has hecho una buena compra.

—Eso creo, me dijo que has estado ayer controlando los animales.

—Sí, veré si en unos meses puedo adquirir algunos para mi campo, puedo asegurarte que son de calidad.

—Bien, eso es lo que buscaba.

—Antes de irme, supongo que te has enterado de lo sucedido con Trueno.

—Cata me entretuvo antes de salir a buscarte. Me lo contó y la noté angustiada. No pude recriminarle nada.

—Te entiendo, ya todo está bajo control.

—Ahora iba a ver a Trueno para ver cómo sigue.

—Lo dejé sedado en el box. Es mejor que descanse, luego, cuando espabile, estará mejor aunque con un poco de dolor.

—Te encargarás de atenderlo, ¿verdad?

—Sí. Dejé una serie de indicaciones, por si no puedo venir.

—Prefiero que te encargues de esto, Cata querrá estar cuidándolo y no confío en que haga lo correcto.

—Deberías. Ella sabe lo que hace y sería un modo de que no se sintiera culpable. De momento, colaborar en la recuperación de Trueno va a ayudarla, puedo asegurártelo.

—Tienes razón, le diré que siga las instrucciones que dejaste.

—¿Está todo en orden?

Segundo notó a su amigo distinto y desconocía el motivo. Quizá los deseos por irse le provocaron una percepción diferente de las cosas. Sin dudas, había sido una mañana intensa para él.

—Así es, hablaremos más tranquilos cuando vuelvas.

—Hasta pronto.

Acababa de cambiarse y refrescarse luego de la caída. No quiso mencionar que el golpe se hacía notar con un insistente dolor en la parte alta de la pierna. Estaba segura de que, con un poco de descanso, desaparecería. Desde la galería, Catalina seguía la conversación que le daba Felipe. Lo notaba con otros bríos, no entendía cuál sería el motivo, pero calculaba que la posibilidad de instalarse en la ciudad estaba más próxima, según le relataba.

—Me has dicho que no tienes definido dónde te instalarás.

—Hasta ayer, no, pero tomaremos la opción que nos dio Segundo. Con mi madre confirmamos que la vivienda es cómoda para nosotros.

—Entonces estaremos cerca y podremos vernos con mayor asiduidad.

—Esa es la idea.

—Y de ese modo, te será más fácil tomar alguna actividad en un periódico de la ciudad.

—Por supuesto, en estos días deberé dejar claras mis cosas en *El Zorzal*. Seguiré trabajando hasta la mudanza definitiva.

—¿Y cuándo será?

—Me gustaría dejar pasar estos meses de verano, pero veremos qué nos dice el propietario del departamento y cuándo podremos tomar posesión. Si fuera por mi madre, ya estaríamos subiendo los bártulos al transporte para instalarnos en la capital.

—Qué alegría me das con esta noticia.

—No te imaginas lo que significa para mí trasladarme allí y poder hacer todo lo que tanto deseo.

Felipe estaba radiante ante la buena acogida que había tenido en la joven la decisión. A medida que la conversación se extendía, disfrutaban de una fresca limonada preparada por Bernarda. Catalina parecía escuchar y estar ensimismada con lo que le contaba su invitado, pero la mente estaba en otro lugar. Desde hacía unos minutos había fijado la vista detrás de Felipe. La mirada estaba centrada en la larga avenida plagada de una fila de árboles que la custodiaban. Una espesa estela de polvo dejaba el vehículo que la estaba atravesando. La imagen se perdía a medida que avanzaba dejando el rastro en el polvoriento camino.

Por más que a ella le costase decirlo a viva voz, el conductor de ese automóvil le había calado profundo en el corazón y había dejado una profunda huella, nada comparable con la que quedaba en el polvo. Ella había seguido los movimientos de Segundo, la salida del establo y la conversación con su hermano antes de abandonar el lugar. Parecía que lo habían asaltado unos fuertes deseos por dejar todo atrás. Al menos eso fue lo que ella percibió al ver arrancar raudo el vehículo hasta adentrase en la salida de La Elegida.

Los días en la estancia transcurrían bajo una aparente calma. Las luces en el horizonte marcaban la agonía de la jornada. Gerónimo salió al solar con una bebida fresca, luego de finalizar las faenas del campo. Aún le quedaban varias cuestiones que tratar antes de abandonar la estancia. Perdió la mirada en la inmensidad de las tierras. No dejaba de sentir orgullo por el esfuerzo y el trabajo que había puesto en función de mejorar y optimizar el campo. Después de mucho tiempo, se daba cuenta de que no había sido en vano, tampoco lo que había dejado de lado para lograrlo.

Aguzó la vista al notar cierto movimiento en la entrada a la estancia. Recordó de inmediato que uno de los peones aún no había regresado del pueblo. Lo había mandado para que cumpliera con un recado. Se acercó al camino de acceso para saber qué sucedía al notar que Pedro atravesaba el sendero como una exhalación y que enfilaba hacia donde él estaba parado.

—¿Qué sucede?

—Estuve en el pueblo y, como cada vez que voy, pasé por el correo. Ahí me dieron esto y me dijeron que era urgente.

Gerónimo extendió el telegrama que tenía en las manos.

—Hubiese venido antes, pero me retrasé con lo que me había pedido que

hiciera.

Poco escuchó lo que el peón continuaba diciéndole; la atención estaba en el escueto texto:

Gerónimo, debes venir urgente aquí. Tu abuelo se ha descompensado y lo llevé al hospital. Su estado es delicado. Te necesita y yo no sé qué más hacer. Te esperamos.

Dina

—Mierda.

—Patrón, ¿qué puedo hacer?

—Por el momento, manéjate como hasta ahora y da las indicaciones al resto de los muchachos. Debo viajar urgente a la capital.

—No se preocupe, que todo estará en orden.

Se dirigió a la casona para guardar lo esencial y partir rumbo hacia Buenos Aires.

—Venía justo para aquí, te vi por la ventana y… ¿Qué sucede?

—Cata, debemos irnos. León ha tenido un problema de salud.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

En medio de las exclamaciones y el revuelo provenientes de la sala, asomó Bernarda por la puerta de la cocina.

—Señor, disculpe que me meta.

—Hazlo, Bernarda, pero sígueme, que tengo que guardar unas cosas antes de salir.

—¡Yo haré lo mismo! —gritó Catalina.

—Dime lo que quieras, Bernarda. —Al mismo tiempo, acomodó unas prendas y un sobre con unos documentos que debía llevar a la casa.

—Que no creo que sea una buena idea que la señorita lo acompañe.

—¿Qué dices? Yo soy el responsable.

—Lo es, pero no ante su padre. Si ella regresa, volverá a la quinta. No creo que, así como están las cosas en la familia, la dejen visitar a don León donde sea que esté internado.

Gerónimo se detuvo de golpe y se dio cuenta de que la empleada tenía razón. Dejaría a Catalina unos días en la estancia, a la espera de que la salud de León respondiera. De ese modo, evitaría otro conflicto familiar. Al fin y al cabo, ir y venir a la ciudad era habitual cuando estaban en La Elegida.

—Llama a Catalina y dile que venga. —Giró para detener a la empleada —. Bernarda…

—Quédese tranquilo, que ella estará bien. Yo me haré cargo de que nada le falte.

—Gracias.

Puso lo poco que se llevaría en un bolso y giró al ver a su hermana bajo el quicio de la puerta con la angustia pintada en el rostro.

—Cata, si lo deseas, puedes quedarte.

—¿Y dejarte solo?

—Ven aquí —dijo al verla ingresar con un gesto compungido—. No podré hacerme cargo de ti en la ciudad, deberás estar con tus padres y en verdad no creo que ellos quieran verte en el hospital justamente con León.

—Eso es injusto.

—Sí, pero así son las cosas. Ahora no puedo perder tiempo. Puedes quedarte, sabes que, para cualquier cosa que necesites, la tienes a Bernarda.

—Gracias, Gerónimo.

—Serán unos días; luego volveré.

—No te preocupes. Lo único importante es que el abuelo se mejore.

Gerónimo saludó a su hermana, habló unas pocas palabras más con Bernarda y salió en busca del vehículo que lo llevaría a la ciudad. No bien dejó La Elegida, tomó un desvío para adentrarse en otra estancia, antes de dirigirse hacia la capital.

Segundo acababa de refrescarse luego de una jornada larga de trabajo. Salió al amplio corredor cubierto por una tupida enredadera y vislumbró un automóvil que se acercaba. Supo de inmediato a quién pertenecía y se aproximó porque esa visita no llevaría nada bueno.

—Gerónimo, ¿qué sucede?

En pocas palabras le resumió lo ocurrido y la decisión que había tomado.

—Me ocuparé de todo lo referente a la estancia. Ve tranquilo.

—Sé que lo harías sin necesidad de que te lo recuerde; he venido por otro motivo.

—Dime.

—Es por Cata.

—¿Qué sucede con ella?

—Ella se quedará en la estancia, es mejor así. Y quiero que estés atento a ella. Sé que también está tu hermano, pero eres la única persona en quien confío.

—Pero ¿por qué lo dices?

—Por nada en especial, ya tendremos tiempo de hablar mi regreso.

—Vete ya, y mándale saludos a León; estoy seguro de que estará bien.

—Eso espero.

El rugido del motor puso fin al diálogo. Segundo se quedó inmerso en sus pensamientos mientras el vehículo se alejaba de allí. Como una paradoja del destino, de nada había servido poner distancia si ahora debería estar más presente que antes.

CAPÍTULO 6

Pídeme lo que quieras

La noche había caído presurosa sobre la ciudad de Buenos Aires y una cálida brisa soplaba para dar respiro al calor instaurado meses atrás. Eran pocos los transeúntes que pululaban por las calles. Atrás quedaba un día de ferviente actividad. Los porteños se encontraban refugiados en las casas a la espera de un nuevo día.

Sin embargo, un mundo distinto se vivía dentro del Hospital Rivadavia. El ir y venir de los profesionales, el chillido de las ruedas de las camillas al recorrer los largos pasillos con los enfermos junto a la permanente asistencia de los enfermeros brindaban un panorama diferente al sosiego del exterior. Sin lugar a dudas, la demora en la atención de los pacientes no era una opción.

Gerónimo se había dirigido hacia allí buscando información sobre León. Le dijeron hacia dónde debía ir. Allí, en una de las sillas de una sala de espera, aguardaba Dina. No bien levantó la vista y lo vio, la muralla de emociones que había construido hasta ese momento se desvaneció y se abalanzó sobre Gerónimo.

—Ay, qué suerte que estés aquí.

—Tranquila. —La abrazó—. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—No lo sé. Él estaba en el despacho y, como cada día, le llevé algo para beber. Le había preparado un té frío con unas rodajas de budín, porque no había querido almorzar, pero, cuando entré, estaba tirado en el piso sin conocimiento.

—¿Los médicos qué te han dicho?

Gerónimo había querido dar con el profesional que lo atendía, pero le habían comunicado que por el momento no había novedad y que, cuando fuese conveniente, le informarían el estado del señor Nogués.

—Que debo esperar porque le están haciendo estudios.

El impacto de haberlo visto tirado, de creer que estaba sin vida, le había pasado factura al cuerpo de la empleada. Unas manchas oscuras debajo de los ojos pintaban la preocupación y el desasosiego vivido horas antes.

—Dina, puedes irte a la casa a descansar.

—No, me quedaré acompañándote.

—Mañana será un día largo, así que es mejor que te vayas a descansar y comas algo. Te tendré al tanto si surge alguna novedad.

Ella había dejado de ser una simple empleada para transformarse en parte de la familia. Los años de servicio y la lealtad habían modificado la relación inicial con el dueño de casa. Cuando León debía ausentarse, era Dina quien estaba detrás de Gerónimo cuidándolo. Ella, desde el silencio y la discreción, estaba siempre para lo que fuera necesario en la casa y para la familia.

—Hazme caso, ve a descansar.

—Me avisas de cualquier novedad.

—Por supuesto.

Con el caminar cansino, Dina se perdió por el largo pasillo de la institución. Gerónimo se apoyó en la pared cercana a la puerta por donde salían los médicos, como si estar allí achicara la distancia para recibir las novedades. El blanco de los muros y el olor a desinfectante colmaban el ambiente. Por mucho que le diera vueltas, no podía entender qué había sucedido con su abuelo. Trataba de hacer memoria de los últimos días. Si bien lo había notado distinto, un poco alterado, nada de eso lo había alertado. Era lógico que la situación por la que atravesaba la empresa le provocase ese estado de ánimo. León era un hombre de gran fortaleza, así lo recordaba en todo momento. Le costaba hacerse la idea de verlo tirado sin poder siquiera reaccionar. ¿Qué hubiera ocurrido si él no hubiera tenido que ir a la estancia a trabajar? Quizás todo sería distinto. El chasquido de la puerta lo sobresaltó y lo sacó de sus pensamientos.

—¿Es usted familiar del señor Nogués?

—Así es.

—Soy el doctor Nicolás Ramírez.

—¿Qué tiene, doctor?

—El paciente ha sufrido un accidente cerebrovascular. Las causas por la que se produjo son variadas. Luego de los estudios, seguramente, veremos cuáles han sido los motivos. ¿Él ha tenido antecedentes? Me refiero a mareos previos o algo que pudiera indicarnos que estaba cursando alguna otra patología.

—No. León siempre ha sido muy activo y ha estado al frente de la empresa familiar podría decirle hasta no hace tanto. Es más, yo debí ausentarme y él quedó a cargo del negocio.

El profesional meditó en silencio. La pausa del doctor alertó a Gerónimo, que buscaba saber qué era lo que tenía su abuelo.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Sí, aunque quisiera esperar para darle un verdadero diagnóstico.

—Usted dirá, quiero saber qué tiene y cuáles son sus posibilidades.

—En este momento, no me preocupa qué causó lo que tiene el señor Nogués, sino las consecuencias.

—Se refiere a que en un futuro deberá mermar sus actividades.

Si era solo eso, y por más que le costara hacerle entender que irse de la empresa era la solución, lo convencería. Podría llevarle trabajo a la casa para que, desde allí, desplegara las actividades.

—No. Me refiero a las secuelas que puede dejarle este accidente cerebral que ha tenido. Por eso es importante evaluarlo en estas horas inmediatas al hecho.

—Si es así, ¿qué área puede estar afectada?

—En principio, el flujo sanguíneo se ha detenido en una parte del cerebro. Este hecho genera la muerte de células que no recibieron oxígeno ni nutrientes. En este caso, suponemos que el área afectada es la del habla. Sin embargo, habrá que evaluar la gravedad de este trastorno para saber qué tratamiento se seguirá.

Gerónimo evitó demostrar el fuerte impacto de las palabras del doctor. Le costaba creer que León quedase con algún trastorno que lo apartase de lo que era. La vitalidad y entereza que siempre supo tener no podía desbarrancarse así. León nunca hubiese permitido que lo viesen en inferioridad de condiciones.

—Quiero una interconsulta, no puedo quedarme solo con este diagnóstico.

De inmediato se dio cuenta de que al doctor no le causó gracia el comentario.

—Mire, si no fuese por la inmediata atención que le brindamos al

paciente, hoy él no estaría con vida.

—No pongo en duda eso.

—Pero entiendo lo que dice. Por eso he pensado que, si usted lo autoriza, lo evalúe otro profesional.

—Por supuesto, doctor. Disculpe, no he querido ofenderlo a usted ni a la institución, solo quiero lo mejor para mi abuelo. Pongo a su disposición todos los medios que se necesiten para traer al mejor médico aquí.

—Está bien, de eso me encargaré en persona. Puedo decirle que es un especialista en la patología de León, y nos permitirá definir con mayor exactitud el tratamiento.

—¿Cuándo vendrá?

—No quiero aventurarme, pero calculo que mañana estará aquí para evaluar al paciente.

—¿Puedo verlo?

—Solo un momento, está sedado y descansando. Acompáñeme.

Gerónimo fue tras los pasos del profesional hasta llegar a una puerta. El médico lo dejó pasar.

—Solo unos pocos minutos.

Allí estaba León con los ojos cerrados, el semblante pálido y el cuerpo inerte. Era la primera vez que lo veía en un estado de indefensión tal. Siempre se había mostrado con una vitalidad inusitada y presto a solucionar todos los problemas que se le presentaban. Si bien era un hombre entrado en años, no lo demostraba. Aún conservaba una amplia contextura física y una lucidez para tratar y solucionar los temas digna de destacar. Él se había transformado en el padre que no tuvo. En cada momento y cada vez que lo necesitó, estuvo a su lado. Verlo de ese modo lo destrozaba, más aún cuando cabía la posibilidad de que quedase con las facultades trastocadas o disminuidas. Se negaba a aceptarlo. Cuando León despertara y notase en qué se había convertido, jamás lo admitiría. Sería muy duro para ambos si al fin ese era el resultado. Aún no se había dicho la última palabra. Lucharía para que la asistencia fuera la mejor. Tenía la esperanza puesta en la reunión del día siguiente con el otro profesional que evaluaría a León. Se acercó hasta la cabecera de la cama.

—Te prometo que haré lo que sea para que estés bien y salgas de aquí —le susurró al oído.

Se sentó a su lado añorando que despertara de ese sueño profundo, le dijese que se sentía bien, comenzase a hacerle preguntas acerca de la empresa y discutiese las decisiones que él quería tomar. Recordaba que aquellas discusiones finalizaban bebiendo un whisky, que guardaba en un mueble de madera lustrada dentro del despacho. Dejaría la congoja, la angustia y la preocupación para más adelante. Debería centrarse en conseguir todo lo mejor para León.

—Lo lamento, pero es hora de que se retire —anunció la enfermera.

Gerónimo abandonó la habitación bajo la estricta mirada del personal sanitario.

—El doctor me dijo que lo más sensato es que se vaya a su casa a descansar. Por hoy no podrá hacer mucho.

La sensatez a esa altura no era una característica que lo definiera, porque se quedaría toda noche para saber si había alguna novedad. Antes de sentarse en las incómodas sillas de la sala de espera y pasar la madrugada allí dentro, se fue a un bar para beber algo. Desde que había salido de la estancia, con la preocupación instalada en el cuerpo, no había probado bocado. A la vuelta del centro hospitalario, había una cantina que aún estaba abierta. No tenía hambre, pero debía comer algo. No tuvo la alternativa de elegir qué pedir, se conformó con lo único que había quedado del menú a esa hora de la noche. Lo acompañó con una botella de vino. Unas copas de tinto lo relajarían de la tensión que sentía. Por el cristal de la ventana, veía parte de la construcción del hospital, un lugar que le provocaba aversión.

A pesar de que habían pasado largos años del hecho, no podía sacarse de la mente su estadía en otro centro médico. El incendio le había quedado grabado a fuego. Largos habían sido los días que permaneció allí, bajo la constante atención de los médicos que debían cambiarle periódicamente las vendas del abdomen para que cicatrizasen las heridas. El dolor que le provocaban esas curaciones era lacerante. León no se había separado de él. Pocas veces lo había visto tan devastado, con la preocupación dibujada en el rostro, y suponía que se debía a la posibilidad de haberlo perdido. Por más que pareciera que estaba dormido, él escuchaba lo que sucedía alrededor. Recordaba que León le repetía al oído:

—Hijo, tú no puedes abandonarme. Ahora no lo toleraría, no podría soportarlo. No más pérdidas.

El vino había causado el efecto deseado y se sentía más liviano. Se apresuró a abonar la consumición ante la premura del encargado del lugar por cerrar el comercio. Minutos después, regresó al centro médico. Las horas

dentro del hospital tenían una cadencia difícil de soportar. No había días ni noches, tan solo el dolor mitigado por los profesionales de la salud, que acudían a toda hora para asistir a los enfermos. No había habido ninguna novedad durante la madrugada. En pocas horas mantendría la reunión con los médicos que definirían el tratamiento de León y no podía acudir con el aspecto que tenía. Necesitaba una ducha para despejar la mente y poder brindar alguna alternativa si de la reunión no surgía algo importante. Antes de abandonar el lugar, le avisó a la enfermera que en breve regresaría. Una vez más le informaron que era muy poco lo que podía hacer y le aconsejaron que volviera más tarde. Las luces del amanecer le golpearon la vista no bien salió en busca del automóvil. Según parecía, se avizoraba un buen clima para esa nueva jornada que comenzaba. Con ese ánimo ingresó a la propiedad.

—Gerónimo, al fin estás de regreso —comentó Dina al aparecer cuando escuchó el sonido de la puerta.

—¿Qué haces despierta a esta hora?

—No he podido dormir. Ven, que te preparo el desayuno y me cuentas las novedades.

—Antes necesito darme una ducha.

—Acuéstate a dormir un poco. Yo puedo cubrirte hasta que regreses al hospital.

—No será necesario porque debo volver de inmediato, ya te contaré.

Haberse dado un baño se había transformado en el único remanso que había tenido en las últimas veinticuatro horas.

—Pareces otro —dijo Dina al verlo ingresar a la cocina. Ese halago no borraba ni la preocupación ni la angustia que conservaba en la mirada.

Gerónimo se sentó a la mesa para beber un café doble y fuerte para espabilarse, aunque creía que los nervios y la pesadumbre lo mantendrían alerta. Entre bocados de pan tostado y sorbos de café, le explicó a la empleada los pasos por seguir. Le pidió que se quedase en la casa por cualquier novedad que pudiera surgir y se marchó poco después de haber desayunado.

De regreso, antes de apoltronarse en la incómoda silla de la sala de espera, preguntó en el mostrador si estaba el doctor Ramírez. Aguardó hasta tener una certera respuesta.

—En quince minutos, el doctor estará desocupado. Si lo desea, puede esperar aquí o ir directamente hacia el consultorio.

—Indíqueme dónde es.

A solo un piso se encontraba el despacho del doctor. Hizo un paneo del lugar: una habitación de discreta dimensión con un mobiliario austero. Sobre el escritorio había varias revistas de medicina colocadas de modo desordenado. Lo único destacable era una ventana al fondo de la sala que daba a los jardines del hospital. La luz que entraba por ahí iluminaba el recinto en su totalidad. No fue tanto el tiempo que debió aguardar al profesional; luego de sentarse escuchó la voz del doctor.

—Nogués, buen día.

—Buen día, doctor.

—Tengo entendido que pasó la noche aquí.

—Así es, aguardaba alguna novedad, pero fue en vano.

—Se lo advertí, pero entiendo también la necesidad de saber cómo sigue todo con el paciente.

—Eso es lo que me preocupa y quisiera saber cómo está.

—He pasado a verlo antes de reunirme con usted. Mantiene los índices estables, quiere decir que está evolucionando de acuerdo a lo esperado. Y para que usted tenga una visión más clara de cómo seguir, mantendremos esta reunión.

Gerónimo fijó la vista en las manecillas del reloj de pulsera y creyó que cada minuto que pasaba allí dentro, a la espera de una mágica solución para León, se tornaba interminable. La impuntualidad no era algo que soportaba, menos en una situación así. Observó al doctor, que estaba cotejando unas fichas médicas, abstraído por la tensa espera.

—No cree que debería cerciorarse de que vendrá —sugirió ansioso.

El profesional se ajustó los anteojos y clavó la vista en Nogués.

—No es necesario; sé de su profesionalismo.

—Pues yo dudo que de este médico sea profesional si llega a una cita con retraso.

Nogués se estaba tornando molesto. Ramírez entendía la inquietud que podía provocar la espera en el familiar de un paciente, pero Gerónimo no estaba manejando bien la incertidumbre generada por la reunión que se celebraría en minutos. En ese mismo instante, se escuchó el chasquido de la

puerta al abrirse. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del doctor.

—La estábamos esperando —afirmó al levantarse de la silla para ir a saludar a su colega.

Gerónimo hizo lo propio y giró. El fuerte impacto que sintió al cruzar su mirada con la de la persona que acababa de ingresar al consultorio fue atroz. Clavó la vista en los ojos verdes de la dama que acaba de entrar. Por un momento creyó que la imaginación le jugaba una mala pasada. Pero se dio cuenta de que ni en el más afiebrado sueño hubiera imaginado que se encontraría con ella en ese lugar.

—¿Qué hace ella aquí? —increpó.

A Ramírez le pareció que esa reacción era esperable en una persona como Nogués, que no había dejado de importunarlo con comentarios desafortunados. Sin embargo, allí dentro no toleraría una falta de educación con alguien a quien él respetaba.

—Para su información, es la doctora Juana Bustillo, a quien estábamos esperando.

El largo silencio que precedió a la presentación fue elocuente.

—El señor Gerónimo Nogués es familiar del paciente del que te he hablado y que espero que veas para darnos un diagnóstico certero.

Gerónimo no dejaba de observarla y notaba que no solo él estaba sorprendido. Ella había enmudecido, y el rostro se le había vuelto pálido. La doctora hizo un leve movimiento con la cabeza sin ningún gesto más. La animosidad entre ellos era elocuente.

—¿Se conocen? —preguntó Ramírez.

No entendía qué sucedía allí. Ninguno le respondió, entonces supuso que tan solo había sido una mala impresión. Durante los años de profesión, él se había llenado de anécdotas de las más variadas respecto a los pacientes y el trato con los médicos; esa no sería la excepción. Lo único que le restaba hacer era mediar entre ambos para que la reunión llegase a buen puerto. Por un minuto pensó que la sorpresa se debía a que fuese una mujer. Incluso dentro del ambiente médico se debía lidiar con eso. Él había seguido los pasos de la doctora Bustillo, que había estudiado en París. Sabía de su profesionalismo, dedicación y pericia en lo que hacía. No permitiría que por un simple prejuicio todo se fuera al garete.

—Nogués, entiendo la sorpresa que significa ver a una neuróloga frente

a usted. Calculo que esperaba que fuese un hombre quien se presentase aquí, pero puedo asegurarle que la doctora es la mejor en el campo que debemos tratar. Debo reconocer que no quise mencionarla antes porque estaba seguro de su resistencia cuando le hablara de la doctora Bustillo. —Ante el silencio que continuaba, decidió agregar algo más a los méritos de la joven médica—: Ella ha estudiado neurología en el exterior y se ha especializado en una patología que estoy convencido de que padece León. No se deje amedrentar por su juventud. Guardo por ella mis respetos porque ha hecho una carrera digna de admiración. En este último tiempo, ha trabajado en el Hospital Pitie-Salpêtrière de la ciudad de París, un lugar de excelencia en el área en que la doctora se ha especializado. Puedo ilustrarlo si lo desea.

Ramírez intentaba disipar la tensa atmósfera que se respiraba.

—Gracias, Nicolás, por tu presentación, aunque no la creo necesaria. Entiendo que el señor Nogués tenga reparos sobre mí.

—Yo no hecho dicho eso —aseveró molesto.

Una mezcla de sensaciones recorría el cuerpo de Gerónimo. No se había sacado el sabor amargo de aquel malogrado encuentro en Londres para, meses después, volver a verla en el lugar menos esperado. ¿Cuánto podía confiar en ella y dejar a su arbitrio la salud de una persona tan importante como León? Aunque lo que más le molestaba, era que hasta ahora ella se había mantenido impertérrita focalizando la conversación en el médico, del que estaba un poco harto. Apenas le había lanzado una escueta mirada cuando los presentaron. Parecía que se desvivía por halagarla.

—Creo que será mejor dejar a un lado todo esto —dijo Juana al cruzar una mirada con Gerónimo y luego centrarse en su colega—. Por supuesto, estaré a tu disposición para lo que necesites o si quieres que vea a otro paciente.

—De ningún modo —rugió Gerónimo, que no salía de su asombro.

Una mezcla de sentimientos lo embargaba; ninguno condescendiente hacia la joven médica.

—Nogués, cálmese, no se olvide de que está en mi consultorio y yo decidiré lo mejor para mi paciente.

—Hace unos minutos me dijo que ella lo era, pues bien, que haga su tarea y cumpla con su trabajo.

—No necesito que usted me recuerde cómo cumplir mi trabajo. Es mejor que me vaya.

—Doctora —gimió el médico antes de que se fuera de ese modo—, aguarde.

—Doctor —intercedió Gerónimo—, necesito hablar a solas con la doctora, serán solo unos minutos.

Ramírez miró a Juana, quien tenía la mano en el picaporte, presta a abandonar el consultorio. Estaba claro que, para que la consulta y el posterior tratamiento funcionaran, deberían estar de acuerdo ambas partes y, en apariencia, estaban muy lejos de lograrlo. Quizás hablar a solas fuera una solución para limar asperezas.

—Creo que es lo mejor. La espero afuera —dijo el doctor antes de abandonar el recinto.

—Cuento con unos pocos minutos antes de irme —comentó Juana.

Luego de que la puerta se cerrara, un fuerte silencio inundó la sala. Él caminó unos pocos pasos para tenerla cerca. A pesar del tiempo transcurrido y las circunstancias que los rodeaban, no podía negarse la atracción que flotaba en el ambiente. Ahora que se había vuelto a encontrar con ella, no perdería la oportunidad de demostrarle lo equivocada que había estado en el pasado al dejarlo a un lado e irse sin alguna explicación.

—Sabía que volveríamos a vernos, pero nunca en esta situación.

—Puedo asegurarte que es mejor de este modo, por eso prefiero apartarme del caso. Por mucho que me haya elogiado el doctor Ramírez, hay otros colegas que pueden hacer la tarea como yo.

—Te pido que dejes de lado mi enojo. Imaginaba verte, pero nunca en estas circunstancias.

—Te equivocas si crees que habrá otras, y me parece que no es esta la conversación que deberíamos tener ahora. Lo mejor es que me vaya.

Gerónimo notaba la tensión de ella con solo observarla con mayor detenimiento. Estaba seguro de que, si le colocaba el pulgar en el cuello, podría sentir el palpitar de sus latidos. Tenía las mejillas sonrojadas por la cercanía de ambos. Aún recordaba el impacto que le había causado aquella primera vez, no bien ingresó al salón en donde se celebraba un ágape. Sin el propósito de llamar la atención, no había dejado de hacerlo a cada paso que daba mientras circulaba por la sala. Había notado cierta incomodidad por estar allí, aunque simulaba conducirse como el resto de los invitados. Lejos de Londres, esa mañana, con un guardapolvo blanco que cubría un atuendo muy distinto al osado vestido que había llevado aquella noche –de satén, con la

espalda al descubierto con el detalle de un moño negro que daba el toque final al sugestivo escote–, ella no había perdido el encanto.

—Si ese es el problema, no volveré a mencionarlo.

Juana siempre se había sentido segura en el mundo en que vivía. El estudio, la medicina y luego el trabajo se habían transformado en su refugio, un refugio que la alejaba de las carencias que no manifestaba. Con Gerónimo se había sentido vulnerable, lo que no le gustaba. Odiaba sentirse insegura, pero Nogués lo había conseguido. Por eso, mantenerse alejada de él y de su familia sería lo más conveniente. En verdad había huido porque imaginaba que le traería problemas estar cerca de él; no se había equivocado.

—Si es necesario, hablaré con el director y le daré una excusa de peso para derivarte a otro colega. Es lo mejor.

—Te quiero a ti —le murmuró cerca del oído.

No fueron solo las palabras, sino la contundencia con la que fueron dichas lo que a ella la estremeció por completo. Detrás de la preocupación que denotaba el masculino rostro de él, la convicción en la forma de conducirse era lo que la atraía inexorablemente. No había sido condescendiente con ella, a pesar de los halagos de su colega. Entendía que le costaría, esa vez, hacerse a un lado. Recordaba el primer encuentro y sabía que la persuasión lo definía. Estaba segura de que no dejaría que ella se apartase sin más.

—Haré lo impensado para que seas tú y no otro quien atienda a León.

Ya no solo era preocupante el efecto devastador de Gerónimo sobre ella, sino también el vínculo y el permanente contacto que debería tener con la familia Nogués, una familia despreciable, según su padre. Juana no conocía los motivos de aquel distanciamiento e inquina, sin embargo, su padre se había mantenido inalterable, aunque nunca más se hubiese tocado el tema. Quizás, en la actualidad, ya no considerara lo mismo, y eso le allanaría el camino. Sin desearlo, sus pensamientos se hicieron palabras que pronunció en un leve susurro:

—Sabes que mi padre…

—Dejemos las disputas familiares de lado.

El modo en que le hablaba estaba teñido de un sincero pedido que nacía de alguien que estaba en verdad angustiado. Hubiese preferido que mantuviese las ínfulas iniciales, porque ahora le sería difícil negarse.

—Él es un paciente que necesita la mejor atención y tú se la puedes

brindar. Haré lo que me pidas para que lo atiendas.

Otro silencio volvió a poblar la sala. Durante sus estudios se había visto en situaciones que había sabido afrontar, sin importar quien estuviese enfrente. Con Nogués todo se le complicaba. Nunca se había sentido abrumada ante un familiar de un paciente como le sucedía al tener a pocos pasos a Gerónimo. Él la estaba poniendo frente a una encrucijada, porque estaba convencida de que no dejaría sin atención a León, aunque se apellidara Nogués y eso le generase posibles problemas.

—Quiero que sepas que nunca me negué a atender a un paciente. Esta oportunidad no será la excepción. —Ella notó que él asintió con la cabeza y esbozó una tibia sonrisa—. Hay algo más.

—Pídeme lo que quieras.

Ella evitó centrarse en él y perderse en los ojos miel que no dejaban de escrutarla con cada movimiento y en cada gesto.

—Será bajo mis condiciones.

—Será como tú digas, siempre que seas tú y no otra persona quien se haga cargo de León.

—He venido aquí luego de estar mucho tiempo fuera. No quisiera que un trabajo complicara las cuestiones familiares después de un largo tiempo de ausencia.

—Te refieres a tu padre y a la mala referencia que tiene sobre nosotros.

Estaba claro que él recordaba a la perfección lo que habían hablado aquella noche.

—Así es.

—No te preocupes por eso.

—Está bien, llamaré al doctor Ramírez para verlo e interiorizarme del paciente.

Ella giró para abrir la puerta, pero se detuvo ante la voz que decía:

—Doctora, este será nuestro secreto.

Ella aferró los dedos al picaporte antes de abrir la puerta y alejarse, aunque fuese por unos pocos instantes, de Gerónimo.

—Nogués, me alegro de que haya recapacitado y se haya dado cuenta de que contar con la doctora Bustillo es lo mejor que puede sucederles a usted y a su abuelo —manifestó el doctor Ramírez.

—Ya lo creo —sentenció sin dejar de contemplarla.

—Ahora debemos ver al enfermo y más tarde hablaremos con usted.

—Estaré esperándolos.

—Puede hacerlo aquí o en la sala.

—Gracias.

Sin más, los vio alejarse por uno de los lúgubres pasillos del hospital en busca de León Nogués. Regresar a la incómoda silla y aguardar las novedades no era una opción para él, tampoco quedarse sentado en el consultorio. Se lanzó a caminar de un extremo al otro del pasillo sin poder aquietar el espíritu. La espera se tornaba insoportable no solo por la falta de noticias, sino porque en ese tiempo muerto no podía hacer otra cosa. Para calmarse, comenzó a hacer una lista de cuestiones que debería tratar en la empresa. Tendría que poner en conocimiento al personal sobre el estado de León, antes de que se corriera la voz y las malas lenguas se pusieran en movimiento. Alejó la mente de las cuestiones médicas, dejó de observar a los profesionales y a los enfermeros, e hizo oídos sordos a la llamada de asistencia por parte de los enfermos. Recién comenzaba el día, y aún debía arreglar una serie de problemas que necesitaban su revisión. No supo cuánto tiempo le llevó abstraerse del lugar donde estaba para centrarse en otras cuestiones hasta que escuchó que alguien lo nombraba.

—Nogués, venga, por favor.

Una vez más se encontraba en el consultorio de Ramírez junto a la doctora Bustillo. Le informarían el estado de León luego de revisarlo. Trató de indagar en el rostro de Juana algún indicio sobre lo que le diría, pero fue en vano.

—Gerónimo, la doctora ha confirmado lo que intuía que el señor Nogués padece. Me gustaría que sea la doctora quien tome la palabra, por favor.

—He revisado al paciente y, efectivamente, ha tenido un accidente cerebrovascular. El motivo puede ser un traumatismo craneoencefálico, una infección cerebral o un tumor, entre otras causas. Lo importante es saber si este accidente ha provocado lesiones y, en tal caso, cuáles son. Como consecuencia de lo ocurrido, el señor Nogués padece de afasia. Me dijo el doctor que algo le había adelantado.

—Quiero tener más certezas sobre cómo está y cómo quedará.

—Esta lesión afecta el lóbulo frontal del cerebro. Por la evaluación que hemos hecho, puedo asegurar que se trata de una afasia de Broca. Supongo que poco importa el nombre, pero sí las consecuencias —concluyó al fijar la mirada en Gerónimo que no dejaba de escrutarla en silencio.

Desde que se había lanzado a explicarle cuál era la situación, no había visto ni un mínimo movimiento o gesto en el rostro, ese rostro que lo había subyugado desde aquella noche cuando se acercó a hablarle.

—En este caso se ve comprometida el habla. Los pacientes que la padecen ven deteriorada la facultad para hablar, tan solo pueden manifestarse con cuatro o cinco palabras, no más, por eso se conoce esta patología como no fluida o expresiva.

—¿Quiere decir que tampoco entiende lo que uno le diga?

—Justamente iba a ese punto. Los pacientes con esta lesión comprenden a la perfección lo que uno les diga. Lo que sucede es que hay que hablarles de una manera simple para no complicarlos con las palabras y confundirlos. Que tengan afectada el área del habla no impide la comprensión de los dichos. Eso hace la diferencia y es algo importante para tener en cuenta.

—¿Hay algún tratamiento o quedará así de por vida?

—Por supuesto que hay tratamiento. La evolución dependerá de la voluntad del paciente y de su entorno para lograr los avances esperados.

—Es por ese motivo por el que pedí la intervención de la doctora —intervino el doctor Ramírez—. Si bien hay una absoluta coincidencia en el diagnóstico, ella se ha especializado en el tratamiento de estos casos. Se han logrado grandes avances con esta patología. Sin lugar a dudas, haber estudiado en la cuna donde se descubrieron este tipo de lesiones da mayor certeza al momento de tratar esta dolencia.

En Francia y de la mano de Paul Broca, se descubrió la lesión de los afásicos en el cerebro y las consecuencias. En la Argentina, en una primera etapa, se siguió la corriente francesa para ahondar en el estudio de la neurología que inicialmente había estado ligada a la psiquiatría.

—Me preocuparé de que él esté dispuesto cuanto antes para comenzar con el tratamiento —aseguró Gerónimo.

—Eso sería lo ideal.

—Entonces, ¿de qué depende para comenzar con la recuperación?

—Es allí donde actuaría la doctora Bustillo. A ella le confiaría el tratamiento.

—En la medida en que se quiera avanzar en este sentido —agregó la médica.

—Por supuesto.

—Sí es así, los dejo para que puedan ponerse de acuerdo. Yo seguiré atendiendo al paciente y, si la evolución de los índices continúa del mismo modo, pronto podrá irse del hospital.

—Es lo que quiero, y supongo que él también. Permanecer aquí es perjudicial para su recuperación más allá de la atención médica brindada.

—Me retiro, entonces. Debo continuar con la recorrida de los pacientes de esta planta. Espero que no surja ningún problema —dijo el profesional al dirigirse a Gerónimo—. Cualquier cuestión, solo dímelo —sentenció al hablarle a la doctora Bustillo.

—No será necesaria su intervención —aseguró Nogués—. Nos pondremos de acuerdo con la doctora.

Ella lo miró y comprobó que, por más que supiera que era mejor estar alejada, no podría librarse de él durante un tiempo. El golpe de la puerta al cerrarse los dejó sumidos en un profundo silencio que ella pensaba quebrar.

—Me gustaría que le hables sobre cómo seguir para saber si él está de acuerdo. A partir de ahí, nos pondremos en contacto para comenzar con el tratamiento.

—Te quiero a ti al mando de la recuperación de León.

—Te dije que así será. Por el momento, esperaré a que le den el alta y así podremos comenzar en otro ámbito su recuperación.

No quedaba mucho más por decir. En ese instante decidió salir. No quería continuar con la perturbadora presencia de él. Parecía que aún no confiaba en ella, y eso le molestaba porque en su profesión siempre había actuado de un modo intachable. Estaba claro que la condenaba el comportamiento de Londres.

—¿Cómo me contacto contigo? —preguntó Gerónimo.

—No te preocupes, yo lo haré. Ahora me gustaría que hables con él

sobre los pasos por seguir.

Esta vez, Gerónimo entendió que lo mejor era dejarla ir y hacer lo que le había dicho. Si no convencía a León de que lo mejor sería comenzar con el tratamiento, su abuelo quedaría condenado a vivir en la tiniebla del silencio.

No bien ingresó a la habitación, lo vio despierto y recostado con la almohada apoyada en el respaldo de metal de la cama.

—Al fin puedo verte.

Se acercó para saludarlo y sentarse al lado. Aún no había tenido ninguna respuesta de su parte. Sabía que lo peor que podía hacer con él era apiadarse de la situación que atravesaba. Debería tratarlo como antes de la lesión. Bastante duro sería para León saber que ya había dejado de ser el que era, y asimilarlo en ese corto espacio de tiempo transcurrido.

—Sé que han estado los médicos hablando contigo y me han dicho que tienes un tratamiento por delante.

Buscó en León el asentimiento que necesitaba, pero se mantenía inalterable con la vista puesta en Gerónimo.

—Necesito que estés de acuerdo con todo esto.

Notó en ese instante el esfuerzo por hablarle y Gerónimo disimuló la tristeza que le daba ver a un hombre que había brillado por su locuacidad luchar por pronunciar alguna palabra coherente.

—Como siempre, estaré a tu lado para que salgas de esta, te lo prometo.

—Sáca… me…

—De aquí —confirmó Gerónimo—. Es eso lo que quiero, pero debes saber que en casa te espera un tratamiento. Me lo han comentado los médicos que te han atendido. La doctora Bustillo se hará cargo. Me han asegurado que es la mejor en su campo. Para que todo salga bien, debo saber si estás de acuerdo con el proceso de recuperación.

León hizo una mueca con la boca que Gerónimo no supo interpretar si como una tibia sonrisa o como un nuevo gesto antes de poder pronunciar alguna palabra. Segundos después, lo vio mover la cabeza asintiendo lo que le había dicho.

—Puedo asegurarte que estarás en las mejores manos.

—Sáca… me… de… —volvió a balbucear.

—De aquí —concluyó Gerónimo—. Ya lo insté al médico para que lo haga cuanto antes.

Un nuevo asentimiento de cabeza le confirmó que muy pronto estaría en la casa y esperaba que fuera en vías de recuperación. Lo destruía verlo de ese modo, luchando por decir o terminar alguna palabra. En ese momento, ingresó una enfermera.

—Si me disculpa, debo atender al paciente y darle la medicación. Si desea, puede aguardar en la sala de espera, aunque el doctor volvió a recomendar que se fuera a su casa. El paciente dormirá unas horas; eso mejorará su restablecimiento.

Desde la cabecera de la cama, León volvía a asentir con la cabeza. Gerónimo supo que no había mucho por hacer dentro del hospital. Varias cuestiones habían sucedido en esas horas en el centro médico.

—Si es así, nos vemos más tarde.

Salió de allí con la ilusión de que todo recién comenzaba. Estaba convencido de que debería contar con paciencia para esperar que algo cambiase. Antes de pasar por su propiedad, tenía que ir a la casa de León y hablar con Dina, que estaría preocupada y ansiosa por tener novedades. No bien ingresó a la casona, fue abordado por la empleada.

—Puedo ir más tarde mientras tú resuelves otras cuestiones —le ofreció ella.

—Está bien. Si quieres, te llevo antes de pasar por la empresa.

—Gracias, pero puedo arreglarme sola. Debes tener varios temas por disponer.

—Así es.

—¿Quieres beber o comer algo?

—No, gracias, no tengo hambre. Puedes continuar con lo que estabas haciendo. —Antes de verla salir, agregó—: Dina, quizá ya te lo pregunté, pero ¿notaste algo fuera de lo común los días previos a lo sucedido con mi abuelo?

—Tal vez, lo observé un poco nervioso o preocupado, pero era normal verlo de ese modo. Según él, por problemas de la empresa. Fuera de eso, nada más. El día de lo sucedido te comenté cómo se dieron los hechos.

—Sí, lo recuerdo. Gracias, Dina.

La vio alejarse de la sala; en ese momento, tuvo la necesidad de beber algo fuerte para aplacar la impotencia que tenía. Fue hacia el despacho, allí donde León había estado los últimos momentos antes del accidente cerebral. Abrió el mueble de madera lustrada que contenía el whisky irlandés. Se sirvió una copa y bebió un largo trago antes de sentarse frente al escritorio. ¿Qué habría estado pensando su abuelo antes de tener el ataque que lo había llevado al hospital? Volvió a beber otro trago sin dejar de analizar lo acontecido con la vista clavada en aquel lugar donde había sucedido el hecho. Extendió las piernas por debajo de la mesa para distenderse y quitarse la tensión del cuerpo. Con el pie golpeó el cesto de cuero que estaba allí. Cuando fue a levantarlo, notó un papel arrugado a un costado del recipiente. No había otro papel dentro, salvo ese trozo estrujado. Por simple curiosidad, lo tomó para saber qué era. No dio crédito a las escuetas líneas escritas en ese papel.

—¡Qué mierda es esto!

Con el bollo de papel en el bolsillo, salió para volver a indagar a Dina, porque debía haber alguna explicación a todo eso.

Capítulo 7

Un oculto secreto

Una serie de interrogantes giraban en la mente de Gerónimo sin que pudiera obtener una respuesta. Desconocía de dónde podía provenir la nota hallada en el despacho de León, la única persona que podía brindarle alguna explicación, aunque, justamente, no estaba en condiciones de darla. Una posibilidad que se trasformaba en certeza con el paso de las horas era que esa nota fuese el motivo del actual estado del dueño de casa. Había indagado nuevamente a Dina para saber si no se le había pasado algún detalle en los días previos al hecho, pero ella le había vuelto a relatar lo mismo que días pasados.

Estaba claro que León se había conducido con absoluta reserva acerca de lo que ocurría a su alrededor. Estaba convencido de que entre ambos no había habido secretos y creía conocer todo acerca de él. Lo irritaba que no le hubiera contado acerca de esa amenaza, ya que también lo involucraba a él. ¿Cuánta veracidad tendría aquella advertencia? El fuerte deseo de obtener una respuesta lo carcomía por dentro. Repetía una y otra vez aquellas frases manuscritas en un simple trozo de papel:

Prometí que te destruiría y que comenzaría lentamente para verte sufrir. Llegó el momento, justo ahora que los años te alcanzaron y que vas perdiendo de a poco todo el poder que ostentaste alguna vez. Primero comencé con el negocio y seguiré por la persona más importante para ti. Ve despidiéndote de Gerónimo.

Sabes quién soy, no necesitas que estampe mi firma en este papel.

Sabes también dónde encontrarme.

Por más vuelta que le diera al asunto, no se le ocurría otra cuestión que no fuera la relacionada con la empresa. El negocio que él trataba de salvar no dejaba de traerle conflictos, que debía solucionar cuanto antes si no quería que todo se fuera por la borda. Miró el reloj de pulsera y supo que debía estar saliendo hacia el hospital. Lo había citado el doctor Ramírez para tratar algo referido a León. Había esperado en vano que Juana se pusiera en contacto con él, pero lo dejaría pasar, porque sabía que, una vez que comenzase el

tratamiento, todo cambiaría. A poco de llegar al centro médico y esperar en el consultorio, se encontró con el doctor.

—Buen día, Nogués.

—Buen día, doctor. Creía que de todo lo referente a León se haría cargo la doctora Bustillo.

—Así es como habíamos quedado. Solo quería decirle que hay un estudio que debemos repetir. —Al ver el rostro de Nogués, agregó—: No se preocupe, en este contexto no es de gravedad. Por ese motivo, León se quedará unos días más acá.

—¿Cuánto tiempo más?

Le había prometido sacarlo de ahí lo antes posible. Creía que permanecer en la institución médica le causaría mayor daño.

—Solo el necesario. Para evitar perder más tiempo, la doctora me sugirió comenzar con el tratamiento hoy. Ha notado una buena receptividad en su abuelo.

—Me gustaría hablar con ella antes.

—Por supuesto. No crea que ha sido mi colega quien me ha pedido que hablase con usted. Yo he querido hacerlo antes, porque me dio la impresión de que la vez pasada pudieron zanjar su incomodidad inicial.

—Así es.

—Bien, solo quería estar seguro de que de las cosas fuesen así y no de otra manera.

—¿Qué pasaría si las cosas no estuvieran de acuerdo a su parecer?

—Tomaría intervención inmediata.

Un gesto mordaz asomó por el rostro de Nogués; al fin el doctor había mostrado las uñas.

—Doctor, me cuesta creer que su interés por saber cómo arreglamos la situación sea solo por una cuestión médica. Ambos sabemos que no es así. Deje entonces que yo me maneje con la doctora como mejor me plazca y haga usted lo que su saber le indique.

Gerónimo dio por terminada la corta reunión con el profesional. No le había causado sorpresa la actitud de Ramírez, ya que el interés que había

demostrado en la primera reunión con la doctora Bustillo había sido manifiesto. Tantos halagos no habían sido en vano.

—Nogués, lo estaré controlando —aseguró antes de que Gerónimo se retirara.

Sin más, cerró la puerta para dirigirse a la habitación. Cuanto antes quería sacar a su abuelo de allí y poder estar más tranquilo.

Al otro lado de la institución, en el sector de las habitaciones, se encontraba la doctora Bustillo junto a León Nogués. La sesión no había sido como a ella le hubiese gustado, porque las enfermeras ingresaban a la habitación para medicarlo y constatar el estado del enfermo, pero al menos había logrado una buena aproximación de lo que podría ser el nuevo tratamiento.

—Muy pronto se irá de aquí —aseveró.

—Sí.

—Podremos trabajar mejor.

Ella vio cómo el paciente asintió con la cabeza. Por el momento, debería conformarse solo con eso, aunque luego él debería esforzarse para contestar a cada pregunta que ella le hiciera. De eso constaba el tratamiento: buscar la manera de que el enfermo se sintiera motivado para lograr conectar con el lenguaje aprendido y lanzarse a hablar con pocas palabras. La comprensión era absoluta, más allá de la medicación indicada, que podía obnubilarle la mente. Con el transcurso de las sesiones, esperaba ver hasta dónde llegaría ese avance. Ya era hora de retirarse.

—Debo irme, nos veremos en su casa.

La doctora Bustillo tomó la carpeta con algunas fichas médicas que había dejado en la silla, para salir de la habitación. Antes de alcanzar la puerta, se detuvo al escucharlo hablar.

—Gracias.

Ella giró y notó que los ojos le brillaban. Era normal que un paciente que atravesaba ese estado quedase sensible. El hecho de la internación y la incapacidad le provocaban una gran frustración. Volvió a saludarlo y salió de allí. La jornada de ese día había sido extensa; pretendía ir hacia la casa. Atravesó los largos pasillos de la institución en medio del trajinar del personal médico. Había declinado la invitación del doctor Ramírez para cenar, sería en otra oportunidad, aún restaba mucho tiempo para comenzar a conocerse.

Una cálida brisa le rozó el rostro no bien salió al exterior. La noche caía perezosa sobre la ciudad. El anochecer se extendía hasta más tarde en la época de verano. Un amplio jardín plagado de árboles brindaba el reparo necesario a los días calurosos. Unos pocos asientos de hierro forjado estaban diseminados por allí. Algunos pacientes en recuperación podían pasear por ahí como el personal de salud que buscaba distenderse en medio del fragor de la tensa actividad. A pesar del cansancio que sentía, hubo una imagen en la que reparó.

Él estaba recostado sobre uno de los tantos árboles, con la mirada perdida y el humo del cigarro lo envolvía. Tenía el cabello castaño hacia atrás y las mangas de la camisa subidas hasta el codo. Poder apreciarlo a cierta distancia, sin que él lo supiera, le permitió contemplarlo con mayor tranquilidad. Cuando lo tenía cerca, le costaba porque le ponía los nervios a prueba cada vez que la miraba. No era solo por la tonalidad miel de los ojos, sino por la intensidad con que la observaba. La hacía sentir que nada existía a su alrededor, tan solo ella. Exhalaba masculinidad y fortaleza, sin embargo, en ese instante, lo habría ido a consolar. La pesadumbre que lo rodeaba era evidente.

Evitó perderse en Gerónimo Nogués, acomodó las fichas médicas que estaban por caerse de la carpeta y, en ese instante, tuvo la necesidad de levantar la vista porque supo que él la había descubierto. No dejó de escrutarla con descaro, aunque no se acercó. No era necesario que se acercara para sentirlo a su lado. Él se mantuvo sin moverse, contemplándola. No podía explicar qué era lo que sucedía con ese hombre. Debía irse de allí y continuar el camino. Observó cómo él inclinaba levemente la cabeza a través de un halo de humo gris. Le quitó la vista de encima y se encaminó hacia su casa. Allí descansaría luego de un largo y agitado día.

* * *

A pesar del paso del tiempo, León mostraba una fortaleza que no tenía. El cabello cano le cubría la cabeza y conservaba el vigoroso cuerpo que supo tener. Sin embargo, dolía verlo con la mirada perdida y escucharlo pronunciar unas pocas palabras cada vez que alguien le hacía una pregunta. Él había sabido eclipsar en conversaciones a quien tuviese enfrente para disertar sobre política o negocios. Se había transformado tan solo en la sombra de lo que había sido. Más allá del diagnóstico, Gerónimo haría lo impensado para

revertir esa situación. León lo necesitaba, como tantas otras veces él había requerido de su abuelo, y allí estaba no solo para brindarle todo el apoyo, sino también para hacer que el tratamiento avanzara. Aunque sabía que recién era el comienzo, lo frustraba verlo sentado en una silla dejando pasar el tiempo, o mejor dicho, anclado en lo que alguna vez había sido.

—León, ¿cómo estás?

—Como me ves. —Se dio un respiro para continuar—. Bien.

Gerónimo desconocía si era del todo consciente de cómo se encontraba. La doctora Bustillo le había confirmado que la mente del paciente funcionaba muy bien y le había asegurado que el problema estaba en la dificultad para hablar con fluidez. Solo podía pronunciar unas pocas palabras por frase, pero comprendía lo que escuchaba. Gerónimo debía acostumbrarse a respuestas con escuetas palabras, aunque no se resignaba a que así fuese en un futuro.

—¿Sabes quién se interesó por cómo estás?

—No.

—Pipo Manrique.

Gerónimo esperó la contestación en vano.

—¿Lo recuerdas?

—Por supuesto.

Se dio cuenta de que su abuelo no iba a hablar más; él tampoco iba a forzarlo. De hecho, quería hacerle una serie de preguntas, pero no podía porque le provocaría una tensión que debía evitar. Las indicaciones habían sido que no se le dijera nada que pudiera afectarlo o perturbarlo; Gerónimo cumplía esas directrices. Debía atarse la lengua para no averiguar sobre la nota encontrada y continuar con las actividades como si nada sucediera. Ese día había decidido no volver a la oficina, sino quedarse y acompañarlo. Se dejó caer en el sillón del escritorio con unos documentos de trabajo, mientras León se mantenía en su mundo.

* * *

Las reuniones que mantuve durante el día no me dejaron tomar un respiro. Sabía que la jornada aún no finalizaba. Debía acudir a una cena en la casa de Pipo Manrique; por más que quisiera, no podía fallarle. Debía concurrir. Por ese motivo no busqué mayores excusas y, en cuanto llegué a mi casa, fui a darme un baño para estar presentable esa noche.

—Bienvenido, querido León —me saludó el dueño de casa.

—No podía fallarte.

—Yo te habría perdonado, pero sabes que mi esposa, no —acotó con una sonrisa antes hacerlo entrar a la casa.

—Lo sé y ese es el único motivo por el que he venido —retrucó al darle una palmada en el hombro.

Nuestra amistad era de larga data. En este tiempo habíamos compartido gratos y amargos momentos, pero siempre apoyándonos uno en el otro. Habíamos vivido circunstancias que nos habían unido más. En alguna ocasión, Gerónimo había quedado al resguardo de Rosario Manrique. Pipo era un gran hombre, una persona confiable, y eso hablaba muy bien de él. Como siempre, la finca estaba impecable, no faltaban los detalles de la dueña de casa que se esforzaba por darle un toque distinto a su hogar.

Una larga mesa estaba desplegada en el comedor. Sobre el vaporoso mantel, resplandecía la vajilla y la cristalería. El matrimonio era un gran anfitrión para los acontecimientos sociales. Nada había quedado pendiente ni fuera de lugar. Rosario se había preocupado de que nada faltase. Poco después, la cena se inició y las conversaciones comenzaron a mezclarse, sin embargo, la cuestión política y económica tomó relevancia.

La llegada de Figueroa Alcorta para reemplazar a Quintana, que había fallecido sin poder cumplir con el mandato presidencial, le había dado un giro al Gobierno. Desde que había asumido, se habían tomado varias medidas e, influido por la corriente conservadora, buscaba posicionar al país entre los mejores. Eso era posible gracias al nivel de exportaciones de productos, en especial la carne, que competía para liderar el mercado. Gracias al trabajo y la dedicación de los ganaderos, y a la labor conjunta con los frigoríficos, se podía estar a la altura de otros países. Sin embargo, surgieron ciertas circunstancias que lo ponían en duda.

—León, ¿cómo vienes manejándote con el frigorífico?

—Sabes que no ha sido fácil. Los capitales estadounidenses e ingleses pretenden monopolizar el mercado. Todas estas complicaciones no hacen otra cosa que dificultar a los empresarios nacionales.

—Por lo que escuché, los estadounidenses se retiran del envío de carne a Gran Bretaña.

—Eso parece, y no pienso desaprovechar la oportunidad de exportar al mercado inglés. Ya nos impidieron, hace tiempo, el comercio del ganado en pie por la aftosa, es momento de que reciban nuestras carnes refrigeradas.

Como consecuencia de la fiebre aftosa y las medidas restrictivas tomadas por los países que importaban nuestra carne, se decidió dejar a un lado el comercio del ganado en pie. El envío de la carne congelada, primero, y refrigerada, después, había sido la solución para impulsar la exportación. La aftosa se había transformado en un enemigo silencioso e invisible. En el momento menos esperado, esa maldita enfermedad atacaba al ganado y se esparcía con una velocidad inusitada. Hasta el momento, la única solución había sido sacrificar a los animales y quemar las tierras para borrar cualquier vestigio. Los ganaderos debían afrontar no solo las consecuencias económicas que implicaba la pérdida del ganado, sino también resignarse a que se restringiera y resintiera el mercado internacional, debido a que algunos países tomaban medidas contra la carne argentina. Nadie quería adquirir carne contaminada, más allá de todos los esfuerzos que, desde aquí, se tomasen para evitar que sucediera. Ese era un panorama nada alentador y se debía trabajar para que cambiara. En la cadena comercial, los frigoríficos eran un eslabón importante. En mi caso, contaba con una estancia que me proveía parte del ganado que terminaría en mi frigorífico. Por eso, las pérdidas eran mayores.

—Esperemos que nuestro presidente gestione del mejor modo el comercio con los ingleses.

—Figueroa Alcorta sabe que estamos en un momento de esplendor en el país y debemos sacar provecho de todo esto —aseguró el dueño de casa.

En los discursos políticos, no se hablaba de otra cosa que no fuera del progreso y del avance de nuestro país, sin dejar de compararlo con el esplendor europeo. Parecía que hacía allí íbamos.

—Es mejor que el presidente lo haga —agregó enfervorizado don Agüero, que, por la edad que tenía, venía lidiando desde hacía tiempo con los sinsabores políticos—. Si no quiere terminar en el cementerio con una canasta de frutas en vez de con una corona de flores.

Varios de los presentes estallaron en risas ante el denso humor negro de Agüero. Él se refería a un hecho acaecido semanas antes en el zaguán de la casa del mandatario. Según habían relatado las crónicas de los distintos diarios de la ciudad, por la tarde, en el domicilio particular del mandatario

se había recibido una canasta con frutas dirigidas a doña Josefa Bouquet Roldán de Figueroa Alcorta. El custodio, que estaba al tanto de otras intimidaciones recibidas por el presidente, no creyó que ese obsequio fuera una mortal amenaza. El destino quiso que el reloj que regulaba la bomba, oculto debajo de la fruta, no explotara debido al débil mecanismo de funcionamiento, sin provocar la muerte del destinatario ni de ningún integrante de la familia presidencial. Ningún custodia ni policía, que controlaban el acceso de las personas a la casa, había advertido que el joven que, guarecido en el zaguán continuo a la propiedad del mandatario, simulaba esperar el tranvía mientras aguardaba que la lluvia menguase era quien había dejado el presente con el artefacto dentro.

—Pipo, sabes a qué atenerte si coqueteas con el poder —agregó otro de los invitados que conocía las aspiraciones del anfitrión de participar en política.

—Él sabe lo que hace —dije apoyándolo, como siempre—. A tu salud.

Hacía tiempo que le había sugerido a Pipo que se lanzara a la arena política. Tenía todo lo que se requería, aunque no sabía si estaba preparado para revolcarse en el fango que implicaba estar en el poder.

—Amigo, doy por sentado que no habrá fruta de postre esta noche.

El resto de los asistentes rompieron en risa, al tiempo que la dueña de casa se acercaba para hacerles una sugerencia.

—Señores —interrumpió Rosario—, han pasado la cena hablando de política. Me gustaría que me acompañen a la sala para disfrutar del postre o, si lo desean, beber una copa de alcohol junto a un cigarro.

Nadie se negó; la dueña de casa tenía razón, y ninguno había ponderado sus dotes culinarias. Ubicado en uno de los amplios sillones de la sala, tomé una copa de brandy y lo bebí en grandes sorbos porque en breve pensaba retirarme. Un murmullo detrás de mí me distrajo de la charla general.

—Rosemary, no puedes irte sola, deja que Pipo te alcance cuando todo esto termine.

—Gracias, Rosario, pero prefiero irme a casa. No podía negarme a disfrutar de tu cena, pero ya es hora de retirarme.

Me levanté de inmediato y busqué a mi amigo. Yo ya me iba y podía hacerme cargo de la dama que, como yo, también quería abandonar el lugar. En pocos minutos, todo quedó zanjado. La ayudé a colocarse el abrigo en los

hombros y busqué a mi cochero. Si bien la había observado en la sala, dentro del vehículo apreció en detalle el bello y lozano rostro que ella tenía.

—No suelo hacer esto —me dijo para justificarse de estar dentro del coche de un desconocido.

La penumbra del vehículo se mantenía a pesar de los destellos plateados de la luna que ingresaban por el cristal de la ventana. Desde mi ángulo, podía apreciar las mejillas de color carmesí. Solo buscaba que no se sintiese incómoda conmigo.

—Lo sé y no debe preocuparse. Conozco a la familia Manrique desde hace años y espero que eso, al menos, sea garantía para que usted esté tranquila hasta llegar a su casa.

Si bien yo me mantenía en un buen estado físico, entendía que la doblaba en edad. Quizás eso la amedrentaba. Desconocía el modo en que actuaba, aunque el poco tiempo que la había observado conducirse con el resto de las mujeres lo había hecho de una manera discreta y educada. Sin embargo, su candidez la hacía más atractiva aún.

—Lo estoy, pero no solo por lo que me dijo, sino porque sé quién es usted.

No esperaba esa respuesta, pero me había gustado escucharla. La cuestión era qué referencia tenía sobre mí y quién le había hablado al respecto. No toda la gente que conocía era mi amiga, porque ser implacable en lo que hacía me había hecho ganar algunos enemigos.

—Bien —dije con una sonrisa—, espero que haya escuchado buenos comentarios sobre mi persona.

—Mi familia lo conoce; mi padre lo ha mencionado en más de una ocasión.

—Usted es Rosemary…

—Mi padre es Jack Donner.

En ese instante recordé a ese inglés, que se dedicaba, como yo, al negocio de la carne. Lo último que había oído eran los rumores sobre que las cosas no le iban tan bien. A veces, los problemas políticos y económicos del país no eran el único motivo para cometer un traspié con el negocio. Se debía contar con tino para tomar las decisiones correctas.

—Sí, lo he visto en algunas oportunidades. Cuando vuelva a verlo,

envíele mis saludos.

—Muchas gracias, se los daré cuando vaya a visitarlo.

El eco de los cascos sobre el empedrado disminuyó y supe que habíamos llegado a destino. Bajé de inmediato para ayudarla a descender del coche y acompañarla hasta la casa.

—Muchas gracias, señor Nogués.

—Nada que agradecer. Cualquier cosa que necesite, no dude en buscarme. Puede confiar en mí.

Ella me miró con cierto asombro. La noté tensa observando hacia a su alrededor. No supe leer el motivo, pero de seguro Pipo iba a desasnarme sobre Rosemary Donner. Entró de inmediato a la propiedad, mientras yo me dirigía a la mía con la imagen de esa joven en mis retinas.

Mi mente volvió a centrarse en el recinto en el que me encontraba: el despacho donde durante años había trabajado y había pergeñado mis negocios. La habitación había sido testigo silenciosa del comienzo de todo. Aún me sentía suspendido en el tiempo, como si las agujas del reloj corriesen de manera inversa y todo comenzara otra vez. Yo sentía que ella había regresado. Nadie me quitaría esa idea de la cabeza.

* * *

Juana Bustillo había concurrido al hospital para cumplir con una nueva jornada laboral. De vez en cuando, si su actividad se lo permitía, se escapaba hasta la planta baja en donde estaba ubicada la mesa de entrada de la institución para saber si alguien se había anunciado buscándola. En verdad, no se refería a cualquier persona, sino a Gerónimo Nogués. Por más que no quisiera acercarse a él, debía hacerlo en función del trabajo asumido con León. Lo había llamado para pedirle que pasara por el hospital para tratar algunos temas referidos a su nuevo paciente. Se dio cuenta de que era en vano evitarlo y que su profesionalismo debía estar por encima de lo que le provocaba Gerónimo. Si había una persona a la que podía acudir para saber algo más del paciente, era él, indefectiblemente. Dejó dicho que le avisaran si él se apersonaba y especificó en qué piso se encontraría. Continuó con las actividades sin reparar en las horas que habían transcurrido y en que el fin de

la jornada se aproximaba.

—Parece que no soy el único que desea finalizar este día.

—Nicolás —dijo al girar sorprendida de la aparición de su colega por detrás de ella.

—Disculpa, no he querido molestarte.

—No lo has hecho, solo que tenía la cabeza en otra cosa.

—Estás como yo, que he tenido un día complicado.

—Aquí dentro pedir otra cosa sería ir contra la corriente.

—Tienes razón. Nada mejor que borrar las preocupaciones del día saliendo de aquí a refrescarnos un poco, ¿qué me dices?

—¿Ahora?

—Sí, supongo que nos vendrá bien a los dos.

Juana se percató de que, en algún momento, debería salir con su compañero de trabajo. Nada ni nadie se lo impedía. Le gustaba que la invitación fuera en un tono casual. Si bien no era afecta a relacionarse con demasiadas personas, hacerlo con quien trabajaba ayudaría a mantener un mejor vínculo. La recepción que había tenido en el hospital había sido excelente. Más allá del mérito que le adjudicaban por la carrera que había hecho en el exterior, no era fácil hacerse un lugar en un grupo de trabajo ya formado. Y Nicolás Ramírez había sido parte de la buena recepción en el ámbito laboral.

Para ella regresar al sitio donde había nacido y comenzar a trabajar en su especialidad había sido una apuesta muy importante. En verdad, nunca creyó que podía suceder; por eso, cuando surgió la propuesta y la posibilidad de regreso al país fue un hecho, supo que no solo implicaba un paso de importancia en la profesión, sino también en el orden familiar. Como hacía mucho tiempo, la familia residiría en la casa que alguna vez los había albergado en la ciudad de Buenos Aires.

—Tienes razón, nos vendrá bien despejarnos un poco.

—Vamos, entonces.

—Déjame buscar mi cartera.

—Te acompaño.

Ambos transitaron los pasillos y las distintas salas hasta llegar al jardín. Lo cruzaron en medio de una amena conversación. Las anécdotas eran un modo de atravesar los difíciles momentos que se vivían allí.

—Es por aquí —dijo al señalarle hacia donde estaba el vehículo.

Fue en ese mismo instante cuando vio a Gerónimo apoyado sobre el automóvil con la vista en la salida del hospital. Notó que arrojaba la colilla del cigarro y avanzaba hacia ella. Una serie de sensaciones la embargaron, todas distintas.

—Doctora, te estaba esperando —la saludó al acercarse eludiendo a Ramírez.

Ella lo fulminó con la mirada, no imaginaba verlo fuera de la institución. No era así como quería que se dieran las cosas. El tono con el que pronunciaba "doctora" era una provocación. Una que, aunque lo fuera, le atraía. Estaba claro que él la confundía y en ese momento no sabía bien qué hacer.

—No creo que pueda porque vamos a comer algo —intercedió Nicolás Ramírez.

—No es lo que combinamos ayer, ¿verdad? —inquirió Gerónimo.

—Esperaba verte en el transcurso del día.

—El día aún no finalizó —replicó al mirar el reloj de pulsera.

—Juana, si lo deseas, te aguardo aquí y luego nos vamos a cenar.

Gerónimo se mantuvo callado sin dejar de escrutarla y esperando la resolución de Juana.

—Creo que será mejor que lo dejemos para otro día. Debo resolver unas cuestiones de León Nogués, no quiero retrasarme en cuanto a eso. Igual no iré a cenar —dijo al desviar la mirada hacia Gerónimo—, es solo una cuestión de trabajo.

—Como quieras.

—Saldremos en cualquier otro momento, ¿no?

—Por supuesto. —Centró la vista en Gerónimo—. Qué conveniente esta cita médica.

—¿Vamos? —propuso Gerónimo—. No creo que en la vereda podamos

entablar la conversación sobre tu paciente.

Juana dudó un instante, se quedó parada sin saber qué hacer. No era su idea salir con él, pero supo que lo más conveniente era retirarse de allí y no tensar más la atmósfera que se había creado entre los tres. Gerónimo la guio hacia el vehículo con la mano colocada en la parte baja de la espalda y le abrió la puerta para que ingresara al automóvil. El rugido del motor rompió la atmósfera de tensión que se vivía dentro del habitáculo. Por el rabillo del ojo notó la inquietud de Juana al no saber hacia dónde irían.

—Si deseas, puedo empezar con algunas preguntas sobre León —comenzó, mientras se aferraba a la carpeta que siempre llevaba consigo.

En el rostro de Gerónimo asomó una sonrisa; no era común verla desorientada sin saber qué hacer. La había observado y había notado que le gustaba estar un paso por delante de los hechos. Ella levantó la mirada para verlo concentrado en el manejo.

—Doctora, hoy no iremos a cenar, solo hablaremos del tratamiento por seguir.

Ella asintió no muy segura de que él cumpliera con lo que le decía, pero se abstuvo de hablar. Desde el cristal de la ventana, observaba el paisaje citadino. Cuánto hacía que no recorría las calles de la ciudad. A veces pensaba cómo habría sido su vida si, en vez de radicarse en el exterior, se hubiera quedado.

—¿Cuántos años estuviste fuera de la ciudad?

Y otra vez, como si él pudiera leer los pensamientos que se le cruzaban por la cabeza, acertaba con la pregunta correcta.

—Más de los que hubiese querido. Sin embargo, no me imagino qué hubiera sido de mi vida si me hubiera quedado acá. Por momentos, recorrer la ciudad me da cierta nostalgia.

—¿Por lo que perdiste?

—Sí, aunque eso queda solo en mi imaginación, porque no sé si me he perdido de algo importante. Me fui de aquí cuando era una niña. Parte de mi vida la viví en el exterior. Pero me sucede algo raro: no siento que París, la ciudad en la completé mis estudios y donde más tiempo permanecí, sea mi lugar, aunque tampoco siento que lo sea Buenos Aires, que es donde nací. Aquí me siento una completa extraña.

—Quizá te sientas distinta el día que eches raíces.

—No lo creo. Haber vivido del modo en que lo hice me permite no planificar para el futuro. Lo único que tengo claro es que estaré aquí un tiempo, tal vez más extenso que en otras estadías, pero sé que me iré. Parece que está en mi naturaleza no residir mucho en ningún lugar. Debo decir que, aquí, extraño las costumbres y mi vida parisina. Es algo muy confuso.

—Si es así, ¿por qué decidiste venir?

—¿Me parece a mí o las preguntas las iba a hacer yo? Porque hasta ahora no has dejado de indagar sobre mí.

—Es un modo de conocerte mejor.

En ese instante, disminuyó la velocidad y se apeó al cordón para estacionar. La observó de refilón y notó que la había sorprendido con el lugar elegido. Sin embargo, como la conocía, sabía que no se lo diría.

—Hemos llegado.

Se bajó y fue a abrirle la puerta para que descendiera del vehículo. Caminaron unos pasos mientras ella no dejaba de contemplar todo alrededor.

—Espérame aquí, que ya vengo.

Juana lo vio alejarse al tiempo que repasaba el panorama. Sin lugar a dudas, le recordaba estar en algún remanso marítimo francés. Observó a la distancia que la figura de Gerónimo se había esfumado.

El Paseo de la Ribera se abría paso sobre la avenida costanera sur. Desde allí se podía disfrutar de una vasta rambla iluminada por distintas farolas diseminadas en la explanada y a lo largo del espigón. Un sendero de acacias brindaba una reparadora sombra y resguardo del calor a los paseantes que disfrutaban del lugar durante las horas del día. Las madreselvas trepaban la estructura de las pérgolas ubicadas sobre la línea de la ribera. A los costados, los canteros de flores jerarquizaban el lugar. El camino que iba desde el canal sur hasta la dársena norte lo completaba la alameda y las plantas que nacían a la vera. Desde el espigón se vislumbraban las escalinatas que bajaban hacia el río. La luz de la luna centelleaba sobre las revueltas y veladas aguas del Río de la Plata. Era allí donde los porteños gozaban dándose chapuzones, aunque a esa hora del día ya nadie quedaba en el agua. Poco después, la presencia de él irrumpió el estado de ensoñación de la joven.

—No sé si te gusta, pero, luego de un día plagado de obligaciones, es un buen modo de pasar algún trago amargo.

—¿Cerveza?

Él llevaba dos amplios vasos de cristal, repletos de la ambarina bebida, por donde trepaban gotas condensadas de agua helada.

—La cervecería Múnich hasta ahora es el lugar donde sirven la mejor de la ciudad.

Miró hacia allí y, sobre la construcción, había un amplio cartel con el nombre de la confitería.

De inmediato se lanzó a caminar. Ella lo siguió sin chistar, creía que se ubicarían en algunos de los tantos bancos que había diseminados por el amplio parque, pero no fue así. Se dirigieron hacia el espigón, donde nacían las escalinatas que terminaban en el río. Bajaron unos pocos peldaños y se sentaron sobre uno de los largos escalones que daban hacia las aguas.

—¿Me darás el gusto de probarla? —preguntó al entregarle el copón.

—Por supuesto.

Gerónimo no dejó de contemplarla mientras bebía tímidamente la cerveza.

—Está helada —dijo luego de beber.

Él asintió al tiempo que con el dedo le quitó la espuma que conservaba la joven en punta de la nariz.

—Ya no tienes huellas de haber bebido —aseguró con una sonrisa que ella buscó evitar.

No había un mejor lugar que ese para quitarse las preocupaciones de encima. El entorno hacía olvidar cualquier cuestión que a uno pudiera pesarle. Los vestigios del anochecer flotaban sobre el río y la luz de la luna se fundía en las turbulentas aguas.

—Aquí venía con León cuando era pequeño. Este lugar era solo un páramo. Me gustaba ver los barcos que transitaban por el río hasta llegar al puerto. Creo que eran esos los momentos que más disfrutaba con él.

Juana lo observaba hablar sin quitar la mirada del río. El perfil del rostro se recortaba sobre la penumbra del anochecer y contemplaba cómo la nuez de Adán se le movía al compás de los largos tragos que daba en medio de la conversación.

—Estábamos solos y me contaba todo lo que yo quería saber acerca de las embarcaciones. Me gustaba intuir qué llevaban en las bodegas; para mí,

era un verdadero misterio. Él no perdía la oportunidad de narrarme el proceso de embarque de la mercadería que salía del frigorífico. —Recordó con una melancólica sonrisa—. De a poco, me iba inculcando el trabajo que hacía; buscaba que yo, años más tarde, formara parte del negocio. Fue tallando en mí los deseos por continuar la empresa que tiempo atrás había fundado.

—Ese era su legado.

—Así es, y vivió para levantar el negocio que hoy sigo yo, a pesar de los problemas con los que debo lidiar.

Ella evitó preguntar por el padre de Gerónimo, porque sabía que había allí un asunto no resuelto aún. Mencionarlo sería involucrarse demasiado en el tema personal y familiar porque, de manera inexorable, la llevaría a la enemistad de su padre con el de Gerónimo.

—Supongo que no debe haber vivido solo para el trabajo.

—Creo que no, aunque mucho no puedo decirte al respecto. De pequeño comencé a quedarme bajo su resguardo. La ausencia de mi padre sumada a la muerte de mi madre en un accidente en unos de los tantos viajes que hacían al exterior fue determinante para que me quedase con León. No conocí a mi abuela, porque ella había muerto cuando yo nací. Supongo que debe haber sido algo doloroso para él, porque nunca la nombró ni hizo mención acerca de ella.

—Es raro que así sea, porque se supone que, cuando uno sufre una pérdida, no deja de recordarla hasta en los pequeños detalles.

—Puede ser, aunque hay algo que marca eso que dices.

—¿Qué es?

—Cada tanto, y sé que es para una fecha específica, va hasta el cementerio con un ramo de flores blancas. Es un rito que mantiene y que, como nunca ha querido decirlo, yo no le he preguntado. Eso me da la pauta de lo importante que ha sido ella para él. Hasta antes de lo sucedido, cumplía con esa ceremonia.

—Bien, es importante para mí saberlo.

La joven no dejaba de tomar nota mental de cada detalle que él mencionaba. Todo sería de relevancia a los fines de que León pudiera recuperar de a poco el habla. Motivarlo para que lo hiciera dependía de ella. Y los recuerdos, hablar sobre lo sucedido en tiempos pasados, eran un buen modo de ejercitar la palabra. Según su experiencia, una persona se esforzaba

más por evocar lo vivido y compartir los mejores años de su vida de forma espontánea que por lanzarse a declamar la lectura de un texto haciendo grandes pausas de frase a frase ante la imposibilidad de leer de corrido, como solía hacer antes del accidente cerebral.

—Estar solos en la casa nos unió más. Formamos un vínculo muy estrecho; él es como el padre que no he tenido. —Hizo una mueca simpática con la boca—. Aunque siempre estuvo Dina —dijo refiriéndose a la empleada que los había acompañado años en la casa familiar—. Siempre en el medio de nosotros atemperando las situaciones, antes de que se desmadrara alguna discusión, que terminaba con una copa de whisky en el despacho de León. Ambos sabíamos hasta dónde llegaban nuestras disputas. Con Dina me quedaba cuando León debía viajar o cumplir con los compromisos sociales. Ella estaba para lo que yo necesitara.

Debía ceñirse al relato y frenar los deseos por indagar sobre la madre de Gerónimo o saber más de la vida de él. Aunque él pareciera locuaz, sabía qué decir y cuánto guardarse para sí. A ella le importaba todo lo que le dijera, en especial lo referente a él, aunque en ese momento no era el motivo de la reunión.

—Los viajes que ha hecho pueden llevarlo a contar experiencias sobre los lugares en los que ha estado. Recordarlos puede ayudar a darle mayor fluidez al lenguaje.

—Lo tendré en cuenta.

Ella notó que él había dejado a un lado el copón. Giró para centrarse en ella por completo. No había vez que no se sorprendiera por el magnético rostro que poseía; era imposible no dejar de mirarlo.

—¿Hay algo más que deseas saber?

No podía decirle que podría quedarse toda la noche escuchándolo hablar, en especial de él. Tampoco le mencionaría la fascinación que le causaba y que crecía a cada instante.

—No, con esto ha sido suficiente.

—Me alegra que lo sea para ti, porque para mí no lo es. Pero para lo que busco contigo hay tiempo. ¿Vamos?

En ese instante, ella quería arrojarse a las veladas aguas y desaparecer. Se incorporó de inmediato para evitar el roce de los dedos de Gerónimo, aunque fue inútil porque él la tomó de la mano para subir los peldaños. Juntos caminaron por el parque hacia el vehículo para perderse por las calles de la

ciudad.

CAPÍTULO 8

Ojos negros

La noticia acerca de la salud de León había cambiado la atmósfera dentro de La Elegida. Catalina agradecía los esfuerzos de Bernarda para brindarle todos los gustos y para que se sintiera cómoda. La angustia que ella sentía por lo que sucedía en la ciudad se compensaba con la sensación placentera que implicaba estar en la estancia. Como cada mañana, a primera hora estaba levantada para cumplir con algunas tareas que tenía asignadas.

—Mire el desayuno que le he preparado.

—Gracias, Bernarda.

—Apúrese a tomarlo si no quiere que se le pase el horario de la medicación de Trueno.

—Tienes razón.

Desde la partida de Gerónimo, Catalina cumplía con la rutina de cuidado de su caballo, según las especificaciones de Segundo. Él no había dejado de concurrir a la estancia, pero ella se lo había cruzado en pocas ocasiones. En los escuetos encuentros, ambos estaban en compañía: él con algunos peones; ella con Felipe, quien se había esforzado por que no se sintiera sola ante la ausencia de Gerónimo.

—Vaya nomás, que Trueno la está esperando.

La joven salió junto a Bruma, que se sumó a la visita al establo. Agradecía la decisión de que le hubieran permitido atender al caballo; de ese modo, el vínculo entre ambos se había estrechado. Daba por descontado que Segundo pasaba a ver cómo estaba el animal, pero lo debía hacerlo cuando ella no estaba. En estos días, se preguntaba qué había hecho ella o qué le habría sucedido a él para que hubiera cambiado de ese modo. Quizá, fuera su mente que no dejaba de pensar en Segundo e imaginaba cuestiones que él ni siquiera contemplaba.

—Cata, buen día.

Felipe ingresó a la cuadra con un ánimo desbordante. Los días que habían pasado desde que se había confesado con Gerónimo los había aprovechado para estar con la joven y estrechar más aún la relación entre ambos. De a poco todo, las cosas se irían dando como él quería. Las perspectivas sobre un nuevo empleo, la proximidad de la mudanza a la ciudad

de Buenos Aires y la cercanía a Catalina hicieron que su seguridad aumentara.

—¡Acá estoy! —exclamó al asomar la mano por la puerta del box.

Felipe sonrió ante el gesto de ella como si él necesitara que le indicase dónde estaba.

—¿Cómo está Trueno?

—Al menos de ánimo volvió a ser lo que era, aunque, para que se mantenga brioso, debería poder articular como antes su pata. Igual, yo lo veo bien. Si quieres, cuando lo saque a dar una vuelta por aquí, puedes acompañarme y veremos cómo anda en el trote.

Él sonrió porque no necesitaba esa invitación para acompañarla; lo habría hecho aunque no se lo hubiera pedido. La joven guardó el pote de ungüento que le colocaba a Trueno sobre la zona afectada. Lo dejó en un estante de madera con el resto de los enseres colgados cerca del portón.

—Hasta la noche no debo colocarle más cremas, salvo la medicación que, en breve, debo darle —dijo concentrada en lo que estaba haciendo.

—Cata.

La joven giró sin haberse dado cuenta de que él se había aproximado por detrás, hasta quedar a unos pocos pasos de ella.

—Cata, yo…

Él no dudó de que había llegado el momento de dejar en claro los sentimientos que experimentaba por la joven. La declaración que había soñado quedó a un costado frente a los fuertes deseos por besarla. Se acercó, con una mano la tomó por la nuca y aproximó la boca para fundirse en la de ella. Cuánto había soñado tenerla entre los brazos y poder sentir el sabor de su boca.

Catalina se quedó tiesa sin poder reaccionar; una sensación de sorpresa y estupor la envolvió. Era la primera vez que la besaban. Nunca se habría imaginado que serían los labios de su amigo los que probaría esa primera vez.

—Felipe, yo…

—Cata, solo dime si me quieres.

—Claro que te quiero, pero…

—Eso es lo único que importa, puedo asegurártelo.

El fuerte relincho de Trueno interrumpió el instante de intimidad entre ambos. De inmediato, ella se separó del joven y dirigió la mirada hacia el portón que había quedado abierto. Allí se reflejaba una larga sombra. Segundo estaba allí, con la mirada más oscura que otras veces, observando lo que ocurría. Como solía suceder, era imposible leer lo que decían esos ojos negros.

—Segundo —lo saludó Felipe sin dejar de tener aferrada por la cintura a Catalina—, no sabía que andabas por aquí.

—Vine por los caballos.

Sin más explicación, se dirigió hacia uno de los boxes, sin siquiera saludar a la muchacha, que estaba allí parada, inmóvil. En unos pocos segundos, su mundo se había puesto patas para arriba. Estaba hecha un lío, no sabía qué hacer, tampoco si le correspondía decir algo. Lo sucedido no le permitía actuar con la naturalidad habitual, a pesar de la confianza que entre ambos existía. A lo único a lo que atinó fue a huir de allí como una exhalación en compañía de Bruma, que corría detrás de ella creyendo que su dueña estaba jugando.

—¡Mierda! —exclamó Felipe.

Segundo se acercó a su hermano. Notó que el tiempo lo había transformado en un joven que luchaba por lo que quería. En ese instante, recordó el juramento hecho sobre la cama del hospital que lo tuvo prisionero durante meses. En aquel momento, Segundo habría dado lo que no tenía para que su hermano se salvara e hiciera una vida normal como el resto. Durante años había intentado que eso sucediera y le había exigido día a día para que aquel pasado colmado de dolor y enfermedad no tiñera de pesar la vida que tenía por delante; parecía que lo había logrado. Se había jurado que lo ayudaría a cumplir cada uno de los sueños que Felipe perseguía. A pesar de eso, no imaginó ver el paso que acababa de dar. Su hermano había sabido guardar muy bien los sentimientos por Catalina. Segundo creía que la cercanía de ambos se debía a una fuerte amistad, no más que eso. Verlo de ese modo lo llenaba de orgullo, más allá de las circunstancias.

—No sé qué ha sucedido —esgrimió Felipe confundido.

—Déjala —contestó Segundo—, dale tiempo a que se acostumbre. Para ella ha de ser nuevo.

—¿Tú crees?

—Sí. Cuando Catalina esté más tranquila, háblale y cuéntale lo que te sucede.

—No creo que ella necesite demasiada explicación.

—Ambos han mantenido una amistad que ahora tú dejas a un costado para ir más allá. Debes darle la oportunidad de que te vea de otro modo.

—Me confesó que me quiere.

—Ese es un buen comienzo.

—Es lo que creo.

Felipe se quedó perdido en sus pensamientos mientras observaba a Segundo revisar a uno de los caballos de la cuadra. Durante mucho tiempo, él se había esforzado por estar un paso delante de Segundo. En cada acto había querido demostrarle que él también podía ser alguien. Ya estaba cansado de vivir a la sombra de su hermano, más allá de los deseos de los intentos del mayor por que eso no sucediera. Solo él sabía lo que era vivir bajo la mirada y la compasión ajenas. Con Catalina había dado un gran paso. Entendía que debía tener paciencia y darle tiempo para que la incipiente relación prosperara. Nadie mejor que él para mantener la calma y conservar la perseverancia sobre lo que en verdad deseaba. Estaba claro que daría batalla a quien se interpusiera entre Catalina y él, entre lo que estaban construyendo juntos.

—He hablado con Gerónimo sobre lo que me sucede con Cata.

Segundo dejó a un lado lo que estaba realizando para centrarse en los dichos de Felipe. Le había sorprendido lo que acababa de escuchar. Nunca habría imaginado que Felipe le hubiera confiado los sentimientos a Gerónimo antes que a él.

—¿Cuándo lo has hecho?

—Antes de que se fuera a la capital. Creí que era importante que él supiera las buenas intenciones que tengo con su hermana. Preferí hacerlo con él antes de pronunciarme con su padre.

Él retrocedió en el tiempo y recordó algunas frases de Gerónimo que ahora cobraban sentido. Sería de eso de lo que querría hablar antes de partir hacia la ciudad. Sin dudas, porque algo referido a Catalina no pasaría desapercibido para el mayor de los Nogués.

—Pensé que me lo dirías a mí también.

—Llegó el momento en que no debo pedirte ayuda, aunque son bienvenidos los consejos que me des —comentó con una mueca en la boca—.

Ahora debo valerme por mí solo; en especial, para las cosas que me importan.

—Tienes razón y me alegro de que sea así.

Parecía que no había sido en vano lo que había hecho por Felipe ni los esfuerzos para que saliera adelante.

—No quiero perder más tiempo, voy a buscarla.

Segundo lo vio salir del establo al tiempo que sonó el chillido del portón al cerrarse.

—¡Mierda! —exclamó al lanzar sobre el heno lo que tenía en la mano.

La agitación en el cuerpo de Catalina no había mermado. Aún estaba conmocionada por lo sucedido. No sabía qué decir ni cómo actuar. Si hablaba con Felipe sobre sus verdaderos sentimientos, lo terminaría perdiendo. Él se había transformado en una persona muy importante para ella, la había sabido acompañar en los últimos tiempos. Necesitaba aclarar el torbellino de emociones que la arrasaba, pero no sabía cómo. Aunque por mucha vuelta que le diera al asunto, había una sola manera. Debía armarse de fuerza y hacerlo. El llamado de Felipe la sacó de esos pensamientos.

—Cata, lo que sucedió minutos antes en el establo no cambiará lo que somos.

—Felipe, no quisiera perderte.

Él la envolvió entre los brazos, quería confesarle que nunca lo perdería porque su corazón estaba en las manos de ella.

—Me has dicho que me quieres y eso es lo único valedero.

—Claro que te quiero, pero no como crees.

Él se separó para dejarle claro que nada de lo que la joven pudiera decirle haría cambiar los fuertes sentimientos que guardaba.

—Si tienes alguna duda respecto a mí, sabré esperarte; puedo asegurarte que lo que siento por ti es lo suficientemente fuerte como para superar todo lo que te suceda.

—Yo ahora no creo que…

—Shh… —Le tapó la boca con el pulgar—. No te adelantes ni digas nada de lo que puedas arrepentirte. Yo no soportaba más la espera para confesarte lo que siento. Quizás estés abrumada por mis dichos, Cata. Es solo

cuestión de tiempo. Ya verás que sentirás lo mismo que yo.

—No puedo prometerte que eso suceda.

—Solo el tiempo lo dirá.

Catalina enmudeció porque le costaba ver un futuro de la mano de un Benegas, en especial, de Felipe. La confusión era muy grande. Necesitaba hablarlo con alguien para alivianar el nudo que tenía en la garganta al no poder gritar lo que le sucedía. Sin embargo, en ese momento, tampoco tenía la posibilidad de confesárselo a otra persona.

—Quiero que sepas que hablé con tu hermano.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo nuestro.

—¿Cuándo lo has hecho? ¿Cómo no me has consultado antes? Tenía derecho a saberlo.

La ebullición en el cuerpo le crecía a medida que el joven le confesaba lo que había hecho.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Ya sabes que te quiero, y eso para mí es lo más importante. Hice lo que creí mejor para los dos. Necesitaba que al menos tu hermano supiera cuáles son mis intenciones contigo.

—Felipe, no es así cómo deben hacerse las cosas.

—Así es cómo las siento. Aunque no he tenido el coraje de hablar con tu padre.

—¡No puedes hacerlo! —reclamó con desesperación—. No es justo que te manejes con mi familia a mis espaldas.

Eso le había dolido. Él no había querido lastimarla, solo había buscado asegurarse de contar con una posibilidad de mantener una relación seria con Catalina.

—No te preocupes; no daré otro paso si no te consulto antes. —Ella no le contestó, solo asintió con la cabeza, que no dejaba de darle vueltas—. Ahora debo irme al pueblo hasta la redacción de *El Zorzal*, ¿quieres acompañarme?

Si había algo que ella necesitaba, era estar sola y aquietar el espíritu porque, desde que se había levantado, todos sus deseos e ilusiones se habían estampado con la realidad.

—Yo me quedaré aquí.

Evitó decirle que Bernarda le había sugerido ir hasta el pueblo para comprar algunas provisiones. Le había pedido que la acompañase y había agregado que salir de la estancia le haría bien, dado que no lo había hecho desde que había arribado a La Elegida.

—Nos veremos luego.

Felipe se inclinó para darle un beso en la boca, pero notó que ella lo esquivó, de modo que apenas dejó al descubierto la sonrojada mejilla para que la besara y se despidiera como lo hacía siempre. Él le echó una última mirada antes de lanzarse a caminar hasta alcanzar el vehículo, desaparecer en el sendero de salida de la estancia y dirigirse hacia Los Tilos, como se llamaba el poblado.

Bernarda no se perdía detalle de todo cuanto sucedía dentro de la estancia. Era la primera mañana que la joven no permanecía fuera de la casa en medio de los perros o andando a caballo. Poco después de haber regresado del establo, se había encerrado en la habitación y no había salido hasta que ella la llamó para almorzar. Intuía que la falta de locuacidad de Catalina se debía a que había algo más.

—Pero ¿qué le anda pasando?

—A mí, nada —replicó al dar vuelta con el tenedor el pollo con verduras que le había servido.

—No estará extrañando y quiere regresar, ¿verdad? Sabe que, si es así, solo es cuestión de avisar y alguien vendrá a buscarla.

—No quiero irme de aquí. Aunque no parezca, lo estoy pasando muy bien lejos de la ciudad y de la familia.

Bernarda supo que a la joven se le había escapado ese último comentario. Por momentos, le costaba entender qué se necesitaba para que la familia Nogués, que lo tenía todo, fuera feliz. Desde que había empezado a trabajar en la estancia, los conflictos estaban desatados. Durante los años que había permanecido en La Elegida, había oído y visto las distintas discusiones que se daban entre padre e hijo. Estaba convencida de que era el dinero, en vez de la falta de él, lo que terminaba pudriendo a una familia. Parecía que ninguno de los patrones podía disfrutar lo que tenían. Todo era muy diferente

a su realidad. Ella contaba solo con el salario que cobraba de la familia Nogués y, a pesar de ser el único ingreso, no había dejado de ayudar a los suyos. Jamás había dejado de enviarle una porción del sueldo a la numerosa familia que residía en el Chaco. La miseria y la permanente lucha por un pasar mejor los había mantenido siempre unidos. Hacía tiempo que no viajaba hacia el pueblo donde estaban los suyos, y no veía la hora de hacerlo. Aunque por distintas razones, los patrones la necesitaban allí.

En medio de sus cavilaciones, observó que el plato de la joven estaba intacto y supo que de nada serviría insistirle para que comiera algo. Sin probar bocado, en silencio y como una exhalación, Catalina se levantó de la mesa para refugiarse, una vez más, en la habitación. Le preocupaba verla de ese modo; además, el patrón le había confiado el cuidado de la joven y no quería malograr el trabajo. Sin más, se dispuso a lavar los pocos cacharros sucios que, en comparación con cuando estaban todos con las amistades disfrutando de largos y ruidosos almuerzos, eran muy pocos. El sonido de la puerta se mezcló con el de las cacerolas que lavaba.

—Bernarda.

En ese instante lanzó el utensilio que tenía entre las manos, que colisionó con los platos de loza que no había lavado.

—No quería asustarte.

—No, disculpe, estaba pensando en otra cosa. ¿Qué anda buscando por acá? ¿Desea comer algo? Si quiere, le caliento un poco del almuerzo.

—Si hay algo a lo que no puedo negarme, es a tu comida.

Bernarda se secó las manos en el delantal y se dispuso a servirle el almuerzo.

—Pero mire que es querendón; yo le habría servido igual un plato de comida.

Ella conocía a Segundo desde hacía años. La fuerte amistad que mantenía con el patrón había hecho que fuera asiduo concurrente a los eventos familiares. Creía que, detrás de esa máscara inescrutable que se esforzaba por mostrar, había una persona distinta por descubrir. No le habló mucho porque sabía que no era muy locuaz y no quería molestarlo en el almuerzo. Ella continuó lavando los platos hasta que él dio por finalizado el almuerzo.

—Bernarda, quería decirte que me llevo la camioneta para ir al pueblo. No sé si irás con Pedro más tarde. ¿Necesitas que te traiga algo?

—La verdad es que no ando con ganas de ir hasta el pueblo; el dolor de huesos me tiene a mal traer. Le había prometido a la señorita llevarla, pero no quiero defraudarla si no voy, aunque aún no se lo he dicho. No la noto bien.

—¿Qué le sucede a Catalina?

—No me lo ha contado, pero sé que algo le anda pasando a esa cabecita. Ha estado ausente en el almuerzo sin decir palabra y ese es todo un síntoma. Sé que usted está trabajando, pero podría llevarla, a ver si se despeja un poco.

—No te preocupes, lo haré.

—A ver si usted le saca qué le está pasando, porque toda la mañana ha estado rara. No ha querido volver a salir de la casa. Usted la conoce y sabe cómo se ha comportado desde que ha llegado aquí.

—Está bien, veré qué puedo hacer.

—Le pregunté si quería regresar a la ciudad, pero me dijo que no quería abandonar la estancia.

Él estaba seguro de que la declaración de Felipe le habría causado un impacto fuerte. Eso era normal para una joven que recién comenzaba a vivir y a abrir el corazón.

—Hazme la lista de lo que necesitas que te traiga, que yo me ocuparé de ella.

Se levantó y se dirigió hacia la habitación de la joven. Adentro estaba Catalina tirada en la cama sin que la mente le dejase de girar. Los pensamientos siempre regresaban al mismo punto. Los golpes en la puerta la distrajeron del estado de ensimismamiento en que se encontraba. Debería decirle cualquier cosa a Bernarda para que dejara de insistir sobre qué le pasaba. Sin embargo, reaccionó cuando escuchó la voz de Segundo atravesar la puerta de madera.

—¿Me acompañas, que debo ir hasta el pueblo? Bernarda ha hecho una lista de cosas que necesita.

Sin lugar a dudas, esa mañana no dejaba de darle sorpresas. Solo en su imaginación podía suceder que Segundo apareciera para invitarla al pueblo, por más que fuera para cumplir con los mandados de Bernarda.

—Ya voy. Déjame cambiarme —anunció ahogada de la emoción.

En ese instante, mientras él se retiraba, se levantó y caminó unos pocos

pasos para colocarse frente al espejo: no le gustó la imagen que le devolvía. Se acicaló el cabello, que le caía por toda la espalda enmarañado en ondas. Se colocó un vestido con flores amarillas y mangas abultadas en la parte superior de los brazos. No solo lo había elegido porque le gustaba, sino porque la tela era muy fresca. Se dejó las botas que había llevado durante la mañana, se trataba de un calzado cómodo y el que mejor se adaptaba para el campo, a pesar de que visitaría el pueblo. Había tomado de la cómoda el perfume que usaba habitualmente, adoraba esa fragancia con aroma a jazmines. Se colocó unas pocas gotas en el cuello y volvió a observar su imagen en el espejo. Con esos toques sentía que había cambiado. Salió de inmediato en busca de Segundo, que aguardaba junto a Bernarda.

—¿Lista?

—Sí.

Él asintió cuando la vio ingresar a la cocina. Se había soltado el ensortijado cabello rubio que le caía en ondas y le cubría parte de la espalda. La tez pálida que solía tener había tomado color a raíz del sol y unas cuantas pecas habían asomado por el rostro de Catalina.

—Aquí tienen la lista de lo que necesito —comentó Bernarda, más tranquila por ver a la joven con otro semblante. Estaba segura de que nada podía ser tan preocupante como para que le quitara los bríos que solía tener.

Segundo guardó el papel en el bolsillo del pantalón y salió junto a Catalina hacia el vehículo. No bien se dirigieron a la salida de la estancia, ella giró la mirada para observar el perfil del hombre. Los rayos de sol se colaban por las ramas de los eucaliptos; reflejaban luces y sombras en el rostro a medida que avanzaban por el sendero.

—Antes debo pasar por un campo cercano al pueblo —dijo sin quitar la vista del camino, parecía concentrado en el manejo.

—No hay problema.

Bajó la ventanilla para que la calurosa brisa refrescara el habitáculo. Estaba segura de que no era la temperatura ambiental lo que hacía que conservara el rubor en las mejillas. El silencio instalado no le molestó, muy por el contrario, le permitió contemplar el paisaje. Las espigas de maíz se mecían al compás de la brisa y revestían de dorado los cuadros sembrados. No se cansaba de ver y admirar aquel espectáculo.

—Podría instalarme aquí.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque no es lo mismo venir algunas temporadas a disfrutar del campo que trabajarlo. Son duros los inviernos aquí, puedo asegúratelo.

—Pero has elegido quedarte.

—Sí, además tengo responsabilidades que cumplir en la estancia.

—Por eso no te instalarás con tu familia en la ciudad.

—Alguien debe ocuparse de las tierras. Y hablando de eso, muy pronto tendrás la compañía de Felipe en la ciudad —afirmó al tomar un desvío en el camino para adentrarse en otro campo vecino.

Los dichos de él la volvieron a la realidad. Muy pronto todo se acabaría porque ella también debería regresar a la capital, por lo que su vida regresaría a ser lo que siempre había sido, ahora con el aditamento de Felipe. El motor disminuyó la marcha hasta detenerse.

—Espérame aquí, ya vengo.

Ella lo siguió con la mirada mientras él daba largos pasos hasta alcanzar la propiedad. No importaba si la brisa le desplazaba unos cabellos hacia la frente, él mantenía la costumbre de tirárselos hacia atrás. Ella lo había observado lo suficiente como para saber que ese gesto lo hacía cuando lo embargaba alguna preocupación. Desconocía cuál sería el problema que lo aquejaba y, por mucho esmero que pusiera, estaba convencida de que no lo descubriría.

Él mantuvo una escueta conversación fuera de la casa. No había hablado demasiado, pero a la distancia se podía vislumbrar cierta tensión. Con los brazos cruzados por delante, escuchó atentamente lo que le decía el otro hombre. A pesar de no estar en medio de ese diálogo, ella pudo percibir el disgusto de Segundo. Poco después, él dio por terminada la charla y regresó hacia ella, sin dejar de observarla. Subió en silencio y dio marcha al automóvil sin más.

—¿Está todo bien?

—Nada de que preocuparse —agregó, pero sus palabras no la convencieron.

—¿Me lo dirías si algo sucediera?

En ese instante él desvió la mirada de la carretera para centrarla en ella.

Notó un atisbo de inquietud en el rostro de la joven.

—Si así fuera, no te lo diría —replicó con una amplia sonrisa.

Catalina no sabía cómo lo hacía, pero estaba convencida de que un solo gesto de él le cambiaba el ánimo de manera inmediata. Sin embargo, a pesar del esfuerzo, le costaba descifrar lo que le pasaba por la cabeza a Segundo. Daría lo que fuera por enterarse de lo sucedido en aquella escueta conversación minutos antes. Si de algo estaba segura, era de que algunas cuestiones no andaban bien. Tampoco serviría insistir sobre el tema porque no le contaría nada.

En medio del placentero silencio instalado entre ambos, arribaron a la arcada de ladrillo que daba la bienvenida a Los Tilos. A poco de llegar, se vislumbraba la plaza con los árboles y las flores que daban marco al centro del lugar. En una de las esquinas, se erigía la iglesia. Los domingos era la cita obligada de los pobladores para confraternizar. Todo lo que sucedía en el lugar se sabía, cada domingo, en el pequeño atrio que antecedía a la casa de Dios. En diagonal, se ubicaba el Departamento de Policía. No solía contar con mucha actividad, salvo por algún pequeño caso de abigeato. El resto, como borracheras y demás, se arreglaban fuera de esa comisaría. Los habitantes del lugar no querían sumar conflictos entre ellos, y eso incluía también al comisario Suárez.

Con ese panorama, parecía haber ingresado a un pueblo fantasma. Salvo por el almacén de ramos generales y algún otro negocio, el resto de los habitantes estaban refugiados en las casas, al amparo de una siesta. Ni siquiera la pulpería ubicada a pasos de la plaza conservaba la concurrencia de los parroquianos a esa hora del día. Todo el lugar se mantenía en una completa quietud. Segundo apeó el automóvil a la vera de la plaza y apagó el motor.

—A una cuadra de aquí está la redacción de *El Zorzal*. Si quieres, puedes ir hacia allí mientras yo busco lo que me pidió Bernarda.

—Si quieres, te acompaño al almacén.

—No es necesario —respondió con una amplia sonrisa y se acercó para hablarle al oído—: Aprovecha esta visita.

De inmediato, descendió del vehículo y se alejó en busca de las provisiones. Ella se quedó sin palabras.

—Segundo, ¿qué andas buscando por acá? —le preguntó el dueño del almacén.

—Unas provisiones —contestó al extender el trozo de papel con la lista.

—¿Todo eso es para ti?

—No, va para La Elegida.

—Por lo que dicen, el patrón está en manos de Dios.

En otras épocas, León Nogués había sido un asiduo visitante. Permanecía largas temporadas en la estancia y también iba al pueblo, a tomar unas grapas con la gente del lugar. Junto a Gerónimo, se había ganado el afecto de los pueblerinos.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien.

Ya estaban los productos en el antiguo mostrador cuando el sonido de la puerta los distrajo.

—Catalina, ¿qué sucedió?

—Felipe debió salir a hacer una diligencia y no estaba.

—Ya casi está todo.

—Qué bonita es esta jovencita.

El rubor ascendió de inmediato por las mejillas de la joven.

—Soy Catalina Nogués —se presentó y alargó la mano para estrecharla con la del dueño del negocio.

—Ahora entiendo… —Ante la mirada de desconcierto de Catalina, agregó—: Que Segundo esté a esta hora del día por el pueblo.

Ella observó el intercambio de miradas y la sonrisa solapada entre los hombres. La última vez que el dueño del almacén había visto a Segundo estaba en la pulpería con algunas copas de más y en compañía de una mujerzuela.

—Al fin te veo con una joven que vale la pena.

Catalina seguía el fluido intercambio de palabras de ambos hombres.

—Déjate de chismes y dame esto último que te pedí.

Bajo la atenta mirada de la joven, finalizó la compra de las provisiones. Por más que ella intentó hacerse de algunos de los productos comprados, él no quiso que cargase nada. Ella caminó a su lado con las manos vacías hasta el vehículo.

—Hicimos más rápido de lo que creía —comentó Segundo antes de subir al automóvil—. ¿Tienes calor?

—Un poco.

—Vamos, que a la vuelta de aquí podremos tomar un refresco.

Segundo supo que Catalina se había acicalado para la visita al pueblo. Con ese vestido amarillo con flores, estaba adorable. Trató de no centrarse más en la imagen de ella y continuó unos pocos pasos hasta llegar al nuevo lugar. Desde la inauguración, se había transformado en el paso obligatorio de los habitantes de la localidad. Los lugareños no dejaban de concurrir a la pulpería de Soriano para beber una grapa o un ginebra hasta altas horas de la noche; en cambio, el nuevo lugar permitía que las familias disfrutaran de beber o comer algo. No bien llegaron, se sentaron en una mesa al lado de la puerta. Estaban ellos solos en esa tarde calurosa de verano.

—Limonada, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó asombrada.

—Catalina, nunca te he visto tomar otra cosa que no fuera esa bebida.

Ella no daba crédito a lo que había escuchado; no importaba cuándo o en qué momento, él había reparado en ella y en sus gustos. Eso la hacía inmensamente feliz.

—¿Qué piensas hacer cuando regreses a la ciudad?

Él sabía que la joven había finalizado el colegio con excelentes notas; siempre había sido una alumna ejemplar.

—Mi padre no deja de insistir en que ingrese a trabajar en el frigorífico. Me dice que es importante que lo haga porque es una empresa familiar, pero yo no quiero porque sé que hay un conflicto con Gerónimo del que no deseo ser parte.

—Ese no es un lugar para ti, al menos por el momento.

—Mi madre me dice que debo dedicarme al magisterio. Y ambos discuten sobre lo que yo debería hacer.

—Catalina, ¿qué es lo que quieres hacer? —preguntó y, al notarla dubitativa, insistió—: Vamos, dímelo.

Por más que ella hubiera querido ocultarle algo, no habría podido porque, con ese tono de voz y el modo en que la miraba, sería imposible no

contarle algo.

—Quisiera dedicarme al arte. No sé muy bien por dónde empezar, pero me gusta dibujar.

—Haz lo que deseas, nadie puede cortarle las alas, ni siquiera tus padres.

—No es tan fácil.

—¿Por qué?

—A veces siento que debo contentarlos a ambos, y la única manera que tengo para hacerlo es cumplir con algunos de sus deseos. Además, ninguno de ellos me toma en serio en cuanto al dibujo. Es más…

La decisión de no pintar en la casa tenía un motivo que ella no quería dar a conocer porque la avergonzaba.

—Catalina, sabes que puedes confiar en mí. ¿Qué sucedió?

—Fue debido a una discusión con mis padres y, como siempre, el nombre de mi hermano salió a relucir. Una cosa llevó a la otra; el cariz de la discusión fue en aumento. Una pintura mía, que había dejado sobre un estante para decorar la sala, salió disparada en manos de mi padre hasta estamparse en el suelo. Ya ni sé por qué discutíamos, pero mis dibujos cayeron en la volteada. Me encerré en mi cuarto y juré que no volvería a pintar o dibujar, al menos en mi casa.

Segundo se había concentrado en el relato de Catalina y, a medida que avanzaba, la rabia lo iba consumiendo. No entendía cómo podían meterse con ella y destruir lo mejor que tenían en esa familia.

—Ahora estás lejos. Haz lo que te plazca. Ellos no tienen derecho a destruir tus sueños —manifestó al desplazar la mano y colocarla sobre la de ella.

Sabía que ese no era un buen consejo, pero poco le importaba la familia Nogués, salvo Gerónimo. No iba a permitir que echaran a perder a Catalina.

—Gracias por tu apoyo —susurró al sentir la calidez de los dedos sobre los suyos.

Durante los minutos que sus manos estuvieron entrelazadas, ella percibió que Segundo había dejado bajas las defensas y podía adentrarse en él. Como si él hubiera sido capaz de leerle la mente y saber lo que ese pequeño gesto había significado para ella, retiró rápidamente la mano. Una vez más, él

volvía a mostrarse lejano, con la mirada esquiva para ocultar lo que pensaba o sentía.

—Creo que es hora de irnos.

Ella no objetó la decisión porque esa salida había representado más de lo podía imaginar. Sin dudas, su ánimo era otro, aunque en el interior le borboteaba un permanente murmullo sobre lo que su corazón sentía, pero la garganta no se animaba a gritar.

De regreso a la estancia, Catalina no podía dejar de contemplar el paisaje que tenía delante. El atardecer se apoderaba del cielo y lo pintaba de estelas rojizas que teñían el horizonte. Era una imagen perfecta. Desvió la mirada un instante y notó que él también lo era. Las largas pestañas negras se conjugaban con el brillo oscuro de los ojos; la línea recta de la nariz le brindaba más carácter al rostro, aunque ella prefería contemplar la sonrisa que cada tanto se le dibujaba en los labios.

—Estoy seguro de que Felipe estará en La Elegida esperando verte.

—Sí, aunque pensábamos encontrarnos en el pueblo.

Ella contestó para no ser descortés, pero estaba absorta en otros pensamientos.

—Lo harán en la estancia.

Ella asintió. Ya que iban a hablar sobre lo ocurrido horas antes, era el momento de aclarar algo.

—Segundo, quisiera pedirte algo.

—Dime.

—Que no le cuentes a mi hermano lo que viste esta mañana en el establo.

Él centró los ojos negros en ella y sonrió sin dejar de contemplarla.

—No te preocupes, aunque sé por Felipe que ha hablado con Gerónimo. Es normal que te enamores. Tu hermano lo entenderá. Si no lo hace, seré yo quien se lo explique.

—Lo estoy, y no te imaginas cuánto.

—Debes confesarle esto a mi hermano; lo harás muy feliz.

—No lo creo, porque no es a él a quien amo, sino a ti.

Él aferró fuerte los dedos al volante, creía haber escuchado mal, porque Catalina hablaba a media voz.

—¿Cómo dices?

—Que no estoy enamorada de Felipe, sino de ti.

De repente y sin pensarlo tanto, le salieron esas pocas palabras de la boca, que resumían lo que sentía por él. Nunca imaginó que sería de ese modo, pero sin dudas fue liberador; ya no había marcha atrás. De lo único que estaba segura era de que no podía continuar así, guardando bajo siete llaves lo que sentía por él.

El vehículo se desvió hacia el costado de la carretera. Catalina sintió que esos ojos negros se clavaban en ella.

—Estás equivocada, esto no es posible.

—Yo… —manifestó haciendo una pausa y levantando la vista—. Ay, no doy más de la vergüenza —gimoteó—. Lo que siento por ti lo habría mantenido oculto más tiempo, como vengo haciéndolo, pero todo se precipitó con la confesión de Felipe.

—No me conoces, no puedes volver a repetir eso.

—¿Por qué no? ¿Porque no soy digna de estar a tu lado, porque estás acostumbrado a estar con otras mujeres más bonitas y mejores que yo, o porque no he dejado de ser solo la hermana de tu amigo y no puedes mirarme con otros ojos? —preguntó al borde del llanto.

Al mismo tiempo que avanzaba en confesarle el amor que le profesaba a Segundo, una catarata de sentimientos y emociones la embargaban sin que pudiera detenerla.

—Cada viaje que hacía a La Elegida, tenía la ilusión de verte. Siempre supe que no me veías del mismo modo en que yo lo hacía, pero no importaba porque nunca perdí la esperanza de que algún día te fijaras en mí. Este es un secreto que tenía guardado hace mucho tiempo, que esperaba develar cuando encontrase la ocasión. Hoy me sucedieron varias cosas, por eso, no puedo callar más lo que siento.

Por más que hubiera querido controlar los nervios, la tensión de ese momento y la incertidumbre que significaba haber abierto el corazón, se desbarató cuando unas lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas.

—Por favor, no llores —dijo al tomarle la barbilla con los dedos y clavar la mirada en ella.

Ella levantó la vista para perderse en esos ojos negros. Como cada vez que Segundo la miraba, ella dejó de pensar, no pudo concentrarse en nada más que en él. No dejó de estremecerse a medida que el pulgar de él barría las lágrimas que le caían por el rostro.

—Yo creo que estás confundida con lo que sientes por mí —susurró.

Ella negó con la cabeza, convencida de lo que decía. Verla de ese modo no hizo más que desarmarlo. Nunca antes una mujer había expuesto tan honestamente como ella sentimientos para con él. Se sentía atado de pies y manos para obrar como lo habría hecho si las circunstancias fueran otras.

—No es verdad lo que has dicho respecto a por qué yo no me fijaría en ti. Porque estás por encima de las mujeres que he conocido, porque ninguna se parece a ti y porque no me importaría enfrentar a tu hermano si ese fuera el problema. Pero hay un motivo que no mencionaste y que hace la diferencia: Felipe está loco por ti, y yo jamás me inmiscuiría en sus asuntos. Tú te has transformado en algo fundamental para su vida, y él quiere obrar del mejor modo contigo.

—Yo lo quiero, pero no del modo que él me quiere a mí. Hoy se lo dije y puedo asegurarte que no deseo perderlo porque es alguien importante en mi vida.

—Puedes intentar verlo de otra forma.

—Por más que lo intente, no puedo, y lo que menos quiero es lastimarlo. Yo…, me da vergüenza decirlo —susurró.

—¿Qué sucede?

—Nunca antes me habían besado y soñaba con que mi primer beso fuese…

—Déjalo ya, Catalina.

—Perdóname.

Él se iba hundiendo más con cada palabra de esa confesión. Nunca habría imaginado que Catalina pudiera sentir algo así. No podía siquiera pensar en esa posibilidad porque existía alguien a quien él nunca haría sufrir.

—Estoy seguro de que con el tiempo este fuerte sentimiento que dices

tener hacía mí se irá y encontrarás a alguien de quien enamorarte.

—¿Y si no es así?

—Yo no puedo prometerte nada porque no puedo darte lo que deseas.

En ese mismo momento, creyó que debía poner punto final a esa conversación porque, si continuaba, todo iba a desmadrarse. Él no soportaba verla a ella en carne viva, menos aún por su culpa. Tiró la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos para no dejarse llevar. Le bastaba tan solo un momento de quietud para retomar el camino de regreso a la estancia, donde estaría Felipe aguardando.

—Quiero saber algo más.

—Catalina, por favor, no sigas —replicó con los ojos cerrados.

—No me niegues esta última pregunta.

—Dime.

—Si Felipe no estuviera interesado en mí, ¿actuarías del mismo modo?

Un denso silencio inundó el habitáculo. La tensión se incrementó. Él abrió los ojos y se inclinó hacia ella para que le quedara claro lo que iba a decirle.

—Puedes estar segura de que no.

Con esas pocas palabras, él no solo le había robado el aliento, sino también el corazón. Otra lágrima rodó sobre el rostro de Catalina. Esa era la respuesta que tanto había esperado. Habría aguardado el tiempo que fuese necesario hasta arrancarle esas pocas palabras que definían lo que ella tanto había buscado: ser alguien importante para él. El resto no importaba, tampoco lo que tendría que luchar para que todo cambiase sin que nadie saliese lastimado.

CAPÍTULO 9

El reflejo de tu imagen

Segundo había abandonado la estancia por unos pocos días. Había viajado a la capital, y era lo mejor que podía suceder en ese momento. Por más que hubiera buscado erradicar de su mente la confesión de Catalina, no lo había logrado. No dejaba de evocarla con el vestido de flores amarillas que la hacía parecer más adorable que otras veces. A pesar de la inexperiencia y la pureza que conservaba, ella había sabido abrir el corazón y decirle lo que sentía por él. Se debía tener suficiente coraje para hacerlo, porque él no le había allanado el camino. A pesar de haberle dado la oportunidad para que negara lo que sentía por él, ella había redoblado la apuesta al confirmarlo. Desde ese momento, había recordado una y otra vez la tarde en la carretera sin dejar de sentirse un miserable, porque no había dejado de regodearse en silencio sobre lo que podía suceder entre ambos. Debería armarse de la suficiente fuerza de voluntad para no realizar alguna estupidez y dejarse llevar por lo que de verdad sentía. No podía fallarle a Felipe, quien había estado bajo su guarda desde la muerte de su padre. No debía hacerlo, aunque la entereza, por momentos, le flaquease.

Con la mente imbuida en lo sucedido días atrás con Catalina, llegó a la capital. Como cada vez que lo hacía, no dejaba de admirar el impulso y el ritmo constante que mantenía la ciudad. El aire de progreso se respiraba en cada esquina. El fluido tránsito de los automóviles, junto al silbato de los tranvías al llegar a cada parada, se confundía con el recorrido de los colectivos, atestados de pasajeros, que habían comenzado a transitar por las calles y contribuyeron a dar una imagen pujante de Buenos Aires.

En medio de cavilaciones, llegó al Gran Hotel España sobre la avenida de Mayo. No era la primera vez que se alojaba allí. Lo había conocido por recomendación de otros hacendados que hacían uso de las instalaciones no solo para descansar, sino también para hacer negocios. Esa vez, no se hospedaría en las habitaciones que daban sobre la avenida, las de mayor valor, sino que lo haría en el sector ubicado sobre la calle de la Victoria, de un costo menor. Una vez que se registró y se ubicó en la habitación, se cambió para comenzar el día. Debía concurrir a una reunión al mediodía y esperaba que todo saliera bien. Del resultado de esa cita dependía cómo seguirían los compromisos comerciales en la estancia. Luego de acicalarse, salió rumbo a la entidad bancaria en la que completaría la diligencia por la que había concurrido a la ciudad.

—Buenos días, soy Segundo Benegas y busco al señor Alfredo Castro.

—Señor Benegas —lo saludó la empleada con un pestañeo de ojos—, aguarde unos minutos. Le anunciaré que usted ha llegado.

Sin demostrar la tensión y los nervios que lo envolvían, esperó hasta que lo llamaron. No bien ingresó al despacho, saludó al gerente de la entidad. Desde hacía tiempo operaba con él. En verdad, el vínculo de amistad era de su padre. Cuando murió y Segundo tuvo que hacerse cargo de los negocios familiares, había recurrido varias veces a Castro cuando requería de algún préstamo. Hacía poco que había estado con él para tratar todo lo referente a la instalación de su hermano y su madre en la ciudad. Necesitaba una suma de dinero para hacerlo, no quería que nada le faltase a su familia, y hasta el momento todo marchaba bien. Sin embargo, la situación económica del campo no estaba en su mejor etapa.

Le había costado mucho poder recuperarse luego de que la fiebre aftosa arrasara no solo el ganado, sino también la productividad de las tierras. Había luchado por cada palmo de terreno, aunque no había obtenido los resultados esperados. Había dejado la profesión a un lado para dedicarse de lleno a la estancia y sacar adelante el negocio familiar, pero se le estaba haciendo cuesta arriba.

—Segundo, qué gusto verte, parece que los Benegas se han puesto de acuerdo, últimamente, en visitarme.

—Alfredo, no sé a qué te refieres.

—Supongo que tu madre no te diría que estuvo aquí hace unos pocos días.

—No lo hizo.

Segundo evitó demostrar la molestia que le provocaba que su madre hubiera concurrido allí sin antes hablarlo con él. No había modo de hacerle entender que la situación económica de la familia había cambiado y que todos debían ajustarse a otra realidad.

—También me dijo que iba a instalarse con tu hermano y que necesitaba un crédito menor para sus cosas.

—Y se lo diste —afirmó.

—No pude negarme, aunque intenté explicarle que nada es gratis y todo tiene un costo, más en la situación que estamos viviendo.

—Lo sé. Volveré a hablar con ella, parece que no me escucha.

—Tu padre no hizo más que darle todos los gustos, y ella se ha acostumbrado a eso. A esta altura de la vida, no está dispuesta a renunciar a lo que tuvo.

—Tendrá que hacerlo.

—Supongo que no has venido a hablar de tu madre.

—No. Aunque no esperaba volver a verte tan pronto, no me ha quedado otra alternativa. Necesito que me abras otro crédito para la estancia.

—Segundo, sabes que todo este tiempo, en la ausencia de tu padre, he estado al lado de ustedes para lo que necesitasen. Claro que, si no hubiera visto cómo has defendido los intereses familiares, no lo habría hecho. Tu padre estaría orgulloso de cómo te estás manejando.

La situación no era la misma desde que, meses atrás, se había producido el derrumbe en la Bolsa de Nueva York, suceso conocido como el Jueves Negro. Semejante debacle económica no solo tenía consecuencias en el país del norte, sino que había asolado al resto del mundo, y la Argentina no había sido la excepción. La exportación de productos, en su mayoría cereales y carne, había bajado abruptamente con la excusa de disminuir las importaciones de distintos productos que arribaban al país. La ola de pánico bancario llevó a una gran contracción de la oferta monetaria, que provocó la caída del ingreso y de los precios, lo que agravó la recesión. Toda la población estaba en alerta; cada quien buscaba salvar el negocio a costa de lo que fuera para evitar la quiebra. Nada había augurado semejante situación económica y las instituciones bancarias estaban tomando recaudos para no caer en un quebranto.

—Aquí está el estado de la situación financiera que tienes, y estoy convencido de que no hace falta que la leas para darte cuenta de que estás al límite —explicó el funcionario luego de mostrarle una carpeta que reposaba a un costado en el escritorio.

—Lo sé, pero necesito inyectar un poco de flujo de dinero en el campo para obtener mayor rendimiento.

—Segundo, no creo que pueda hacerlo.

—Alfredo, no puedes negarme esto. Siempre he cumplido pagando lo adeudado y con creces —aseguró al levantarse de la silla.

—Así es, pero esta vez debo negarme. Puedes enfadarte, pero es la mejor decisión que puedo tomar, no solo por esta institución, sino para ti. Si te doy el crédito, en un futuro no podrás hacerte cargo de la deuda y eso nos

dejaría en una situación complicada a ambos.

—No me gusta que hables de cómo actuaría cuando nunca te he dado algún indicio de que no cumpliré con lo que me he comprometido a pagar —lo increpó inclinado sobre el escritorio del gerente del banco.

—Segundo, debes calmarte.

—Alfredo, deja de darme consejos y reflexiona sobre lo que he venido a pedirte.

—No tengo mucho para pensar. La decisión está tomada, no puedo darte más crédito, al menos por ahora. Puedo asegurarte que lo siento mucho, aunque no me creas.

—Entonces no queda mucho por decir.

—Segundo, estoy convencido de que más adelante lo verás como una buena decisión.

—No lo creo.

Luego de un frío saludo de despedida, Benegas salió del despacho sin reparar siquiera en la presencia de la secretaria, que no dejó de contemplarlo embelesada hasta que ingresó al ascensor para abandonar, cuanto antes, la institución bancaria. Permaneció un tiempo en un bar de la ciudad acompañado de una copa de whisky para aliviar un poco la desazón que lo embargaba. No cabía duda de que debía buscarle una salida a la situación apremiante que vivía. Quedaba alguna otra alternativa, pero él se mantenía renuente, porque se había jurado que buscaría cualquier otro modo de alcanzar el préstamo, aunque la realidad le demostraba otra cosa. Bebió el último trago, pagó y se levantó para continuar con un compromiso. Tenía que cumplir con una visita antes de abandonar la ciudad. Por ese motivo, regresó al hotel, se dio un baño para intentar quitarse la amargura y la rabia que tenía. Minutos después volvió a salir para visitar a alguien especial. Luego de unos pocos golpes, la puerta se abrió y de inmediato le dieron la bienvenida.

—Señor Segundo, qué alegría verlo por acá.

—Hola, Dina, espero no llegar en un mal momento.

—Pase nomás, va a ser un placer para Gerónimo verlo.

—¿Él está aquí? Creí que estaría en la empresa.

—El señor se divide como puede.

—Me imagino. Yo no quería abandonar la ciudad sin ver a León, ¿cómo está?

Segundo notó el semblante de preocupación ante la pregunta y lo que menos quería era amargar a Dina.

—Seguro que Gerónimo me pondrá al tanto.

—Así es. Venga, que él ahora está en el despacho poniéndose al día con el trabajo del frigorífico. ¿Quiere que le lleve algo para beber?

—No es necesario, gracias, Dina.

Gerónimo estaba inmerso en varios documentos diseminados en el escritorio cuando escuchó que tocaban la puerta, se fijó en el reloj de pulsera y supo que aún la sesión de León no había finalizado.

—Adelante. ¿Qué haces aquí?

De inmediato se levantó para estrecharse en un abrazo con su amigo.

—Últimamente, no me avisas cuando vienes a la ciudad.

—Tienes razón, pero este viaje fue algo que surgió a último momento y decidí venir.

—¿Quieres tomar una copa? —Se dirigió a una mesa auxiliar y sirvió dos copas de whisky—. No sé para qué te he preguntado.

—Tienes razón —replicó con una sonrisa.

—Aquí tienes.

—La verdad es que vine por el tiempo justo y no sabía si estarías aquí, pero tampoco quería dejar pasar la oportunidad de ver a León y saber cómo sigue.

—Los días que tiene sesión yo me quedo a trabajar acá. Puedo asegurarte que no son días fáciles. Padece de una afasia de Broca, que le ha afectado el lenguaje. Por suerte, su mente sigue en buen estado, pero la dificultad para comunicarse es compleja. Uno debe hablarle lento y de manera clara para que conteste con unas pocas palabras, si es que lo hace.

—Pero ¿puede mejorar?

—Ansío que así sea, es por eso que comenzó con un tratamiento.

—Cuesta creer que León pudiera atravesar un problema de esta gravedad. Siempre ha sido un hombre fuerte como un roble.

—Así es.

—Imagino que todo complica la situación de la empresa.

—Te imaginas bien; mi padre no para de entorpecer las cosas. Es un verdadero caos, pero no quiero abrumarte con mis preocupaciones. No me has dicho a qué has venido.

—He venido porque debía hacer unas transacciones bancarias.

—¿Y cómo salió todo?

—No del modo que esperaba —aseveró al beber un largo trago—, pero ya le encontraré la solución.

—Amigo, no queda otra alternativa, a tu salud —ironizó al beber un último trago antes de escuchar unos débiles golpes en la puerta.

De inmediato, Gerónimo se levantó y aguardó a que la puerta se abriera.

—Doctora, adelante, veo que ya terminó.

Segundo siguió a su amigo y se levantó de la silla.

—Te presento a la doctora Bustillo. —Gerónimo miró a Juana y agregó —: Él es Segundo, un amigo mío.

—¿Juana?

—¿Cómo estás?

—¿Se conocen? —preguntó Gerónimo con sorpresa.

—Nos hemos visto en una cena poco antes de que regresaras de tu viaje —confirmó Segundo al mirarla—. Yo debí venir a la ciudad y fue en la casa de…

—Julio Villegas —completó Juana—, un amigo de mi padre.

—Ella es una recién llegada —le dijo Segundo a Gerónimo—. Espero que hayas recorrido un poco la ciudad —manifestó galante—, yo no ando con mucho tiempo para acompañarte.

—Segundo, si buscabas ver a León, puedes ir a verlo —comentó

Gerónimo con un gesto adusto—. Yo debo hablar algunas cuestiones con la doctora.

—Por supuesto —respondió desconcertado al notar el semblante de su amigo. Cuando pasó por delante de la doctora Bustillo, agregó—: La próxima vez nos veremos con más tiempo.

La imagen de León Nogués, la de un hombre fuerte e indestructible, había quedado en el pasado. Se encontraba sentado sobre un sillón de cuero marrón con la mirada perdida hacia el cuidado jardín que tenía frente a la ventana.

—León, he venido a verte.

El hombre giró de a poco para centrarse en la figura del amigo de su nieto.

—Bienvenido.

Esa sola palabra había sido pronunciada bajo una anormal cadencia. Lo que importaba era que pudiera manifestarse. Segundo se ubicó frente al dueño de casa para conversar; quizás hacerle compañía era un mejor modo de definir ese momento.

—En la estancia todos quieren saber de ti.

Los tiempos en los que León disfrutaba en La Elegida habían quedado atrás. Él no sabía si podría regresar ni tampoco si volvería a ser lo que alguna vez había sido. Esperaba que su legado lo continuase Gerónimo, y estaba seguro de que así sería: lo había preparado para que tomara el mando cuando fuese necesario, aunque nunca se olvidaba de la benjamina. Ella era la dulzura de la casa, de modo que él tampoco había podido escapar del embrujo de su simpatía.

—¿Catalina?

—Ella está bien y con deseos de verte.

Notó cómo el dueño de casa negaba con la cabeza. Segundo estaba seguro de que no quería que lo viesen en ese estado.

—Cuídala.

A Segundo lo impactó ese pedido, aunque no podía tomar a rajatabla las palabras de alguien que había sufrido una lesión cerebral. No comprendía por qué justo a él le decía eso.

—Cuida de ella —repitió para reafirmar lo que había dicho.

—Lo haré, no te preocupes. —Le tomó las ajadas manos.

A veces el silencio es más potente que las palabras pronunciadas al azar y, en ese instante, entendió que León le hablaba con convicción sobre su nieta. Segundo no necesitó explicarle que haría lo que fuera por ella y que no dejaría que nada le sucediera, inclusive a pesar suyo. Quizás, el fuerte apretón de manos que se habían dado, minutos antes, expresaba todo aquello que no se decían. El intercambio de palabras no duró mucho porque Dina apareció en la sala para asistir a León.

—¿Quiere cenar con los muchachos?

Él negó con la cabeza.

—Estoy cansado.

—No te preocupes, ve a descansar. Cuando pueda desentenderme de las obligaciones del campo, vendré a verte.

—¿No te quedarás con nosotros? —intercedió Gerónimo, que acababa de despedirse de la doctora Bustillo.

—No.

—¿Cómo estuvo la sesión? —le preguntó a León.

—Con ella… —Hizo una pausa—. Muy bien.

—Vamos, que te acompaño a tu habitación.

—No, voy con Dina —afirmó al levantarse.

Una vez de pie, le extendió la mano a Segundo para despedirse.

—León, me alegro de haberte visto.

—Acompáñalo con unas copas. —Intentó hablar sin agitarse—. Le sacarán la mala cara.

Segundo sonrió y giró hacia su amigo, que no tenía una buena expresión. Minutos después, el dueño de casa se perdió rumbo a la habitación en compañía de Dina.

—Debe ser duro para un hombre como él sentirse en inferioridad de condiciones, pero estoy seguro de que saldrá adelante.

—¿Desde cuándo conoces a Juana Bustillo? —preguntó.

Segundo fijó la mirada en Gerónimo tratando de comprender el mal modo con que le hablaba. Ni siquiera le había respondido acerca de León.

—¿No vas a contestarme?

Una amplia sonrisa asomó por el rostro de Segundo.

—Con que la doctora Bustillo, ¿verdad?

—Contéstame.

—Ya te lo dije: nos conocimos en una cena. Por casualidad estaba en la ciudad y, en el hotel en el que suelo alojarme, me crucé con Villegas, que tenía una entrevista con alguien que paraba allí. Sabes que su familia se daba con la mía y, a pesar de la ausencia de mi padre, siempre se ha mantenido en contacto con nosotros. Antes de retirarse del hotel, me invitó a su casa porque se celebraba una cena, no más que eso.

—¿Te importa?

—¿Ella? Hombre, pero qué medicina te ha dado para que te pongas de esta manera. Quédate tranquilo que no es el tipo de mujer que me atrae —respondió Segundo.

—No sabía que tenías una en particular —ironizó.

—Sí que la tengo.

—Si es así, me gustaría conocerla.

—Por el momento, no será posible.

—Me lo imagino; está comprometida.

Gerónimo conocía al dedillo las distintas historias de su amigo; ninguna había ido en serio. Quizás el tipo de mujeres con las que se vinculaba no eran como para mantener una relación seria. Él no era quién para darle consejos porque hasta el momento se había mantenido de igual manera.

—Algo así.

—Quisiera conocerla.

Segundo se mantuvo en un misterioso silencio, no podía ni quería profundizar sobre el tema. No sabía cómo podía reaccionar Gerónimo si él

desnudaba su alma y le confesaba sobre Catalina.

—Tienen la cena lista —avisó la empleada—. Creí que el patio sería un lindo lugar para que hablen tranquilos.

—Gracias, Dina.

—Vamos —indicó Gerónimo.

—Sigo esperando que me cuentes todo lo referente a la doctorcita.

Ambos se ubicaron bajo el amparo de una parra, el lugar ideal para las cálidas noches.

—Déjame servirte algo y te cuento.

Tras una copa de vino, Gerónimo comenzó con el relato sobre el viaje a Londres y el encuentro con Juana Bustillo. También le mencionó lo poco que sabía de su familia, a pesar de ser el motivo por el que entre ellos todo se complicaba.

—Ella fue con su padre a la cena de Julio Villegas.

—¿Qué te pareció?

—Una persona educada, habló lo necesario, no mucho más. Con él crucé unas pocas palabras, se interesó en mi profesión. Por lo que hablamos, es amante de los caballos y comentó que pensaba quedarse en el país un tiempo.

—Sí, la familia ha estado fuera varios años.

—No creo que tengas que preocuparte por la aparente enemistad con tu padre. Lo sabes mejor que yo: Santiago es un hombre difícil. Es menos complicado no tener un conflicto con él que tenerlo.

—Eso mismo pensé yo. Ya tendré tiempo para darme cuenta de cuán grave es el asunto.

—Bustillo no debe saber la situación que tienes con tu padre. Una vez que tome conocimiento de todo, la cuestión quedará zanjada.

—Eso espero —dijo al beber un sorbo de vino—. Hablando de familia, me preocupa Cata.

—¿Por qué?

—Sé que lo mejor para ella es permanecer lejos de todo esto. Creo que

estar aquí complicaría aún más las cosas, aunque basta con que yo piense eso para que mi padre pretenda ir a buscarla a la estancia.

—Puede ser, pero por ahora está bien.

—Escucha, hay algo que debo discutir contigo.

—Dime.

—Felipe me ha hablado sobre sus intenciones con ella.

—Me lo comentó luego de que te fueras. ¿Es eso lo que querías decirme antes de abandonar la estancia?

—Sí, pero no tuve tiempo porque debía venir con urgencia aquí. No es que no confíe en tu hermano, es buen muchacho, pero me gustaría que estés atento a lo que suceda allá.

—Me pides demasiado.

—No te estoy pidiendo que traiciones a Felipe, solo que estés encima del tema. Cata no debe estar pasando un buen momento con todo lo que ocurre aquí, y tampoco me gustaría que alguien se aprovechase de su debilidad.

—Nadie lo hará, aunque en esto no tienes en cuenta lo que ella desea.

—¿A qué te refieres?

—A que tu hermana deberá decidir qué desea para su futuro.

—Aunque me cueste creerlo, ella ha crecido y deberá tomar sus propias decisiones. Quizá lo que te diga no vaya a gustarte, pero no sé si Felipe es lo mejor para Cata.

Una sórdida sonrisa asomó por el rostro de Segundo.

—¿De qué te ríes?

—Según tu opinión, ¿hay algún hombre que cuadre para ella?

—Por ahora, ninguno —retrucó con una amplia mueca en la boca.

—Tendrás que rever esa postura. Catalina ha dejado de ser una joven que no sabe lo que quiere.

—Tendré que hablar con tiempo con ella, pero, por el momento, me quedo tranquilo porque estará bajo tu cuidado.

Segundo terminó la copa de vino y apartó el plato de comida a un costado. Por más que hubiera buscado quitar de su mente a Catalina, no podía porque se había alojado allí. No era capaz de sacarla ni un instante de sus pensamientos.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte?

—Hasta mañana. Luego de realizar algunas diligencias durante el día, me iré.

—Espero que la próxima vez que nos veamos sea en mejores circunstancias. —Sirvió para ambos una nueva copa de vino.

—¡Por que vengan mejores tiempos!

—A tu salud.

Como solía suceder cada vez que se reunían, la conversación se extendía hasta entrada la madrugada y las horas transcurrían al compás de las anécdotas que brotaban unas tras otras. Historias que le permitían a Segundo hablar sobre el pasado sin mencionar un presente que lo mantenía atado al silencio y a la traición. Se dejó llevar por el diálogo con la compañía del alcohol.

El regreso a la estancia estaba teñido de sinsabores. No haber podido solucionar la cuestión económica no había dejado de repercutirle en la cabeza. Debería resolver cuanto antes ese tema, y aún no sabía cómo. La preocupación iba al compás de la distancia cubierta desde la ciudad de Buenos Aires. En medio de la intranquilidad, alcanzó el arco de material que daba la bienvenida al poblado Los Tilos y el anochecer lo encontró bebiendo una copa en la pulpería del lugar. Allí no solo se sacaría la pesadez de lo vivido en la ciudad, sino también se enteraría de las últimas novedades acontecidas en los días de ausencia. Nada mejor que el pueblo para que las novedades corrieran con premura.

* * *

Catalina aún mantenía vivo el recuerdo de la confesión hecha a Segundo aquella tarde en medio de la carretera. Nadie podría arrancarle esos instantes en los que creyó que su sueño podía tener un viso de realidad. Sin embargo,

los días subsiguientes al del recuerdo le demostraron que estaba equivocada. La ausencia de Segundo en La Elegida había sido notoria, y estaba segura de a qué se debía. Ella contaba con la ilusión de que eso cambiara. Por otro lado, la presencia de Felipe había sido constante. Él buscaba que la joven se dejase llevar por los sentimientos que por ella albergaba, sin notar que Catalina pretendía que todo fuera distinto.

Las horas discurrían con lentitud lo que hacía que la ausencia de Segundo se notara a cada minuto. Catalina no dudó, en ese momento, de buscar su refugio de la jornada y salió con los enseres de pintura. La hora del atardecer brindaba una serie de tonalidades dignas de ser plasmadas en un lienzo. En la soledad de la galería, ella dejaba fluir su espíritu artístico. Era el lugar que la joven había adoptado para liberar la pasión por la pintura. Le brotaba de la mente una serie de ideas para darle forma a una nueva pintura, sin embargo, había una imagen que una y otra vez asomaba, que no dejaba de evocar. Deslizó la mano por el lienzo para dibujar un primer trazo al que le siguió otro. Sin poder controlar los movimientos, continuó poseída por una imagen que comenzó a cobrar forma hasta que cubrió cada recodo de la tela. Los recuerdos de los momentos vividos no dejaban de aflorar y le guiaban la mano para completar de grises y sombras la nívea tela. Cuanto más rememoraba, mayor era al ímpetu por darle vida al retrato que estaba creando. La concentración que había mantenido no le había permitido darse cuenta de cuánto tiempo había estado bajo el amparo de la galería recordando al hombre al que amaba.

Se detuvo para contemplar el retrato que acababa de finalizar. En esa imagen se podía apreciar el rostro enigmático de un hombre en el que resaltaba la profundidad de unos ojos negros. La severidad del semblante intentaba ocultar los sentimientos. El perfil de ese rostro estaba recortado por el reflejo de un indolente atardecer que atravesaba el cristal de la ventana. El recuerdo de la tarde en la carretera le había servido de inspiración para realizar el primer retrato que, como no podía ser de otra manera, era de Segundo Benegas. Durante un tiempo, se mantuvo con la pintura en las manos analizando cada rasgo que había plasmado. Si no hubiera sido porque alguien la llamó, se habría mantenido ahí inmóvil, dejándose envolver por el anochecer.

—¡Señorita Catalina! —exclamó Pedro, uno de los peones de la estancia.

—¿Qué sucede? —contestó llevándose al pecho el dibujo que acababa de realizar.

—Es Bruma, anda en el establo echada y con ganas de parir.

—Yo me encargo, Pedrito, gracias por avisarme.

Catalina dejó el retrato sobre el sillón en el que había permanecido parte de la tarde y se fue en busca de Bruma. La encontró acurrucada sobre un rincón del amplio establo. Si bien había notado su ausencia, creía que el animal andaría haciendo de las suyas.

—Si le parece, me quedo con usted.

—De ninguna manera; has estado desde temprano tras las faenas del campo. Ve a descansar.

—No se preocupe que nada le pasará; debe dejarla, que sola se va a arreglar. Le avisaré antes a Bernarda.

—No hace falta.

—Allí tiene algunas mantas por si las necesita.

—Gracias.

Tumbada y con las orejas hacia atrás estaba Bruma, mientras la mano de Catalina no dejaba de acariciarla. La llenaba de alegría saber que pronto unos cachorritos estarían jugueteando con ellas. Buscó un cuenco y salió a buscar agua de la bomba que había afuera, lo llenó y se lo dio a Bruma. No sabía si la necesitaba, pero tampoco sabía qué hacer, aunque entendía que sería una larga espera. Poco después, el sonido del portón se abrió. Bernarda entró con un plato de comida.

—Acá le traje algo para comer.

—Bernarda, no era necesario; comeré algo cuando regrese a la casa.

—¿Y cuándo lo hará?

—Cuando Bruma esté con sus cachorritos.

—Y si no hay novedades, se piensa quedar aquí toda la noche —afirmó —. ¿Me equivoco?

—Nunca te equivocas.

—No me dore la píldora como lo hace su hermano.

—De verdad, gracias, pero no tengo otra cosa que hacer. No pude llevármela a mi casa, al menos quiero acompañarla en este momento.

—Sabe que, si necesita algo, estaré en la casona.

—Lo sé, Bernarda, entiendo que a Bruma debo dejarla tranquila.

—Así es.

Catalina estaba echada sobre un colchón de heno a un costado del establo, al lado de Bruma, cuidándola. Ese rincón había elegido la perra para parir. El plato de comida que le había llevado Bernarda no lo había probado; estaba tan inapetente como el animal. La expectativa por que todo saliera bien le estaba jugando una mala pasada. Ya habían transcurrido varias horas sin que hubiera alguna novedad. Para ella todo era desconocido, pero supo el momento en que algo le sucedía a Bruma. El punzante malestar que atravesaba el cuerpo del animal denotaba que las contracciones se habían iniciado.

En ese instante, creyó que había sido una real equivocación no dejarse acompañar por alguien de la estancia, para que le indicase qué hacer; no quería que por su imprudencia Bruma sufriera. Debió aguardar hasta que vio salir un pequeño cachorrito que apenas pudo divisar porque Bruma se encargó de lamerlo para limpiarlo. Minutos después, cortó con los dientes el cordón umbilical que lo unía. Ese instante había sido mágico. Catalina no salía de su asombro y, sin darse cuenta, tenía el rostro plagado de lágrimas. Creía que estaban por venir otros cachorritos, pero desconocía cuántos serían. Calculaba que, si no había habido ningún problema con el primero, no lo habría con los que llegarían después. Sin embargo, la inquietud persistía y debió esperar no más de media hora para que asomara otro. Una vez más, Bruma realizó el mismo procedimiento. Estaba demasiado absorta contemplando lo que sucedía como para notar algo a su alrededor. Unos dedos se le apoyaron sobre el hombro al tiempo que en un susurro alguien le dijo:

—Lo has hecho muy bien.

Si había algo que podía completar ese instante maravilloso, eso era la presencia de Segundo junto a ella. Desconocía cómo había hecho para presentarse allí y dónde se había enterado de lo que ocurría.

—Habrá que esperar un tiempo más para que nazcan los dos que quedan.

—¿Son cuatro?

—Es lo que calculé luego de haberla revisado.

—Gracias por venir. Te extrañé estos días que no estuviste.

Segundo se había sentado a su lado con los dedos en la barbilla para

centrar los ojos negros en el rostro de ella y contemplar cada gesto, cada pequeño movimiento que hacía. Solo en ese instante supo cuánto la había echado de menos. Atrás quedaban los problemas surgidos en la ciudad. Ella era un remanso en medio de todas las preocupaciones; su sola presencia lo abstraía de todo. Y esa sensación la había notado hacía tiempo, aunque nunca había querido reconocerlo.

—Has llorado. —Le deslizó el pulgar sobre una de las mejillas.

—Fue la emoción —contestó con las mejillas sonrojadas.

No entendía cómo había llegado en el momento indicado.

—¿Cómo lo supiste?

—Estuve en el pueblo y me encontré con Pedro. Ahí me contó lo que ocurría.

—Entonces decidiste venir para ver cómo seguía Bruma.

—No —afirmó mientras le quitaba un mechón de la rebelde cabellera que le caía sobre parte del rostro—. Sabía que Bruma estaría bien, pero no sabía si tú lo estarías.

—Viniste por mí.

Le dolía ver esa mirada chispeante en el rostro de Catalina, porque era una emoción que no podía perdurar. No podía alimentar los sentimientos de ella, pero se le complicaba cada vez más.

—Catalina…

—Shh —susurró al apoyar los dedos en los labios de Segundo—. Sé lo que me dirás y no quiero escucharlo, prefiero quedarme con esto último y saber que sigo siendo importante para ti. El resto no me importa.

Él asintió convencido de que ese pedido no sería fácil de cumplir. Él no dejaba de repetirse una y otra vez el motivo por el que no debía permitirse estar con ella; eso lo ayudaba a comportarse con ella.

—Si quieres, puedes ir a descansar, ya has pasado parte de la noche aquí.

—Me quiero quedar, pero tú, si quieres, puedes irte; debes estar cansado.

—Estoy cansado porque hoy llegué de la capital.

—¿Por ese motivo estuviste ausente?

—También por ese motivo.

—¿Viste a mi hermano?

—Sí, él estaba en la casa de tu abuelo, quería visitarlo para saber cómo se encontraba.

—Pudiste verlo, qué suerte, ¿cómo está él?

—León se está reponiendo, saldrá adelante.

—No te imaginas las ganas que tengo de verlo.

—Es un hombre orgulloso y estoy seguro de que querrá verte cuando esté más recuperado. Está haciendo un tratamiento para la lesión que tiene.

—Pero a mí no me importa verlo en el estado en que esté.

—Lo sé, pero creo que será lo mejor. De igual modo, te manda muchos besos y quiere que disfrutes de la estancia.

—Gracias.

Él hizo un gesto con la cabeza por detrás de Catalina para indicarle que se diera vuelta. Un nuevo cachorrito nacía; según Segundo, quedaba uno más por nacer.

—Deberías descansar. Esos ojos no resisten estar un minuto más abiertos.

Él no se daba cuenta de que, tras esos ojazos negros, escondía una dulzura que intentaba disimular.

—Tienes razón. ¿Me avisas cuando llegue el próximo?

—Quédate tranquila y descansa.

Catalina se quedó dormida antes de que naciera el último. Ella buscó acomodarse mejor acurrucándose sobre el pecho de Segundo. Ninguna noche con otra mujer podía asimilarse a esa, a pesar de estar en un establo y junto a una perra pariendo a metros de él. Sin dudas, ella hacía la diferencia. Más allá del cansancio, Segundo no había podido pegar un ojo. La presencia de Catalina lo perturbaba por demás. Debió refrenarse toda la noche de abrazarla, acariciarla y sentirla. Apenas los rayos del amanecer se filtraron por el establo, él se incorporó y se lanzó a caminar hasta la galería para ingresar a la casona.

—Qué suerte que ha venido, así podrá hacer entrar en razón a la señorita

para que abandone el establo. ¿Cómo salió todo?

—Bruma está bien. Catalina sigue durmiendo.

—Pensaba llevarle esto para que coma algo, estoy segura de que ayer no probó bocado.

—Deja, que yo me encargo.

—Gracias. Cuando me desocupe, iré a ver a la lechigada.

Segundo regresó al establo. Catalina, con los cabellos desordenados, con hebras de heno que decoraban la rubia cabellera y el rostro somnoliento, estaba adorable.

—Te lo manda Bernarda —dijo al agacharse y darle un beso en la mejilla—. Buen día.

—Cuando no te vi, creí que te habías ido en mitad de la noche.

—No iba a dejarte sola.

—Me gustó que no lo hicieras.

—Catalina.

—Está bien, perdona.

—Ahora debo irme. Con Bruma todo está en orden.

Ella se incorporó al tiempo que se acomodaba la ropa para verse mejor.

—Si no vas a la casona, vendrá Bernarda a buscarte.

—Lo haré.

Segundo bajó la cabeza y se despidió a cierta distancia de la joven. Caminó unos pocos pasos hasta alcanzar el portón de ingreso, pero antes de salir se detuvo.

—Catalina, cada día pintas mejor.

Con el paso de los minutos, se le fue disipando la incertidumbre inicial por desconocer el motivo de esa despedida: recordó que no había guardado el retrato de Segundo, que había quedado en la galería. A pesar de la vergüenza que significaba que lo hubiera visto, ella ya había desnudado su alma frente a Segundo Benegas.

Capítulo 10

El puro sabor de un habano

Una vez más, Gerónimo recorría la costa del Riachuelo, el camino obligado para llegar al frigorífico fundado por su abuelo, sin dejar de contemplar el familiar paisaje. Él no lo había conocido cuando fastuosas residencias eran habitadas por familias adineradas que, tras la epidemia de fiebre amarilla, habían decidido abandonar las propiedades para instalarse en la zona norte de la ciudad. Esas mansiones de antaño habían perdido el brillo que supieron tener en otra época para transformarse en conventillos. En ellos se alquilaban las habitaciones por un precio módico para que los inmigrantes recién llegados se instalasen, muchos de ellos hacinados y hambrientos, en la devenida vecindad. El lujo de aquel momento había dejado paso a una zona habitada por la escasez y la penuria.

El constante movimiento de los inmigrantes se fundía con la horda de obreros que arribaban para trabajar en las fábricas y en los frigoríficos instalados en el lugar. El humo de las chimeneas de las factorías revoloteaba sobre las turbias aguas del Riachuelo. Una amplia estructura de metal daba marco al puente transbordador que permitía que vehículos, carros y peatones cruzaran a la otra margen del río. El tranvía lo atravesaba atestado de operarios que buscaban llegar, no bien despuntaba el alba, a los lugares de trabajo para comenzar con sus actividades.

El frigorífico de la familia Nogués se erigía bajo una sólida estructura dividida en dos edificios. En uno de ellos, se había desatado el incendio del que Gerónimo había salido milagrosamente con vida. Poco después se reconstruyó con un tinte de modernidad. Hasta allí arribó Gerónimo con su automóvil y evitó perderse en las cavilaciones que lo llevarían al peor momento de su vida, cuando, siendo un niño, se había visto envuelto en llamas. El paso de los años no impidió que, cada tanto y sumido en pesadillas, reviviera aquel momento de dolor. Aún le costaba entender cómo había sucedido el siniestro, a pesar de las medidas de seguridad que regían en el lugar. Bajó del vehículo y caminó hacia la puerta de ingreso de la empresa. Allí lo esperaba un arduo día de trabajo.

—Qué alegría verte por aquí y que retomes la rutina habitual —le manifestó Lucrecia, feliz de ver a su jefe.

La ausencia de León había significado la imposibilidad de ver a ese hombre, ya anciano, por momentos cascarrabias, del que ella se había enamorado poco después de comenzar a trabajar. Sin embargo, sus ilusiones habían quedado truncas ante la indiferencia de él. Supo también, con el paso

del tiempo, que el corazón de ese hombre le había pertenecido solo a una mujer. Y quedarse allí, trabajando a la par, había sido un modo de sentirse a su lado. Por eso había aceptado trabajar con Gerónimo, a quien, con el fluir de los años, había aprendido a querer como si fuera el hijo que no había tenido.

—Lucrecia, aunque no me lo digas, sé de tu preocupación por León. Él está bien y se repondrá.

Notó que ella asentía. Él estaba al tanto de los constantes llamados a la casa de la secretaria para preguntar por la salud de su abuelo.

—Ahora deberé ponerme al día con todo esto —manifestó al ver una serie de carpetas y papeles apilados sobre el escritorio—. Trabajo hay por demás.

Gerónimo tomó el periódico que había a un lado de los documentos y comenzó a leer el artículo de la primera plana. No podía abstraerse de la realidad.

Sin rumbo

Un nuevo año transcurre bajo la presidencia de Hipólito Yrigoyen. Nada hace prever que surgirá algún cambio en la gestión llevada a cabo desde el momento en que asumió, allá por el mes de octubre de 1928. Para el oficialismo, la voluntad de la mayoría se impone sobre la división de poderes. Ante eso, la oposición busca menor intervención del Poder Ejecutivo sobre el Congreso, acusándolo de prepotente. Sin dudas, las diferencias son irreconciliables. La lentitud en la toma de decisiones por parte del Gobierno ha provocado fuertes críticas en la oposición. Yrigoyen debe resistir distintos frentes de ataque, inclusive del sector antipersonalista del Partido Radical que, unido a otras agrupaciones cívicas, le solicita la renuncia. El asesinato del gauchito Lencinas, meses atrás en la provincia de Mendoza, producido en el balcón del Club de Armas de esa ciudad en un acto organizado por la oposición del Gobierno nacional, puso de manifiesto la inquina del pueblo mendocino, que culpa a Yrigoyen de haber instigado la muerte del caudillo. Una muerte anunciada que, según se dice, Lencinas intuía: le había pedido al presidente garantías por si algo le pasaba. El descontento popular hacia el Gobierno se agita en las calles y en distintos lugares de la ciudad. El estado de ebullición es notable. Esperemos que en breve se encuentre el rumbo que nos lleve a ser la Nación que siempre hemos sido.

Gerónimo sabía que sobrevendrían tiempos difíciles en lo político. Él junto con otros empresarios del sector padecían la situación económica. Todo se había recrudecido con la debacle de la Bolsa estadounidense producida en octubre del último año. El esfuerzo por permanecer en el mercado debería ser mayor; en su caso peor, atento a los conflictos familiares alrededor de la empresa. La nueva entrada de la empleada en el despacho lo sorprendió.

—Lucrecia, ¿qué sucede?

—Olvidé mencionarte algo. No sé si te acuerdas del personal que habías pedido para las áreas de despostado y de empaquetado.

—Sí, lo recuerdo.

—Asumí que preferías que me encargara. Pues bien, han ingresado nuevos empleados a la empresa.

—Gracias, Lucrecia, es un tema menos que debo evaluar.

—Antes de que te pongas a trabajar, te traeré algo para beber.

—Que sea un café, como siempre, pero más fuerte que el habitual.

—Ahora regreso.

A partir de ese instante se abocó a ponerse al día con la documentación que tenía frente a él. Habían quedado cuestiones pendientes para resolver con urgencia. La preocupación inicial de los demás por la salud de su abuelo se iría disipando y los reclamos no se harían esperar. El deterioro de León arrasaba con el poder que había ostentado por largo tiempo.

Había perdido la noción del tiempo que llevaba allí, concentrado en el trabajo, hasta que unos gritos provenientes del exterior lo sacaron del ensimismamiento. En el mismo instante en que se levantó para saber qué ocurría, la puerta se abrió de golpe. Su padre estaba allí y por detrás asomaba el rostro lívido de Lucrecia.

—No he podido detenerlo.

—No te preocupes; yo me encargo de él.

—De tu padre, querrás decir —afirmó tras cerrar la puerta de un golpe.

—Estoy ocupado y sin mucho tiempo. Dime qué quieres.

—¿Cuándo pensabas contarme el estado de mi padre? ¿Cómo es posible que me entere que está muy grave por un conocido?

—Te equivocas; él estará bien en poco tiempo.

—Aquí el único equivocado eres tú, que no quieres ver cómo son las cosas. He estado con el médico que lo atendió y me dijo cómo ha quedado.

"Maldito Ramírez", pensó Gerónimo, aunque no podía culparlo de que le brindase la información sobre su paciente.

—¿Has hablado con alguien más?

—Con lo que me dijo Ramírez ha sido suficiente para darme cuenta de que llegó el momento de que tome las riendas de todo aquí. Muy pronto la empresa quedará acéfala si no me hago cargo del negocio.

—No tienes aún el poder para hacerte cargo de la empresa.

La fuerte carcajada de Santiago estalló en medio del despacho.

—Así que buscas que lo haga según el reglamento societario; bien, lo haré. Eso sí, debes saber que he venido por las buenas, pero, si lo deseas, lo haré por las malas.

—¿No tienes un poco de clemencia por León?

—Como tú nunca la tuviste por mí, que soy tu padre; basta con ver el trato que me has dispensado en todos estos años.

—¿En verdad me lo dices? Lo único que te ha importado es el dinero que este negocio puede darte, nada más.

—Justamente lo que haces tú aquí dentro, desplazándome de lo que me corresponde por derecho.

—Si es así, hazte de las acciones que te faltan para tomar el poder completo de todo. Por el momento, no lo tienes; cuando lo tengas, ven. Mientras tanto, apártate de la empresa y llévate tus manejos de mierda.

Santiago caminó hacia la puerta del despacho, pero se detuvo antes de salir.

—Ni siquiera puedes hacerte cargo de tu hermana.

—¿De qué hablas?

—Permití que fuera a la estancia contigo a pesar del comportamiento que mantienes con mi esposa.

—A Catalina déjala fuera de toda esto. Se quedó en el campo bien acompañada y a resguardo de los problemas que hay aquí. ¿Cómo te crees que tomaría que tú no la dejes ver a su abuelo? Ella es lo mejor en esta familia; no la eches a perder.

—Ahora no vengas a decirme cómo comportarme con mi propia hija.

—Yo me haré cargo de ella, iré a buscarla cuando pueda.

—De eso me ocuparé yo, que soy su padre. Y te lo advierto: no vuelvas a acercarte a mi mujer.

—Al menos, encárgate de tu esposa. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

Un fuerte golpazo precedió a los últimos gritos de Santiago Nogués, que se fue envuelto en las ínfulas de grandeza que siempre tuvo. Gerónimo sabía que debía moverse rápido si no quería que los hilos de Santiago terminaran por enredar todo alrededor. Luego de la discusión, no podía volver a concentrarse un minuto más en los asuntos de la empresa. Había algo que debía hacer. Se colocó el saco para salir.

—¿Te vas? ¿Surgió algo con León? —preguntó Lucrecia.

—No, recordé que debo cumplir con algo pendiente de la empresa.

—¿Algo que deba saber?

—Te contaré una vez que regrese.

La secretaria lo vio abandonar el lugar con un gesto de preocupación; no era complicado tenerlo luego del fuerte enfrentamiento entre padre e hijo. Habría dado lo que fuera por detener a Santiago y evitarle a Gerónimo esa fuerte discusión.

En el camino, recordó cada detalle sobre la persona con quien se entrevistaría. Sería importante el momento de hacerle una oferta, y un logro que la aceptara. Gerónimo golpeó la puerta de la propiedad de la familia Gutiérrez, luego aguardó.

—Buenos días, soy Gerónimo Nogués, quisiera ver a la señora Elvira.

El sonido de unos pasos junto al murmullo de una voz lo distrajo.

—Luisa, deja que yo me encargo. —Se escuchó desde adentro.

La dueña de casa se acercó a la puerta de entrada e invitó a Gerónimo a ingresar a la sala.

—¿Deseas beber algo fresco?

—Lo que usted tome estará bien.

—Luisa, trae té helado para ambos.

—Sí, señora.

—Ante todo, quisiera saber cómo está León.

—No ha sido nada grave y está recuperándose.

—Me alegro de que así sea, aunque no son los comentarios que se corren.

—Imagino de dónde provienen esos rumores, pero yo estoy a diario con mi abuelo y sigo paso a paso su recuperación.

—Si es así, me alegro de que no sea algo de importancia.

La empleada colocó una jarra de té helado con dos copas sobre la mesa de la sala.

—A mi edad, se siente más el calor que en mis tiempos de juventud.

—Pero yo la veo muy bien.

La dueña de casa sonrió ante semejante halago y luego bebió un sorbo largo. Hacía años que había perdido a su esposo y que no escuchaba alguna lisonja por parte de un hombre. Le había dedicado la vida al difunto esposo. Siempre le había reclamado que dejara a un lado la entrega que le había brindado a la empresa: el frigorífico Nogués lo había consumido, al menos eso le parecía a ella. Nunca le había caído en gracia León, por lo que habían sostenido varias discusiones al respecto. Había tenido que lidiar con ese tema sin obtener resultado.

—Te agradezco que me lo digas, pero estoy segura de que no has venido a ponderar mi estado de salud ni mi apariencia.

—Supongo entonces que estará al tanto de algunos de los cambios que están ocurriendo en la empresa.

—Lo sé y esperaba que te presentaras antes. Ha estado visitándome Conrado Estévez, me ha informado todo lo que sucede.

En otros tiempos, Conrado había sido el fiel empleado y la mano derecha de León, pero la cuestión había cambiado. La necesidad de dinero había hecho que negociara la venta de su parte accionaria a Santiago y había estado convenciéndola a ella de que también lo hiciera.

—Si es así, espero que recapacite su postura.

—Mi querido, aún no me has preguntado qué pienso hacer.

—Entiendo que es muy cercana a Estévez y sé cómo él piensa.

—Entonces, intenta cambiar mi postura sobre la venta de mis acciones.

—Por lo que he sabido, usted nunca estuvo de acuerdo con que su esposo trabajara en la empresa, al menos, en los últimos años. También conozco la enemistad que tenía con mi abuelo. Quizá crea que entregarle su parte a mi padre hará justicia.

—Puede ser.

—Podría hablarle sobre ciertas cuestiones que la harían cambiar de parecer, pero no creo que valga la pena. Sí pienso que hay una manera de que cambie de opinión.

—¿Qué me ofreces?

—El doble de lo que le ha ofrecido mi padre.

—El interés que ambos tienen me hace reflexionar sobre qué hacer y si es tan conveniente deshacerme de las acciones —retrucó la anciana con una sórdida sonrisa.

—Le aclaro que a él poco le importa la empresa, sino tan solo ostentar el poder que le dará contar con la presidencia. Calculo que usted pretende desvincularse al fin de la familia Nogués, y yo le recomendaría que, si lo hace, sea por un buen precio. Puedo asegurarle que yo le estoy ofreciendo el mejor.

—No se puede negar que llevas la sangre de tu abuelo.

—Sí, aunque espero caerle más en gracia —replicó sonriéndole.

La mujer entrada en años había sido durante mucho tiempo un hueso duro de roer. En más de una ocasión, ya viuda, se había negado a algunas cuestiones que requerían de una mayoría absoluta. Convencerla no había sido fácil.

—Debo confesarte que me he manifestado a favor de entregarle mi parte

a tu padre.

—A través de Conrado —afirmó Gerónimo.

De esa manera Estévez lograría un conveniente porcentaje por facilitar la venta de Elvira Gutiérrez.

—Así es.

—De eso no se preocupe, solo le pido que mantenga a buen recaudo lo hablado hoy. Y sepa que nadie le hará una mejor oferta que la mía. Del resto me ocuparé yo.

—Sí es así, no te preocupes. A veces, la ancianidad trae sus ventajas.

—¿A qué se refiere?

—A que el olvido pasa a ser parte de la vida.

—Espero que eso no le ocurra conmigo en un futuro.

—No creo que suceda, ya que, como me has dicho antes, no recibiré una mejor oferta que la tuya.

—Elvira, ha sido un placer hacer negocios con usted.

—Lo mismo digo, aunque te apellides Nogués.

Con la convicción de que acababa de cerrar un conveniente trato, se retiró de la casa y subió al vehículo para dirigirse a la empresa a terminar lo que le quedaba pendiente.

Gerónimo trataba de combinar las actividades diarias con la atención y el cuidado de León. Esa noche, luego de regresar de una cena de negocios, pasó a visitarlo. Él entendía que, por más que el dueño de casa estuviese cansado, no iba a irse a dormir hasta que no lo viese.

—¿Te has quedado todo el día encerrado aquí dentro?

Él había hablado con el personal doméstico y sabía qué había hecho durante el día, pero buscaba que León se lo dijera.

—No —tomó un respiro y agregó—: y eso ya lo sabes.

Gerónimo se rio. Por más que León mostrara una imagen más pasiva que antes, era difícil que algo se le pasara por alto. Así había sido siempre, también ahora, a pesar de las circunstancias.

—¿Te molesta que beba una copa?

—No.

Gerónimo apartó una caja de habanos que decoraba un estante de la biblioteca. De madera y con letras estampadas en dorado, se mantenía allí desde que él tenía memoria. Nunca había cambiado de lugar, ocupaba un espacio destacado y de privilegio en la sala. Por más que el dueño de casa hubiese recibido otras, inclusive de mejor calidad, esa permanecía ahí.

Vertió una medida de whisky y, en el instante en que giró para hablar con su abuelo, supo que otra vez León estaba abstraído en sus pensamientos. Tal vez, estaba cansado; él no pensaba molestarlo. Ante la somnolencia de León, Gerónimo se despidió y salió de la casa camino a la suya en busca de un descanso reparador.

* * *

Nunca me olvidaré de aquel día. Los problemas en el negocio eran una constante, pero también una manera de no pensar en lo que no debía. Sin embargo, ella venía a mi mente una y otra vez. A pesar de haber mantenido una conversación con mi amigo Pipo acerca de la joven que había conocido en la cena que él había realizado en su casa, y de la advertencia sobre que debería distraer mi mente con cualquier otra mujer que no fuera ella, poco pude hacer al respecto.

Unos golpes a la puerta de mi despacho me distrajeron. Levanté la vista y me vi con una serie de documentos esparcidos en la mesa y una pila de carpetas a un costado. Aún no había logrado avanzar en ninguno de los problemas que tenía en mi empresa. Los golpes de puño contra la madera fueron más fuertes.

—Adelante.

—Disculpe, señor, que lo moleste, pero hay alguien que desea verlo.

—Dina, no tenía a nadie citado para esta tarde.

Me había ausentado del frigorífico luego de realizar unas diligencias y me había dirigido a mi casa. Esperaba trabajar más concentrado y tranquilo,

aunque no lo había conseguido.

—Lo sé, señor, pero es una señorita quien lo busca. Me dijo que se llama Rosemary.

—Hágala pasar de inmediato. —Antes de que se retirara, agregué—: Dina, no quiero ser molestado.

—Así será —respondió antes de que la invitada entrara.

—Rosemary, qué alegría volver a verla —dije no bien puso un pie en la sala.

Desconocía el motivo de la visita, pero estaba feliz. Con un simple vestido azul y el rostro sin ningún empaste de maquillaje, se la veía esplendorosa. Sin embargo, no se me escapó la mueca de preocupación que le cruzaba el rostro.

—Siéntese, por favor.

—Es solo un momento, sé que es un hombre muy ocupado y no busco restarle tiempo.

De inmediato se sentó en la silla que tenía frente a un sillón de cuero, en un sector de la amplia habitación que yo usaba cuando buscaba mantener una conversación más informal y evitar la distancia de mi escritorio. Ese era el caso. Suponía que no le habría sido fácil venir a verme, y busqué la manera de que se sintiese cómoda.

—Hoy ha sido un día sin demasiadas obligaciones, por eso decidí venir hasta mi casa, ¿quiere tomar un té?

—No, gracias.

El rubor le trepó por las mejillas, muestra de que no se sentía segura del paso que estaba dando.

—Me ha venido a visitar —comenté tomándole las manos para que le dejaran de temblequear—, no hay nada de malo en esto.

—Gracias —contestó, mientras deslizaba de a poco sus manos para retirarlas de las mías.

—No me ha dicho cómo ha estado en estos meses.

—He estado muy complicada. Por eso he venido a verlo.

—Ya le he dicho que puede confiar en mí. No permita que cualquier otro pensamiento la haga dudar. La escucho.

—He vuelto a visitar a mi padre en más de una oportunidad. Él… —dijo con la vista húmeda—. Disculpe, no quiero ponerme sentimental. Él no se encuentra bien de salud. Es más, su estado se viene deteriorando de modo avanzado en este tiempo.

—¿Está internado o se mantiene en la casa?

—Ha debido internarse y justamente por eso…

—Rosemary, dígame qué necesita.

—Aunque usted no lo crea, estoy sola, y me pesa la posibilidad de que le falte algo que yo no pueda darle. Por más que pregunto en el hospital cómo sigue, siempre hay una misma respuesta: que todo sigue igual y que regrese al otro día. Temo que haya algo que no se me dice. Desde que mi madre falta, nos hemos mantenido unidos con mi padre, más de lo que éramos. En la medida en que las circunstancias lo permiten, estamos juntos.

No había mucho que aclarar; ambos sabíamos el motivo por el que lo decía. Ella era una mujer prohibida porque estaba comprometida, sin embargo, el estado de soledad y desamparo era notable.

—No se preocupe por nada. Conozco un médico que me debe un favor; llegó el momento de que me lo cobre. Le pediré que vaya a ver a su padre, así tendrá un panorama más claro. Nadie sabrá que ha estado aquí ni el motivo por el que ha venido. No debe preocuparse más.

—Gracias —dijo entre un tenue sollozo.

—Por favor, no lo haga, no puedo verla llorar —insistí y le tomé las manos.

—Perdón. —Se quitó las lágrimas con los dedos—. Creo que debo irme.

—Antes, ¿haría algo por mí? No me mire así —acoté sonriendo ante la sorpresa dibujada en el rostro de la joven—, solo busco distraerla y sé que no puede irse en este estado. Algo caliente le va a venir bien, elija: ¿un té o un brandy?

—Un té con un chorrito de brandy es suficiente —me respondió más relajada.

—Así me gusta —repliqué con una sonrisa.

Poco después, gracias a las diestras manos de Dina, estábamos tomando el té con unas galletas.

—Mi padre le manda saludos.

—Habló con su padre de mí —aseveré.

Yo sabía que la situación financiera por la que atravesaba Jack Donner no era buena, muy por el contrario. Me había asegurado de que los rumores que corrían fueran ciertos. Ese era suficiente motivo para enfermarse si no se tenía una buena perspectiva de que el negocio pudiera salir adelante.

—Le mandé sus saludos. Le hablé de que me había cruzado con usted en una cena.

Quizás me conformaba con poco, pero me gustaba que recordase nuestro encuentro y que pensase que yo podía sacarla de un apuro. Ansiaba que me necesitase del modo que fuese, pero que lo hiciera. Tomamos el té sin hablar demasiado, bajo la atmósfera de complicidad que nos rodeaba desde que nos habíamos visto por primera vez.

—No sé cómo agradecerle lo que hará por mi padre.

—Ya le dije que no debe agradecerme. Lo único que usted debe hacer es cuidarse. No me mire así, yo haré mi parte y usted hará la suya, ¿me lo promete?

—Prometido —agregó solemne con la mano en el pecho—. Creo que debo irme.

—No bien me entere de algo, se lo haré saber.

—¿Cómo?

—Deje de preocuparse, que yo me ocuparé de todo.

No quise alargar la despedida. Fueron solo unos instantes en los que Rosemary resplandeció como si ninguna preocupación la circundara y volvió a ser la joven feliz que alguna vez debió ser.

Los últimos rayos de sol caían sobre la ciudad ensombreciéndola. La gente poblaba las calles para dirigirse a sus casas. En breve, el ritmo sería otro. Sin embargo, todo era distinto dentro del hospital. Allí, no había días ni horarios; la actividad nunca mermaba. La fría luz que iluminaba los pasillos se fundía con las sombras provenientes de las habitaciones vacías. Intenté hacerme invisible, pero me fue imposible.

—Señor, ¿adónde va?

—A visitar a un amigo.

—Lo lamento, pero no es el horario indicado, deberá volver otro día.

—Es una lástima porque él no está muy bien, por eso deseaba verlo.

—Mañana podrá hacerlo.

—Gracias, buenas noches.

Me alejé de allí sin insistir. Esa enfermera no cedería en cuanto a la orden que tenía sobre la prohibición de las visitas a ese horario. Sin embargo, no pensaba irme sin ver a Rosemary. Caminé y me desvié por los vericuetos de un largo y lúgubre pasillo hasta que encontré lo que buscaba.

La puerta estaba entreabierta y el perfil de la muchacha se recortaba sobre la imagen de su padre. Inclinada hacia adelante y con las manos entrelazadas con las de él, sollozaba en silencio. No hice ruido alguno, pero hubo algo que la hizo girar hacia la puerta. El gesto de sorpresa al verme se apaciguó en cuanto se acercó a mí. Mi apariencia había cambiado: acababa de hurtar un ambo médico para camuflarme como personal de salud. Un estetoscopio me colgaba en el pecho. Acorté la distancia y la abracé. Necesitaba que supiera que estaba ahí para ella, para calmar su dolor y que, si era eso lo único que podía hacer, lo haría. Ya nada me importaba, solo estar con ella.

—Gracias —susurró—, no se imagina lo que significa lo que hizo por mí y por mi padre.

Yo sabía que el médico que había enviado le había comunicado el verdadero estado de salud del hombre, luego de haber revisado a Jack Donner. El panorama no era halagüeño; él vino a comunicarme el parte médico del enfermo.

—Deje de pensar en eso, no se olvide de la promesa que me ha hecho.

—Me estoy cuidando, pero es desesperante no saber qué hacer para calmarle el dolor.

—Estoy seguro de que no ha probado bocado en todo el día.

Ella bajó la cabeza como si hubiera cometido un crimen. Se volvía irresistible con cada gesto que hacía. Le tomé la barbilla para que me mirara.

—Esto tiene solución. Póngase el abrigo y venga a comer algo.

—Yo… no puedo —replicó dudosa.

—Claro que puede. Luego de permanecer todo el día cuidándolo, se merece comer algo con un amigo. Solo eso, Rosemary.

De inmediato buscó el abrigo y, luego de darle un beso en la frente a su padre, salió conmigo hacia un restaurante que había en la esquina. Busqué una mesa en el fondo del lugar y nos ubicamos.

—Doctor —me dijo el mesero—, ¿qué desea comer?

Rosemary escondió el rostro detrás de la amplia carta de menú decorada con cuero marrón. Al menos, le había robado una sonrisa, y eso valía los escollos que tenía que atravesar para compartir unas pocas horas con ella. Hice el pedido por ella y, una vez que el mozo se fue, asomó el rostro y dejó a un lado la carta.

—Discúlpeme, me porté como una tonta.

—No está mal mostrarse sin tapujos frente a alguien.

—Sin embargo, aprendí disimularlo muy bien.

—Pero no conmigo, y eso me gusta. Vamos, tampoco está mal poder hablar con alguien sin pensar dos veces qué decir o cómo comportarse.

—No sé cómo lo hace, pero siempre dice lo que en verdad pienso.

—Podría responderle que es un don poder leer las mentes de las personas, pero solo me sucede con usted.

Clavé la mirada en ella hasta que los platos servidos llegaron a la mesa. Poco después, la muchacha estaba disfrutando de la comida, mientras yo le contaba algunas anécdotas divertidas. La conversación fluía y parecía que el resto de los comensales habían desaparecido, como si solo nosotros dos estuviéramos en el lugar. Terminamos de cenar y la acompañé hasta la puerta del hospital. Por más que insistí en que se fuera a su casa, ella no quiso; entonces me retiré.

Esa noche, al regresar, me fui al escritorio a tomar una medida de whisky sin dejar de pensar en ella. Yo sabía qué era lo que buscaba al verla, aunque no estaba en mis planes complicarle la vida. Y esperaba no hacerlo.

A pesar de haber dormido pocas horas, al día siguiente amanecí como hacía años no me pasaba: me encontraba feliz y distinto. De ese modo

transcurrió mi día. La sorpresa ocurrió cuando llegué a mi casa y enfilé hacia el despacho para disfrutar de una copa de whisky. Sobre el escritorio había un paquete con una pequeña esquela.

Sé que no le gusta que le agradezca todo lo que hace por mí, pero esta es mi manera de hacerlo. Recuerdo que aquella noche aceptó del dueño un habano. Espero que esta caja sea de su agrado y los disfrute como lo hizo en esa oportunidad.

Atentamente, Rosemary.

Me serví otra copa sin dejar de pensar en ella. No bien la conocí, supe que me costaría quitarla de mi mente y de mi corazón. No me había equivocado. Sin dudas, ella había calado fuerte en mí. Yo no quería parar hasta que fuese mía. A pesar de todo lo que significaba eso.

Tomé la caja de madera y la coloqué en un lugar privilegiado, en donde pudiera verla cada vez que entrara a aquel cuarto. Esa simple caja de habanos pasaría a ser el bien más preciado dentro de esa habitación, y estaba convencido de que ella lo sería en mi vida.

* * *

Al otro lado de la ciudad alguien deambulaba a la vera del río. Arrojaba otra colilla de cigarro a la calle mientras caminaba por la ribera sur. Al fin podía disfrutar del regreso a la ciudad. Cualquier cosa que veía le resultaba novedosa. Ni siquiera haciendo memoria podía recordar algo de todo aquello. Cómo hacerlo si había abandonado ese lugar y se había ido de pequeño a vivir al interior del país con la familia, mejor dicho con el resto de la familia que reclamó por él.

El tiempo que había vivido en la capital estaba teñido de desconsuelo. Era un trago amargo tan solo recordarlo. Creyó que abandonar todo y mudarse a un nuevo destino le alivianaría la ira que llevaba dentro, pero se había

equivocado. Año tras año el cuerpo se le inflamaba de odio, rencor y resentimiento porque detestaba la vida que llevaba. Solo en sueños volvía el tiempo atrás y recordaba lo feliz que había sido cuando su madre aún vivía. El dolor por la pérdida lo había desgarrado hasta removerle los sentimientos más oscuros que pudiera tener.

El trabajo en el campo, durante todos aquellos años, había sido muy duro. Aunque nada de eso le había importado si al fin podía volver. Cada año se repetía que regresaría para hacer justicia por lo sucedido. Retornar se había transformado en una obsesión en él. Solo había un motivo para hacerlo. Había macerado esa idea en los años que había estado fuera. Durante el último tiempo, había ahorrado dinero suficiente para dejar aquella inmunda vivienda en la que se había criado e instalarse en una apestosa habitación de un conventillo. Eso sí, el dinero que había juntado le permitía alojarse solo, sin necesidad de compartir con otros la habitación, un lujo que podía darse.

No solo eso lo contentaba, sino que había logrado conseguir trabajo, uno que lo llevaría a cumplir su sueño. Caminó hasta el mercado para comprar unos pocos productos para comer esa noche. Había rechazado la oferta de la Tana, una de las mujeres que habitaba el conventillo, que vendía comida dentro de la vecindad y fuera.

La pieza que alquilaba tenía las paredes descascaradas, aunque se vislumbraba que, en algún momento en su época de esplendor, habían lucido de un color celeste. Una pequeña ventana con una cortina gris, no porque fuera esa la tonalidad, sino por la suciedad, flameaba cada tanto cuando la brisa de la noche se colaba por entre las hendijas. De lo único de lo que se ufanaba era del calentador, que le permitía comer lo que quisiera. En el lugar del que venía, donde eran muchos para alimentar, contar con un plato de comida era una lucha diaria. El lujo al que no se permitiría renunciar era una botella de alcohol. Bajo los efectos de la bebida, no dejaba de darse ánimo de que todo saldría según sus deseos y de que la llegada a la gran ciudad no había sido en vano.

Volvió a contemplar la habitación que se había transformado en su mundo con la esperanza de no estar demasiado tiempo allí dentro, solo el indispensable para cumplir con lo que se había propuesto hacer en la ciudad. Dentro de esa vecindad, no buscaba entablar relaciones con nadie. No quería que se metieran en sus asuntos, menos aún que lo cuestionasen. Él se había acostumbrado a estar solo, más allá de las personas que pudieran rodearlo. Se había transformado en un paria, y actuaría en consecuencia.

CAPÍTULO 11

El sabor de tus labios

Juana se levantó antes de que el despertador sonara. Los primeros rayos del amanecer se colaban por las hendijas de la ventana e iluminaban diferentes rincones de la amplia habitación. La decoración había sido dispuesta antes de que ella arribara a la ciudad. Mantenía lejanos recuerdos de esa propiedad. Se había quedado allí las pocas veces que había regresado a Buenos Aires, también se acordaba de algunos momentos cuando era pequeña, antes de que su padre tomara la decisión de abandonar el país. Sin embargo, en el cuarto no había quedado ningún objeto que le recordara su niñez. Parecía que aquellos años no hubiesen formado parte de su vida. Tampoco le quedaban demasiados recuerdos de su madre, solo el profundo dolor de la ausencia, un sufrimiento que no había compartido con nadie. La imagen materna regresaba en los sueños, a veces transformados en pesadillas, que no la dejaban en paz. Juana habría dado lo que fuera por haber mantenido unas pocas palabras de despedida. Quizá la corta edad le impidió que entendiera qué había ocurrido. Sentía que le habían arrancado a la madre sin explicación; de un día para otro se quedó solo con el papá. Si todo hubiese sido distinto, ella podría haber digerido de otro modo la falta materna. Nunca antes se lo había mencionado a alguien porque creía que callar era un buen síntoma para olvidar y dejar atrás el dolor de la pérdida. Tampoco podía culpar a su padre, que había hecho todo lo que estaba a su alcance para que ella fuera feliz. Instalarse en el exterior había sido una solución para comenzar una nueva vida. El vínculo entre ambos se había estrechado a pesar de los compromisos de trabajo de él, aunque la aparición de Adela había modificado en parte la fuerte relación que los unía. Un hombre como su padre necesitaba una mujer como ella, que estuviera pendiente de lo que hacía para asistirlo en todo momento. Estaba claro que Juana constituía una constante molestia para ella, aunque Adela sabía disimularlo muy bien, salvo cuando estaban solas. La peor parte la había padecido cuando era pequeña; aunque, ya hacía tiempo, que no volvía a pasar. Por eso, extrañaba su apartamento en París y disponer de su vida como se le antojase. Se le había cruzado por la mente alojarse en otro lugar distinto a la casa familiar, pero no lo había mencionado porque creía que para su padre era importante que estuviesen juntos. No pensaba contrariarlo, al menos el tiempo que estuviera en Buenos Aires.

Volvió a mirar el despertador y evitó remolonear más con los pensamientos, se levantó y buscó en el ropero la ropa que se pondría. La esperaba una jornada larga de trabajo y quería estar distinta. Aunque sería mejor no engañarse: buscaba estar atractiva, sin que se notara que se había arreglado, porque ese día debería cumplir con las sesiones terapéuticas en la residencia de la familia Nogués. La última vez que había estado allí no lo

había visto a Gerónimo, pero estaba esperanzada de cruzarlo ese día. Solo recordaba la tensión y el mal semblante que él había tenido la noche en que se había encontrado con su amigo en la casa. Sin dudas, Gerónimo la desconcertaba a cada momento; no sabía cómo actuaría cuando lo vería. Eso la confundía y la atraía a la vez. Con la prenda en la mano, se dirigió hacia el baño para acicalarse y bajar a la cocina a desayunar. Le gustaba hacerlo en soledad, sabía que Adela no era madrugadora, por eso disfrutaba el inicio del día con la sola compañía de la empleada que la deleitaba con un rico desayuno.

—Buen día, señorita.

—Hola, Amanda, qué rico parece ese budín.

—Espero que lo disfrute.

—Hija, buen día.

—Papá —dijo antes de probar un bocado del budín—, qué raro verte tan temprano por aquí.

—Solo lo hice para estar un momento contigo. Parece que, desde que llegaste, solo te dedicas a trabajar.

—Aquí tiene. —Amanda le entregó una taza de café.

—Pero ¡mira quién lo dice! El que no para de cumplir con los compromisos que tiene.

—Tienes razón, pero eso no es óbice de que me despreocupe de mi hija, y más cuando está en mi casa.

—Es cierto, pero no ando con mucho tiempo. En breve debo salir hacia el hospital.

—¿Cómo va todo allí?

—Adaptándome, pero muy bien.

—Ramírez es el médico con el que trabajas, ¿verdad?

—Por supuesto, y no te hagas el distraído porque siempre estás al tanto de lo que sucede a mi alrededor.

—No te creas —retrucó con una sórdida mueca en el rostro—, pero me gustaría saber cómo te sientes aquí.

—Muy bien, aunque por momentos extraño París.

—Es normal: te he acostumbrado a que no eches raíces en ningún lugar y te amoldes a donde te encuentres.

—Es lo que intento.

—No me has contado cómo te han recibido los nuevos pacientes.

—No les queda otra que hacerlo con una sonrisa. Muchos de ellos creen que mi intervención será milagrosa. Nada más lejos que eso, pero, en momentos de desesperación, uno se aferra a todo cuanto tiene a mano, y a mí me tienen a su lado.

—Eres un lujo para todos ellos.

—Ay, papá, no exageres, no es para tanto.

—No exagero. Cuéntame de tus pacientes.

—Papá, sabes que no me gusta hablar de ellos fuera del trabajo. Es una manera de preservar su intimidad y la mía. Además, no tengo mucho para decirte, salvo que hago lo posible con mi trabajo.

El curso de la conversación estaba tomando un camino que la incomodaba. No pensaba mencionar su nuevo vínculo con Gerónimo, menos aún que se apellidaba Nogués. Hasta ese momento lo había omitido y pensaba continuar del mismo modo. Para eso, debía finalizar el desayuno y salir rumbo al hospital.

—Papá, lamento dejarte, pero no quiero llegar tarde al trabajo.

—¿Tan temprano debes irte? —inquirió incómodo.

—Sí —respondió al levantarse, antes de saludarlo.

—Unos de estos días almorzaremos juntos para hablar con más tiempo.

—Pero qué bien ver a la familia reunida en el inicio del día —anunció Adela debajo del dintel de la puerta.

—Es una lástima que deba irme.

—La próxima entonces —saludó socarrona.

—Nos vemos.

Juana salió cuanto antes de la casa, quería comenzar el día del mejor modo y no empañarlo con cuestiones familiares. Las diferencias que ambas mantenían las habían sabido ocultar porque cada una cumplía distintas funciones. Sin dudas, vivir en diferentes lugares había ayudado a sobrellevar el frío y lejano trato. Sin embargo, volver a residir bajo el mismo techo dificultaba la relación con la esposa de su padre.

Dejó a un lado los asuntos de familia y se centró en el trayecto hacia el hospital, a bordo del tranvía, contemplando el paisaje citadino. El estilo edilicio de las construcciones, la decoración de los parques y de las plazas junto a las mujeres que recorrían las calles con garbo y elegancia formaban una copia perfecta de su querida París. Antes de entrar en el Hospital Rivadavia, se detuvo unos minutos en los jardines del nosocomio. Ni los centros hospitalarios ni la atención médica que se brindaba tenían nada que envidiarles a los de la Ciudad Luz. La Sociedad de Beneficencia y las familias pudientes, en agradecimiento, habían realizado donativos de importantes sumas de dinero. Todo se había destinado a mejorar las instalaciones. Sin lugar a dudas, se había cumplido con ese propósito: se había ampliado el área de Cirugía, que contaba con más comodidades y varios quirófanos. El personal médico era de excelencia; en más de una oportunidad, habían concurrido a París para hacer un importante intercambio en distintas áreas y técnicas médicas. Bajo el convencimiento de que había hecho una buena elección al regresar a la ciudad que la había visto nacer, ingresó al hospital, se adentró por los largos y laberínticos pasillos hasta perderse entre los camilleros, enfermeras, pacientes y personal médico. No solo se encargaba de visitar a los pacientes, sino que mantenía reuniones con algunos colegas para compartir su experiencia en el tratamiento de ciertos enfermos.

—¿Juana?

—Nicolás, ¡ me sorprendiste! —exclamó.

—Te veía absorta, mientras caminaba por el pasillo hasta alcanzarte.

—Me quedé pensando sobre el último paciente que he visto.

—¿Algún problema? ¿Quieres que te acompañe y que lo veamos juntos?

—Gracias, pero no es necesario. Mañana espero que se encuentre más ubicado en tiempo y en espacio.

—Si te refieres a Montalvo, habrá que aguardar.

—Pareciera que el paso de los días le están jugando una mala pasada.

—La edad y la falta de cuidado de su salud han dejado profunda huella

para una pronta recuperación.

—Como dices, habrá que esperar.

—Quien no va a esperar más para cenar contigo seré yo —le dijo al oído.

—Me creerías si te contara que no he parado de hacer cosas hoy.

—Claro que sí. Ya acabaste con tu turno, ¿verdad?

—Sí.

—Vamos a comer algo por aquí y nos sacamos la pesadez de esta jornada.

—Acepto, entonces.

Juana no podía negarse una vez más a las invitaciones de él. Las había pospuesto cuanto más había podido, pero ya le resultaba imposible continuar haciéndolo.

—Aunque no creas que con este almuerzo estará saldada la cena que tenemos pendiente.

—Claro que no.

Ella consideraba a Nicolás buen hombre. Darle una oportunidad para conocerse más habría sido una buena alternativa, si no se hubiera cruzado con Gerónimo Nogués. Ambos se dirigieron hacia la sala en donde se dejaban las pertenencias del personal y retiró el saco de hilo que había llevado esa mañana junto con la cartera.

—¿Lista?

—Sí, ¿adónde piensas llevarme?

—Aquí en la esquina estaremos bien y cerca para regresar.

Ella evitó decirle que después del almuerzo no volvería al hospital porque tenía una cita con León Nogués, menos aún que esperaba encontrarse con Gerónimo. No bien ingresaron al restaurante, se ubicaron al costado del amplio ventanal por donde entraba una cálida brisa.

—¿Qué deseas almorzar?

—Lo que tú pidas estará bien. Sueles venir a aquí con frecuencia,

¿verdad?

—Sí, desde hace años. Me permite distraerme en las largas jornadas que cubro en el hospital.

—Te entiendo.

Ella observó que, de inmediato, vino el mozo para tomar el pedido. Algo de pollo con un puré de papa y ensalada era ideal para ese mediodía.

—¿Hoy debes regresar al hospital o tienes la jornada libre?

Ella estaba segura de que él sabía que ella no regresaría, pero por alguna razón buscaba que fuera ella quien se lo confirmara.

—Ni una cosa ni la otra. Si bien no debo regresar al hospital, no me tomaré la tarde libre porque debo de ver a mi paciente Nogués.

—¿Cómo está respondiendo al tratamiento?

—Sabes que es muy pronto para dar un diagnóstico certero, pero espero que se recupere cuanto antes.

—Yo también, aunque por motivos más egoístas.

—¿Por qué lo dices?

La pregunta fue interrumpida por el mozo que depositó los dos platos con el menú solicitado.

—Parece delicioso —manifestó el doctor antes de hincar el tenedor en la presa de pollo.

—No me contestaste.

—No creas que no me he dado cuenta del modo en que te trata Gerónimo Nogués.

—Nicolás, no creo que sea pertinente que hablemos de él.

—Para mí sí lo es.

—¿Por qué?

—Si te dijera que no me cae en gracia, no sería una excusa suficiente para que te alejes de él.

—No estoy tan cerca como crees, aunque te repito que…

—Juana, sé que no me necesitas para que te indique con quién debes relacionarte, sabes cómo conducirte en tu vida, pero Nogués no es trigo limpio.

—No sé a qué te refieres.

—Ha venido a hablar conmigo su padre, y no te imaginas lo que me ha dicho de su hijo.

—Esas son cuestiones familiares que no me importan.

—Deberían importarte porque hablan de una persona de la que tendrías que alejarte. Y lo que es peor: la advertencia viene del propio padre.

—Nicolás, agradezco tu consejo, pero no es necesario que te preocupes por mí. He venido aquí un tiempo, a desarrollar mi carrera del mejor modo. Atender a León Nogués es parte de eso. Tener trato con Gerónimo, su pariente más cercano, es lo normal en cualquier tratamiento. El familiar que esté a cargo del enfermo es nuestra conexión directa para desentrañar algo más de nuestro paciente. Eso lo sabes mejor que yo.

—Espero que sea así, porque, si te hace algo, se las tendrá que ver conmigo.

—Por favor, Nicolás, cálmate.

Desde que habían pronunciado el nombre de Gerónimo, Juana había dejado a un lado el plato de comida. El apetito se le había evaporado junto a la idea de pasar un grato momento.

—Me gustaría, en algún momento, comprobar el grado de avance en el tratamiento de Nogués.

—Me agradaría que más adelante lo hicieras. Dame unas sesiones más, a ver si logro los resultados que espero.

Ella dudaba de que el interés por acercarse a Nogués fuera genuino; estaba segura de que buscaba controlarlos de cerca a ella y a Gerónimo. El resto del almuerzo conversaron sobre cuestiones vanas, nada trascendental; el ambiente distendido con el que habían arribado al lugar no existía. Juana observó el reloj de pulsera para constatar el horario en más de una oportunidad.

—¿Ya debes irte? —preguntó ante la inquietud de ella.

—Sí. Como sabes, no me gusta llegar tarde.

—Claro que lo sé. Espero que esto se repita, pero en otro lugar y otro día.

—Por supuesto, solo es cuestión de combinar los compromisos.

—Te veo mañana.

—Hasta mañana.

Él se quedó observando cómo ella se alejaba de allí bajo el convencimiento de que no había sido una buena idea sacar a relucir la visita de Santiago Nogués, porque lo único que había obtenido era la resistencia de Juana a reconocer que debía apartarse de Gerónimo. No importaba, había probado ser disuasivo por las buenas y no le había dado resultados. Entonces, debería ver otra manera de distanciarla de Gerónimo sin importar cómo lo haría, apelaría a lo que fuera necesario para lograrlo.

* * *

En el trayecto hacia la casa de la familia Nogués, no había dejado de pensar sobre cada una de las consecuencias que le acarreaba dirigirse allí. La doctora Bustillo estaba cumpliendo con la promesa hecha a Gerónimo sobre el cuidado y el tratamiento de León. Si bien le había costado, porque eso implicaba ir contra los preceptos paternos, continuaba adelante, convencida de que lo hacía por no traicionar su profesión ni sus principios, en vez de por otro motivo. Esa excusa la exoneraba de la culpa que sentía cada vez que enfrentaba en algo a los designios de su padre. Aún le resonaban en los oídos las advertencias sobre la familia Nogués: debía mantenerse lejos de aquel apellido y de cada uno de los integrantes. La contundente advertencia se había transformado en una velada amenaza. A pesar de eso, había logrado librarse de la culpa y los cuestionamientos que se había hecho al respecto. A ella le costaba entender que los negocios y las malas decisiones pudieran acarrear semejante odio hacia otra persona.

Sin embargo, había aprendido a no polemizar con su padre, no solo por el respeto que le tenía, sino también porque detestaba que le cuestionase sus propias decisiones. Una de ellas había sido la elección de la profesión. El sueño paterno había sido que continuase con la carrera diplomática. Le

habrían sobrado los contactos y las relaciones sociales para ascender en esa profesión, sin embargo, no era ese el *métier* que la satisfacía ni al que ella aspiraba. Desconocía si pasar parte de la vida en medio de ágapes y reuniones sociales sin sentido, comportándose como era debido, aunque no estuviese de humor para participar en esos eventos, le había jugado en contra del fuerte anhelo paterno. La medicina había sido su pasión y le había permitido alejarse de todo aquello que detestaba. Juana había complacido a Ariel Bustillo en la medida en que era necesario para evitar, de ese modo, rispideces o cualquier aspereza que pudiera surgir. Si no hubiera sido por Adela, que cumplía con cada uno de los requisitos para ser la excelente esposa de un diplomático, todo sería más complicado. Dejó a un lado las elucubraciones que la habían llevado hasta la casona Nogués e ingresó a la propiedad en busca del paciente.

—Doctora —la saludó Dina—, el señor está en la sala aguardándola.

—Muchas gracias.

No necesitaba que la guiasen hasta el salón, que parecía ser el lugar elegido por León para reunirse con ella.

—Buenos días —lo saludó no bien lo vio sentado en un amplio sillón del distinguido recinto—, parece que hoy está con deseos de comenzar.

—Así es.

Se lo veía acicalado y vestido como si fuera a salir a algún lugar. Verlo con buena actitud y con ánimo de arreglarse era importante para la recuperación del enfermo.

—Espero que haya sido porque sabía que estaría acá —comentó mientras se quitaba el abrigo y acomodaba la carpeta que llevaba consigo.

—Sabía que vendría.

Ella se sorprendió al escuchar el sonido de una campanita que el paciente tenía en una mesa auxiliar. De inmediato apareció Dina para ofrecerle algo para beber y comer.

—No gracias, ya he almorzado antes de venir —le contestó a la empleada y se dirigió a León—: ¿Cómo ha estado en estos días?

—Bien —contestó, luego tomó un respiro—. Ahora mejor.

—Me alegro entonces de que esté con deseos de trabajar porque a eso he venido.

Ella desplazó la carpeta que había depositado en la mesa y sacó una serie de fotos de distintos lugares. Observó cómo él seguía con la mirada cada uno de los movimientos. Juana ya había hablado con Gerónimo sobre los gustos y las rutinas que León tenía. Por cuestiones de negocios, Nogués había viajado mucho, igual que Juana. Por eso, se había munido de una serie de fotografías propias de distintos lugares que sabía que León también había visitado. Las imágenes formarían parte del tratamiento médico. De ese modo, buscaba estrechar el vínculo de diálogo y encontrar otro canal de conexión a través de los sitios que él había recorrido tiempo atrás.

—Parece que no he sido la única que ha visitado hermosos lugares. Sé que usted también lo ha hecho, ¿verdad?

Ella dejó a un lado dos fotografías: una tomada en la última estadía en la ciudad de Nueva York; la otra, en Londres. Quería que eligiera con cuál comenzar. Enseguida León tomó la que retrataba una zona de la ciudad de Nueva York. No le costaría a él reconocer a qué lugar se refería. Deslizó con los dedos la imagen del puente de Brooklyn. La fotografía estaba tomada desde uno de los extremos enfocada hacia la isla de Manhattan. A León le asomó una tenue sonrisa en el rostro. Eso era lo que la doctora buscaba: que cada uno de los sentidos del enfermo estuviese allí y se conectase con lo que ella le proponía.

—¿Qué le parece lo que ve?

—Me gusta.

—¿Por algo en especial?

—Recuerdos. —Suspiró y volvió la vista a la fotografía que mantenía entre los dedos—. Muchos recuerdos —agregó emocionado.

Ella fijó la mirada en él y percibió un cambio en el semblante, una mueca de ternura atravesó el curtido rostro de León. Le habría encantado que pudiera manifestar con palabras esas emociones. Había aprendido a darse cuenta de que, por momentos, esa mente que funcionaba sin algún aparente deterioro quedaba lacrada atesorando bajo siete llaves aquellos pensamientos. Debería ser paciente y saber aguardar para conectarse con León. Primero debería darle tiempo a que pusiera en orden la mente y, una vez que lo hiciera, podría poner en palabras lo que le pasaba por la cabeza. Entendía que no sería fácil para una persona no poder expresar la catarata de recuerdos que llegaban una y otra vez.

* * *

Se decía que el tiempo era una cura milagrosa para las heridas del corazón. Yo esperaba que el paso de los meses fuera una fuente de alivio y consuelo para el dolor que había experimentado Rosemary a raíz de la muerte de su padre. Supe respetar ese dolor, me mantuve a su lado del modo que creí conveniente: con algunas cartas enviadas a su casa para acompañarla en su pesar. En una oportunidad, la había cruzado por la calle y la invité a tomar un café. Dudó al principio, pero le garanticé que no le robaría demasiado tiempo. Fue así como, en compañía de un pocillo de café, pasamos la tarde conversando. Pude sacarle una sonrisa a raíz de la anécdota que le había relatado. Buscaba ser su lugar para refugiarse, su remanso; quería ser todo para ella, y creía que el tiempo jugaba a mi favor. Cada vez que la veía, la soledad, el desamparo y la desdicha le atravesaban el rostro. Ansiaba poder borrar de esa bella imagen los rastros de infelicidad, haría lo impensado para lograrlo. Nunca antes me había comportado así, actuando como el muchacho que alguna vez fui. Me permitía hacer cosas que antes no hubiera hecho. La diferencia era que la experiencia ganada y el dinero acumulado me posibilitaban actuar del modo que quisiera sin demasiados problemas. Poco después, la acompañé a su casa y le prometí que la próxima vez que nos veríamos sería bajo otra circunstancia. Cumplí.

La ciudad de Nueva York asomaba majestuosa e imponente para los ojos de quien la mirase. Las construcciones edilicias crecían por doquier hacia alturas inimaginables. No era la primera vez que la visitaba, pero no dejaban de asombrarme los avances que daba a pasos agigantados. Ante mi inminente viaje, nadie dudó de que habían sido los negocios los que me condujeron allí. Esa era la excusa perfecta para ir a la Gran Manzana. Sin embargo, y a pesar de que lo intentase, el país del norte no era el lugar propicio para el comercio de carnes. La situación de la aftosa en Argentina había llevado al Gobierno estadounidense a tomar drásticas medidas que desplazaron al mercado argentino. No hacía tanto tiempo, Argentina había encabezado la lista en las exportaciones a los países europeos. Quizás una visita a la ciudad de Londres hubiese sido más propicia para mis fines comerciales, pero no era esa la causa del viaje.

Sin otro pensamiento que el que me había llevado allí, me dirigí hacia el Hotel Manhattan, uno de los primeros rascacielos construidos en la ciudad y también mi primer alojamiento neoyorquino. Cada vez que iba Nueva York, me hospedaba allí. Quizás me hacía volver a ese sitio el recuerdo que guardaba sobre el fuerte anhelo por triunfar y hacer un contrato que valiera la pena aquella primera vez. Ahora, contaba con la templanza de haber cumplido mis sueños de ser alguien.

Me acicalé para almorzar en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. El Hotel Waldorf Astoria se elevaba grandioso con una solemnidad que lo transformaba en uno de los alojamientos más selectos de la ciudad. El salón comedor era fastuoso, además de ofrecer un menú delicioso. Aunque nada de eso me llamaba la atención, no había concurrido allí por ese motivo. Ingresé al recinto en el que había unas pocas mesas ocupadas. Solo una de ellas me importaba y hacía allí me dirigí. Mi sombra sobre la mesa hizo que ella me viera. La cara de asombro fue tal que palideció, pero segundos después, el rubor le trepó a las mejillas.

—León —dijo casi ahogada.

—Rosemary, qué placer verte.

—No sabía que habías viajado hacia aquí. ¿Deseas sentarte?

—¿Has almorzado?

—Iba hacerlo justo ahora.

—Es un día espléndido, ¿quieres quedarte aquí o salir a caminar y comer por algún lugar de la ciudad?

Ella no lo meditó, se levantó de inmediato para salir de aquel suntuoso lugar y nos fuimos a caminar. Ir hacia el Central Park era ideal no solo por el día, sino por la cantidad de gente que paseaba por allí, que nos daba la posibilidad de pasar inadvertidos. No buscaba comprometerla si alguien nos veía juntos. Las hojas de los árboles empapelaban el parque y le brindaban una tonalidad ocre al terreno. Las ardillas se escondían trepando por las ramas de los arbustos. Todo cuanto nos rodeaba se veía distinto a las otras veces que había estado allí. No se debía ni al tiempo ni a la escenografía, sino a la sola compañía de ella.

—Me gusta la sorpresa que me diste, pero ¿cómo sabías que estaba allí? Perdón, quizás no tuve en cuenta que te alojabas también en el mismo hotel.

La tomé de la mano y nos sentamos en un banco del parque.

—¿Crees en las casualidades?

—No, pero comenzaré creer a partir de hoy.

—No lo hagas.

Ella fijó su mirada en mí sin entender.

—Rosemary, podría decirte que mis negocios me han traído hasta aquí, que tenía que cumplir con una reunión en el lugar donde te hospedas. Pero no quiero mentirte: nada de eso es cierto. Creo que sabes a lo que me refiero.

—Yo…

—Me he enamorado de ti como nunca antes. Puedo asegurarte que intenté quitarte de mis pensamientos, pero no he podido, más allá de la fuerza de voluntad que he puesto para hacerlo. Supe que tu familia estaba organizando un viaje hasta aquí y también que tendrías unos días libres en la ciudad. No me mires de este modo, siempre hay una manera de saber de ti.

Claro que no iba a confesarle que la única persona que estaba al tanto de mis pasos y de los de ella era mi amigo Pipo Manrique.

—León, sabes cuál es mi situación.

—Lo sé, y también sé que no eres feliz. No he dejado de observarte desde que te he conocido y puedo darme cuenta de que es así.

Yo no necesité que me confirmara lo que le decía, aunque su silencio había sido contundente.

—Sé que te doblo en edad y quizás ese sea para ti otro impedimento, además de estar comprometida, pero, si tan solo por un instante pudieras elegir con quién estar, ¿me elegirías?

Le levanté la barbilla y vi que le corrían unas lágrimas. Con un leve movimiento de la cabeza, me respondió que sí. Me acerqué y sequé las lágrimas con mis besos. La tomé por el cuello para mirarla, necesitaba que pudiese saber que le hablaba con el corazón.

—No busco confundirte ni jugar contigo. Solo quiero hacerte feliz y decirte que estoy dispuesto a todo. Y eso implica también hablar con él.

—Yo no…

—Solo te pido que lo pienses. No quiero que actúes por agradecimiento a lo que supones que he hecho por ti. Quiero que, esta vez, seas libre para elegir y decidir con quién estar.

El fuerte deseo por que me eligiera no debía ganarme, debía ser paciente. Yo sabía perfectamente el motivo por el que estaba allí, había podido elaborar lo que me sucedía con Rosemary. Ahora, debía darle algo de tiempo para que se diera cuenta de que yo podía hacerla feliz, pero tampoco tanto para que se echara a atrás.

—Necesito pensar —susurró.

—Necesitas sentirte amada —afirmé antes de posar mis labios sobre los suyos.

Cuánto había anhelado conocer el sabor de sus labios. Entendía que no podía abrumarla con mis sentimientos.

—Mañana estaré aquí, a esta hora, esperándote.

La confusión se le dibujó en el rostro. Aunque lo deseara, no podía quedarme un segundo más a su lado. No buscaba mantener algo pasajero con ella ni aprovecharme de la triste situación que atravesaba; con Rosemary lo quería todo. Sin pensarlo dos veces, me levanté y me fui. Sabía que ella necesitaba asimilar lo que le había dicho. Durante el último tiempo, le había dado señales claras de mis sentimientos. Intuía que a ella también le sucedían cosas conmigo, pero la decisión de nuestro futuro dependía solo de ella. Solo me restaba aguardar.

Ni el cielo encapotado ni las probabilidades de una inminente tormenta hizo que desistiera de nuestro encuentro, aunque dudaba de que Rosemary se presentara. Había regresado al parque, me ubiqué en el mismo banco del día anterior. Observando a mi alrededor, noté que el panorama no era el mismo. La ausencia de personas era notable, pero me acompañaban unas comadrejas que deambulaban por doquier. Ese no era un día agradable para salir, menos aún con la lluvia que se avecinaba. Ya había evitado volver a mirar mi reloj de pulsera. Lo había hecho infinidad de veces desde que me había sentado allí. Sin aviso, unas gotas de lluvia comenzaron a caer. El sonido de unos truenos hizo eco en mis pensamientos sabiendo que sería difícil que ella viniese. El crujir de las hojas caídas a mi alrededor se confundió con el sonido de unos pasos sobre el mullido colchón de hojas secas. Alguien se acercaba a mí. Giré de inmediato y la vi agitada, con la respiración entrecortada, vestida con un impermeable con una capucha que apenas le cubría la cabeza.

—Rosemary, ¿qué sucede? —pregunté al levantarme de inmediato y rodearla con mis brazos.

—Por más que sé que lo conveniente hubiese sido quedarme en la habitación del hotel, no he podido, no he dormido pensando en ti y en la oportunidad de estar juntos. Es lo que deseo desde hace tiempo, pero me he negado a esa posibilidad, aunque ya no puedo más. No bien se largó a llover, creí que no estarías aquí, esperándome. Por eso salí como una desquiciada, convencida de que te había perdido.

Le tomé el rostro y lo elevé para que escuchase bien lo que iba a

decirle.

—Rosemary, te dije que te esperaría y es lo que hago. Te aseguro que nada me lo impediría, aunque fuese lo último que hiciera en mi vida. —Le deslicé el pulgar por el rostro para barrer las gotas de lluvia—. Por otra parte, nunca me perderías porque me tienes desde el mismo día en que te conocí, me robaste el corazón y nada puede cambiar eso.

La besé con pasión, liberé los fuertes deseos que tenía por sentirla y por conocer el sabor de sus labios. Ahogué con mi boca los tímidos gemidos que Rosemary emitía. Ni siquiera la fuerte lluvia impidió que nos besáramos como si el día fuese a acabarse y con él nuestra existencia. En esos días recorrimos cada recoveco de la ciudad e hicimos lo que quisimos. Nos amamos sin pausa; adoré su cuerpo y sellé con el mío cada centímetro de su piel. No había quedado lugar en ella que no hubiese explorado y amado. Ya nada era igual entre nosotros: un atisbo de felicidad y esperanza refulgía a nuestro alrededor. También sabía que debía armarme de paciencia para que el tiempo hiciera lo suyo.

No quería pensar en la despedida, pero el día llegaría. Saber que emprendería el regreso con él me carcomía por dentro. Entendía que debía tener cierto temple para lograr estar a su lado. Decidí abordar un barco unos días después sin dejar de pensar sobre las distintas maneras de actuar para que esas jornadas que pasamos juntos se extendieran de manera definitiva. Solo debía conformarme con el recuerdo de lo felices que habíamos sido aquellos días. Si en algún momento había tenido dudas respecto a lo que representaba Rosemary en mi vida, luego de haber estado juntos, supe que no podría volver a alejarme de ella. Ya no.

* * *

—León —dijo Juana al verlo conmocionado frente a la fotografía que tenía apretujada entre los dedos.

—Yo… —Exhaló fuerte—. No creo que pueda decir mucho más.

—Lo que importa es el esfuerzo por lograrlo. Las palabras se acumulan en la mente, de a poco, irá seleccionado lo que quiere decirme.

Él asintió sin estar muy convencido.

—Yo tengo la certeza de que todo se irá acomodando e irá recuperando el lenguaje.

—Gracias, ¿puedo conservarla?

Juana vio cómo él se había aferrado a la fotografía desde que la había dejado en la mesa. Sin lugar a dudas, ese sitio le traía fuertes recuerdos.

—Claro que sí. ¿Quiere descansar?

Él asintió y tocó el timbre para que Dina lo buscase.

—Perdón.

—Sé que se está esforzando y puedo asegurarle que de mi mano lo logrará.

Juana lo vio irse hacia la habitación convencida de que había tocado una fibra íntima con las imágenes que había llevado. Recogió la otra fotografía que quedaba en la mesa y se quedó contemplándola. Con la mente, recorrió los momentos vividos allí. Había estado en varias oportunidades, sin embargo, la última vez había quedado impresa como si hubiera sido la primera, como si no hubieran existido otras veces, como si nunca hubiera estado en Londres ni recorrido las calles. Los recuerdos y las sensaciones se remitían solo a él.

—Doctora, yo tampoco dejo de recordar aquel primer encuentro —le susurró Gerónimo al acercársele por detrás.

Un fuerte escalofrío le recorrió todo el cuerpo. El cálido aliento sobre el cuello junto al calor de la proximidad no dejaban de alterarla de pies a cabeza. Ella lo miró e intentó negarse a sentir lo que él le provocaba. Necesitaba olvidarse de ese primer encuentro. Así como había podido abandonar la ciudad de Londres sin verlo ni confesarle lo que había disfrutado estar con él, en ese instante buscaba disponer de la misma determinación y escabullirse de su presencia.

—Por más que busques alejarte de mí, no podrás. —Le deslizó la mano por el cuello.

—Gerónimo, déjame, estoy aquí por tu abuelo, que es mi paciente.

—Lo sé, pero ahora se ha ido, y tú estás aquí sin moverte porque te sucede lo mismo que a mí. La única diferencia es que yo me he dado cuenta de que lo nuestro es solo una cuestión de tiempo, y eso es algo que debes admitir.

Juana no quería escuchar más, precisaba irse de allí cuanto antes. Estaba claro que su voluntad iba por un carril distinto a los deseos que le costaba controlar.

—Te ves hermosa hoy y daría lo que fuera para que te hubieras vestido

pensando en mí, aunque no sabías si estaría aquí. Dejé una reunión que tenía para venir aquí y verte.

Sin querer, ella se sonrojó porque no pudo evitar recordar que había elegido el atuendo con la esperanza de verlo esa tarde.

—Gerónimo, debo irme. —Resopló sobre la boca de él, que estaba a centímetros de ella.

—¿Quieres irte?

—Debo hacerlo —esgrimió con poca convicción.

—Bien —replicó con una pecaminosa sonrisa—, te acompaño.

Lo que ella no imaginó era que él insistiría en llevarla. El silencio se mantuvo en el corto trayecto hasta llegar a la casa de Juana. Parecía que, si alguno hablaba, algo dentro iba a estallar por los aires.

—Juana —dijo al estacionarse frente a la propiedad de Bustillo—, no voy a ocultar lo que siento por ti ni a esconderme de tu padre. Solo me detendré si tú me dices que me aleje. —Se acercó a ella tanto que casi rozaron los labios.

Un fuerte silencio se apoderó de ese momento. No había mucho que decir; el fuerte intercambio de miradas habló más que cualquier otra palabra que se pudiera pronunciar.

—Nos veremos pronto.

Ella descendió del automóvil sin ser consciente de que no dejaba de temblar. Parecía que no era dueña de su cuerpo. Se quedó allí a la espera de que él arrancara y de que el automóvil se perdiese por la arbolada calle, para que desapareciera cualquier vestigio de Gerónimo Nogués en el horizonte.

Capítulo 12

Por una cabeza

Una larga fila de automóviles aguardaba ingresar al Hipódromo de Palermo. El espectáculo que en breve se celebraría congregaba a un nutrido grupo de personas. Desde hacía décadas, las carreras de caballos atraían a una gran concurrencia que buscaba disfrutar de esas competiciones. Las instalaciones del lugar se habían realizado a expensas de las gestiones del Jockey Club. Los terratenientes que lo integraban habían luchado para recaudar los fondos necesarios para la construcción de un hipódromo; Carlos Pellegrini había sido el fundador y presidente de ese club, y el gestor de la adquisición de los terrenos en donde se levantaría el hipódromo. El lugar contaba con capacidad para miles de personas y con un número importante de palcos destinados a que las familias concurrieran y se deleitasen no solo con la hípica, sino también con un excelente restaurante. Con el pasar de los años, el lugar fue mejorando y se amplió el número de carreras que se corrían.

A un costado del establecimiento, se ubicaba la confitería La París. No solo llamaba la atención por la edificación neoclásica con reminiscencias parisinas, sino también por el selecto servicio que brindaba a los clientes. Ningún visitante del hipódromo quería perderse asistir a ese lugar y vanagloriarse, aunque fuera por un instante, del lujo y la ostentación que significaba estar allí. El domingo era el día por excelencia para que los hombres apostaran, mientras que sus esposas departían entre ellas con un rico té y finas masas sobre las últimas novedades acaecidas en la ciudad.

El ambiente distendido de la confitería cambiaba al ingresar a uno de los salones principales del establecimiento, en donde se tomaban las apuestas. Allí dentro, la pasión, la desesperación y la ansiedad dominaban a los presentes. Un hacendado se codeaba con un militar o hablaba mano a mano con un trabajador portuario: en ese recinto, todos estaban en igualdad de condiciones, salvo por el monto que cada uno disponía. El humo gris de los cigarros Cavour se esparcía en espiral por los vericuetos del amplio salón. A pesar de la espesa opacidad generada por el tabaco, se vislumbraban las pizarras mecánicas, ubicadas en uno de los muros centrales del recinto. Era permanente el sonido de las placas al subir y bajar a cada momento en función de las anotaciones que hacían los empleados, instalados detrás de un amplio mostrador de madera, al tomar las apuestas. El bullicio de las conversaciones se fundía con los gritos de los que trasmitían órdenes. Más de un centenar de hombres, con los boletos en las manos, se apasionaban por lo que sucedería en la carrera.

En breve, la suerte estaría echada. La pista de arena sería el epicentro de

las fervientes miradas de los asistentes y de las súplicas para que el caballo elegido ganase. Restaban unos pocos minutos para que se largara, entonces las emociones, alegrías y decepciones cobrarían vida. Los matutinos de mayor circulación de la ciudad contaban con una sección especial que adelantaba las fechas de las carreras y se hacían eco sobre lo acontecido allí, en especial, los domingos.

Felipe, en compañía de Catalina, había llegado hasta el predio hípico. Desde el mismo instante en que habían entrado, ella no había dejado de contemplar con fascinación todo cuanto la rodeaba. En un principio, Felipe había dudado en invitarla porque ese domingo él no tendría el tiempo suficiente para atenderla ya que estaba ahí por trabajo. Sin embargo, ella había aceptado de inmediato, aunque por motivos diferentes a los de las mujeres que estaban allí. A ella poco le importaba lucir un elegante vestuario para pavonearse y ubicarse en el centro de la escena ante la mirada masculina. Se encontraba ahí para poder admirar a los caballos que enseguida ingresarían a la pista para disputar la carrera. Desde que había arribado, no había dejado de pensar en Trueno y en la lesión que había sufrido, que lo imposibilitaba de correr.

El joven Benegas se sentía feliz: había conseguido empleo en un diario de la ciudad, aunque las notas periodísticas que le daban no eran las deseadas. Él se había ilusionado con comenzar con algún artículo del ámbito político. La efervescencia de varios sectores sociales contra el Gobierno estaba de manifiesto y deseaba abocarse a ese tema, sin embargo, la inexperiencia y cierta afinidad hacia los caballos por provenir del campo lo habían destinado a ese ámbito periodístico. Allí estaba para retratar lo que se vivía en una tarde dominical. No obstante, buscaría sacarle provecho a esa jornada para ganarse un lugar en la redacción. Debía estar atento a todo lo que sucedía alrededor.

—¿Qué me dices?

Desde que habían ingresado al hipódromo, notó la fascinación de ella por todo lo que la rodeaba y supo que no se había equivocado en la invitación.

—Te agradezco tanto, me encanta estar aquí y disfruto de todo cuanto veo.

Ambos compartían una mesa en la confitería La París, que estaba colmada de personas que degustaban las exquisiteces que allí servían.

—¿Quieres beber algo más?

—No, gracias.

—Cata, debo irme antes de que comience la carrera —comentó al mirar

el reloj de pulsera.

—Viniste aquí a trabajar, haz lo que tienes que hacer. No te preocupes por mí.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Nos vemos más tarde; mientras, quédate aquí.

Él abonó y, antes de abandonar la confitería, se despidió con un simple beso en la boca que ella no pudo esquivar. La gente que había y el apuro de Felipe impidieron que ella le repitiera que detuviese las manifestaciones de cariño; lo que menos deseaba era confundirlo. La relación que hasta ese momento mantenían seguía, al menos para ella, como una amistad. Él le había asegurado que no volvería a insistir hasta tanto ella no cambiara de actitud; sin embargo, Felipe no dejaba de buscar distintos momentos para dejarle claro cuáles eran sus sentimientos. El permanente murmullo de los presentes y la tensión que se percibía dentro terminaron por asfixiarla. Más allá de la elegancia y el lujo que la rodeaban, decidió salir de allí.

Un sendero plagado de tipas adornaba y pintaba de verde los alrededores del lugar. Por las copas de esos árboles con forma de parasol, que brindaban sombra y frescura en los días calurosos, asomaban las flores tachonando de ambarino el verde follaje. Se lanzó a caminar entre la vegetación que habitaba en las extensiones del predio admirando todo alrededor. A medida que se alejaba, el murmullo de la naturaleza la arropó. A cierta distancia vislumbró otra construcción. La villa hípica se alzaba con toda su magnificencia. Un sinnúmero de boxes alojaba a los caballos que en breve se lucirían en las pistas. No dudó en acercarse para poder ver mejor la caballada. Antes de adentrarse por los pasillos del establo, leyó un cartel de advertencia por el que se prohibía el ingreso a todo aquel que no fuera personal del lugar, jinetes y peones. Supuso que nadie se molestaría si ella accedía a esa área restringida, quería apreciar de cerca a los animales que había allí.

—¿Me aseguras que esta vez todo saldrá de acuerdo a lo previsto?

—Sí.

—Embustera debe ganar.

—Debería importarte el jinete y no el animal. Él la conduce y, con sus maniobras, será quien ganará la carrera.

—Te equivocas si crees que Santoro es Irineo.

Lo dicho hacía una clara referencia a lo sucedido con Leguizamo, quien había mantenido una fuerte discusión con el propietario del caballo que corría, en la que le manifestó que era él quien mandaba en la pista y no el caballo, sabiendo que el dueño había apostado por otro animal en una carrera que, como tantas otras, él había ganado. Poco después, Irineo se desvinculó del patrón para correr otros caballos bajo el auspicio de otros propietarios.

—Entonces, deberías avisarles a los apostadores, que conocen la fuerza y destreza de Embustera.

—Si así fuera, yo no estaría aquí.

—Estás aquí porque me debes un favor, ¿o quieres que te lo recuerde?

—Hijo de puta, ya tienes lo que buscabas.

Catalina se había quedado absorta escuchando la escueta conversación ocurrida dentro del box. Por más que supo que debía irse de ahí, porque enseguida saldrían los protagonistas de la charla y ella quedaría expuesta, no pudo hacerlo. Los pies no le respondían y no dejaban de resonarle en la mente las frases lanzadas segundos antes. Se mantuvo ahí hasta que ambos hombres salieron del box.

—¿Qué hace esta intrusa aquí? —preguntó el dueño del caballo que correría la carrera.

Catalina supo, al escuchar aquellas pocas palabras, quién participaba en la discusión. Unos ojos negros se posaron ella desnudándola.

—Catalina Nogués.

—¿La conoces?

Cualquier extraño podía notar la intensa mirada entre Segundo y Catalina. Ella no podía creer que coincidiera allí con él. El último encuentro había sido especial. Sin embargo, él se ausentaba para mantenerse lejos de ella, lo que provocaba el enojo de la muchacha, que siempre deseaba volver a verlo.

—Si quieres compañía, puedo dártela cuando termine la carrera —expresó al intentar acercarse a la joven.

No vio venir el puñetazo lanzado por Segundo, que lo estampó contra una puerta de madera.

—Ni se te ocurra tocarla —aseguró con furia.

Evaristo Correa se quedó de una pieza ante la fiereza de Segundo. El último tiempo no habían dejado de mantener discusiones por diferentes motivos, pero ese día parecía que se lo llevaba el diablo.

—¡Suéltame!

Benegas hizo lo que el otro le pidió, no quería levantar más revuelo. Su situación no era la mejor y, cuanto más desapercibido pasara, mejor para él.

—No querrás que te recuerde por qué estás acá —esgrimió al colocarse mejor el cuello de la camisa y estirar el elegante saco claro que vestía para esa jornada dominical.

Evaristo supo que no era buena idea volver a retrucarle algo a Segundo. Necesitaba aflojar la tensión que se vivía en el ambiente y centrarse en lo que minutos después sucedería en la pista. Santoro, el jinete que había llegado un tiempo antes y había visto al caballo, regresaría en pocos minutos para llevarlo a la arena.

—Te veré más tarde.

—No es necesario, yo ya cumplí —aseveró Segundo.

De inmediato se acercó a Catalina, la tomó del codo y la llevó por el pasillo del establo hasta salir. Abandonaron la villa hípica y se refugiaron bajo el amparo de unas tipas.

—Disculpa si te importuné en algo.

Los ojos negros de él parecían haberse fundido en brea. Ella siempre había caído bajo el hechizo de esa mirada, pero ese día tenían una hondura diferente.

—No me debes pedir disculpas, ¿qué haces aquí?

—Vine con Felipe.

—¿Mi hermano está acá?

—Sí, vino a cubrir esta carrera.

—Mierda.

Segundo no podía creer cómo cada paso que daba se le complicaba por demás.

—Él no me dijo que estarías en Buenos Aires.

—No le avisé que vendría.

Entendía que, cada vez que Segundo arribaba a la ciudad, se instalaba en el apartamento que su hermano y la madre de ambos tenían. Estaba clara la decisión de él de pasar inadvertido.

—Yo no diré nada.

—No pretendo que mientas en mi nombre, lo único que te pido es que te alejes de aquí. No quiero que el hombre que viste en el establo se te acerque.

—¿Qué es lo que sucede?

La cálida brisa llevaba el eco de los megáfonos que avisaba que los jinetes estaban ubicándose en la pista.

—No hay tiempo ahora para que te explique y es mejor que así sea.

—Segundo, te repito que nadie sabrá que te vi.

Él se perdió en ese rostro angelical plagado de pecas y rodeado por la rebelde cabellera rubia que le caía en cascada sobre la espalda. Sabía que el sonrojo de las mejillas no se debía al calor ambiental, sino a la suma de sensaciones que él le generaba. Eso terminaba por enloquecerlo: saber que, sin siquiera haberla rozado, podía incitarla a sentirse así. Él tampoco era inmune a ella. Quería convencerse de que el motivo era que ella se había transformado en una mujer prohibida para él y eso lo provocaba más. Mentirse al no reconocer que Catalina siempre había sido alguien especial para él lo ayudaba a mantener la cordura frente a la joven. Sin embargo, la tensión que flotaba entre ellos se podía palpar en ese mismo instante. Nunca antes le había ocurrido eso con otra mujer. Sin poder contenerse, deslizó el dedo para acariciarle la sonrojada y acalorada mejilla. A medida que lo hacía, percibía el estremecimiento de Catalina. A pesar de los deseos por quedarse junto a ella, debía alejarse porque nada de eso podía estar pasando.

—Debes irte —dijo al ver el rostro enlutado de la joven—. Te aseguro que es lo mejor para ti.

—Creí que podías confiar en mí como yo lo he hecho contigo.

—Lo hago, pero ahora debes irte. Ya encontraré el modo de verte y explicarte mejor todo.

Si lo hubiera pensado mejor, no le habría dicho eso, pero estaba claro que, cuando estaba junto a ella, su mundo se alteraba. No podía, aunque quisiera, alentar los sentimientos de Catalina ni dar rienda suelta a los propios.

Antes de irse, le tomó la barbilla y de inmediato se dio cuenta de que haría algo de lo que después se arrepentiría.

—Busca a Felipe, que debe estar preocupado por ti.

Ese pensamiento era el único que lo mantenía alejado de ella. Le clavó los ojos negros en el rostro para luego girar y lanzarse a caminar sin volver la vista atrás. De la boca de Catalina no brotó todo lo que deseaba decirle desde la última vez que habían estado juntos, mientras contemplaba cómo la imagen de él se perdía a través del predio hípico.

Aún recordaba a la perfección la irrupción de Santiago Nogués en la estancia. Ella desconocía el tamaño del malhumor paterno, que había ido a La Elegida para llevarla a la ciudad. Sin saber el motivo. Le había contado por qué no había ido Gerónimo a buscarla, lo que había generado una fuerte discusión. Los gritos habrían continuado si no hubiera sido por la aparición de Segundo, que había salido del establo en busca de unas medicinas. La molestia de Santiago se incrementó cuando Segundo le exigió que dejara de gritar. Una palabra trajo la otra. El nombre de Gerónimo surgió de golpe. La amistad que Segundo tenía con él lo había condenado a los ojos de Santiago Nogués. Solo le quedaba a Catalina el recuerdo de aquella pronta despedida envuelta en una fuerte discusión; esos habían sido los últimos minutos juntos.

Una vez que ella arribó a la ciudad, no logró dejar de pensar en él y en el modo de acercarse. Sabía que la única manera de verlo sería viajando a la estancia, pero en ese momento la situación familiar no estaba como para insistir en emprender ese viaje. Ella se había mantenido allí, bajo la sombra de los árboles, recordando una y otra vez el escueto encuentro con Segundo sin reparar en que Felipe la aguardaba. Se lanzó a caminar hacia la confitería en la que minutos antes había acordado quedarse para esperarlo.

La algarabía y el alboroto estallaron alrededor de la pista. La carrera acababa de comenzar. Ella se mezcló entre la concurrencia para contemplar la destreza de los caballos. Oteó en más de una ocasión para ver si encontraba a Segundo; lo único que atisbó a ver fue un sinnúmero de binoculares que, desde la tribuna, seguían el recorrido de los caballos. Ella mantenía la ilusión de que él estuviese en algún lugar del predio a pesar de haberlo visto retirarse. De repente, el sonido de los aplausos y los gritos para el caballo ganador la sacaron de los pensamientos. No supo si en medio de sus cavilaciones había escuchado correctamente. Se acercó a un grupo de personas que se mostraban indignadas por el resultado. Según entendió, el favorito se había mantenido cabeza a cabeza con otro, pero en los últimos metros no pudo sostener el ritmo de la carrera y no pudo llegar a la meta. Nadie discutía que se había disfrutado de un espectáculo magnífico. La euforia de la gente lo demostraba.

—Creí haberte dicho que me esperaras en La París.

Ella se sobrecogió al escuchar a Felipe detrás de ella. Lo sucedido minutos antes la mantenía distraída.

—Debe ser suerte de principiante —comentó el joven, respecto a que no era su primera nota, pero sí una en un medio capitalino—, aunque estoy seguro de que has sido tú quien me trajo suerte.

—¿A qué te refieres?

—No te imaginas lo que se vivió allí dentro; fue enloquecedor. En eso me explayaré en mi crónica. Hacía tiempo que no se vivía una carrera tan apasionante, que dejó con la boca abierta a más de uno por los resultados.

—Eso parece. Aquí la gente estaba enardecida. Por lo que escuché, el favorito no salió ganador.

A él le causó gracia que hablara con esa terminología.

—No. Para sorpresa de varios, ganó Embustera.

Catalina se quedó de una pieza. Allí en medio de la gente, no había logrado captar la realidad de lo acontecido, porque estaba distraída: no había dejado de buscar a Segundo. No comprendía que se hubiera ido justo en el momento en que se largaba la carrera.

—Cata, ¿qué sucede? Por tu cara de asombro, parece que hubieras apostado al favorito —manifestó con una sonrisa—. ¿Quieres volver a la confitería?

—No, gracias, supongo que deberás poner manos a la obra y hacer la crónica del día.

—Tienes razón, pero antes te acompañaré a tu casa.

—Pero si no puedes…

—Cata, eso no se discute.

Ambos emprendieron la salida del hipódromo y fueron a buscar el automóvil al estacionamiento, como parte de la concurrencia. Desde el mismo momento en que decidieron abandonar el predio, ella no había dejado de sentir que alguien la seguía con la mirada. Se detuvo unos instantes y escudriñó alrededor, pero no notó algo distinto o que le llamara la atención.

—¿Qué sucede?

—Nada, me pareció que alguien me llamaba.

—No creo que aquí te encuentres con alguna de tus amistades.

—Tienes razón —afirmó para no levantar sospechas.

—Debo decirte que te estás comportando un poco extraña. Tendré que tener mayor cuidado de a qué lugares te traigo.

Ella asintió con una débil sonrisa y continuó caminado en compañía de Felipe, sin darse cuenta de que unos ojos negros no habían dejado de contemplarla hasta que salió del Hipódromo de Palermo. La inquietud de Catalina se extendió durante la noche y el día siguiente. Las primeras horas de la mañana avanzaban sin pausa ni novedad hasta que la empleada apareció en el dormitorio.

—Señorita, alguien la busca.

—¿Quién es? —preguntó ahogada por la sorpresa.

Ella tenía la ilusión de que en algún momento Segundo fuera a verla. Se había mantenido expectante del sonido de la puerta, aunque todo había sido en vano. Si lo pensaba mejor, sabía que eso sería imposible. Poca relación era la que él mantenía con su padre, por ser íntimo amigo de Gerónimo. En esa familia, o se estaba de un lado o del otro, y estaba claro de qué lado quedaba Segundo. Con el anuncio de la empleada, creyó que el sueño se le cristalizaba.

—La señorita Pereyra está aquí.

—¿Dolores?

La joven dejó a la empleada con la respuesta en el aire, porque bajó como una tromba en busca de su amiga. No era Segundo, pero la inesperada llegada de su mejor amiga le aliviaría el alma. Necesitaba contarle a Dolores los últimos meses.

—¡Qué alegría verte! —exclamó al lanzarse sobre la joven, que estaba pasmada ante semejante recibimiento.

—Cata, no me imaginaba que fueras a extrañarme así.

—Es solo que no creía que estuvieras de regreso ahora. Suponía que te quedarías con tu familia un mes más.

—He viajado con mi padre.

—Ven a mi cuarto, así me cuentas cómo lo has pasado.

Ambas subieron los peldaños de la escalera de dos en dos para alcanzar cuanto antes la tranquilidad de la habitación y poder confesarse los sucesos de los últimos dos meses.

—Quiero que me cuentes a qué lugares has ido.

—No creo que tengas toda la mañana para escucharme —aseguró ante la carcajada de su amiga.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Dolores se había ubicado en un butacón del amplio cuarto para comenzar a relatarle las andadas en el balneario en el que su familia poseía una residencia.

—Entonces, ¿volverás a verte con Federico Sandoval?

Hacía tiempo que Dolores estaba tras los pasos de ese joven amigo de la familia. La cuestión que impedía que algo entre ellos avanzase eran los permanentes viajes que hacía a raíz del trabajo que tenía. La empresa familiar comerciaba e importaba géneros de gran calidad, entre otras cosas, y era él quién se dedicaba a realizar las grandes compras en el exterior.

—Coincidimos en Mar del Plata, pero debió irse y me prometió que regresaría si podía solucionar los temas que tenía por resolver.

—Entonces, es solo cuestión de tiempo.

—Eso es justo lo que me carcome por dentro, porque no sé hasta cuándo deberé esperarlo.

—No debes preocuparte. No es lo mismo esperarlo sabiendo que él piensa en ti que aguardar a alguien que aún no sabes si te tiene en la mente.

—En eso tienes razón. Ahora cuéntame de ti.

—Estuve unas largas semanas en la estancia.

—Por tu cara, supongo que estás ansiosa por regresar.

—Así es.

—A mí no me engañas. Quiero que me cuentes qué sucedió en el campo. ¿Lo viste?

La única persona que conocía su secreto guardado bajo siete llaves era Dolores. Había sido imposible ocultarle lo que le sucedía con Segundo a ella,

que no dejaba de preocuparse por todo lo que le ocurría.

—Sí, pero hubo algo que cambio todo.

—¿Qué pasó?

—Aunque yo me resista, Felipe me habló de sus sentimientos.

—Cata, al fin. Con solo verlo de afuera, se notaba el interés por ti. Además, es un buen joven. Eso sí, no sé qué pensará tu padre.

—Pero sabes que yo solo puedo brindarle la amistad que forjamos hasta el momento.

—No me digas que le planteaste lo que sientes por su hermano.

—No. Hice algo peor.

—¿A qué te refieres?

—Hablé con Segundo.

—Pero ¡con esa noticia deberías haber comenzado esta conversación! ¿Cuándo y cómo fue?

—No me pongas más nerviosa de lo que estoy; te iré contando cómo se dieron las cosas.

Dolores se apoltronó mejor en el sillón y se mantuvo en silencio, algo que le costaba, para dejar que su amiga le relatara lo sucedido en La Elegida.

—Al fin tuviste el valor de hablarle con el corazón. No creí que fueras a hacerlo.

—Yo tampoco, aunque lo deseaba tanto, sabía también que no me saldría ni una palabra cuando estuviera frente a él.

—Pero te salió. Mira, es algo muy bello escuchar que otra persona siente algo por ti. Nadie puede ofenderse por eso.

—Supuse que ese podría ser un problema, o el modo en que iba a tomárselo, pero todo se complicó con la confesión de Felipe. Segundo estaba ahí cuando Felipe me besó. No te imaginas cómo me sentí; por un lado, aturdida por la actitud de Felipe y, luego, por la presencia de Segundo. En aquel instante, pedía que la tierra se abriese para yo poder quedarme dentro y no salir un tiempo.

—Pero lo has hecho y del mejor modo. Debes organizar otro viaje a la estancia, pero esta vez, seré de la partida.

—¿Me acompañarías?

—Por supuesto. ¿Hace cuánto que no volviste a verlo?

En ese mismo instante, se detuvo al contestar. Adoraba a su amiga, pero sabía que, en más de una oportunidad, se iba de boca. Le había asegurado a Segundo que nadie sabría, al menos por ella, que él se encontraba en la ciudad y pensaba cumplirlo.

—Ya hace unas semanas que regresé de la estancia.

—En verdad es una situación complicada, porque debes moverte sin que nadie salga lastimado.

—Es lo que deseo, aunque no creo que pueda lograrlo. Es todo muy complicado porque, mientras Felipe insista sobre lo que siente por mí, alejará más a su hermano de mí. Todo esto se enreda cada vez más, porque yo tampoco soy la misma desde que le confesé que estaba enamorada de él.

—Debes contar con algo que yo no tengo: paciencia. Con el tiempo, todo se irá acomodando.

—En verdad lo ansío, no te imaginas cómo, aunque por momentos creo que todo será imposible porque son muchas las dificultades.

—De ti depende que todo cambie; eres la única que no puede doblegarse ante las circunstancias que los rodean.

—Tienes razón, amiga. No te imaginas los deseos que tenía de contarte todo.

—Bueno, me tendrás toda esta semana para evocar lo ocurrido en la estancia.

—¿Te quedas a almorzar?

—Por supuesto. Espero que por la tarde me acompañes a hacer unas compras que mi madre me pidió.

—Claro que sí.

Ambas se quedaron en la habitación hasta la hora del mediodía, poniéndose al día sobre lo acontecido en el tiempo que habían estado separadas.

* * *

La estadía en la ciudad le había llevado más de lo previsto. Esa tarde había terminado con todas las ocupaciones que debía cumplir, había abonado la habitación en el hotel en que estaba alojado porque partiría hacia el campo. Sin embargo, sabía que había algo que lo retenía en Buenos Aires. Entendía que no podía darle asidero a lo que experimentaba, pero, por mucho que luchara por evitarlo, una serie de sentimientos encontrados batallaban en su interior. Por momentos le costaba reconocerse, nunca antes se había sentido de ese modo. Durante todo ese tiempo se había dedicado a apuntalar a su hermano y a lograr que saliera adelante a pesar de lo sufrido, y en especial de él mismo. Era la primera vez que notaba que Felipe había levantado vuelo: había emprendido el viaje a la ciudad para instalarse, vivir a pleno de su profesión y estar cerca de la mujer de la que se había enamorado. Eso se repetía una y otra vez para poder poner distancia de Catalina.

—¡Mierda! —Golpeó la mesa con la copa de whisky que estaba bebiendo en un bar de la ciudad.

El mozo se acercó de inmediato para preguntarle al cliente qué necesitaba.

—Tráeme otra y la cuenta.

Terminó de un trago el resto del contenido y dirigió la mirada hacia el cristal de la ventana. Contempló el transitar de las personas que a esa hora regresaban a sus hogares. El día llegaba a su fin bajo el manto de un cálido atardecer. Él también debía poner fin a esa jornada y salir de la ciudad; no debía darle más vueltas al asunto. Ante la extraña mirada del camarero por no haber probado la última consumición, abonó la cuenta y abandonó el lugar.

Caminó unos pocos pasos hasta alcanzar el automóvil para continuar su rumbo. Sin que él fuera consciente, el vehículo se adentró por otras calles hasta desembocar frente a una propiedad que conocía por demás. Estacionó en la esquina y salió para dirigirse a la casa de la familia Nogués. A pesar del fuerte deseo que lo consumía, no logró dar más de dos pasos. Se apoyó sobre el lateral del coche, elevó la vista hasta identificar la habitación de Catalina, que estaba en penumbras. Saber que no estaba, al menos en el cuarto, lo alivió. Debía alejarse de allí cuanto antes para no hacer una locura.

—¿Segundo?

Ese encuentro era el que él había estado buscando, a pesar de que en ese momento pretendía eludirlo.

—¿Viniste a verme? —susurró Catalina al verlo.

Sin lugar a dudas, la llegada de Dolores había sido muy oportuna, porque, entonces, la dueña de casa había salido a acompañarla hasta una tienda para adquirir unos presentes. Si no lo hubiera hecho, no habría estado frente a él.

—Te dije que te vería antes de irme.

—Desde ese momento, estuve esperando que vinieras.

Ella no sabía si haberle confesado lo que sentía por él la había liberado o haber hablado tan francamente con Dolores la había alentado.

—Catalina —dijo al rozarle la mano con los dedos—, quería saber si alguien te ha molestado.

—¿Te refieres al hombre del establo?

—Así es.

—¿Por qué motivo lo haría?

—Para fastidiarme.

—¿Solo para eso?

—Él sabe cómo meterse con las personas que para mí son importantes.

—¿Lo soy? —replicó casi en un ahogo.

—Sabes que sí.

—Pero me gusta oírlo.

Él no dejaba de contenerse de hacer lo que tanto anhelaba. El fuerte deseo por sentirla lo quemaba por dentro. Por más que lo negase, estaba allí porque era un egoísta, y lo peor era que estaba logrando confundirla.

—El hecho de que te lo diga las veces que haga falta no va a cambiar nada entre nosotros.

—Eso nunca se sabe.

Él enrosco sus dedos con los de ella y le besó la palma de la mano sin dejar de contemplarla. Una serie de imágenes regresaban a su mente sobre los distintos momentos que habían compartido. Ella siempre había sido especial para Segundo, pero nunca antes se había permitido pensar en algo más hasta aquella tarde en la carretera, cuando le confesó con una honestidad digna de admirar todo lo que sentía por él. A partir de aquel momento, no había podido sacársela de la mente. Lo había intentado buscando la compañía de otras mujeres para saciar la necesidad de ella, pero no lo había logrado; estaba seguro de que ninguna otra podría reemplazarla. Eso lo enloquecía más. Ella había enmudecido al sentir los labios de él sobre su mano. Ella había sucumbido frente a ese gesto simple e íntimo.

—Catalina, debo irme.

—Nadie supo que estuviste aquí. Si regresas, y lo haces bajo la misma circunstancia, me gustaría que volvieras a verme. Sé guardar un secreto —finalizó casi en un susurro.

—Lo sé —aseguró con una amplia sonrisa.

Él debía irse de allí cuanto antes si no quería enredar más aún la situación. Con la mano le rodeó el cuello y acercó la boca para darle un beso en la mejilla, pero el leve movimiento de ella hizo que sus labios rozaran la comisura de la boca, esa boca a la que él anhelaba devorar. No era la despedida que le hubiera gustado, pero sí la única posible.

—Hasta pronto.

—Nos vemos —agregó ella con los dedos sobre el lugar donde él la había besado.

Se mantuvo atenta a la imagen del vehículo hasta que giró en la esquina siguiente y se perdió por las calles de la ciudad.

En el otro lado de la acera, alguien se había detenido para observar la extensa escena de despedida. No podía creer lo que sus ojos veían. Nunca hubiera imaginado la traición por parte de Catalina. Sin embargo, no le llamaba la atención el proceder de Segundo. No le había pasado desapercibido el modo en que la miraba ni cómo se comportaba cada vez que estaba con ella. Esa vez, él había intentado estar un paso por delante de su hermano y no soportaría que Segundo torciese su presente. Él amaba a Catalina y haría lo que fuera para defender lo que sentía por ella. Le haría entender que solo con él encontraría la felicidad. A medida que los pensamientos se encadenaban unos con otros, comenzó a estrujar el ejemplar del periódico donde había

salido la nota del pasado domingo. Se sentía orgulloso de haberla escrito y quería compartirla con ella. Por ese motivo estaba allí. Debía guardarse los fuertes deseos de estar junto a Catalina e irse de inmediato. No podría mirarla a la cara. Sin dudarlo, emprendió el regreso con el corazón en un puño. Minutos después, la acera quedaba desierta, sin vestigios de la presencia de Felipe Benegas, salvo por los trozos del diario con los que jugueteaba la brisa nocturna.

CAPÍTULO 13

Bajo una lluvia de recuerdos

La redacción del diario *Crítica*, fundado por el uruguayo Natalio Botana, ocupaba un importante edificio de estilo *art déco* sobre la avenida de Mayo. Había salido para competir con el diario *La Razón*, que lideraba el sector de noticias. Felipe Nogués concurría hasta allí cada mañana para cumplir con su trabajo. Más allá de las semanas que llevaba instalado en la ciudad, le costaba acostumbrarse al ritmo desenfrenado en el trabajo. Su experiencia en el diario *El Zorzal* no contaba para nada y poco podía compararse; ni la celeridad en las noticias ni la modernidad en la técnica de impresión podían asimilarse a una simple publicación pueblerina. Lo único que él mantenía inalterable era su espíritu inquieto por saber sobre el tema que fuera.

En corto tiempo, había aprendido que lo importante para ese periódico, que había alcanzado la quinta edición –la última era la de las doce de la noche–, era captar el espíritu popular y enfocarse en que los artículos llegasen al corazón de la gente. El estilo coloquial y directo para el público lector era el sello impuesto por el diario. Claro que no se dejaba de lado la cuestión cultural, completada por notas y artículos de Roberto Arlt, Raúl González Tuñón y Emilio Pettoruti, quienes engalanaban la sección *Crítica Magazine*. Varias eran las secciones que debían cubrirse en dicha publicación y, si bien el ámbito policial ocupaba un lugar importante, la política mantenía un lugar de privilegio. El periódico había sabido tomar una postura desde sus editoriales. La férrea crítica al gobierno de Yrigoyen en su primera presidencia al denunciar la represión en las huelgas de los obreros patagónicos le había valido los intentos de cierre del diario. El periódico había dado la bienvenida a aquel Gobierno bajo un gran titular de letras negras que decía: "Dios salve a la República". Ese título definía a la perfección el espíritu que había en el diario.

Felipe estaba empecinado en cubrir las noticias del ámbito político porque estaba convencido de que era el tema de mayor relevancia y aquel que lo pondría en un lugar de privilegio. Pero, al poco tiempo de trabajar allí, se dio cuenta de que haber comenzado en la sección de deportes no había sido tan mala idea. Ese rubro era uno de las más populares del diario, en el que se destacaba la hípica, el boxeo y también el fútbol. Si era lo suficientemente inteligente para buscar algo impactante, conseguiría el lugar que pretendía. No sería fácil porque el equipo de redactores estaba plagado de jóvenes como él que buscaban tener un lugar en la empresa editorial, por ese motivo debería trabajar duro para lograrlo. Concentrarse y sacar lo mejor de sí era una condición para llevar adelante su férreo deseo por ser alguien, algo por lo que luchaba desde pequeño.

Sin embargo, desde hacía unos pocos días había dejado de rememorar el apoyo y el bastión que había significado su hermano en aquella etapa de la vida y se había centrado en la cruel traición que había visto. ¿Qué necesidad había tenido Segundo de buscar a la mujer que él amaba? ¿Por qué se había encaprichado en querer quitarle a Catalina? No dejaban de girarle en la mente una serie de interrogantes sin respuestas. No se había podido quitar de la cabeza todo aquello, aunque había puesto distancia de la joven hasta saber cómo actuar. En su interior bullían una serie de sentimientos difíciles de controlar. Sin embargo, estaba convencido de que la única que tendría una explicación certera para darle sobre lo ocurrido sería Catalina.

En medio de esas cavilaciones, alcanzó el edificio de la redacción. Si bien trabajar le ocupaba la mente, no podía concentrarse lo suficiente como él deseaba. Ya dentro del lugar y en su espacio, se colocó frente a la máquina de escribir para continuar con una nota que había empezado el día anterior y que saldría para el fin de semana. A poco de comenzar a teclear, fue interrumpido por uno de los compañeros de sección.

—¿Quieres un café? —preguntó mientras depositaba un pocillo junto al otro que estaba bebiendo.

—Gracias, hoy me viene muy bien.

—Desde hace unos días se te ve de capa caída.

—Nada de importancia.

—Bien, aunque el que está con algunas cuestiones soy yo.

—Dime.

—Debo ir a cubrir una nota para este domingo, está arreglada para dentro de una hora, pero no puedo ir.

—¿Y crees que con un café todo está resuelto?

—No seas tan arisco; hoy por mí, mañana por ti.

—¿Cómo podré justificar mi ausencia?

—De eso no te preocupes, llevo más tiempo que tú acá dentro y sé cómo arreglarlo. Además, deberías ser tú quien vaya al hipódromo luego de la nota que has cubierto la vez pasada.

—Pero te han mandado a ti.

—Es solo una cuestión de fotos. Debes retratar al caballo ganador.

Estarán en la villa hípica esperándote para hacer unas pocas tomas, no más que eso.

—Hasta donde sé, eres tú el especialista en fotografías para el suplemento.

—Irás con mi asistente. Dile qué es lo que quieres y él se encargará de lo demás.

—Pero no me esperan a mí; sabes que son quisquillosos con eso.

—Si te refieres a una cuestión de control y seguridad, te daré mi identificación. En cuanto a lo demás, lo único que a ellos les importa es aparecer en el diario. Es más, verás cómo se irán en elogios para ser mencionados en el artículo.

—No creo que sea para tanto.

—Sí que lo es, al menos es como se conducen hasta que la fama los alcance.

—¿Entonces, qué hago?

—Espérame en diez minutos abajo y allí te daré lo que necesitas. —Señaló inclinándose sobre el escritorio.

—Mira que no puedo quedarme sin empleo.

—Felipe, es un simple favor. Aquí nadie se quedará sin trabajo. Además, estás al tanto del tema porque cubriste la carrera de ese domingo.

—Está bien.

Poco después estaba rumbo al Hipódromo de Palermo en compañía del asistente de Rodolfo Pascal. Una vez dentro, nada se parecía a la efervescencia y al bullicio del domingo anterior, cuando la gente no dejaba de vociferar sobre lo acontecido en la pista de arena. Durante los días de la semana, el lugar era habitado solo por el personal de trabajo. Los empleados procuraban, de modo eficiente, que las instalaciones relucieran durante el fin de semana. La confitería La París acababa de abrir las puertas y regocijarse con algo fresco antes de comenzar la entrevista le parecía tentador.

—Lamentablemente, no creo que tengamos tiempo de tomar algo aquí —le dijo Felipe al asistente al ver los deseos que tenía por ingresar allí.

—Nuestro lugar está con los caballos.

Felipe rio y se dirigieron hacia la villa hípica, donde los esperaban. En el camino se fijó en el reloj y comprobó que, a pesar de haber hecho todo a último momento, estaban llegando a horario. La amplia construcción hípica estaba formada por un sinnúmero de boxes distribuidos en toda la extensión. Los peones y los cuidadores transitaban por los pasillos con los enseres y la comida según el requerimiento de cada animal. Algunos propietarios deambulaban por allí controlando la atención a sus caballos y las prácticas realizadas en otras pistas de entrenamiento para evitar que mantuvieran a los animales mucho tiempo en los boxes. El personal se encargaba del vareo para que llegasen del mejor modo a las carreras del fin de semana.

—Es por aquí —le susurró al asistente para guiarlo hasta llegar al box indicado.

Un hombre de mediana edad con apariencia distinguida, vestido con un saco de color claro, aguardaba impaciente apoyado sobre la puerta de la caballeriza. No bien los vio acercarse a él, se aproximó para saludarlos.

—Usted debe ser Rodolfo Pascal.

—El mismo —manifestó un tanto dubitativo—. Si quiere mi credencial...

Felipe no había presentado la documentación para ingresar al lugar, al que solo tenían permitido el acceso el personal, los jinetes y los peones, según el cartel de advertencia colgado en la entrada. Con la apariencia que ellos llevaban y la cámara fotográfica a cuestas, nadie podía negar que fueran periodistas.

—Pero qué va, no es necesario. Lo importante es que no se olvide de mi nombre en la publicación de la nota —comentó al lanzar una amplia sonrisa —. Evaristo Correa, un gusto conocerlo.

—Claro que no, ni el de su potranca Embustera.

—Sería mejor si la viera en la pista, aunque no sé dónde serán las fotos.

—Haremos unas pocas aquí y otras en la práctica de entrenamiento. Luego seleccionaremos las fotografías y veremos cuáles son las mejores.

—No me ha dicho en cuál o en cuántas saldré yo.

Felipe evitó lanzar una sonrisa al acordarse de los dichos de Pascal; sin dudas, él había minimizado el conocimiento de su compañero sobre el ambiente hípico. Hasta el momento, todo marchaba de acuerdo a lo hablado. Aprovecharon para tomar algunas imágenes de Embustera, bajo la permanente

asistencia del dueño del animal. Luego de la sesión fotográfica, dieron por terminada la tarea allí y ambos caminaron junto al asistente hasta el exterior. El peón llevaba de la rienda a Embustera para varearla en la pista ubicada a un lado de la construcción. La mañana era luminosa e ideal para la ejercitación que hacían los animales allí afuera.

—Ha estado usted el día de la carrera, ¿verdad? —se interesó Correa.

—Por supuesto, y debo decirle que lo vivido ese día fue indescriptible. La euforia por lo que sucedía en la pista fue impresionante.

—Lo sé. No se imagina lo que significó para mí y para mi gente obtener el primer premio.

—Supongo que habrá sido muy importante, aunque, sin la destreza del jinete, nada de esto podría haber sido posible.

Una fuerte carcajada inundó la conversación y dejó de una pieza a Felipe, que no comprendió la risa del propietario de Embustera.

—¿Usted quería conocer al jinete? —Señaló a alguien que se acercaba —. Aquí viene.

Felipe giró y vio aproximarse al jinete de pequeña musculatura, muy ágil en su caminar.

—Le presento a Santoro —dijo Correa.

—Un gusto.

—¿Hacemos las fotos aquí? —inquirió inquieto Evaristo.

—Antes, me gustaría saber cómo vivió el último instante en que supo que alcanzaba la meta.

—Es algo para lo que uno se prepara a diario en las prácticas que hacemos, aunque alcanzar el triunfo es la ilusión que mantenemos en cada carrera.

—Debes tener en cuenta que sin Embustera nada hubiera sido posible —interrumpió Correa.

—Somos un binomio ganador —aseguró el jinete.

—Claro que sí, aunque sin mi potranca nada de eso hubiera sido posible.

La gélida mirada del jinete ante el reiterado comentario de Correa fue

significativa. Poco le importaba su destreza sobre el animal, solo valoraba al caballo y esa actitud lo estaba hartando. Felipe se había dado cuenta de que entre ambos la hostilidad estaba presente y aprovechó para repreguntar.

—¿Cree que para ganar una carrera basta con tener un buen ejemplar?

—No voy a restarle importancia a la conducción de Santoro, pero sin Embustera él no hubiese obtenido el premio.

Felipe notó que el triunfo había sacado a la superficie la rivalidad entre el propietario del caballo ganador y quien lo montaba.

—Somos un equipo, aunque no debes olvidarte de Benegas.

—Él no cuenta —retrucó Correa con una forzada sonrisa.

—Disculpe, pero ¿a quién se refiere?

Felipe lanzó la pregunta en tono de confesión, porque no quería que ni Correa ni el asistente, que en ese instante se habían alejado para realizar unas fotos al animal en la pista, notasen el escozor que le produjo escuchar su apellido en boca de ese hombre. No salía del asombro, pero debía cerciorarse, quizá no había oído bien al jinete.

—Nada de importancia. Se refiere al veterinario que asiste a mi caballo, pero no necesita colocarlo en la crónica que está haciendo. Él se debe haber ido luego del domingo.

El único momento en que Evaristo Correa había cambiado el humor fue al hacer referencia a su hermano. Había bastado la mención de Segundo para que se transfigurara. Felipe intentaba ordenar la mente, pero no podía porque una serie de pensamientos e imágenes se le colaban en la cabeza sin sentido alguno. Debía aquietarse porque estaba allí cubriendo una maldita nota y, una vez más, su hermano se inmiscuía en sus asuntos.

—Correa, acérquese al animal, así le sacamos una foto más.

Felipe alejó a Evaristo y al asistente para hacer las últimas tomas.

—No debe ser fácil lidiar con Correa —le comentó a Santoro.

—No lo es. Cuando pueda, me alejaré de él. En unas carreras más, lograré conseguir otro caballo bajo el patrocinio de otro propietario, de eso estoy seguro. Pero, primero, deberé obtener otros triunfos. Luego, todo se dará solo —manifestó no muy convencido.

—Quizá lo haga también el veterinario —agregó Felipe para saber algo

más de la intervención de Segundo.

—Es algo en lo que no meto, porque ese Benegas es alguien que ha traído Correa en el último tiempo.

—Supongo que debe hacer bien su trabajo.

El jinete clavó la vista en su interlocutor y asintió. Enseguida se alejó hacia la pista para culminar la foto que el asistente de Pascal le pedía. Felipe contempló a la distancia las tomas hechas, sin embargo, se mantuvo abstraído en sus pensamientos hasta que por fin abandonaron el Hipódromo de Palermo. Durante el trayecto, permaneció en silencio intentando armar las piezas del rompecabezas que le daba vueltas en la mente. Si no hubiera sido porque el asistente le indicó que debían bajar, hubiese seguido hasta la próxima parada del tranvía envuelto en el laberinto intrincado de sus pensamientos.

La redacción del diario *Crítica* estaba a pleno. Los distintos escritorios que ocupaban la sala estaban atiborrados de papeles y documentos. El ritmo agitado y vertiginoso del recinto se vislumbraba no solo con el transitar de los periodistas de un despacho a otro escritorio, sino también con el permanente murmullo del teclado de las máquinas Olivetti. Felipe se ubicó en su mesa de trabajo, dejó a un costado la crónica que debía finalizar antes de culminar el día y buscó la información que otros periódicos habían publicado sobre la jornada en el hipódromo. Leyó y constató que no había nada distinto a lo que él había relatado. Sin dudas, creía que algo se le escapaba, aunque no sabía qué era. En medio del ensimismamiento, se sorprendió al ver a Pascal apoyado sobre el escritorio.

—¿Cómo te ha ido?

—Al fin llegamos.

—Quédate tranquilo que no ha sucedido nada. Tu ausencia está justificada con un recado que te pedí que me hicieras.

—Entonces me quedo tranquilo.

—Claro, hombre, dime cómo te ha ido.

—Como me indicaste, Evaristo Correa buscaba su foto y la tuvo.

—Me alegro, Felipe. No sé cómo agradecerte.

—Como me dijiste hoy temprano: hoy por ti, mañana por mí.

—Cuenta con eso, aunque se me ocurrió un modo de agradecerte.

—¿Cómo?

—Agregar tu nombre en mi nota, como un colaborador. Sabes cuánto se leen mis artículos; es un modo de que estés más en el candelero.

—Yo no sé…

—Pero no te hagas el humilde, hombre. Bueno, te dejo que sigas con tu trabajo, que yo ando un poco retrasado con el mío. La mañana fue agotadora —finalizó con una mueca ladina.

—Nos vemos luego.

Felipe se quedó pensativo mientras veía alejarse a Pascal hacia su escritorio. No había sido la primera vez que le había escuchado que, para ser un buen periodista, debería seguir sus impulsos y su olfato cuando creía que había algo más detrás de una noticia. No quería dejarse llevar por las coincidencias descubiertas esa mañana, pero estaba convencido de que había algo más y de que Segundo estaba detrás de eso. Él no dejaría escapar esa oportunidad. De inmediato se levantó para cobrarse el favor que acababa de hacerle a su compañero.

—Disculpa si te interrumpo.

—No hay problema; dime qué necesitas.

—Me dijiste que querías colocarme como colaborador en la nota.

—Así es.

—Prefiero que no me menciones.

—Me sorprende que no lo quieras, salvo que cuentes con algún tema policial a cuestas, aunque estoy seguro de que lo sabríamos —declaró gracioso—. No te preocupes; no te mencionaré.

—Es que quería pedirte un favor.

—Lo sabía.

—Ya que me presenté con tu nombre e hice esta pequeña entrevista, quisiera seguir así para mantener algún otro reportaje con el jinete o con Correa.

—Felipe, para continuar con una nota, debe haber una historia detrás.

—Eso creo.

—¿Y no me vas a contar de qué se trata?

—Es solo un pálpito. Cuando tenga algo, te lo diré.

—Si te vas a largar a hacer algo sin informar antes aquí, hazlo en los tiempos libres que tengas. Cada cual los ocupa en lo que más le guste.

Estaba claro que Pascal había tenido un encuentro íntimo con una mujer; el aspecto que traía lo delataba.

—Gracias.

—Eso sí, tenme al tanto, porque mi nombre estará en juego.

—Por supuesto, solo busco seguir mi instinto.

Felipe se alejó del compañero una vez que había logrado lo que en verdad deseaba. Si alguien se enteraba de que se apellidaba Benegas, no obtendría la más mínima información sobre el vínculo de Segundo con Santoro y con Correa. Justamente eso era lo que necesitaba saber.

* * *

A pesar de estar llegando al fin del verano, la ciudad parecía desierta. Muchas familias pudientes se habían instalado en las propiedades de veraneo para evitar las jornadas sofocantes y húmedas de Buenos Aires. La ciudad de Mar del Plata había sido el destino elegido de algunas, mientras que el campo o las quintas habían sido la opción para otras. Lo importante era estar fuera de la urbe. Muy pronto la fisonomía de Buenos Aires volvería a transformarse con los tranvías y los colectivos atiborrados de personas en un constante ir y venir.

Sin embargo, el ritmo en el frigorífico Nogués continuaba igual. Los conflictos que se suscitaban a diario no daban margen para tomarse respiro alguno. Esa mañana Gerónimo había dejado a un lado las obligaciones laborales y se había apersonado en la casa de León para llevarlo al hospital para completar unos análisis que, desde que había tenido el accidente cerebral, debía hacerse. Como cada vez que llegaba a la propiedad, lo recibió Dina para informarle sobre el estado de salud de su abuelo y contarle cómo había pasado la noche.

—¿No quieres tomar algo?

—Gracias, Dina, pero el día recién comienza y tengo una jornada larga.

—En la sala, el señor te está esperando.

Gerónimo caminó hasta el recinto y lo vio sentado, ataviado con uno de los trajes que solía utilizar cuando concurría a la empresa. Ansiaba que algún día León volviese a ser el que había sido en el pasado. El fuerte y sincero deseo por la pronta recuperación estaba acompañado de la necesidad de saber quién había escrito aquella nota intimidante. Esas pocas frases no dejaban de darle vueltas en la cabeza. Hasta el momento, se lo había tomado con calma, pero el tiempo transcurría y no podía dejar pasar semejante hecho. Debía ver la manera de encararlo, aunque dependía de que León se recuperase cuanto antes para hablar; no quería ocasionarle un retroceso en el tratamiento al mencionarle la nota. Había consultado con la doctora y le había manifestado que habría momentos de confusión mental, más allá de que el accidente cerebral le hubiera afectado solo el habla. Por el momento, parecía que avanzaba de a poco hacia una lenta recuperación.

—¿Estás listo? —preguntó Gerónimo.

—Sí.

—Vamos entonces.

Antes de subir al automóvil, León se detuvo para mirar alrededor. La mañana estaba encapotada y una tormenta de verano se desataría en algún momento. El incipiente viento transportaba el olor a tierra y una grata sensación lo invadió. Ya ubicados dentro del vehículo, Gerónimo notó la frente perlada y brillante de su abuelo. De inmediato bajó las ventanillas para que una cálida brisa inundara el habitáculo y lo refrescara.

—Toma. —Le ofreció un pañuelo blanco para que se limpiara las gotas de traspiración que le brotaban del rostro.

—Gracias. —Se pasó el pañuelo por el cuello.

—¿Estás mejor?

—Sí. —Giró para ver el perfil de su nieto con las manos sobre el volante —. He notado que… —Tomó una bocanada de aire para continuar—: … que hablas con la doctora.

—Por supuesto, es la médica que te atiende. Es lógico que esté detrás de ella.

—Debes alejarte.

—¿Qué dices?

—No me hagas repetirlo.

—Dame una razón.

—Siempre discutes con ella.

Estaba seguro de que se refería a la última vez que ella había estado en la casa. Luego de la sesión, le había referido los deseos del doctor Ramírez de ver a León en la casa para seguir de cerca el tratamiento. Estaba seguro de que esos deseos no se debían a un sincero interés sobre el enfermo, sino a la necesidad de inmiscuirse entre ellos. Estaba claro que el doctor no soportaba la proximidad que había entre él y Juana, surgida a raíz de la cuestión médica. Una vez más debería aclararle a Ramírez cómo eran las cosas entre él y la doctora Bustillo. Aprovecharía ese día para clarificarle la situación.

—Discuto si es necesario; deberías alegrarte de que lo haga. Busco que el tratamiento sea el óptimo para ti.

—Quizás haya algo más.

—¿Cómo dices?

—Sabes a lo que me refiero —aseguró con esfuerzo.

Gerónimo miró a su abuelo con el ceño fruncido por tamaña observación. Sabía que se refería a Juana Bustillo y a lo que ella le provocaba. Sin dudas, a pesar de la situación que atravesaba, a León nada se le escapaba. Tendría que haber estado más atento a algunos chisporroteos que él había mantenido con la doctora. No pensaba explicarle lo que le sucedía, porque ni él mismo podía descifrar lo que acontecía en su interior. Una serie de sentimientos confluían con gran intensidad; cada vez que la doctora Bustillo estaba presente, incluso si lo estaba en una mera conversación. Para su gusto, el abuelo había estado demasiado alerta. Debería tener más cuidado con los estados de ensoñación en los que entraba León: tal vez, no se abstraía de todo, como parecía. Debería refrenar las rencillas que mantenía con la joven Bustillo.

—Quédate tranquilo, que yo sé cómo manejar las cosas.

—Eso espero de ti —concluyó al dar una profunda inspiración y contemplar por el cristal de la ventana.

Gerónimo se centró en la conducción observando cómo una delgada lluvia se estampaba contra el cristal del parabrisas. Volvió a mirar a su abuelo y notó que tenía la cabeza recostada sobre un lado de la butaca. El viento y las gotas de lluvia atemperaban el calor y le permitían soñar y recordar.

* * *

Otro año estaba llegando al final. Los meses corrían de prisa a la par de los encuentros clandestinos y furtivos que mantenía con Rosemary. A nosotros nos parecía que el tiempo se había detenido el mismo día en que nos habíamos cruzado; las horas las marcaba el reloj invisible que dictaba nuestras vidas. A pesar de la felicidad compartida, detestaba tener que esconderme y no poder llevar de mi mano por la calle a la mujer que amaba. Quería gritar a los cuatro vientos lo que por ella sentía y no tener que cuidar las formas para evitar algún problema con él. Ese era el único tema que nos separaba.

Yo no estaba dispuesto a esperar mucho más para que todo saliera a la luz. Le había garantizado que llevaría una vida sin preocupaciones, distinta a la que estaba acostumbrada hasta el momento. Me aseguraría de que nada le faltase si a mí algo me ocurría. Lo único que buscaba era darle la seguridad que no había tenido. En más de una ocasión, me manifestó que su decisión de callar no se debía a que pretendía mantener oculto lo nuestro, sino al temor por lo que pudiera ocurrirme si todo salía a la luz. Me decía una y otra vez que me amaba demasiado como para poner en riesgo lo nuestro y que su actitud no era para proteger a su familia, sino para asegurarse de que nada me sucediera. Sin embargo, ella no comprendía que yo podría hacer frente a eso y a todo aquello que se me presentase. Quizás verme enamorado y notar el modo que con ella me comportaba no le permitía dimensionar de lo que era capaz si algo sucedía. No buscaba darle un ultimátum, pero sabía que no soportaría continuar así más tiempo.

Dejé a un costado mis elucubraciones e indefectiblemente mis pensamientos me llevaron hasta la esquina de su casa. No debía indicarle a mi cochero que aguardase ahí. Su silencio y su lealtad estaban muy bien remunerados. El vehículo se detuvo a unos metros de la farola que, con luz mortecina, iluminaba en medio de las sombras proyectadas por los árboles que circundaban la acera. Cada tanto una tenue brisa se levantaba para aliviar el calor de aquellos días. Poco después la vi aparecer por la puerta de

acceso a la propiedad. El desconcierto por no verme al principio la detuvo, pero, al enfocarme con la mirada, se lanzó a la carrera, con el vaporoso vestido azul que se ondeaba flotando en el aire a medida que se acercaba a mí. Yo la aguardé en la puerta del coche y, no bien la tuve entre mis brazos, la ayudé a subir al vehículo.

—Creí que no vendrías —me dijo antes de que pudiera besarla.

—¿En verdad lo creías?

Ella negó con la cabeza, y esos ojos verdes se clavaron en mi pecho como puñales de acero, como sucedía cada vez que me miraba de ese modo.

—No, pero estaba ansiosa porque me dijiste que me llevarías a un lugar especial, y aún no sé adónde será.

Verla intrigada, con la mirada expectante por desconocer hacia dónde nos dirigíamos, valía la sorpresa. Ella se merecía todo lo que yo pudiera darle, aunque fuese lo último que hiciera en mi vida.

—Y no lo sabes —le resoplé en el oído—, porque es una sorpresa.

La mantuve entre mis brazos hasta que llegamos a destino. El viaje había sido muy corto para mi gusto, pero el lugar elegido quedaba cerca de donde estábamos.

—Ven.

La ayudé a descender del vehículo, mientras mi cochero se estacionaba en la otra esquina orillando el cementerio de la Recoleta. Unas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre nosotros.

—Dicen que la lluvia puede transformarse en una bendición —dije antes de besarla—; espero que así sea.

Parecía que la tormenta que en breve se desataría sería providencial. Ella se quedó contemplando la amplia y blanca construcción que se elevaba sobre nosotros. En la espadaña resaltaba el reloj inglés que señalaba la hora de los distintos oficios religiosos que se brindaban dentro. Si buscaba sorprender a Rosemary, lo había logrado.

—Vamos —le susurré al oído ante el estupor de ella.

Una fuerte ráfaga de aire fresco nos recibió al traspasar la gran puerta de madera. El sonido del silencio era abismal, tan solo interrumpido por el eco de nuestras pisadas contra la losa. La conduje atravesando la nave

central, flanqueada por otras capillas laterales, hasta ubicarnos en el primer banco de madera frente al altar. Los últimos rayos de luz ingresaban por unas ventanas con vitrales ubicadas por encima del retablo, que brindaban la luminosidad e intimidad necesaria para ese momento.

—Sabes que no soy devoto ni creyente como para estar aquí.

—Mi amor, no entiendo por qué estamos acá.

—Frente a tu Dios, ¿verdad?

Ella asintió sin borrar el asombro del rostro por no comprender lo que hacíamos allí dentro.

—En este último tiempo hemos discutido porque yo no soporto no tenerte como mi mujer, no poder pasear de la mano, no poder demostrar cuánto te amo ni poder vivir a diario contigo. Solo me queda buscar cada maldito día que te encuentras sola para que estemos juntos. Todo eso me mata.

—Mi amor, yo…

—Shh. —Le tapé los labios con mis dedos—. No he venido ahora a discutir sobre eso, sé que me has pedido tiempo, y no puedo negarte nada, aunque esta espera me destruya por dentro.

—La felicidad que tengo te la debo solo a ti y no quiero que pienses que es por falta de amor, es por…

—Lo sé, por ese motivo es que, Rosemary Donner, formalmente declaro mi amor por ti. Juro ante este Dios que, bajo cualquier circunstancia y a pesar de todo, te seguiré amando. No habrá nada ni nadie que me separe de ti. En este acto no hay anillo, ni invitados, ni un sacerdote que certifique esta unión. Solo estamos nosotros dos y el fuerte compromiso de mi amor porque eres la única mujer que me robó el corazón y a la que amaré por siempre.

Con el pulgar limpié las lágrimas que no dejaban de caerle por las mejillas.

—Mi amor, no llores.

—Nunca creí que fuera a sucederme esto. Juro ante ti y ante Dios que nada ni nadie nos podrá separar.

—Así será.

Sellé mi juramento con un beso lleno de promesas. Nada iba a empañar

lo que ese sagrado momento había significado para ambos. Era la primera vez en mi vida que experimentaba ese sentimiento: me dolía respirar si ella no estaba a mi lado. Ya no me bastaba con que estuviéramos juntos de a ratos, no soportaba más la distancia entre nosotros, menos aún saber que, cuando él estaba en la ciudad, pasaba tiempo con ella. Por más que Rosemary me confesara cómo era la situación en la casa familiar, no podía ni quería entenderlo. No había excusa suficiente ni justificación que valiera tanto dolor por estar separados.

—Ahora quiero que nos vayamos. Ansío tenerte solo para mí, deseo demostrarte cada palabra que dije aquí dentro amándote.

—Te amo tanto —me confesó casi como una súplica.

En ese instante supe que no importaba el tiempo que debería aguardar hasta alcanzar la completa felicidad con la mujer que llevaba envuelta en mis brazos. La copiosa lluvia nos arropó para certificar el bendito juramente hecho por ambos minutos antes. Luego de abandonar la basílica Nuestra Señora del Pilar, caminamos apresurados hasta la esquina para alcanzar el vehículo que nos esperaba y nos perdimos por las empedradas calles de la ciudad hasta llegar a mi casa para amarnos sin tregua.

* * *

Gerónimo había dejado que León se recuperase en el trayecto hasta arribar al Hospital Rivadavia.

—Hemos llegado, ¿cómo te sientes?

—Muy bien —respondió con una mueca melancólica.

Bajo una persistente lluvia, descendieron del automóvil y se dirigieron hacia la institución. Poco después de recorrer los pasillos, se apersonó un médico para realizarle los estudios a los que debía someterse. Una vez que dejó ingresado a León en uno de los tantos consultorios del hospital, se encaminó por las escaleras en busca del doctor Ramírez.

—Señor —dijo la enfermera que acababa de salir del consultorio—, el doctor está ocupado.

—No se preocupe; me estaba esperando.

La empleada se quedó sorprendida porque minutos antes el profesional le había indicado que no quería ser molestado. Sin dudas, habría escuchado mal. Continuó con las tareas y dejó que Nogués ingresara sin más.

—¿Qué haces aquí? —recriminó el profesional al levantar la vista de unas fichas médicas diseminadas sobre el escritorio.

—Eso es lo que me pregunto yo.

—No sé a qué te refieres, pero no estoy con tiempo para hablar contigo.

—Pero lo harás, porque no voy a tolerar que bajo tu mezquino interés médico busques inmiscuirte en mis asuntos.

—Veo que la doctora Bustillo te informó de mis deseos de tener un estrecho control de tu abuelo.

—Así es y, si fuera del modo que dices, estarías al tanto de que él vino a hacerse los estudios que acá le prescribieron.

—Te voy a pedir que bajes el tono. Ya veré los resultados de los estudios cuando estén listos.

—Lo único que te importa es estar cerca de Juana.

—Si así fuera, no eres nadie para indicarme que no lo haga.

—Ya te lo advertí una vez y lo haré de nuevo: aléjate.

—Confirmo cada palabra que me dijo tu padre sobre ti.

—¿A qué te refieres?

—A lo que me dijo tu papá la vez que vino a interiorizarse sobre la salud de tu abuelo. Veo que Juana no te mencionó lo que le he dicho. Quizá le guste mantener ciertos secretos.

—Me importa una mierda lo que él te contó, aunque supongo que no debe haber hablado bien de mí.

—Supones bien.

—Entonces —dijo al inclinarse sobre el escritorio de Ramírez—, puedo ser peor y más hijo de puta de lo que dijo mi padre.

—¿Crees que me asustas?

—Poco me importa, aunque yo lo tomaría en cuenta.

Gerónimo giró para salir de la habitación, pero se detuvo antes de abrir la puerta.

—Quiero que sepas que quedas apartado de la atención de León Nogués.

—No puedes retirarme. Además, el hijo del paciente está de acuerdo en que sea yo quien siga de cerca la evolución del paciente.

—Eso lo veremos.

Un fuerte golpe de la puerta concluyó la discusión en el consultorio del doctor Ramírez. Gerónimo debía aquietarse y sacarse el malhumor que significaba que alguien más se interpusiera en la incipiente relación entre él y Juana. El impulso que llevaba lo hizo bajar los peldaños de dos en dos, atravesar la recepción y salir al jardín del hospital. Minutos después, estaba sentado en uno de los bancos que decoraban el florido espacio con un cigarro en la mano tratando de calmarse. Compenetrado en sus pensamientos, no escuchó que alguien se acercaba por detrás.

—Debes quedarte tranquilo, que todo saldrá bien.

Gerónimo se dio vuelta al ver a la doctora Bustillo vestida con un guardapolvo blanco, con el cabello recogido en una coleta y con un estetoscopio colgado sobre el pecho. En la simpleza radicaba la belleza: Juana brillaba sin algún tipo de artificio.

—Doctora. —A pesar de que lo hacía a propósito, le gustaba la entonación que él empleaba cada vez que la llamaba de ese modo—. Si él está en tus manos, estoy seguro de que sí.

Ella se sentó a su lado para comprender el sentido de esas palabras. El compromiso asumido para atender a León Nogués le había significado una serie de replanteos que excedía la cuestión profesional y familiar. La aparición de Gerónimo en su vida la había cambiado. Cada vez que lo veía, encontraba una nueva faceta tan fascinante como otra desconocida en él. Lo había observado desde la puerta de salida que conectaba el interior de la institución con el jardín. Se encontraba recostado con los codos apoyados en las rodillas y el humo de un cigarro lo envolvía. No sabía qué le sucedía, pero descontaba que sería importante. No dudó de que la salud de su abuelo estaba en el centro de las preocupaciones de Gerónimo, por lo que enseguida se acercó. Juana no podía mantenerse lejos si lo veía.

—Gracias.

Ella no sabía que aún en la mente de Nogués retumbaba la discusión con el doctor Ramírez; en especial, los dichos de Santiago sobre él en boca del profesional. Sin embargo, Juana no se había amilanado, aún mantenían el trato de siempre.

—Me gusta que no te dejes llevar por lo que dicen de mí.

Y ahí estaba él diciéndole algo que no esperaba. Enseguida se dio cuenta de que el estado que tenía se debía a que debería haberse encontrado con Nicolás y se habría enterado de los dichos de Santiago Nogués.

—No me gusta que me indiquen lo que debo hacer ni cómo debo conducirme, menos aún con quién.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Gerónimo al tiempo que arrojaba el cigarro.

—No sé cómo haces, pero siempre me quitas del estado en que estoy; sin dudas, eres mi medicina.

Ella se había quedado sin respuesta, algo difícil que le sucediera.

—Quiero verte —aseguró al tomarle la barbilla.

—Aquí estoy.

—Sabes a lo que me refiero, fuera de acá y de todo los que nos rodea.

—Yo…

—Hoy por la noche te buscaré por tu casa.

—Estás loco si lo haces.

—¿Por ti? Puede ser.

Con el pulgar le rozó la mejilla observando cada minúsculo movimiento y gesto de ese rostro que él adoraba. Un sonido detrás de ellos hizo que ese íntimo momento se evaporara. De inmediato ella se separó de Gerónimo; no podía creer que en el lugar de trabajo se hubiera dejado llevar sin medir las consecuencias. Sin parar de observarlos, unos colegas se habían ubicado a un costado del banco en el que ellos permanecían.

—Debo irme. Supongo que tu abuelo estará listo.

—No te olvides —dijo al acercársele—, esta noche estate lista.

Sin más se levantó de allí para buscar a León, sacarlo del hospital y programar el día que tenía por delante, aunque lo único que tenía en mente era verla esa misma noche.

CAPÍTULO 14

Un simple ramo de flores

A la doctora Bustillo, un sinfín de sensaciones se le agolpaban en el pecho desde la noche anterior. No había dejado de pensar ni por un instante en aquel momento. Le habría gustado quedarse en la habitación rememorando lo sucedido con Gerónimo, pero debió levantarse muy temprano, a pesar de no haber podido dormir durante las pocas horas que tuvo para hacerlo. Dejó de remolonear y se levantó envuelta en una marea de recuerdos, se vistió como si el cuerpo no le perteneciese y se encaminó hacia la salida de la casa.

—Señorita, tiene el desayuno listo.

—Gracias, pero se me hace tarde, comeré algo por ahí.

Tras dar un portazo, corrió hasta la parada del tranvía para llegar a tiempo al hospital. No bien llegó, se centró en el trabajo que tenía por delante. Durante el tiempo que estuvo atendiendo a los pacientes, agradeció no cruzarse con el doctor Ramírez. Encontrarse con Nicolás hubiera sido regresar al enfrentamiento que él mantenía con Gerónimo, y no permitiría que algún comentario opacara la felicidad que tenía ese día. Como si su colega hubiera notado la actitud esquiva de ella, la había mandado a llamar por intermedio de una enfermera para avisarle que la esperaba en el consultorio cuando acabara con la atención de los pacientes. Si se negaba a verlo, la buscaría hasta encontrarla. Lo mejor sería ir y terminar lo antes posible esa jornada hospitalaria.

—Hola, Nicolás, me buscabas.

—Hola, Juana, siéntate.

—Esta vez no estoy con el tiempo suficiente.

—Nunca lo tienes cuando estás conmigo.

—Disculpa, pero tengo otras obligaciones fuera de aquí.

—Obligaciones de apellido Nogués.

—Mira, si buscas volver a hablar sobre el tema, prefiero irme antes.

—Esta vez te hablo como tu jefe.

—Dime, ¿tienes alguna queja sobre mi desempeño? —replicó desafiante.

—Desearía que tu conducta médica y profesional se trasladara a las distintas instalaciones del hospital.

—¿A qué te refieres?

—No he sido yo, pero puedo asegurarte que te han visto con una actitud poco recatada con Gerónimo Nogués. Juana, no me gusta que estés en boca del personal de la institución.

—Estar dentro de los corrillos del hospital me importa poco, pero lo que me preocupa es que te hagas eco de ellos. Puedo garantizarte que son infundados y me gustaría que me creyeras.

—Y a mí que me hicieras caso por una vez y te alejaras de Gerónimo Nogués, que no hace otra cosa que envolverte en su podredumbre.

—En estos términos, no pienso continuar hablando —aseguró al tomar el picaporte de la puerta.

—Bustillo, no se te ocurra irte, aún hay otras cosas por aclarar.

—Debo cumplir con otros compromisos.

Tras el golpe de la puerta al cerrarse, se alejó del consultorio del doctor Nicolás Ramírez y salió cuanto antes del hospital. León Nogués la esperaba para otra sesión del tratamiento. Se había jurado que nada empañaría ese día plagado de recuerdos de la noche anterior. Nadie echaría por tierra lo vivido con Gerónimo. Apresuró los pasos para cumplir con la cita que tenía por delante. A poco de salir, se encontraba frente a la casa de su paciente.

—Doctora Bustillo, ¿cómo le va?

—Muy bien, Dina, ¿y León cómo se encuentra hoy?

—Esperándola en la sala. Antes de que vaya a verlo, tiene algo para usted sobre la mesa de entrada.

—¿Para mí?

—El señor Gerónimo estuvo aquí antes que usted viniera.

Un fuerte impulso la llevó a saber de qué se trataba. Un ramo de flores silvestres reposaba con una nota en medio de los tallos verdes y vigorosos:

“Doctora, me hubiese gustado estar ahí cuando llegaras, pero no he podido. Deberías saber que no pienso quedarme con el recuerdo de la noche pasada, quiero volver a sentirte esta noche. A la misma hora, pasaré a

buscarte. Tuyo”.

Se llevó el ramo al pecho y, en medio del estado de ensoñación en que se encontraba, escuchó que León la llamaba. Con el ramo apareció en la sala. Él estaba sentado en el sillón preferido sin dejar de observarla. Ella se ubicó frente a él y dejó las flores a un costado.

—Yo no se las regalé.

—No ha sido usted; tampoco le diré quién ha sido.

—Me gustan.

—¿Las flores?

—Las rosas, tienen un significado para mí.

Ella se alegraba de que un simple ramo de flores pudiera motivarlo a hablar y a modular mejor.

—Me gustaría que me cuente la importancia que tienen para usted.

León no podía narrarle en palabras lo que significaba para él, porque no se refería a un simple ramo de flores, sino a la historia del amor de su vida. Él sabía que debería darle alguna información a la doctora y contarle en pocas palabras el significado, aunque su mente vagara hasta el preciso momento en que luchaba con uñas y dientes por ser feliz.

* * *

El año terminaba con gran expectativa por lo que se venía. Desde hacía unos meses habían comenzado con los preparativos para celebrar el centenario de la Revolución de Mayo. El Gobierno buscaba mostrar al mundo la opulencia del país. Se esperaba que concurriesen personalidades y mandatarios del resto del mundo para participar del acontecimiento social y político que significaba semejante festejo. Se habían designado varias comisiones de notables para que se encargasen de los distintos eventos que, durante parte del año, se llevarían a cabo. En aquel contexto, la algarabía y el jolgorio se hacían notar en cada fiesta de la ciudad. Yo no era muy afecto a esas celebraciones, pero solo tenía un motivo para asistir.

En ese caso, no podría ir con Rosemary, porque ella asistiría con su esposo. El poco tiempo que pasaba con ella buscaba sacar provecho de su compañía. Era importante para él mostrar la bella mujer que tenía a su lado, aunque solo fuese para vanagloriarse de una unión que nunca había sido sólida, que se había transformado en una pesadilla para ella y, por supuesto, para mí también. Ella me había pedido que no concurriera ya que buscaría una excusa para retirarse de allí cuanto antes. Le había dicho que se quedase tranquila, pero estaba claro que no permanecería de manos cruzadas viendo cómo mi mujer estaba allí sin mi compañía. En la invitación que tenía en mis manos y que utilizaría esa noche, las Damas de la Caridad convocaban a una fiesta de disfraces para recaudar fondos en pos de la organización de los eventos del año próximo. Nunca imaginé que pudiera disfrazarme para ir a una fiesta. Detestaba esconderme en un disfraz para poder verla y estar con ella. Me había jurado que eso sería lo último que haría, aunque no estaba seguro de poder cumplir con mi promesa.

El vehículo se detuvo frente al Pabellón de las Rosas, un lugar que se había puesto de moda, donde se celebraban todo tipo de acontecimientos sociales. Los artistas de distintas áreas eran asistentes habituales del lugar. Allí también habían tocado orquestas reconocidas en compañía de cantantes de tango, música que, desde su estallido, se mantenía en boga. La propiedad tenía dos pisos de grandes dimensiones. Desde afuera se podían apreciar los amplios ventanales de cristal. Esa fachada remitía a la estructura levantada para las exposiciones mundiales europeas. El resto de la propiedad estaba rodeado por un cuidado jardín.

Los invitados lucían los atuendos de lo más variados y selectos. Solo una vez había estado en Venecia, y mi viaje había coincidido con el carnaval. La sofisticación que veía en ese momento en cada uno de los disfraces no tenía nada que envidiarles a los de la ciudad italiana. Como el resto de los invitados, debí cumplir con el requisito de disfrazarme acorde a la época de la Revolución, aunque no todos habían respetado la consigna. Cada uno de los asistentes buscaba verse espléndido sin algún atisbo ridículo o estrafalario en las prendas.

Ingresé al parque iluminado con una serie de lámparas que alumbraban los distintos quioscos en donde las organizadoras vendían desde flores que los hombres compraban para que sus mujeres se colocaran en el cabello hasta bombones para obsequiarles a las damas presentes. Observé allí un ramo de rosas que habría querido comprarle a Rosemary, aunque la situación en la que estábamos no me permitía regalarle. A regañadientes, desistí del regalo. También se habían instalado distintas carretas que ofrecían productos autóctonos atendidas por jóvenes de la alta sociedad disfrazadas de paisanas. Allí, nada estaba librado al azar. Me adentré por el parque caminado entre los árboles y las plantas que lo decoraban. Yo llevaba

una capa negra que cubría el traje del mismo color, usaba un tradicional sombrero y un amplio antifaz de colores, con unas plumas en los extremos, que tapaba parte de mi rostro.

El sonido de una banda de música ubicada en el interior del local resonaba en medio del florido jardín. Todos nos saludábamos con una inclinación de cabeza, sin saber a ciencia cierta qué persona estaba detrás del atuendo. Entré al salón. Los invitados departían de política mientras disfrutaban de los bocaditos y canapés que los mozos ofrecían de manera incesante. Hice un paneo general del lugar, pero se me dificultaba reconocer a los presentes con las máscaras y antifaces que cada uno llevaba. Me detuve al ver un círculo de personas: las mujeres apenas hablaban, pero los hombres lo hacían de modo vehemente. Fijé la vista en una de ellas. Tenía el cabello peinado en ondas sostenido por una peineta de la que salía una mantilla celeste, en combinación con el vaporoso vestido color azul que lucía.

Estaba hermosa. La copa de alcohol que tenía en la mano me la bebí de golpe. No dudé en dirigirme hacia allá. Como si la hubiera llamado, Rosemary giró y me vio avanzar hacia ella. Lo que más me alentó a hacerlo fue no distinguir temor en sus ojos, sino una gran alegría porque yo estuviera allí. Vi cómo se disculpó de los presentes y se alejó del grupo de personas que la rodeaban para venir en mi busca. Me dirigí hacia el parque y la esperé detrás de una pérgola protegida por unos árboles.

—Aunque me habías asegurado que no vendrías, ansiaba que estuvieras aquí —susurró detrás de mí.

—No toleraba estar ausente ni saber que estabas con…

—Shh. Solo he venido con él a la fiesta. Como siempre, se ha excusado para retirarse y mantener una reunión con personalidades importantes, por supuesto en compañía de su secretaria. Eso no me molesta, sino que me alivia porque me permite estar contigo.

Mi mirada habló más que cualquier palabra o reclamo que pudiera hacerle.

—Mi amor, no lo digas, sé que esto debe acabar y puedo asegurarte que muy pronto todo se arreglará.

—Estoy seguro de eso. Quería comenzar el año contigo.

—Yo también. Puedo aseverar que este será un buen augurio para nosotros.

La expectación de la concurrencia se hacía notar al constatar que se

aproximaba la hora. Los minutos corrían para dejar atrás un año y dar comienzo a otro. Las campanadas del reloj que decoraba el salón principal comenzaron a sonar y el conteo se generalizó entre los invitados. Diez, nueve, ocho, y las voces se acrecentaban a medida que el fin del año se aproximaba. Tres, dos, uno y con el estallido final recibimos un nuevo año, un año cargado de ilusiones y promesas por lo que se auguraba. Sin embargo, nada de eso me parecía importante, solo saber que una nueva historia se escribiría para Rosemary y para mí.

—Te amo y doy gracias a este año que se va, que me permitió disfrutar cada momento a tu lado —me dijo.

La tomé por la cintura y la besé con descaro para demostrar cada palabra no pronunciada, pero tan sentida como lo que ella acababa de decirme.

—No hay festejo sin una copa de champaña —aseguré con deseos de volver a besarla, le guiñé un ojo y me retiré—. Ya las busco.

Me ausenté unos pocos minutos, pero, cuando giré, la vi tensa con el cuerpo alerta. Noté que él se aproximaba a ella. Con un leve movimiento de cabeza, me indicó que no me acercara, algo que no haría; ella lo sabía.

—¿Qué haces aquí? Te he estado buscando; nuestros amigos preguntan por ti.

—¡Feliz año! —intervine para sorpresa de ambos—. ¿Una copa? —Le ofrecí a Rosemary, que no dudó en tomarla ni yo en rozar mis dedos con los de ella al asirla por el pie de cristal.

—¡Felicidades! —dijo él al incorporarse y cambiar la actitud.

No quería que nadie viera que mantenía una rencilla con su esposa. Algo que él no permitiría que sucediera porque conspiraría contra la actividad que con tanto ahínco llevaba adelante. Todo debía ser perfecto, al menos a los ojos de los demás. El tiempo que permanecía en la ciudad de Buenos Aires transcurría entre ágapes y reuniones sociales.

—¿Nos conocemos?—inquirió.

—Supongo que nos habremos cruzado en algún otro acontecimiento social. Me presento, soy León Nogués.

De repente la copa que Rosemary mantenía en la mano se deslizó hacia el césped.

—Dime si has tomado de más para este comportamiento —la increpó él.

Yo levanté la copa y me incorporé sin dejar de mirarla, sabía que ese no era el momento para la verdad, una verdad que palpitaba en mi interior intentado aflorar desde hacía tiempo. Poco me importaban las consecuencias, solo había algo que me detenía: ella. Si no hubiera sido así, mi actitud habría sido otra, aunque debía reconocer que solo Rosemary había provocado ese sentimiento intenso e indescriptible que me hacía pequeño frente a lo que sentía por ella.

—Es solo una copa —le comenté a ella ignorándolo por completo—, ¿otra?

—No, gracias —contestó avergonzada ante los dichos de él.

—Es mejor así, no creo que mi esposa esté para beber más.

Lo miré de tal modo que no dejé dudas sobre mi irritación. Por dentro bullía una ira que me costaba controlar.

—Será mejor que entremos —le dijo a mi Rosemary.

Ella no tuvo fuerzas para volver a mirarme. No bien los vi retirarse para entrar al salón, quebré la copa de cristal que aún mantenía en las manos. No soporté verla alejarse de mí, mucho menos en compañía de él. Lo único que me aliviaba era saber que en breve y con cualquier excusa él buscaría la compañía de su asistente. Pero algo en mi interior luchaba por sacarla de allí y llevarla lejos de él. Con determinación, la busqué para hacerlo.

—Ni lo intentes —me indicó una voz familiar.

—Pipo, ¿qué haces aquí?

—Evitar que cometas un error.

—No sabes lo que dices. —Me solté de su mano que me sostenía del brazo para detenerme.

—Vamos a beber un buen whisky, luego verás que estoy en lo cierto. Sabes que este no es ni el lugar ni el momento para hacerlo. No querrás avergonzar ni humillar a Rosemary, ¿verdad?

Por mucho que quisiera negarme, sabía que tenía razón y que, si él no me hubiera alcanzado, habría hecho lo que tantas ganas tenía y todo habría sido un desastre.

—Te acepto una copa, pero que sea fuera de aquí. No soporto estar un minuto más acá con todos ellos.

—Vamos entonces, yo no aguanto este disfraz de porquería.

Clavé la vista en el atuendo de mi amigo y, a pesar del momento que vivía, no dejé de sorprenderme de su vestimenta.

—Aún no entiendo para qué viniste. No me he cruzado a Rosario ni la veo contigo.

—¿En verdad preguntas por qué estoy aquí? Ella nunca concurre a una fiesta de disfraces, no le gusta sentirse ridícula con estos atuendos, por ese motivo es que no me ha acompañado. Además, sabe a qué he venido.

—¿A qué has venido?

—No creas que no me di cuenta de que te llevaste una invitación de mi escritorio, la noche pasada cuando estuvimos juntos. Si me la hubieras pedido, no te la habría dado y habría intentado que entraras en razón para que no vinieras. Pero parece que todo habría sido en vano. Actúas como nunca antes lo has hecho. León, alguien debía detenerte.

No pensaba mantener una discusión acalorada con mi amigo y descargar toda la impotencia que me embargaba en ese momento.

—Salgamos de aquí.

Varias copas de alcohol atemperaron mi ánimo, a tal punto que Pipo debió acompañarme a mi casa ante el estado de embriaguez en que me encontraba. Esa noche necesitaba aquietar la ira que fluía dentro de mí para evitar buscar a Rosemary y alejarnos de todo.

A partir de ese día, algo cambió. No entre nosotros, que nos manteníamos más unidos a pesar de lo sucedido, sino porque debíamos estar más alertas de lo que habíamos estado hasta el momento. Eso me molestaba más aún, porque nuestros encuentros clandestinos y furtivos eran la única manera de estar juntos, aunque estaba seguro de que algo debía cambiar y rogaba para que así fuera.

* * *

Catalina acababa de salir de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes y se lanzó a caminar por la concurrida avenida Córdoba. Había ido hasta allí para averiguar sobre la inscripción y los requisitos para cursar en ese instituto. Había tomado la decisión de hacer lo que en verdad le dictaba el corazón, pero aún no le había dicho a nadie sobre los proyectos que tenía. Estaba convencida de que, una vez que le anunciara a su familia la resolución tomada, no estarían de acuerdo e intentarían hacerle cambiar la postura. Su madre estaba convencida de que debía trabajar como maestra, eso era lo que Laura buscaba. En cambio, su padre, desde hacía tiempo, pretendía que ella tuviera un lugar destacado en el frigorífico. Comenzaría como administrativa para culminar como secretaría de él, si todo iba de acuerdo a lo establecido por Santiago Nogués. El reiterado argumento de Santiago era que ella debía continuar con la empresa familiar. Catalina no estaba dispuesta a ser otro motivo de disputa en los conflictos de la familia. No pensaba poner a Gerónimo en una situación más complicada de la que estaba.

A pesar del convencimiento sobre lo que acababa de hacer, tenía la mente llena de incertidumbre. Sin lugar a dudas, las palabras de Segundo respecto a que cada día pintaba mejor habían sido el impulso que necesitaba para lanzarse a hacer lo que la apasionaba. Ya estaba cansada de tratar de congraciarse con todos. En el fondo no buscaba otra cosa más que ser querida de verdad. En ese camino hacía concesiones, unas tras otras. Inclusive había actuado del mismo modo con Felipe. Ella no estaba dispuesta a romperle el corazón confesándole sus sentimientos, pero tampoco quería perder la amistad. Lo había estado pensando y creía que debería tomar una decisión al respecto porque dejar pasar el tiempo iba a provocar un daño mayor. Envuelta en esos pensamientos, había caminado unas cuantas cuadras; no quería regresar a la casa.

Supuso que sería una buena idea pasar por la nueva residencia de Felipe. Desde la salida al Hipódromo de Palermo, no había vuelto a verlo. Era un buen motivo para visitarlo. Si volvía a hacerle alguna otra insinuación, podría explicarle lo que le sucedía y confesarle que estaba enamorada de otro hombre, sin decirle que ese hombre era Segundo. De esa noticia se enteraría más adelante. Buscó un taxi para que la llevara a la vivienda donde Felipe se había instalado con su madre. Subió hasta el tercer piso y, tras unos pocos golpes a la puerta, Lidia Benegas salió a recibirla.

—Querida, qué lindo verte.

—Espero no molestar, porque no he avisado que vendría.

—Adelante, por supuesto que no lo haces. Ya verás cuando sepa Felipe que has venido.

—Es que hice una diligencia cerca de aquí y decidí pasar a visitarlo.

—Siéntate. —Le señaló un amplio sillón de pana verde inglés—. ¿Qué deseas beber?

—Si tiene algo fresco, le agradezco.

—Ahora busco a mi hijo, que acaba de regresar del periódico.

Catalina observó con detenimiento la ambientación del apartamento. Ningún objeto estaba fuera de lugar; varios cuadros tapizaban las paredes de color marfil y los muebles que decoraban la sala eran de estilo francés. En las distintas oportunidades que había visto a la señora Benegas, lucía impecable, no importaba que estuviera en la estancia o, como en ese momento, en medio de la ciudad. Siempre con un atuendo acorde al lugar en el que se encontraba. El parecido a su hijo menor era notable. A un costado de la mesa de arrimo, había dos portarretratos de plata. Tomó uno de ellos; en la foto se lo veía a Segundo de más pequeño en brazos del padre. Nadie podía negar que fuera su hijo porque era la viva imagen de Facundo Benegas, con el cabello oscuro que le caía por la frente y el brillo de esos ojos negros. Y como cada vez que lo veía, ella se quedó hipnotizada.

—Qué sorpresa, Catalina.

Logró evitar que el portarretratos se estampara contra el lustroso piso de madera, ante el estupor de escuchar el saludo de Felipe por detrás. Colocó de inmediato la fotografía del mejor modo y se incorporó para saludarlo.

—Estaba cerca de aquí y creí que sería una buena idea venir a verte.

—Siempre lo es.

—Aquí tienen. —La dueña de casa depositó unos refrescos sobre la mesa.

—Muchas gracias.

—Si me disculpan, debo salir un momento. Debo ir por unas compras que he hecho, seguro que me entiendes —le dijo a Catalina.

—Por supuesto.

—Mamá, claro, ve tranquila.

—Estaba con muchas ganas de verte —confesó Felipe luego de que la madre se retirara.

—Supongo que tu nuevo trabajo te ha tenido abstraído de todo.

—Sí, debo reconocer que no he parado desde que ingresé al diario.

—El otro día leí tu artículo.

—¿Cuándo? ¿Dónde lo viste?

—¿En verdad me lo preguntas? Deberías saber que hay puestos de diarios por toda la ciudad —contestó sorprendida—. Le pedí a Josefa que lo comprara cuando fuera al mercado.

—Tienes razón.

Aún tenía impreso en la memoria el motivo por el que había arrojado el diario sobre la calle en la esquina de la propiedad de la familia Nogués. En aquel momento estaba cegado por los celos y la rabia que se le habían apoderado del cuerpo. A pesar de los días transcurridos, no podía quitárselos de encima.

—Me gustó mucho, supongo que en la redacción te deben haber felicitado.

—Cata, no es para tanto, te agradezco, pero ha sido un simple artículo que significó mucho para mí y no más que eso. —Hizo una pausa y evocó una vez más los sinsabores de haberla visto con Segundo. Luego, le dijo—: Si te ha gustado que te haya llevado al hipódromo, sé que puedo contar contigo como asistente.

—Por supuesto.

—No me has dicho qué has estado haciendo estos días.

—En estos días no he hecho gran cosa, no tengo ninguna novedad. Ah, perdón, sí, ¿a qué no sabes con quién he estado?

Felipe se incorporó mejor en el sillón con una luz de esperanza en Catalina. Sabía que ella nunca le fallaría y que buscaría la manera de confesarle lo ocurrido. En estos días había buscado justificar la actitud que había tenido; quizás había malinterpretado el proceder de ella. No así el de su hermano, que no tenía una pizca de inocencia en su haber.

—Dime.

—Ha venido a visitarme Dolores. Había ido a Mar del Plata con la familia, pero pudo escabullirse en un viaje que su padre debía hacer hasta aquí. Le comenté que te quedarías en la ciudad y te manda saludos. Descuento

que nos reuniremos todos en cualquier momento.

Felipe se perdió en los dichos de Catalina cuando supo que no le confesaría nada de lo que él esperaba. Poco le importaba la presencia de la íntima amiga de Catalina en la ciudad ni la probabilidad de verla. En ese instante, lo que menos deseaba era continuar escuchándola. La mente se le perdió en elucubraciones; ya no pudo prestar atención a lo que la joven continuaba diciéndole.

—Felipe, ¿sucede algo?

—No, ¿por qué lo dices?

—Te noto un poco distraído, pero debe ser que estás cansado y yo sigo dándote charla. Es mejor que me vaya.

—Puede ser que sea el cansancio.

—Insisto, creo que es mejor que me retire, tampoco avisé en mi casa que me retrasaría.

El sonido de la cerradura los distrajo y ambos desviaron la mirada hacia la puerta de entrada.

—Miren la sorpresa que traigo.

En ese mismo instante ambos enmudecieron ante la presencia de Segundo en compañía de su madre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Felipe al levantarse del sillón, porque no podía estar un instante más sentado allí.

—Eso sí que se llama una buena bienvenida —replicó Segundo al desviar la mirada—. Catalina.

El rubor trepó por las mejillas de la joven con solo escuchar que Segundo la nombraba.

—Justo le decía a Felipe que me iba.

—Claro que no —intercedió Lidia Benegas—. Ahora que estamos todos reunidos me gustaría que cenáramos juntos.

—Yo no sé si pueda —contestó Catalina—. No he avisado en mi casa.

—Madre —intercedió el hijo mayor—, te dije que debía salir y no podía quedarme.

—Estoy seguro de que alguna mujer te espera por ahí.

La incomodidad de Catalina iba en aumento. No podía culpar a Felipe por la manera en que se dirigía a su hermano, pero cada comentario que lanzaba era una daga que se le clavaba en el pecho.

—Me veré con Gerónimo.

Esas pocas palabras de Segundo le acababan de dar un respiro en medio de la incomodidad que sentía.

—Al menos tomaremos una copa. Ya vengo.

La dueña de casa desapareció unos breves minutos para regresar con una bandeja con copas de cristal y una jarra de bebida fresca.

—Sírveme un whisky, por favor.

Segundo sirvió tres copas de whisky y tomó la limonada para Catalina.

—Querida, ¿no nos acompañarás con algo de alcohol?

—Mamá, a ella no le gusta el alcohol.

Catalina agradeció la intervención de Segundo. A él no necesitaba explicarle nada porque sabía sus gustos y casi que podía leerle en la mente.

—Es una lástima, porque esto se merece una íntima celebración.

—¿Y qué estamos festejando? —se interesó Segundo.

—Si bien no es oficial, quiero que sepan que me da mucha felicidad que Felipe y Catalina comiencen una nueva relación. Bendigo esta unión y les auguro todo lo mejor, porque se lo merecen. Debo confesar que desde hace tiempo deseo que suceda —comentó Lidia al levantar la copa ante el estupor de la sala.

—Mamá, gracias —respondió dubitativo Felipe, aunque no podía dar marcha atrás sobre lo que le había revelado semanas atrás.

—Gracias, señora, pero debo irme. —Catalina se levantó de golpe. No podía estar un minuto más allí dentro.

—Pero no bebimos ni un trago —acotó la dueña de casa.

—Sí, Cata, espera que te acompaño —se ofreció Felipe.

—No es necesario.

—Hijo, si estás cansado, déjalo. Segundo pensaba irse y se quedó por mi insistencia, pero estaba por salir. Parece que elegí el momento equivocado para este brindis.

—Yo me encargo de Catalina.

—Me corresponde a mí hacerlo —replicó Felipe con una mueca severa en el rostro.

—Si es así, es mejor que me vaya.

—Aún no nos felicitaste, Segundo —lo increpó el menor de los hermanos ante el silencio del resto.

La mirada y el tono utilizado los sorprendió a todos.

—Deberías saber que siempre apoyé tu felicidad. —Hizo un leve movimiento con la cabeza en un gesto de despedida—. Los veré más tarde.

Segundo atravesó la puerta de salida sin mayores palabras. El ambiente de festejo se había disipado en un instante; había quedado cierta pesadumbre y animosidad flotando en la sala. Catalina estaba molesta por el momento vivido, no sabía cómo Felipe seguía insistiendo en lo mismo. Le había advertido que no continuase hablando sobre ellos como si ella no contara. Él no solo había hablado con Gerónimo sobre la relación que pretendía, sino también con Lidia; todo estaba tomando otro cariz. Ya estaba cansada de ser contemplativa con los deseos ajenos. Ella siempre había buscado mediar en los conflictos familiares para evitar que todo se desmoronara, y con Felipe estaba sucediendo lo mismo. Por no perderlo, estaba dejando que él actuara sin que le respetara la opinión. Un fuerte impulso hizo que dejara a un lado la copa que tenía en la mano y se incorporara para huir de allí.

—Si me disculpan, ya no puedo quedarme. —Antes de que Felipe se adelantara para salir con ella, agregó—: Gracias, no te molestes. Muchas gracias, Lidia.

No buscó el ascensor, sino que bajó de dos en dos los peldaños de la escalera para alcanzar cuanto antes la calle. Necesitaba respirar ante el ahogo que sentía desde que había arribado a la casa de Felipe. Se había equivocado pensando que ir a su casa era una buena idea. Solo la presencia de Segundo le había brindado un resquicio de felicidad, que se había disuelto minutos después. Se detuvo agitada una vez que salió por la puerta principal. Se recostó sobre el muro para aquietar el cuerpo. En medio de la turbación, levantó la vista y allí estaba Segundo, apoyado sobre el costado del vehículo

sin dejar de mirarla. Unos instantes después cruzaba la calle para alcanzarla.

—Catalina, por favor, cálmate.

—Quiero irme de aquí.

—Ven, que te llevo a tu casa.

Desde la ventana del tercer piso, Felipe observó cómo Segundo cruzaba la calle con la mano apoyada sobre la parte baja de la espalda de la joven y la ayudaba a ingresar al automóvil para perderse, minutos después, por las calles de la ciudad.

El rugir del automóvil se fundió con el sollozo de Catalina dentro del habitáculo del vehículo.

—Catalina, no llores, por favor.

Él no soportaba verla de ese modo, no se perdonaba que sufriera y que él fuese parte del motivo.

—Disculpa —susurró entrecortada.

Con los dedos aferrados al volante y sin creer que fuera una buena idea, estacionó a un lado de la calle.

—No te disculpes más. —Le levantó la barbilla—. Debes detenerte.

—No puedo, es mucha la angustia que tengo dentro.

—Tienes todo para ser feliz, puedo asegurártelo.

—Pero se me escapa lo que más deseo, lo sabes. Yo no puedo continuar así, te aseguro que lo he intentado, pero no puedo porque no dejo de pensar en ti.

Cada palabra de la confesión de Catalina minaba la fuerza de voluntad que Segundo se había impuesto. Verla de ese modo, por su culpa –lo que era peor–, lo quebraba por dentro. Con la mano tomó un mechón del endiablado cabello rubio y se lo quitó del rostro sin dejar de contemplarla. Limpió algunas de las lágrimas que vagaban sin rumbo por el rostro de la joven. Dibujó, con un dedo, el contorno de esos labios que reclamaban ser besados. Él podía percibir el estremecimiento de ella con un leve roce de su mano.

—Catalina, no deberíamos hacerlo —le resopló sobre los labios, porque no quería sacar provecho de un momento de debilidad de ella.

Ella asintió. Ese instante era el que había añorado durante tanto tiempo. A pesar de no poder articular palabra alguna, esbozó el anhelo que tenía para que no quedasen dudas.

—Es lo que más deseo —confirmó.

El mero roce de los labios lo colmó de fuertes deseos por sentirla y saborearle la boca. Con la mano rodeó el cuello de la joven, enredó los dedos en el cabello y la acercó más, como si eso fuera posible. Lamió las comisuras de los labios y volvió a besarla, buscando que ella se abriera para él. Segundos después, la lengua aterciopelada de Segundo se enredaba con la de ella liberando la pasión que los unía. Nunca antes había sentido tamaña atracción por una mujer. Una mezcla de sentimientos se le agolpaba en el pecho, con cada beso y en cada caricia. Hurgó y buceó en esa boca que lo enloquecía cada vez más. El leve sonido de los gemidos de ella lo enajenaba y lo cubría con más besos. Hubo un instante en que se dio cuenta de dónde estaban y se detuvo. No quería abrumarla con su desenfreno, quizás debería haber ido más despacio.

—Catalina… —susurró sobre esos labios rojos e hinchados por sus besos.

—Esto superó lo que siempre imaginé —reconoció con las mejillas sonrojadas y la mirada impregnada de deseo.

Él le dio pequeños besos en ese bello rostro plagado de pecas, al tiempo que la envolvió entre los brazos para detener ese instante sin que nada ni nadie pudiera robárselo. La deseaba por encima de todo. Si creyó en algún momento que podría alejarse de ella, acababa de comprobar que sería imposible, porque su corazón estaba amarrado a Catalina Nogués.

—Te pido que no intentes alejarte de mí —murmuró sobre el pecho de él.

—Por mucho que lo intente, no podré hacerlo.

—¿De verdad?

Catalina se había incorporado y lo miraba extasiada con lo que había escuchado. Tanto tiempo había esperado aquellas pocas palabras.

—Si no fuera egoísta, debería alejarme y dejarte ir. Pero no he podido ni podré hacerlo.

—No sé por qué te empeñas en buscar excusas para distanciarme. ¿No importa lo que yo quiero y busco? ¿A nadie le interesa?

—Todo lo tuyo me importa: cada palabra que dices, cada gesto que haces y cada deseo que tienes —aseguró, mientras le deslizaba el pulgar por los labios.

—A pesar de eso, te negabas a mí.

—Debería hacerlo, porque sé que te mereces a alguien…

—A alguien a quien yo quiera y que me importe. Y sabes que, desde hace mucho tiempo, no he pensado en alguien más que no seas tú.

—Eso lo sé desde hace poco.

Esos amados ojos negros refulgían chispeantes con cada palabra que ella le decía. No podía creer que ella fuera el motivo del cambio del semblante de él. Atrás había quedado la distancia que ponía cuando estaban juntos. Ella no conocía la dulzura que él podía destilar en la manera en que le hablaba, tampoco había imaginado que pudiera sentirse más enamorada de lo que estaba de Segundo.

—Y a pesar de todo lo que rodea lo nuestro, puedo asegurarte que me encantó que lo dijeras.

—¿Sí?

Él volvió a besarla para sentirla y decirle con los labios lo que su corazón callaba.

—Debemos irnos —le susurró sobre los labios.

—Me quedaría así por siempre.

—No me lo hagas más difícil. —Le besó la pequeña nariz—. ¿Vamos?

—Como quieras.

Él no estaba dispuesto a pensar, en ese momento, qué sucedería ni cómo encararía todo lo que sobrevendría. Lo único que importaba era que al fin se había permitido sentir por ella lo que hasta el momento se había vedado. La culpa era un sentimiento que acababa de dejar fuera, ya llegarían los cuestionamientos sobre la decisión que acababa de tomar.

—¿Vas a ver a Gerónimo en su casa?

—Él está en la casa de León y pasaré por ahí, ¿quieres venir?

—Me encantaría, aunque sea para darle un beso a mi abuelo, no más que

eso.

—Está bien.

Por más que León dijera que no quería que ella lo viera en el estado en que se encontraba, estaba seguro de que se alegraría de volver a verla.

—Gracias.

Él la miró y comprobó que haría cualquier cosa para verla feliz.

—Lo único que te pido es que me dejes manejar esto. Aún todo es muy reciente y habrá que aclarar unas cuantas cuestiones.

—Para mí lo único importante es lo que sucede entre nosotros, poco me importa el resto —afirmó Catalina.

—Eres adorable —dijo al atraerla hacia sí para robarle un beso.

Poco después arribaron a la propiedad de la familia Nogués. Mientras esperaban que la puerta se abriera y les dieran la bienvenida, Catalina no dejó de pensar cómo en un minuto su vida había cambiado. En el instante en que creyó que todo se había acabado y que sus sentimientos estarían condenados al silencio, apareció Segundo para brindarle una luz de esperanza.

—Catalina —le susurró al oído—, deja de sonrojarte si no quieres que todo se complique cuando entremos a la casa. —Le guiñó un ojo.

—Pero ¡qué alegría verlos! —exclamó Dina al lanzarse a abrazar a la menor de los Nogués—. No se imagina la felicidad que le dará a su abuelo cuando la vea. Gracias por traerla —agregó al saludar a Segundo—. Pasen, que están en la sala.

León estaba sentado en el sillón que solía usar durante los aciagos días a los que lo había sometido la lesión cerebral. Sin embargo, estuvo atento al murmullo y a las exclamaciones provenientes del recibidor. Conocía a Dina mejor que nadie y, al escucharla, supo que algo sucedía. Allí, parada junto a la arcada de ingreso a la sala, estaba Catalina contemplándolo. Esa noche tenía un brillo especial en los ojos, se la veía exultante. Sin esperar un minuto más, la joven se lanzó hacia su abuelo para estrecharse en un abrazo.

—Querida.

—Tenía muchas ganas de verte.

—Yo también.

—Parece que tenemos una reunión familiar.

Luego de una larga jornada de trabajo, Gerónimo acababa de entrar a la sala, después de haber acomodado unos documentos en el escritorio. Los problemas en la empresa no mermaban, pero tampoco los podía compartir con el dueño de casa para no llevarle mayor pesadumbre de la que tenía.

—Disculpen que interrumpa, ¿preparo la mesa para cuatro?

—Por supuesto.

—Yo solo vine a saludarte, además creo que Segundo tenía pensado salir con Gerónimo.

—Mejor —dijo León tomándose un tiempo para expresar lo que deseaba —, cenaremos los dos.

—¿Y no piensas venir a saludar a tu hermano mayor?

Catalina se incorporó para fundirse en un estrecho y sincero abrazo. Habían transcurrido largas semanas desde la última vez que lo había visto. Ni siquiera había podido ir a buscarla a La Elegida. Las preocupaciones y la interferencia de su padre habían sido determinantes para eso.

—Segundo, si no tienes otros planes, podemos quedarnos a cenar.

—No creo que los tenga —acotó León al mirar a Segundo.

—Me encantaría —respondió el invitado.

—Debería avisar en mi casa.

—Deja, que yo me encargo de llamarlos.

Poco después estaban todos juntos cenando en el comedor como hacía tiempo no sucedía.

—Cata, hace tiempo que tenía ganas de verte —comentó Gerónimo.

—Si yo no hubiera venido, habría pasado más tiempo.

—No lo creo. ¿Dónde se encontraron?

—Ella estaba en casa cuando llegué, fue una sorpresa porque nadie sabía que vendría unos días a la ciudad.

—Estabas visitando a Felipe —aseguró Gerónimo.

—En verdad, no quería decirlo, pero lo haré —anunció Catalina. Sin dudas, esas palabras suscitaron el interés de todos los hombres de la mesa, en especial uno de ellos, que estaba absorto por lo que Catalina diría—. Aún no se lo conté a mis padres, pero me he anotado en la Sociedad Estímulo de Bellas Artes.

—No sabía que tomarías esa decisión.

—Es lo que deseo desde hace mucho tiempo y no quería dejar pasar la oportunidad que tenía. Gerónimo, espero que no pienses como mis padres y que me apoyes en esto.

—Es la decisión más acertada—agregó Segundo por encima del borde de la copa de cristal—, tienes tanto talento para desplegar todo lo que sabes.

—Claro que te apoyaré, hermanita, solo que me toma de sorpresa. Será que no tuve la suerte de ver algunos de tus cuadros.

—Te lo perdiste, es una lástima —agregó Segundo levantando la copa para beber.

León, que no dejaba de observar cómo se desarrollaba la conversación entre los jóvenes, lanzó una carcajada que dejó sorprendidos a los presentes.

—Me alegro, Catalina.

—Gracias, abuelo.

La conversación se mantuvo distendida durante toda la cena. Para el dueño de casa fue un remanso en medio de todas las dificultades vividas hasta el momento. Aunque estaba convencido de que esa paz que sobrevolaba sobre la mesa se rompería en algún momento.

* * *

La noche era apacible e invitaba a disfrutarla. Con un cigarro en la mano y perdiéndose en el humo gris, alcanzó la propiedad de la familia Nogués. Desde la esquina contemplaba dónde vivían. Al menos, era la dirección que había obtenido. Por lo que veía, parecía que nada les había faltado, muy por el contrario, la fortuna y la buena vida los había acompañado en todos esos años. Suponía que pronto se daría el gusto de saber más de ellos y estaba

convencido de que se acercaba a la información que buscaba. Había tenido que esperar el tiempo suficiente para que su anhelo se hiciera realidad; con paciencia aguardó el momento indicado para regresar. Había hecho un culto de la calma que cubría el fuerte deseo por destruir a esa familia. Antes de proceder, quería conocer de modo pormenorizado cada uno de los movimientos de la casa. Arrojó la colilla del cigarro al ver estacionar un automóvil frente a la casona. Una joven muy bonita había descendido del vehículo bajo la atenta mirada de un hombre que vigilaba que nadie los viese. Tomó a la jovencita en los brazos, la besó, luego la condujo hacia la puerta de entrada. Desconocía quiénes eran, pero estaría atento para saber si eran parte de la familia. Tiempo era lo que le sobraba para averiguarlo.

CAPÍTULO 15

El reflejo de la pasión

Unas gotas de perfume con fragancia a rosa y a jazmín colocadas sobre el cuello era el último detalle que le faltaba para estar lista. Volvió a mirarse en el espejo y le gustó la imagen que le devolvió. El vestido elegido para la ocasión –color verde claro con un escote en la espalda, ceñido en la cadera con corte al bies– era muy sentador no solo por el diseño, sino también por el género. La suave textura de la seda le realzaba cada parte del cuerpo. Juana tomó el chal de gasa de seda, de una tonalidad más intensa que el vestido, con largos y finos flecos. No se olvidó de llevar un pequeño sobre con distintos tonos de verde que había comprado en París en una tienda en donde solía adquirir algunas prendas exclusivas.

A pesar de no ser su primera cita con un hombre, no recordaba estar tan nerviosa como cuando sabía que vería a Gerónimo. Ignoraba adónde iría; la vez anterior la había llevado a un lujoso restaurante, aunque debía reconocer que lo mejor de la noche no había sido la excelente cena que ambos habían compartido en aquel lugar. El silencio en la casa era notorio. Su padre había salido en compañía de Adela para concurrir a una cena, según le había informado la empleada. En la última semana, se habían cruzado pocos días, lo que Juana agradecía a diario. Ella no quería dar explicación alguna de lo que hacía, menos aún con quien se veía. Ni siquiera ella se lo había puesto a pensar, solo se había dejado llevar por la fuerte atracción que sentía con Gerónimo, algo que no podía explicarse. La angustia y la duda inicial se habían trasformado en un deseo irrefrenable por estar junto a él. Gerónimo no solo representaba al hombre que deseaba, sino el mismo abismo al que pensaba arrojarse más allá de cómo se diesen las cosas. Sabía que la decisión de elegirlo acarrearía graves cuestionamientos paternos. Suponía también que los asuntos económicos, que creía que habían sido el motivo de semejante disputa, deberían quedar zanjados; el tiempo era la cura para las rispideces del pasado. Ansiaba que así fuera, porque no estaba dispuesta a dejar de lado la incipiente relación con Nogués.

El sonido del timbre la sorprendió como si no supiera que solo él podía buscarla. Dejó a un lado las elucubraciones, no quería echar a perder esa velada con el hombre que le quitaba el sueño, y de inmediato se aprestó a salir.

—Señorita, vinieron a buscarla —anunció la empleada que se quedó perpleja al verla.

—Muchas gracias.

No importaba cómo se vistiera Gerónimo, él rezumaba masculinidad por todos los poros del cuerpo. El modo en que fumaba, la manera en que conducía, los gestos que tenía y cómo le hablaba formaban parte de su estampa viril. Al salir lo vio con la tenue luz de la farola que irrumpía en medio de la oscuridad de la noche.

—Estás hermosa —le susurró al oído y luego deslizó los labios para besarla, aunque no pudo hacerlo como le hubiera gustado. Luego, la rodeó por cintura y la condujo hasta el vehículo estacionado frente a la propiedad.

—Espero que la idea de que cenemos en mi casa no desarticule tus planes.

—¿Por qué lo haría? —acotó sorprendida.

—Estás muy elegante.

No pensaba confesarle que cada detalle que ella lucía era para que él lo apreciara. Nunca antes se había comportado de ese modo con un hombre. Sería porque los hombres que había conocido no la habían sorprendido en nada; cada uno de ellos había sido predecible en sus invitaciones y en el comportamiento que habían tenido con ella. Gerónimo, en cambio, no dejaba de sorprenderla: en más de una oportunidad, la dejaba perpleja por las cosas que le decía o la manera en que obraba. Nunca sabía a qué atenerse con él y, por más que no estuviera acostumbrada, era una de las cuestiones que la deslumbraba.

—Estoy intrigada con conocerla. Siempre te he visto en la casa de León y me has dicho que pasaste parte de tu vida allí.

—Así es, pero me gusta ser independiente. Después de lo sucedido con él, lo visito casi a diario, pero siempre deseé contar con mi espacio personal.

—Entiendo, igual debe ser lindo reconocer los lugares en los que naciste, los olores con los que te criaste, quizás poder recordar cada instante vivido con tu familia.

—Puede ser.

Él evitó adentrase en la cuestión familiar. Si bien la vida que León le había brindado había sido la mejor que podía haberle dado alguien, nadie pudo borrarle la soledad y el dolor por el desamor de su padre. Con el tiempo pudo entender que él había servido como vehículo para transformarse en nuevo motivo de conflicto entre León y Santiago. Sin dudas, habría preferido que la historia hubiera sido otra, pero nada ni nadie podía cambiarla y no estaba dispuesto a tirar por la borda esa noche contándola.

—¿Regresar a tu casa de entonces no te provoca nostalgia? —le preguntó Gerónimo.

—Sería lindo que me sucediera, pero no ha sido así. Puedo asegurarte que intenté buscar algún objeto que me recuerde mi infancia, pero no lo encontré, menos aún algo que me recuerde a mi madre. Esto no es una cuestión de memoria debido a que cuando abandonamos la ciudad yo era pequeña. Yo regresé con la ilusión de amigarme con mi pasado, pero no lo he logrado.

Ella no pudo confesarle que la imagen de su madre la perseguía en sueños, que muchas veces se transformaban en pesadillas. Su ausencia había hecho mella en ella sin que alguien lo supiera ni lo imaginase. Con nadie había hablado sobre eso; tampoco era el momento indicado para hacerlo.

—Quizás la mujer de tu padre ha querido borrar la existencia de tu madre en cada rincón de esa casa.

Él podía dar fe de cómo una mujer podía manejar los hilos de un hombre. Más allá de las diferencias irreconciliables con su padre, la aparición de Laura había echado por tierra el débil lazo que los unía.

—De eso estoy convencida, porque no hay otro motivo valedero. Es como si un vendaval hubiera arrasado con el pasado de los Bustillo.

—Supongo que deberás tallar un presente que valga la pena y que te permita no añorar el pasado.

—Puedo asegurarte que lo estoy haciendo.

—Espero ser parte de él.

Juana no pensaba confesarle que él se había transformado en ese presente al que quería aferrarse con la ilusión de que pudiera haber un futuro entre ambos.

—Hemos llegado.

Un elegante edificio se erigía frente a ellos cuando descendieron del vehículo. Una puerta doble de roble lustroso junto al picaporte de bronce daban la bienvenida a la propiedad. El pasillo, con el piso de mármol blanco y negro, lindaba con un amplio ascensor de hierro forjado color negro. Parecía que estaba ingresando al apartamento que ella habitaba en París. Eso la hizo sentirse como si estuviera en su casa. Tras presionar el botón del quinto piso, donde se dirigían, él la acorraló sobre el frío espejo que estaba detrás de ella.

—Aún no te saludé como quise —le murmuró en los labios.

Lamió los carnosos y deseables labios de ella; deseaba devorar esa boca. Recorrió con la lengua cada recodo y se fundió en un beso profundo, desenfrenado y lascivo. Él no había sido cuidadoso al besarla, había intentado hurgar en cada uno de los sentidos de la joven. Una de sus manos se fundió con la resbaladiza seda del vestido y se deslizó por el costado del cuerpo de Juana. Las caricias que le prodigaba le erizaban la piel, la hacían estremecer. Si no hubiera sido porque el ascensor se detuvo, ambos habrían continuado como si el mundo no existiera. Ninguno intentó moverse para salir de allí, aunque el sonido de otra puerta que se abría indicaba que alguien llamaría el ascensor.

—Debemos bajar —pronunció Gerónimo al apoyar la frente sobre la de ella para darse tiempo de detener los fuertes deseos de hacerla suya ahí adentro.

Por más que lo desease, no pensaba actuar como un salvaje, más allá de que ambos sabían que acabarían enredados bajo la pasión que los envolvía. Como pudo, ella intentó arreglarse el atuendo.

—Déjame hacerme cargo de lo que hice.

Con una calma que no tenía, le arregló el chal que estaba por el piso y le acomodó uno de los breteles caído sobre el hombro.

—Ahora sí podemos bajar —afirmó al darle un beso sobre la nariz.

No bien salieron, el ascensor fue llamado desde los pisos de abajo. Al ingresar al apartamento, Juana pudo confirmar lo que se decía respecto de que la decoración hablaba mucho del dueño de casa. El orden estaba presente allí, aunque se debiese a la ayuda de una empleada. No había muchos objetos que decorasen el lugar, pero cada uno tenía un lugar y un significado para ocupar ese espacio. Detrás de un amplio sillón, se veía un cuadro con la estampa de una estancia; desconocía si se trataba del campo del que él tanto le había hablado. A un costado, el retrato con la imagen de un caballo colgaba por encima de una lámpara de pie. La madera que cubría el piso le brindaba un clima acogedor a la sala. La ventana abierta del balcón francés permitía que la luz de la noche se filtrase y hacía que la cortina blanca flameara al compás de la brisa nocturna. Un portarretratos de plata acogía una fotografía con una jovencita de cabellos rubios y arremolinados que se abrazaba a él. Ella lo miraba desde abajo, por su tamaño, con una admiración digna de una hermana menor; estaba segura de que sería Catalina. A un lado contempló algunos adornos de cristal sobre una de las dos mesas de arrimo y recordó el florero de su cuarto en el que había colocado el ramo que todavía no le había

agradecido.

—Aún no te agradecí el ramo de flores; eran hermosas.

—¿Y solo así piensas agradecérmelo?

Ella había girado y él había dejado de servir dos copas de vino tinto para clavar los ojos en ella. Como si un lazo fuerte e irresistible la tirara hacia él, se acercó sin dejar de contemplarlo. Acababa de remangarse la camisa para disponer lo que faltaba en la mesa que ambos compartirían. Gerónimo la desnudaba con la mirada a cada paso que daba. Fue ella quien se acercó para besarlo y perderse en sus labios.

En ese instante, la pasión que los unía desde el primer momento en que se vieron se desató. Las caricias de Gerónimo produjeron una sonata de gemidos que él acallaba con la boca. Deslizó por el hombro uno de los breteles de ese vestido que no dejaba de enloquecerlo por el modo en que se adaptaba al cuerpo de ella marcando cada una de las curvas. Había deseado arrancárselo cuando la vio envuelta en el chal que ocultaba todo lo que él deseaba descubrir. Con la boca, descendió por el cuello absorbiendo cada pulgada de piel. Lo pechos enhiestos rogaban ser saboreados por esa boca que no deja de darle placer. Le bajó el otro bretel; el vestido se le deslizó por todo el cuerpo hasta estamparse contra el piso. Le rodeó la cintura y caminó unos pocos pasos hasta alcanzar el sillón y tumbarse allí. Sin dejar de mirarla, continuó con la boca vagando por su cuerpo, mientras le acariciaba los muslos hasta alcanzar su punto íntimo, y excitarla aún más. Luego se incorporó para probar su sabor. De inmediato, percibió la tensión en el cuerpo de ella. Era la primera vez que Juana experimentaba algo así, tampoco había llegado a tanto en la cita anterior. En ese mismo instante, supo que el cuerpo no le respondía y que estaba a merced de él en cada caricia. El estremecimiento inicial se había transformado en fuertes espasmos que la atravesaban de punta a punta.

—Déjame saborearte.

Juana asintió aferrándose a los cabellos de él, mientras él hurgaba dentro de ella brindándole una ola de placer que desconocía que existiese. Dejó de pensar lo que esa boca hacía y se dejó llevar por una oleada de goce que la hizo estallar en mil pedazos.

—Necesito estar dentro de ti —susurró en medio de la lujuria de ese momento.

Por más que supiera que ella estaba lista para él, pretendía que se lo confirmara, y lo hizo de inmediato envuelta en las caricias que le prodigaba al intentar desabrocharle la camisa. Ella notó cierta resistencia, pero él permitió que lo hiciera. Quizás había sido una simple percepción en medio de la

vorágine de sensaciones que la atravesaban. Ella deslizó las yemas de los dedos por el musculoso tórax. Lo acarició con absoluta delicadeza y, luego, continuó con los labios. Besó y lamió con ternura aquellas marcas dibujadas en el pecho. Él respiró profundo dejando que ella acariciara, como nunca antes alguien lo había hecho, las huellas del dolor que el incendio le había provocado. El intenso deseo por poseerla lo atormentaba, aunque, con una delicadeza que solo por ella podía tener, le dio tiempo a que se acostumbrara a él hasta arremeter por completo.

—Te necesito —declaró al enroscar los dedos con los de ella por encima de la cabeza.

Los embates comenzaron a tener mayor vigor, ya no podían refrenar la pasión que los devoraba por dentro. A los gemidos de ella, le sobrevino el placer extremo acompañado por una convulsión que la hizo sentir un segundo orgasmo en esa noche que apenas comenzaba. Con sus besos él le había recorrido la piel hasta dejarla enrojecida, también le había acariciado cada curva de ese cuerpo que adoraba. Gerónimo la envolvió entre los brazos para colocarla encima de él.

—¿Qué me has hecho? —preguntó mientras le sostenía el rostro con las dos manos.

Él supo ver a tiempo que entre ambos había algo profundo, pero nunca creyó que fuera con semejante intensidad. Nunca antes se había sentido de ese modo, solo con ella y en sus brazos. Sabía que a Juana le había sucedido lo mismo porque no había dejado de oír la mejor melodía de gemidos que un hombre podía escuchar.

—Doctora, me rindo.

Ella se perdió en otro beso profundo que expresaba cuánto había sentido. Aún no podía manifestar en palabras todo lo que había sucedido. Estaba completamente abrumada por la serie de sensaciones que confluían dentro de ella como algo inexplicable. Ella, que lidiaba a diario para que sus pacientes recuperasen el lenguaje que habían perdido, se había quedado sin habla.

—Y lo que es peor: te has quedado sin palabras —murmuró sobre su boca.

—Así es. Yo no sé cómo decirte lo que he sentido esta noche.

—Una noche que acaba de comenzar —musitó, al tiempo que con el pulgar dibujaba el contorno de la boca.

En algún momento creyó que, cuando la amase, saciaría los deseos por

tenerla, pero se había equivocado, porque se sentía con los mismos deseos que antes de entregarse. No quería abrumarla y la cena preparada era la excusa perfecta.

—He sido un mal anfitrión; comerás la cena fría. No sé si tienes apetito.

—Mucho.

—No vuelvas a decírmelo de ese modo, porque cenaremos más tarde.

Sin desearlo, él se incorporó y vio que ella buscaba la ropa.

—¿En verdad te vestirás?

—¿Cómo voy a sentarme a la mesa desnuda?

—Si es así, ponte solo el vestido.

Él lo tomó del suelo y se lo entregó sin dejar de contemplarla mientras ella se lo colocaba, con pudor, a pesar de la intimidad compartida minutos antes. Él hizo lo propio solo por brindarle comodidad a ella.

—¿Cómo te sientes? —preguntó al sostenerle con los dedos la barbilla.

—Feliz.

Él le dio un beso y la tomó de la cintura para ir hacia la mesa.

—No me digas que esto lo has preparado para mí.

Ella se sorprendió al ver una fuente de carne al horno bañada con una salsa oscura que emanaba un aroma increíble, acompañada con papas y verduras.

—¿Me creerías si te dijera que sí?

—No.

—Haces bien. Le pedí a mi empleada que cocinara una rica cena para hoy. Quería algo íntimo para este encuentro.

—Y lo has logrado.

Él bebió de la copa sin dejar de observarla. Las mejillas sonrojadas combinaban a la perfección con la mirada que tenía una mujer al haberse sentido amada. Así deseaba que ella se sintiera, porque la había amado en cada caricia y en cada beso prodigado. Entendía también que era demasiado

pronto para confesárselo. Esa noche transcurrió entre complicidad y tiempo para amarse una y otra vez. Aquel encuentro sería el comienzo de otros tantos, al menos, era lo que él deseaba fervientemente.

* * *

Para Gerónimo haber estado con Juana había sido un oasis en medio de la tempestad que vivía en el frigorífico. El tiempo transcurría sin brindar alguna solución. En breve, se celebraría la asamblea en donde todos los socios concurrirían, o al menos los que tenían mayor cantidad de acciones en su haber. Esa era la fecha límite para quien quisiera munirse de un porcentaje que pudiera definir la presidencia y el destino de la firma. A pesar del vibrante silencio instalado en el negocio, había corrillos de todo tipo. Nadie estaba seguro de lo que sucedería allí dentro. Los trabajadores de los distintos sectores cumplían la tarea del mejor modo que podían, aunque en ascuas, hasta no saber si habría algún cambio.

Hacía poco había ingresado una nueva camada de operarios que, hasta el momento, se habían adaptado al rigor de ese trabajo que los tenía desde muy temprano en la faena de la carne con sus derivados, cumpliendo variadas funciones hasta que la mercadería llegase a los comercios o, en su defecto, a las bodegas de los barcos. Eso último era lo que se buscaba para hacer una diferencia económica en el negocio. En ese momento, luego de haber luchado por mantenerse de pie, a pesar de la instalación de los frigoríficos de origen estadounidense e inglés –que competían con los nacionales en cuanto a la infraestructura– y soportar las distintas restricciones referidas al ingreso de la carne argentina en los diferentes mercados debido a la aftosa, intentar subsistir era un desafío diario. A todo esto, se sumaba la cuestión política.

Nadie sabía en qué derivaría el gobierno de Yrigoyen. Los distintos periódicos no dejaban de publicar artículos sobre el descontento popular debido a la falta de toma de decisiones presidenciales. Hacía unos pocos meses, un grupo de yrigoyenistas había atacado un mitin en Plaza Once organizado por los centros culturales Lautaro, representantes del radicalismo antipersonalista. Los atacantes habían logrado disipar a la manifestación a los tiros a la vez que uno de ellos había ocupado el estrado para hablar loas del actual presidente. Ese había sido uno de los tantos focos sociales que estallaban en los distintos lugares de la ciudad cada vez con mayor frecuencia. Los estudiantes universitarios apoyaban cualquier movimiento que intentase

derrocar al Gobierno. La conspiración en el seno militar venía creciendo a pasos agigantados. El teniente general Uriburu mantenía ideas autoritarias y antidemocráticas, a la vez que el general de división Justo mostraba un perfil más liberal, más cerca de la oposición civil. Algunas personalidades militares habían comenzado a vincularse con otros referentes políticos para saber qué hacer si todo continuaba de esa manera, quién sería el que tomase el toro por las astas. Poco importaba la tendencia política que se tuviera, porque muy pocos estaban conformes con el modo en que se estaba conduciendo el país. Inclusive desde el mismo círculo estrecho del presidente, comenzaba a notarse cierta deslealtad hacia el propio Gobierno y también hacia quien lo presidía. Nada de lo que sucedía ayudaba para atravesar el difícil momento que se vivía.

En medio de todo eso, y con los pensamientos que no dejaban de atosigarlo, Gerónimo se desvió en el trayecto a la empresa y condujo hasta la casa de León con un solo objetivo: sacarlo del encierro en el que se hallaba sometido a partir del accidente cerebral que había padecido tiempo atrás. Nada le impedía salir, siempre que fuese en compañía de alguien. Sin embargo, parecía encaprichado en dejarse abatir dentro de las cuatro paredes de la propiedad. En cuanto al habla, si bien no había logrado grandes avances, tampoco había retrocedido; continuaba con el tratamiento asignado. Él buscaba darle ánimos para que, al menos algunos días, fuera a la empresa. Estaba seguro de que su presencia haría trastabillar a más de un socio que lo había dado por muerto, no literalmente, pero sí a los efectos de no considerarlo parte del negocio que León había creado y levantado. Gerónimo había aprendido con el tiempo que el poder se tenía solo cuando se ejercía. Una vez que uno dejaba de ostentarlo, la gente lo olvidaba, por eso buscaba que su abuelo regresara al imperio que él mismo había creado. Volvería a intentarlo y a decirle que su presencia era importante en la empresa, aunque no pensaba obligarlo. Gerónimo había tratado de mantenerlo al margen de las negociaciones y vaivenes de la firma. No pretendía angustiarlo más de la cuenta, pero había cuestiones que no podía ignorar. Tomar aire y alejarse de sus propios problemas podía ser un incentivo para mejorar.

—Veo que te has cambiado ya.

—Es la hora.

—Así es —dijo con una amplia sonrisa.

Por más que discutiera con León, nunca el agua llegaba al río. Había un profundo cariño entre ambos que iba más allá de cualquier circunstancia, a pesar de que alguien buscase interponerse entre ellos.

—Vamos, entonces.

Él le había indicado a Dina que alistase a León, sin darle demasiadas precisiones sobre a qué lugar irían. Estaba seguro de que su abuelo creería que, como hacía tiempo, saldrían por un tema médico.

—¿Adónde? —preguntó al caminar hacia la salida de la casa.

—Pensé en tomar un café en alguna confitería. Debo hacer unos trámites y me vendría bien tomar algo antes.

—¿Tan mal estoy?

—Claro que no. Por eso te invito a compartir un café para salgas de la casa.

León le sostuvo la mirada antes de subir al automóvil. Siempre había añorado que el ocaso de su vida fuera diferente. Nunca se había imaginado que pudiera transformarse en una carga, menos aún para su amado nieto. No deseaba interponerse en el futuro de Gerónimo y parecía que era lo que estaba haciendo a diario. Le costaba entender cómo la vida podía dar un giro en un solo instante y no dejaba de pensar en ello desde el accidente cerebral que había padecido. Aún le quedaba una serie de temas por resolver.

—Antes era todo distinto.

Gerónimo había arrancado el vehículo para que su abuelo no se arrepintiera de haberse subido.

—Así es, pero debes ayudar a cambiarlo. Una posibilidad es que vengas a la empresa.

—A dar lástima —agregó.

—Nunca te expondría a eso.

—Tú no. —Se tomó un respiro. Luego continuó con una cadencia distinta—: Pero sí mi hijo.

—Por mi padre no debes preocuparte; yo me hago cargo.

—Me corresponde a mí.

—Déjalo ya, creo tenerlo controlado.

—¡Mierda!

Además de la impotencia por no poder hablar fluidamente como lo había hecho durante toda la vida, debía soportar el hostigamiento de Santiago a su

propio hijo, sin que él pudiera detenerlo.

—Cálmate, no te hace bien ponerte así.

—Me siento un inútil.

—Deberías saber que no lo eres.

—Soy un estorbo para ti.

—Basta, León, no quiero volver a escuchar nada de eso. Lo que te ha ocurrido es solo pasajero. Si crees que ya no sirves para nada, estás equivocado. Aún te necesito y no me voy a rendir ni permitir que lo hagas, ¿has entendido? —le dijo en medio del concurrido tránsito de la avenida Rivadavia.

León quedó mudo ante los dichos de su nieto. Se mantuvo callado mirando a través del cristal de la ventana hasta que el vehículo se detuvo en la esquina de Rivadavia y Medrano, en la confitería Las Violetas. En un recodo de la construcción, para decorar la entrada, lucían varias flores que daban origen al nombre. León intentó reprimir el impacto que experimentó al ingresar al salón. La *boiserie* estampada en las paredes había sido testigo silenciosa de aquella conversación que nunca olvidaría y que cambiaría todo. Al levantar la vista, reconoció las fastuosas lámparas con caireles que colgaban del cielorraso. A pesar de las modificaciones, el espíritu del lugar atesoraba aquel momento inolvidable para León. Caminó evitando trastabillar por el piso de mármol hasta alcanzar una mesa ubicada junto a un amplio ventanal que daba sobre la avenida. El tránsito de peatones y automóviles era constante y una permanente distracción para la concurrencia. Sin dudas, Gerónimo no podía haber elegido un mejor lugar.

—Espérame, que ya regreso.

La confitería estaba ubicada a media cuadra de una escribanía, de donde debía retirar un sobre con unos documentos para la empresa. Durante unos pocos minutos León se quedaría solo allí.

—¿Te encuentras bien?

—Muy bien; me gusta este lugar.

—Me alegro de que así sea. Ya vengo.

Antes de abandonar el lugar, Gerónimo se acercó al mozo para que estuviera atento a la mesa donde acababa de ubicarse León, por si algo pudiera surgir en su corta ausencia.

Dentro de los muros de esa confitería, había acontecido el momento más impactante de la vida de León, el que la cambió por completo. Cuando creía que su mundo se acababa, que todo estaba perdido, León regresaba al mismo sitio, haciendo una pausa en el presente, para rememorar lo sucedido en aquel entonces.

* * *

Luego de presentarme a su esposo frente a Rosemary, en la fiesta celebrada en el Pabellón de las Rosas, algo había cambiado entre nosotros. En especial para ella. La idea de rebelarse estaba latente y compartía conmigo la misma necesidad de salir al mundo para gritar lo nuestro. Aunque mi esfuerzo estaba volcado en arreglar todo, mi vida tenía otras aristas que debía encauzar y solucionar; mi empresa era una de ellas. Por ese motivo debía ausentarme unas semanas para celebrar un acuerdo en el que venía trabajando desde tiempo atrás.

También debía ocuparme de Gerónimo, a quien buscaba darle todo lo que necesitaba porque se había transformado en alguien imprescindible para mí. Trabajaba por él y para su futuro. Cada logro alcanzado era el legado que le dejaría para que él continuase con lo que yo había iniciado. Si bien no tenía la edad suficiente para hacerlo, porque debía crecer aún, yo buscaría prepararlo para lo que se vendría e intentaría no equivocarme, como lo había hecho con mi propio hijo. Aún me costaba ver cuáles habían sido los motivos que nos habían llevado a mantener semejante distancia entre ambos. En un principio la culpa me rondaba y buscaba solucionar nuestras diferencias. Pero supe que cualquier cosa que hiciera sería en vano al notar el trato que le daba a Gerónimo. Para mí, era imperdonable el desinterés por su hijo y el abandono al que lo sometía. Me prometí que haría lo impensado por sacar adelante a mi nieto y brindarle una buena vida.

Por eso, desde que me había hecho cargo de Gerónimo, intentaba espaciar los viajes para evitar emular a su padre, que no dejaba de pavonearse por las distintas ciudades europeas, siempre en buena compañía femenina. Santiago era un asistente perfecto a los acontecimientos mundanos celebrados en el lugar que fuera, mientras la diversión y la jarana estuviesen garantizadas. De lo único que se preocupaba era de teñir su concurrencia bajo la fingida excusa de que realizaba gestiones comerciales para el negocio del que nunca se había hecho cargo. Jamás había abandonado la ilusión de

jactarse del apellido familiar para ganar favores y beneficios personales, ni perder la posibilidad de tener un cargo, que no tenía ni merecía, en la empresa.

A pesar de la situación que me rodeaba, creía que de a poco todo se iba acomodando. Ni en el sueño más afiebrado habría imaginado que experimentaría semejante realidad. La vida me había dado una oportunidad a la que me había aferrado con creces para ser feliz, a pesar de todo lo que debería luchar.

Las semanas que estuve fuera de la ciudad habían sido una tortura no solo porque algunas cuestiones se me habían complicado, sino por no poder estar junto a Rosemary. Por suerte, en los últimos días, pude revertir las gestiones comerciales y logré el acuerdo que beneficiaba a mi empresa. Haberlo hecho me permitía regresar a Buenos Aires antes de lo esperado. Sin dudas, el viaje me había resultado interminable, no veía la hora de arribar a la ciudad. Aún no le había avisado a Rosemary porque buscaba sorprenderla. Le enviaría algún mensaje para hacerle saber que la vería en el lugar de siempre. Aproveché unas horas para cumplir con unas diligencias pendientes. Antes del mediodía, la ciudad era un hervidero de personas. Muchas de ellas deambulaban apuradas. Sin desearlo, uno podía tropezar con cualquier otro peatón, además de que había que estar atento al fluido tránsito de los carruajes, los tranvías y varios automóviles que no dejaban de circular por la ciudad.

Algo me llamó la atención. Volví a fijar la vista para corroborar que se trataba de Rosemary que caminaba por allí. No acostumbraba a hacerlo en soledad. Cuando debía realizar algún trámite, la acompañaba la empleada que la asistía. No obstante, no era afecta a salir y estar con gente, más bien guardaba una actitud solitaria. Quizás, tener que estar rodeada de personas en distintos ágapes y eventos sociales, sin desearlo, habían provocado en ella cierto recelo al contacto social. Observé que mantenía recogida con un moño la cabellera oscura y con ondas, que lucía con prestancia desde que le había dicho lo bien que le sentaba. Segundos después, caminó hasta apoyarse sobre el muro de una edificación. Se le notaba cierto desconcierto y desconsuelo en el rostro. Me apresuré hasta alcanzarla. La tomé por la cintura y caminé unos pocos pasos hasta el ingreso de un edificio para estar a solas, en medio del gentío. No busqué asustarla, sin embargo, fue grande la sorpresa que se llevó al verme.

—Mi amor, ¿qué haces aquí? —inquirí.

De inmediato se aferró a mí como si hubiera pasado más tiempo del que estuvimos separados. Sentir el roce de su cuerpo con el mío me alivió, y esperaba que a ella le provocara el mismo efecto. No estaba seguro de qué

era lo que sucedía, aunque estaba convencido de que algo le ocurría.

—¿Qué pasa?

Percibí que no tenía las mejillas coloreadas como de costumbre, muy por el contrario, el semblante se mantenía lívido. Nunca antes la había visto con esa blanca palidez que le cubría el rostro perlado por algunas gotas de sudor.

—Quisiera tomar algo.

—Vamos, aquí hay una confitería.

Enseguida ingresamos en Las Violetas. Busqué una mesa que estuviera apartada del resto. Nos encaminamos hasta el fondo del lugar para poder disfrutar de cierta intimidad, aunque tan solo fuera para beber algo. La brisa movía la cortina que cubría la ventana ubicada a nuestro lado. Estaba seguro de que un poco de aire la beneficiaría. Debí armarme de paciencia para no preguntar nada hasta que el mozo no nos trajo el pedido y vi que ella comenzaba a tomar una copa de limonada fresca.

—No me avisaste que ya habías llegado a la ciudad —me dijo una vez que bebió parte del refresco.

Le tomé la mano y la mantuve arropada con la mía. Necesitaba que se relajase y que se quitase la preocupación e inquietud que la rondaba. A pesar de las circunstancias que habíamos atravesado y de los momentos vividos, era la primera vez que no lograba descifrar lo que le ocurría. Eso no dejaba de provocarme cierto desconcierto.

—Lo sé. Buscaba sorprenderte, pero el sorprendido he sido yo al verte por aquí.

Ella volvió a beber sin apartar la mirada por encima de la copa.

—Te he extrañado.

—No tienes idea lo que fue para mí. Te he echado de menos tanto o más que tú a mí. No veía la hora de regresar y verte.

—Suponía que volvías esta semana, pero no sabía qué día.

—Gestioné unas reuniones antes de la fecha estipulada para adelantar mi regreso. No imaginaba verte por aquí, no sueles venir a esta zona, menos sin compañía.

Observé que la tensión en el cuerpo cobraba mayor intensidad.

—Mi amor, no temas. Sabes que aquí estoy para solucionar todo, cuéntame qué te angustia tanto.

—Que lo nuestro se acabe.

Traté de disimular el fuerte impacto que me provocaron esas palabras. No podía siquiera imaginar mi vida sin ella.

—Eso no sucederá. Me preocupa que siquiera lo pienses. No permitiré que te alejes de mí, salvo que seas tú quien me lo pida. Aunque no sé cómo sería capaz de hacerlo.

Rosemary rompió en un ahogado sollozo que demostraba la angustia que la envolvía. No entendía qué le había pasado por la cabeza para pensar que algo así podía ocurrir.

—Por favor, dime qué sucede.

Con la yema del pulgar barrí las lágrimas que le corrían por el rostro. De a poco se fue recuperando para poder darme las respuestas que necesitaba escuchar. Había algo importante que me inquietaba por demás y que yo necesitaba saber, aunque no fuese lo que quisiera oír.

—¿Él te ha hecho algo?—sugerí con una calma desconocida.

Yo debía darle tranquilidad, aquietarla y asegurarle que, a pesar de lo que ocurriera, todo seguiría igual entre nosotros.

—No. Hace unos días partió y calculo que estará afuera por unas semanas.

—Bien, ¿entonces, mi amor?

—Este último tiempo no me he sentido bien, pero no te lo he dicho porque no quería preocuparte. Creí que en estas semanas estaría mejor, pero no fue así. Es por eso que me has visto por aquí, porque he venido a ver a un médico.

—¿Qué tienes?—susurré con temor por lo que pudiera pasarle, no estaba listo para eso. Si ella sufría alguna dolencia, no entraba en mi cabeza la posibilidad de perderla. Conseguiría al profesional que fuera para lograr salvarla.

—Amor, te has puesto pálido.

—Cómo no estarlo si sé que padeces algo.

—Lo que me sucede es que estoy esperando un bebé.

Tras sus dichos, se llevó una mano al vientre al tiempo que algunas lágrimas volvieron a rodarle por el rostro. Me quedé paralizado sin poder reaccionar.

—Me angustiaba saber cómo lo tomarías, por eso estoy así.

Un niño en camino era la mejor noticia que podía recibir, pero había algo que debía saber. Por más que ella me hubiera confesado cómo eran las cosas en su matrimonio, debía indagar. Tenía que responderme por más incómoda que fuera mi pregunta.

—Mi amor, preciso saber si…

Rosemary comprendió de inmediato a qué me refería. No necesité completar la pregunta.

—Este último tiempo no he soportado que él me tocase; lo sabes. Me he esforzado en inventar excusas cuando me buscaba y me aseguraba de trabar la puerta de mi habitación cuando me iba a dormir. Sabes que, desde hace tiempo, estamos juntos solo por aparentar algo que nunca tuvimos ni tendremos, ya que él comenzó a hacer su vida poco después de habernos casado.

—¿Quieres decirme que tendremos un niño? —pregunté ahogado de la emoción.

Ella asintió mientras se me nubló la vista por completo por las lágrimas. No podía creer que volviese a ser padre y con la mujer que amaba con locura. No me consideraba merecedor de semejante regalo. Me costaba entender que esa felicidad que me atravesaba de punta a punta fuese real.

—León, por favor, dime algo.

—Nunca imaginé que pudieras hacerme más feliz de lo que soy desde que te conozco.

—¿En verdad?

—Jamás pongas en duda lo que siento por ti. Es una noticia maravillosa, no creía que pudiera haber algo que lograra unirnos más. Un hijo lo es y lo será por siempre.

Vi cómo ella relajó la tensión mantenida hasta que afloró la confesión que tanto la angustiaba. Era imposible creer que yo pudiera poner alguna

traba ante esa noticia. Una noticia que no esperaba, pero que me transformaba en el hombre más dichoso del mundo.

—Yo me siento muy feliz por esto, pero no sabía cómo ibas a tomarlo. Creí que, tal vez, esto nos alejaría. No sé, pensé que, como ya cuentas con una vida hecha, un hijo te complicaría la existencia. Más allá de todo eso, yo deseo con todas mis fuerzas dar a luz a nuestro hijo.

—Amor, ¿cómo pudiste suponer algo semejante? Este hijo es lo mejor que puede pasarnos.

—No te imaginas la paz que me das.

—Nunca deberías haber dudado.

—Lo sé.

—Incluso si no fuera mío, lo criaría como propio. No podría abandonarte por nada del mundo, ya te lo dije, salvo que seas tú quien me lo pida.

—Eso nunca sucederá.

—También sabes que llegó el momento de tomar decisiones. Esta noticia apresura los tiempos. No los míos, que vengo pidiéndote que te alejes de él, sino los tuyos.

—En lo único en que he pensado es en este bebé y no he querido teñir esta felicidad con las dudas que tenía al respecto.

—Esta vez, no voy a tolerar una nueva postergación para estar juntos. Te quiero cada noche a mi lado, necesito saber cómo te sientes a medida que nuestro hijo crece.

—Deberé hablar con él cuando regrese del viaje.

—De ningún modo. Yo me encargaré de todo.

—Pero…

—Rosemary, en esto no hay discusión.

—No quiero que algo te suceda.

Ella no era consciente de lo que yo era capaz para defender lo que me pertenecía. Era mejor que no lo supiera. Por ella y por lo nuestro, estaba dispuesto a todo. Sin embargo, ella continuaba con la misma línea de

pensamiento.

—Cuando esto tome estado público, será un escándalo. Sabes también que él busca permanecer alejado de las habladurías, rumores y chismes. No quiere que nada conspire contra su profesión.

—Me importa poco lo que a él le preocupe. Quiero que abandones esa casa cuanto antes.

—Amor, sabes que no estoy sola. Mi niña extrañará no ver a su padre.

—Si no puedes venir a mi casa, tengo otra propiedad para que residas mientras tanto. Debes entenderme. No puedo pensar correctamente sabiendo que en cualquier momento él puede aparecer y dañarte.

—Eso no sucederá, aún quedan unas semanas hasta que regrese.

—En este tiempo, no habrá un día que no estés a mi lado.

—Si estoy contigo, los rumores comenzarán a correr.

—Me importa muy poco los chismes que corran. Quizás la noticia le llegue antes de lo esperado; eso allanará mi camino.

—Mientras, tendré tiempo de hablar con mi pequeña. La prepararé para una mudanza, sin explicarle demasiado.

—Haz lo que creas conveniente. Yo me encargaré de él y de nuestro futuro.

—No te imaginas cuánto te amo.

—Quizás pueda darme una idea si se asimila a lo que siento por ti.

En ese instante me incliné para besarla. Necesitaba sentirla y transmitirle que una nueva etapa se abría ante nosotros, que teníamos un futuro juntos y que nada nos detendría.

* * *

Gerónimo acababa de regresar a la confitería, con un sobre de papel Manila en las manos. De inmediato, el camarero se acercó a él para decirle que no había surgido ningún inconveniente. Se aproximó fijando la vista en su abuelo. Aún no había tomado la consumición que él había encargado antes de irse del local. El pocillo de café estaba a un costado con el plato de medialunas que lo acompañaban. Observó que mantenía los ojos con cierta emoción y, cuando notó que él se aproximaba, el gesto en el rostro se

mantuvo imperturbable. Él estaba convencido de que su abuelo habría viajado a algún lugar de su pasado al que no deseaba que nadie más asomase. No sabía si se debía a la lesión que padecía o a la medicación que tomaba, pero ingresaba en un estado de ensoñación del que solo él era protagonista.

—¿Cómo has estado?

—Muy bien. ¿Qué traes?

—Una documentación que necesitamos para la próxima asamblea. Si bien no quiero preocuparte, sabes que la cosa viene complicada.

—Lo imagino.

—Si te sientes bien, me gustaría que me acompañes el día que se celebra.

Gerónimo no podía exigirle que lo hiciera, pero estaba convencido de que debía asistir para poner fin a la serie de rumores que no dejaban de correr.

—¿Es importante para ti?

—Sí.

—Iré, entonces.

—Desde ya te aclaro que no será una reunión amena ni tranquila. En este último tiempo han surgido algunos problemas que estoy tratando de resolver.

—No vale la pena.

—¿A qué te refieres?

—Vende.

—¿Cómo dices?

—Que vendas y dejes todo atrás.

Si había algo que él no esperaba, era que su abuelo le sugiriera que se desprendiera de la empresa. ¿Dónde habían quedado las conversaciones, cuando él había regresado de Londres, sobre luchar y buscar la manera de continuar con la firma? León nunca antes se había manifestado de ese modo. ¿Por qué ahora? ¿Qué lo había hecho cambiar tan radicalmente de posición? De un tiempo a esta parte, le costaba entenderlo, pero tampoco podía forzarlo a que le dijera si había algo más. Gerónimo estaba solo en la disputa por la empresa, bajo mucha presión y con los conflictos familiares que no lo dejaban

en paz. No quería presionar a su abuelo, pero debía saber si había alguna razón que lo llevase a decir lo que acababa de manifestarle.

—León, ¿hay algo que haya surgido a último momento y que no me hayas dicho? Si es así, necesito saberlo.

—No. Busco recordar para saber si ha habido un motivo que me llevó a estar así como estoy —dijo angustiado negando con la cabeza una y otra vez —, pero no puedo recordarlo.

—Cálmate.

—Solo sé que estaba en el escritorio de casa trabajando y, minutos después, en la cama del hospital.

—El tiempo irá dándote las pistas sobre lo sucedido aquel día.

Gerónimo estaba convencido de que aquella nota era la clave del ataque que León había sufrido. ¿Quién la había enviado?, ¿por qué en ese momento?, ¿cuál era la importancia o veracidad de aquella amenaza, para que le provocara el estado en el que se encontraba? No lograba obtener respuesta a tantos interrogantes. De lo único que estaba convencido era de que León había borrado de la mente esos últimos minutos, porque, de recordarlos y reconocer que la amenaza implicaba a su nieto, habría hecho lo impensado por advertirle sobre la persona que estaba acechando a los Nogués.

CAPÍTULO 16

Con la excusa de quererla

La costa del Riachuelo se abría paso a medida que Gerónimo avanzaba con el automóvil rumbo al frigorífico. Cada día que pasaba aumentaban las complicaciones allí dentro. Lo único que lo mantenía vivo y feliz era la dirección que estaba tomando la relación con Juana. Al menos algo en su vida se daba como él deseaba. Podía distraer la mente todo el santo día pensando en ella. Sin embargo, debió concentrarse en sus obligaciones cuando alcanzó las dos amplias construcciones que formaban el conglomerado de la empresa.

Bajó del vehículo y se adentró en las instalaciones del frigorífico. Si bien el ritmo que allí dentro se vivía era intenso, esa mañana parecía haberse acrecentado. Vislumbró a algunos operarios que no estaban allí regularmente. Él siempre se ufanaba de conocer a cada uno de los empleados, pero durante el último tiempo, debido a las circunstancias vividas, eso había cambiado y había delegado en su secretaria la selección de los nuevos obreros para las distintas funciones. Apresuró el paso cuando vio que esos empleados se llevaban un amplio escritorio y otros objetos.

—Pero ¿qué pasa aquí?

Lucrecia apareció antes de que él continuara con una seguidilla de improperios y se abalanzase sobre el personal para impedir que se llevaran los muebles de la oficina de León.

—Gerónimo, espera, por favor.

—¿Qué dices? ¿Quién ha autorizado esto?

—Te aseguro que intenté detenerlos, pero no he podido. Todo esto es orden de tu padre.

—¡Hijo de puta! ¿Dónde está?

—No ha venido, pero ha dado la orden para que la oficina de León sea desalojada y se cambiaran los muebles por los que él ha comprado. Esta gente no tiene la culpa, cumple con el trabajo por el que le han pagado.

—¡Todavía no tiene el poder para instalarse! —rugió.

Por más que la secretaría había intentado detenerlo, no lo había logrado. Gerónimo discutía con la gente que llevaba y traía los muebles. La escalada de conflicto entre padre e hijo iba en aumento. Más allá de los deseos de

Lucrecia de que todo se subsanase, estaba convencida de que la situación era irreconciliable. Trató de acercarse al muchacho para apaciguar la ira que destilaba.

—Gerónimo, tienes un café en tu despacho.

Él le lanzó una mirada gélida, pero no porque ella se la mereciera, sino porque la situación había alcanzado una escalada difícil de detener.

—No son más que muebles que van y vienen.

Era la continuación de la guerra desatada años atrás. La diferencia residía en que estaba solo para lidiar con ella.

* * *

Al otro lado de la ciudad, bajo la suntuosidad de la *boiserie* oscura y lustrosa de las paredes, las arañas con caireles que colgaban desde los altos techos y la elegancia que habitaba en el Plaza Hotel, se encontraba Santiago Nogués aguardando a su invitado. Los nervios y la impaciencia que lo habían acompañado el último tiempo acababan de desaparecer. Al fin todo se estaba dando como él lo había soñado.

—¿Me he retrasado mucho?

—En lo más mínimo. Acabo de llegar.

No sería cuestión de confesarle que hacía más de media hora que lo estaba esperando. Tampoco quería demostrarle la gran satisfacción por lo que había logrado. Según su padre, había que mantener la cabeza fría en los negocios; estaba claro que esa frase le había quedado grabada en la memoria.

—¿Qué bebes?

—No suelo beber por la mañana, pero esta ocasión lo amerita, pídeme lo mismo.

Minutos después se encontraba el camarero asistiéndolos con las consumiciones solicitadas.

—¿Qué me dices?

—Según me cuentas, todo se está dando de acuerdo a lo pensado.

—Te dije que este sería un gran negocio y no te he defraudado, ¿verdad?

—Claro que no, para mí es muy importante lo que has hecho.

—Amigo, de habernos conocido antes, otros grandes negocios habríamos hecho juntos —aseguró Santiago al levantar la copa de whisky.

Una amplia y cómplice sonrisa se dibujaba en el recién llegado. La satisfacción era muy grande, pero aún no había comenzado a disfrutarla.

—Debo confesarte que todo debe hacerse a su tiempo y este es el nuestro —retrucó al levantar la copa para brindar por lo que tanto había deseado. Al fin cada cosa comenzaba a tomar su lugar.

* * *

No habían sido las instalaciones del Hipódromo de Palermo el lugar del encuentro entre Felipe y Santoro. El jinete no había querido reunirse en La París, la bella confitería que había dentro del predio hípico, por eso Felipe se encontraba a pocas cuadras de allí, aguardando que llegara. Esperaba que lo hiciera cuanto antes, porque él no contaba con suficiente tiempo para esa entrevista. El novel periodista se había escapado, en medio de la vorágine que se vivía dentro del diario *Crítica*, con la excusa de completar algunos recados que le habían encomendado. Había intentado cambiar el horario de esa cita, pero el jinete no podía, ya que vivía lejos del lugar donde trabajaba. Felipe no pensaba perder, por ninguna circunstancia, esa oportunidad. Luego de beber un pocillo de café, lo vio ingresar al salón de la confitería.

—Disculpe, Pascal, pero me he tenido que cambiar, no se imagina cómo estaba hace un rato.

Felipe observó que llevaba el cabello húmedo, iba vestido con prendas simples pero limpias. Por más que había sido idea suya cambiarse el nombre, le costaba reaccionar cuando lo llamaban con el apellido del compañero de trabajo.

—Lo entiendo, aunque debe saber que no ando con mucho tiempo. ¿Toma un café?

—Sí, claro.

Felipe observó la intranquilidad de su interlocutor; miraba a los costados para verificar si algún conocido aparecía por allí.

—Quédese tranquilo; nada de lo usted me diga lo publicaré con su nombre.

—Si así no fuera, no estaría aquí.

—Se lo prometí. Usted es solo mi fuente, porque hay una línea de investigación que quiero seguir.

Felipe se calló al ver que el camarero les traía la consumición. No continuó hasta que depositó los pocillos y se retiró.

—¿Qué lo hizo cambiar de opinión?

—He mantenido algunas conversaciones con otro propietario que me quiere llevar para correr sus caballos. Esperaba que se diera, pero no tan pronto.

—Lo felicito.

—Gracias. Ahora puedo decirle que no veía la hora de abandonar a Evaristo Correa y a su equipo.

—Ahora que se va y lo abandona todo, nada importa.

—Algo así, aunque aún no se lo he dicho.

—No creo que se lo tome a bien, al menos por lo que he visto cuando sacamos las fotografías. Quizá no se encontraba en unos de sus mejores días.

—Para Correa no hay días distintos, todos son iguales; su altanería es permanente. Por otro lado, con el alarde que hace siempre respecto de la eficiencia de sus caballos, dejando a un lado a quien lo monta, no creo que sufra mi ausencia.

—Eso lo dice ahora. Si bien no conozco a Correa, estoy convencido de que debe hacer proyectos con usted y con Embustera.

—Ya no importa, yo quiero tener una buena carrera y de su mano no la tendré. Estimo que mi futuro patrón hablará con él para adelantarle algo. Del resto me haré cargo yo.

—Entonces, lo escucho, Santoro.

Felipe abrió el cuaderno de notas y comenzó a escribir cada información que era importante en ese relato. A pesar de haber comenzado a hablar de manera tímida, con el paso de los minutos, Santoro empezó a soltarse. Claro que hubo una serie de anécdotas que eran poco interesantes para Felipe, pero retrataba a la perfección la persona de Evaristo Correa. Evitó interrumpirlo con preguntas porque no quería que se detuviese en la exposición de los hechos. Sin embargo, dejó a un lado el pocillo de café cuando escuchó el nombre de Segundo Benegas, su hermano, aquel que decía haberse desvivido para brindarle lo mejor, al que consideraba un amigo, porque le había confesado sus sueños de abandonar el pueblo para comenzar una nueva vida en la gran ciudad. El que le había prometido el viaje tan deseado por toda Europa, el mismo al que acababa de descubrir con Catalina y que era el protagonista del relato de Santoro, que se llenaba la boca contando lo que sabía.

—Háble me de ese tal Benegas.

Se recostó sobre el respaldo de la silla. Escuchó y escuchó hasta que su interlocutor se quedó con la boca seca. En la cabeza de Felipe no dejaban de danzar los detalles del relato y las consecuencias que habría si tomaba estado público.

—Santoro, le agradezco la confianza y todo lo que me ha contado.

—No hay de qué. Si quiere disfrutar de una buena carrera, véngame a ver la próxima vez que corra.

—Lo haré en cuanto pueda.

—Aquí tiene. —El jockey sacó la billetera para abonar su consumición.

—De ningún modo, esta vez lo invito yo.

—Gracias, y hasta pronto.

Felipe se quedó allí unos pocos minutos más, hasta ordenar la cabeza. Tomó la libreta, guardó la lapicera en el bolsillo interno del saco y, luego de abonar la cuenta, abandonó el lugar envuelto en una marea de pensamientos que intentaría acomodar en el trayecto hasta regresar a la redacción.

No podía dejar de reflexionar sobre lo sucedido horas antes en la confitería cercana al hipódromo. Sin embargo, tenía muy claro qué pasos dar. En medio de todo estaba Catalina. Él no pensaba dejar las cosas así, debía buscar una solución cuanto antes. Por ese motivo, creyó que lo mejor sería hablar con ella.

* * *

Desde lo sucedido noches atrás, Catalina no salía del estado de ensoñación permanente. La declaración de Segundo la tenía envuelta en una nebulosa difícil de explicar. Una y otra vez recordaba las palabras lanzadas a media voz, las profundas miradas de él mientras ella le hablaba, también esos besos llenos de promesas y esperanzas. Todo eso no dejaba de girarle en la cabeza y martillarle el corazón. El golpe a la puerta de su cuarto le borró de un plumazo los recuerdos que atesoraba bajo siete llaves.

—Sal de tu cuarto. Te espero en mi escritorio.

Ella había notado la tensión de su padre en las últimas semanas. Desconocía el motivo, tampoco quería saberlo, pero estaba segura de que estaría relacionado con algo de la empresa. Pretendía estar alejada de ese tema mientras pudiera. Abandonó la habitación para dirigirse adonde se encontraba Santiago Nogués.

—Al fin sales de esa habitación —dijo en cuanto ella entró al despacho —, parece que no tienes otra cosa que hacer que remolonear allí dentro.

—Dime, papá, qué necesitas.

Ella no quería discutir ni que nada echara por tierra el momento especial que vivía.

—Espero que esta vez me escuches y tomes la decisión indicada.

—¿A qué te refieres?

—Al lugar que tienes en la empresa.

—Papá, sabes que eso no es lo que quiero.

—Tú no sabes lo que quieres, pero yo sí sé qué es lo mejor para ti: estar en nuestro negocio.

—Escucha, yo…

—¡Tú qué!

Si algo había aprendido de Santiago era que para todo había un momento. Y ese no parecía el ideal para contarle sus proyectos. Nada de lo que dijera podía ser tomado de buen modo, por eso prefirió callar y terminar cuanto antes esa conversación.

—Debes saber que busco lo mejor para ti y para la familia. Este es un momento de grandes cambios, y uno de ellos es que ingreses a trabajar en mi empresa. No me mires así, deberías estar feliz, porque no serás una empleada recién llegada allí dentro, sino la hija del dueño.

Cada palabra que le decía era una lanza contra Gerónimo. Para nada, ella deseaba que su padre la pusiera en esa situación.

—Aún tienes unas semanas para acostumbrarte a la idea.

Muchas eran las cosas que le habría gustado decirle a su padre, pero la campana del teléfono interrumpió la acalorada conversación.

—¿Benegas?

Catalina se aferró al apoyabrazos de la butaca al verlo molesto y alterado. Lo peor era que no sabía con cuál de los hermanos hablaba. De todas formas, daba igual. Ansiaba que no fuera Felipe quien revelara sus sentimientos, porque no sabía cómo podría reaccionar Santiago. Ella se centró en escuchar; Santiago le lanzó unas pocas palabras antes de pasarle la llamada.

—Sé breve, aún no hemos terminado de conversar.

Del otro lado de la línea, aguardaba Felipe con el tono de voz tenso. A pesar de eso, no se amilanó en decirle que necesitaba verla esa noche, que la esperaba en su casa. Si su padre no hubiera estado frente a ella observándola, le habría dicho que prefería verse en otra ocasión. Sin embargo, otra vez, no creyó que fuera el momento para hacerlo.

—Ahí estaré, hasta pronto.

Por la amistad que tenían, ella no pudo negarse a la invitación. Si bien Segundo le había pedido que le diera tiempo para resolver todo, ella no podía dejar de ver a Felipe. Quizás en ese encuentro podría aclarar las cosas, para que él la escuchara como era debido.

—Al menos ese joven no es como su hermano.

—¿A qué te refieres?

—A que es un muchacho maleable, sin dobleces, no se parece en nada a Segundo, quien, con la arrogancia que tiene, cree que puede llevarse el mundo por delante.

No entendía por qué lo decía, aunque sí recordaba la manera en que ella había abandonado la estancia: luego de una fuerte discusión de Santiago con Segundo. Su padre siempre tenía un motivo valedero de discusión, más si se trataba de alguien cercano a Gerónimo.

—Cuando comiences con tu nueva actividad, tendrás menos tiempo para dedicarte a verte con ese joven. Hay algo que aún no te he dicho, pero tu madre insiste, esta vez, con razón: deberás concurrir de su mano a otros eventos sociales para relacionarte con otros jóvenes que en verdad valgan la pena.

—Papá, yo…

—Tú te atendrás a lo que creemos que es mejor para ti.

Solo eso le faltaba para completar las malas noticias, que sus padres estuvieran tras los pasos de un candidato para ella. Ninguno de ellos la escuchaba ni intentaba saber cuáles eran sus verdaderos deseos, salvo una persona: el hombre del que estaba perdidamente enamorada.

—Puedes retirarte. Aún me queda una serie de cuestiones pendientes que resolver.

Ella abandonó el despacho aferrándose a lo que había vivido con Segundo. Esos recuerdos eran lo único que no la dejaban caer ni creer que todo estaba perdido. Aún no sabía cuándo volvería a cruzarse con él, y esa ilusión por volver a verlo era lo que la mantenía alegre y feliz.

* * *

A pesar de la quietud y el sosiego que flotaba en el ambiente, se percibían los sonidos del silencio. Uno que por momentos se le antojaba ensordecedor. Aún no había llegado Gerónimo de la empresa ni tampoco la doctora Bustillo, que lo haría una vez que abandonara el hospital. Sin embargo, habían dejado algunas instrucciones que Dina debía cumplir. La idea era que el paciente, una vez que ellos se fueran, también realizara los

ejercicios durante el resto del día. Por eso era fundamental que en la casona se continuase con las costumbres existentes hasta el accidente de León. Todo resultaba importante y de utilidad. El tratamiento constaba de diferentes fases y se esperaba que cada una de ellas diera los resultados esperados. La terapia no solo se refería a ejercitar y recitar frases cortas, sino también a conectar, mediante fotografías y otros recuerdos, la memoria emotiva. La mente y los recuerdos estaban intactos, solo se buscaba que el paciente volcara en palabras cada uno de ellos, para ejercitar así el habla, para volver a darle mayor fluidez.

Durante las noches de desvelo, solo la música lo aquietaba en la inmensa soledad que lo acompañaba. Sin buscarlo ni esperarlo, de repente, el sonido del fonógrafo inundó el ambiente y los oídos del dueño de casa estallaron en mil pedazos. No era cualquier música la que retumbaba en el recinto, sino la única que podía provocarle el estupor y la congoja que lo sobrecogía en ese instante: la ópera *Rigoletto*, de Giuseppe Verdi, cuya melodía, por momentos, derramaba sentimientos desgarradores y, por otros, una pasión incontrolable. Esos acordes lo habían acompañado los días de soledad, junto con una copa de whisky. Luego, todo cambió de manera abrupta. Fue entonces cuando él se negó a escucharla porque le acarreaba mucho dolor. Más tarde se dio cuenta de que era en vano, de que no importaba si oía esa ópera una o mil veces en el ámbito que fuese. Ya no importaba porque aquella composición musical no dejaría de sonar ni de vibrar dentro de él hasta el final de sus días.

* * *

Los preparativos que, desde hacía meses, se venían gestando en la ciudad para celebrar el centenario de la Revolución de Mayo habían llegado a su fin. Buenos Aires se aprestaba para recibir a los invitados que formarían parte de los festejos. Arribarían al país presidentes de distintas naciones con sus respectivas delegaciones junto a reyes y príncipes europeos. Nada había quedado al azar. Los festejos previstos se extenderían algunos meses más. Mucho era lo que se había trabajado en las comisiones de notables como para no sacar provecho económico y político de la cuestión. Todo debía resplandecer en aquel momento.

debía decirse de la verdadera realidad política que se vivía ocultando: los reclamos obreros y sindicales en contra de la dirigencia conservadora. Bajo la amenaza de cerrar las redacciones si no cumplían con encubrir lo que sucedía en la ciudad, los periódicos se habían vuelto cómplices del

silencio impuesto por el Estado. No se podía publicar lo que en verdad sucedía con los movimientos sociales, solo importaba la algarabía por la conmemoración que se vivía. El Gobierno buscaba mostrar la opulencia y la magnificencia del país. La Buenos Aires del centenario debía rebosar de hoteles, negocios y edificios que se habían terminado en tiempo récord para que se lucieran. Dar a conocer al mundo que Argentina estaba a la altura de Europa era la consigna presidencial. Todo había cambiado en la ciudad, desde la cantidad de taxis para recibir y transportar pasajeros hasta la especial iluminación de las calles. Como si todo eso no fuera suficiente para enloquecer a cualquiera, la llegada del cometa Halley había perturbado a más de uno. Recuerdo la vez que con Rosemary habíamos salido y encontramos a una pitonisa que, bajo un toldo, atendía a personas que buscaban saber cuál sería su destino. No pude creer que ella quisiera saberlo.

—No me digas que quieres ir allí.

—Me gustaría; no hay nada que perder.

—Pero…

—No tardaré mucho.

No hubo mucho por decir. No podía negarme a nada que me pidiera. Sabía que no tardaría más de diez minutos. Entramos a la carpa, aunque yo me quedé parado intentando no escuchar la sarta de pavadas que le diría esa mujer ubicada detrás de una bola de vidrio opaco a la que acariciaba con las manos colmadas de anillos. Un turbante en la cabeza y unos aros colgantes eran de utilidad para la fantochada con la que lucraba: ufanarse de conocer el destino de quien fuera a verla. La adivina cerró los ojos y tiró la cabeza hacia atrás mientras le sostenía las manos a Rosemary. Pasados unos minutos, se incorporó de golpe como si hubiera salido de un trance y le clavó la mirada para comenzar con su profecía.

—Querida, debes estar lista para lo que se viene.

Yo no dejaba de contemplar la actitud de Rosemary. A pesar de las circunstancias que había debido atravesar, mantenía una cuota importante de ingenuidad. Yo amaba que aún la conservara porque la tornaba vulnerable, y eso me daba la posibilidad de cuidarla y protegerla. También me hacía sentir importante porque estaba seguro de que podía luchar contra todo lo que obstaculizara nuestro camino juntos. Respecto a la elección de ir hasta allí, le había dicho que era una pérdida de tiempo, pero, ante la insistencia, la acompañé, lo tomé como una atracción más, una de las tantas programadas en la ciudad.

—El fin está muy próximo.

Se decía que el cometa Halley pasaría cerca de aquí y que su cola regaría de veneno el territorio. La gente pudiente había adquirido unas máscaras para evitar esos gases mortales. Se creía que el 18 de mayo era la fecha prevista para ese fenómeno. Una fecha maldita para parte de la población, que había modificado todo compromiso que pudiera tener ese día. Nadie quería estar en otro lado que no fuese dentro de la casa hasta que todo pasara. Los periódicos con las noticias y las predicciones se sumaban al grado de desconcierto de la población. Por el cometa, se habían realizado sorteos en las publicaciones de revistas y periódicos en busca de promocionar productos. La venta de telescopios se había incrementado, inclusive en la esquina de Florida y Sarmiento se había instalado uno. Pagando solo cinco centavos, se podría ver al cometa cuando pasara por aquí. Desde París, el astrónomo Flammarion alimentaba la llegada del fin del mundo. Todo se había tornado desquiciante y nadie ponía límite a eso.

—¿Está segura de lo que dice?

—Ojalá pudiera decirte que estarás a salvo y que nada te sucederá. Pero es imposible mentirte.

—¿Esto es todo? —preguntó con cierta decepción por el consabido augurio.

—Solo me resta advertirte que te cuides. Te aseguro que mi predicción es inevitable.

Ya no soporté estar un minuto más dentro de esa carpa escuchando semejantes pavadas. Tampoco quería que algunos de los dichos vertidos por esa adivina angustiasen a Rosemary.

—Mi amor, vámonos ya.

No toleraba que esa embustera continuase con el cuento del fin del mundo. Con Rosemary íbamos a atravesar la mejor etapa de nuestras vidas y no permitiría que algo lo opacase. No bien se levantó, saqué del bolsillo del pantalón la billetera para pagarle.

—Esta vez, no es necesario.

—Claro que sí —afirmé y le dejé algunos billetes. No quería deberle nada a alguien que disfrutaba jugar y lucrar con el destino ajeno.

—Al final, resultó no ser una comerciante —comentó Rosemary.

—Te equivocas, esta es una manera de comerciar. Si crees que lo vaticinado por ella ha sido desinteresado, confiarás en lo que te ha dicho y le dejarás algo más de dinero que si estipulara una tarifa fija.

—Si es así, se ha hecho de unos cuántos pesos.

—Te aseguro que no lo hice por lo que dije, sino para que no crea que eres una mezquina.

La carcajada que lanzó quebró el ambiente esotérico que nos había rodeado minutos antes.

—Vamos a otro lugar; quiero estar a solas contigo.

Ella sabía que aún nos quedaban unos cuantos días para disfrutar antes de que se plantease lo nuestro. Aunque yo había tomado los recaudos necesarios, esperaba que él llegase para aclarar la situación y al fin poder estar con Rosemary sin ningún tipo de miramientos. Debía reconocer que mi insistencia por que algo cambiase había dado frutos. Rosemary había abandonado la casona familiar y se había instalado en la casa paterna. Si bien yo le había ofrecido que se mudara a otra propiedad que tenía en la ciudad, ella se había negado, buscaba evitar que los comentarios comenzasen a propagarse. Nada de eso a mí me importaba porque todo saldría a la luz muy pronto.

Una y otra vez, había mencionado que no quería arrastrarme a los cuestionamientos que surgirían de por qué yo habría tenido ese acto de bondad con ella al brindarle un lugar para vivir. Poco le importaba lo que de ella se dijera, porque ya algunos sabían que su matrimonio era una fantochada. Rosemary comprendía que las conexiones y los vínculos sociales no estaban de su lado, sino del de él. Eso me molestaba por demás. Yo buscaba darle a ella todo aquello que no había tenido, quería que se sintiese reconocida por el resto. Yo poseía el respeto de la gente, no por mi honorabilidad, sino por contar con dinero y conexiones que me habían abierto muchas puertas. Eso me había brindado el poderío necesario para hacer favores que, en algún momento, me cobraría. No intenté explicárselo porque ella insistía en que no quería que los comentarios calumniosos comenzasen a propagarse y terminasen por perjudicarme. Nada de eso a mí me importaba, aunque ella parecía no notarlo.

Claro que accedí a la mudanza, con tal de que dejase atrás su anterior vivienda, con la excusa de realizar unas reformas que le impedían residir allí. Yo me presentaba ahí, por las noches, escabulléndome, una vez que la empleada y la niñera hubiesen terminado la jornada. No podía creer que actuase como el joven que había sido en otro tiempo, esperando agazapado

en un recodo de la casona hasta recibir una señal con la luz de su habitación y así acceder a la finca para amarnos sin tregua.

Al fin el funesto día del cometa había llegado. Una espesa bruma cubría la ciudad de un gris ceniciento, un presagio de los malos augurios. Sin embargo, nada de aquello sucedió. Lo más destacado de la jornada fue el arribo de la infanta Isabel de Borbón, en representación de su sobrino, el rey Alfonso XIII. El puerto de la ciudad era un desfile de representantes del Gobierno para darle la bienvenida a una de las personalidades más destacadas de la celebración. Varias embarcaciones habían fondeado cerca de la dársena norte aguardando la llegada de la nave para recibirla con todos los honores.

—Mi amor, debo irme.

Rosemary, a pesar de la somnolencia debida a su estado, quiso levantarse para despedirme.

—Quédate en la cama, aún es temprano.

—Nada de eso, pronto despertaré a mi niña.

—No sé si te has olvidado, pero debo concurrir esta noche a la cena en agasajo a la infanta. Me gustaría que seas de la partida.

—Sabes que quiero quedarme aquí, además, para ir…

—Puedes ir con los Manrique y yo te vería allí.

—Lo sé, pero prefiero quedarme aquí y esperarte.

—Está bien. Permaneceré el tiempo suficiente para hacer acto de presencia, no puedo negarme a concurrir. Las invitaciones han sido muy selectas, y me viene bien para avivar los lazos comerciales de mi empresa.

—Ve, haz buenos negocios, que yo te esperaré acá.

—Estaré aquí antes de lo que imaginas.

Sin demasiadas ganas de irme, me despedí y abandoné la propiedad antes de que las actividades comenzasen.

El fin del día había llegado luego de trabajar en el frigorífico y mantener algunas reuniones con los delegados del personal. Debí ausentarme antes del horario habitual, por el compromiso que tenía esa noche. A pesar de eso me retrasé, y me lancé a caminar las pocas cuadras que separaban mi casa de la de los Saguier. Me costaba creer que el barrio de la Recoleta

estuviese alterado e inquieto ante la visita de la infanta.

—Bienvenido, León —me saludó el anfitrión—. Adelante. Creo que no necesitas que te presente a mis invitados.

Claro que no. Varios eran asiduos asistentes del Jockey Club y de otros lugares a los que yo concurría.

—Amigo, has llegado.

Pipo estaba con una copa de champaña en una mano y con un canapé en la otra disertando de política con un grupo de personas.

—Imposible no estar —manifesté al notar la presencia del agregado español en el círculo que me rodeaba—. Ha sido una excelente excusa esta celebración para estrechar nuestros vínculos, al fin y al cabo, somos parientes lejanos.

—Claro que sí. Hacía unos años que no venía —agregó otro asistente del Gobierno español—, y no dejo de maravillarme con lo poco que he visto. Esta ciudad no tiene nada que envidiarle a cualquier otra europea.

—Puedo asegurarle que se ha trabajado bastante para demostrarlo.

No mencioné con qué costo político se había logrado. Un silencio se produjo en la sala, motivo del arribo de la agasajada junto a un séquito que la rodeaba. Los invitados hacían reverencias como si de ese modo pudieran ganarse la simpatía de la recién llegada. Toda la atención estaba puesta en ella, salvo la mía. No podía creer que mi Rosemary acabara de llegar, y menos aún en compañía de él.

¿Qué hacía ahí? ¿Cuándo había llegado del exterior? ¿Cuál había sido su reacción al saber que ella había abandonado la casa? ¿Habían estado hablando? Cada pregunta era una daga filosa que se me clavaba sin piedad en el pecho ante los celos que me carcomían. No quería que nadie la rondase, aunque fuera el esposo que nunca se había ocupado de ella como merecía. Solo un imbécil podría haber actuado como él. Noté que ella me buscó con la mirada. No entendía cómo un hombre podía dejarla ir y no valorar la mujer que tenía al lado. Eso lo definía como un imbécil.

No bien se cruzó conmigo, bajó la cabeza como si tuviera culpa de algo y fuera a regañarla. Nada de eso iba a ocurrir, salvo encontrarme al fin con su esposo. Dejé a un lado la copa que bebía y me dirigí hacia donde estaban.

—León… —susurró Pipo.

—Esta vez no vas a detenerme.

Me encaminé directo hacia ellos.

—¿Cuándo has llegado?—preguntó una invitada.

—Hoy he venido y acá estoy.

—Con varios cambios, según dicen.

Josefa Pirán destilaba sarcasmo y acidez cada vez que hablaba, y ese era un comentario cargado de esos condimentos.

—Así es. Mi esposa ha querido sorprenderme con las refacciones que ha estado haciendo en nuestro hogar, ¿verdad, querida?

Tenía tanta furia en mi interior que no sabía qué iba a hacer. A cada paso que daba, no dejaba de mirar a Rosemary. Aunque pretendía decirme con los ojos que me calmara y me detuviera, sabía que no lo haría.

—León Nogués, ¿verdad? ¿Nos hemos visto antes? —preguntó con sarcasmo.

—Así es. Rosemary —la saludé rozando mis dedos con los suyos.

—Creo que debemos pasar al salón —sugirió uno de los invitados que integraba el pequeño círculo al que me había sumado.

—Antes de hacerlo, quisiera mantener unas palabras contigo.

—Ahora nos están llamando a cenar.

—Cuando terminemos, te espero afuera para que nadie nos moleste y podamos hablar tranquilos —dije al inclinarme sobre él.

No me contestó, pero hizo algo que me irritó más de la cuenta. Colocó la mano sobre la cintura de Rosemary, se acercó para susurrarle vaya a saber qué y luego la guio hasta el salón comedor. Por su actitud, estaba seguro de que sospechaba lo nuestro. Sin lugar a dudas, sería mejor; me evitaría gastar palabras para explicarle que la había perdido y que Rosemary era mía.

* * *

Los últimos rayos del atardecer caían perezosos sobre la ciudad. Era la hora en la que los porteños abandonaban los trabajos para refugiarse en sus hogares o en algún bar al amparo de una buena copa de alcohol. En ese

momento, Catalina había abandonado la casa para dirigirse al apartamento de Felipe. En el trayecto, no había dejado de pensar que ese llamado había sido lo mejor, porque así podría limar las asperezas suscitadas el último tiempo. Si Felipe no lo hubiera hecho, ella habría esperado que Segundo hablara y arreglara lo que sucedía entre ambos. Estaba convencida de que dejar correr el tiempo iba en desmedro de la situación.

Mientras atravesaba el recibidor de entrada para subir al ascensor, recordó la huida que había protagonizado la última vez que había concurrido allí. Se miró en el espejo y se acomodó el moño que llevaba en la rubia cabellera. En esa ocasión había optado por una camisa blanca con mangas fruncidas en los hombros y una falda *beige*. Con esa vestimenta aparentaba menos edad que los dieciocho años que tenía. Bajó del ascensor para dirigirse al apartamento. Apenas tuvo tiempo de golpear la puerta porque se abrió de golpe y la figura de Felipe asomó por detrás.

—Cata, bienvenida.

—Gracias —dijo al entrar; ella aún estaba incómoda por lo sucedido la última vez que había estado allí—. Si tu madre anda por aquí, me gustaría disculparme por mi comportamiento de la noche pasada. Me fui casi sin despedirme.

—No te preocupes —manifestó con una tierna sonrisa—, ya habías dicho que estabas cansada e ibas a irte pronto. No tienes la culpa de nada de lo que ocurrió. No obstante, si eso te tranquiliza, cuando llegue, puedes hablar con ella.

—Desde que está aquí, lleva una vida social muy activa, ¿verdad?

—Así es, no para de ir y venir a la casa de los amigos, aquellos que había dejado de frecuentar como consecuencia de vivir en la estancia. Espérame, que ya vengo.

Ella se sentó en el cómodo sillón y, como un acto reflejo, buscó con la mirada el portarretrato con la fotografía de Segundo. De algún modo, buscaba que él la acompañase y le brindase suerte. Quería hablar del vínculo entre ambos, pero todo dependía del momento y de cómo se diesen las cosas con Felipe, quien acababa de ausentarse por la puerta de la cocina, pero regresó a los pocos minutos.

—Aquí tienes.

Ella notó que había llevado dos copas de vino blanco que apoyó sobre la mesa.

—No me mires así por lo que te he traído. Pruébalo, es un vino rico y dulce que te gustará, además, está helado.

—¿Hay algún motivo para beber esto?

—Solo compartir una copa de vino luego de una larga jornada de trabajo. Y hablando de trabajo, ya te contaré algunas novedades que tengo, pero antes de eso, dime cómo has estado estos días.

—Bien, intentando organizar el comienzo de mis actividades de este año.

—¿Qué has decidido?

Ella le contó la decisión que había tomado respecto a su futuro y le confesó que aún no se lo había comunicado a sus padres. Él conocía cuál era la situación familiar y el modo en que ella se conducía para evitar males mayores. En ese momento, con el humor de Santiago, sería mejor callar y dejar para más adelante esa información. Aunque le habían dado unas pocas semanas como plazo para ingresar a la empresa; le quedaban esos días para hacerlo.

—Pero esto se merece un brindis.

Ambos chocaron las copas y bebieron; él, disfrutando de la bebida y ella, ahogando en esa copa de vino los nervios que aún tenía por lo que pensaba decirle.

—Supongo que tu trabajo no te debe dejar tiempo para hacer mucho más.

—Supones bien, cuanto más pasan los días, más comprometido estoy con mi actividad en el diario.

—No te imaginas cuánto me alegro. Me dijiste que tenías algunas novedades laborales.

—Así es. Estoy detrás de una investigación que, si sale a la luz, creo que será un gran escándalo.

—Te felicito, aunque debes tener cuidado.

—Gracias, Cata, aunque quien debe tenerlo es la persona sobre la que he puesto la mira.

—¿Me puedes dar algún adelanto?

—Aún es muy reciente, pero sí podemos brindar por lo que se vendrá.

—Por supuesto.

Ella mostraba una alegría sincera y honesta, creía que lo mejor que podía sucederle a Felipe era que se posicionase en el trabajo, más en ese momento. Luego de continuar brindando, se produjo un sonoro silencio que hasta ese instante habían intentado cubrir con la conversación. Un tema los rondaba y, hasta que no lo soltasen, la incomodidad estaría presente.

—Dejemos a un lado tanto formalismo; nosotros no somos así —propuso Felipe.

—Tienes razón —aseguró al beber el último sorbo de la copa para darse el ánimo que le faltaba para hablar con sinceridad.

—Quisiera disculparme si dije algo que te molestó.

Él le hablaba con la voz pausada y sin dejar de mirarla a los ojos, como si frente a él hubiera una piedra preciosa que buscaba que refulgiera en cada palabra que le decía.

—Felipe, yo…

Él se acercó y se sentó al lado como si, de ese modo, ella pudiera interpretar mejor lo que él le diría.

—Escúchame, por favor —le pidió y apoyó los dedos para sellar la carnosa boca de la joven—. Sé que me he apresurado al decir lo que siento por ti, aunque, si por mí fuera, lo gritaría a los cuatro vientos. —Comenzó a mover los dedos por el cuello de Catalina—. ¿Alguna vez has experimentado un sentimiento profundo por alguien?

Ella estaba tiesa, sin moverse, porque era la primera vez que lo veía con esa osada actitud. Nunca le había generado alguna inquietud cuando hablaban del tema que fuera, pero esa vez todo parecía diferente.

—Sé que no es así, porque me lo habrías confesado. Sin embargo, puedo decirte que ese sentimiento crece cada vez más dentro de mí sin poder refrenarlo.

—Felipe…

—Déjame que te explique —murmuró sobre sus labios.

—Yo…

A pesar del leve mareo que comenzaba a apoderarse de ella, hubo señales que la hicieron ponerse alerta. La mirada lasciva que él le devolvía a cada palabra que pronunciaba, ese tono de voz diferente y esas manos que comenzaron a desplazarse por el costado del cuerpo de Catalina. Nunca antes había actuado de ese modo, no entendía qué era lo que le sucedía a su amigo de siempre.

—Felipe, por favor, hablemos de otro modo.

Si había algo que ella se había jurado hacer, era no lastimarlo, por los años de amistad que habían compartido.

—Felipe, debes saber que estoy enamorada, pero de otro hombre.

La mirada de él se oscureció. La ira acumulada desde el momento en que los vio juntos se le expandió por todo el cuerpo. No creía que ella fuera capaz de confesarle lo que él nunca hubiera querido escuchar. No necesitaba que pronunciara el nombre de su hermano para saber que se trataba de él; los había visto con sus propios ojos, aunque había esperado en vano que todo aquello hubiera sido una mala interpretación de lo sucedido. Otra vez, como cuando era pequeño, sentía que su hermano volvía a intervenir en su vida, complicándola y metiéndose en sus asuntos.

Felipe había esperado a Catalina durante años. Desde el mismo instante en que la había conocido, había sentido una atracción que lo había llevado a anhelar que a ella le sucediera lo mismo. Por ella había se había instalado en la gran ciudad, buscando que el tiempo le jugase a favor y, cuando creía que lo había logrado, Segundo volvía a meterse en el medio para arrebatarle lo más preciado. Felipe se había adelantado al confesarle lo que sentía a Catalina. Él había creído que así neutralizaría el avance de Segundo. Por más que él aparentara no darse cuenta, nunca había ignorado las miradas que su hermano le lanzaba a la joven. Aunque había estado convencido de que Segundo nunca avanzaría por sobre lo que él deseaba. Felipe estaba seguro de que la culpa que su hermano sentía respecto a la vida que a él le había tocado llevar se extendería a Catalina, y que, por eso, no intervendría y no se atrevería a contrariar al menor de los Benegas. Sin embargo, nada de eso había sucedido. Ahora no habría marcha atrás. En fracción de segundos, él la había empujado hacia el sillón para apoderarse de su boca sin dejar de acariciarla.

Catalina no podía creer lo que estaba viviendo. Si no hubiera sido por el roce de los dedos de él, que torpemente se le metían en la ropa, el aliento a vino que derrochaba a medida desplazaba la boca por el cuello y el susurro de palabras sobre lo que ella significaba para él, habría creído que se trataba de una pesadilla, la peor que pudiera tener.

—¡Déjame, Felipe! —gritó al morder el labio de esa boca que no dejaba de querer inmiscuirse en la suya.

Con la excusa de quererla, buscaba demostrarle a la fuerza lo que por ella sentía.

—Quiero sentirte hace tanto tiempo —murmuró.

A lo que le pasaba con ella, se sumaba la posibilidad de quitarle a Segundo lo que, a su vez, él le había arrebatado. Catalina debía unir fuerzas para sacárselo de encima, no podía sentir más esos labios que buscaban recorrerle cuello y esas manos que intentaban darle caricias en medio de los manotazos por forzarla a ella hacer algo que no estaba dispuesta. Antes de eso lucharía hasta el final bajo el peso de ese cuerpo, que le imposibilitaba respirar.

—¡Déjame!—gritó otra vez, como pudo, al tiempo que lo empujó hacia arriba para quitárselo de encima.

Las manos de él se le aferraron a la camisa y la rasgaron. Una de las mangas cayó al piso. No supo muy bien cómo sucedieron los hechos. Solo escuchó el rugir de otra voz y, minutos después, se sentía aliviada porque el cuerpo de Felipe ya no estaba encima de ella, sino tirado en el piso.

—¡Hijo de puta, qué has hecho!

—Nada que tú no hagas.

La primera trompada de Segundo volteó el rostro de Felipe, que estaba tirado en el piso, y la segunda lo giró hacia el otro lado.

—Vete ahora mismo si no quieres que deje de contenerme.

Catalina se había acurrucado en el sillón, se cubría con las manos los jirones de la camisa blanca. Vio alejarse a Felipe sin volver a mirarla. No había tenido valor para hacerlo. De inmediato, sintió los fuertes brazos de Segundo que la arropaban. En ese instante, se dejó llevar por la angustia y la desesperación que había vivido minutos antes. No se imaginaba qué habría sucedido si no hubiera intervenido Segundo.

—Shh, ahora todo está bien —le susurraba sin dejar de acariciarle el cabello.

—Creí que…

—Amor —le murmuró al oído—, debes calmarte primero.

Segundo no sabía hasta cuándo podría contenerse y no explotar por la impotencia e inquina que le fluía dentro del cuerpo. Se había controlado con su hermano porque, de no haberlo hecho, lo habría matado allí mismo. Él se había retrasado con una reunión que había tenido en el centro de la ciudad, de lo contrario, habría llegado a tiempo para evitar lo sucedido. Tomó entre las manos el rostro de Catalina. Nunca antes ella había visto sus ojos tan oscuros y vacíos. Aún no le había preguntado lo sucedido, pero necesitaba que él lo supiera.

—Él insistió en que me quería, pero yo necesitaba decirle que amaba a otro hombre; fue ahí que reaccionó con tanta violencia y me atacó.

—Él…

No podía entender que su hermano pudiera haber actuado de esa manera salvaje con la Catalina.

—Como siempre, llegaste a tiempo.

Él no dejó de besar las lágrimas que silenciosas y sin rumbo caían por el rostro de ella.

—Sácame de aquí, por favor.

Segundo no dudó un momento en levantarse junto con ella para llevarla a otro lado. Todo el lugar no hacía más que recordarle los momentos vividos minutos antes.

—Vamos.

—¡Qué mierda le has hecho a mi hermana!

Por la puerta abierta que había dejado Felipe al irse del apartamento, acababa de ingresar Gerónimo, que había quedado en buscar a Segundo, ya que tenían unas cuestiones que tratar. La mente se le nubló por completo al ver a Catalina con la camisa hecha jirones, el cabello alborotado, y lo que era peor, el rostro compungido bañado en lágrimas, en los brazos de su amigo.

CAPÍTULO 17

Más allá de la traición

El grito de Gerónimo al ver a Catalina desde el lugar en que estaba se acalló cuando se abalanzó hacia Segundo para descargar la furia provocada por la imagen que tenía delante. La ira no le permitió ver más allá de lo que sus ojos captaron; de inmediato, se trenzaron en una pelea sin piedad. Con los golpes que propinaba, Gerónimo buscaba una explicación a semejante situación, mientras Segundo trataba de descargar toda la furia contra su hermano. Solo el grito desesperado de Catalina los detuvo. A pesar de la lastimada nariz de Gerónimo y los hilos de sangre que brotaban de la boca de Segundo, ambos se detuvieron ante el reclamo de la joven que comenzó a llorar.

—¡Esto no se acaba acá! —rugió Gerónimo al incorporarse y buscar a su hermana.

—Esto recién comienza —retrucó Segundo al acercarse a Catalina.

—Aléjate de ella.

—Basta, por favor, en este momento los necesito a los dos y quiero irme de aquí cuanto antes.

Ambos se sostuvieron la mirada, salvo cuando desviaron la vista hacia Catalina.

—Cata, iremos a casa ahora, y tendrás tiempo de contarme tranquila lo que ha sucedido.

—Quiero que venga Segundo con nosotros; es de la única manera que te acompañaré.

La gélida mirada de Gerónimo sobre su amigo fue contundente: que lo dejase acompañarlos no era señal de que el asunto estuviera zanjado. Muy por el contrario, como lo había dicho minutos antes, nada se acababa ahí.

—Catalina, ponte esto, por favor.

Segundo se había quitado la chaqueta y se la entregó a la joven para que se cubriese los jirones de la camisa. La envolvió en sus brazos, mientras le susurraba que todo estaría bien y que él se encargaría de hablar con Gerónimo, quien mantenía una mirada glacial sobre ellos sin entender lo que sucedía allí mismo. Tampoco quería comprender y se negaba a aceptar la loca

idea que acababa de cruzársele por la cabeza. Lo único importante era que su hermana estuviera bien y que, cuando se sintiera preparada, le contara lo sucedido.

—Vamos, Cata.

Ella dejó que Gerónimo la condujera con el brazo rodeándola por los hombros mientras descendieron por el ascensor y llegaron hasta el vehículo.

—Hoy no quiero ir a mi casa —le dijo a Gerónimo.

—Por supuesto que no irás. Te quedarás conmigo; yo me encargaré de hablar con tus padres y justificar tu ausencia.

Gerónimo le abrió la puerta para que subiera al automóvil, pero ella no lo hizo hasta que vio que Segundo la acompañaría.

—Si piensas venir, puedes hacerlo por pedido de ella, pero en tu coche —argumentó molesto al insistirle a su hermana que se subiera al vehículo para poder irse de allí.

Cuando él se sentó, antes de arrancar el motor, miró de soslayo a la muchacha; necesitaba una pista sobre lo que había sucedido, tenía la mente nublada, no lograba pensar con claridad. Solo un energúmeno sería capaz de semejante cosa. No podía tolerar que su amigo, aquel de quien se fiaba, hubiese traicionado su confianza. Necesitaba serenarse si en verdad pretendía calmar a Catalina, que se había acurrucado en el asiento con la cabeza recostada en un lado de la butaca para que la brisa nocturna le refrescara el rostro. Sabía que no podía agobiarla, aunque no soportaba ese silencio instalado desde que habían subido al vehículo. Le imprimió mayor velocidad a la marcha para alcanzar cuanto antes el apartamento. Esperaba que, una vez que le diese algo de beber y ella pudiera serenarse, le confesara lo ocurrido. Poco después, habían estacionado frente al edificio.

—Cata, ¿cómo te sientes?

—Mejor —respondió al girar la cabeza para mirarlo—, ahora que hemos llegado.

—Bien. —Sonrió al acariciarle la cabeza—. Vamos, entonces.

A pesar del apuro de él por ingresar a la vivienda, observó cómo Catalina esperaba que llegara Segundo y los acompañase. Ese hecho lo enfurecía aún más; él necesitaba hablar a solas con ella, sabía que era el único que podría contenerla.

—No entiendo la necesidad de que él venga aquí.

La mirada de súplica de la joven lo hizo callar. Por el momento, buscaba que ella estuviese cómoda y haría lo impensado para lograrlo.

—Si dijo que vendría, lo hará.

Él creía conocer a Segundo como nadie, aunque en esos momentos, luego de lo sucedido, lo ponía en duda. Ella asintió no muy convencida y siguió a su hermano hasta la doble puerta de roble lustrado que Gerónimo dejó abierta para que Segundo entrara cuando arribase. Ambos tomaron el ascensor hasta alcanzar el quinto piso. En ese corto trayecto, a él se le atoraron una serie de preguntas sin repuestas que esperaba poder desentrañar cuando estuvieran dentro de la vivienda.

—Cata, ponte cómoda, ¿quieres beber algo?

—Me gustaría darme un baño rápido.

Ese pedido de Catalina, sumado al estado en que estaba, resonó en la mente de Gerónimo. Mataría al hombre que hubiera intentado abusar de ella. Debía dejar a un lado esa necesidad imperiosa por saber y ayudarla a que sintiese mejor.

—Por supuesto, ven, que te doy el pijama más pequeño que tenga para que te cambies.

—Muchas gracias. —Se le lanzó a los brazos.

—Juro que solucionaré todo, hermanita. Lo único que te pido es que te quedes tranquila.

Ella esperó que le diera una muda para poder entrar al baño. Al fin, en la soledad de esas cuatro paredes tapizadas de cerámicos blancos, se quebró en un sordo llanto y se quitó del cuerpo las marcas del deseo de quien había sido durante años su amigo, la persona en la que había confiado y a la que le había contado sus más recónditos secretos. Bajo la ducha lloró y lloró, mientras se refregaba con jabón todo el cuerpo para intentar borrar el manoseo al que había sido sometida, eliminar de los labios los besos impuestos y quitarse el sabor de esa boca que había avanzado más allá de lo permitido. Con la piel irritada luego de fregarla una y otra vez, cerró la ducha. Ahora debería enfrentar a su hermano y contarle cómo habían sucedido los hechos. Esperaba que Segundo hubiera llegado ya. Cuando salió a la sala lo vio a Gerónimo sentado, con un vaso de whisky, y a Segundo parado al otro lado del recinto observando la puerta por la que ella asomó.

—Cata, acá tienes una copa de limonada.

—Gracias, ahora, limpia, me siento mejor.

Segundo no dejaba de mirarla con esos dos pozos negros fundidos en brea. Esos ojos que ella amaba en ese instante estaban llenos de furia, violencia y culpa. Una culpa que no dejaba de corroerlo por dentro porque, si él no hubiera obrado del modo en que lo había hecho, si no se hubiera dejado llevar por el profundo sentimiento que lo unía a Catalina, nada hubiera sucedido. La única persona a la que Segundo no habría tolerado lastimar estaba frente a él, envuelta en un pijama varios talles más grandes que ella, con el cabello rubio que le goteaba en la espalda, con ese rostro chispeante, plagado de pecas, apagado y lívido. Lo único que lo mantenía cuerdo era que ella lo necesitaba. La apoyaría en cada palabra que pronunciara. Como si buscara que él le dijese algo, Segundo hizo un pequeño gesto con la cabeza asintiendo lo que ella fuera a decir o a contar. Él aún se debía una larga conversación con el dueño de casa.

—Cata, siempre te dije que podías confiar en mí, ¿verdad?

—Sí.

En ese momento, se sintió más pequeña de lo que era y le llegó como cascada una serie de imágenes en las que Gerónimo la animaba a realizar, en la infancia, lo que ella temía hacer. No solo había confianza entre ambos, sino cariño y un vínculo tan estrecho que nadie lo rompería, a pesar de todo lo que sucediera. En medio del dolor por lo ocurrido, sentía una pesada carga porque los hombres que más amaba en su vida se habían transformado en enemigos. No solo estaba ella en el medio de ambos, sino Felipe. Qué haría Gerónimo si supiera lo acontecido.

—Quiero entonces que me cuentes lo que sucedió.

—En la mañana de hoy estaba reunida con papá en su despacho. En ese momento, Felipe se comunicó para invitarme a la casa. No hacía tanto que no nos veíamos. ¿Recuerdas cuando fuimos a visitar al abuelo? Fue esa la última vez que nos habíamos visto.

Ella se aferró al maravilloso recuerdo que atesoraba de aquella noche, cuando Segundo le había confesado lo que sentía por ella y dentro del coche la había besado con ternura, al principio, con pasión, después, una pasión desatada, pero que él supo detener a tiempo.

—Quedamos en vernos por la tarde en el apartamento de Felipe y, cuando se hizo la hora, partí hacia su casa.

—Pero no lo vi cuando llegué —comentó Gerónimo.

—Déjala hablar —le pidió Segundo.

El dueño de casa fulminó con la mirada al incómodo invitado, que acababa de sentarse frente a Catalina, para tenerla más cerca, aunque le costaba mantenerse allí respetando esa distancia impuesta. Quería abrazarla para que olvidase lo vivido con Felipe. Por más que se esforzaba en quitárselo de la cabeza, ese pensamiento volvía a atraparlo en una nebulosa de ira imposible de describir.

—Cada vez que voy hasta su apartamento, me tomo un taxi. Esta vez, le pedí al chofer que se detuviera antes para caminar un rato porque estaba llegando temprano. Sabía que él estaría por volver del diario y no quería molestar si llegaba antes que él. Tampoco sabía si estaría su mamá. Poco antes de entrar a la casa, alguien se arrojó sobre mí. Supongo que pretendía quitarme el dinero que llevaba en la cartera; con toda mi fuerza luché para que no la tomara. En medio del forcejeo, me desgarró la camisa y me toqueteó por todos lados.

Catalina negaba con la cabeza, como si de ese modo pudiera borrar el rastro de esas manos que le recorrieron todo el cuerpo. Cuánto más fácil era involucrar a un tercero sin rostro, ajeno a la situación, que recordar la imagen real de quien buscaba por la fuerza saciar el apetito carnal bajo la estéril excusa de quererla.

—Como pude, logré zafar de ese hombre. En medio de los gritos por lo sucedido, entré al edificio y me refugié en el ascensor. De inmediato llegué a la vivienda. Segundo acababa de entrar. No sé cómo lo hace, pero siempre está cuando lo necesito. —Levantó la mirada y se perdió en la inmensidad de esos ojos negros que se mantenían posados en ella desde que había comenzado el relato.

—¿Eso fue todo?

—¿Qué más podría pasarme?

—¿Pudiste ver el rostro de tu atacante?

—No.

—¿Y qué sucedió con Felipe?

—No lo he visto, porque enseguida llegaste y vinimos hasta aquí.

No sabía si se trataba de la copa de vino que había bebido y que

comenzaba a provocarle un efecto tardío, si el baño que acababa de darse o, simplemente, si la flojedad que sentía como consecuencia de los nervios padecidos lo que hacía que le costara mantenerse despierta, lúcida y en pie. Una densa nebulosa se le había apoderado del cuerpo; le resultaba imposible hilar los hechos que acababa de distorsionar porque aún no podía relatar lo sucedido. Quizá la vergüenza de contarle a su hermano lo acontecido y la culpa por haberle confesado a Felipe que amaba a otro hombre hacían que una maraña sentimientos se hubiera adueñado de su ser. En medio de todo eso, Segundo se había mantenido al margen del relato asintiendo con su silencio cada hecho que ella había contado.

—Lo lamento, pero estoy muy cansada.

—Ve a descansar, hermana.

—Ahora quiero que te quedes tranquilo.

—Lo estaré.

Ella se levantó del sillón para saludar a Gerónimo que la esperaba para darle un abrazo de despedida. Nunca antes la había visto tan devastada y eso lo estaba matando.

—¿Avisaste en casa que me quedaría contigo?

—Sí, deja de preocuparte por eso. Ve a descansar.

—Despiértame temprano mañana, no quiero molestarte si debes ir a primera hora a la empresa.

—Hazme el favor y deja de angustiarte. Mañana será otro día y todo lo sucedido quedará atrás.

—Gracias.

Ella caminó unos pocos pasos hasta enterrarse en los brazos de Segundo, en un abrazo lleno de certezas, promesas, en medio de un silencio que hablaba desde lo más profundo sobre lo que no podían decirse en ese mismo instante.

—Mañana vendré a verte —le susurró sobre el oído.

Con una sonrisa, ella se alejó; en la sala, se instaló un peligroso e inquietante mutismo. Pasaron unos largos minutos sin que alguno de los presentes retomase el diálogo y el único sonido que se escuchó fue el del vidrio de la botella de whisky contra la mesa, cuando el dueño de casa se sirvió un segundo vaso de alcohol.

—Te imaginarás que no he creído un ápice lo que relató Cata.

Una gran impotencia se había apoderado de él al escuchar a su hermana. Sabía que le estaba mintiendo en la cara. Estaba seguro de que había un motivo para que lo hiciera. Por más que la mente se negara a aceptar ciertas opciones, no eran tantas las alternativas que en ese momento barajaba.

—¿Y qué buscas que te diga?

Nadie más que Segundo pretendía hacer justicia con lo ocurrido con Catalina, pero no la contradiría. Cambiar los dichos no mejoraría la situación. Él buscaría poner fin a lo acaecido horas antes.

—La verdad.

Gerónimo vio cómo su amigo se servía una copa de alcohol antes de comenzar a hablar.

—Espero que por la amistad que hemos tenido, al menos hasta ahora, me cuentes lo sucedido. —Habló en un tono monocorde, ocultando las emociones que pugnaban por salir—. ¿Es peor de lo que imagino? —preguntó con una seriedad absoluta.

—Y yo espero que, por la amistad que nos une, me comprendas.

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Que yo jamás sería capaz de lastimar a Catalina y que haría lo impensado por ella.

—Sé más claro.

—Hace tiempo, cuando te enteraste de que conocía a tu doctora, te dije que ella no era el estilo de mujer que me atraía, a lo que agregaste que desconocías que hubiera una mujer particular en mi vida. Yo te contesté que sí la había, pero aún no era tiempo de que lo supieras. No porque quisiera ocultártelo, sino porque debía poner en orden lo que sentía. Me abrumaba saber que este sentimiento crecía a pasos agigantados. Hice todo lo posible por negarme a lo que era inevitable. Una y mil veces juré que debía alejarme de ella porque deseaba estar equivocado. Pero no fue así. Puedo decirte en este momento que el amor que siento por Catalina es único, que nada ni nadie me hará borrar lo que siento por ella y que será en vano que intentes oponerte porque no me separarás de ella.

El impacto por los dichos de Segundo se evidenciaba en el gesto adusto y taciturno de Gerónimo.

—¿Cómo? ¿Qué has hecho? —rugió.

—Catalina es una mujer que sabe lo que quiere. Solo le confesé lo que siento por ella. Deberías escuchar a tu hermana; estoy seguro de que tiene algo para contarte.

—Es una joven sin experiencia, que se merece a alguien bueno de verdad.

—¿Y yo no lo soy?

—Por supuesto que no lo eres, ¿o quieres que te enumere todos los motivos por los cuales no puedes estar con mi hermana?

—Lamento que te niegues a aceptarme, pero quiero que sepas que eso no hará mella en mí, ni en lo que siento por Catalina.

—Estás demente. Además, has elegido el peor momento para decírmelo, porque creía que me hablarías sobre algo más de lo que acaba de sucederle a ella.

—Creías que yo me había arrojado para aprovecharme de ella. Eso es imperdonable. No soy la mierda que crees.

—Ah, ¿no? ¿Cómo piensas explicarle a tu hermano que pretendes a la persona de la que él dice estar enamorado? Porque te he comentado que él me confesó lo que siente por Cata. ¿Con qué justificativo le dirás que le robas lo que él dice amar? Eso es ser una verdadera mierda.

—A esta altura me importa muy poco lo que pienses de mí. Cualquier argumento que yo te dé vas a desecharlo porque yo no valgo para Catalina.

—¿En verdad crees que estás a la altura de lo que ella necesita?

—Quizá no la merezca, quizá pueda encontrar un mejor partido, pero nunca va encontrar a alguien que la ame como yo.

—Acabas de arrojar por la borda todos los años de amistad que hemos tenido, y veo que también lo has hecho con tu pobre hermano.

—De él me ocuparé solo yo, puedo asegurártelo.

—¿Dónde quedó el sacrificio que decías hacer por él? Siempre regodeándote de la responsabilidad que tenías para cuidarlo y protegerlo, ¿y qué has hecho? Te has cagado en él. ¿O cómo piensas que él podría soportar verte con ella? Ese es un tiro a traición, no solo con tu propio hermano, sino conmigo. Te confié a Cata cuando me fui de la estancia creyendo que la

cuidarías y velarías por ella. Creía que lo harías ante el avance de Felipe, pero lo único que has hecho es actuar de manera rastrera, solapada y desleal.

—No pido que me entiendas.

—No lo haré ni ahora ni nunca.

—Entonces deberás aceptarme por ella.

—No la metas a Catalina en esto.

—Ella lo es todo, también el motivo de esta discusión. Sabía que no sería fácil hablar contigo, pero pensé que lo tomarías de otro modo.

—Esta es la única manera que puedo tomarlo, conociéndote. Ahora quiero que te vayas de mi casa y no vuelvas.

—Me iré, pero volveré no por ti, sino por Catalina. Te repito que ningún Nogués va a prohibirme que la vea y que continúe con ella.

—¡Te dije que te fueras! —rugió.

Sin nada más que decir, Segundo se retiró con la furia que le brotaba por los poros. Aún tenía varias cuestiones que resolver, y la principal en ese momento era con su hermano.

* * *

La planta de la redacción del diario *Crítica* era un hervidero de periodistas, cables y notas que pugnaban por ver la luz en la tinta derramada del periódico. En pocos días se celebrarían las primeras elecciones de medio término que debía afrontar el presidente Hipólito Yrigoyen, después de haber sido electo para un segundo mandato con una abrumadora mayoría. Dos años lo distanciaban de aquella proeza que no había sabido sostener. Muchos se preguntaban cómo podía ser que alguien que hubiera arrasado en las urnas, poco tiempo antes, estuviese en una situación tan desventajosa frente al electorado. La senilidad –para algunos– y la falta de gestión –para otros– eran los motivos del gran declive del presidente. La época considerada de mayor esplendor, debido a que la Argentina había sido gran exportadora de granos y de carne, quedaba a un costado.

Había habido algunas señales que no se podían omitir; el atentado a la persona del presidente, tres meses atrás, cuando salía de la consulta de su médico personal, había sido de una importancia insoslayable. Había sido perpetrado por un anarquista que, tras una lluvia de disparos, terminó abatido en la calle por la policía. Esa vez el presidente había sorteado un trágico destino. Con estas elecciones se pondría a prueba la vigencia de Hipólito Yrigoyen en los tiempos difíciles que se vivían. El mandatario buscaba ganar suficientes escaños en la Cámara de Senadores y en la de Diputados para apuntalar el gobierno que venía en franca caída. La oposición formada por los radicales antipersonalistas, los progresistas y los conservadores apuntaba a ganar y poder hacer justicia, según ellos, de un pésimo gobierno, que no había tomado las medidas atinadas para la etapa crítica que se vivía no solo en el país, sino en el mundo entero. La falta de decisiones del presidente había ahondado más aún la intolerancia de los distintos grupos disidentes. La palabra *fraude* se convertía en un eco cada vez más cercano, que atronaba sobre las urnas. A pesar de las distintas manifestaciones que se propagaban por distintos lugares de la ciudad de Buenos Aires y de las provincias, desde los medios de comunicación se estaba librando una lucha feroz para poner sobre el tapete las falencias del presidente que perdía el apoyo electoral que había tenido alguna vez.

En medio de esa situación política, la vorágine de la noticia se vivía a pleno en el diario que, sin dudas, había tomado una posición concreta y certera en contra del Gobierno. Por más que se buscase cierto recato, prudencia y discreción, nadie podía negar las reuniones secretas que se llevaban a cabo en las oficinas de *Crítica* con miembros del Ejército, algunos de ellos pertenecientes al propio Gobierno y otros, personalidades vinculadas a la oposición. La campaña de desprestigio que asomaba por los periódicos, en especial por *Crítica*, era de gran magnitud. Parecía que las máquinas de impresión, las oficinas y los mismos periodistas estuvieran a disposición del espíritu opositor que se vivía en aquel momento. Entre todo eso estaba Felipe, elaborando algo que tuviera un fuerte impacto en la sección que le habían adjudicado. Sin lugar a dudas, la pluma era su arma y con ella aniquilaría a cualquier adversario.

—¿Me parece a mí o ayer has estado de juerga?

El rostro de Felipe estaba magullado; los golpes propinados por Segundo destellaban en el amoratado color violeta de las mejillas.

—Hoy no estoy de humor.

Rodolfo Pascal estaba atento a todo lo que ocurriese alrededor, aunque su aspecto y la forma de conducirse denotasen lo contrario.

—Vamos, hombre, bebe este café, que va a despejarte y a borrarte esa mala cara que tienes. ¿Quién no ha tenido una noche para el olvido? Tú y yo deberíamos salir juntos de parranda. Estoy seguro de que aún no has disfrutado la noche porteña y puedo asegurarte que en nada debe asemejarse a tu vida pueblerina. No me mires así, que no es para que te ofendas, sino para que veas que tu sosias está para servirte.

—Hazme el favor de callarte.

—No hasta que me digas cómo va esa investigación que has comenzado.

—Mejor de lo que creía.

—¿Y cuándo veré los resultados? Sabes que aquí dentro lo que no sobra es tiempo.

—Lo sé y estoy trabajando en las horas libres que tengo fuera de aquí.

—Ya me lo has dicho. No creo que sea necesario recordarte que la noticia deja de ser tal cuando otros hechos pasan a estar en el candelero y en la primera plana de los diarios. Ten cuidado si no quieres que tu nota termine en el cesto de basura.

—No sucederá.

—Mira que, si es un pasquín, yo seré el primero en reconocerlo.

—Lo sé mejor que nadie y, si no me dejas seguir trabajando, no llegaré a tiempo.

—No quiero presionarte, pero debes saber que muy pronto las noticias deportivas tendrán su momento de gloria con el primer mundial de fútbol que se hará en el Uruguay. Y puedo asegurarte que la hípica y el boxeo quedarán a un lado, al menos en los meses de invierno.

A Felipe esa información lo tomó por sorpresa. Se encontraba tan enfrascado en sus problemas que no había considerado lo dicho por Pascal. Cuando creía que tenía todo entre manos y estaba alerta a lo que sucedía, volvía a quedarse detrás de las novedades. Si había pensado que el tiempo le corría en contra, constató que tenía los días contados para hacer su trabajo. Estaba seguro de que no podía jugar con la paciencia de Rodolfo Pascal.

—Agradece mi café, que va a espabilarte.

—Gracias.

Felipe no ponía en duda que el fuerte, oscuro, destemplado y amargo

brebaje que su compañero le entregaba esa mañana iba a despertarlo.

La avenida de Mayo se había transformado en una arteria de circulación por la que no solo transitaban los automóviles, taxis, tranvías y colectivos, sino también por la que deambulaban los transeúntes que paseaban apremiados por cumplir con los trámites y diligencias pendientes. En medio de aquella postal, Segundo aguardaba frente al edificio del diario. Hacía muy poco que había llegado y no iba a esperar demasiado allí afuera. Cruzó la gran avenida, pero antes de llegar al otro lado notó que Felipe salía con un compañero. Desde lo sucedido, no se habían vuelto a ver. Aquella noche, sin poder pegar un ojo, había regresado al Gran Hotel España, a pocas cuadras de allí. No había retornado al apartamento, no hasta que hubiera zanjado algunas cuestiones, en especial, con su hermano. No fue necesario que lo llamase o le dijera algo, porque Felipe se detuvo de inmediato al notar su presencia.

—Pero ¿qué sucede? —se interesó Pascal.

—Olvidé que tenía algo pendiente con…

—Segundo —dijo al acercárseles—, soy su hermano.

—Un gusto, me llamo Rodolfo Pascal —lo saludó y desvió la mirada hacia Felipe—. No sabía que estabas con parte de la familia aquí.

Le había mencionado a su madre, que se había encargado de la mudanza para instalarse en la ciudad, pero no más que eso.

—No, él vive en el campo.

—Entonces no los interrumpo más —comentó al notar la tensión que se vivía en ese momento. No necesitaba que alguno de ellos le pidiera que los dejara solos—. Felipe, queda pendiente la invitación que te he hecho y, si deseas, puedes incluirlo a tu hermano.

Segundo se mantuvo con cara de pocos amigos, mientras aguardaba a que Felipe se despidiese de su compañero de trabajo.

—Lo haré —le respondió a Pascal—. ¿A qué has venido?

—En la esquina hay un bar, allí hablaremos mejor que en plena calle.

Los golpes de puño no habían atemperado la ira que corría en el interior de Segundo. La impotencia y la aversión que sentía por lo ocurrido no podría quitársela al descargar toda su furia una y otra vez contra Felipe. En el corto trayecto hasta arribar al bar, ninguno de los dos habló. El silencio solo fue interrumpido por las bocinas de los vehículos y el permanente murmullo de

las voces de quienes deambulaban por allí. A poco de instalarse en una de las mesas ubicadas al fondo del lugar y luego de pedir ambas consumiciones, esa falsa calma se quebró.

—¿Por qué?

Para cualquier persona, esa era una simple pregunta, pero para Segundo implicaba una connotación distinta: era una aseveración. Le costaba encontrar una explicación, tampoco sabía si la respuesta lo satisfaría.

—Habíamos bebido unas copas de vino y nos dejamos llevar por lo que ambos sentimos.

—No vine aquí a escuchar una sarta de estupideces. Lo ocurrido es demasiado grave como para que no tomes conciencia de lo que hiciste.

—¿Y quién eres tú para lanzarme un sermón sobre cómo debo actuar?

La rabia que tenía Felipe al mirarlo no era solo por los golpes que le había dado, ni porque él lo hubiera descubierto en la situación que estaba con Catalina. Tampoco había una pizca de arrepentimiento, muy por lo contrario, era una mirada desafiante y pendenciera.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Segundo.

—¿Hasta cuándo pensabas engañarme?

—¡Contéstame, carajo!

—No importa desde cuándo lo sé. De lo que sí me he dado cuenta es de que nada de lo que has hecho por mí tiene valor.

—Felipe, te equivocas, y no des vuelta la conversación, aquí no soy yo el que está bajo la picota, sino tú.

—El equivocado eres tú. Si no hubieras actuado del modo que lo hiciste con Cata, si no la hubieras buscado de manera rastrera, nada de esto hubiera ocurrido. Sabías que la amo y que la esperé. Sabías mejor que nadie todo lo que me costó en la vida obtener algo y, cuando creo que lo alcancé, vienes y me lo arrebatas. Estoy convencido de que lo has hecho solo para lastimarme, no porque estés enamorado de Cata. Nunca ninguna mujer te ha importado. Si en verdad ella era importante, deberías haberte replanteado que yo estaba en el medio de todo. Me deberías haber dado tiempo para que ella pudiera convencerse de que era yo y no tú la persona que la haría feliz. Pero, como siempre has hecho, vuelves a entrometerte en mi vida.

—Estabas forzando a Cata, mierda, ¿no lo ves? ¿Te preguntaste cómo está ella? ¿Cómo se siente? ¿El daño que le causaste?

—¡Siempre dando vuelta todo!

—El que lo hace eres tú. Siempre he velado por ti, he buscado darte el apoyo de un padre desde la muerte del nuestro. Por ti haría lo que fuera y te lo demostré a lo largo de estos años, pero no para que me lo agradezcas, sino porque lo sentí. Quise que tuvieras lo mejor y, para eso, dejé de lado muchas de mis cosas. Mi profesión fue una de ellas. Mantenerlos a ustedes fue mi prioridad. Trabajar en la estancia no fue una elección, sino la única alternativa posible para que tú y mamá tuvieran todo lo que necesitaban. Viví repleto de responsabilidades desde la muerte de papá. Nunca me quejé de eso porque creía que era lo que me correspondía. Me deslomé para que a ustedes nada les faltara, y no tienes idea hasta qué punto lo he hecho.

—¿Ahora me vas a reclamar las veces que venías a visitarme al hospital mientras estaba internado? Estoy seguro de que te regodeabas de verme tirado en una cama de ese horrendo hospital en el que pasé meses sin poder moverme. Vamos, contéstame.

—Felipe, no te conozco, no sé cuándo te has convertido en alguien tan miserable. Yo te crie para que te transformes en alguien de bien.

—Me imagino, pero aquí me tienes, cada vez más parecido a ti, sin límites para ir detrás de lo quiero. Te aclaro que lucharé por Cata.

—Te equivocas si vas a hacerlo.

—¿Por qué? ¿Vas a prohibirme que vuelva a verla?

—Vas a acercarte a ella solo si Catalina lo desea, mientras tanto, te mantendrás alejado. No te imaginas de lo que soy capaz si te veo husmeando cerca de ella.

—No solo pretendes que me distancie de Cata, sino que deje a un lado la amistad que siempre tuvimos.

—Una amistad que acabaste de destruir lanzándote como una bestia sobre ella.

—Quiero advertirte que no me quedaré quieto y que voy a destruirte. El tema ya no es con ella, sino contigo. Nunca voy a perdonarte lo que has hecho.

—Hazlo, aunque, en el camino, caerás primero.

No había mucho más por decir. Segundo, ni en el más afiebrado sueño, habría imaginado mantener una discusión de ese tenor con su hermano. Por mucho que buscase que las cosas fueran diferentes, no lo alcanzaría. Había llegado el momento de pensar en él y de defender lo que amaba, aunque eso significara romper lazos con las personas que, hasta el momento, él quería.

* * *

Por más que Gerónimo había intentado dormir esa noche, no había podido. La conversación con Segundo no había dejado de atronarle en la cabeza, con todas las consecuencias que aquello acarrearía. Ni siquiera el vaso de alcohol que había bebido cuando quedó solo le había atemperado el ánimo. Los primeros rayos de sol que ingresaron por el resquicio de la ventana fueron la excusa perfecta para abandonar la cama y tomarse un fuerte café que lo despejase. Intuía que su hermana dormiría más de la cuenta. Había decidido ir más tarde al frigorífico para acompañarla y distraerla todo lo posible. No había terminado de beber el primer sorbo que el sonido de la puerta lo alertó. No esperaba a nadie, tampoco quería comenzar la mañana recibiendo visitas. Sin embargo, ahí estaba:

—Laura, ¿qué haces aquí?

A pesar de la hora, ella estaba vestida como si asistiera a una gala. El maquillaje que lucía avejentaba el lozano rostro que tenía. No dejaba de contemplar el aspecto de Gerónimo con el torso desnudo, el cabello despeinado y la mirada ambarina centrada en ella.

—¿No piensas saludarme?

No esperó y se lanzó sobre su cuerpo. Por mucho que Laura lo deseara, él nunca había sucumbido a sus encantos, y esa negativa lo hacía más atractivo. Saber que a Santiago lo enfurecía su debilidad por Gerónimo la incentivaba a provocarlo y a sacar provecho del enfrentamiento entre padre e hijo. Al menos en esos momentos, ella se sentía importante y valorada por su esposo. Haberse transformado en la señora de Nogués tenía costo; soportar las tropelías de su marido era uno de los tantos. Sin embargo, el estilo de vida que llevaba, las reuniones sociales a las que iba y lo que había logrado al lado de él no opacaban los fuertes deseos que tenía por su hijastro.

—Dime qué quieres.

—¿En verdad deseas que te lo diga una vez más?

Gerónimo estaba hastiado de que todo se complicara, no estaba en condiciones de soportar los caprichos de la mujer de su padre, no porque le guardase respeto a él, sino por el fuerte lazo que lo unía a su hermana; jamás haría algo que pudiera dañarla. Ese sería un motivo para herirla.

—No tienes límites —aseguró molesto, al desplazar los brazos que lo envolvían—. Tu hija está adentro durmiendo. Deberías tener más recato, al menos por ella.

Si no hubiera sido por la presencia del portero, Juana no habría podido ingresar al edificio para darle una sorpresa a Gerónimo. Con cada piso que atravesaba en el ascensor, los recuerdos vividos allí dentro se elevaban con mayor intensidad hasta que se detuvo en el quinto piso. Ese día la doctora había amanecido distinta; sin lugar a dudas, la relación con Gerónimo la había cambiado.

Aún no había enfrentado a su padre para decirle que el apellido Nogués dejaría de ser una grave ofensa con solo nombrarlo y que nadie podía vivir constantemente amarrado al pasado. El fuerte sentimiento que la unía a Gerónimo le había permitido ver más allá de las rivalidades familiares; era eso lo que debería entender Bustillo.

Esa mañana se había levantado temprano. Como sucedía desde hacía unas semanas, no se había encontrado con ningún integrante de la familia, lo que le permitió salir de la casa sin dar explicación de por qué llevaba unos dulces con crema pastelera realizados por la empleada sabiendo que eran sus preferidos. En verdad, nada tenían que envidiarles a los que comía en una pastelería parisina cercana a su apartamento. Esa mañana poco le importaba llegar a horario al centro médico para cumplir con las actividades y cubrir las expectativas que sobre ella tenían. Con el paquete aferrado, observaba la escena a pocos metros de la puerta del ascensor. Ella no necesitó ninguna excusa que él pudiera darle para disculparse por la imagen que tenía enfrente. La única persona sorprendida y que buscaba una explicación al cambio de actitud de él fue esa mujer que, vestida de forma despampanante, dejaba de ser el foco de atracción del dueño de casa. Segundos después, Juana estaba envuelta en los brazos de Gerónimo.

—Eres lo mejor que me ha pasado desde que amanecí —le susurró en el oído.

—¡Gerónimo! —lo llamó Laura frente a la puerta del apartamento.

—Te presento a Juana Bustillo, a quien esperaba esta mañana.

La doctora centró la vista en esa mujer que había visto en el hospital cuando León Nogués estaba internado. No recordaba cuál era el parentesco que los unía, pero, por el modo en que ella lo miraba y se comportaba con él, no cabían dudas de que el interés que tenía por Gerónimo estaba por encima de cualquier lazo filial.

—Creo haberte visto en otro lugar, ¿verdad?

—Seguramente ha sido en el hospital.

—Laura, si quieres que le avise a Cata que has venido, se lo diré.

—Parece que tengo que pedir permiso para ver a mi hija, aunque esto va acabarse pronto.

—No entiendo a qué te refieres.

—A que no deseamos que continúes interfiriendo con Catalina. Tu padre tiene razón en eso.

—Si es así, deberías estar con él pergeñando qué hacer, en vez de conmigo.

—Cuando quieres, eres en verdad un ser desagradable.

—No más que tú. Si me disculpas, tengo una visita que atender.

Laura Nogués comprendió que no era ese el momento de continuar planteando batalla, sabía cuándo debía retirarse. Ahora conocía a quién tenía enfrente.

Tras cerrar la puerta, Gerónimo pudo saciar, con un beso profundo y lujurioso, los fuertes deseos que tenía por Juana.

—Ahora sí, buen día.

—No dejas de sorprenderme esta mañana.

—Por favor, no me pidas que te explique la presencia de Laura minutos antes, no vale la pena y no quiero perder estos valiosos minutos contigo.

—Yo tampoco.

Si hubiera sido por él, la habría arrastrado hasta la habitación para demostrarle lo que ella significaba para él, pero un sordo sonido por detrás hizo que girara. Se encontró con su hermana, que los observaba con los ojos bien abiertos.

—Cata, ella es Juana.

—Hola —la saludó con una amplia sonrisa.

—Soy la doctora de tu abuelo.

—Además, atiende a León.

—Me alegro de que seas el motivo por el que mi hermano esté mejor.

—Parece que te has levantado achispada.

Cuánto quería verla de ese modo y que Catalina abandonase la mirada triste de la noche anterior.

—¿Cómo dormiste?

—Bien.

Las marcas grises que tenía por debajo de los ojos denotaban las huellas de cansancio y preocupación que conservaba. No había sido fácil para ella conciliar el sueño. Cuando lo logró, la imagen de Felipe aparecía sobre ella. Solo la calmó pensar en Segundo y en el apoyo que le había dado. Evocaba las palabras dichas por él y el modo en que la trataba. Debería quedarse con que él había llegado a tiempo y no con aquello que podría haber sucedido si Segundo no hubiera llegado.

—Supongo que ninguno de ustedes ha desayunado, pues bien, aquí traje algo rico para disfrutar esta mañana.

Juana se dispuso a poner la mesa con los dulces que había llevado, mientras Gerónimo preparaba las tazas de café para desayunar. Esa sola imagen dejaba entrever cuánto le había cambiado la vida desde el mismo instante en que se había cruzado con la joven Bustillo. Estar con ella y con Catalina hizo que el desayuno fuera diferente. La visita de Juana no solo se debía al fuerte deseo de verlo, sino también a aquietar la preocupación que acarreaba Gerónimo y que no le decía. Por más que no se lo confesara, entendía que se avecinaban momentos importantes para él.

Capítulo 18

Enemigos íntimos

El día había llegado. La noche anterior Gerónimo no había podido pegar un ojo. Estaba concentrado en cómo se desarrollarían los hechos y había dejado a un lado los problemas suscitados con su hermana. Por momentos creía que la cabeza le estallaría en mil pedazos con todas las preocupaciones que lo circundaban.

Respecto a la empresa, durante las últimas semanas había intentado dejar todo arreglado, pero aún no sabía cómo reaccionarían los presentes en la asamblea cuando se tratase el orden del día y se disputase la presidencia. Él se había encargado personalmente de cada uno de los detalles que de él dependían. Le habría encantado saber qué se traería oculto su padre.

Si bien había hecho algunos movimientos, nada fuera de lo común. Los muebles que había quitado del despacho de León y los nuevos que había colocado habían quedado arrumbados dentro de la amplia oficina. Sin dudas, estorbar, molestar y permanecer en conflicto con los suyos siempre había sido el estilo de vida de Santiago Nogués. Todo lo que hacía era para perturbar y sacar de quicio a quienes lo rodeaban. A pesar de que Gerónimo lo conocía mejor que nadie, esa mañana en particular estaba inquieto.

Luego de intentar relajarse bajo una ducha, se vistió con un traje color gris y una corbata que hacía juego. Una vez que terminó de acicalarse, salió sin siquiera beber una taza de café. Tendría tiempo para hacerlo durante la larga jornada que quedaba por delante. Antes de ir al frigorífico, debía pasar a buscar a León. Le había dado precisas instrucciones a Dina para que su abuelo estuviera listo. También había consultado con la doctora Bustillo sobre si debía tomar alguna otra medicación, porque estaba seguro de que regresar a la empresa le podría acarrear una situación extenuante. Ella le había reforzado la dosis, aunque no dejaba de ser algo suave y relajante. No obstante, Juana no creía que algo pudiera sucederle. Los estudios realizados marcaban que, más allá de la lesión que padecía, el resto de su organismo estaba muy bien y eso hablaba de la fortaleza del cuerpo de un hombre maduro como León. Gerónimo apeó el automóvil y se bajó para buscarlo.

—Buen día —lo saludó Dina—. Tu abuelo hace más de media hora que se encuentra sentado esperándote.

—¿Cómo amaneció?

—De aspecto se lo ve tranquilo, pero sabes que no hay nadie mejor que

él para ocultar algún malestar.

—Gracias, Dina.

—¿Te llevo algo para desayunar?

—Gracias, pero prefiero mantenerme sin nada en el estómago.

Ella evitó decirle que comiera algo y molestarlo con esa tontería, porque entendía la importancia de ese día. No estaba al tanto de los detalles, pero algo le había contado el dueño de casa y el resto lo había deducido de las últimas escuetas conversaciones de Gerónimo con su abuelo.

—¿Estás listo?

—Por supuesto —aseguró al levantarse con cierta dificultad del sillón de cuero y caminar unos pocos pasos hasta alcanzar a Gerónimo.

—Te olvidas esto.

El nieto le alcanzó el bastón que, desde lo sucedido, usaba de vez en cuando. Ese día sería la primera vez que estaría bastante tiempo fuera de la casa y creía conveniente que lo llevara.

—No lo necesito.

Gerónimo entendió que su abuelo nunca había querido dar lástima después del accidente cerebral, y no lo haría una vez que asomara por la empresa luego del largo tiempo de ausencia.

—Salgamos, entonces.

Bajo un tenso silencio viajaron rumbo a al frigorífico. Cada uno de ellos estaba ensimismado en cómo se darían las cosas ese día. Quizá la falta de tránsito, los fuertes deseos por llegar o la destreza en la conducción hicieron que arribasen antes de lo pensado.

—Extrañabas estar aquí, ¿verdad?

—Un poco.

—León, quiero que sepas que no estás obligado a nada y que seré yo quien hable y me haga cargo de todo.

—Hijo, lo sé.

—Si en algún momento flaqueas o no te sientes bien, solo debes

decírmelo.

—Estoy bien.

—Sabes también que Lucrecia estará junto a nosotros.

—Como desde hace tanto tiempo.

—Ella podrá estar más atenta a ti porque yo estaré lidiando con todo el papeleo y demás.

—Y con mi hijo.

—Con mi padre.

—Gerónimo —dijo al tomarle el brazo antes de que abriera la puerta del vehículo—, debí haber solucionado todo esto mucho antes.

—Basta, León, de seguir culpándote sobre lo sucedido con mi padre. Ya está, y es mejor que nos apuremos, si no quieres que él nos gane de mano dentro de la sala.

A poco de ingresar, el murmullo de los empleados comenzó a crecer a medida que ambos avanzaban por los distintos lugares hasta alcanzar el sector de oficinas. No bien los vio, Lucrecia se adelantó con una amplia sonrisa dirigida solo a León Nogués.

—Qué alegría me da que haya venido en este día.

—Gracias, Lucrecia.

—Lo veo muy bien.

—¿Ya llegó alguien a la reunión? —se interesó Gerónimo.

—Solo dos de los socios minoritarios los aguardan intrigados por verlos. Han sido muchos los comentarios que corrieron y quieren saber si sus inversiones están a salvo con ustedes. El primero en llegar ha sido el escribano Ferreira; desea constatar que todo marche según lo convenido.

—Vamos, no esperemos más.

Los tres caminaron hasta llegar a la amplia sala de juntas. Se trataba del lugar en donde no solo se firmaban los documentos importantes, sino donde mantenían las reuniones con otros empresarios o clientes extranjeros. Una larga mesa de madera se extendía a lo largo del recinto con varias sillas a los lados. Gerónimo ocupó la silla que presidía la mesa junto a León, que se ubicó

al lado de él. Más alejados se encontraban los otros dos socios que no habían querido desprenderse de las acciones por nada del mundo. Gerónimo había intentado disuadirlos. Les había ofrecido un precio muy tentador, pero de igual modo se habían negado. Entendía que su padre no podría haber mejorado su oferta, por eso estaba tranquilo. Ellos mantenían las acciones desde hacía mucho y ese sería el legado que les dejarían a sus herederos.

—Al fin estamos todos juntos.

No necesitaron darse vuelta para saber que Santiago Nogués acababa de ingresar a la sala.

—Gerónimo, deberías cuidar más de tu abuelo; era innecesario que él estuviera aquí.

—Compórtate al menos una vez —replicó fuerte León.

En ese instante ingresó otro de los socios que faltaba llegar.

—Siéntate, así terminamos cuánto antes —manifestó Gerónimo al clavarle una mirada gélida a su padre.

El escribano estaba allí certificando la documentación. No era usual que estuviera porque los años anteriores, cuando se celebraba la asamblea, se realizaba bajo otros términos. En esta oportunidad, todo era distinto; la tensión en la sala era latente y se palpaba a cada segundo que pasaba.

—Creo que está todo bien y sugiero que comiencen.

—¿Estás seguro? —inquirió Santiago.

Gerónimo se levantó de la silla porque no podía mantenerse un segundo más sentado ante las observaciones de su padre.

—¿Qué sucede? Déjame ver.

Gerónimo estaba detrás del escribano inclinado sobre la mesa y observaba con detenimiento el acta en la que había constatado la tenencia de cada uno de los accionistas que se encontraban allí presentes.

—¿Y esto?

Gerónimo señaló el número de acciones a nombre de uno de los socios minoritarios, que era menor del que él sabía que tenía. Estaba claro que debía tratarse de un error o algo había acontecido a sus espaldas. Levantó la vista hacia su padre al tiempo que una sonrisa asomó por el rostro de Santiago.

—Ferreira, no siga constatando más esa acta, creo que aquí falta alguien más.

—¿A quién se refiere?

—A la persona que ha hecho posible que yo hoy cuente con la mayoría necesaria para ejercer la presidencia.

En ese instante, Gerónimo intentó ordenar los pensamientos y saber cómo alguien había logrado convencer a uno de los socios para que vendiera, aunque se tratase de un monto mínimo. Obtener esa acción de oro que le abriera paso a quien la tuviera para conservar o ganar la presidencia de la empresa había sido su obsesión. Sin embargo, ambos accionistas habían mantenido posiciones muy firmes respecto a no vender ni ceder sus acciones, ni siquiera una mínima parte.

—Aún no se ha votado, y aquí no puede ingresar nadie que no sea un socio como nosotros, deberías saberlo —agregó ofuscado Gerónimo.

—En este momento él tiene la mitad de mi paquete accionario y ha sido quien gestionó la venta de un dos por ciento de ellos. —Señaló a los otros dos accionistas, que no dejaban de contemplar lo que sucedía dentro del recinto—. Supongo que querrán conocerlo.

—¿De quién mierda hablas? —preguntó Gerónimo harto del comportamiento intrigante de su padre. Estaba seguro de que había cometido algún error al hacer esa transferencia y esperaba poder encontrarlo para echar por tierra todo eso.

Sin embargo, esa sensación que lo había perseguido durante todo el día se corporizó en cuanto ingresó un hombre con una amplia sonrisa. No lo conocía ni sabía de quién se trataba. El desconcierto generalizado, las miradas cruzadas y el murmullo sostenido hicieron que se acrecentara la tensión que se vivía allí dentro desde que se había iniciado la reunión. Gerónimo desvió la mirada hacia León sin comprender por qué había quedado lívido y mantenía las manos aferradas al borde de la mesa. Él no podía captar lo que estaba sucediendo allí dentro. Un hombre de la edad de su padre, con una apariencia elegante no solo por la vestimenta, sino por el porte se dirigía hacia Santiago.

—Les presento a Ariel Bustillo, el nuevo integrante de esta firma, quien me acompañará en esta nueva gestión.

—¿Cómo?

No podía ser que ese hombre tuviera algo que ver con Juana; nunca le había mencionado que se dedicase al negocio de la carne, menos aún que

estuviese vinculado con su padre. Al contrario, era el motivo que los separaba atento a la rivalidad comercial que ella suponía que había entre ambas familias.

—Para los que no me conocen, he llegado a la ciudad luego de un largo exilio debido a cuestiones personales. Durante ese tiempo, me he dedicado a lo que más me gusta: mi carrera diplomática —comentó sin dejar de observar a León, que se mantenía con la mirada incólume sobre el interlocutor—. Ha llegado el momento de apostar al país y qué mejor que tomar posición en un negocio que en cierta manera me es familiar.

La confusión de Gerónimo aumentaba con cada palabra que pronunciaba Bustillo. Por más que desease que ese hombre nada tuviera que ver con Juana, en cada comentario que hacía certificaba que era su padre. Si bien él se había preparado para todo tipo de complicaciones que podían suceder en el transcurso de ese día, nunca creyó que el apellido Bustillo estuviera en el medio de semejante disputa. Por otro lado, la permanente contienda que, según Juana, mantenía su padre con los Nogués era puntualmente con Santiago por cuestiones económicas. No entendía qué hacía allí en una clara alianza, entonces, con su rival.

—Llegas tarde —anunció León del otro lado de la mesa—, muy tarde, como siempre.

Nadie comprendía qué sucedía allí dentro. El gélido y cortante intercambio entre Bustillo y Nogués dejó a los presentes más sorprendidos. Los socios buscaban con las miradas una explicación a lo que sucedía alrededor de la mesa de juntas.

—No sabía que conocías a mi padre.

Santiago festejaba que su nuevo socio conociera a León y que, según apreciaba por ese escueto intercambio, tampoco se llevara bien y compartiese una profunda enemistad con él.

—Eres un inútil —le recriminó León a Santiago desde el otro lado de la mesa.

Santiago ni siquiera había tenido la inteligencia para saber que alguien lo había utilizado, haciéndole creer que no había sido así. La inquina hacia León lo había cegado y se había dejado llevar sin evaluar a ciencia cierta con quién se había asociado.

—No tanto si me quedo con la presidencia de la empresa.

León se levantó de la silla sin dejar de observar a Bustillo, que lo seguía

con la mirada.

—Podrás tener la titularidad de esto —le dijo León a Bustillo, de manera clara y pausada. Luego se tomó unos segundos para rematar su pensamiento y agregar—: Pero nunca sabrás lo que era tenerla de verdad. Es la historia de tu vida.

Sin más, se puso de pie para retirarse de la sala. Lucrecia, que se había mantenido alerta a cada palabra que decía Nogués, se levantó para ayudarlo, pero se detuvo. Sabía la importancia que tenía para León que nadie lo auxiliara para cruzar la sala y salir de allí, aunque segundos después se derrumbase sobre el sillón de un despacho.

Gerónimo le hizo una mueca a la secretaria porque quería quedarse en el recinto, no se iría de allí hasta que aclarara con el recién llegado su postura.

—Bustillo, quiero hablar con usted a solas.

—Lo que tengas que hablar con él lo puedes hacer frente a mí.

—Santiago, déjame. Él es el único de la familia Nogués con quien aún no he hablado.

—Pero ¿qué sucede? —preguntó otro de los socios, desorientado, sin saber cuáles serían los próximos pasos.

—Ferreira… —Gerónimo señaló al escribano. No hizo falta que le dijera lo que necesitaba.

—Vamos a pasar a un cuarto intermedio hasta tanto se aclaren algunas cuestiones. Acompáñenme, por favor —propuso el notario.

En cuestión de minutos, los socios fueron saliendo de la sala. Solo uno permaneció dentro.

—Nogués, si es tan amable de acompañarme, será de utilidad para dar un panorama más claro al resto de los socios —le pidió el escribano.

Sin estar demasiado convencido y bajo el asentimiento de Bustillo, Santiago se retiró y dejó a su hijo a solas con el nuevo socio.

—Por lo que veo, no tiene conocimiento de mi existencia.

La expresión de asombro y desconcierto al verlo había sido elocuente.

—Se equivoca, sé de su existencia, pero no en el sentido que usted cree. No obstante, ese es un tema del que hablaremos luego.

—Desconozco a qué se refiere.

—En principio, quiero conversar de sus acciones y de su intención de formar parte de la empresa.

—Eso lo he dejado claro con su padre: ya formo parte de ella.

—Quizá, pero él no ha estado a cargo de la empresa. Solo lo motiva una rivalidad familiar que no lo llevará a nada. No es fácil conducir una empresa que no se conoce. Además, las condiciones del país son cada vez más desfavorables.

—No necesito los consejos de un joven sobre qué hacer con mi dinero ni cómo conducirme.

—En eso se equivoca, conozco esta empresa y sé cómo sacarla adelante más de lo que usted se imagina.

—Si así fuera, no la habría perdido.

—Aún nada está perdido.

—Ah, ¿no? —comentó sarcástico—. Parece que, de los Nogués, es el único con sentido del humor.

—Debe saber también que siempre me he movido de acuerdo a mis convicciones y, en este momento, no estoy ni de un lado ni del otro, solo del mío —manifestó al acercársele—. Por eso, le sugiero que piense el paso que va a dar y sepa que estoy dispuesto a ofrecerle más de lo que pudo otorgarle mi padre o cualquier otro inversor.

—¿En verdad cree que es el dinero lo que me mueve a hacer esto? Si es así, se equivoca. Ahora no tengo más tiempo que perder y espero no volver a cruzarme con usted. Si lo hago, será bajo otros términos. No me conoce y desconoce cómo me comporto.

—Bustillo, sepa que usted tampoco me conoce, aunque lamento decirle que otra vez se ha equivocado porque no se va a librar de mí tan fácilmente.

—¡Digno nieto de su abuelo! —rugió al enfilar hacia la salida para dejar a Gerónimo solo en la sala.

Al otro lado de la sala de juntas, en la oficina de Gerónimo, se encontraba León acompañado Lucrecia que, fiel y discreta, se había mantenido a su lado intentando que bebiera un té que estaría ya frío. Ella se había negado a entregarle una copa de whisky, como él le había solicitado.

Suponía que ese era el motivo por el que no le había vuelto a dirigir la palabra. Él había permanecido en un peligroso silencio apartado de todo e inmerso en los pensamientos que no dejaban de brotarle. Una vez más, como hacía tiempo, todo su pasado volvía a presentarse y lo devastaba nuevamente.

* * *

Como me imaginaba, la cobardía, la falta de agallas de él para resolver una cuestión que era a todas luces irremediable formaba parte de su personalidad. La veracidad de los hechos por sobre la mentira sostenida en el matrimonio de Rosemary echaba por tierra la posibilidad de plantar cara a lo que sucedía. Aquella noche, bajo la tenue luz de la farola que iluminaba la calle sobre la que se erigía la ampulosa y elegante propiedad de la familia Saguier, esperé y esperé para que él se apersonase, pero fue en vano porque no lo hizo. Poco después se abrió la puerta de la vivienda. Por ella asomó mi amigo Pipo para indicarme que la gala llegaba a su fin, que la infanta Isabel de Borbón junto al séquito que la acompañaba saldría en cualquier momento. Debía irme de allí si no quería brindar un espectáculo del que hablasen todos en la mañana siguiente.

La ira que me corría por las venas era incontrolable. Sin lugar a dudas, él sabía muy bien el amor que nos unía con Rosemary, había indicios que ella no había dejado de darle desde hacía tiempo. Por eso, su esposo jugaba con lo único que le quedaba: hacer el papel de marido frente al resto de la gente, porque las apariencias para él eran de lo más importantes. Nunca se expondría a comentarios maldicientes, aunque algunos habían comenzado a correr. Esa noche necesitaba sofocar la impotencia, la indignación y la furia que crecía en mi interior con una botella de whisky. Ni siquiera acepté la compañía de mi amigo Pipo. Solo quería estar con ella, pero, si no podía, pretendía ahogar mi dolor emborrachándome.

En la mañana siguiente, con el cansancio y la resaca de una noche para olvidar, me apersoné en la casa de Rosemary. Desde el lugar de la calle en el que siempre aguardaba alguna señal de ella, no observé nada fuera de común. La cortina de la ventana por la que me habilitaba el ingreso estaba cerrada, sin movimiento en el interior. Poco me importó el escándalo que se daría por mi presencia en esa casa y enfilé hacia allí. Tras unos fuertes golpes, la empleada asomó por detrás de la puerta. No sé si me había visto alguna vez, pero no esperó a que me presentase, solo me dijo que la señora de la casa no estaba. Quise saber dónde se encontraba, porque estaba seguro de que, si ella se había ausentado, no había sido por propia voluntad. Como si la empleada me hubiese leído en los ojos lo que me pasaba por la mente, me aclaró que estaba con su hija. Creería que esa mínima información calmaría mis ansias por estar junto a Rosemary y al hijo que llevaba en su vientre. Alguien de adentro comenzó a llamarla y, cuando giré para irme de

allí, ella se acercó por detrás y me entregó una pequeña nota que arrojó en el bolsillo de mi chaqueta.

Salí de allí a paso firme para poder leer lo que me había escrito. Dentro del vehículo, abrí la escueta nota de Rosemary que me decía cuánto me amaba, además de que la angustia y la desazón por lo ocurrido la noche pasada la habían embargado por completo. Que sabía que así las cosas no podían continuar y que, con la mayor frialdad que un ser humano pudiera tener, él le había hecho un último pedido: que lo acompañase a un acontecimiento que se celebraría con motivo de los festejos por el centenario, que aún continuaban. Después de eso, él la dejaría en paz. Asumí que los viajes que tenía programados en función de su actividad serían la pantalla perfecta para de a poco disolver lo que el matrimonio había unido. Solo me pedía que aguardase esos largos días, y me informaba que su ausencia se debía a que había tenido que ir a un campo familiar para visitar a los parientes cercanos de él; era un compromiso ineludible, por más que quisiera, no podía negarse. Me decía que, ante la proximidad de estar libre de él y de poder comenzar nuestra relación como siempre la habíamos deseado, no quería contradecirlo ni enfurecerlo hasta tanto no fuera libre. Era solo cuestión de esperar. No sabía hasta cuándo se quedaría en la estancia, pero no haría otra cosa que pensar en mí y recordarme cada noche que pasaríamos separados. Una espera que para mí sería eterna. Se despedía jurándome el amor que me tenía y rogándome que me tranquilizara, porque estaba convencida de que, luego de nuestro próximo encuentro, todo cambiaría.

Los porteños habían regresado a la vida normal y la ciudad volvía a retomar el ritmo habitual. Para el presidente de la Nación, la conmemoración de la Revolución de Mayo había sido todo un éxito. Nada podía opacar semejante festejo. El periódico informaba que Figueroa Alcorta había recibido un telegrama del rey Alfonso XIII para agradecerle la sentida y cálida recepción de su augusta tía. El presidente había buscado identificar las celebraciones con la gesta patriótica acontecida cien años atrás. Las noticias reflejaban lo sucedido semanas pasadas. Las cenas, los espectáculos celebrados y todo cuanto se había hecho para completar el festejo se relataba en dichas publicaciones, sin que se hiciera mención de lo que en realidad ocurría en las calles de Buenos Aires.

Varios manifestantes sindicales, obreros y anarquistas habían llevado a cabo distintas protestas contra el Gobierno por dilapidar dinero del erario para unas fiestas que habían servido solo para exhibir un país que poco tenía que ver con la realidad. Ningún periodista se había detenido a explicar el motivo de la tardanza del presidente en el recibimiento de la infanta. El retraso había sido consecuencia de unos manifestantes que habían interceptado el coche que lo trasladaba hasta el puerto. La policía logró

disuadirlos, sin embargo, se había declarado el estado de sitio para evitar que esos movimientos y demandas sociales pudieran crecer. La pobreza y los reclamos salariales nunca habían dejado de existir. La indigencia de muchos se contraponía con la opulencia que el Gobierno quería mostrar ante el mundo. Y a pesar de que la normalidad había llegado, las quejas y los reclamos continuaban con más vigor que antes. Los únicos que se hacían eco de esa situación eran los diarios de raigambre socialista, los que mencionaban que el sistema político se iba construyendo a partir del fraude en las urnas bajo un absoluto control de las elecciones, y que los reclamos sindicales se iban endureciendo para exigir su cumplimiento. No importaba cómo, el uso de la violencia era el camino, porque la cuestión era llegar a ser escuchado del modo que fuera.

Yo había tenido que lidiar con reclamos de operarios que buscaban mejorar su situación y amenazaban con la realización de huelgas. Del mismo modo que a ellos les faltaba organizarse como era debido, yo sabía que eso podía complicarme la situación en la empresa en un momento en que lo único que buscaba era evitar conflictos. Fue así como debí llegar a un acuerdo para evitar mayores problemas. Sin embargo, a pesar de la acuciante situación que atravesaba, nada de eso tenía más importancia que resolver al fin lo que ocurría en mi vida. Rosemary era mi vida.

Los aciagos días que pasé en una espera difícil de sobrellevar habían terminado. Esa noche era la que había aguardado durante esos malditos días para poder verla y unirnos al fin. Ese día había amanecido sin resaca, porque debía estar lúcido para la gala que se haría en el Teatro Colón. Si bien yo disfrutaba de la ópera, esa noche, poco me importaba escucharla. La ópera Manon*, de Massenet, sería el espectáculo que se ofrecería. La trágica historia de una pareja de enamorados, en la que Des Grieux sigue a Manon al destierro y, luego, después de la muerte de la joven, se casa y echa raíces, haría estragos esa misma noche. Calculé el horario porque no me iba a contener con solo estar con ella cuando finalizase la función; esperaba llegar antes para verla. Aunque me acababa de vestir y estaba por salir, un recado de mi empresa enviado a último momento me retuvo. Si no hubiera sido de importancia, no me habría retrasado. Igual llegaría a tiempo para cuando comenzara la gala.*

Salí de mi casa y le ordené a mi chofer que me llevara cuanto antes hasta el Teatro Colón. Antes de alcanzar la esquina, noté cierto congestionamiento, natural, cada vez que se celebraba una ópera como esa. Le pedí a mi cochero que me dejase ahí, que yo me adelantaría y que él buscase lugar para estacionar. No supe si fue el impulso por verla cuanto antes o algo más en mi interior que hizo que yo avanzara atravesando la calle como si me llevara el diablo. De golpe, un estallido resquebrajó por completo la quietud de esa noche.

Me lancé a correr hasta alcanzar las lujosas puertas de ingreso atestadas de personas que salían en medio de gritos, lamentos y voces de auxilio, aunque mis oídos habían dejado de escuchar esos quejidos. Lo único que me importaba era ver a Rosemary. En medio de la confusión lo vi a él, que estaba cobijando a su secretaría entre los brazos. Ni siquiera la ira que sentí en ese mismo instante hizo que me detuviera a golpearlo por no haber cuidado a mi Rosemary ni sacarla de aquel infierno. Me adentré allí al tiempo que la melodía del Himno Nacional era ejecutada por la orquesta que aún permanecía dentro. Los fuertes deseos de que la concurrencia se calmase y saliera lo antes posible hicieron que la banda continuase tocando. Alcancé la platea derecha y la vi con el vestido de gala azul, tirada, sin moverse. Unas manchas de sangre estampaban ese vestido que ella se había puesto para cumplir, por última vez, con los deseos de él, para luego, al fin, comenzar una vida conmigo.

La levanté y salí de allí sin hacer caso a mi alrededor, mientras le hablaba para que reaccionara, me mirara y me dijera que todo estaría bien. Algunas ambulancias estaban en la puerta junto al personal de policía que intentaba contener semejante desmadre. La orden que le di a un facultativo que estaba junto a uno de los carros sanitarios fue tan contundente que no dudó en atender a Rosemary, al tiempo que subíamos al vehículo. No le había dado la opción a ninguno de ellos de que me sacasen y me mantuve sosteniéndole la mano mientras no dejaba de rezarle a su Dios por su vida. Solo la quería a ella, la necesitaba y dentro de mí no cabía la posibilidad de que algo le sucediera. En aquel instante prometí lo impensable para que ella reaccionara y saliera del estado en que se encontraba. Iba tan absorto rogando que se salvase que ni siquiera escuchaba el sonido de la sirena, constante hasta que arribamos al hospital.

Bajamos para que fuera atendida cuanto antes. Había perdido mucha sangre y, si no hubiera sido por la rápida atención médica, no sé qué hubiera sucedido. Antes de ingresarla, quisieron saber si yo era su esposo. Lo confirmé dándole mi apellido; en ese momento, mi palabra era la única válida porque, en medio de aquella tragedia, no había documentación que pudiera acreditar, confirmar o negar lo que yo acababa de declarar. Debí aguardar en un pasillo, mientras ella era sometida a una intervención para saber si las esquirlas de la bomba arrojada en el sector derecho de la platea no habían tocado algún órgano vital. En esa espera rogaba lo imposible, como haber estado yo en su lugar y ahora ser yo quien luchara por vivir. Ya tenía yo una vida vivida, en cambio mi Rosemary aún tenía todo por delante. Debí desviar mis pensamientos para soportar el tiempo en esa sala de espera. Reviví cómo nos habíamos conocido y cada instante que habíamos compartido. Cada recuerdo formaba parte de una película cuyo final aún no estaba rodado.

Estaba tan inmerso en evocarla y no pensar en lo que estaba sucediendo dentro de la sala de operaciones que no escuché cuando salió el médico para hablarme sobre el grave estado de Rosemary. Mis pedidos por que nada hubiera dañado algún órgano vital no fueron oídos. Y en la explicación médica que me otorgaba el profesional, me daba las condolencias por el hijo que acababa de perder. En medio del dolor que sentía, eso era de lo menos. Con ella a mi lado, podíamos volver a intentar una y mil veces; sin ella, yo estaba acabado. Minutos después, me dirigí hacia la habitación y, cuando ingresé, la blanca palidez que mantenía en el rostro me desgarró por dentro. Ella, que derrochaba alegría en cada encuentro y que había dado vuelta mi vida llenándola de color, se estaba marchando, y yo no podía soportarlo. En todo momento le sostuve la mano y le susurré cuánto la amaba, le dije que no podía dejarme, que teníamos por delante una vida juntos; si me dejaba, yo me iría con ella. Quizá fueron los fuertes deseos de que me escuchase o la mera ilusión de que lo hiciera, pero me apretó los dedos. En medio de la conmoción que me provocó que ella me hubiera escuchado, esos finos y tersos dedos se deslizaron, me soltaron y quedaron tiesos junto a su inerte cuerpo. Le besé la boca y le acaricié el rostro tibio por último vez y me quedé a su lado sin poder reaccionar, sin comprender que la había perdido.

No recuerdo el tiempo que me mantuve inclinado sobre ella, inclusive la enfermera que ingresó para constatar lo inevitable me dejó despedirme. Ni siquiera los fuertes gritos provenientes del pasillo hicieron que me incorporara hasta que una voz conocida entró a la habitación tras las órdenes del médico, que le decía que había un error y que la señora Nogués estaba con su marido, que no había ninguna señora Bustillo alojada en esa habitación, que debía respetar el dolor ajeno y que se fuera de allí cuanto antes. Nadie iba a robarme eso, porque Rosemary era mi mujer y había muerto en mis brazos a la vez que yo rogaba infructuosamente a su Dios que la salvase. No fui escuchado por él, pero esta vez sería escuchado por Ariel Bustillo.

Luego de darle un último beso en la frente a Rosemary, me incorporé y me di vuelta para enfrentarlo. Le hice una seña al médico y a la enfermera, que lo único que buscaban era no tener líos dentro de la institución, para que nos dejaron solos. Me mantuve alejado de él solo una fracción de segundos hasta que lo tuve entre mis manos y lo golpeé una y otra vez, sin piedad, no por lo que había dicho minutos antes, sino por lo que no había hecho en la gala. Si la hubiera sacado de aquel infierno, Rosemary habría tenido la posibilidad de salvarse, y ella estaría a mi lado. Si él no le hubiera exigido ir a ese compromiso, tampoco ella habría acabado así. Nunca la había cuidado, siempre se había esforzado por mostrar al resto de su círculo social una unión que nunca había tenido con ella, pero sí con su asistente, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. En ese momento, por su culpa, acababa de despedirme de mi gran amor. Me detuve y dejé de golpearlo no porque le

tuviera lástima, sino porque no permitiría que él se fuera junto a ella.

—Esto recién comienza. Voy a perseguirte hasta matarte —me amenazó con una mueca grotesca de ese rostro ensangrentado por los golpes que le propiné.

—Haz lo que te plazca, aunque nunca lograrás matarme porque yo ya estoy muerto.

Volví una vez a ver a Rosemary, que yacía inerte. Ya nadie podía robarme un instante más con ella, la había amado en vida y le había entregado mi corazón. Me fui de allí envuelto en una bruma de dolor y desconsuelo difícil de describir. Horas después, estaba junto a una botella de whisky ahogándome en el tormento que significaba haberla perdido.

Mi amigo Pipo no se había separado de mi lado, desde el mismo momento en que supo lo sucedido. Por más que le dijese que se fuera, que necesitaba estar solo, no lo hizo. De manera reiterada, me preguntaba si quería que hiciera algo por mí. En un rapto de lucidez, le pedí una sola cosa. No sería fácil lograrla, pero sería lo único que me daría paz. Le dije que yo no concurriría a la despedida de Rosemary, no por recato ni porque me importara qué dirían, al contrario, sino porque mi dolor era tan intenso que no podría estar allí. Ese momento se lo dejaría a él para que continuase con la fantochada marital hasta el último instante. Pero sería yo quien se encargaría del resto: quería tener un lugar de responso para recordarla, poder llorarla y rezarle en paz. Noté el gesto de crispación de Pipo ante mi pedido, pero evitó decirme que estaba loco ante ese reclamo. La lealtad que nos teníamos con él, el angustiante estado en que me encontraba y la capacidad negociadora con la que él contaba fueron contundentes para que se cumpliera con mi voluntad.

Nunca más volví a ver a Ariel Bustillo, aunque sabía que él jamás se olvidaría de mí ni de los comentarios y rumores que se levantaron como polvareda en el desierto cuando se supo lo sucedido en la fatídica noche en el Teatro Colón. Los días subsiguientes, los distintos diarios manifestaban que, a pesar de la amplia recompensa de diez mil pesos que se ofrecía por información sobre lo sucedido, y tras las reuniones del presidente con todos sus ministros, se había llegado a la conclusión de que un grupo de cinco hombres habían escapado del lugar de los hechos antes del estallido. No se había logrado identificarlos, pero se había podido adjudicarle un origen anarquista a semejante atentado.

Al tiempo que las manifestaciones de los estudiantes universitarios continuaban en contra de los anarquistas, yo me encontraba frente a la tumba de mármol negro que había mandado a hacer. Sobre ella estaba grabada con

letras doradas la frase: "Te amaré por siempre, mi Rosemary". Y era allí, en el silencio de aquel lugar, a donde iba para hablarle y rezarle, un sitio donde ya nadie podría molestarnos. En cada visita, llevaba una flor. Había entregado una suma de dinero importante al encargado del camposanto para que, ante mi ausencia, por el motivo que fuera, hubiese una flor blanca en su tumba.

Desde lo sucedido, no había podido ir como lo he hecho a través de los años desde su muerte. A pesar de la dolencia que me aqueja y de que me niegan las salidas solo, ya es momento de visitarla para contarle lo ocurrido.

* * *

El golpe de la puerta al cerrarse y ver a su nieto frente a él hicieron que León saliera del ensimismamiento en que había entrado. Por más que Gerónimo buscase una respuesta a lo sucedido, no la había encontrado. Los interrogantes se le agolpaban en la mente. Nada de lo que él sabía y había pergeñado sobre lo que podía suceder había sido real. Todo se había disipado en el mismo instante en que Bustillo había irrumpido en el recinto.

Detrás de las miradas desafiantes entre su abuelo y el padre de Juana, había algo más: una historia oculta, de la que él no había sido partícipe. No podía tolerar que Bustillo se hubiera apersonado para arrebatarle el esfuerzo de años. Él y su abuelo habían batallado para que nadie les quitase el frigorífico, pero habían dirigido sus acciones hacia el enemigo equivocado. Para él, nada de lo sucedido minutos antes en la sala de juntas tenía sentido. La única persona que podía explicarle los motivos de la intervención de Bustillo en la empresa no era su padre, que acababa de asociarlo como nuevo integrante de la firma, sino León, que estaba en su despacho aguardando que él lo fuera a buscar. Era tanta la rabia, la irritación y el desasosiego que lo invadían que sería la primera vez que le exigiría a León que le contase lo ocurrido con Ariel Bustillo, más allá de la lesión que padecía.

—Es momento de hablar.

Gerónimo tenía razón, porque, a pesar de que él hubiera deseado ocultar lo vivido en el pasado, el tiempo se había encargado de traer al presente, con más fuerza, el odio y el rencor que llevaban años acumulándose y pudriéndose en el interior de Ariel Bustillo.

—Creo que es momento de que beba algo más fuerte que el té que le traje.

Lucrecia nunca había vivido un momento de tamaña tensión entre Gerónimo y su abuelo. Las discusiones mantenidas, tiempo atrás, se aflojaban con alguna copa en el despacho de León. Pero esa instancia era diferente,

porque lo que estaba en juego también lo era. Ella había estado presente en la reunión y sabía que, detrás del silencio, León ocultaba algo importante.

—Por favor —aceptó León sentado, mientras veía ubicarse a su nieto sin dejar de contemplarlo.

—Aquí tienen. Cualquier cosa que deseen o necesiten, saben que estaré afuera, esperándolos.

Ambos asintieron. No hubo ninguna otra expresión ni sonido más que el chasquido de la puerta al cerrase, cuando la empleada se fue.

—Seré escueto, no solo porque me cueste expresarme, sino porque la historia de mi vida me pertenece.

La cadencia de León al hablar ya era habitual. A pesar de la necesidad de Gerónimo de saciar el deseo de saber cuanto antes lo ocurrido, sería paciente con el relato de su abuelo.

—Adelante. Cuando creas que no puedas seguir, te esperaré porque tengo todo el tiempo del mundo para escucharte. Necesito comprender qué sucedió con Ariel Bustillo en el pasado. ¿Por qué mantiene ese encono contigo? Pude verlo en la sala. Hasta hace un momento creía que la inquina hacia los Nogués estaba en cabeza de mi padre, y no en la tuya. Eso es lo que Bustillo le ha dicho a su hija desde pequeña: que habían sido cuestiones comerciales las que hacían de nosotros una familia despreciable. Tómate tu tiempo para contestarme, pero no puedo aguardar más, necesito saber lo sucedido porque no solo está en juego esta empresa, sino mi futuro.

León hizo un esfuerzo sobrehumano para decirle en forma breve lo sucedido en el pasado. Gerónimo escuchó las palabras teñidas de silencios y espacios hasta que León completó la historia, así pudo comprender lo sucedido minutos antes.

—Amé solo a una mujer. Ella fue mi vida y habría dado la mía para que se salvara. Quizás supongas que hablo de tu abuela, pero no es así. Cuando creía que tenía todo resuelto, apareció Rosemary, y me enamoré de ella como nunca lo había hecho. No solo nos distanciaban los años, porque yo la doblaba en edad, sino el esposo que tenía. Ella se había casado con un hombre al que no la amaba, pero nunca lo habría traicionado si no se hubiera enamorado de mí. Ambos creímos que podíamos ser libres de vivir nuestra historia, y fue así como se lo hizo saber Bustillo a su esposa, cuando se enteró de lo nuestro. Lo único que a él le importaba era la apariencia y que ningún comentario maldiciente afectase la carrera diplomática que llevaba adelante. Un escándalo de proporciones se habría desatado si el resto de las personas a las que frecuentaba hubieran sabido del amorío de su mujer conmigo. Pero una

bomba en el Teatro Colón arrasó no solo con la vida de ella, sino con la vida del hijo que llevaba en su vientre y con nuestros sueños. Murió en mis brazos. —Un fuerte suspiro sobrevino a ese momento de dolor como si León intentase recobrarse de todo aquello para poder continuar—. Después del último enfrentamiento que tuve con Bustillo y las amenazas cruzadas que nos hicimos, no supe más de él. La muerte de Rosemary aniquiló mis deseos de vivir; debo confesarte que fue solo por ti que continué viviendo. A él lo ocurrido le solucionó la vida, porque la viudez le permitió enterrar los comentarios sobre lo nuestro junto a la tumba en la que ella yace, que yo cuido y visito periódicamente.

Como si no pudiera creer lo que León le decía, Gerónimo comenzó a imaginarse aquel pasado que cubría con un velo tenebroso y macabro ese presente. Las conjeturas eran evidentes, pero necesitaba continuar escuchando a su abuelo.

—¿Juana es su hija?

No era el vínculo de Juana lo que acababa de descubrir, sino la connotación que tenía para un futuro con ella lo que su abuelo le estaba contando.

—Sí. Cuando la vi a los pies de la cama del hospital, creí que se trataba de un ángel quien me cuidaba, porque es la viva imagen de mi Rosemary. En medio de la conmoción que sufría y las palabras que decía para alentarme a que saliera adelante, que, si no deseaba esforzarme por mí, lo hiciera por ti, comencé a darme cuenta de que ella no era la imagen de mis sueños que me había acompañado desde el mismo momento en que murió, sino que era su hija. Aquella pequeña que vi en algunas oportunidades, la luz de los ojos de Rosemary. Velaba por ella y por lo que pudiera sucederle. Yo le había jurado que haría lo impensado por esa chiquita si quedaba a la buena de Dios, pero no fue así, porque poco después de su muerte, supe que la familia Bustillo había abandonado el país. Ariel Bustillo fue el culpable de lo que ocurrió.

—A pesar de no ser él quien que puso la bomba en ese teatro.

—No fue el culpable del atentado, pero sí de no auxiliarla. Solo se preocupó de salvar a su asistente, que era su amante y que, como siempre, lo acompañaba. Aquella noche no había sido la excepción. Fui yo quien saqué a Rosemary de entre las butacas y los heridos que había aquella noche. Lo lamento, hijo, nunca imaginé que lo sucedido podría regresar a lastimarme una vez más.

—Deberías habérmelo contado no bien supiste que ella era su hija.

—¿Habría servido de algo?

—Claro que sí.

—Te equivocas. He visto cómo actúas con ella, cómo la miras, y nada va a detenerte. Ese es el problema.

—Aún sigues sin recordar los minutos antes del desmayo que sufriste, ¿verdad?

Gerónimo estaba seguro de que era así, porque, de recordarlo, todo habría sido distinto. La duda que tenía por saber quién había sido el autor de aquella nota acababa de disiparse con el relato de León.

—Ya me lo has preguntado e insistes en lo mismo. ¿Hay algún motivo?

—Ninguno, solo quería saber si habías tenido alguna noticia o novedad de la empresa que te alterase hasta el punto de descomponerte.

Por mucho esfuerzo que hiciera León por regresar a esos minutos previos, no podía recordar nada, y entendía que su nieto no le estaba diciendo la verdad. Nada Gerónimo lo hacía porque sí; en ese sentido, era igual que él.

Gerónimo necesitaba conocer al autor de aquella nota para entender a quién se enfrentaba. No solo se refería a la empresa, porque él dominaba como nadie los entretelones del mercado de carnes, sino por lo que implicaba que ese hombre despreciable y que había luchado con su abuelo por el amor de una mujer fuera el padre de la mujer que él amaba.

CAPÍTULO 19

En busca de los recuerdos

El día había amanecido esplendoroso para Ariel Bustillo, más allá de los nubarrones que desteñían el claro horizonte y del incipiente otoño que comenzaba a instalarse en la ciudad. Se avecinaba la estación del año que más detestaba. A pesar de esa circunstancia, nada lo haría cambiar de humor, porque al fin había alcanzado lo que tanto había deseado.

Para salvar el honor de la familia y el apellido que ostentaba con orgullo, se había visto obligado a exiliarse en París, primero, y en Londres, después, sin contar los innumerables destinos que había aceptado durante la carrera diplomática. Tuvo que viajar con una hija a cuestas mientras acallaba el escándalo que él había sabido sortear cuando su esposa murió. La traición de ella al relacionarse con un tal Nogués se le había tallado en la piel y le había dejado huellas imborrables. El apellido Bustillo, que los amantes habían denostado enlodándolo una y otra vez, había sido el que le había permitido a la familia de Rosemary hacerse un lugar en el círculo social que él frecuentaba, ya que la comunidad inglesa de la que ellos eran parte los había dejado a un lado. El padre de Rosemary no había sabido administrar ni mantener su negocio. La mala gestión no solo le había acarreado consecuencias económicas, sino otras de tipo personal. El selecto grupo inglés que habitaba en Buenos Aires y del que Jack Donner se había esmerado por formar parte comenzó a ignorarlo por haber arrastrado a algún que otro miembro a su negocio dedicado a la carne. Sin lugar a dudas, ese hombre no era bien visto en la comunidad a la que debía pertenecer.

En aquel entonces, Bustillo y el padre de Rosemary habían concertado un matrimonio que era a todas luces provechoso para ambas partes. A Ariel le había convenido esa unión porque, además de los contactos que había sabido crear, cuidar y mantener, necesitaba una joven bella que fuera la compañía perfecta en los acontecimientos sociales a los que asistía. Él estaba iniciando una carrera próspera en el mundo de la política y la diplomacia, que requería estar con la mente ocupada en las obligaciones, mientras tenía a su lado a una mujer que se encargase de los asuntos mundanos, como la organización de eventos sociales en la casa para reunir a las personalidades más selectas de la ciudad, de modo de poder continuar cosechando las relaciones sociales y políticas por las que tanto había luchado. Ser parte de ese mundillo había sido su prioridad durante mucho tiempo y no pensaba desaprovecharla. Creía no haberse equivocado en la elección, estaba convencido de que él podía dominar el temperamento de Rosemary para amoldar a su gusto a esa joven de origen inglés. Estaba persuadido de que ella no le traería algún problema en el futuro. No como la muchacha de la que él estaba enamorado y que había dejado de

ver para recomponer su vida. Él sabía que con esa joven no podría tener la familia que su actividad requería. Por ese motivo se había alejado de ella, a pesar de quererla: Bustillo no pensaba hacer tambalear una incipiente carrera por ir detrás de unas faldas que no le darían más que complicaciones. Sin embargo, una vez que recompuso su vida, los designios del destino hicieron que volviese a verla. Y por más que hubiera buscado alejarse de ella, fue imposible. A partir de ese encuentro, la pasión y la lujuria que ella destilaba culminaron por eclipsarlo de nuevo. Tenerla de amante, mientras estaba casado con Rosemary, resolvía todo cuanto necesitaba. Él se había transformado en un maestro de la prudencia y la mesura, al menos, en los primeros años de casados.

Nunca creyó que su joven esposa, de finos gestos e imagen angelical, fuera a traicionarlo de ese modo, tirando por la borda todo por cuanto había luchado. Por más que hubiera hecho oídos sordos, el permanente rumor alrededor de las salidas, los encuentros y las visitas nocturnas de ella junto a su amante no le habrían permitido vivir en paz. Él y su apellido habían estado en la boca de más de un porteño que habitaba su grupo social. Ambos le habían mancillado la hombría; se había convertido en el hazmerreír del círculo al que pertenecía. En la diplomacia había cuestiones que no se permitían; los escándalos eran una de ellas. Ningún diplomático buscaba lidiar con un amante despechado que, a la larga, le trajese más problemas que los de alcoba. Lo importante no era qué se hacía, sino cómo se hacía. La discreción había sido su manera de vivir. ¿Cuánto más podía soportar que Rosemary contradijera con esos hechos todo lo que él había construido? Aún le venía a la mente la humillación que había debido atravesar en aquella habitación de hospital cuando su esposa, bajo el apellido Nogués, agonizaba.

En aquel momento, le había jurado a León que lo perseguiría hasta matarlo, aunque la vida le había enseñado que había un tiempo para todo, que no debía apresurarse. Claro está que, antes de partir del país, no se había quedado con las manos cruzadas, pero, cuando se dio cuenta de que nada había salido como él deseaba, creyó que la mejor idea era abandonar la ciudad y comenzar una nueva vida en otro lugar. En aquella despedida de la Argentina, tantos años atrás, se había prometido regresar para hacerle pagar por el destierro y la afrenta a quien le había causado semejante dolor. Rosemary ya estaba muerta, pero Nogués aún vivía y pondría todo el empeño en destruirlo. El regreso a la ciudad de Buenos Aires era solo una cuestión de tiempo; él debía volver al lugar que lo había visto nacer. Cada año que trascurría en el exterior, más se acentuaban los deseos de poner fin a lo que había intentado, sin éxito, hacer antes de partir. Añoraba poder concretar lo que en el pasado se le había escapado de las manos.

Haber encontrado la buena disposición de Santiago Nogués había sido un hallazgo; nunca creyó que hubiera sido tan fácil burlar, con falsas

promesas, al hijo de León. Sin lugar a dudas, Santiago le había allanado el camino. Tiempo atrás, Nogués no había dejado de alardear sobre la empresa que llevaba su apellido en cada oportunidad que tenía. Deseaba ver a León, estar presente cuando él se la arrebatara, aunque no debió esperar tanto tiempo para lograrlo. Aún se regodeaba por la sorpresa, la indignación y el asombro cuando se presentó en la sala de juntas y todos los ojos se dirigieron hacia él. Aunque solo le importaba ver el rostro de espasmo del viejo Nogués. Con eso se sentía satisfecho. Aunque entendía que todo recién comenzaba.

Aún no había vuelto a pisar las oficinas de la empresa de la que formaba parte. No iba a hacerlo hasta que hubiera un anuncio oficial; una reunión en su casa, para dar a conocer la buena nueva: era la oportunidad que necesitaba. Pergeñar cómo lo haría le había quitado el tiempo dedicado a leer las noticias de todos los periódicos que recibía a diario. Debía estar al tanto de todo lo que acontecía en el país y en el mundo. Dejó a un lado la taza de café y se perdió en la lectura de un artículo titulado "La Liga Republicana", que decía lo siguiente:

Esta agrupación de raíces nacionales, que tuvo origen en el movimiento juvenil creado tres años atrás por los hermanos Irazusta y por Roberto de Laferrère, hoy cobra mayor relevancia, debido a los disturbios y manifestaciones que se hacen en contra del presidente de la Nación. Las reuniones que este grupo lleva a cabo se realizan en las oficinas de *La Fronda*, un periódico de índole conservadora, cuya propiedad estaría vinculada a un familiar del militar Félix Uriburu, una de las figuras predilectas de los nacionalistas. Los enfrentamientos con el Klan Radical, fuerza de choque de los comités, son cada vez más asiduos y no ayudan a poner fin al destemplado clima político y social que se vive en todo el país.

El dueño de casa desplazó el diario a un costado para evitar amargarse con las noticias, siempre las mismas desde que había regresado al país. Si no hubiera sido por los fuertes deseos de vengarse, se habría quedado en Londres; la situación política allí era muy distinta y gozaba de otra estabilidad. Sin embargo, la satisfacción que sentía al haberse apoderado de parte de las acciones que lo habilitaban a ser el nuevo socio del frigorífico Nogués era inconmensurable. Los golpes a la puerta lo distrajeron, pero de inmediato le cambió el gesto cuando vio entrar a su hija al despacho.

—Al fin tienes un poco de tiempo para dedicarle a tu padre.

La joven desconocía el motivo del buen humor paterno, pero sacaría provecho de eso.

—No exageres, tú tampoco has estado mucho por acá.

—Los compromisos y las nuevas obligaciones me han tenido atareado, pero ahora pienso ponerme al día con mi hija. Poco me has hablado de cómo te sientes aquí.

—Muy bien, aún se me hace difícil pensar que pude estar tanto tiempo sin pisar este país.

—Querida, me alegro de que así sea. Regresar no es algo fácil, menos aún abocarse a la profesión que uno abraza. Hablando de eso, creo que estoy en deuda contigo.

—¿A qué te refieres?

—A que no has hecho otra cosa que trabajar y cumplir, como siempre, con tus obligaciones. Es momento de celebrar nuestra llegada al país; creo que hay varios motivos para hacerlo.

Ojalá pudiera contarle la gran satisfacción que sentía por lo sucedido en la nueva empresa de la que formaba parte.

—Yo también lo creo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me gustaría que conocieras a alguien importante para mí.

—No se me ha escapado el ímpetu con el que cumples tu función en el hospital. Calculo que te refieres a algún médico que trabaja contigo.

—No, papá, no me refiero al doctor Ramírez.

—De él tengo excelentes referencias.

Ella sabía que, por más que le hubiera dicho que no se inmiscuyera, su padre había averiguado sobre el profesional con quien ella iba a trabajar. En ese sentido, no lo había tomado a mal, por el contrario, creía que Ariel tenía un interés genuino en que no sufriera malas experiencias después de tanto desarraigo.

—Lo sé, y es uno de los motivos por los cuales estoy trabajando en el hospital.

—Si no es él, no sé de quién me hablas. Me parece que no has tenido demasiado tiempo para relacionarte con otra gente.

—Tienes razón, pero quizás se trata de alguien que ya conocí en Londres y que volví a ver aquí.

—¿En tu última estadía en Londres?

—Así es, cuando tú ya estabas de viaje hacia Buenos Aires.

Bustillo la había despedido con la promesa de verse muy pronto. Para que la estancia en la ciudad de la niebla fuera más placentera, le había dejado una invitación para que, en su nombre, concurriese a un compromiso al que él no podría asistir. Si ese había sido el lugar del encuentro, no ponía en duda que el joven elegido pertenecería al selecto grupo con el que él deseaba que Juana se relacionase.

—Me gustaría conocer a ese muchacho. Dime de quién se trata.

—Supongo que confías en mí y en la elección que haga sobre la persona que quiero a mi lado.

—Por supuesto, hija, deja de dar tantas vueltas. Dime quién es el afortunado.

—Es alguien muy especial para mí. Me gustaría que lo conocieras sin dejarte llevar por lo que han dicho de su familia.

—Cuanto más misterio pongas, mayor reparo parece que tendré sobre él.

—Se llama Gerónimo Nogués. Sé que me has advertido que no me convenía acercarme a esa familia. Sin embargo, estoy convencida de que, cuando lo veas, lo conozcas y sepas más de él, la percepción que tenías respecto a los Nogués será otra.

El aspecto de su padre había cambiado de repente. De aquella tranquilidad que aparentaba cuando ingresó al despacho, nada quedaba. De él se había apoderado un desasosiego que le provocó una expresión adusta, severa y hostil que se le expandía por todo el rostro. Pasaron pocos segundos para que Juana certificara que la impresión que expresaba ese rostro era menor que la furia que liberó momentos después.

—¡Debes estar loca si te has relacionado con un Nogués! —gritó al arrojar al piso los documentos, los papeles y el ejemplar del diario que acababa de leer antes de que su hija llegara—. ¡Eres más rastrera que tu madre!

El impacto que recibió Juana en el mismo instante en que escuchó de boca de Ariel la palabra "madre" hizo que algo eclosionara muy fuerte dentro de ella. Juana había sabido pasar por alto las preguntas hechas durante años sin obtener respuesta alguna. Había fingido no darse cuenta de que, detrás de ese silencio paterno, había algo más. Durante toda la vida había buscado diferentes excusas para crear un pasado que acaba de estrellarse contra la realidad más descarnada. Su madre, una imagen que ella había sabido enaltecer a través de los años, dejaba de ser tal ante los contundentes gritos del señor Bustillo. Y Juana, en aquellos años sin hablar de Rosemary ni saber cómo habían sucedido los hechos, había sabido construir una muralla infranqueable que, de golpe, comenzó a resquebrajarse y a venírsele encima, hasta que la aplastó.

—Nunca la has nombrado y lo haces justo ahora, ¿por qué? ¿Sabes el tiempo que esperé que me contarás algo de ella, que me dijeras cuánto me había amado o que me confesaras cómo fueron sus últimos días antes de que se muriese? He pasado noches sin dormir intentando recomponer los distintos momentos que pasé a su lado, pero pareciera que mi memoria se encaprichó en no recordar nada. Puedo jurarte que intenté dejar atrás mi pasado y los pocos años que la tuve junto a mí, pero no ha sido posible. Me angustia no saber de ella. He venido hasta aquí con la ilusión de reencontrarme con algún recuerdo, con la posibilidad de poder evocarla en algún rincón de esta casa, pero no fue así. Ni siquiera me has dicho el lugar en el que descansa su tumba para que pueda encontrar cierto consuelo al ir a visitarla. Es como si ella no hubiese ocupado un lugar en nuestras vidas. Y sabes que no fue así.

—No la he nombrado ni he hablado de ella porque he sido más cuidadoso de lo que tú crees. He buscado mantenerte alejada de los comentarios maldicientes que sobre ella recaían. Nunca quise que te vincularan con el pasado de aquellos días, cuando murió en los brazos de su amante, León Nogués. Él fue quien hizo que mi vida se transformara en un infierno, en un calvario que aún padezco. No quiero que otro Nogués interfiera en mi familia, menos aún con mi hija. ¿Has entendido? —rugió con fiereza—. Nada bueno puede venir de esa familia, y estoy convencido de que lo único que él busca es destruirme a través tuyo. ¿En verdad crees que has despertado algún interés en ese joven? Te ha utilizado para intentar dañarme, pero no se lo permitiré, aunque se me vaya la vida hasta lograrlo. Ahora, ¡vete de aquí! —gritó, cuando la imagen de ese joven altivo que había intentado comprar su voluntad en la reunión se le vino a la mente.

Juana atinó salir de allí sin replicar, a pesar de los gritos de Adela sobre qué le había hecho a su esposo, que estaba en un ataque de nervios dentro del despacho. Ella salió de la casa dando un portazo y se lanzó a caminar. No importaba adónde iría, tampoco lo sabía. Necesitaba estar sola para poder digerir lo que le había lanzado su padre. Estaba aturdida y devastada por lo

que había escuchado. Cada palabra pronunciada en aquel despacho se le clavaba como una daga filosa en el pecho. Una verdad que arrasaba con todos los sentimientos que tenía. Parecía que nada de lo vivido había sido real. La venda que le había cubierto los ojos tanto tiempo acababa de caer bajo la peor y más cruel de las verdades. Su madre no podía ser aquella que acababa de describir Ariel Bustillo. No ella.

En medio del desconsuelo, buscaba alguna imagen o recuerdo que desmintiese lo que su padre con vehemencia había declarado, minutos antes, pero no los encontraba. Quería odiar a su padre, pero, si los hechos eran como los había relatado, no podría. ¿Cómo podía ser que León, el paciente al que ella le había brindado los mayores cuidados, el mismo al que intentaba salvarle la vida, fuera el culpable de lo sucedido con su madre? Cualquier otra cuestión que Juana hubiera podido imaginar respecto al motivo que separaba a ambas familias le parecía nimia, porque jamás habría fantaseado con semejante situación.

Las lágrimas le brotaban sin consuelo mientras caminaba y caminaba sin rumbo, no le importaba hacia dónde iba, solo necesitaba estar lejos de su casa. Si no hubiera sido por la bocina de un automóvil que tronó en mitad de la calle que ella se había lanzado a cruzar sin siquiera mirar, no se habría espabilado de sus pensamientos. La frenada a tiempo del vehículo hizo que ella tuviera conciencia de que no había sido atropellada por la pericia del conductor de un taxi que se bajó para saber cómo estaba.

—Señorita, ¿está usted bien?

—Sí, discúlpeme, no lo vi.

—De eso me he dado cuenta. Venga, que la llevo antes de que ocurra una fatalidad.

Juana se miró y notó que había salido como estaba en la casa, sin dinero para poder pagarle.

—No puedo, no tengo cómo abonarle.

—No se preocupe —le comentó al notar la palidez en el semblante junto el estado angustiante en que se encontraba—, debo ir hacia el centro y desviarme a hacer unos trámites. Cuando decida dónde bajarse, no tiene más que avisarme.

Ella asintió un poco abrumada y confundida por lo que acababa de suceder, pero convencida de que necesitaba alejarse de su casa, de su padre y de cada uno de los recuerdos que no había sabido conservar, porque también los acababa de enterrar junto a su madre.

* * *

El Hospital Rivadavia era un hervidero de pacientes que, en la sala de espera, aguardaban ser atendidos. El movimiento de los camilleros que entraban al nosocomio y salían se fundía con el transitar de los médicos y las enfermeras que, con premura y diligencia, buscaban dar solución a la urgencia de los enfermos. Hasta allí había llegado Gerónimo en busca de Juana. Daba por sentado que Ariel Bustillo no perdería tiempo en confesarle lo ocurrido, y necesitaba verla cuanto antes para contarle su verdad. Estaba convencido de que ese hombre haría lo impensado para alejarla de él. Creía que estaba a tiempo de aclararle cómo habían sucedido los hechos del pasado que los separaba cada vez más. Se acercó a una empleada que estaba detrás de un mostrador y que no dejaba de contestar las consultas que le hacían los recién llegados.

—Busco a la doctora Bustillo.

—¿Tiene turno?

—Es una urgencia. Necesito verla cuanto antes.

Él sabía que ella debía estar allí porque era el horario que cumplía en esa institución. Mientras la empleada buscaba en una planilla el apellido Bustillo, por el amplio corredor vio que se acercaba el doctor Ramírez.

—La doctora debía estar aquí, pero aún no ha llegado —confirmó la empleada.

—¿A qué has venido? —interfirió el médico que se había arrimado al mostrador—. Si no estás con tu abuelo, no sé qué haces aquí.

—¡Qué te importa qué hago acá!

—Señor, lo lamento —agregó la empleada y continuó atendiendo al resto de los pacientes.

—Quiero ver a Juana —aseguró Gerónimo.

—Yo también.

—Y veo que ella no está aquí.

—No. Ha faltado a una reunión que teníamos con otros colegas por la salud de dos pacientes que están en grave estado. En su casa tampoco está. Estoy seguro de que, cuando pueda, se comunicará conmigo, como siempre.

Gerónimo abandonó el lugar antes de seguir escuchando al doctor

Ramírez y salió a buscarla. Estaba preocupado por ella; por más que detestase al médico, se habría alegrado de encontrarla con él, allí, dentro del hospital, en vez de no saber dónde estaba. No eran muchos los lugares a los que ella podía dirigirse, y él acababa de agotar las distintas alternativas: la confitería de la esquina del hospital, los alrededores de la casa familiar; no había rastros en ninguno de esos lugares. Estaba seguro de que ella no iría a buscarlo a su vivienda.

En ese momento de desconcierto, una idea se le cruzó por la cabeza. Sin pensarlo más, cambió la dirección que llevaba y se dirigió hacia el único sitio al que no había ido. Condujo por la avenida de la costanera sur, estacionó donde pudo y se lanzó a caminar sobre el amplio terreno en que se abría paso el Paseo de la Ribera. Una vasta rambla plagada de farolas, apagadas a esa hora del día, se extendía hasta alcanzar el espigón. El sendero de las acacias brindaba sombra y resguardo en aquellos días calurosos a los paseantes que buscaban disfrutar del sosiego y reposo. Con la llegada del otoño, el panorama se tornaba sombrío y yermo. Con la vista hizo un recorrido del lugar, pero ella no estaba. Atravesó las pérgolas por las que trepaban las madreselvas, a lo largo de línea de la ribera, pero tampoco la vio. Se lanzó a caminar por el sendero que iba desde el canal sur hasta la dársena norte sin verla. Solo quedaba un lugar; su lugar.

Caminó hacia el espigón desde donde salía una serie de escalones que lamían las aguas del río, donde los bañistas se remojaban en el verano. En medio de aquella postal de la ribera sur, sobre uno de los peldaños que daba al río, la encontró. Ella representaba la imagen de la desolación en aquel lugar que durante gran parte de año era concurrido por visitantes y rebosaba de esplendor. Tenía la cabeza inclinada hacia delante con la mirada perdida sobre las turbias aguas; los brazos le rodeaban el cuerpo. Nada ni nadie la distraía, solo la corriente que parecía alejarse siempre. Como el agua que se alejaba y regresaba contra el espigón, la angustia y el desconsuelo se iban y volvían para bañarla de un dolor lacerante. Una fresca brisa le golpeaba el rostro. El cuerpo le tiritaba, no por estar en medio de la costa con la única prenda liviana que llevaba cuando había alcanzado la puerta para escapar de la casa, sino porque se sentía vacía y despojada de cualquier otro sentimiento que pudiera embargarla antes de que la historia de su vida se derrumbase en boca de su padre. Nada de lo que había sentido ni vivido tenía una cuota de veracidad, parecía que todo había sido irreal. La mentira se había encargado de barrer todo lo bueno que había sabido construir en todos esos años. Creía que de la mano de Gerónimo todo había cambiado, pero acababa de darse cuenta de que estaba equivocada: a su lado solo existía engaño y más dolor.

A pesar de todo y de la soledad que la rodeaba, pudo percibir su cercanía. Sabía que estaba a pocos metros de ella. No necesitó girar para confirmar que se encontraba allí. No tenía fuerzas para gritarle que se fuera,

que necesitaba estar sola y que estar junto a él le removía el punzante tormento que la atravesaba por completo. Tampoco tuvo fuerzas de resistirse cuando la rodeó con los brazos para entibiarle el destemplado cuerpo. Quería gritarle que se fuera de allí, pero tenía la garganta atorada de lágrimas, pena y angustia.

—Yo tampoco lo sabía.

Esa sola frase era tan o más significativa de lo que cualquiera pudiera creer. Ella se había preguntado una y otra vez desde cuándo él estaba al tanto de la situación. Se negaba a pensar que todo había sido un engaño y que, detrás de lo sucedido, había solo una venganza familiar de la que ella había sido el medio para conseguirla.

—No pongas en duda lo que te digo.

Él no sabía si esas palabras podían calmar la angustia que la estrujaba, pero sus brazos habían logrado aquietar los temblores que se habían apoderado de ella. Aún podía sentir la humedad en la camisa; sabía que ella no había dejado de llorar mientras él la arropaba entre los brazos.

—Amor, debes creerme —le murmuró en los oídos al tiempo que intentaba que ella pudiera decirle algo—. Este silencio tuyo me está matando. Amor, mírame.

Le tomó la barbilla para descubrir el rostro que ella mantenía oculto sobre su pecho. Enfocó la mirada sobre los ojos de Juana, que no podía detener las lágrimas que le rodaban por las mejillas. Con el pulgar, él se encargó de barrerlas sin apartar la mirada de la de ella.

—Ninguno de nosotros es responsable de lo que sucedió en el pasado. Son ellos, y no nosotros los que deben arreglar todo esto.

Juana negaba con la cabeza, como si de ese modo pudiera dejar a un lado ese argumento y expulsar tal posibilidad.

—¿En verdad lo crees? —murmuró con la voz quebrada.

—Claro que sí.

Entonces, cada uno de los pensamientos que había elaborado desde que había huido de su casa cobró sentido y brotaron sin poder ni querer detenerlos. El silencio se había agotado y necesitaba gritar su dolor.

—¿Cómo crees que puedo continuar contigo si sé que la persona que ha sido más importante para ti y que te ha criado fue el amante de mi madre?

¿Cómo crees que puedo sentirme si, además, sé que fue el responsable de su muerte, el culpable de que mi familia se haya destruido y el motivo por el que debimos abandonar todo para irnos de aquí? ¿En verdad quieres saber cómo me siento?

La calma en la que Juana se había mantenido había desaparecido y una erupción de sentimientos había salido a flote para gritar que estaba en carne viva, porque era así como se sentía.

—Podrás jurarme que tú no me has utilizado, pero León sí. ¿O crees que él no supo quién era yo cuando casi a diario me tenía junto a él ayudándolo en su recuperación? Conozco mejor que nadie su dolencia y cómo se manifiesta. Sabes bien lo que me costó tomar la decisión de atenderlo, lo que significaba para mí ir contra aquella opinión de mi padre que, hasta ese momento, creía desmesurada. Yo lo atribuía a meras cuestiones comerciales y a conflictos que podrían solucionarse entre dos familias. Pensaba que solo era un capricho paterno, no más que eso. Siempre había supuesto que el encono era con tu padre, no con tu abuelo. Pero la realidad de los hechos es aún peor de lo que había imaginado.

—Aunque creas que no estoy en condiciones de rebatir lo que me dices, lo haré —aseguró sabiendo que tarde o temprano las otras verdades no tardarían en llegar y quería ser él quien las dijera—. Puedo entender cómo te sientes porque yo tampoco he dejado de pensar en lo ocurrido, pero hay algo que debes saber y que quizás cambie el rumbo de lo que crees. Ambos se amaban, a pesar de tu padre y de todas las circunstancias que los rodeaban. Ellos pensaban tener una vida juntos, pero todo se derrumbó cuando una bomba detonó en el teatro al que tu madre había concurrido por pedido de tu padre, que sabía que esa noche sería la última, porque ella había podido confesarle lo que sentía por León. Esa fatídica gala terminó con la vida de ella.

Gerónimo se detuvo. No pudo continuar diciéndole que esa madre, cuyo recuerdo había sabido construir a través de los años de ausencia, llevaba en el vientre un hijo del hombre que en verdad amaba, y que ese hombre no era su esposo, sino León.

—La culpa no fue de él, sino del destino, que hizo que todo se acabase —concluyó.

—¿Por qué me lo dices?

No soportaba saber que su madre hubiera amado a otro hombre, porque eso la transformaba en una traidora, en una mujer despreciable que ella no deseaba haber tenido como madre.

—Porque a ellos solo los separó la muerte de tu madre. A nosotros nada nos va a separar. Si sigues pensado que el pasado será un buen motivo para distanciarnos, te equivocas. Puedo jurarte que haré lo impensado para que te convenzas, por si aún no te has dado cuenta de cuánto te amo.

Sus labios se fundieron en los de ella. Deseaba sentirla y demostrarle todo lo que significaba para él. La besó con desesperación. Besó cada centímetro de su rostro susurrándole que la amaba.

—No llores, por favor.

Gerónimo no sabía que el dolor de ella no solo era por el pasado, sino por ese presente al que se le escapaba la posibilidad de un futuro juntos. No podía continuar a su lado. Ya no.

—Déjame, por favor.

—No.

Él necesitaba que ella reflexionara y se diera cuenta de que no podía alejarse de su lado. No estaba dispuesto a dejarla ir, aunque comprendía que requería un tiempo para comprender lo que para él era indiscutible.

—Necesito estar sola, pensar.

En ese momento, aunque le costaba hacer lo que le pedía, entendía que debía calmarse e intentar que ella se serenase.

—Pensar solo te traerá más dolor. Quiero que te apoyes en mí y que juntos solucionemos todo esto.

Ella clavó la mirada en la de él, como si le rogara que la entendiese, aunque fuera lo más duro que hiciera. La pesadumbre y el desconsuelo que la envolvían eran tan grandes que no le cabían en el cuerpo. No se reconocía. Ella, que siempre se había mantenido segura de sí sin dudar qué hacer ni cómo conducirse, se encontraba indefensa y vulnerable frente al hombre que amaba y junto al que el que no podía seguir.

—Quiero irme.

—¿Adónde?

No tenía adónde ir. No quería ir a su casa, porque aún no estaba con fuerza suficiente para enfrentarse a Ariel. Estaba convencida de que estaría desquiciado no solo por haberle confesado lo que sentía por Gerónimo, sino por la sarta de comentarios lanzados por Adela, que la habría culpado de todo.

La mujer de su padre no perdería la oportunidad de echarle polvo encima, porque lo hacía siempre que se presentaba la ocasión.

—Ven conmigo.

Juana no podía irse con él tampoco porque él la confundía y necesitaba, al menos por el momento, estar en soledad para poder aclarar las ideas, poner en orden los sentimientos y esclarecer los recuerdos, si aún quedaba alguno.

—No puedo.

Gerónimo la ayudó a incorporarse y la mantuvo abrazada mientras cruzaban el extenso terreno que tanto conocía. A medida que lo atravesaba, recordó que, cuando solo era un niño y ante la fascinación que despertaban en él las embarcaciones que navegaban por el río, concurría de la mano de su abuelo cuando ese sito no era más que un páramo. No hacía tanto, ya transformado en un paseo elegante, la había llevado a Juana para confesarle los secretos de su infancia y ayudarla a que comprendiese mejor la mente de León. En ese instante, abandonaba esa alameda junto a la mujer que amaba, devastada y quebrada por dentro. Sin dudas, ese lugar había perdido la mística que había tenido algún tiempo atrás.

No bien llegaron hasta el automóvil, le abrió la puerta para que se acomodara en la butaca y, antes de cerrarla, la besó en los labios. El silencio instalado en el interior del vehículo era atronador, aunque lo prefería a escuchar a Juana diciéndole que lo mejor sería que permaneciera alejado. Ella mantenía el rostro echado a un lado del asiento, hacia el cristal de la ventana, sin contemplar siquiera el tránsito ni a los peatones que circulaban. Tenía la mirada perdida y la mente muy lejos de allí, porque todo aquello le era ajeno. Gerónimo extendió el paseo hasta llegar a la puerta de su apartamento. Por más que se hubiera negado a pasar esa noche juntos, él no se amilanó e iba a insistir.

—Hemos llegado.

Juana miró absorta el edificio que tenía enfrente. Sería fácil decirle que sí y estar juntos, aunque estaba convencida de que a la mañana siguiente se arrepentiría. Ella no pretendía alargar esa agonía y él debería entenderla.

—Llévame al hospital.

—No estás en condiciones de estar allí.

—Lo único que necesito es distraer mi mente, ocuparla en otra cosa, si no, creo que estallaré en mil pedazos.

Gerónimo la miró y le tomó la barbilla para besarla. Si era lo que ella necesitaba, la llevaría a su lugar de trabajo.

—Está bien —resopló en sus labios—, aunque no creo que puedas trabajar muchas horas más.

—Te equivocas, allí dentro lo que sobra es trabajo. Solo hay descanso para los enfermos.

Sin muchos deseos de dejarla con el doctor Ramírez, condujo hasta el Hospital Rivadavia y estacionó frente a la institución.

—¿Quieres que te acompañe hasta la confitería de la esquina? Podemos beber algo. Supongo que no has comido nada durante el día.

—Gracias, pero he venido para ocuparme de algo más que de mis propios problemas. Puedo asegurarte que, por más que haga el esfuerzo, no puedo.

—Prométeme que no tomarás ninguna decisión apresurada.

—Lo prometo —respondió con la certeza de que era una de las pocas veces que mentía.

—Toma. —Le entregó un saco que reposaba en la butaca de atrás—. Cata se lo olvidó, y creo que lo necesitarás.

—Gracias.

—Piensa en mí —le pidió al envolverla entre los brazos y volver a besarla para despedirse por esa noche.

Se quedó observando cómo se alejaba de él, mientras cruzaba la calle para adentrarse en el hospital. En verdad, ella estaba muy lejos de él y pondría todo el empeño en tenerla de vuelta consigo.

* * *

Otra vez, cuando el día se apagaba y los últimos rayos del sol caían sobre la ciudad, él se había apersonado frente al apartamento de Gerónimo Nogués para controlar sus pasos. Ya había averiguado y constatado los

movimientos en la casa de León Nogués: las veces que Gerónimo concurría hasta allí para las atenciones y controles médicos. Poder asistir y atender a los seres queridos era una verdadera suerte, lo que cualquier hijo de Dios quisiera.

Le dio otra calada al cigarro certificando que, de a poco, las piezas del pasado comenzaban a encontrar un lugar, solo había sido una cuestión de tiempo. Noches en vela, horas angustiantes debió aguardar, pero siempre bajo el convencimiento de que todo llegaría. Y ese momento estaba llegando. Poco antes, había sido testigo del conflicto vivido en el frigorífico Nogués. Eran tantos los problemas y las internas que esa familia acarreaba que ninguno de ellos había reparado en que alguien más los observaba. La omnipotencia con la que los Nogués se conducían había hecho estragos en varias oportunidades, pero él pondría fin a ese comportamiento.

Se entregó a una última y profunda calada antes de arrojar la colilla del cigarro a la calle. Antes de irse, vislumbró los faros de un automóvil; a la distancia podía aseverar que se trababa del vehículo de Gerónimo Nogués. Esa vez, no estaba solo, sino en compañía de una joven muy hermosa. A través del cristal de la ventana, pudo notar que tenía la cabellera oscura y que, por más que el conductor intentaba calmarla, ella no se sosegaba. Estaba claro que dentro del vehículo se estaba llevando a cabo una discusión. Era lo único que le faltaba a Nogués para completar su día de suerte.

Decidió abandonar el lugar de vigilancia y lanzarse a caminar para buscar un tranvía que condujera hasta el conventillo en el que vivía. Dentro, lo aguardaba una habitación de mala muerte que regenteaba la Tana. Con un simple calentador y unas finas cobijas, abrigaba sus destemplados días. Estaba convencido de que faltaba poco, muy poco para dar por finiquitado el cometido que lo había llevado hasta la ciudad de Buenos Aires.

* * *

Ramírez no dejaba de pensar en Juana ni en dónde estaría. Había extendido su horario habitual para ver si ella regresaba. En medio de las idas y venidas entre la atención médica y la inquietud por ella, la vio entrar. Si no la conociera tanto, no la habría reconocido, no solo por el aspecto, sino por la expresión dibujada en el rostro. Nada se asemejaba a la apariencia de la doctora Bustillo; mal que le pesara, estaba convencido de que parte de ese sufrimiento era a causa de Nogués. De inmediato fue a su encuentro, aunque, debido al estado en que ella se encontraba, se conduciría con cautela.

—Juana, hace tiempo que te esperaba.

—Lo sé, pero he tenido algunas complicaciones.

—No te preocupes, aquí todo está solucionado.

—Si es así, dime por qué sigues aquí.

—Porque se extendió más de la cuenta la reunión que tuvimos hoy por los casos de Marcos Toledo y Luis Ponce.

—Tienes razón —asintió—. Siento no haber estado.

—No te preocupes, pero aún puedes hacer algo.

—Dime, ¿qué necesitas?

—Que me des tu opinión. Hemos mantenido un largo y fructífero debate acerca del tratamiento alternativo por seguir.

—Me encantaría.

—Si quieres, puedes esperarme aquí y acompañarme a comer algo a la vuelta. Por más que lo haya deseado, no me he detenido ni siquiera para tomar un café.

—Por supuesto, yo también estoy sin comer.

—Bien, espérame aquí, que busco el abrigo y salimos.

Juana lo vio alejarse mientras confirmaba que había sido una buena idea ir allí y distraerse con otro tema que no le comprimiese el corazón.

El doctor Ramírez había tomado el abrigo y realizó una última llamada telefónica.

—Con el señor Bustillo, por favor.

—Con él habla.

—Soy el doctor Ramírez. Como convinimos, lo llamo para decirle que su hija ha regresado al hospital y está conmigo.

—Asegúrese de que continúe con usted.

—Así será. Ahora la sacaré de aquí y la llevaré a comer algo.

—Haga lo que tenga que hacer para lograr que siga con usted.

—Eso será un placer.

—La próxima vez, nos veremos personalmente.

—Será un gusto y hasta pronto.

Con una amplia sonrisa en el rostro y la satisfacción del deber cumplido, atravesó el largo pasillo de la institución hasta buscar a Juana para abandonar el hospital y sacar provecho de la ausencia de Gerónimo Nogués. Por lo que podía intuir, sería el comienzo de un mayor acercamiento con la doctora.

—Vamos, entonces.

Ella asintió y, envuelta en un saco de lana *beige*, caminó en compañía de su colega para intentar recomponer un día que había sido para el olvido, aunque "olvido" se transformase en una palabra a la que debería acostumbrarse si deseaba seguir adelante.

CAPÍTULO 20

Malas compañías

Sobre la avenida Córdoba se erigía el edificio de estilo francés que albergaba a la Sociedad Estímulo de Bellas Artes; hasta allí había arribado Catalina para concurrir a las clases del nuevo ciclo que se iniciaba ese año. La ilusión que había guardado por comenzar el curso se había hecho trizas luego de lo acontecido con Felipe. Ni el transcurso de los días ni la conversación con Gerónimo, que le había pedido que dejara a un lado lo ocurrido, que él se encargaría de todo, habían logrado vencer su falta de voluntad para el inicio en la escuela. Si no hubiese sido por Segundo, que la había instigado a no abandonar, a no derrumbarse y a cumplir con el mayor anhelo que tenía, ella se habría quedado en la casa soportando los planes de sus padres para ella. No solo había sido el contenido de aquellas palabras, sino el modo en que Segundo las había pronunciado lo que había determinado que ella cumpliese su sueño y estuviese allí dentro. Acababa de ubicarse en un pupitre de la amplia aula en donde debía tomar una de las clases. Minutos antes, había dejado sobre la mesa de trabajo los pinceles y una caja de acuarelas que se negaba a usar, más allá de la insistencia de Segundo. A pesar del ingreso del profesor al recinto y de que comenzara con la clase de Historia del Arte, ella no dejó de evocar los últimos momentos con él.

En la mañana siguiente al incidente, se había levantado en la casa de Gerónimo, sorprendida por la presencia de Juana en el apartamento. Ver a su hermano tan feliz y contento le había entibiado el corazón; parecía que esa joven era la mujer ideal para él. Había sido justamente ella quien, luego de despedirse y retirarse, regresó al apartamento con la excusa de haberse olvidado algo, pero en verdad había vuelto para darle una nota que había dejado Segundo para ella en la portería con la indicación de que se la diera a la joven que estaba en el apartamento del quinto piso. Con una sonrisa cómplice, le auguró mucha suerte en ese encuentro y partió rumbo al hospital.

Más allá de la insistencia de Gerónimo por que se quedase con él, ella debía retornar a la casa familiar y tomar las riendas de su vida. A pesar de las equivocaciones, tropiezos y obstáculos que se presentasen, debería luchar por lo que anhelaba. No podía continuar buscando la aprobación ajena ni intentando congraciarse con los demás para obtenerla. Supo, por dichos de su hermano, que su madre había estado esa mañana en casa de Gerónimo; y si bien no había ahondado mucho más, intuía que ese encuentro no había sido muy grato. Tampoco podía echar sobre sus hombros la culpa y la vergüenza que le provocaba el comportamiento materno con Gerónimo. De a poco debía ir sacando ese peso que llevaba a cuestas.

Abandonar el apartamento de su hermano para regresar a la casa familiar fue la excusa perfecta para encontrarse con Segundo con el pretexto de que se reuniría con Dolores, su amiga, que ya estaba instalada en la ciudad. Fue así como había accedido a verse con el mayor de los Benegas a pocas cuadras de allí. Cuando lo encontró, estaba apoyado sobre el capó del vehículo, aguardándola. Sin dudarlo, se lanzó hacia él, que la esperaba con los brazos abiertos. En sus brazos y con él, era donde ella se sentía segura, resguardada y amada.

—Catalina —le susurró en el oído antes de sellar sus labios en un beso posesivo—, ¿cómo estás?

—Ahora bien.

Una vez más, ella quedaba eclipsada bajo la negrura de esa mirada que le hablaba de amor y de un fuerte deseo por tenerla.

—No tuviste problema con la nota, ¿verdad?

Él le recorría con el pulgar cada milímetro del pecoso rostro sin dejar de contemplarla. Cada gesto de ella lo llevaba grabado en los ojos.

—Claro que no. Una amiga muy especial de mi hermano me la entregó.

—Conociste a Juana Bustillo.

—¿También la conoces?

—Muy poco, pero no he venido a hablar de ella. Sube, que saldremos a dar una vuelta.

—¿Adónde piensas llevarme?

—Veremos —respondió con una amplia sonrisa antes de que ella subiera al vehículo.

Catalina no tuvo tiempo de contestar ante la sorpresa de encontrar en el asiento de cuero un paquete envuelto en papel de seda. No imaginaba a Segundo yendo a comprar un presente para ella.

—¿Y esto?

—Vamos, ábrelo.

Por más que no lo dijera, él estaba ansioso por que ella descubriera lo que le acababa de entregar. Creía que le gustaría, aunque todavía no había abierto por completo el paquete. Cuando lo desenvolvió, asomó una caja de

acuarelas con distintas tonalidades de colores junto a una variedad de pinceles de la mejor calidad. Ningún otro regalo podía significar tanto como aquella caja de madera con los elementos que le permitirían volar con la imaginación y entregarse la pasión que le generaba la pintura. Con lágrimas en los ojos, contempló a Segundo, que no le había quitado la vista de encima.

—Es solo para que lo disfrutes.

—Te amo.

Catalina percibió el estupor que a él le había provocado esa confesión. Instantes después, se perdió en sus brazos y en los besos que le dio.

—No sé qué he hecho para merecerte.

—No vuelvas a decir eso —le pidió al apoyarle el dedo sobre los labios —, aunque no eres el único que se lo pregunta.

Con ese interrogante en los labios, la besó y le demostró que, a pesar de todo, era él, y no otro, el único hombre para Catalina. Poco después, avanzaron por la amplia avenida hasta encontrar un lugar para poder hablar. Llegaron hasta la Confitería del Águila, en la esquina de Callao y Santa Fe, y consiguieron una mesa en medio de la elegante concurrencia.

—¿Vienes seguido aquí?

—No, pedí en el hotel que me indicasen un lugar ideal para llevar a alguien como tú.

Para Segundo, era nuevo estar con una joven como Catalina. Se trataba de la primera vez que buscaba algo en serio con una muchacha y eso implicaba conducirse de otra manera. Ninguno de los lugares a los que concurría, cuando viajaba a la ciudad, serían recomendables para ella. Catalina no se parecía a ninguna otra joven con la que había estado. La candidez que tenía la tornaba más adorable. Todo en ella lo cautivaba.

—Entonces, es tu primera vez aquí. También para mí —comentó con una carcajada.

Sin dejar de mirarse, ambos pidieron el té de la casa, que el mozo les llevó con diligencia y pulcritud. La selecta vajilla de porcelana tenía el escudo nacional estampado en unos de los bordes, mientras las exquisiteces estaban dispuestas en el centro del plato.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte en la ciudad?

—Quisiera quedarme unos días más, pero no puedo. En el campo me esperan algunas cuestiones que debo resolver. Catalina, esto no será fácil para los dos, pero quiero que sepas que haré lo imposible para que lo nuestro funcione.

—Te espero desde hace tiempo, nada me impide hacerlo un poco más.

Él le besó la palma de la mano y, luego, cada uno de los nudillos sin dejar de contemplarla.

—¿Podré ir a la estancia para estar contigo?

—Dudo que, por el momento, eso sea posible. No quiero que tengas más problemas con tu hermano por lo nuestro.

—¿Has hablado con él?

—Sí, y no en los mejores términos, pero era de esperarse. Quédate tranquila. Con el tiempo, lo irá aceptando. Puedo asegurarte que tu hermano es lo que menos me preocupa.

—Yo no soporto que por mi culpa se distancien.

—Ey, deja la culpa a un lado, es un tema que debemos solucionar nosotros. En tal caso, soy yo el único responsable de haberme…

Catalina esperaba que esa pausa pudiera ser completada, en algún momento, por lo que en verdad él sentía y aún no se animaba a confesarle. Aguardaba que la palabra "enamorado" le brotase de los labios en algún momento. Los gestos que tenía con ella, la manera en que la trababa y todo cuanto le demostraba hablaba de amor, aunque aún fuera temprano para confesárselo. Ella tampoco le diría que Gerónimo le había advertido sobre los hermanos Benegas, en especial sobre Segundo. Sin especificar demasiado, le había sugerido que se alejara de él, ya que, de su parte, no tendría ni el aval ni la complicidad en cuanto a una relación entre ambos. Había sido contundente en la forma en que lo había dicho, pero no duro al hablarle. Ella supuso que había tenido que ver con lo que a ella le había sucedido. Gerónimo entendía que ese acontecimiento pesaba más que cualquier deslumbramiento por su amigo.

—Quiero que sepas que Felipe no volverá a molestarte.

—¿Has hablado con él?

—Sí, supongo que le quedó claro que no quiero que se acerque a ti. Necesitaba saber que entendería las consecuencias si lo llega a hacer. Yo no

podré quedarme aquí, contigo, el tiempo que quisiera.

—No debes preocuparte más por mí. Sabré cuidarme.

No solo lo haría por ella, sino por él, por la manera en que le demostraba lo que sentía, a veces en silencio, otras, con pocas palabras, pero no había dudado en enfrentarse a su propio hermano y a su mejor amigo por defender el amor de ella. Todo eso hacía más valiosa la lucha por él.

—Te cuidarás, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Sabes cómo comunicarte cuando esté en la estancia?

—Lo sé.

Con solo un telegrama enviado a la oficina de correo que funcionaba en el almacén de ramos generales, podía poner fin a la inquietud de Segundo. En todo momento, ella había podido recurrir a Gerónimo para que le solucionase las cosas, ahora, ante la enemistad con Segundo y la tirantez nacida por la relación que ambos mantenían, debía resolver sus temas sola.

—¿Cuándo te irás?

—A primera hora de mañana. Aún me resta una reunión que tengo pendiente y espero resolver todo para poder irme.

—¿Y cómo va todo?

—Bien, no te preocupes. No bien pueda dejar las cosas listas en el campo, volveré.

Ella intuía que la actividad en la estancia no iba del mejor modo, y que solo él era el responsable de que todo funcionara. Sin dudas, Segundo acarreaba un peso sobre sus espaldas no solo en cuanto a la administración de El Capricho, sino también en referencia a la familia.

—Quédate tranquilo, que te esperaré. Regresar a la escuela de arte será un modo de que esta espera sea menos angustiante.

—No dudes en ir tras lo que deseas.

—No dudaré. Pienso en ti para saber cómo hacerlo.

El recuerdo de aquella tarde no había dejado de repiquetearle en la mente. Creía que recordarlo aplacaría ese desgarro que implicaba la ausencia,

pero se había equivocado. Solo le quedaba aguardar que volviese pronto. Y en medio de los recuerdos, una voz irrumpió para sacarla de la ensoñación en que había caído no bien había ingresado al aula.

—Catalina Nogués, si no va a estar atenta a lo que digo, la invito a retirarse de la clase.

Un hombre con anteojos y gesto adusto le hablaba desde el frente del aula, mientras el resto de los nuevos compañeros no dejaban de mirarla.

—Discúlpeme —contestó avergonzada de que el primer día de clase hubiese comenzado de ese modo.

—Sigamos —ordenó el profesor.

La clase había sido interesante. Luego del llamado de atención, se había concentrado en cada palabra y había tomado nota de todo lo dicho. No quería ser llamada al orden otra vez más. La concentración que mantuvo continuó cuando atravesó el largo pasillo hasta salir del instituto. Preocupada por no olvidarse ninguno de los útiles, no se dio cuenta de que alguien fuera la esperaba.

—Querida, qué gusto verte.

—Lidia, qué raro usted por aquí.

Como cada vez que la veía, la señora Benegas estaba impoluta. Con un traje para cada ocasión, se destacaba por la elegancia y los buenos modos. Ese día, vestía un saco de *tweed* de color verde seco por el que salía el moño de seda de una camisa de tono natural.

—Te equivocas, Catalina, sabes que siempre hay una buena excusa para salir de compras y este lugar no es la excepción.

—Es verdad.

—¿Tienes tiempo para un café?

—Claro que sí.

Ambas caminaron, en medio de una conversación trivial, unas pocas cuadras hasta llegar a un bar.

—Es una linda carrera la que estás haciendo.

—Gracias, aunque recién la empiezo.

—Tienes toda una vida por delante. Yo no pude desarrollar mi vocación porque, por encima de todo, ha estado mi familia, mis hijos.

—Lo imagino.

—Gracias —le dijo al mozo cuando depositó dos pocillos de café en la mesa—. Aunque no creo que puedas dimensionarlo.

—No sé por qué lo dice.

—No eres madre ni sabes lo que una puede sentir. Crees que la vida continuará del mismo modo, pero no es así, todo cambia, y uno vive para ese niño que ha nacido. La pérdida de mi esposo estrechó aún más el vínculo con mis pequeños. Estábamos solos los tres para salir adelante y sacar a flote la estancia. Nada ha sido fácil, menos para Felipe. La dolencia que sufrió de pequeño lo marcó en la vida y lo transformó en alguien especial. Los estrictos cuidados a los que fue sometido en el hospital, internado durante meses, hicieron que tuviera una niñez distinta a la del resto. Segundo lo acompañó siempre e intentó por todos los medios darle entereza y ánimo para que saliera adelante, le hablaba como a un chico más, como si no estuviera postrado sin saber si volvería a caminar. Él nunca creyó que su hermano pudiera no salir de la angustiante situación en que se encontraba. Sin lugar a dudas, esa instancia vivida en el pasado los unió más. Recuerdo la cara de desilusión de Felipe cuando su hermano abandonaba el hospital. Aunque no me lo haya dicho nunca, lo mantenía en vilo saber que Segundo regresaría al otro día con algunos libros para que leyera.

—Lo entiendo.

—No, querida, no lo entiendes, porque, si lo hicieras y pensaras un poquito más, te darías cuenta del gran daño que estás provocando con el enfrentamiento entre mis hijos. Sé que eres la causante de todo, y no voy a permitirlo.

La señora Benegas no había necesitado hablar con Felipe para saber la distancia que mantenía con Segundo, con quien, además, era difícil hablar sobre algo íntimo. Todos sabían que se había transformado en el hombre de la casa y, en la última conversación, él le había reclamado la falta de mesura en los gastos que ella hacía. Por eso no había intentado hablar con su primogénito, porque estaba convencida de que no la escucharía, a diferencia de Felipe y de la joven inexperta que tenía enfrente.

—No creo que usted sepa cómo es la realidad de los hechos.

—No necesito saber que Felipe estaba desde siempre interesado en ti y que venir a la ciudad no solo ha sido para cumplir con el sueño de trabajar en

un diario, sino también para estar cerca de ti. Tampoco necesito que me cuentes el interés que has despertado en mi otro hijo. El modo en que te mira, cómo habla de ti y otra serie de señales que solo una madre sabe. Aunque creo que no te has dado cuenta de que no eres el tipo de mujer que Segundo necesita. Solo eres un chiquilina consentida y malcriada que hoy despierta cierta atracción en él, pero que muy pronto desaparecerá.

—Se equivoca.

—Claro que no. Quiero que sepas que no voy a tolerar que continúes alterando la paz familiar entrometiéndote con mis hijos. Deberías saber que la persona indicada para ti es Felipe. Si no es él, no será otro Benegas.

—No creo que sea usted quien deba decidirlo.

Catalina estaba cansada de callar y de complacer a la gente que la rodeaba. Siempre había sido así, esa había sido la historia de su vida, pero debía cambiar. Pensaba luchar por lo que sentía sin importar el daño que pudieran causar sus decisiones.

—Además de todo, eres una atrevida.

—Usted no me conoce para decirme todo lo que ha dicho sobre mí. Tampoco sé si conoce en verdad a sus hijos.

—¡Cállate, impertinente! —reclamó ofuscada y atrajo la atención de los comensales de la mesa vecina.

—Creo que es mejor que me vaya.

—Antes de hacerlo, deberías saber que iré a hablar con tu padre. Sé que, amén de su mal carácter y el poco apego que tiene con mi hijo mayor, no dudará en ponerte las ideas claras. Y te repito: olvídate de tener algo más con Segundo.

—Señora, lamento decirle que llegó tarde con ese consejo.

Con la rabia que había acumulado durante la tensa conversación, Catalina abandonó el recinto sin mirar atrás. La señora Benegas, en un estado de crispación importante, habría deseado darle vuelta la cara de un cachetazo. Ni siquiera sus buenas formas ni los correctos modales lo hubiesen impedido.

* * *

La vorágine que se vivía dentro del diario no podía explicarse, salvo que uno trabajase allí y conviviese con la permanente actividad que se desarrollaba dentro. Las distintas ediciones que imprimía el periódico mantenían en alerta a todo el personal. En nada se parecía a las publicaciones de la competencia, en donde no importaba dar prestancia a los titulares, tampoco se reparaba mucho en las ilustraciones con que debía contar toda buena publicación. Eso hacía que *Crítica* liderara las ventas. El entramado que se buscaba dentro de las páginas debía ser de excelencia.

En medio de aquel torbellino de noticias, Felipe había culminado la nota que se publicaría en breve. Se había quedado hasta altas horas de la noche para poder cumplir con el trabajo habitual y luego darle el finiquito al artículo para entregárselo a su compañero para que lo evaluara.

—Buen día. Viéndote la cara, creo que esta mañana ni uno de mis cafés podrá reanimarte.

—Así es, y eso es decir mucho.

—¿Y?

—Aquí lo tienes. —Le dio una hoja con la nota escrita a máquina.

—Hombre, ¡siempre es trabajo! Pensaba que estabas maltrecho luego de una anoche de jarana.

—Quería terminarlo, así puedes evaluarlo. No contaba con mucho tiempo.

—Tienes razón. Déjamelo ver.

Felipe no le quitó la vista a su compañero mientras leía detenidamente el artículo. Al finalizarlo, puso en duda hasta dónde había llegado su veta periodística y cuánto había de revancha personal. Prefirió obviar ese cuestionamiento, porque, de una u otra manera, estaba convencido de lo escrito y de sus consecuencias.

—Pero ¿estás seguro?

—Sí.

—¿A pesar de todo? —preguntó con los ojos sobre la hoja sostenida en las manos.

Pascal se quedó sorprendido no tanto por la calidad literaria que

arrojaban esas líneas, sino por saber que ese joven apocado, que había ingresado hacía poco en busca de un lugar allí dentro, era capaz de venderle el alma al diablo. Estaba convencido de que eso sería apreciado más adelante.

—No te preocupes, sé lo que puse allí.

—Supongo que saldrá para el fin de semana.

Había conseguido la oportunidad de ser publicado. Además, causaría un revuelo importante en el ambiente hípico. Ninguno de quienes participaban allí estaba exento de desconocer lo que se denunciaba en la nota. Se corría el rumor de que sucedía. No había una manera de controlar esas turbias prácticas, pero era el momento de echar luz sobre esos hechos que habían sido confirmados por el jinete Santoro, quien acababa de abandonar al patrón Evaristo Correa para trabajar con otro caballo, cuyo nuevo propietario le auguraba muchos éxitos.

Por una cabeza

La hípica se ha transformado en un deporte que suma cada vez más adeptos en el Hipódromo de Palermo. Cada domingo, alrededor de la pista de arena, corren los mejores ejemplares guiados por los jinetes con el afán de llegar a la meta. No todos pueden alcanzarla, pero lo intentan en cada carrera. La preparación física del animal y la alimentación logran una buena actuación en la pista. Eso fue lo que sucedió tiempo atrás con un animal ignoto, que se trasformó en el elegido de las pistas luego de la brillante actuación que tuvo aquella tarde. Algunos dicen que no solo fue la pericia en la conducción del caballo por parte del jinete, ni tampoco el cuidado que ha tenido el propietario sobre el animal. Según me consta, la intervención de un veterinario de nombre Segundo Benegas ha sido determinante para ayudar a que Embustera corriera estimulada para llegar a la meta. Desde tiempos inmemoriales, se tiene conocimiento de estas prácticas. En la antigua Roma se les daba hidromiel, que motivaba a los caballos a mejorar el rendimiento y la destreza. Si se avanza en la historia, vemos que en la Inglaterra del siglo *xviii* se estimulaba a los caballos que competían con bebidas alcohólicas para mejorar el desempeño. Sin lugar a dudas, existieron y continuarán existiendo estas prácticas engañosas y fraudulentas en manos de inescrupulosos que buscan lucrar con el sueño de llegar a la meta a cualquier precio. Y para pocos, como el profesional Segundo Benegas, todo vale por una cabeza. Firmado R. Pascal.

La expectativa que tenía por saber qué sucedería con la publicación debería calmarla hasta que el diario estuviese en los kioscos y en manos de los canillitas. Sería el único periodista que se ufanaba de una nota ajena; al menos la firma al pie del artículo lo aseveraba. Esa sería la única satisfacción luego de lo sucedido con Catalina. Esperaba que, luego de enterarse del vil comportamiento de su hermano, ella se diera cuenta de que ambos no eran tan diferentes y de que una equivocación podía tenerla cualquiera.

* * *

La costa del Riachuelo se recostaba turbulenta; el viento arremolinaba las veladas aguas que se estampaban, una y otra vez, contra los pilotes de madera de la zona portuaria. A un lado, se ubicaban las factorías que operaban con las maquinarias y la mano de obra a todo vapor. Al otro, el puerto, cuyo movimiento era incesante no solo por la circulación de los pasajeros que arribaban entusiasmados por conocer un nuevo destino, a pesar de haber permanecido a bordo más de una veintena de días en las embarcaciones provenientes de diferentes puertos del mundo, sino también por el personal que ejecutaba las tareas de manera eficiente y sin descanso en las distintas dársenas construidas a la vera del río.

Esa postal era el paisaje mientras esperaba. El ambiente no le resultaba ajeno, muy por el contrario, se había vuelto a familiarizar con el lugar después de estar alejado durante años de allí. Se colocó mejor el gorro y miró alrededor para constatar si su cita se aproximaba. Evocó la jugada que había hecho hasta concertar este encuentro. Nunca habría imaginado que la llegada a la gran ciudad le traería tantas satisfacciones, y lo había comprobado pocos días antes.

Un gran revuelo se había vivido dentro del frigorífico Nogués. Nadie conocía los pormenores de la batalla que se había librado dentro de la sala de juntas en donde se habían dado cita los personajes más importantes de la empresa. Los rumores y las voces del personal no dejaban de reproducir que sucederían grandes cambios dentro de la firma; eso inquietaba a los empleados, que no sabían si continuarían en los puestos de trabajo. Mantener la continuidad laboral era de vital importancia en los tiempos que corrían, en los que no se sabía cómo seguiría el rumbo del país. Si bien él nunca se dejaba llevar por los comentarios ni los chimentos, esa vez prestó atención a lo que sucedía alrededor. La llegada de un tal Bustillo a la firma había causado

conmoción, no tanto en el personal como sí en la plana jerárquica, es decir, en los Nogués. En medio de ese alboroto fue cuando creyó que su momento había llegado. Estaba seguro de que haría buenas migas con uno de los nuevos dueños del establecimiento. El día anterior lo había esperado a que saliera de una reunión. No se olvidaría la expresión de asco que había puesto cuando lo vio. Quizás el aspecto de un obrero que había trabajado durante todo el día en medio de las carnes, las vísceras y demás embutidos no era el mejor a los ojos de alguien que, estaba seguro, jamás habría visto despostar una vaca. La apariencia de aquel hombre distaba mucho de alguien que pudiera trabajar en el lugar. Altivo, vestido con un traje caro, se retiraba del lugar en busca del automóvil. Era el horario de salida del personal y varios operarios también buscaban la salida para retornar a sus hogares. En ese instante, se había acercado para presentarse.

—Don Bustillo.

—No es a mí a quien debe buscar si requiere trabajo —comentó para sacárselo de encima.

—Lo busco a usted.

—No lo conozco y, si no quiere que alguien más venga y lo eche a patadas de aquí, váyase.

—Creí que podía importarle que yo también busco revancha con Nogués.

En el preciso instante en que mencionó aquel apellido, el rostro se le iluminó y el interés por saber qué podía decirle ese obrero se hizo palpable.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hablar con usted.

Bustillo miró perplejo alrededor observando el deambular de los trabajadores del frigorífico. Sabía que en breve el personal de la plana mayor también estaría por allí.

—No es este un buen lugar para hacerlo.

—Entonces…

—Dígame dónde.

Estaba seguro de que cualquier sitio que pudiera darle no estaría a la altura de su interlocutor. Entonces, se le ocurrió citarlo en la zona portuaria,

un espacio que le quedase cercano a Bustillo por la empresa, pero que a él también le quedaba cerca del conventillo que habitaba.

Y allí estaba, sentado en un banco de madera, a la espera de que el nuevo integrante del frigorífico arribase. No tenía reloj para constatar el tiempo de retraso, pero calculaba que había pasado cerca de media hora. Entonces vislumbró que se acercaba un automóvil lujoso, uno muy parecido al que conducía Gerónimo Nogués, y que se detenía a pocos metros de donde él estaba. Sin lugar a dudas, Bustillo había arribado a la cita. Salió del vehículo colocándose el sombrero y se levantó el cuello del costoso saco no solo para abrigarse, sino para evitar que alguien lo viese con esa compañía, aunque estaba seguro de que ningún integrante del círculo social en el que se movía podía estar en aquel sitio. Una vez que lo localizó, caminó hacia el banco de madera donde aguardaba ese joven.

—Buenas tardes, sepa que no cuento con mucho tiempo. Soy un hombre ocupado, que ha venido hasta aquí solo para hacerle el favor.

No creía que fuera así, pero sí un modo de justificar que un hombre como Bustillo pudiera estar en ese lugar y con esa compañía.

—Parece que usted y Nogués no se llevan bien.

—Si me ha citado para hablarme sobre los chismes del trabajo, se ha equivocado. —Hizo el gesto de abandonar el banco, donde minutos antes se había sentado.

—Eh, don, no es para tanto, quédese y escúcheme. Quiero que sepa que estoy aquí porque lo único que busco es destruir a Nogués.

Bustillo supo ocultar la sorpresa que le causó lo que acababa de oír, aunque decidió quedarse para saber cuánto más tenía para decirle.

—Hace años que vengo pensando cómo hacer para acabar con él.

—Si es así, ¿para qué me necesita a mí? ¿Qué le hace pensar que yo podría ensuciarme las manos en algo tan bajo como eso?

Si bien no lo conocía, sabía catalogar a las personas: ese hombre de buena presencia y estilo elegante sería capaz de revolcarse en el fango para obtener lo que deseaba. En definitiva, no eran tan diferentes como parecía.

—Para eso estaría yo, pero mi actuación podría beneficiarlo, porque, don, por más que lo niegue, sé que odia tanto como yo a ese Nogués. Y no me refiero al viejo, porque estoy seguro de que pronto partirá, me refiero al nieto, ese que lo tiene todo y que anda con aires de compadrito llevándose el mundo

por delante.

—¿Cuánto quiere?

—Escucho la oferta que tenga para hacerme. Sepa que vine de lejos y que no me es fácil mantenerme en esta ciudad.

No le costaría tanto, dinero era lo que le sobraba, pero ese joven no sabía el gran peso que le quitaría de encima sin que él tuviera que mover un pelo siquiera.

—Bien. Podemos arreglar el dinero; eso es lo de menos. Pero quiero que usted no levante ninguna sospecha. Pretendo que siga como hasta ahora, trabajando en el frigorífico, y que no vuelva a acercarse a mí. No quiero que en adelante alguien nos vea juntos.

—Está bien.

—Volveremos a encontrarnos en una semana aquí mismo y a esta hora. Yo vendré con parte de dinero y usted, con el plan para acabar con Gerónimo Nogués.

—¿El resto del dinero cuándo me lo dará?

—Cuando mate a Nogués.

—Está bien, don. Sepa que soy de palabra y que no me gusta que me jueguen sucio ni por atrás.

—A mí tampoco. ¿Ve? En eso nos parecemos. Hasta pronto.

Sin más, como si acabara de concretar una operación comercial, Bustillo se levantó, se volvió a acomodar el sombrero oteando que no hubiera alguien cerca y caminó a paso firme y rápido hasta el vehículo que lo sacaría del ambiente y la gentuza con la que debía tratar para liberarse de Gerónimo Nogués. No solo ese nombre le resultaba odioso, le provocaba escalofríos y repulsión, sino que todo empeoró después, cuando escuchó de boca de su hija que ese joven buscaba continuar con la tradición de los Nogués de destruir a su familia. Nunca habría imaginado que Juana, como su madre, pudiera enredarse en las sábanas con alguien de esa calaña. No iba a permitirlo.

Los días que habían transcurrido desde aquella confesión de su hija le habían permitido reflexionar al respecto. No pensaba perder a su hija; para eso, debía actuar de manera inteligente. No había pasado las desavenencias y los malos tragos en vano. Había sabido lidiar con su única hija para sacarla del fango en que los había metido Rosemary de la mano de León. Según

parecía, en pocos días podría sacarse de encima a ambos. A León, al quitarle la posición que mantenía en la empresa; sin dudas, había sido un tiro de gracia unirse a Santiago. Ahora lograría retirar de la escena a su dilecto nieto. Con el camino despejado, todo sería distinto y estaba convencido de que Juana lamentaría esa pérdida, pero luego buscaría a alguien que en verdad la mereciera.

Como caído del cielo, había aparecido ese hombre que buscaba venganza. Poco le importaba el motivo por el que pretendía acabar con el joven Nogués, tampoco iba a preguntárselo. Cuanto menos supiera de ese operario, mejor para él. Con una amplia sonrisa en el rostro y con el convencimiento de que todo llegaría a su fin, continuó manejando hasta llegar felizmente a su casa. Por suerte, cada cosa volvía a ubicarse en su lugar.

* * *

Una vez que notó que el vehículo que llevaba a su nuevo socio se alejaba por el camino, prendió un cigarro y se perdió en sus pensamientos. En cada calada que daba, mayor satisfacción le provocaba el humo que aspiraba para exhalarlo haciendo volutas grisáceas que el viento disipaba. El fin estaba próximo y encontrar a Bustillo había sido providencial. No era lo mismo actuar de manera independiente en la gran ciudad que hacerlo con el apoyo de alguien más, y mejor si ese alguien estaba involucrado como él en acabar a la misma persona. Si bien nada ni nadie le borraría las penurias que había vivido en el pasado, obtendría justicia para lo que no la había tenido. A pesar del destemplado día, se quedó regodeándose con lo que vendría. Una vez que arrojó el cigarro, emprendió camino hasta el conventillo; en esta oportunidad, aceptaría de la Tana el menú que habría preparado. El acuerdo hecho minutos antes se merecía un festejo por adelantado. Luego, lo culminaría con una botella de vino tinto que mantenía guardada debajo de la cama para que nadie se la robase; bebería hasta caer rendido en su último sueño.

* * *

Regresó a la casa con la felicidad retratada en el rostro. Acariciaba los recuerdos de la tarde en que se había despedido de Segundo, con la promesa de verse pronto. Además, nada podía borrarle la satisfacción de haberle dicho a Lidia Benegas lo que sentía. Por una vez, se había comportado como ella quería, no como los demás esperaban. La voz de su padre la sacó de esos recuerdos.

—Catalina, acompáñame a mi despacho, que quiero comentarte algo. —Clavó la mirada en las manos ocupadas de la joven—. Insistís en toda esa mierda.

—Papá, por favor.

—¡Deja eso a un lado! —exclamó.

No pudo con los bríos paternos que acababan de arrojarle al piso los útiles que ella, con tanto cuidado, ternura y amor, llevaba en las manos.

—Ven. —La tomó del brazo para hacerla entrar al escritorio.

Ella hizo un esfuerzo para que las lágrimas que amenazaban con salir no se le escapasen y le recorrieran las mejillas. Si necesitaba plantarse frente a Santiago, debía hacerlo sin parecer una niña consentida ni demostrar debilidad.

—Quiero hablarte de algo importante. Para eso, necesito tu compromiso de dejar a un costado esa mierda de pinturas, que lo único que hacen es distraerte y hacerte perder tiempo.

Ella se mantenía inalterable sin hacer alguna acotación, quería saber hasta dónde llegaría su padre.

—Quiero que sepas que al fin se dio lo que tanto deseaba: seré el responsable del frigorífico Nogués, como debía haber sido desde tiempo atrás.

—¿Y Gerónimo?

—Por suerte y para beneficio de la empresa, él no tendrá ya nada que ver con la firma.

—No puedes hacerle esto; él ha luchado por mejorar y posicionar el negocio.

—No puedo creer que no te alegres por mí ni compartas mi felicidad.

—Disculpa, pero no puedo.

—Claro que sí.

Santiago había abandonado el sillón de cuero verde donde estaba sentado y se aproximó a su hija. Necesitaba escuchar de cerca lo que tenía para decirle.

—Y el modo de hacerlo es integrarte al plantel de trabajo del frigorífico. Estarás en el negocio familiar. No veo que sonrías. Cualquier otra hija estaría feliz de compartir con su padre algo así.

—Pero yo no.

—¿Qué dices? —murmuró al acercársele para observarla mejor y saber si contaba con las agallas suficiente para repetir lo que había pronunciado a media voz.

—Que no puedo estar feliz si lo que haces es dejar a un lado a mi hermano. Poco me importa el problema que tienes con él y la mala relación que mantienen. Gerónimo siempre ha estado a mi lado y, en este momento, no tomaré partido en su contra. Si tú, que eres su padre, lo haces, es una cuestión tuya. Pero yo, que soy su hermana, no lo haré ni ahora ni nunca.

La fuerte y dura mano de Santiago se estampó de pleno en una de las mejillas de Catalina, que no tuvo tiempo de recuperarse ni reaccionar porque, de inmediato, le dio vuelta la cara con otra cachetada más violenta que la anterior.

—¡Me harás caso en lo que digo! —rugió enfurecido zamarreándola—. ¡Soy tu padre!

Santiago no pensaba perder esa partida cuando tenía todas las cartas ganadoras. Sin embargo, enfrente estaba su hijo, del que estaba alejado por obra de su propio padre. Catalina no supo de dónde sacó fuerzas para escabullirse de los brazos de Santiago y escapar del escritorio sin ser alcanzada por él.

—¡Hija de puta, ven aquí! —la insultó descontrolado.

—¿Qué sucede? —preguntó Laura al escuchar semejantes gritos.

—Mira lo que has logrado con esta hija tuya, tan díscola como la madre.

—Déjala ya.

—Quiero que se quede encerrada en el cuarto y no salga de allí. Estoy seguro de que unos días metida allí dentro la harán pensar qué es lo mejor. Y

no me mires así pasmada, como si no supieras de qué hablo. Tira toda esa mierda de útiles a la basura. No quiero que estén dando vueltas por aquí, ¿has entendido?

Luego cerró la puerta de un portazo y se sirvió un vaso de whisky, lo bebió hasta la mitad de un solo trago. Poco tiempo después, bebió el resto con el convencimiento de que Gerónimo no había perdido el tiempo en llenarle la cabeza a su hija hasta ponerla en su contra. No iba a permitirlo bajo ningún concepto.

CAPÍTULO 21

Las cenizas del pasado

Nadie podía negar que confesar la verdad enaltecía a quien lo hacía, lo cubría de un velo de certeza, aunque el dolor provocase una herida lacerante difícil de describir y de curar. El correr de los días no hacía más que profundizar aquel dolor que se había instalado dentro de Juana y que no lograba extirpar. El pesar y la congoja se habían apoderado de hasta la fibra más íntima de su ser. El miedo por perderlo todo latía con mayor fuerza y, a diferencia de lo que le había ocurrido con Gerónimo desde que lo había conocido, esa vez sentía que pisaba un terreno cenagoso, que acabaría por engullirla si no sabía bien por dónde caminar y hacia dónde ir. Más allá de todos los problemas que a ambos los rodeaban, él se había mantenido a su lado soportando los silencios y el cambio de humor. Por momentos, se sentía egoísta porque no quería enterarse de qué más era lo que le sucedía. Entendía que estaba con serios problemas en la empresa, pero desconocía hasta dónde lo alcanzaban.

En medio de aquellos aciagos días, su padre había buscado acercarse a ella para dialogar. Juana no quería volver a conversar, por el momento, con Ariel Bustillo. Los sentimientos encontrados daban volteretas en su interior sin dejarla en paz. A pesar de haberse negado a hablar cuando la había ido a buscar, ambos habían protagonizado un escueto intercambio que no lograba borrar de la mente, que la mantenía paralizada sin saber qué hacer.

—Quiero que sepas que, a pesar de todo lo que nos dijimos, eres mi hija y que, en honor a eso, necesito hablar contigo.

—Déjame, quiero estar sola.

—Está bien, cuando estés lista, me lo dirás. Pero quiero darte esto.

Le había entregado un sucinto papel con unos datos que la dejaron estupefacta.

—Me reclamaste que no te había dicho el lugar donde yace tu madre. Aquí lo tienes.

Sin más, el dueño de casa abandonó la habitación a la que Juana había regresado luego de deambular buscando trabajar más horas en el hospital y, de ese modo, ocupar la mente. Volvió, pero en horarios en los que no se cruzaba con ninguno de los miembros de esa familia. Bustillo pretendía reacomodar la situación con su hija porque, muy pronto, el odio visceral que le corría por las venas se extinguiría. Cuando eso sucediera, ella buscaría su apoyo y todo

cuanto había acontecido quedaría en el pasado. Un pasado que no debería haber regresado para teñir de odio y dolor el presente. Ese papel que acababa de darle a Juana le había quemado en las manos. Jamás había puesto un pie allí ni lo haría. Al entregarle esa información que ella tanto necesitaba, esperaba congraciarse y ganarles otra batalla a los Nogués.

Los dedos de Juana daban vueltas el pequeño trozo de papel. Lo miró por última vez y lo arrojó al suelo. Se colocó un abrigo y salió de la casa con un rumbo definido. Al lado de la basílica Nuestra Señora del Pilar, en honor de los monjes recoletos, se erigía el cementerio de la Recoleta. Atravesó el pórtico custodiado por columnas de estilo griego y mantuvo la vista en una placa que decía "*Requiescat in pace*". Desconocía si su madre había alcanzado esa paz que mencionaba aquella leyenda.

Caminó por una amplia avenida arbolada, plagada de hojas secas que bailaban al compás del viento. Una serie de mausoleos y criptas se levantaban a la vera del camino. A poco de alcanzar la tumba de su madre, se detuvo. Un hombre con un sombrero y un abrigo con las solapas levantadas, que le cubrían el cuello, se encontraba inclinado con las manos sobre el mármol negro que revestía la bóveda. No sabía si se apoyaba para mantener el equilibrio o para fundirse en ella. Una flor blanca resaltaba en medio de la superficie negra y brillosa. El instinto le decía que debía irse de allí y no volver, pero caminó con pasos lentos en medio de un silencio que clamaba por quebrarse. Una serie de imágenes comenzaron a cobrar vida en su mente. En cada una de ellas estaba su madre con León, el hombre que acababa de inclinar la cabeza al verla llegar. La mirada húmeda de Nogués hablaba de dolor o de arrepentimiento. Ella no quería saberlo, solo había ido hasta allí para intentar reconciliarse con Rosemary. Sin embargo, cada una de las emociones que la envolvían se había recrudecido con la presencia de él.

—Si buscas un culpable, ese soy yo, no ella.

—No necesito su compasión, menos aún que me explique lo que debió hacer hace tiempo. Es tarde ya.

—Te equivocas.

—No. Usted no es más que un mentiroso. Sacó provecho de mí y de lo que yo podía brindarle, más allá de saber quién soy.

—Ella ha sido la mujer de mi vida.

—Cállese.

—La única mujer que amé y que amaré por siempre.

—Basta ya.

—Solo te pido que me escuches una última vez.

Ella no supo si en verdad lo deseaba, pero hubo algo en su interior que la arrastró a hacerlo. Y bajo esa cadencia que él había adquirido al hablar junto a las respiraciones que ella le había enseñado a hacer, comenzó a contarle.

—En medio de la confusión que padecía, creí que el ángel de tu madre me había venido a buscar, porque eres la viva imagen de ella. Estabas allí, al pie de la cama del hospital, hablando y dando tu parecer sobre lo que yo tenía. Cuando pude comprender y salir del estado de aturdimiento en que me encontraba, me di cuenta entonces de quién eras. Solo ver el nombre en tu guardapolvo confirmó lo que me temía. Escuchaba decir que eras la única que podría sacarme de la situación en que estaba. Me costaba entender que fueras tú, y no otro médico, la que me atendiese y que intentase salvarme. Sin dudas, eso lo tomé como una señal que compartía con Rosemary, en cada recuerdo que acariciaba mi mente reflotando la historia que tuvimos, mientras tú intentabas enseñarme esta nueva manera de comunicarme. En este tiempo y gracias a ti, retrocedí al mejor momento de mi vida, donde creía que todo sería posible de la mano de tu madre. Si estás aquí, será para reconciliarte con ella y creo que debes saber que, en el pasado, no dio ningún paso sin pensar en ti. Eras la luz de sus ojos. La decisión que yo le pedía que tomase, para al fin estar juntos, la retrasaba porque no quería que nada la separase de ti. Ella nunca hubiera hecho algo que te lastimara, y eso me lo hizo saber a poco de conocerla.

—¿Por qué me lo dice ahora?

—Porque hoy ella no tiene voz para decirte cuánto te amaba —afirmó en un tono quebrado.

Quizá fue el viento que soplaba en ese día destemplado o quizás ese ángel que él había mencionado antes quien acababa de burlarse de ambos al arrojar a los pies de los dos la flor blanca, que estaba en un pequeño y lustroso florero de metal sobre el mármol negro que recubría la tumba. Juana no sabía a qué adjudicar lo sucedido; en cambio, para León estaba muy claro.

—No voy a hablar de tu padre ni de lo que pienso de él, porque eso lo deberás evaluar tú, que eres su hija. Solo busco que entiendas que nada de lo que digan o te enteres sobre Rosemary puede mancharla. Si alguien busca ensuciarla, es porque no la conoció como en verdad era. Yo…

Una vez más esa voz volvía a quebrarse sin poder expresar lo que pensaba.

—Yo habría dado mi vida para que todo fuese distinto y ser yo quien estuviese allí dentro, pero no pude. Llevaré ese peso sobre mis hombros hasta que pueda acompañarla.

Atrás había quedado el paciente que Juana había asistido durante el último tiempo y que había resuelto no atender más. Hacía unos días le había comunicado la decisión a Ramírez, quien la tomó con beneplácito. No le pidió alguna explicación, como hubiera debido, la había contemplado con una satisfacción que no se condecía con lo que ella acababa de decirle. Sin embargo, ella se había asegurado de que fuese otro profesional quien se encargase de continuar el tratamiento que ella había iniciado y que, por obvias razones, no podía seguir. En ese momento, Juana estaba frente a un hombre dolido y resquebrajado por dentro. Lo único que no podría perdonar era que ese amor que él proclamaba sentir, justamente, fuese por su madre.

—Algo más —agregó antes de retirarse de allí—, no seas dura ni juzgues a Gerónimo por los errores del pasado. Ni él ni tú son responsables de lo ocurrido. Quien podría hablar y calmar tu dolor está aquí silenciada.

Con la miraba enturbiada por las lágrimas que no alcanzaron a salir, él se fue con un paso cansino. Sin lugar a dudas, un hombre vencido se alejaba de la tumba de la única mujer que había amado. Ella se mantuvo allí y, por primera vez, leyó la leyenda que yacía con letras doradas sobre la oscura superficie: “Te amaré por siempre, mi Rosemary”. Un sollozo silencioso se le apoderó de todo el cuerpo. No sabía si se debía al inconmensurable dolor que la embargaba y que no había podido calmar, a la posibilidad de descargar todo lo que había sentido a lo largo de esos días o si le rondaba la culpa por no poder perdonarla a pesar de todo lo que acababa de escuchar.

* * *

Gerónimo estaba en el despacho del frigorífico sin saber cómo torcería las cuestiones que lo acechaban. Las preocupaciones a las que estaba sometido eran cada vez mayores. Había llegado hasta allí hacía unas cuantas horas para dar respuesta a la incertidumbre que flotaba en el ambiente. Ni siquiera se imaginaba cómo continuaría, estaba sin rumbo. Aún le quedaba la oficina, no la abandonaría mientras pudiera conservarla. Los nuevos socios que poseían la mayoría accionaria no se habían instalado de modo definitivo, solo concurrían de manera alternada. Por lo que habían dejado trascender, aguardaban hacer público el anuncio y, con un gran espectáculo, hacerse del

sillón que habían buscado obtener por cualquier medio. A pesar de todo, algo lo tenía bastante más preocupado: qué sucedería con Juana. Por más que no fuera necesario que se lo dijera, ella estaba a una gran distancia de él, lo había notado en las pocas oportunidades en que se habían visto. No quería presionarla más, pero necesitaba que ella comprendiese cómo eran las cosas y entendía que el paso de los días aceleraba esa distancia. El chasquido de la puerta hizo que levantara la cabeza y quitara las manos de los papeles en los que estaba inmerso.

—Lucrecia, ¿qué sucede?

—Creo que es momento de que te vayas. Estás cansado y necesitas ir a buscarla, no lo pienses más.

Aún desconocía cómo la secretaría podía leer con tanta claridad lo que sentía.

—Mañana será otro día. Esperemos que sea mejor que este.

—¿Tú también te vas?

—Así es.

—¿Quieres que te lleve a algún lado?

—No es necesario —respondió dubitativa—. Lo único que me interesa es saber cómo sigue tu abuelo y que sepas que, para lo que él necesite, puedes contar conmigo.

Por algunas frases que había intercambiado con León y por el modo en que Lucrecia se comportaba con él, estaba convencido de que ella habría dado todo por su abuelo. Ahora entendía el motivo por el que León la había dejado a un lado: el amor por la madre de Juana lo había hecho prescindir de una mujer tan valiosa como Lucrecia. Sin embargo, a pesar de los años y de las circunstancias, allí estaba ella ofreciéndole tiempo y cariño a un hombre que la había relegado por otra mujer.

—Él está como se lo permite toda esta situación, pero creo que le vendría bien que, cuando quieras, lo visites en su casa.

—Gracias, no sabía si podía hacerlo.

—Claro que sí, vamos, te acompaño.

Esa jornada había finalizado para Gerónimo, aunque la noche recién había desplegado las alas teñidas de silencio y oscuridad. No acabaría el día

sin verla y estar con ella. Se subió al vehículo y se perdió en el tránsito del momento, en el que gran parte de los porteños ponían fin a sus actividades para regresar a sus hogares. Condujo sin dudarlo hasta el camino que lo llevaría a la casa de Bustillo. Detestaba que estuviera allí, con ese padre que destilaba veneno en cada oportunidad que podía. Descendió del vehículo y se dirigió hacia la puerta de acceso de la propiedad familiar.

—La señorita está en su habitación.

—Dígale que Gerónimo Nogués ha venido a buscarla.

La empleada se perdió por la escalera para ir a buscar a Juana. En esa espera, él echó una mirada alrededor y pudo observar una decoración de estilo francés en los muebles que lo rodeaban. Nunca antes había estado allí dentro. Fijó la vista en una puerta que se mantenía cerrada y que calculaba que sería el despacho de Ariel Bustillo. Pasaron unos pocos minutos hasta que esa puerta se abrió de golpe y el dueño de casa salió.

—¡Se va de mi casa inmediatamente! —exigió.

—No he venido por usted, sino por Juana.

—No sabe de dónde más aferrarse para recuperar la empresa y busca hacerlo de manos de mi hija, pero nunca lo logrará. Haré lo que sea para impedirlo.

—Una empresa que me robó y en la que Juana no tiene que ver.

—Pagué por cada puta acción que tengo.

—Por una mierda de venganza que no lo llevará a nada. Aún no doy nada por perdido y seguiré luchando hasta recuperarla.

—Entonces, cree que a través de Juana va a lograrlo.

—A diferencia suya, ella vale más que una acción de mierda que usted pueda poseer.

—¿De qué hablan?

Juana se había quedado a un costado intentando entender lo poco que había escuchado. Estaba tan inmersa en sus cuestiones que había dejado a un lado el motivo por el que su padre buscaba instalarse en la ciudad. Antes de la tremenda discusión que ambos habían mantenido, lo había notado de buen humor y con deseos de realizar uno de los tantos festejos que solía hacer. Ahora entendía la causa; un fuerte estremecimiento la envolvió.

—Como no podía ser de otro modo, un Nogués pretende por la fuerza torcer lo que es mío.

—Que se empecinó en quitarme, pero no lo hará con Juana.

—Se va de aquí ya, si no quiere que lo obligue del peor modo.

—Padre, ¿qué has hecho? ¿De qué hablas?

—Son solo inversiones que he realizado siempre en el pasado y que continuaré haciendo, como en tantas otras oportunidades. No debería sorprenderte.

—¿Te refieres al frigorífico Nogués?

La pregunta de ella no iba dirigida a su padre, sino a Gerónimo, que la había ido a buscar allí, a pesar de todo. Según lo que había escuchado, le había quitado la empresa de la que él se enorgullecía, por la que había luchado desde que lo había conocido y por la que se había enfrentado a su propio padre.

—¿Con quién te has asociado?

Necesitaba saberlo de boca de Ariel.

—Con Santiago Nogués.

Sin dar crédito a lo que acababa de escuchar, desvió la mirada hacia Gerónimo, quien, con una bajada de ojos, le confirmó lo que ella no podía comprender. ¿Hasta dónde ese odio que corroía la sangre Bustillo podía continuar? En algún momento, todo debía acabar, pero lo que más la angustiaba era saber cómo sería el final. Ante la ofuscada presencia de su padre, ella caminó hacia Gerónimo y, en silencio, le dio la mano para salir de la casa. A pesar de que ella navegara en una marea de confusión, no podía dudar de con quién deseaba estar esa noche.

—¡Vas a pagar lo que acabas de hacer! —rugió Bustillo envuelto en una ira incontrolable.

En ese instante ella se dio vuelta para replicarle algo, pero advirtió que el padre no se dirigía a ella, sino a Gerónimo, quien, sin dejar de mirarlo, la abrazó para sacarla de allí. Tras cerrar la puerta, los gritos continuaron dentro de la casa. Todo se había transformado en una locura de la que ella no quería formar parte. Los fuertes brazos de él la condujeron hasta el vehículo para sacarla del infierno en que ardían su familia y la de él.

Cuánto necesitaba estar a su lado y perderse en él sin pensar en nada más que lo que le dictaba el corazón. No quería recordar todo lo sucedido días atrás ni evocar el momento cuando su vida había dado un cambio absoluto. Por un instante quería dejar a un lado la angustia y la zozobra, que no le permitían avanzar ni ver más allá. En el camino hacia el apartamento, él conducía con un temple que desconocía de dónde lo sacaba. Ella no había dejado de contemplar el perfil masculino que se recortaba en la penumbra de la noche. A pesar de estar inmerso en los propios pensamientos y mantener la mirada en el camino, no dejó de estar pendiente de ella, tomándole la mano para besarle la palma cada tanto.

Con ese silencio plagado de palabras atoradas en la garganta de ambos, llegaron a la vivienda de él. El sonido de la puerta tras cerrarse fue el prólogo de lo que sucedió minutos después. Juana se abandonó para perderse en los besos que él le daba. Al fin podía tener un momento de sosiego donde solo importaban ellos, sin nada que los separara. Sin vacilar, se dejó llevar por lo que sentía. Los besos avanzaban por su cuello; con la boca no dejaba de provocarle todo tipo de delicias. Con caricias y con una pasión que él aún controlaba, comenzó a desvestirla sin dejar de contemplarla un solo segundo. Era como si Gerónimo buscara grabar en la retina cada instante que pasaba con ella. Juana lo ayudó a desvestirse en medio de mimos. Poco después se encontraban sobre la cama.

—Te amo —le susurró Gerónimo antes de desplazarse hacia los pechos enhiestos que pedían ser acariciados, lamidos y succionados por él.

Los gemidos de Juana lo alentaron a acariciarla y adentrase, con los dedos primero y con la boca después, en donde la humedad de ella no hacía más que confirmarle lo lista que estaba para recibirlo. La muchacha no dejaba de retorcerse por el placer que le estaba brindando, como si él tuviera todo el tiempo del mundo para amarla. En medio de las caricias, ella comenzó a trepar en una vorágine de sensaciones a las que solo él podía elevarla, envolviéndola como un huracán, para lanzarla, segundos después, en una caída libre de placer, goce y satisfacción por sentirse amada. Sin tiempo de recuperarse, él se adentró en ella, sosteniéndole las manos por encima de la cabeza. En cada embestida, la mirada ambarina de él se tornaba más profunda y dorada.

—Te amo —confesó Juana en medio de los quejidos que se elevaban a medida que las sensaciones se multiplicaban.

En aquel momento, ella deslizó las manos, que hasta ese instante estaban aferradas a las de él, para desplazarlas por el abdomen de Gerónimo. Las cicatrices que el fuego le había dejado estaban allí, bajo la huella que las llamas habían estampado y que ella intentaba aplacar y extinguir con caricias.

Fue la primera vez que las cenizas del pasado no lo amilanaban ni le traían malos recuerdos, porque ella intentaba sanar el dolor que todo aquello le había provocado sin preguntas y entre jadeos. Ninguna palabra podía describir ni explicar la comunión que ambos mantenían. Allí, con los cuerpos sudorosos por amarse, en medio de las caricias que se prodigaban, nadie más podía perturbarlos ni molestarlos. Bajo esa absoluta conjunción, explotaron con la certeza de que esa noche era especial para los dos. No sabían si por el amor que se tenían, por el modo en que se habían amado o por qué otra extraña razón ambos lo habían percibido. Gerónimo estaba tumbado sobre la cama con la cabeza de ella apoyada sobre el pecho. Sin que ella indagara, él comenzó a contarle sobre aquel incendio.

—No creo que, alguna vez, haya hablado sobre lo que ocurrió en el frigorífico. Sí recuerdo que había asistido a un desfile militar que se celebraba por los festejos del centenario de la Revolución. Había insistido desde hacía tiempo en concurrir. Hace poco entendí el motivo por el que mi abuelo estaba inmerso en sus preocupaciones y no me daba el gusto de ir. Decidió llevarme porque los meses pasaban y las celebraciones de aquella conmemoración eran cada vez menores. Estaba feliz de ver a los soldados que, en fila y bajo el sonido de la marcha militar, desfilaban frente a mí y ante el resto de las personas que se habían congregado allí. Al finalizar, insistí en acompañarlo hacía la empresa. Cuando él podía, me llevaba para que me hiciera una idea del futuro que me aguardaba.

Juana se incorporó para contemplarlo; él le hablaba de ese futuro que Ariel Bustillo de un plumazo le había arrebatado. Sin embargo, Gerónimo no la había hecho partícipe de eso, lo que demostraba cuánto la amaba.

—Los años han borrado los detalles, pero las sensaciones y la desesperación que sentí están ahí presentes en algunas de las pesadillas que aún tengo. El sonido de los cristales al romperse, el humo que no me dejaba respirar y la garganta que me quemaba por dentro son algunas de las impresiones que cada tanto recuerdo. La desesperación de saber que muy pronto todo acabaría conmigo envuelto en las llamas que ardían a mi alrededor me permitió estar alerta hasta que me sacasen de allí. En aquellas noches me costaba conciliar el sueño, pensando que, cuando cerrara los ojos, aquel infierno volvería a desatarse.

—¿Tu padre estuvo presente?

—No, creo que estaba de viaje, vaya a saber en qué ciudad europea se encontraba. Tampoco era algo que me quitara el sueño, porque estaba acostumbrado a no tenerlo.

Él no había dejado de deslizar los dedos por la espalda de ella,

necesitaba ese contacto y el calor de su piel. Ella no le dijo que la ausencia de Rosemary la había perseguido por cada maldita ciudad en la que había debido instalarse, a causa de la carrera diplomática paterna. Por más que hubieran estado en distintos lugares distanciados por miles de kilómetros, habían vivido situaciones y sentimientos semejantes. El desconsuelo por perderlo todo estaba allí presente.

—Con el tiempo, nada entre nosotros cambió. Creo que, a esta altura de los acontecimientos, ya no pretendo que nada cambie.

—Lo entiendo.

Él le tomó la barbilla para observarla; una nota de tristeza había asomado en la mirada de ella. Él tampoco deseaba que nada empañase esa noche que se había transformado en un remanso en medio de la tempestad en la que estaban inmersos. Para comprobarlo, volvió a amarla una y otra vez.

* * *

Los últimos dos días que había permanecido en la habitación, en penitencia por la discusión con Santiago Nogués, no habían torcido la voluntad de Catalina, a pesar de la decisión paterna. Para lograrlo, no había dejado de pensar en Segundo; aguardaba que regresara, aunque esa espera se tornase insostenible. Los golpes a la puerta la quitaron del ensimismamiento en que estaba.

—Cata, aquí tienes.

Esa vez, había sido su madre quien le había llevado a la habitación el desayuno preparado por la empleada.

—Necesito que hablemos.

La renuencia no la llevaría a nada. Si pretendía aligerar la situación, debería hablar con Laura.

—Debes saber que, en esta oportunidad, coincido con tu padre.

—¿A qué te refieres?

—A que el tiempo ha pasado y te has convertido en una joven con

proyectos. No puedes estar con la cabeza en otra cosa que no sea en lo que él te pidió.

—Aunque desee otra cosa.

—A pesar de eso; si no, mírame.

No había sido fácil para Laura cambiar su destino. Se había transformado en una joven sin futuro ni dinero. No contaba con nada de lo que siempre había soñado. Haber conocido a Santiago le había devuelto todo aquello por lo que había luchado y no había conseguido. A costa de soportar el maltrato, muchas veces la indiferencia y otras tantas infidelidades, se mantenía allí, amparada tras el apellido Nogués, que le brindaba la posición social que siempre había buscado. Nada comparado con la vida de su hija ni con el futuro halagüeño que le brindaban a Catalina.

—Si no fuera porque estoy casada, no sería nadie. Él ahora te propone ser alguien en la vida y no debes desaprovechar esta oportunidad.

Catalina la escuchaba con pavor, no entendía cómo su madre no se daba cuenta de que lo que su padre procuraba era alejarla, definitivamente, no solo de lo que deseaba, sino también de Gerónimo. Eso último era una contienda que acabaría con ella, y no estaba dispuesta a permitirlo.

—No puedes desaprovechar esa oportunidad. Luego vendrá la ocasión de que conozcas a alguien y te unas a él. —Se le acercó—. Debo decirte que ya tengo en la cabeza algún candidato para ti. Solo es cuestión de esperar el momento apropiado.

Una fuerte arcada cruzó el estómago de la joven, que no logró disimular lo que sentía y se dobló hacia adelante.

—Pero ¿qué sucede? ¿Te sientes mal?

—No, solo serán los nervios de estar aquí encerrada.

—Hablaré con tu padre para que te quite esta penitencia. Espero que estos dos días te hayan ayudado a reflexionar sobre cómo debes comportarte de ahora en más.

—Lo haré, mamá.

—Sabía que cambiarías de actitud. Te aseguro que es lo mejor que puedes hacer.

—Lo sé.

—¿Te sientes mejor?

Catalina asintió sin salir del asombro sobre los dichos de su madre.

—Si quieres, no comas nada de lo que hay en la bandeja, pero el té te vendrá muy bien.

—Sí, mamá.

Convencida de que había logrado persuadir a su madre de que al fin había recapacitado, la vio alejarse hasta abandonar la habitación. Buscó el desayuno para pasar el mal trago que había vivido minutos antes. Antes de beber el té, desplazó el plato con las tostadas y la mermelada. A un costado, reposaba el ejemplar de un diario. Le resultó extraño, porque ella no le había pedido a la empleada que lo comprase. Sin dudas, había sido ella quien lo había acomodado allí, porque era la única que le preparaba el desayuno.

En cuanto lo tomó, observó que, adherida a la página principal, llevaba una pequeña esquela. No contenía firma, aunque no necesitaba ver algún garabato estampado en la escueta tarjeta; sabía quién había sido la persona que le había enviado ese mensaje: "Todos cometemos errores, aunque algunos son imperdonables. Cuando lo leas, estarás de acuerdo conmigo. Tuyo".

Tomó el diario *Crítica* y dio vueltas las páginas de manera desenfrenada para salir de la pesadumbre que acababa de apoderarse de ella. Necesitaba encontrar algún indicio o motivo que había inspirado a Felipe a enviarle el diario. Apenas unos segundos tardó hasta dar con el artículo encabezado con el título "Por una cabeza". No daba crédito a lo que estaba leyendo. Cuando terminó, se fijó en la firma al pie de esa nota: el nombre de un tal Pascal. De inmediato, recordó aquella jornada en el Hipódromo de Palermo de la mano de Felipe, cuando se había encontrado con Segundo en la villa hípica. Y cada frase le fue cayendo en el rompecabezas que estaba armando sobre los hechos de aquel día.

* * *

El viento arrasaba todo cuanto se le cruzaba en el camino. Las hojas caídas de los árboles no dejaban de revolotear alrededor. El horizonte se alzaba con un gris plomizo que auguraba la tormenta que venía amenazando con desatarse desde el día anterior. Presagiando el aguacero que estaba por

desencadenarse, los animales buscaban refugio bajo el amparo de los árboles y los arbustos. De a poco, el paisaje iba quedando desierto y anodino, salvo por los nubarrones que corrían presurosos tachonando de gris el cielo. La llegada del agua era un clamor no solo de los propietarios de los campos, sino de la misma tierra que, resquebrajada, rogaba ser bañada. Los últimos meses, la lluvia no había llegado y se la esperaba con ansías para los sembradíos y las cosechas venideras. La bendición de esa borrasca sería la gracia que muy pronto regaría aquel territorio.

Segundo había estado trabajando toda la mañana en la estancia previendo que por la tarde no podría continuar con los quehaceres. Desde la galería cubierta con una tupida enredadera, él contemplaba el panorama. No transcurrió demasiado tiempo hasta que las gotas de lluvia comenzaron a caer y empezó a propagarse el olor a tierra húmeda, que vaticinaba lo que se vendría. De a poco esa tímida lluvia comenzó a acrecentarse. En medio de todo aquello, algo le llamó la atención. Una figura desdibujada avanzaba sin tregua envuelta en una cortina de agua. No podía ser ninguno de los peones que trabajaban con él. Ellos eran baqueanos, no se lanzarían a andar a caballo en una tarde como esa porque, más allá de la destreza que poseían, corrían el riesgo de lastimar al animal. Quien se aproximaba mostraba pericia al montar con un estilo definido. A pesar de la opacidad que brindaba la ventisca, supo quién era la persona que se acercaba hacia allí. Dejó la tranquilidad y el amparo del lugar para lanzarse a la carrera para detener la alocada conducción de Catalina montada sobre uno de los caballos de la estancia La Elegida. La confusión por verla no le impidió experimentar la felicidad que sintió al saber que era ella, y no otra persona, la que se acercaba hasta ahí. No bien se aproximó, tomó las riendas del caballo, mientras ella se deslizaba por el lomo del animal hasta caer en los brazos de él. Instantes después, él tiraba de la rienda del animal con una mano y protegía con el otro brazo a Catalina hasta llegar a la galería.

Allí dentro, la besó al compás del diluvio desatado: con fervor y sin piedad. Los días que habían pasado sin verla se habían transformado en una tortura. El cabello pegado al rostro y las gotas de lluvia que le surcaban el rostro pecoso lo subyugaron una vez más. En ese instante se dio cuenta de que ella estaba empapada y de que, si estaba allí, era por alguna urgencia; no cabía la posibilidad de que hubiera ido solo para visitarlo. Percibió a través de su humedad el estremecimiento del cuerpo.

—Catalina, debes cambiarte, estás toda mojada.

—Sí. Por más que me apresuré a venir antes de que se desatara la tormenta, no lo logré.

—Ven. —La condujo hasta una de las habitaciones, buscó algo de ropa

para que se cambiara y unas toallas para que se secara—. Aquí tienes, te voy a preparar algo caliente para que tomes.

Segundo la esperaba con un tazón de leche caliente al que le había agregado un pequeño chorro de coñac para que ella entrara más rápido en calor. Levantó la vista y la vio junto a la jamba de la puerta que daba a la amplia sala tapizada por algunas ilustraciones de caballos que colgaban de los blancos muros. Una tupida alfombra yacía frente al hogar que se mantenía prendido con los leños que chisporroteaban en el fuego. La vio acercarse envuelta en un abrigo tejido que le cubría por demás los brazos y le llegaba hasta más allá de los muslos, y con unas bombachas de campo que le habían pertenecido a Segundo hacía tiempo ya, y que habían tenido otras temporadas de mayor esplendor. Él se acercó y le tiró de la mano para sentarse junto a ella en uno de los sillones de cuero raído por los años. Le entregó el tazón, que ella agarró y comenzó a beber.

—No sé qué le pusiste, pero está muy rico.

—Es una de mis especialidades.

Por más que él estaba ansioso por saber el motivo de la visita, le dio tiempo para que bebiera y entrara en calor. Mientras lo hacía, la contemplaba. En el mismo instante en que ella dejó la taza sobre la mesa, él deslizó el pulgar por una de las mejillas. Allí, donde unas pecas le daban vivacidad al rostro, había una tonalidad diferente: un leve color violáceo asomaba. Parecía algo imperceptible si no se veía con suficiente detenimiento.

—Catalina, dime, ¿qué tienes aquí?

El inflexible tono de voz era casi inaudible. Quizá la respuesta que no quería escuchar lo hizo ser más cauto de lo normal al hablar. Creía haber dejado bien claras las cosas con su hermano, pero comenzaba a ponerlo en duda.

—Supuse que ya no se notaba —murmuró al tomar el dedo de él y envolverlo en su mano.

—No entiendo.

—Fue mi padre.

Segundo debió sosegar la furia que comenzó a irradiarse por todo el cuerpo. Quería demoler a golpes a Santiago Nogués. Un hombre que se valía del poder para arremeter contra los más débiles le parecía un cobarde. Haber golpeado a Catalina era un acto del que se arrepentiría por siempre. Sin embargo, en ese momento debía refrenarse y escuchar todo lo que ella tenía

para contarle. A medida que ella se explayaba sobre el motivo que había dado origen a los golpes, más ira corría en su interior.

—No podía creer que el regalo que me hiciste estuviera estampado en el suelo.

Ella negaba con la cabeza como si lo peor que le hubiera sucedido fuera la pérdida temporal de aquellas pinturas que él le había obsequiado.

—Pero logré escabullirme hasta mi habitación, de donde no salí en dos días: lo tenía prohibido.

A él le costaba entender cómo habían sido capaces de semejante crueldad con alguien que era lo mejor de la familia. Nadie parecía apreciarla y la estaban arrojando al fango del odio, del resentimiento y la venganza, esos sentimientos que los motivaban a seguir adelante.

—En el tiempo que permanecí allí dentro, pensaba en ti y en cuándo volverías. Estaba segura de que lo harías cuando pudieras, porque así me lo prometiste.

—Así es. Entonces no viniste por eso y pensabas quedarte en tu casa.

—Sí, hasta verte, porque sé que no puedo contar con mi hermano en todo esto.

—Entonces…

Un frío helado corrió por el cuerpo de Segundo, aunque nada podía ser peor de lo que ella acababa de describir.

—Me dijiste que, si necesitaba comunicarme contigo, lo hiciera mediante un telegrama, pero creí que era importante verte, porque no sabía cómo podías tomarlo.

—¿Te preocupaba que yo tomase algo a mal? —No comprendía por qué ella continuaba intranquila por él.

—Sí, fue por eso que decidí decirles a mis padres, después que me dieron permiso para salir del encierro de mi cuarto, que me iría a visitar a mi amiga Dolores. Antes de salir, tomé el dinero que tenía guardado y fui hasta la terminal de ferrocarril para viajar hasta Los Tilos. Me costó ubicarme en aquella estación de trenes porque nunca antes había estado. Eran varios los andenes que confluían ahí. Los trenes llegaban y salían de distintas plataformas hacia diferentes destinos. Todo aquello se había transformado en un hervidero de personas que me llevaban por delante. A pesar de eso, logré

sacar el boleto y alcanzar la formación.

»Cuando llegué a la estación del pueblo, me vio el dueño del almacén de ramos generales. ¿Te acuerdas de que me lo presentaste aquella tarde que fuimos juntos al pueblo? —Ella nunca la olvidaría porque, en el regreso, le había podido confesar todo lo que sentía por él—. Extrañado por verme allí, me preguntó qué hacía sola en la estación. No quería que me descubriera y diera aviso a mi casa, por eso le dije que iría a La Elegida y que en breve llegaba mi familia. Le aclaré que yo solo me adelantaba para disfrutar de una larga estadía en el campo. Entonces se ofreció a llevarme a la estancia y, de ese modo, llegué al fin a destino.

»Bernarda supo disimular la sorpresa cuando me vio en compañía de aquel hombre. Me mantuve serena hasta que lo vi alejarse por el camino de salida. En ese preciso momento, le conté sin tapujos a Bernarda lo que me había sucedido y que necesitaba que me cubriera por si alguien más se apersonaba allí. No creí que me diría algo que me sorprendería gratamente: que se quedaba tranquila si yo estaba contigo. Lo único que me pidió es que esperara a que pasara la lluvia o que me fuera de manera inmediata antes de que se largase. No lo dudé y, ante la alegría de Bruma que no me dejaba caminar saltando a mi alrededor y olfateándome, me dirigí hasta el establo para buscar el caballo más veloz. Sin vacilar, tomé el de mi hermano y me lancé hasta aquí.

Frente la negrura de la mirada de Segundo, ella acababa de confesarle las peripecias para llegar allí. Él no daba crédito a lo que escuchaba ni a todo lo que había pasado para estar con él. Con la mano que le acariciaba el cuello, la atrajo para darle pequeños besos en el rostro que, días atrás, había sido maltratado. Cuando él se separó, ella se fundió en esa mirada que destellaba todo lo que él aún no le decía. Poco le importaba a Catalina haber atravesado los sinsabores y demás incidentes si Segundo la contemplaba de esa manera.

—Aún no te dije el motivo por el que vine.

—No.

Ella buscó debajo del amplio pulóver una hoja del diario con una esquela borroneada por el agua; era un manchón ilegible sobre un trozo de papel. Segundo no logró leer qué diario le entregaba, por eso tuvo que explicárselo.

—No está firmada, pero me la envió Felipe. No sé si puedes leer el artículo, pero habla sobre la carrera de Embustera y te compromete. Afirma que le diste un estimulante para que llegara a la meta y ganara.

—Lo escribió Felipe —aseguró.

—Al pie aparece el apellido Pascal.

—No importa. Da lo mismo.

—No soporto que te enreden en algo así. Todo es por mi culpa, porque no importa que no aparezca el apellido Benegas para saber que ha sido Felipe quien ha instigado todo esto.

—De eso no hay dudas, como tampoco de que ha hecho una buena investigación.

—¿Cómo dices?

—Que es verdad. Me vi obligado por las circunstancias a hacerlo. Este último tiempo no ha sido fácil para mí. Las deudas de la estancia y las familiares se acumulaban, y ya no sabía qué hacer. Ni siquiera el banco me daba más crédito. Me involucré con personas de mala calaña que sacaron provecho de mi profesión y yo de ellos, por el dinero que cobré.

—Entonces…

—Felipe está en lo cierto. Quizá yo no sea el que crees que soy. Esto ni siquiera es una denuncia, solo lo ha hecho en un medio gráfico y así quedará. Las pruebas no existen y la carrera ganada no volverá a repetirse, al menos para mí. Cuando te vi en el hipódromo, supe que sería la última vez. No soporté observar cómo te miraba Correa, y lo que es peor, de lo que es capaz él y su gente. Tarde o temprano esto saldría a la luz; yo sabía cuáles serían las consecuencias. No imaginé que mi apellido estuviera denostado en un periódico, pero el tiempo olvidará que mi nombre estuvo allí alguna vez.

Ella estaba absorta escuchándolo, no había hecho un gesto o alguna expresión que denotase un indicio sobre lo que pensaba, quería oírlo hasta el final.

—Quizás ahora entiendas cuando me pregunto qué he hecho para merecerte. Sé que puedes conseguir alguien diferente a mí. Catalina, ahora que sabes algo más de mí, tienes toda la libertad de irte. Jamás haría algo para lastimarte y, si estar conmigo lo hace, no quiero que dudes un instante en alejarte, porque yo no tengo la valentía de hacerlo.

—¿En verdad crees que algo así puede hacer cambiar lo que siento por ti, que puede tirar por la borda lo que he luchado para estar a tu lado? Yo no he venido a hacerte alguna recriminación sobre lo que se relata en esa nota, sino para advertirte y pedirte que tomes las medidas necesarias para evitar que te sigan ensuciando, porque todo lo que te hacen es injusto.

—Aunque sea verdad.

—No creo que sea Felipe la persona indicada para juzgar a alguien, y menos a ti, que eres la persona de la estoy enamorada. Debería entender que nadie, ni él ni tu madre ni mi familia, logrará convencerme de que me aleje de ti.

—Ven.

Con los brazos la cobijó con el pecho henchido por la declaración que, una vez más, ella le hacía. El sentimiento que tenía era de tal magnitud que no podía desgranarlo en palabras. Permanecieron de ese modo un largo tiempo, respirando del aire del otro, en un silencio acallado por el alternado sonido de la lluvia al caer.

—Parece por la tormenta ha amainado.

—Sí. ¿Quieres que te lleve a la estancia?

—Quisiera quedarme aquí.

—Es lo que deseo desde que te vi aparecer en medio de la lluvia. Deberé hacer frente a todo mañana, pero ahora no quiero que te vayas de mi lado.

—No lo haré.

* * *

La redacción del diario *Crítica* era un permanente barullo entre el sonido de las máquinas de escribir, el movimiento del personal y, en especial, la euforia de Felipe, que estaba atento al revuelo provocado por su nota, aunque las felicitaciones estuviesen todas dirigidas hacia Pascal. Sin embargo, para su sorpresa, su compañero acababa de hablar con el jefe para sincerarse y decirle que gran parte del contenido de ese escueto artículo se debía a la intervención de Felipe Benegas. No necesitó contarle más para que el superior lo acabase de llamar para tener una entrevista con él.

Según su compañero y el jefe, había sido muy loable y halagüeña su actitud, porque veían la posibilidad de sacarle provecho, ya que era capaz de vender el alma al diablo por una simple nota. En aquel despacho desordenado, con una gran cantidad de ejemplares del periódico arrumbados a un costado,

varias carpetas en el escritorio y una máquina de escribir libre de cualquier otro objeto encimado, se llevaba a cabo la espontánea reunión en la que los tres integrantes, por distintos motivos, estaban de buen ánimo.

La jornada aún no había culminado y, a pesar de algarabía que Felipe experimentaba, aguardaba la llamada de Cata. Estaba seguro de que, de un momento a otro, se pondría en comunicación para conversar sobre la equivocación que había cometido con él.

Capítulo 22

Un destello en la oscuridad

La oscuridad de la noche permitía que, de a ratos, la luna huidiza asomara en el firmamento. Los resabios de la tormenta habían quedado impresos en el terreno y en los caminos anegados por el agua. La quietud y el silencio eran interrumpidos por el aullido de algún animal en busca de refugio. La postal que se tenía desde el interior del casco de El Capricho era de una gran lobreguez. Detrás del cristal de la ventana de la cocina, Catalina contemplaba la vastedad que la circundaba. Poco se podía vislumbrar a través del vidrio, empañado por momentos por su respiración.

A pesar de la calma del exterior, ella era un manojo de nervios. Él no la había dejado de sorprender cuando le había confesado lo que había hecho para solventar lo que su familia dilapidaba. Nada había cambiado lo que sentía por Segundo. Tampoco dudaba de la decisión de haberse quedado, esa noche, en la estancia junto a él. A pesar de eso, se sentía inquieta. Para cenar, él estaba calentando un estofado de carne que la mujer del encargado le había llevado en la mañana. No era ajeno al estado de turbación que ella padecía. Cada tanto desviaba la vista de la preparación que calentaba para observarla.

—Creo que ya está listo.

Catalina se dio vuelta de golpe como si hubiera vuelto a la realidad y allí, frente a ella, estaba el hombre del que se había enamorado. Ni siquiera en sus sueños más afiebrados habría imaginado esa escena que compartían en aquella noche destemplada. Vio cómo tomó unos cuencos para servir la comida.

—El aroma parece tentador.

—Te aseguro que lo es. Ven.

Ambos se dirigieron hacia la sala, el lugar mejor calefaccionado de la casona. La chimenea no dejaba de consumir los leños que crepitaban sin pausa. Alrededor de la pequeña mesa frente al fuego, se ubicaron para disfrutar de la comida. Catalina no dejaba de observar que Segundo comía con el apetito que a ella se le había borrado por completo.

—No me has contado de tus clases.

—No puedo contarte mucho porque he ido unos pocos días. Para colmo, el primero fui regañada por el profesor y todo ha sido por tu culpa. No me mires así, estaba distraída con las pinturas que me regalaste y me abstraje de

lo que decía.

—Me gusta ser el motivo de tu distracción.

Ese día se había enturbiado con un hecho que aún no le había comentado. No sabía si mencionárselo, pero entre ambos no debía haber secretos.

—Estuvo tu madre en el instituto, vino a buscarme para tomar un café.

Segundo no había previsto que Lidia hubiera ido tan lejos. Había percibido que en alguna que otra ocasión había indagado sobre Catalina y había dejado caer un comentario sobre lo bien que la veía junto a Felipe. Supo darse cuenta de cuáles eran las intenciones maternas para cubrir y proteger al menor de los hijos.

—Te dijo algo inconveniente —aseveró sin dudas.

La conocía mejor que nadie: tras esa manera de conducirse y los buenos modales, había una mujer complicada y difícil. Él había aprendido a conocerla y a ponerle límites.

—Sí, aunque debo reconocer que yo también me comporté de manera desagradable.

—No te preocupes, de ella también me haré cargo. —Le clavó los ojos negros y extendió la mano por encima de la mesa—. Ven.

Con él, ella encontraba sosiego. Se recostó sobre ese pecho, abrigada por los brazos de él que la rodeaban.

—Dime qué es lo que te preocupa —le susurró.

—Nada.

Segundo se separó para tomarle el rostro. Una mueca definió que no le creía. Con el pulgar, le recorrió el contorno de la boca. Conocía a la perfección ese rostro que no dejaba de cautivarlo.

—Catalina, que hayas decidido quedarte aquí no quiere decir que vaya a suceder algo que no desees.

—Yo sé lo que quiero, estar aquí es lo que quiero.

—¿Entonces?

—Me da miedo no comportarme como debería; no sé, me refiero a no

estar a la altura de las otras mujeres que han estado contigo.

Tuvo que disimular los deseos de devorarle la boca para callar esa inocente preocupación.

—Nada de lo que he vivido en el pasado con alguna mujer se parece que lo que siento ahora. Debe ser porque nunca me enamoré, y es eso lo que lo convierte en algo especial. Intentaré demostrarte cuánto te amo. Esta será también mi primera vez. Todo esto no me provoca nervios ni tensión, sino fuertes deseos por lo que sucederá entre nosotros.

La sorpresa por lo que había escuchado había disipado los nervios y la tensión que la embargaba. Cuánto había esperado escuchar esas simples palabras, unas palabras que significaban más de lo que él podía imaginar.

—Al fin me lo dijiste.

—¿Estabas esperando que te lo dijera?

—Todo el tiempo.

—Deberé acostumbrarme a decírtelo.

—Eso ya no importa.

El dedo de él se desplazó por el cuello de la muchacha para acariciarla. Luego la atrajo para perderse en su boca. La besó sin prisa, como si ese instante se hubiera detenido suspendiéndose en el tiempo. Nada importaba más que ella y las sensaciones que le atravesaban por completo todo el cuerpo. Con la mano, rozó los pechos enhiestos.

—¿Confías en mí? —le susurró.

Ella asintió en una marea de sensaciones que no habría imaginado jamás. No había otra persona en quien confiase más que en él. Sin embargo, había algo más, quizá conocerse desde hacía tiempo les permitía una complicidad que era difícil de describir. Sabía también que estaba brindándole un momento especial. Con delicadeza, la ayudó a quitarse el pulóver, que echó a un costado. La boca de él comenzó a peregrinar el camino que las manos habían abandonado para recorrerle el resto del cuerpo. Las caricias la estaban enloqueciendo. Los gemidos de ella acallaban el crepitar del fuego. Parecía que había dejado ser dueña de su cuerpo. Lo ayudó a librarse de la camisa que, hasta ese momento, llevaba puesta. Sus brazos se aferraron a él a medida que el cuerpo se le retorcía de placer. A pesar de la incipiente desnudez, el calor que sentía la abrasaba. Con sorpresa y desconcierto, notó que Segundo, luego de ayudarla a quitarse el resto de las prendas, se había inclinado para

continuar besándola más allá de lo que ella hubiera imaginado. Sin dejar de mirarla, se desplazó hacia su centro para besarlo y lamerlo. Los manos de ella se aferraron a los cabellos de él para sostenerse en medio de los espasmos que le retorcían el cuerpo. No entendía qué sucedía, pero todo parecía moverse como ella con una serie de temblores y sacudidas que culminaron con un gemido que emergió de lo más profundo. De inmediato, Segundo se incorporó para adentrarse en ella.

—Catalina, mírame.

Los ojos negros de él parecían fundidos en brea. Esa negrura que los hacía tan especiales destellaba bajo el fuego que iluminaba la sala. En esa mirada ella lo vio más allá de la desnudez de sus cuerpos.

—Quiero sentirte.

Ella dejó que él la guiara y, con delicadeza y paciencia, fue adentrándose en ella. A medida que los embates se hacían más intensos, una bruma la envolvió y lo que creía que no sucedería ocurrió. Un grito más potente le nació del interior al darse cuenta de que su cuerpo estallaba en mil pedazos, al tiempo que él lo hacía también. Fue un instante en que ella creyó que se completaba en él.

—Te amo, Catalina.

Nada más podía pedirle a esa noche que recién había comenzado. Quería quedarse abrazada a él y no moverse de allí. Catalina no comprendió por qué razón Segundo acababa de incorporarse dejándola arropada solo con el calor de la alfombra. Poco después lo vio ubicarse cerca de sus muslos con una toalla húmeda.

—No tengas vergüenza, solo quiero que estés mejor.

Con suavidad, le limpió los vestigios de su primera vez. Esa intimidad compartida iba más allá de haberse amado minutos antes. A pesar de que él no lo supiera, también le había quitado la suciedad que llevaba encima desde el incidente con Felipe. Estaba segura de que eso lo había condicionado al haber estado con ella. Tampoco se lo mencionaría en ese momento, no quería empañarlo con algo que pudiera quitarle la magia a esa noche. No importaba lo que sucediera luego, las consecuencias que acarrearía ni las contrariedades que deberían afrontar. Enfrentar a Felipe era una de ellas.

—Me gustaría saber qué piensa esa cabecita.

—Nada.

—No te creo.

—Está bien, te lo diré. Pensaba en que no quiero irme de aquí. Quiero quedarme así por siempre.

—Mañana debemos regresar y poner ciertas cosas en orden. Lo primero que debo hacer es hablar con tu padre. Pero para eso nos queda tiempo.

—Entonces…

—Ven aquí.

La noche avanzaba, el fuego consumía los leños y ellos no dejarían de amarse hasta que amaneciera el nuevo día. No importaba lo que sobrevendría después. Afuera quedaba todo lo que pudiera teñir de amargura la felicidad que ambos compartían.

* * *

El destemplado tiempo en la ciudad no solo se debía a las bajas temperaturas que se habían instalado, sino también al ambiente enrarecido que se respiraba en la política. Ningún sector social, político o militar podía negar que la senilidad que se le adjudicaba a Hipólito Yrigoyen fuese dudosa. La falta de determinación en la toma de decisiones y el rumbo incierto que estaba tomando el Gobierno hacía imposible que la sociedad le brindase algún tipo de apoyo, uno que había sido incondicional dos años atrás, cuando había sido elegido para un segundo mandato, y que había sabido perder sin ningún miramiento.

Los disturbios en las calles eran agitados por empleados, estudiantes universitarios y obreros que salían a protestar en contra del Gobierno. La policía junto al Klan Radical, que defendían a Yrigoyen, se enfrentaba a la Liga Republicana y los manifestantes. Todos sumaban más violencia para calmar los ánimos del resto de la ciudadanía. Hasta ese momento lo que se reclamaba era el alejamiento del primer mandatario. Al inconformismo de la población, se agregaba el fraude electoral en el interior del país. Ese pedido de la sociedad se encontró con la determinación castrense para lograr una salida a la situación. La conjura era un hecho y, a diferencia de otras ocasiones en donde la revolución se gestaba en el seno de la ciudadanía, esta vez sería desde el núcleo más estrecho de las filas militares. La figura del general

Uriburu ganó relevancia en los planes de una revolución. Era importante para él que se entendiese que era el Ejército quien se encargaría del golpe militar contra el Gobierno. Ante esta decisión, abandonó su cargo oficial y, desde la clandestinidad, comenzó a gestar el golpe. Dentro del núcleo militar, había otra figura que se destacaba, la del general Agustín P. Justo, un hombre respetado entre sus camaradas. En el trayecto de su carrera, había sabido cosechar amistades, una de ellas había sido con Natalio Botana, dueño del periódico *Crítica*. En las oficinas de ese diario se realizó una de las tantas reuniones en las que se urdían los pasos por seguir. Todo cuanto acontecía era una cuestión de tiempo: esperar el momento justo para que todo se desencadenara.

En medio del caldeado clima social, Santiago Nogués vivía una realidad diferente. Sentía una gran algarabía por cómo habían resultado las cosas para él. A pesar de saber que ahora podía disponer a su antojo de lo que siempre había creído que le pertenecía, por momentos, le costaba admitir que fuera verdad. Para certificar que su sueño se había cristalizado, había ideado junto a su nuevo socio, Ariel Bustillo, una importante recepción para dar a conocer la buena nueva entre su grupo de pertenencia. Esas personas, bajo un sosegado murmullo, cuestionaban el motivo por el que él no era parte del negocio familiar. Argüían que no contaba con la suficiente capacidad para estar al frente del frigorífico; de lo contrario, nadie comprendía por qué se mantenía alejado del negocio familiar. Por más que no se lo dijeran, Santiago sabía que esos rumores estaban instalados y había tenido que esperar hasta que todo cambiase para mostrarles que estaban equivocados sobre él, sobre su capacidad y su manejo empresarial. Había llegado el momento de hacerle saber a todos la nueva conformación de la empresa. No solo se trataba de la satisfacción personal de haber alcanzado el sillón que tanto había buscado, sino de haber dejado a un lado a su padre, que estaba en el final de su vida en un estado deplorable, y a su hijo, con una carrera que venía en franco ascenso ahora truncada.

Ese panorama le brindaba una gran satisfacción y, con esa felicidad que llevaba a cuestas, había acordado con Bustillo realizar una gran celebración en su casa. Cada uno había debido hacer ciertas concesiones; la suya había sido aceptar que el horario fuese más temprano de lo habitual. La práctica protocolar con la que Bustillo se había manejado, durante bastante tiempo, había determinado el horario del festejo. Los invitados de la lista que se había confeccionado ya habían confirmado que acudirían esa noche. Solo restaba aguardar que las horas transcurriesen para disfrutar del agasajo. Santiago se dirigió hacia la sala, donde se encontraba su esposa dando los toques finales para la fiesta.

—Imagino que te estás ocupando de que nada falte.

—Por supuesto.

—¿Qué hace Catalina que no está ayudándote?

—¿No recuerdas qué te mencioné que estaba en la casa de Dolores?

—Sabes que no me gusta que esté fuera de casa, por más que esté en la residencia de los Pereyra y ellos sean nuestros amigos.

—No te preocupes que pasaré a buscarla por allí más tarde.

Ella no había tenido tiempo de pensar en algo más que no fuese el vestido que llevaría. Se había encargado de comprar más de uno por si a último momento se arrepentía; tendría una opción para hacer un cambio antes de bajar al salón y comenzar con la fiesta. Por Santiago se había enterado de que no había sido fácil convencer a Bustillo de llevar a cabo el festejo en su casa. Ambos habían convenido en que sobraban motivos para celebrar y se habían prometido que no faltaría oportunidad de hacerlo otra vez en la residencia de Bustillo.

—Deja que iré yo a buscarla con alguna excusa y me aseguraré de que los Pereyra vengan esta noche. Catalina debería estar aquí con todos los detalles.

—Como quieras, aunque si es así, me darás más tiempo para terminar con todo. No te preocupes por nuestra hija; también le elegí la prenda que debe ponerse esta noche, te aseguro que estará preciosa.

—Algo más: compórtate con la esposa de Bustillo. No la conozco, solo la he visto en alguna oportunidad y pretendo que entre ustedes todo marche de maravillas.

—Dalo por hecho, todo saldrá bien esta noche.

—Está bien.

Minutos después, Santiago Nogués salía de la casa para cumplir con unas diligencias, mientras su esposa permanecía envuelta en los preparativos para la celebración. El tiempo que le había demandado cumplir con las obligaciones había sido menor del que había pensado. Sin embargo, todo se desencadenó cuando fue a visitar a su amigo Pereyra. Luego del intercambio de rigor y de hablarle sobre los últimos acontecimientos de la empresa, le preguntó por Catalina.

—Si quieres llamo a Regina para que lo certifique, pero hasta dónde sé la querida Cata no ha estado en casa.

—No te preocupes, seguro que he entendido mal. Imaginarás que estoy un tanto distraído de la familia en medio de toda la vorágine laboral en la que me encuentro. Doy por sentado que me equivoqué.

El chasquido de la puerta evitó que Nogués continuase disculpándose por algo que había comprendido a la perfección. Estaba harto de los caprichos de su hija. Había sido demasiado tolerante con la joven. Cuando la viese, le demostraría cuál sería el modo de conducirse en adelante. Sin dudas, Laura había mostrado la ineficiencia que tenía para educar a Catalina, como en otras cuestiones. Suponía que le harían falta unos golpes más para terminar de enderezarla. Debería hacerse cargo de encauzarla, no iba a tolerar que le sucediera lo mismo que con Gerónimo, un hijo que se había encargado de influenciarla para que pusiera distancia con él. No lo soportaría.

—Santiago, qué gusto verte —irrumpió Regina con una bandeja con unos pocillos de café—. ¿Y Laura?

—Sin respiro. Imagínate cómo está con los preparativos.

—Lo imagino.

—Santiago no solo ha venido a visitarnos, sino para recordarnos que no faltemos esta noche. Me acaba de preguntar sobre Catalina, ¿ha estado ella aquí? —indagó confundido.

—Quizás haya salido con Dolores en algún momento, pero no ha estado en casa estos últimos días, como suele hacerlo. Sabes que disfruto de su presencia y mi hija más. Catalina es casi de la familia.

—Lo sé. La amistad de las muchachas es así.

—No te preocupes, amigo —aseveró el dueño de casa.

—Ya te dije que he escuchado mal.

—Es normal que así sea con tantas cosas en la cabeza que tienes, no puedes estar en cuestiones domésticas como esta.

—Así es.

Para no desentonar en esa amena conversación, le restó importancia a la mentira de su hija. Enfrascado en la charla, tomó el café, se despidió y se retiró de allí para cumplir con las obligaciones que aún le quedaban pendientes. Estaba convencido de dónde estaría su hija y hacia allí se dirigió con una furia que no dejaba de fluirle por las venas. Ese día solo debería estar centrado en el festejo en donde quedaría sellado el logro que al fin había

obtenido, y no estar detrás de una hija que solo le traía problemas.

Una vez que llegó a destino, estacionó el vehículo y se encaminó hacia la entrada. Si no hubiera sido porque el portero lo había dejado ingresar, habría tirado la puerta abajo. Al alcanzar el quinto piso, salió del ascensor y comenzó a dar golpes en la puerta del apartamento de Gerónimo.

—¿Qué pretendes con semejantes golpes?

—Estoy harto de que sigas interponiéndote en mi vida. No has hecho más que meterle palos a la rueda.

—¿De qué mierda hablas?

—No te ha bastado con alejarte de mi vida, sino que buscas que mi hija también lo haga.

—¿Qué dices? —preguntó Gerónimo al acercarse más a su padre.

—Que has puesto a mi propia hija en mi contra. Supongo que ya te debe haber contado la desagradecida.

El temple que Gerónimo había intentado conservar estalló al escuchar la manera en que su padre se dirigía a su hermana. No comprendía cómo no veía que la única persona equivocada era él, que no había sabido conservar el cariño de un hijo y repetía la historia perdiendo el amor Catalina. Lo tomó por los hombros para increparlo sobre lo que sabía.

—¿A qué mierda te refieres?

—Ya te debe haber contado que se ha negado a venir a trabajar al frigorífico ahora que yo comando esta nueva gestión. ¿Sabes cuál fue su fundamento? Que no pensaba hacerlo si eso implicaba tomar partido y alejarse de ti. Estoy convencido de que, bajo la apariencia de un buen hermano, has erosionado su voluntad y la has puesto en mi contra.

—No tienes idea de lo que dices.

—Claro que la tengo. Me ha mentido respecto de que se ha quedado en la casa de los Pereyra. Estoy seguro de que está aquí contigo; y tú, protegiéndola.

—¿A qué te refieres?

—Deja de hacerte el desentendido.

—No tienes idea de dónde está tu hija y vienes a culparme a mí de eso.

No quieras saber qué puede suceder si le haces algo indebido.

—Dile entonces que regrese a casa antes de que sea yo quien la encuentre, porque seré implacable.

—Vete ya. Yo me encargo de Cata, como siempre.

Gerónimo se contuvo para no agravar más las cosas. Era tanta la ira que tenía Santiago que le nublaba el corazón, si en verdad tenía alguno. Lo vio alejarse y, de inmediato, se dispuso a ponerse en comunicación con Dolores; ella estaría al tanto del paradero de su hermana. Tampoco se le ocurría otro lugar donde pudiese estar.

De pronto, el sonido del teléfono lo detuvo. Lo llamaban desde la empresa para avisarle sobre algunas cuestiones que él estaba investigando. Ese día no había ido hasta la oficina, había decidido quedarse en su casa. Lucrecia le había dado un indicio respecto a un tema que él seguía muy de cerca. Para Gerónimo, la nota amenazante que había recibido León debía tener un sentido y estaba a punto de desentrañarlo. Él estaba detrás de algo, de lo que Lucrecia le había dado la información que necesitaba. Otro de los temas que lo acuciaban era saber qué sucedería con la empresa y cómo lograría torcer la situación que atravesaba. Por ese motivo, no era conveniente celebrar las reuniones en la oficina. Aquel no era un espacio seguro para mantener una conversación con carácter reservado. Por eso, habían ido hasta su casa el contador y el escribano para ver si había alguna salida a la acuciante situación en la que él se encontraba. Tratar de resolver lo que su secretaría le había informado lo retuvo más de lo normal. Antes de que se hiciera más tarde y luego de despedir a sus colaboradores, se cambió para salir y hacerse cargo de los problemas que habían surgido en las últimas horas de ese día.

* * *

El acuerdo celebrado había sido más fácil de lo que habría imaginado. No le había alcanzado la botella que había guardado debajo de la cama para emborracharse por el festejo anticipado, había comprado otra en el camino. Terminó en la cama con una mujer casada que vivía en el conventillo. En ese momento, estaba sola porque su esposo, operario en una barcaza, había salido a trabajar. Aún le restaban unos días para que regresara. Eso era lo que a él le gustaba: no mantener un compromiso con nada. ¿De qué servía estrechar un vínculo profundo con alguien si en el momento menos esperado podía

abandonarlo? Esa había sido la historia de su vida. Borró de su mente aquel doloroso recuerdo, ya se cobraría las ofensas. Esa tarde no había debido esperar mucho. Poco después del primer encuentro, y en ese mismo banco a orillas del Riachuelo, en medio de la zona portuaria, se había celebrado otra reunión. A pesar de saber que él y Bustillo compartían el mismo sentimiento hacia la misma persona, algo más lo inquietaba. Quizás fuera saber que muy pronto el odio que lo había mantenido vivo llegaría a su fin. Quizás fuera solo eso, nada más. El dinero que había cobrado en la primera entrega había sido más de lo que pudiese imaginar. No cabían dudas de los fuertes deseos de su nuevo socio de acabar con la tarea que él había iniciado. Restaba completar el pago para llegar al final.

* * *

Las luces del exterior de la casona de Santiago Nogués se encontraban encendidas. Las blancas cortinas que protegían las ventanas estaban descorridas. Desde la calle podía vislumbrarse el interior de la propiedad y el movimiento del personal uniformado, que colocaba las distintas fuentes de canapés, saladitos y otras exquisiteces para que los invitados, que estaban llegando, disfrutasen de la excelencia que se ofrecía. Como no podía faltar en toda celebración, el vino y la champaña viajaban en las bandejas que los camareros ofrecían de manera permanente. Todo eso constituía el broche de oro para la celebración que se llevaba a cabo. Bustillo estaba junto a su esposa departiendo con algunos de los invitados. Para él había sido simple excusar a su hija de estar allí: nunca se tenían horarios en el hospital; ese pretexto justificaba la ausencia de Juana. El dueño de casa se había enfrascado en la atención de los invitados sin pensar en algo más.

—Laura querida, estás magnifica con este vestido.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Aún conservas la lozanía que yo y que otras mujeres que deambulan por aquí perdimos —agregó Regina Pereyra.

—Gracias.

—No quise preocuparte antes, pero tu esposo ha estado en casa y quería saber de tu hija. Me fijé y no la he visto.

—Está todo resuelto. Para no perder la costumbre, se ha quedado con su hermano, que no deja de darle los gustos. Una indigestión la tiene a maltraer. No te imaginas el malhumor de mi esposo.

—No te preocupes, es una cuestión menor.

—Claro que sí.

Laura Nogués se retiró en compañía de su amiga no sin antes revisar que nada faltase y que todo estuviera a la altura de lo que se esperaba de ella. Nada ni nadie lo echaría a perder.

* * *

El silencio en la propiedad de la familia Bustillo era rotundo. Juana agradecía que así fuera, porque desde la noche anterior no toleraba más estar allí dentro. Lo único que le agradecía a su padre era que hubiese tenido el buen tino de no hacer el festejo en la casona. Que se hiciera en otro lado le facilitaría abandonar la vivienda sin necesidad de escuchar los reclamos, pedidos y recriminaciones paternas. Ya estaba harta de las mentiras y las consecuencias que ellas habían llevado a su vida. Luego de haber escuchado a León, la cabeza no dejaba de darle vueltas en todos los sentidos. Por más justificaciones que cada uno tenía y le daban, nadie se había puesto a pensar en lo que ella había sufrido ni en el dolor que le había causado el proceder de los mayores. Solo Gerónimo podía entenderla, aunque no sabía hasta cuándo lo haría. Todo parecía estar muy mezclado: la felicidad de uno pendía de la desgracia del otro. Por más que intentase dar otro sentido a las cosas, todo estaba teñido de amor y venganza. Parecía que ese amor había sido un sentimiento equivocado que había lastimado a más de uno, y ella había sido la víctima directa.

No podía cambiar lo sucedido, pero sí podía modificar su presente, por eso había tomado la decisión de abandonar esa casa y trasladarse a un hotel. No había aceptado la invitación de Gerónimo para quedarse con él. No porque quisiera estar alejada de él, sino porque creía que debía poner cierta distancia. Debía irse y hacer que su padre se calmase para que dejara de molestar a Gerónimo. En medio de los pensamientos, había arrojado parte de la ropa que estaba dentro del ropero en una de las maletas que tenía. Había seleccionado solo las prendas que más necesitaba. Del resto se ocuparía más adelante. A pesar de no estar de acuerdo con que no se quedara con él, Gerónimo le había

dicho que la buscaría para ayudarla a trasladarse hasta el alojamiento que había elegido, uno que estaba cerca de la vivienda del joven Nogués. Acababa de cerrar la maleta y había bajado por la escalera a esperarlo. No le había asegurado a qué hora pasaría a buscarla, porque tenía que resolver unos temas que lo estaban complicando. Miró la hora en el reloj que reposaba sobre una de las mesas de la sala y vio que él no llegaba. No quería importunarlo para que fuera a recogerla, entonces le pidió al chofer de su padre que la llevara hasta el hotel. Una vez instalada, buscaría a Gerónimo para celebrar el primer gran paso que ella había dado.

* * *

El cigarro que mantenía en los dedos se había consumido. El humo de la última calada se lo había llevado el viento que se había levantado al caer la tarde. Al fin la espera había terminado y un soplo de esperanza por que se hiciera justicia lo invadía. Rozó con los dedos el arma que había conseguido en el mercado negro. Esa había sido una de las condiciones de Bustillo. Su nuevo socio pretendía estar alejado de cualquier vínculo que ambos pudieran tener. Como solía, había aguardado frente al apartamento de Gerónimo Nogués. Sabía que saldría de un momento a otro. La ocasión era ideal, ya que, a corta distancia de allí, más precisamente en la casa de otro Nogués, todo era festejo y algarabía.

La amplia puerta de roble se abrió y, por ella, salió Gerónimo. Apretó el gatillo; un sordo disparo lo impactó y lo hizo tambalear. El fogonazo de otro disparo fue el tiro de gracia para verlo tumbado sobre la vereda del edificio. Ningún otro sonido se escuchó en la calle hasta que él abandonó corriendo el refugio desde donde había acabado la misión.

Minutos después, estaba en viaje hasta la zona del Riachuelo, adonde volvería a emborracharse por haber cumplido con el sueño de terminar con Gerónimo Nogués. Por él, su madre había muerto. Elcira había sido la única víctima del incendio en el frigorífico Nogués. Había sabido, por comentarios de otros compañeros que trabajaban en aquella época con su madre, que ella había intentado salvar al joven Gerónimo. Quizá por ser el nieto del dueño todos se habían preocupado por él, pero ninguno lo hizo por su madre, que sí había quedado atrapada en el fuego. Nadie había intentado salvarla; ella había muerto para socorrer al joven heredero. Ninguno de ellos se había hecho responsable de ese incendio ni siquiera León, dueño y señor del frigorífico.

¿Alguien se había preguntado qué había sido del hijo de Elcira? Ese niño, que tenía casi la misma edad que el que su madre había intentado salvar, había quedado solo y a la buena de Dios. Los parientes maternos, que vivían en el interior, se habían presentado en la casucha y se habían hecho cargo para darle una vida que había dejado mucho que desear. Durante esos años en los que había sobrevivido, cuántas noches se preguntaba qué habría sido de él si ese incendio no se hubiera provocado y hubiera crecido bajo el amparo de su madre. Estaba convencido de que todo habría sido distinto si alguien hubiera dado una respuesta. El silencio, la desidia y el abandono de los demás habían engendrado el odio que a él lo había mantenido vivo hasta ese día. Había matado a Gerónimo para hacer justicia por el pasado desgraciado que había vivido. Su madre no debería haber muerto; Gerónimo sí. Era tiempo ya de festejar también. Al fin, todo había acabado.

* * *

La recepción del hotel era austera; ella no quería residir en un lugar que fuese suntuoso, tampoco sabía cuánto se quedaría. Solo buscaba tener paz luego de los días tumultuosos que había vivido. Ya no soportaba la cotidiana actitud de su padre, por más que él hubiera buscado cierto acercamiento. Evitar los gritos y las discusiones era un motivo más que suficiente para alejarse de allí. Ingresó a la habitación, dejó la maleta a un costado y volvió a bajar para buscar a Gerónimo.

—Señorita, si lo desea, puede pasar al salón comedor. Se está sirviendo la cena.

—Muchas gracias, pero tengo otros planes.

Salió de allí, tomó un coche y se dirigió hacia la vivienda de Gerónimo, esperaba ansiosa que ya estuviera en la casa. Apenas alcanzó la esquina de la propiedad, notó algunas personas en la entrada al edificio. Le pidió al chofer que se detuviera, le abonó demás sin aguardar el vuelto y se lanzó del automóvil. Corrió con el corazón apretado en un puño. No dudaba de que había sucedido algo terrible. No bien llegó, escuchó los sordos comentarios sobre lo que le había sucedido a Gerónimo Nogués. “Pobre muchacho, tan joven”, decía un vecino. “¿Quién pudo haber hecho esto?”, retrucó otro. “No sabemos en qué se habrá metido para que lo balearan”, agregó un tercero. Las manchas de sangre estampadas en la vereda la teñían de un color bordó seco. En un segundo buscó la mirada del portero, que aguardaba a la policía.

—Se lo llevaron al Hospital Rivadavia. Suponía que usted estaría allí. Ojalá haya llegado con vida.

Juana no siguió escuchando. En pocos segundos, volvía a tomar el mismo coche que se había entretenido en la calle observando lo que sucedía en la puerta de ingreso de ese edificio.

—Al Hospital Rivadavia —indicó con un hilo de voz.

En el trayecto, solo pensaba en qué haría una vez que llegara. Por más que intentase enfocarse en lograr salvarlo, los tiros que habían alcanzado a Gerónimo le retumbaban en la cabeza. Suponer quién podría estar detrás de ese acto hizo que un fuerte escalofrío le recorriese todo el cuerpo.

—¡Más rápido! —reclamó desde el asiento de atrás.

No podía borrarse de la mente las manchas diseminadas en la calle; sin dudas había perdido mucha sangre. Volvió a mirar por la ventana. En medio de algunas maniobras arriesgadas del conductor, alcanzaron la puerta del hospital. Cuando quiso abrir la cartera para pagar, comprobó que le temblaban las manos.

—Deje, señorita. Mucha suerte.

Ella ya había abierto la puerta sin siquiera escuchar lo último que el chofer le había dicho. Se lanzó por el camino que atravesaba el jardín de la institución hasta alcanzar el interior del hospital. Hizo caso omiso a los saludos del personal de turno. Se dirigió hacia la zona de urgencias. Preguntó qué había sucedido con alguien que acababa de ingresar por una herida de bala.

—Lo están atendiendo, pero no creo que se salve —le respondió un médico que se sorprendió de la rapidez con que ella acababa de colocarse el guardapolvo.

Exigió acceder al lugar en el que yacía Gerónimo. Ni siquiera se detuvo a escuchar la indicación del doctor sobre cuál era el box en el que lo atendían. Verlo tirado sobre una camilla, con el rostro blanco y con el torso desnudo con apósitos para intentar detener la hemorragia, la impactó. Creyó que no podría continuar allí para asistirlo.

—Doctora Bustillo, no es necesario que esté aquí. Esto no depende de nosotros. Sabe cómo es.

Si bien al médico tratante le llamó la atención que ella se hubiera apersonado allí, no averiguó, porque debía centrarse en el enfermo si

pretendía que se mantuviese con vida.

—¿Cuáles son los parámetros? —le preguntó a su colega con un hilo de voz, sin quitar los ojos del cuerpo de Gerónimo.

Se había acercado a él, entre la enfermera y el doctor que no dejaba de dar órdenes para estabilizarlo. Quería acariciarlo, decirle que todo pasaría, que muy pronto todo acabaría, pero el miedo y la desolación la estaban envolviendo, como tiempo atrás. En ese instante, y a pesar de la angustia que sentía, supo que debía neutralizar aquellos sentimientos que la embargaban para concentrarse en cómo sacarlo adelante.

—Ha perdido mucha sangre.

El profesional no continuó relatando lo que ella podía evaluar con solo verlo. El estado crítico del paciente hablaba por sí solo.

—¡Prepárenlo ya! —ordenó Juana.

—El quirófano ya está listo.

—Adelante —agregó tomando el borde de la camilla para conducirlo hasta la sala de operaciones.

El abdomen rebosaba de sangre que habían intentado detener con un torniquete. Debían saber si había algún órgano vital afectado, que comprometiese su vida.

—Doctora, nosotros nos ocupamos.

El profesional actuaba con cierto recelo respecto a esa joven que, tras una serie de elogios, recomendaciones y halagos, había llegado desde el exterior. Si ella pensaba que podría barrer la experiencia de él y de su equipo, estaba muy equivocada. Por otra parte, no era esa el área de su especialidad. Aunque no podía negar que en ese momento, atento a las circunstancias de falta de personal, no le venía mal la colaboración de la colega.

—Es mi prometido. Estaré en la sala de operaciones.

Si algo faltaba para tener más recelo con la joven médica, era lo que acababa de anunciar.

—Es mejor esperar afuera. En estos casos no es conveniente que usted esté presente. Se requiere una objetividad de la que usted carece.

—No saldré y no intento interferir, solo busco ayudar. Será usted quien maneje todo; yo solo quiero colaborar. No puede negarse ni negarme esto.

Ella no supo si fue el tono de súplica o la falta de personal lo que hizo que el doctor a cargo asintiera con la cabeza.

—El quirófano está listo —anunció la enfermera que acababa de ingresar al pequeño habitáculo en el que estaba el paciente separado por una mampara de tela de otro enfermo ubicado al otro lado.

—¿Va a resistir? —preguntó Juana, que le había tomado la mano a Gerónimo para acompañarlo en el largo camino que lo llevaría a la sala de operaciones.

Nadie quiso contestarle. La urgencia por asistirlo y la gravedad del caso imposibilitó que alguno de los que intervendrían a Gerónimo dijese lo que ella deseaba escuchar. El silencio fue interrumpido por el sordo sonido de las ruedas de la camilla sobre las baldosas hasta el pabellón de Cirugía, que contaba con siete quirófanos equipados con toda la aparatología necesaria. Ese sector había sido donado, años atrás, por la familia Cobo en agradecimiento a la atención de su hijo.

Dentro de la sala de operaciones, todo era ejecutado con la urgencia del caso y con la precisión requerida. El cirujano no dejaba de dar órdenes que el resto del equipo cumplía sin chistar, incluso Juana. Si ella buscaba ser eficiente en ese momento para colaborar y hacer lo imposible para que él se salvase, debía borrarse de la mente la imagen del hombre al que amaba. El cuadro clínico era complicado. La intervención estaba centrada en el abdomen; en la parte superior debajo de la zona dorsal, se debió extirpar el bazo, que estaba destruido. Esos malditos disparos habían destrozado la zona abdominal que ellos intentaban recomponer.

* * *

Al otro lado de la ciudad y en medio del festejo, la residencia de Santiago Nogués estaba en plena ebullición. Luego de esperar tanto tiempo, había llegado el momento de dar a conocer la noticia. El dueño de casa elevó una copa de champaña y, en compañía de Bustillo, dio la buena nueva. Las felicitaciones eran unánimes y los abrazos de los presentes no tardaron en llegar. Debió detenerse y apartarse cuando la empleada lo llamó porque había alguien que quería comunicarse con él.

—¿No ve que estoy ocupado? No me moleste.

—Alguien está al teléfono y dice que es urgente.

—Disculpa, sigue tú.

Bustillo se quedó allí conversando con el resto de los invitados bajo una felicidad plena. Pocos minutos después, como Santiago no regresaba, se dirigió hacia el escritorio. No bien entró, vio a Santiago con las manos aún sobre el teléfono, aunque ya había cortado la llamada.

—¿Qué sucede, amigo?

—Me llamó el doctor Ramírez. Gerónimo ha sido baleado y su vida pende de un hilo.

La ausencia de Santiago en medio de la algarabía reinante ante la buena nueva hizo que su esposa lo buscara con la mirada; al no verlo, fue hacia el despacho. En cuanto llegó, alcanzó a escuchar las últimas palabras lanzadas por su esposo.

—¡Cómo puede ser!—exclamó Laura.

Una fuerte conmoción la envolvió. No podía creer lo que acababa de oír de boca de su marido. Se le transfiguró el rostro y comenzó a llorar. Era injusto que a él le sucediera algo así. Se negaba a creerlo convencida de que pudiera haber algún error. De inmediato la juventud de Gerónimo se contrapuso con la imagen de su esposo.

—Deja de llorar como si fueras su viuda —murmuró Santiago al acercarse—. Ve a la sala y compórtate como corresponde. Haz lo que debes hacer, mientras veo cómo seguir.

Una vez más, su esposo no dejaba de sorprenderla. Con la angustia a cuestas, mientras se arreglaba y recomponía el maquillaje, abandonó el escritorio.

—Amigo, no creo que sea para tanto. Pienso que hay motivos para continuar festejando a pesar de todo, ¿qué me dices?

Bustillo mantenía la copa de champaña en alto; el motivo por el que había sido levantada, minutos atrás en la sala, había dejado de ser la principal causa para volver a beber y continuar disfrutando de la velada.

—Tienes razón. Nada ni nadie podrá borrar ni echar a perder este momento.

Santiago no podía creer que ese día tan especial pudiera enturbiarlo su

hijo, un hijo del que estaba alejado y al que se había enfrentado en todo momento. Ambos habían mantenido una lucha que parecía llegar a su fin, ahora que la vida de Gerónimo pendía de un hilo.

CAPÍTULO 23

Solo por ti

El tiempo había quedado suspendido en el aire desde el mismo instante en que Juana había ingresado en el hospital para saber de Gerónimo. La letanía de las horas era algo difícil de dimensionar, más para ella, que nunca había estado del otro lado, porque siempre consolaba con una palabra de aliento a los parientes que velaban por el enfermo que ella curaba. Había intentado mantenerse lo más entera posible dentro del quirófano durante el tiempo que había durado la intervención. Poco después, Gerónimo había sido sometido a transfusiones de sangre para estabilizar los valores alterados. El pronóstico no era halagüeño; las primeras cuarenta y ocho horas serían decisivas. Se necesitaba mucha fuerza por parte de él y una profunda fe de quienes lo rodeaban para que saliera adelante.

Juana no dejaba de contemplar la blanca palidez en el rostro de Gerónimo. No había dejado de sostenerle la mano entre las suyas en medio de la desesperación que la envolvía. Le había pedido al cirujano que le permitiese cuidarlo. Se había negado a que las enfermeras lo asistieran, les había asegurado que ella podía hacerlo. Sin embargo, el médico se había mantenido renuente, pero la insistencia de Juana y el pedido del doctor Ramírez, que estaba por allí, lo hicieron recapacitar y la autorizó a hacerse cargo hasta la mañana siguiente, cuando volvería a ver al enfermo.

—Mi amor —susurró acercándose al oído, aunque supiera que no la escuchaba—, no puedes dejarme. ¿Me oyes? Te amo. No puedes abandonarme.

En medio de la soledad de esa habitación, se permitió derramar las primeras lágrimas que hacía rato pugnaban por salir. La angustia que sentía en el pecho y la posibilidad de perderlo la estaban destruyendo. Desde que lo había conocido, había comprendido que para ambos sería difícil continuar con la relación, pero nunca imaginó que algo así pudiera sucederle y tener enfrente tan incierto final. Ella aún no podía centrarse en averiguar detalles sobre lo sucedido. Necesitaba estar enfocada en él y en que tuviera la mejor atención para que se salvara. Requería tener la mente limpia y despejada solo para él. No quería que sus pensamientos la arrastraran hacia lo que intuía, pero que no sabía con certeza. Era la primera vez que rezaba con tanta pasión. Si había un dios, era el momento para que demostrara que la acompañaba.

—Juana, no puedes seguir así. —El doctor Ramírez entró a la habitación por segunda vez en la noche.

Ella no se había movido y se mantenía inclinada sobre Gerónimo sin dejar de adorarlo. No era una imagen que a él le gustase ver.

—Nicolás, esto recién comienza, quiero estar sola con él.

—Deberías comer algo. La noche es larga.

Mientras hablaba, se dirigió hacia Gerónimo para verlo más detenidamente. Había conversado con el cirujano para tratar de tener un diagnóstico certero y sabía de la gravedad del cuadro.

—Juana…

—Por favor, necesito estar a su lado, cuidarlo y luchar junto a él para que salga de esta situación, porque saldrá, ¿verdad?

Nunca antes la había visto de ese modo. A pesar de su insistencia para que Juana le brindase otra oportunidad, ella no había claudicado en apartarlo. Cuando creyó que contaba con alguna posibilidad de revertir la posición de ella frente a los dichos de Santiago Nogués sobre su hijo, Juana se había mantenido inalterable, inclusive defendiéndolo. Ni siquiera la noche en que la encontró en el hospital devastada ella se había abierto a él. En aquella oportunidad, Juana se había ido con lo puesto de su casa y había notado que Gerónimo la había dejado en la puerta del nosocomio. Sabía que algo había sucedido entre ellos, pero ella no había querido contarle nada. Él lo había intentado todo. Había llamado a Bustillo, esa noche, para indicarle dónde estaba su hija, y de ese modo congraciarse con él. Nada había valido la pena. Contemplar a Juana en el estado en que estaba y cómo miraba a Gerónimo desechaba cualquier otra oportunidad que buscase tener con ella.

—Cualquier cosa que necesites, ya sabes.

—Gracias, Nicolás.

—Algo más: creí apropiado avisar a su familia. ¿Puedo hacer alguna otra cosa?

—Asegúrate de que León esté al tanto de lo sucedido.

—No sé si será conveniente.

—Lo es.

Ella no podía lidiar con nada más. No era capaz de contarle a León lo acontecido, menos aún sugerirle el entramado de sospechas que la asaltaban. Solo quería estar con Gerónimo y no moverse de su lado hasta que la pesadilla

pasara; se aferraba a la idea de que así sería. Sentada en la austera silla de la habitación, se había negado a que le trajesen una más cómoda: la incomodidad, los nervios y la preocupación la mantenían alerta. Por más que estuviera en una amplia y confortable cama, no podría descansar un solo segundo. Cualquier respiración de Gerónimo fuera de lo común la ponía sobre aviso. Cada tanto, revisaba que todo estuviera en orden. La habitación se mantenía en penumbra, salvo por la luz encima del respaldo de la cama, que permitía el control de todo cuanto sucediera en torno al paciente. Ni siquiera el chasquido de la puerta le distrajo la atención sobre Gerónimo.

Giró cuando notó la sombra de alguien que se acercaba con parsimonia, como si le costara caminar. León estaba allí, con el bastón que Dina le había obligado a llevar. Ella aguardaba fuera, en la sala de espera, no había querido despegarse de su patrón. La imagen que tuvo, no bien vio a su nieto, lo sobrecogió. Ni siquiera la vez que había estado internado a raíz del incendio lo había visto tan desvalido. Se aferró al caño blanco que formaba parte del pie de cama.

—León, siéntese —le pidió Juana y se levantó de la silla.

—Juana, quédate ahí, es donde mi nieto desea que estés.

Ella lo miró y notó que tenía la vista nublada de lágrimas. No existía nada que se pudiera decir para calmar ni alivianar el dolor que ambos sentían.

—Traeré un vaso de agua. —Salió para dejar que León tuviera un momento a solas con Gerónimo.

—Hijo querido —susurró—, no puedes alejarte, no cuando tienes a alguien que te espera. No te imaginas lo que daría por estar en esa cama.

Por segunda vez en la vida, deseaba cambiar el lugar con quien yacía en un hospital. Era una sensación que le rugía desde las entrañas. Primero, lo había sentido con Rosemary, habría dado su vida por la de ella; ahora, lo haría sin dudarlo por la persona que más amaba: Gerónimo.

—No te rindas —murmuró—, muestra que la sangre Nogués sigue indemne.

Volvió a mirarlo una vez más antes de salir de la habitación. Juana se acercó cuando vio que la puerta se abrió.

—Volveré más tarde —dijo al acercársele—. Nadie lo cuidará mejor que tú.

Ella lo observó alejarse con el caminar cansino. Era el reflejo de un

hombre quebrado y dolido por dentro. A pesar de la edad y la lesión que ella misma había tratado, mantenía una fortaleza digna de admirar. No dudó un instante en regresar a la habitación y velar por Gerónimo.

En la sala de espera, aguardaba junto a Dina alguien a quien León no esperaba volver ver, menos ahí.

—Pipo, ¿qué haces aquí?

Manrique siempre se había preocupado por la salud de León. Le había costado entender el motivo por el que Nogués no quería verlo. Aunque debió comprender, más tarde, que no sería fácil para León mostrarse distinto y desvalido.

—Acompañarte, como siempre lo he hecho. Antes de que me lo preguntes, en todo este tiempo he estado al tanto de cómo evolucionabas, aunque te negases a ver a tus amigos. Era tu muchacho el que me mantenía informado sobre ti. Y Dina me ha contado lo sucedido. ¿Cómo está él ahora?

—Grave. Necesito saber qué sucedió.

—Lo suponía. A pesar de mis años, sigo teniendo algún conocido en la policía. Iremos primero a tomar un café y luego nos entrevistaremos con la persona que te digo. Esta vez, como tantas otras, lo haremos juntos. No puedes estar solo en este momento, lo sabes. Vamos.

—¿Dina?

—Vayan nomás, yo me quedaré por aquí, por si alguien me necesita.

La mujer los vio retirarse. A pesar de los años que ambos llevaban sobre los hombros, una vez más, estaban apoyándose uno en el otro. Estaba convencida de que, en esa oportunidad, sería una prueba muy difícil la que deberían atravesar.

* * *

La ciudad de Buenos Aires era un permanente desfile de peatones que caminaban por las aceras en diferentes direcciones; los automóviles, los colectivos y los tranvías confluían en las calles para darle un marco de esplendor que nunca perdía, más allá de la situación política que se vivía.

Hasta allí habían arribado Catalina y Segundo, a pesar de haber deseado quedarse en la estancia. Detener el tiempo y permanecer allí era lo que ambos anhelaban, pero no lo que debían hacer. Querían poner en orden las cuestiones fundamentales para poder continuar, porque no podían huir de todo lo que ocurría. Segundo se había mantenido callado durante parte del viaje; sin embargo, le acariciaba la mano y, cada tanto, la besaba para demostrarle que él seguía allí con ella para contenerla por lo que pudiera suceder.

—Ya estamos llegando —anunció Catalina con un tono apagado.

En poco tiempo, todo había cambiado y no deseaba enfrentarse a lo que se vendría. Habría dado todo por quedarse en El Capricho en compañía de Segundo y dejar lo demás atrás.

—Cata, muy pronto todo estará solucionado.

Segundo se desvió del camino que llevaba hasta la casa de Santiago Nogués para tomar otro, muy conocido para ambos.

—¿Crees que es lo mejor? —preguntó ella al darse cuenta de hacia dónde iban.

—Por supuesto. No vas a pisar la casa de tu padre mientras yo no haya hablado con él y dejado ciertas cuestiones en claro.

La seguridad que él emanaba se la transmitía a ella, que lo observaba, cada tanto, dentro del vehículo. Aunque lo hiciera con disimulo, él le lanzaba una sonrisa de costado en cada larga mirada que Catalina le echaba.

—Hemos llegado.

Cierto movimiento frente al apartamento de Gerónimo lo alertó. Creyó que lo mejor era que, mientras tanto, ella se quedase en el vehículo. Ambos pospondrían sus diferencias en beneficio de Catalina.

—Espérame aquí.

Lo vio caminar hasta la puerta del edificio y hablar con el portero, que no dejaba de limpiar las manchas que había en la acera. Instantes después, Segundo se acercó corriendo hasta el automóvil.

—¿Qué sucede?

—Tu hermano tuvo un accidente y está internado en el hospital.

La envolvió entre sus brazos antes que ella prorrumpiera con un sordo sollozo. Esa noticia terminaría por derrumbarla.

—Shh, mi amor, todo estará bien —susurró y la besó.

Arrancó el motor y se dirigió hacia el Hospital Rivadavia. Hasta que él no supiera la gravedad de Gerónimo, no la haría partícipe de los hechos que el portero le había relatado.

Entre la angustia y la incertidumbre por desconocer a ciencia cierto lo ocurrido, ambos arribaron hasta la sala de espera. Con la cabeza hacia abajo, estaba León junto a Dina; acababan de llegar luego de haber ido a la casona para intentar descansar un poco. Él no había podido dormir, pero sí había tomado algunas decisiones: restringir el acceso a las visitas de su nieto era una de ellas. Había muchas personas alrededor de lo acontecido y cuantas menos personas supieran lo sucedido, mejor sería.

Catalina había llegado hasta allí envuelta en los brazos de Segundo. León no se sorprendió al verlos juntos. Aún no entendía cómo el resto de la familia no se había dado cuenta de lo que sucedía entre ambos. Conocía a Segundo desde hacía años. A pesar del carácter taciturno que tenía y de no haberse comprometido con alguna de las tantas jóvenes con las que se había relacionado, nunca había estado ajeno a Catalina. Se notaba, en los largos silencios y en las miradas cómplices, que entre ellos había algo más. Solo era una cuestión de tiempo que terminasen juntos.

—Abuelo, ¿qué ha sucedido?

En ese instante en que iba a contestar y poner sobre aviso a su nieta, la tensión se apoderó del ambiente. Y en medio del dolor por lo acontecido, una voz rugió en la sala.

—¡Dónde mierda estuviste!

Santiago Nogués, a pesar de las vueltas que le había dado al asunto, había decidido ir hasta el hospital. Al fin y al cabo, Gerónimo era su hijo, un hijo con el que mantenía una endeble y débil relación que la distancia había minado de desamor y frialdad. Luego del festejo que se había celebrado en su casa, se había acostado, aunque durante la madrugada no había podido conciliar el sueño. Una serie de sentimientos confluían en su interior, pero, por mucho esfuerzo que hiciera, no emergía el que un padre debería guardar por un hijo. Aún no sabía si se encontraba allí para que nadie volviese a decir que él no estaba en el lugar correcto cuando la familia lo requería, o si en verdad estaba allí porque lo unía algún sincero sentimiento que no incluyera las desavenencias, discusiones y diferencias que había vivido durante todos estos años. Cuando creía que conseguiría un momento de paz en sus pensamientos, vio a su hija, que había estado ausente en los últimos días, en los brazos de Benegas. No tuvo tiempo de acercarse a ella porque las manos

de Segundo lo tomaron por el cuello para arrinconarlo contra uno de los blancos muros.

—Vas a escucharme fuera de aquí —lo amenazó.

Santiago volvía a su esencia. Era un hombre que había sabido manejarse en el conflicto y en los problemas; de ese modo había ido construyendo vínculos. Necesitaba descargar todo lo que sentía en ese momento de incertidumbre y recelo; Benegas aparecía como la oportunidad justa. Ambos debieron mantener la distancia por el largo pasillo que conducía hasta el exterior. El jardín no solo estaba transitado por algunos pacientes que caminaban para completar la recuperación, sino por los profesionales que buscaban algo de sosiego en medio de las extenuantes jornadas en el hospital. Hasta allí habían llegado ambos envueltos en una ira contenida, que se desató no bien pisaron el cuidado césped.

—No quieras saber de lo que soy capaz si me entero de que has estado con mi hija estos días.

—¿Piensas golpearla como lo has hecho la vez pasada? Contéstame, ¡hijo de puta!

—Lo que haga con mi hija es mi problema. La manera en que la educo también lo es.

—Te equivocas, ahora ella es mi problema y todo lo que le suceda es mi tema.

—Aléjate de Catalina. ¿O te crees merecedor de una joven como ella?

—Quizás no lo sea, pero tampoco tú. Eres un cobarde y no permitiré que le roces ni siquiera el cabello.

—Pero ¿quién mierda te crees que eres para hablarme de este modo? Un Benegas que salió en los diarios no porque haya algo para destacar, sino porque está metido en las apuestas de caballos.

—Si hay alguien que no tiene moral para hablar, ese eres tú. Poco me importa lo que pienses de mí. Solo quiero decirte que amo a tu hija y que no me separaré de ella.

—Si sé que las has tocado…

—Por más que te pese, Catalina no regresará a tu casa mientras sigas siendo un violento, y no has demostrado otra cosa desde que la viste. Aunque te cueste reconocerlo, ella es lo mejor que tienes, pero lo único que buscas es

alejarla, como lo has hecho con Gerónimo. Catalina ahora me tiene a mí y no voy a tolerar que la amedrentes. Le has quitado la ilusión que ella tenía por ser alguien; la pintura era su deseo. La has avasallado con toda la mierda que llevas dentro.

El rostro de Santiago había pasado a un colorado intenso y las venas del cuello parecían cobrar vida. En ese mismo instante, una enfermera se acercó para pedirles a ambos que se tranquilizasen para no alterar con los gritos a los pacientes que deambulaban por allí. Si no lo hacían, iban a ser invitados a retirarse del lugar.

—Tengo otros planes para mi hija. Tú no estás en ninguno de ellos.

—Lamento que así sea. Guárdate los proyectos. Estoy convencido de que satisfacen tus necesidades, que son lo único que te importa.

—No pienso quedarme de brazos cruzados.

—Espero que lo hagas. No se te ocurra ponerlos en movimiento con Catalina porque te juro que no te imaginas de lo que soy capaz. Yo, en tu lugar, me cuidaría —le advirtió.

Santiago se dio cuenta de que ese no era el sitio donde debía estar. Nadie lo quería ahí. Estaba convencido de que todos estaban en su contra, aunque no claudicaría en hacer lo que creía conveniente con Catalina y con el resto de la familia.

Segundo acababa de regresar a la sala de espera, pero no encontró a Catalina. Al único que vio fue a León.

—Ella ha entrado a la habitación. Allí está Juana, que no se ha movido del lado de mi nieto.

—¿Qué me puedes decir de Gerónimo?

—Que está en manos de Dios y que espero que, esta vez, no nos abandone. Estoy cansado de todo. Lo único que me importa es su salud.

—Él saldrá de esta.

—Es lo que pido todo el tiempo. —Desvió la vista hacia un costado, pero nadie aparecía por el pasillo—. ¿Qué ha sucedido con Santiago?

—Necesitaba aclararle unas cuantas cosas.

—¿Y lo has logrado?

—Entiendo que sí.

—Cuida de mi nieta.

—Sabes que lo haré.

—Ella ahora necesita un gran apoyo y, mal que me pese, su padre no lo es en este momento.

—No me separaré de Catalina.

—Le dije que se quedara en mi casa, aunque yo no estaré allí para acompañarla. Hay una serie de temas que debo resolver.

—Creía que quedarse con Gerónimo era una buena idea.

—No creo que ella quiera abandonar el hospital, solo pensé en un buen lugar para que pueda descansar. Necesito cierta tranquilidad para saber quién está detrás de todo esto. Esta vez, Gerónimo no podrá cuidar de ella. Hazlo, por favor.

—La cuidaré más que a mi vida.

Catalina había encontrado en Juana alguien que la contuvo más allá del dolor. Cuando ella entró a la habitación, no imaginó que hallaría a su hermano en ese estado. No estaba preparada para verlo así. Se había acercado, le había rogado que volviese en sí y no los abandonara. Lo observó con los ojos cerrados, la blanca palidez que le teñía el rostro y la inercia que le envolvía el cuerpo; esa imagen era conmovedora. Le besó la mano, rezó por él y por ellos, porque sin él no sabrían cómo continuar. La acompasada respiración se conjugaba con el sordo sollozo de Catalina. Cuando giró, la vio a Juana, que se mantenía inmóvil al lado de la cama. No sabía cuánto más podría resistir. No hablaba, solo le tomaba la mano sin quitar la vista de él.

—No puedo creer que algo pueda sucederle —dijo en un ahogo—. ¿Él puede sentirnos?

—Cata, no lo sé.

Ella se fijó en Juana, que no se había movido de allí aguardando que Gerónimo despertara.

—¿Quieres que salgamos a tomar algo caliente?

—Gracias, pero no quiero dejarlo solo.

—Serán solo unos pocos minutos para que puedas comer algo y regresar

a acompañarlo el resto de día.

Juana sabía que Gerónimo haría cualquier cosa por esa hermana, y la joven estaba devastada. Por ella, abandonaría su lugar en esa incómoda silla y saldría con Cata, aunque no fueran más de unos pocos minutos.

—Espérame, por favor.

Juana salió a cerciorarse de que una enfermera estuviera presente ante cualquier eventualidad que pudiera surgir. No se quedaría tranquila si no avisaba antes de irse.

—Podemos irnos.

Antes de abandonar la habitación, se dirigió hacia la cabecera de la cama y besó a Gerónimo.

—Ya regreso, mi amor —le susurró.

Catalina se quedó aguardando en la puerta con lágrimas en los ojos. Todo le resultaba muy doloroso.

—¿Estás sola?

—He venido con Segundo —respondió al volver a la sala de espera—. Allí está.

Enseguida se acercó y se fundió en un abrazo sentido.

—Si quieres pasar, Gerónimo se quedó solo.

—No te preocupes, me quedaré con él.

Le preguntó a Catalina si estaba bien, solo así la dejaría un rato. Entendía que le haría bien compartir con alguien que no fuera él ese dolor que la atravesaba por completo. En silencio, ambas salieron hasta el bar de esquina. Varias mesas estaban vacías. El almuerzo había quedado en el turno anterior; las nuevas mesas se ocupaban para disfrutar de un té. Se acomodaron en una mesa al lado de la ventana. Desde allí se veía parte de la construcción del hospital.

—Te aseguro que mi estómago no resiste ingerir algo.

—Yo tampoco tengo deseos de comer, pero necesitamos hacerlo.

Cuando el camarero se acercó, le pidieron dos tés completos.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con él? —preguntó Catalina.

—El día anterior, habíamos quedado en vernos esa misma noche la que…

—Perdona —dijo al tomarle las manos—, soy una tonta. No debería haberte preguntado sobre eso.

—Por más que me desvíes el tema y hablemos sobre otra cuestión, él está dentro de mí. Ahora, solo respiro por Gerónimo. Pero no lo digo para que te sientas mal, al contrario, para que hablemos un poco. A ambas nos vendrá bien.

—Lo entiendo.

Una amplia bandeja con sándwiches y masas estaba frente a ellas. Cuando vieron la variedad de exquisiteces que había en la fuente, a pesar de creer que no podrían pasar bocado, no pudieron resistirse. No haber probado nada en todo el día, los nervios y la falta de sueño les estaba pasando factura.

—Veo que con Segundo las cosas marchan mejor —comentó antes de limpiarse la boca.

—Sí, solo con él. Porque, si quieres, te cuento los problemas que hay con mi padre.

Juana había compartido el dolor de Gerónimo ante los conflictos con Santiago, le resultaba tan o más descabellado que también los tuviera con su hija menor.

—No debes preocuparte por Gerónimo; él entenderá, solo necesita tiempo.

Ese había sido un problema que a Catalina la acuciaba, sin embargo, había pasado a un segundo plano. Habría preferido continuar lidiando con eso a que la vida de su hermano pendiera de un hilo. Juana detuvo su discurso porque, en medio de la confitería, vio al cirujano que acababa de ingresar al lugar. No dudó en levantarse en ir a su búsqueda.

—¿No te molesta que me vaya unos momentos? Vi a un colega y quisiera tener unas palabras con él.

—De ningún modo. Yo me quedaré aquí un rato más y regresaré al hospital.

—No vemos allí.

—Gracias, Juana. Sé que, si por ti hubiera sido, no habrías venido hasta aquí.

—Pero en verdad era lo que necesitaba. Nos hizo bien a ambas, ¿verdad?

—Así es.

Con la mirada perdida, contemplaba lo que sucedía a través del cristal de la ventana. Veía todo a su alrededor, pero sin poner atención a nada en particular. Solo el timbre de una voz que conocía muy bien la abstrajo de sus pensamientos.

—Cata, al fin puedo verte.

—Felipe, ¿qué haces aquí?

—¿En verdad me lo dices? —preguntó antes de sentarse—. A pesar de nuestras diferencias, siempre me he preocupado por ti y por tu familia.

Las noticias sobre lo sucedido a Gerónimo Nogués habían comenzado a correr muy rápido. No le había costado enterarse de los pocos datos con los que la prensa se manejaba. Él quería tener unas palabras a solas con Catalina; la había aguardado hasta verla salir del hospital y esperó a que estuviera sola para acercarse.

—Nada ha vuelto ser como antes y no creo que vuelva a serlo.

—Cata, ahora no es momento de que me digas algo. Imagino cómo te debe haber impactado la noticia. No he podido localizarte. No sabía dónde estabas.

Desde hacía unos días, él intentaba dar con ella. Había sido en vano esperar a que Catalina se presentase cuando le envió la nota con el periódico.

—Fueron días complicados.

—Supongo que enterarte de lo de mi hermano fue un duro golpe también para ti.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Qué necesidad de involucrar a Segundo y manchar su nombre?

—No lo he hecho por lo que sugieres, solo conté la verdad de los acontecimientos.

—Solo buscaste dañar a Segundo por mi culpa.

—No te equivoques. —Puso las manos sobre las de ella—. Esto es por mí, porque siempre he luchado por estar contigo. Te dije, y lo sostengo ahora, que te esperaría el tiempo que fuese necesario.

—Felipe, estoy enamorada de Segundo. Nada ni nadie me hará cambiar de opinión, ni siquiera esa nota que redactaste y que me enviaste creyendo que podría cambiar en algo mi parecer. Además, si no estuviera con Segundo, tampoco estaría contigo. Por favor, saca las manos de encima de las mías.

—Ya la has escuchado.

Felipe se enderezó y giró al ver a su hermano, que estaba allí. Vio cómo Segundo se inclinó hacia Catalina, le susurró algo; poco después, ella se levantó de la silla y se despidió con un tibio saludo.

—Dime, ¿qué más buscas?

—No tengo que darte más explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer.

—Te equivocas. Creo que sabes el motivo, ¿o necesitas que te lo reitere?

—Nunca imaginé que pudieras comportarte así conmigo. No creí que tu egoísmo podía llevarte a tanto, inclusive a perderme.

—No es así, Felipe. Te has empecinado con alguien que nunca tendrás, y eso va más allá de mí. El perdón sobre lo que le hiciste depende solo de Catalina. Si aquella noche yo no hubiese llegado, ¿qué habría pasado? ¿Lo pensaste alguna vez?

—Un error lo comete cualquiera, si no, mira en lo que te has convertido.

—No sabes lo que dices.

—Mal que te pese, estoy donde deseo estar. Solo me falta ella.

—Nunca la tendrás.

—No he venido a hablar contigo, sino con ella, pero, como siempre, te entrometes en todo.

—Felipe, hoy no te das cuenta, pero el tiempo te demostrará que estás equivocado y que no puedes perseguir lo que deseas a toda costa. Hasta que no comprendas que a Catalina no la tendrás, que yo no he conspirado contra ti y que el mundo no está en tu contra, no podrás continuar con tu vida. Hasta ahora, has elegido vivir con resentimientos y resquemores. Depende solo de ti que todo cambie. Cuando lo hagas, y sientas que estás listo para emprender un

nuevo camino, yo seguiré aquí.

—Nada de lo que dices me conmueve.

Fue lo último que pronunció antes de levantarse de la silla y alejarse de allí. Atrás quedarían su hermano y su adorada Catalina.

Dentro del hospital, en medio de un desfile de personas que por un motivo u otro se congregaban, Catalina levantó la vista al escuchar que alguien se acercaba a la sala de espera. Ansiaba que fuese Segundo; estaba preocupada por lo que pudiera suceder en el bar.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—¿Qué crees que hago?

—Perdona, solo…

Catalina prefirió no completar la frase. No era momento para recordar el comportamiento que su madre había mantenido con Gerónimo. Tenía el rostro desencajado; poco quedaba de esa mujer que descollaba belleza y exceso al vestirse.

—No creí que pudieras comportarte como lo estás haciendo. Te crie para que fueras otro tipo de joven. Cuentas con los recursos que yo carecía cuando tenía tu edad. Solo dame una razón para este comportamiento.

—Amo a Segundo, tan simple como eso. Frente a la negativa que están mostrando, no me han dado ninguna elección. Daría lo que fuera porque todo fuese distinto y me entendiesen.

—¿Piensas andar como una cualquiera yéndote con él?

Ella levantó la vista al ver que se acercaba Segundo. Intuía que no sería una grata conversación la que mantendría con su madre.

—Benegas, quería tener unas palabras contigo —dijo al levantarse—. Catalina no es una joven que puedas usar a tu antojo.

—No tienes que advertirme que ella es especial, porque pretendo estar el resto de mi vida a su lado. Tú y tu esposo deberían hacerse a la idea de que así serán las cosas, salvo que Catalina opine lo contrario —aseguró al clavar esos ojos negros en la joven, que no dejaba de contemplarlo—. Me parece que este no es el lugar ni el momento para tener esta conversación, ¿no crees?

Laura Nogués asintió asombrada por lo que acababa de escuchar. Quizá no fuera tan mala la elección que su hija había hecho. En sus planes había

estado el sueño de enamorarse de un hombre, aunque había aprendido que no todo se daba en la vida. Ser feliz no dependía solo de eso. Ella lo había conseguido de la mano de Santiago a pesar de la falta de amor, de las infidelidades y de las desavenencias que con él mantenía. Sin lugar a dudas, había algo que los unía. Permanecer en el selecto grupo que integraban y llevar una vida llena de fiestas, celebraciones y viajes lo era todo. Para ella no había sido tan difícil durante todos esos años mirar hacia un costado. Lo único que le había costado relegar era la fuerte atracción que siempre había sentido por Gerónimo. Y aunque nadie lo creyera, el dolor que sentía por él era genuino. No había dejado de pensar en lo que le había sucedido.

—Segundo, espero que sepas lo que haces. Mi hija es muy valiosa.

—En eso estamos de acuerdo.

Laura desvió la vista al ver que la puerta que se comunicaba con las habitaciones se abría y no dudó en acercarse para ingresar. Si hubiera pedido permiso, nadie se lo habría dado.

—¿Qué haces aquí?

Juana había salido unos minutos al corredor, mientras una de las enfermeras estaba dentro.

—Solo he venido a pedirte que hagas lo imposible para salvarlo —dijo con la voz quebrada—, yo no quiero importunarte, solo quiero que sepas que yo…

—No es necesario que me digas nada más. Supongo que tus deseos son los mismos que los del resto de la familia. Pero si tienes alguna duda, haré lo impensado para que se salve, porque, si no lo hace, no sé cómo sobreviviré.

—Gracias.

—Si aceptas un consejo —comentó cuando tenía la completa atención de Laura—, no te apartes de tu hija. Aunque no lo creas, ella necesita tu apoyo, ya que hoy no tiene el de su hermano.

Laura comprendió qué era lo que tenía subyugado a Gerónimo. No sería fácil encontrar una mujer de la talla de Juana Bustillo, menos aún igualarla.

* * *

León no había perdido tiempo y, acompañado por Pipo, había tenido una reunión para saber cómo iban las investigaciones. Él no podía hacer mucho en el hospital, pero tampoco podía quedarse tranquilo ignorando lo sucedido. Le habían informado lo poco que se había averiguado. Todo era muy pronto y muy confuso. En medio de todo aquello, había llegado Lucrecia a la casa. No era la primera vez que iba allí; lo había visitado a León por más que él la regañase. Ella lo conocía demasiado como para saber que no quería mostrar la supuesta debilidad que tenía desde que había sufrido la lesión. Un gran cariño, afinidad y algo más que siempre había sentido por él no le permitían dejarlo apartado de su vida.

—Lamento en el alma lo que ha sucedido con Gerónimo.

—Lo sé.

—No sé si es conveniente que usted se entere, pero, al no estar su nieto, creo que debería saberlo.

—¿Qué debo saber?

—Gerónimo había encontrado aquí mismo una nota intimidante, sin firma, que no solo lo amenazaba a usted, sino a él. Él supone que eso fue lo que le provocó el ataque cerebrovascular que usted tuvo. A pesar de que él le preguntó en más de una ocasión si recordaba algo de eso, usted lo negó siempre. Es como si hubiera borrado los minutos previos a la lesión.

León recordaba que en más de una oportunidad su nieto le había preguntado sobre los minutos previos al suceso. La última vez lo había hecho luego de la asamblea en la que se había desbaratado todo.

—A pesar de todo lo que tenía encima de sus hombros, Gerónimo continuó buscando y tratando de descubrir qué sucedía.

—¿Entonces?

—He venido a contarle algunas cosas. Aunque Gerónimo me prohibió que se lo dijera a usted...

—Lucrecia, él se está debatiendo entre la vida y la muerte.

—Por eso estoy aquí.

Sin más, se lanzó a hablar con la permanente atención del dueño de casa. A medida que la escuchaba, las cosas iban encajando en ese rompecabezas

que Gerónimo buscaba de armar. León dejó que su fiel empleada concluyera todo lo que tenía para decirle. Lucrecia controlaba cada palabra por el temor de que algún comentario alterase de alguna manera a León. A pesar de la dolencia y de la situación que estaba viviendo, lo notaba entero. Era un hombre de gran fortaleza. Poco después, con la esperanza haber hecho lo correcto, se retiró con la seguridad de que sería convocada cuando fuera necesario.

CAPÍTULO 24

De secretos y traiciones

En la noche desapacible, el viento soplaba en la costa del Riachuelo. Las largas sombras de los barcos fondeados allí se contorneaban sobre las veladas aguas del río. El lugar de encuentro era el mismo, pero el horario había cambiado. Ya nadie quedaba merodeando por aquel lugar. Solo la farola encendida en la esquina alumbraba donde él estaba. Cada tanto, pasaba algún automóvil. Muñoz aguardaba que Bustillo se presentase para completar el pago, así podría largarse de allí cuanto antes. Las luces de un vehículo lujoso, que se aproximaba, iluminaron el sendero. Sin dudas, su socio, esa vez, había sido puntual. No había tenido que esperarlo como en ocasiones pasadas. Se mantuvo sentado sobre el banco de madera que había sido testigo de lo que ambos habían pergeñado tiempo atrás. Con el sombrero que le cubría el rostro y a paso firme, se acercaba hacia él.

—Don, al fin todo se ha acabado.

—Cállate, imbécil.

—Cuidado, don, no me gusta que me hablen así.

—¿Cómo quieres que lo haga si no has cumplido con lo prometido?

—¿Qué dice? Lo he ejecutado con dos tiros.

—¡Que no fueron suficientes, porque sigue luchando por su vida! —reclamó entre la ira y la desmesura. Le costaba pensar que su hija se hubiera puesto al frente del equipo médico para salvarlo. No comprendía cómo todo se complicaba en ese momento, cuando creía que tenía todo controlado.

—No es lo que dijeron.

—El comentario de que murió baleado ha sido una genialidad del viejo patriarca porque supo que lo sucedido fue un atentado. Busca tener tranquilidad en medio del caos al que está sometido, acallar los comentarios y saber quién está detrás de todo esto. Por más que lo intuya, necesita probarlo.

León le había negado la entrada a todos aquellos que estaban fuera del círculo íntimo; Ariel era uno de ellos. Por eso, la relación con Santiago le facilitaba todo cuanto necesitaba saber.

—Es fácil cumplir con lo que me queda.

—Con este dinero, te irás lo antes posible. —Sacó un sobre de madera con la paga por un trabajo aún no terminado—. No te quiero cerca de mí ni de nadie que pueda relacionarte con todo esto.

—No me iré hasta que no haya terminado el trabajo que vine a hacer aquí.

—Lo harás —amenazó Bustillo—. No quiero volver a verte cerca de aquí. Si tenemos algo de suerte, él no resistirá y habremos finalizado con esta pesadilla. Vete y disfruta del dinero.

Bustillo se levantó para abandonar ese lugar nauseabundo. Él, que debería estar bebiendo una copa de alcohol y disfrutando del logro de ver acabados a los Nogués, estaba reunido con un miserable que no dejaba de llamarlo "don".

—Yo me ocuparé de todo. Aunque parezca que Gerónimo tiene siete vidas como un gato, terminaré lo que tú has comenzado.

—Don, ¿a qué se refiere? —preguntó al arrojar la colilla del cigarro antes de lanzarse a caminar para alejarse de allí.

—A nada que te importe.

Parecía que Bustillo había regresado a una instancia de su vida de la que nunca se había ido. En medio de ese estado de trance, murmuró algo que a Muñoz lo inquietó.

—Sobrevivió una vez a un incendio que yo provoqué para que muriera. No voy a tolerar que viva en esta oportunidad.

—¿Un incendio? —Pronunció cada letra con terror por lo que acababa de descubrir.

—No importa lo que dije; no entiendes nada.

No le había bastado con la decisión de alejarse de Buenos Aires, antes debía cobrarle a Nogués por lo que había hecho. Su esposa, Rosemary, ya había pagado con la vida; ahora le tocaba a León perder lo que más quisiese. En esa oportunidad, no lo había acompañado la suerte. En medio del revuelo que había suscitado la muerte de su joven esposa, había huido del país convencido de que habría otra oportunidad, y de que no fallaría.

—¡Fue un incendio en el frigorífico! —gritó Muñoz poseso, sin que Bustillo entendiera por qué lo hacía.

Negaba con la cabeza una y otra vez. No podía ser cierto. No tardó en darse cuenta de que estaba frente al autor del siniestro que había matado a su madre. Nunca se le había pasado por la cabeza que aquel incendio hubiese sido provocado, menos aún que el mentor fuese el socio con el que estaba operando para acabar a Gerónimo.

—¡Cállate! No dio el resultado que esperaba, pero ahora no dejaré que vuelva a suceder. Hazme caso y vete ya lejos de aquí para que nadie pueda vincularte conmigo ni con los Nogués.

—Don, no se preocupe, que nadie lo hará.

En el mismo instante en el que Bustillo iba a retirarse, Muñoz se acercó y lo agarró por las solapas del costoso abrigo que llevaba.

—¿Qué haces, inútil?

Le dio una trompada en el estómago que lo hizo doblarse hacia adelante y lo inmovilizó. Lo había dejado pasmado por la sorpresa y dolorido por el golpe. Tomó la mano de Bustillo para agarrar el arma que aún llevaba y que pensaba arrojar al río antes de abandonar el lugar. El arma que no había sabido dar muerte a Gerónimo Nogués acabaría con Bustillo. Pensaba introducírsela en la boca para que el frío metal fuese el último sabor que tuviera antes de morir. Le aproximó el revólver a la mandíbula y terció los dedos de Bustillo con los suyos. Solo un instante lo separaba de la vida y la muerte. Una gran satisfacción por lo que vendría le corría por todo el cuerpo. Debía impulsar el dedo junto con el de Ariel para apretar el gatillo.

El silbido de un disparo lo distrajo. No entendió qué sucedía, pero notó cómo se desplomaba el ricachón sobre él por el impacto de una bala. En una fracción de segundos, Muñoz gatilló con el arma sostenida, a la vez, por sus manos y las de Bustillo, sin la precisión deseada. No sabía adónde había disparado. Debía huir de allí con rapidez. Mientras se alejaba, el sonido de otro disparo detonó y le rozó el costado del cuerpo. Los nervios y la tensión le permitieron lanzarse a correr sin mirar hacia atrás.

Poco después, se abrió la puerta de un automóvil que estaba muy cerca de aquel encuentro. León no había llegado solo hasta allí. Necesitaba que alguien se mantuviese alerta, despierto y tranquilo conduciendo para que él pudiera hacer lo que tenía previsto. Ejecutar a Bustillo era lo único que lo preocupaba. Aún no sabía si lo había hecho, lo había visto caer, pero necesitaba comprobarlo. Tirado en el lodo, agonizaba con un hilo de sangre que le salía por la boca. León lo observaba desde arriba sin un ápice misericordia.

—Lo intenté —murmuró con un último aliento—, ella, el incendio y

ahora tu nie…

—Esto debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

La última mirada de Bustillo se transformó en la imagen que León guardó en la retina antes de acercar con el pie el revólver a la mano de Bustillo. El sombrero con el que solía galantear era un estropajo, como su propietario, que yacía sin vida. Caminó los pocos pasos que lo alejaban del automóvil y subió.

—Pipo, no pude darle al joven Muñoz.

Manrique arrancó enseguida para evitar que su amigo hiciera alguna otra locura. Habían llegado hasta allí, habían esperado a que el encuentro se diese, luego de los pasos que había sabido seguir Gerónimo ante los indicios que Lucrecia le había facilitado. No era fácil mantener un secreto cuando todos se conocían en esa zona y algunos leales operarios vivían por allí. La imagen de Bustillo con esa estampa tan altisonante en compañía de un trabajador como Muñoz llamaba la atención, más con el revuelo que se vivía en la empresa.

El mismo día, antes del ataque, Gerónimo había descubierto la identidad de ese empleado que había ingresado al frigorífico no hacía tanto tiempo. No había sido él quien lo había tomado, sino Lucrecia. Nada había llamado la atención, salvo las últimas incursiones del operario en las oficinas de la empresa. Ese comportamiento no habría significado nada especial más que fisgonear, pero eso cambió cuando, unos días después, ese mismo obrero estaba reunido con un hombre con la apariencia de Bustillo. El apellido Muñoz había quedado sepultado bajo el incendio y, en aquella época, había sido Lucrecia quien estaba al tanto de todo. Entre esa información, las coincidencias y el comportamiento de ese empleado, Gerónimo había descubierto las intenciones de ambos, pero no pudo confirmarlas porque todo se había precipitado. El resto era historia conocida.

—León, no tienes la misma precisión que de joven.

En todos los años que llevaban de amistad, habían compartido una vida juntos: innumerables viajes a la estancia, las competencias de tiro, un sinfín de acontecimientos sociales a los que habían concurrido para hacer negocios y jugar con la posibilidad de ingresar en la política. También se habían acompañado en la pérdida de los seres queridos. Siempre uno había sostenido al otro. El último gran dolor había sido la muerte de Rosario, que lo había dejado a Pipo después de tantos años juntos, y allí había estado León para sostenerlo.

—Te equivocas, hay que cosas que nunca se olvidan.

—Deberías olvidarte de ese Muñoz. La policía se encargará si lo encuentran. No creo que haya quedado con ganas de seguir mezclándose en problemas. No le diste de lleno, pero debes haberlo herido. Tiene el sobre que vimos que le entregó Bustillo. Ya no necesita nada más.

Sin estar muy convencido de lo que le decía su amigo, se calló y se mantuvo pensativo en el trayecto hasta la casa. Una vez más, el pasado se fundía con el presente. Aún le pesaba no haber actuado cuando aún estaba viva Rosemary. Nunca se había engañado: si no había matado antes a Ariel Bustillo, no era porque mantuviese la moral tan alta, sino porque sabía que ella no lo miraría del mismo modo. Por ella, él habría hecho lo que fuera. Sin ella, todo valía.

* * *

A veces la vida se encapricha con dar la certeza que se buscaba por otros medios. ¿La venganza es un buen camino para lograrlo? Quizás sí, quizás no. Muñoz creía que había alcanzado la paz al intentar dar muerte a quien había truncado la vida de su madre. Le había achacado sus penurias y las miserias vividas a aquel hecho, se había obsesionado a tal punto que transformó lo sucedido en el combustible necesario para mantenerse vivo y seguir adelante. Sin embargo, nada parecía haberse acabado. Alguien más estaba detrás de todo. Él había logrado escapar por un segundo, si no, estaría tan muerto como Bustillo. A pesar de todo, necesitaba unos cuantos tragos para aquietar el torbellino que bullía en su interior. El impacto de saber que había estado frente al autor del incendio lo mantenía alterado. Había buscado en el alcohol el sosiego necesario para calmarse sin dejar de festejar por lo ocurrido a orillas del Riachuelo. En uno de los tugurios a los que había ido, pudo limpiarse la leve herida que tenía en la parte lateral del muslo. El whisky que conservaba en el vaso había servido para desinfectar la lesión. Daba gracias de que quien había apuntado no hubiera tenido la precisión necesaria para matarlo ni herirlo de gravedad.

Si no hubiera sido por la confesión de Bustillo, se habría quedado en la ciudad para acabar con Gerónimo, pero sabía ver cuándo era momento de retirarse y, atento a las circunstancias, no podía jugar con la suerte, una suerte que siempre le había sido esquiva. Debía huir pronto. Primero, pasaría por el conventillo para tomar las pocas pertenencias que había dejado en la habitación, luego, se iría lejos de allí cuanto antes. Con un dolor que

comenzaba a sentir más profundo y que se le extendía por el cuerpo, caminó hacia la parada del tranvía. En el trayecto, habían subido muchos pasajeros, obreros que irían a trabajar a las fábricas ubicadas a la vera del río. Esa mañana él ya no concurriría al frigorífico porque todo había acabado.

Bajo una persistente lluvia, el amanecer aún no había despuntado. La espesa niebla no permitía divisar el puente Bosch en todo su esplendor con la estructura metálica que lo recubría. Una señal mal dada por el operador que había mantenido levantado el puente para dejar paso a una barcaza, la poca visibilidad que había en aquel momento, la alta velocidad o el mismo destino hicieron que el tranvía cayese en las aguas del Riachuelo. Murió gran parte del pasaje; Muñoz también. Había muerto como vivió: en una soledad absoluta. Nadie lo buscó.

Todos los medios de comunicación se hicieron eco de semejante siniestro. En las oficinas del diario *Crítica*, luego de haber vendido el alma al diablo, Felipe había logrado salir de la sección deportiva y acababa de finalizar la crónica del accidente:

En la profundidad del Riachuelo

En medio de las turbias aguas del río, flota el interno 75 de la línea 105, perteneciente a la Compañía de Tranvías Eléctricos del Sur, que viajaba atestado de pasajeros con destino a Barracas. El puente Bosch se había mantenido elevado para dejar pasar una chata petrolera, Ítaca II, que atravesaba las aguas. Sin poder detener la formación, el *motorman* y el resto del pasaje –todos trabajadores– encontraron la muerte; solo cuatro pasajeros se salvaron de semejante tragedia. En aquellas revueltas aguas, quedaron los cuerpos. Como citó el poeta González Tuñón, en otra de las ediciones de este periódico, a uno de los obreritos, con tan solo catorce años, lo sorprendió la muerte con un sándwich de milanesa en el bolsillo. Ni el hambre ni el frío de esa destemplada mañana habían impedido que saliesen a buscar el pan, sin saber que, horas más tarde, encontrarían la muerte. Bomberos, policías y miembros del Ministerio de Obras Públicas seguían con el trabajo de rescatar los cadáveres para darles una cristiana sepultura.

Firmado Felipe Benegas.

* * *

La crónica de lo acontecido había cambiado el eje de la información: los desmanes provocados en la ciudad por quienes estaban en contra del Gobierno y las conspiraciones que se tejían desde el ámbito castrense habían quedado a un lado. Sin embargo, el supuesto suicidio de un hombre con una trayectoria encumbrada en el ambiente diplomático opacaba el accidente, al menos en el círculo más circunspecto de la sociedad porteña. Nadie comprendía cómo había buscado la muerte en un lugar descampado, destemplado y tan distinto a los ámbitos en los que solía frecuentar, como en el que se lo encontró. Su vehículo se hallaba estacionado a pocos metros del cuerpo. ¿Qué lo había llevado a conducir hasta allí y buscar la muerte sin más? Resultaba difícil de comprender porque, luego de una vida en el exterior, había regresado y comenzado una nueva actividad en una empresa que había comprado. Según parecía, no lo acuciaban deudas de juego ni de otro tipo que lo encaminaran a semejante final. La conmoción en la familia y en los allegados era atroz.

Solo se había apersonado León para saber qué había de cierto respecto del arma que se había encontrado. Él y Manrique le habían pedido a un comisario amigo de ambos que averiguase y que no dejara cabos sueltos en el atentado contra Gerónimo. Luego de lo acontecido esa tarde, nadie había dado ni con el autor ni con el revólver. Con las pericias realizadas, se había podido determinar el calibre de la bala y el tipo de arma que había provocado que la vida de Gerónimo pendiese de un hilo. Los rumores nunca habían cesado y la fuerte lucha por posicionarse en el frigorífico era la conclusión de varios.

Cuando se encontró el cuerpo de Bustillo, se comprobó que había recibido dos tiros. Justamente, el letal había salido de un revólver, cuyo dueño se desconocía. El segundo disparo se efectuó con la misma arma utilizada para balear a Gerónimo. La conclusión a la que había llegado la policía se informó a la familia. El único pedido que el alto funcionario policial había recibido era que mantuviera reserva, en la medida de lo posible, acerca de lo que acababa de conocerse para no sumar más dolor a los familiares. Quien debía saberlo ya estaba en conocimiento del hecho y de las consecuencias que acarrearía.

Varias cuestiones no cerraban. Por ejemplo, cómo la misma arma que había baleado a Gerónimo estaba en manos de Bustillo si, cuando al joven le dispararon, él estaba departiendo en la casa de Santiago Nogués; toda la concurrencia podía atestiguarlo. Sin embargo, sorprendía más que Bustillo no se defendiera cuando tenía otra arma en sus manos. Tampoco había ninguna pista sobre su atacante.

La noticia de la muerte de su padre le había llegado a Juana como un vendaval que la arrasó. Aún se mantenía junto a Gerónimo, velando por él, cuando la policía concurrió hasta allí para informarle. Le costaba entender lo sucedido; estaba segura de que Ariel no se había suicidado porque estaba feliz, había llegado a un momento muy esperado en su vida, por más que lo moviera una antigua venganza. Intentó ver más allá, pero lo único que podía ver era el cuerpo inerte del hombre que amaba. Creía que la mente le estallaría en mil pedazos, porque su corazón no tenía capacidad para mayor dolor. A pesar de que los oficiales entendían el momento delicado, le hicieron algunas preguntas. Las respuestas no reflejaban nada distinto de lo que la policía ya sabía: la enemistad entre ambas familias era notoria; además, se había hecho pública y más profunda a raíz de la disputa por el frigorífico.

En medio de todo, la muerte de Ariel Bustillo la devastaba. Como en una película con un trágico final, comenzaron a aparecerle unas imágenes desde que ella era pequeña, cuando juntos habían abandonado la ciudad de Buenos Aires. Aquella época apenas la recordaba, quizás había buscado resguardarse de los errores cometidos por los adultos. Sentía un vacío y un dolor inmensos, ya que esas imágenes se encontraban plasmadas sobre un lienzo blanco y plagadas de mentiras. Nada de lo que había vivido le resultaba auténtico. Cuando creyó haber encontrado a alguien de verdad, como Gerónimo, e imaginó que su vida podía dar un vuelco, comprobó que se había equivocado ya que la vida de él se derrumbaba a cada minuto. Ahora, como si fuese un designio del destino, su padre moría envuelto en un escándalo. Él nunca había tolerado que distintos rumores recayesen sobre la familia. Ella jamás había entendido esa aversión, aunque hacía poco la había comprendido. Arrollado en una maldición, él acababa de morir cubierto de presunciones y murmuraciones que no lo dejarían descansar en paz.

Ante las dudosas circunstancias en que se había producido el deceso, esa vez con buen tino, Adela había decidido un velorio simple y rápido para evitar mayor cotilleo. Juana estaba quebrada por dentro, pero debería abandonar aquella silla e ir hasta la casa para despedir al padre, en medio del escándalo y con algunas cuestiones pendientes por decirse. Le había pedido a uno de los médicos que estuviese pendiente de Gerónimo en su ausencia, aunque no tardaría mucho tiempo. No obstante, se había asegurado de que Catalina la cubriese.

Arropada por la angustia, salió del hospital rumbo a la casa, una casa que ella había dejado sin ni siquiera comunicar la decisión. La última conversación que, con Ariel, habían sostenido no había sido en buenos términos. Ese recuerdo que le venía a la mente cuando pensaba en él. Quedaría una conversación pendiente, que su padre se había llevado a la tumba junto a una serie de cosas que no le había develado.

—Al fin te dignas a venir.

No podía culpar a Adela de ese recibimiento; sin dudas, habría sido la destinataria de toda la rabia que Bustillo había lanzado contra Juana. Habían sido tiempos difíciles para la relación de padre e hija, y Adela había sabido llevar agua para su molino. Allí estaban las dos, frente a frente, en esa casa que había sido testigo de secretos y traiciones.

—No es momento de recriminaciones, ¿no lo crees?

—Solo te voy a pedir que no te quedes mucho tiempo. En los últimos días no has dejado de traerle disgustos a tu padre. Ahórramelos a mí.

—No te preocupes.

Adela la condujo hacia la sala en la que estaba el féretro de Ariel Bustillo. Se acercó hasta que los dedos rozaron el lustroso cajón en que yacía su padre, bajo la atenta mirada de unos pocos que no dejaban de murmurar cuando la vieron entrar. Adela los había puesto al tanto de lo acontecido. Permaneció al lado del cajón unos largos minutos y luego abandonó la sala para que continuasen murmurando. Caminó hasta llegar al escritorio de su padre. Si no se sentaba, creía que se desplomaría.

En aquel silencio, pudo dejar caer las lágrimas de dolor por la pérdida, los desencuentros y los enfrentamientos que se habían acumulado el último tiempo. Pasó las manos por ese escritorio que había acompañado al padre parte de su vida. ¿Qué lo habría llevado a tomar las últimas decisiones? ¿Por qué lo había hecho? ¿Hasta dónde llegaba su ambición y en qué lugar acababa la venganza que había perseguido durante esos largos años? Lo buscó con la mirada en algunos de los retratos que reposaban en una mesa auxiliar. Acarició la única fotografía que conservaba él con ella de pequeña. Su padre estaba enfundado en un traje elegante, parecía presto para concurrir a algún acontecimiento social, y ella, con un vestido con florcitas rosas y un saco de lana blanco. Ese era el único recuerdo que había de ellos. Cada vez que Juana estaba allí, desviaba la mirada hacia esa imagen porque era el recordatorio de que había habido un pasado que podía decirse feliz. Bustillo no conservaba ninguna fotografía en la que estuviera con su primera esposa. Juana estaba convencida de que había sido por el pesar que representaba la ausencia de Rosemary para él. Cuán equivocada estaba. El rencor que aún guardaba hacia ella había provocado que no tuviera un lugar allí ni en ningún otro lado.

La emoción por todo lo que evocaba hizo que se le escapase el retrato de las manos. Para evitar que colisionara sobre el vidrio de la mesa y Adela fuera a ver qué estaba haciendo, lo manoteó como pudo. Recuperó a tiempo la foto y, cuando volvió a acomodarla, vio que asomaba por detrás el borde de un

papel amarillento. Tiró de una de las puntas hasta que el recorte del diario estuvo entre sus dedos. La nota decía así:

En el día de ayer se produjo un incendio de altas proporciones en el frigorífico de la familia Nogués. Poco después de haberse desatado, y con la ayuda de los bomberos de la zona, se logró combatir las llamas. El nieto del propietario estaba allí dentro y de milagro logró salir indemne, a pesar de varias lesiones que lo mantienen internado. No contó con la misma suerte una operaria, que fue víctima de semejante siniestro. A estas horas, se desconoce el origen del hecho. Los primeros indicios señalan que el fuego podría haberse dado con motivo de los disturbios ocasionados por las distintas manifestaciones en oposición a las celebraciones del centenario, que incluyeron el uso del dinero del erario en un momento en que el pueblo tiene otras necesidades. Sin embargo, aún es pronto para determinar la causa. Solo resta esperar que el tiempo dé con él o los responsables del hecho.

Juana se quedó estupefacta al leer la nota. No porque desconociera el suceso –Gerónimo se lo había contado–, sino por el lugar donde había encontrado el recorte del diario. Un escalofrío la atravesó por completo cuando comprobó que el título de la noticia no podía leerse porque parte de ese recorte del periódico estaba chamuscado, como si el mismo fuego lo hubiera alcanzado. Mejor dicho, parecía que el autor también había quemado ese trozo de papel, y así dejó su sello. Un llanto sordo y desgarrador le salió de las entrañas y colmó el recinto. No podía dar crédito a lo que acababa de descubrir. En medio de la conmoción que sentía, no escuchó que la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué haces aquí?

La imagen de Adela vestida de negro con el gesto enjuto, dolorido y amargado, recostada sobre la jamba de la puerta, era espeluznante. Juana supo que no tenía nada más que hacer allí dentro. Los cuestionamientos y las recriminaciones que se le arremolinaban en la cabeza tenían un destinatario que estaba muerto. En silencio, abandonó esa propiedad para no regresar más.

Como pudo, alcanzó un vehículo que la trasladase hasta el lugar de donde no debería haberse movido. En el trayecto, con la mirada perdida, recordaba la última vez que había estado junto a Gerónimo en esa casa que acababa de abandonar. La discusión que ambos habían protagonizado esa noche le retumbaba en la mente ante la velada amenaza que su padre había

lanzado a los gritos. En aquel instante, había creído que iba dirigida a ella. Sin embargo, cuando giró, supo que esa frase –"Vas a pagar lo que acabas de hacer"– tenía como destinatario a Gerónimo, no a ella. Era evidente que había sabido cobrarse con creces esos dichos.

Con las deducciones a flor de piel, arribó al hospital. A pesar de recibir algunos saludos del personal, ella caminó como un fantasma. No podía creer lo que acababa de descubrir. Cuando entró a la habitación, lloró y lloró por todo lo que había debido pasar Gerónimo por Ariel Bustillo, que no había tenido piedad con él. La enorme culpa por lo ocurrido en aquel entonces y lo acontecido hacía unos pocos días no le permitían respirar. ¿Cómo podía continuar sabiendo que gran parte de lo sucedido al hombre que ella amaba había sido por el padre que, hasta hacía un tiempo, ella adoraba? ¿Cómo hacer para que ese amor que sentía por Gerónimo no estuviera teñido por la culpa por el accionar de su padre? Bustillo había dejado que el paso del tiempo incrementase ese odio que sentía por la familia de Gerónimo y había ejecutado sin compasión cada paso de una estudiada venganza.

Juana no dejaba de añorar el momento en que quien ella quería abriera los ojos, aunque desconocía cómo lo miraría. Por más que la mente le diera vueltas pensando las mil maneras de revertir todo lo ocurrido, no había forma posible porque el daño estaba hecho y el tiempo no podía retroceder.

* * *

En los días siguientes, León alternaba las idas al hospital y la estadía en su casa. A pesar del esfuerzo que hacía por estar mejor, las cosas le costaban el doble. Según el médico que lo trataba, su estado era satisfactorio. No se sentía seguro de eso, tampoco le preocupaba. Se había negado a tener más sesiones terapéuticas porque estaba enfrascado en otra cuestión de vital importancia. La mañana lo había encontrado encerrado en el despacho, donde había dispuesto todos los pasos de su vida. Cuánta historia había dentro de esas cuatro paredes. Se perdió con la mente observando cada detalle de allí dentro, que había acumulado a lo largo de los años. En esa instancia de la vida, estaba allí dando batalla para que su nieto saliera de esa cruel agonía. Aguardaba alguna novedad. Lo único que lo mantenía alerta era esperar a que Gerónimo mejorara. En medio de sus pensamientos, el chasquido de la puerta lo distrajo.

—Dina, ¿qué sucede?

—El comisario quiere hablar con usted.

—Hazlo pasar.

El hombre de semblante adusto entró al despacho. No sabía si ese gesto sería una deformación profesional o en verdad siempre lo había tenido y formaba parte de su personalidad. Suponía que sería lo segundo, porque a ese hombre que acababa de sentarse lo conocía por referencias, había sido recomendado por su amigo Pipo.

—¿Quieren que les traiga algo para beber? —preguntó Dina.

—No, gracias.

—Yo tampoco.

Tras el cierre de la puerta, León aguardó a que su invitado se ubicase en un sillón frente al escritorio para abrir el diálogo.

—Dígame.

—Sé que no está pasando por un buen momento.

—Así es.

Parecía que el funcionario policial buscaba mantener una conversación distendida, pero se había equivocado.

—Comisario, no creo que haya venido para que le cuente los problemas que tengo, ¿verdad?

—Tiene razón. Iré al grano. Solo quería saber si un tal Exequiel Muñoz trabajaba en su empresa.

—No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

—Es una de las víctimas del accidente del tranvía que acabó en el Riachuelo y, según he constatado, trabajaba para usted.

—Lo leí en el periódico. Ha sido un accidente muy lamentable.

—Así es. Se lo encontró viajando con una fuerte suma de dinero.

—En la empresa se paga bien a los empleados.

—Nogués, no me tome el pelo. Sé que hay algo detrás de todo esto.

—¿Por qué lo dice?

—Porque en unos pocos días, su nieto es herido de bala, se debate entre la vida y la muerte, el nuevo socio de la empresa que usted manejaba hasta hace poco y que estaba en manos de Gerónimo acaba muerto en el Riachuelo y un empleado suyo muere en un lamentable accidente cerca de allí. Además, llevaba una importante suma de dinero y lo más llamativo es que se le encontró una leve herida de bala. Si quiere, puedo continuar con las coincidencias que hay en este caso, pero no pretendo aburrirlo. Intuyo que está al tanto de algunas de ellas.

—Comisario, no creo que pueda ayudarlo.

—Yo creo que sí. Pude enterarme de su animosidad con Bustillo y de los conflictos que los separaban. Nadie habla de otra cosa.

—Él no ha sido el primero con quien mantuve un conflicto, ni será el último.

—Es una verdadera lástima que él esté muerto, ¿verdad?

—Lo debe ser para su familia.

—Lo que aún me cuesta entender es que no murió como consecuencia del disparo con la misma arma que hirió a su nieto, sino que salió de otra pistola la bala que le dio de lleno y le causó la muerte.

—¿Entonces?

—Que cualquier cosa que recuerde sería vital para esclarecer el caso.

A pesar de que la propia familia le había pedido que cerrase la investigación para evitar estar en el permanente escarnio público de la prensa, su instinto policial le decía que estaba muy cerca de desentrañar lo sucedido.

—Es lamentable que mi lesión no me permita recordar.

—Entiendo —respondió, aunque sabía que no era la memoria, sino el habla lo que Nogués había perdido.

No había mucho más para indagar. Los años le habían dado la experiencia necesaria para saber cuándo era mejor cerrar un asunto y evitar entrar en un terreno pantanoso. En breve, se jubilaría. Nada ni nadie le sacaría la paz que representaría estar alejado de toda la podredumbre con la que había tenido que lidiar durante los años de servicio.

—Hasta pronto, y saludos a Pipo.

—Serán dados.

En cuanto se cerró la puerta, supo que la reunión había sido una fantochada y que el comisario sospechaba lo sucedido. Poco le importaba a esa altura de su vida hacerse cargo de una muerte que debía haber ocurrido hacía años. Noche tras noche, no dejaba de pensar qué distinta habría sido su vida y la de quienes lo rodeaban si le hubiera dado muerte a Bustillo mucho antes.

* * *

El cansancio que Juana tenía acumulado se hacía presente. Solo se iba del hospital para cambiarse y enseguida regresaba. Las cuatro blancas paredes de la habitación se habían transformado en un refugio. No había dejado de hablarle, de decirle cuánto lo amaba. Ese profundo sentimiento le permitía avanzar sin caerse en medio de la zozobra. Con la mano sobre la de él, esperaría que el sueño la alcanzara. Una noche más se sumaba a la esperanza de que el peligro pasara.

Una leve presión sobre sus dedos la paralizó por completo. No sabía si eran los fuertes deseos de que él se despertase o una simple alucinación por la falta de sueño. Alguna vez, Juana había escuchado decir que los rezos hacían milagros. Nunca antes lo había puesto en práctica, sin embargo, lo había hecho por Gerónimo.

—Mi amor, ¿me escuchas? —le susurró en el oído.

Otro leve roce en la mano le demostró que él estaba ahí con ella y que acababa de regresar de ese sueño profundo que lo había postrado durante días en aquella maldita cama. Juana, envuelta en lágrimas, no dejaba de susurrarle que lo amaba una y otra vez. De inmediato, llamó a una de las enfermeras, le indicó que buscase a otro médico para que certificase que Gerónimo había despertado y continuaba con los índices estables. Lo que sucedió después fue un desfile de profesionales para constatar que él hubiera revertido el reservado pronóstico que tenía. La vorágine duró un largo tiempo, luego esa habitación se colmó de silencio y una profunda calma la arropó. Solo restaba esperar que esa mirada dorada volviese a posarse sobre ella, como si Juana fuera lo único que existiera alrededor. Cuánto lo había necesitado en todo ese tiempo en el que no se había permitido decaer. Se había jurado no hacerlo a pesar de las circunstancias. Solo sabiendo que él estaba a salvo, ella podría tener un poco

de sosiego en medio de semejante tempestad.

En la mañana siguiente, no fue Juana quien se despertó primero, como solía suceder desde que Gerónimo estaba convaleciente. Una leve caricia sobre la mejilla hizo que se espabilara de golpe. En ese instante sus ojos se toparon con los de Gerónimo. Fue inexplicable lo que sintió.

—Doctora.

Cuánto había extrañado escuchar esa palabra, que en boca de él cobraba un significado tan especial.

—Te sentí siempre a mi lado.

—Lo estuve, mi amor.

Lo besó. Esa vez, sus labios no estaban fríos ni destemplados, sino cálidos. La blanca palidez que lo había acompañado lo acababa de abandonar; cierto color le teñía el rostro. Solo faltaba tiempo para que pudiera restablecerse. No importaba cuánto tardara, sino que al final esa agonía acabase; aunque, a ciencia cierta, desconocía si había terminado para él.

CAPÍTULO 25

Los errores del ayer

Septiembre llevaba nuevos aires y no eran, justamente, los primaverales los que envolvían la ciudad. Los grupos de estudiantes de las facultades de Medicina y Derecho se habían congregado en algunas arterias de la ciudad para dirigirse hacia la Plaza de Mayo y pedir la renuncia de Hipólito Yrigoyen. Alfredo Palacios, decano de la Facultad de Derecho, encabezaba una de las columnas. Al son de "¡Viva la patria! ¡Que renuncie! ¡Viva la Constitución!", avanzaban, a pesar de que la policía se había apostado para impedir que llegaran hasta la Casa de Gobierno. En medio de la trifulca, hubo un disparo y la prensa al otro día supo darle gravedad a la situación al declarar que se trataba de un estudiante quien había sido abatido, cuando en realidad había sido un simple empleado del Banco Nación que salía en ese momento.

En las vísperas del golpe, el ministro de Guerra, Dellepiane, presentó la renuncia al cargo. Le habían advertido a Yrigoyen que se estaba gestando una conspiración, pero el presidente no los escuchó. Ante los acontecimientos que se avecinaban, ese ministro y otros creyeron conveniente alejarse. Dentro del círculo estrecho del Gobierno, los funcionarios se culpaban unos a otros de ser parte del complot para derrocar al presidente constitucional y dar paso a una dictadura encabezada por el teniente general José Félix Uriburu.

En la jornada del 6 de septiembre, se vivieron escenas de júbilo por parte de la población ante el avance de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, hubo incidentes, disparos y algunas muertes en la Plaza del Congreso. Yrigoyen debió renunciar y no lo hizo en el Congreso Nacional, como lo estipulaba la Constitución, sino en el Regimiento 7 de Infantería de La Plata, ante las fuerzas militares. A su vez, Enrique Martínez, hasta ese momento el vicepresidente, creyó que podría quedarse en el cargo hasta ver qué sucedía en esa crítica situación, pero no le fue posible cuando la columna revolucionaria se hizo presente en la Casa de Gobierno.

En las últimas horas del día, se había saqueado la casa del presidente saliente y un nuevo Gobierno se instauraba, uno que decía contar con el clamor del pueblo y el patriótico apoyo del Ejército y de la Armada. Se disolvió el Congreso y se advirtió que se reprimiría cualquier intento de regresión. Todo fue expresado en un manifiesto que el mismo Uriburu hizo público al pueblo. No se olvidó de agradecer a la prensa por la amplia participación que había tenido en momentos tan difíciles como el que se estaba viviendo. Tampoco dejó de recordar que la inercia administrativa, el despilfarro en el sector económico, la anarquía universitaria y la ausencia de justicia habían sido los pilares de la revolución septembrina.

Atrás quedaba la ciudad de Buenos Aires en la que, más allá de los problemas acuciantes, se podía vivir tranquilo. Si alguien había augurado que la calma llegaría bajo ese nuevo régimen, no fue así. Los distintos medios de comunicación se habían hecho eco de la revolución. El diario *Crítica* titulaba: "Jubilosamente, celebra todo el país el triunfo rotundo de la revolución.

* * *

Aquellos días se habían transformado en una batalla de Gerónimo para su pronta recuperación. Le costaba hacer caso a las prescripciones médicas. No soportaba permanecer un minuto más dentro del hospital. A pesar de las quejas por querer abandonar el lugar y comenzar con su vida, debía hacerse de paciencia. Sabía que la recuperación no solo se debía a la fuerza de voluntad que ponía a diario, sino a todo cuanto había hecho Juana para ayudarlo. El jardín del hospital se había transformado en su refugio. Cada paso que daba y cada movimiento que hacía eran un día ganado para lograr la libertad. Se había enterado de las novedades y de lo sucedido a partir de su ataque, sin embargo, ningún allegado había querido darle trascendencia a lo ocurrido. Detestaba sentirse así, necesitaba ser el de antes. Esa mañana había transcurrido con la rutina a la que no se había acostumbrado. La letanía de los días le complicaba transitar las jornadas que le restaban. La noche lo había alcanzado dentro esa habitación de paredes blancas junto a una lobreguez difícil de sostener. Todo cambió cuando la puerta se abrió y por ella asomó Juana.

—Mi amor, ¿cómo estás?

—Ahora muy bien. Ven.

Antes de que ella se sentara sobre la cama, le dedicó un beso largo y profundo. Se había transformado en el sostén para sobrellevar la recuperación. Sin ella, el avance no habría sido posible.

—Creí que, por la hora que es, ya no vendrías.

—¿Es lo que hubieras deseado?

—Lo único que deseo es tenerte todo el día junto a mí.

Ella volvió a besarlo para sellar todo ese amor que sentía por él.

—Vine por un motivo especial.

—¿Cuál?

—Quería ser yo quien te trajera la noticia de que mañana podrás salir de aquí.

—¿En verdad?

—Así es. Aún no sé muy bien si ha sido por tu pronta recuperación o porque ya no podían lidiar contigo, porque sé que has intentado congraciarte con las enfermeras pidiéndoles que te dejaran salir en todo momento —comentó mientras le acariciaba la mejilla—. No me mires así, deberías saber que estuve al tanto de todo.

—Doctora —dijo al acariciarle con el pulgar el contorno de los labios—, sin ti, nada de esto hubiera sido posible.

Con una de las manos le sostuvo la barbilla sin dejar de contemplar ese rostro que él conocía a la perfección. Podía predecir lo que le sucedía en cada gesto o expresión que tenía. Quizá sería la pesadumbre de estar allí dentro, pero esa noche no pudo descifrar lo que su cara transmitía.

—Mi amor, ¿qué sucede?

—Nada, ocurre que simplemente todo llega a un final —aseguró con los ojos brillosos—. Y a pesar de todo lo acontecido, acá estás dando batalla para cerrar esta etapa.

—Ey, sin ti nada de esto hubiera sido posible.

—Te amo más que a mí misma, ¿lo sabías?

—No tanto como yo a ti. Quédate esta noche.

—Esta noche no pensaba irme; mañana será el día, tu día.

—¿Cerraste la puerta? —susurró.

Juana asintió como si hubiera esperado que él le hiciera esa proposición. Sin importar el lugar donde se encontraban, no hubo urgencia ni premura. Se amaron en cada caricia y con cada beso, como si hubieran buscado recuperar el tiempo perdido. A pesar de estar en esa lúgubre habitación, la intensidad del encuentro hablaba de que era una ocasión especial. Quizá fuera que en breve todo se acabaría y una nueva etapa se abriría para ambos al abandonar ese hospital que los había cobijado durante los aciagos días. Quizá los malos momentos quedarían enterrados en el pasado para al fin dejar atrás todo lo que

los había separado. En medio de la penumbra que flotaba en el ambiente, ninguno dejó de contemplarse intentado descifrar algo más. La profundidad de la unión que habían alcanzado había sido única. Poco después, mientras la envolvía con los brazos por delante sin dejar de acariciarla, el sueño lo venció. El día siguiente sería el primero de una nueva vida. Sin embargo, ella se mantuvo en vela durante la noche.

Los débiles rayos del amanecer ingresaban trémulos a través de la blanca cortina de la habitación. Gerónimo se despertó sin sentir que Juana estuviera a su lado. Se molestó de no haber notado cuando ella se retiró. Tampoco podía exigirle que se quedase; pronto las enfermeras y los médicos comenzarían con la recorrida habitual y el cuarto estaría invadido de personas para constatar que todo anduviera bien. Lo único que él deseaba era que ella estuviera allí. Solo unas horas restaban para que sucediera. Una vez que la enfermera pasó a tomarle los controles de rutina, otra ingresó con la bandeja del desayuno. Sin dudas, esa mañana había amanecido distinto, y el ánimo que puso al comer lo que le habían llevado demostró que estaba ávido por salir de allí cuanto antes.

—Buenos días, Gerónimo.

—Ramírez.

—Supongo que estarás al tanto de que tu estadía en el hospital llega a tu fin.

—Sí, Juana me lo dijo.

—Lo imaginaba, solo quiero que sepas que la recuperación que has tenido ha sido un verdadero milagro.

—Sin ella, esto no habría sido posible.

—Eso también lo sé. Si en algún momento mantuve ciertas expectativas respecto a ella, se fueron cuando la vi día y noche velando por ti.

Gerónimo asintió desde la cama. Sabía que ese médico había batallado para lograr acercase a su Juana.

—Pero no he venido a hablarte de mí, sino de ti. A partir del mediodía estarás libre y podrás irte.

—¿Por qué no puedes darme el alta antes?

—Nogués, hay una serie de asuntos administrativos que cubrir. Deberías saber que no eres el único que requiere atención.

—Está bien, aguardaré aquí hasta que llegue el momento.

Sin más, el profesional abandonó la habitación para continuar con la recorrida habitual. A Gerónimo, el paso de las horas se le hizo interminable. Se encontraba vestido con la ropa que le habían llevado y aguardaba que esa puerta se abriera para indicarle que podía abandonar al fin el hospital. Al escuchar el chasquido de la puerta, giró de inmediato.

—¿Segundo?

No había dejado de mirar el reloj una y otra vez; el mediodía ya había pasado y él continuaba en esa maldita habitación. No esperaba ver a Benegas allí.

—Podrías disimular ese gesto de disgusto al verme. Creo que esperabas que fuera Juana quien ingresara. Hombre, déjala un poco tranquila.

—¿Dónde está?

—Me pidió ayer que viniera a buscarte. Supongo que estará preparándote una sorpresa.

—Tienes razón.

—¿Estás listo?

—Vamos, no soporto un minuto más estar aquí.

Sería la última vez que recorrería ese largo pasillo que había transitado en una silla de ruedas en más de una oportunidad. El chillido de las ruedas sobre las baldosas quedaría como un viejo recuerdo de los días allí dentro. Atravesó el jardín observando a los pacientes que, como él, deambulaban rodeados de la verde vegetación con el anhelo de alcanzar una recuperación total.

—Allí está el coche —indicó Segundo.

Él esperó a que Nogués se acomodase y, antes de arrancar, giró para entablar la conversación que quería tener desde hacía tiempo.

—Gerónimo, he sido contemplativo contigo por las circunstancias por las que has pasado.

—¿A qué te refieres?

—A que he esperado bastante y no lo seguiré haciendo. Amo a Catalina, y no pienso ocultar lo que siento. Me enfrenté con tu padre, quien no está de

acuerdo con lo nuestro. Poco me importa lo que crea o diga, solo lo hice por ella, para darle el marco de seriedad que requiere todo esto. Si hay algo en lo que tu padre y tú coincidieron, es en que ella se merece a alguien mejor. No necesito tiempo para darme cuenta de que tienen razón, pero mi amor por Catalina está por encima de eso. Mi naturaleza egoísta no me permite apartarme, así que no lo haré. Hablé con León, está al tanto de lo nuestro y lo avala. Según él, esperé demasiado. Me aseguró que siempre supo que sería así como terminaría con Catalina. Quiero casarme con ella y me importa que estés de acuerdo con lo que vamos a hacer.

—¿Buscas mi aprobación?

—Por supuesto.

—¿Qué harías si no la lograras, si yo continuase oponiéndome, como lo he hecho desde que supe lo de ustedes?

—¿Es lo que piensas hacer?

—Aún no me he olvidado de que, antes de lo que me ocurrió, ella se había ausentado. Aquel día vino mi padre hecho una fiera, como de costumbre. En aquel momento quise creer que ella podía estar con Dolores, aunque muy en el fondo intuía que estaba contigo.

—Sí, vino a buscarme al campo. Hay cosas que desconoces y que continuarán así. Quizás, si las supieras, me entenderías, pero no te contaré nada a pesar de saber que cambiarías tu modo de ver las cosas y dejarías a un costado la resistencia que tienes conmigo.

—Entonces…

—Volviendo a tu pregunta sobre qué haría si te negaras, te contesto que continuaría con ella, aunque esto signifique romper nuestra amistad.

Gerónimo no le dijo que había aprobado lo de ellos desde el momento en que había hablado con Cata días atrás. Él conocía como nadie a su hermana y aquel diálogo con ella le había servido para darse cuenta de que la única persona equivocada era él mismo. Le había pedido a Catalina que no le dijera nada a Segundo sobre esa conversación. Suponía que su amigo le hablaría del tema, y se había jurado complicárselo cuando lo hiciera. Quería saber hasta dónde Segundo era capaz de llegar.

—Mal que te pese, mantendremos nuestra amistad. Eso sí, no creo tener que recordarte de lo que sería capaz si dañas a mi hermana.

—No es necesario.

—Arranca, que quiero llegar a casa.

—Lo único que quieres es estar con Juana.

—Es lo que más me importa.

El trayecto hasta el edificio había sido en medio de una nebulosa de recuerdos sobre lo acontecido. Suponía que, con el tiempo, todo quedaría en el pasado, un pasado que había se había filtrado en ese presente para cobrarse los errores del ayer.

—¿Quieres que te ayude?

—Gracias, pero no es necesario.

—Pasaremos más tarde con Catalina a verte. Ella quería venir, pero le sugerí que sería mejor dejar que te instalaras.

—Tienes razón, hasta pronto.

Gerónimo se detuvo frente a la amplia puerta de madera de acceso. La última vez que había salido por allí lo había arrollado el silbido de unos disparos. Segundos después, agonizaba en medio de la acera sin poder reaccionar. Con la cabeza, negó cualquier sensación que pudiera hacerle recordar todo eso y subió al ascensor que lo llevó hasta el quinto piso. Tras cerrar la puerta, arrojó el bolso con las pocas pertenencias que tenía.

—¿Mi amor? —La buscó por la sala, recorrió con la vista la pequeña cocina y los otros dos cuartos hasta alcanzar su habitación—. ¿Juana?

Con la mirada barrió ese ambiente que destilaba soledad, melancolía y nostalgia. Sobre la cómoda había un sobre blanco que resaltaba en medio de la lustrosa madera oscura. Alcanzó de un paso ese sobre y lo rasgó de un tirón para descubrir el contenido de aquellas frases escritas a puro corazón:

Mi amor:

Cuando leas estas líneas, yo estaré embarcada rumbo a… No importa adónde, sino que me habré alejado de ti. No tuve las fuerzas suficientes para decírtelo en persona, porque, si así lo hubiera hecho, no habría tomado esta decisión. Soy una cobarde, pero sé que más adelante te darás cuenta de que hice lo correcto, a pesar de no ser lo que habría deseado. Nunca quise confundirte y no quiero hacerlo ahora. Si no te amara lo suficiente, no me

habría alejado de ti. Solo pude tomar la decisión cuando supe que estarías recuperado y que volverías a la vida que siempre deseaste y por la que luchaste.

Durante las largas semanas de tu convalecencia, creí que podía borrar esa culpa que no me ha dejado respirar, que es una opresión permanente en el pecho. Quizá pienses que la muerte de mi padre acalló el dolor y el daño cometido. Pero, con el paso de los días, ha sido justamente lo contrario. Él fue el autor de las pesadillas que te han perseguido durante tanto tiempo, él intentó acabar contigo en más de una oportunidad y, por suerte, no lo consiguió. Pero, por más que no lo haya logrado, el daño está ahí palpitando dentro de ti, más allá de que ahora no lo veas. Sé que el amor que dices tener por mí calmaría todo esto, pero no sé cómo yo podría mirarte. Esa misma sangre que corría en sus venas y que supo destruir todo por lo que luchaste corre también en mi cuerpo. ¿Cuánto odio puede tener una persona como para intentar dañarte cuando eras solo un niño? ¿Qué clase de amor soy capaz de dar si hasta no hace tiempo creía que él era el mejor padre que podía haber tenido sin darme cuenta de qué clase de hombre era en realidad?

Cada minuto que estuve a tu lado no fue para redimir el daño causado por él, sino, simplemente, porque, además de que te amo, no soportaba que te fueras, no con todo lo que habías luchado para conseguir lo que tenías antes de que mi padre comenzara a minar cada parte tuya. Te amo y te amaré por siempre, aunque estoy segura de que, con el correr del tiempo, te darás cuenta de que tomé la decisión correcta. Con mi última resolución, quizá cuentes con las armas necesarias para cuando tengas que hacer frente a tu padre en tu batalla final. En estos últimos días, visité a un escribano al que me gustaría que veas. Él podrá explicarte con mayor precisión las instrucciones que le di. Quizás, lo que mi padre me dejó y me corresponde por ley te ayude a conseguir lo que vienes buscando desde hace tiempo. Nada de lo que pueda decirte ahora mismo hará justicia con lo que siento por ti.

Te amaré por siempre. Tuya.

—¡No!

El grito gutural que le salió desde las entrañas acalló los ruido de los distintos objetos que él arrojaba contra el suelo en un estado de furia absoluta. ¿Cómo podía ella haber tomado semejante decisión? ¿Qué la había llevado a pensar que él podría razonar de esa manera? Él la había notado diferente la noche anterior y le había restado importancia. ¿Por qué no había visto más allá de las palabras de ella? La última noche en el hospital había tenido sabor a una despedida, pero él se había dejado llevar por lo que sentía sin ahondar

en esa maldita sensación. La impotencia lo nublaba. Otra vez el pasado había cobrado vida para separarlos. Parecía que, desde la tumba, Bustillo continuaba manejando los hilos de la vida de su hija. Gerónimo nunca se había confundido respecto al padre de Juana, no se había dejado aturdir con la miseria de persona que era. A pesar de ser el mentor de su ataque, jamás le guardaría recelo a Juana por provenir de esa familia.

De golpe, todo comenzó a derrumbarse poco a poco. Nunca habría imaginado que extrañaría estar metido en aquel hospital con la compañía de Juana para volver el tiempo atrás. En medio del caos que había hecho en pocos minutos, vio sobre una mesa auxiliar de la sala una botella de whisky que aún no había derrumbado. No necesitó un vaso para beber tragos largos y así ahogar la rabia, la impotencia y la exasperación que lo embargaban. Necesitaba más alcohol para anestesiar el dolor que lo colmaba, aunque fuese puro veneno para su cuerpo. Ya nada le importaba: se sentía muerto y seco por dentro.

No supo el tiempo que había transcurrido, no le interesaba. Solo la oscuridad que invadía la sala marcó el paso de las horas. Él se mantenía tirado sobre el mismo sillón en el que la había amado sin tregua. Las imágenes de ella se diluían y se fundían unas con otras en medio de la espesa penumbra. No quería volver a abrir los ojos para no regresar a la realidad. En esa opacidad creyó oír algo, pero se abstuvo de levantarse. Tampoco podría hacerlo porque no resistiría un minuto en pie. Sin moverse, la mente le daba vueltas en todos los sentidos y direcciones. Lo único que no lo había abandonado era la botella de alcohol, casi vacía, que sostenía entre los dedos. Hizo oídos sordos a los ruidos lejanos que escuchaba, no se preocupó por saber qué sucedía y se mantuvo sin moverse.

—¿Qué has hecho?

Gerónimo intentó enfocar la vista hacia la persona que movía los labios, pero no alcanzaba a escuchar ni a entender. Poco después sintió unos zamarreos que lo marearon. Creyó que todo se le caería encima. Percibió que alguien le colocaba algo frío en la frente; de golpe sintió el agua fría golpearle el cuerpo. Abrió los ojos y, con la vista borrosa, vislumbró a Segundo, que le arrojaba una toalla para que se secase y le ordenaba que saliera de allí. No supo cuánto tiempo tardó en coordinar los movimientos para salir de la bañera y secarse. Como pudo, con la ropa húmeda con la que se había dado la ducha, se dirigió hacia la sala.

—¿Se puede saber qué mierda hiciste?

—Ella se fue.

—¿Juana? ¿Adónde?

—No lo sé.

—Bebe esto. Te ayudará a ponerte mejor.

Ese sabor le era conocido. Lo había probado, años atrás, luego de las primeras borracheras compartidas con Segundo. Ese mejunje tan asqueroso como efectivo había sido obra de León, quien les había asegurado que, luego de beberlo, se sentirían mejor.

—Lo único que no debías hacer era beber, según las indicaciones médicas.

—No hables, que todo me retumba.

—Eres un inconsciente.

—Ella se fue.

—Ya me lo dijiste. No sé adónde fue, te respondo antes de que me lo preguntes. Ella me había pedido ayer que yo te recogiera hoy. Está claro que tenía pensada su partida.

—Aquí tienen algo caliente; les vendrá bien —dijo Catalina, que no había dejado de acomodar y levantar todo cuanto estaba diseminado por el piso y el cuarto.

—No era necesario que ella estuviera aquí —murmuró.

—Hoy no sé entre nosotros dos quién es el hermano mayor, pero no quiero molestarte. Tendrás ganas de hablar con Segundo, mientras yo me ocupo de dejarte en condiciones todo esto.

—Te dije que vendríamos a verte.

—Ya no recuerdo nada. Lo único que no he podido borrar de mi mente es esa maldita carta que me dejó antes de abandonarme.

—No es así como encontrarás la solución.

—Mi cabeza no puede pensar en otra cosa que no sea beber y perderme en esa botella.

—Deberás analizar el modo de hacerlo.

—No te imaginas cómo podrías sentirte si algo así te sucediera.

—No quiero ni pensarlo —murmuró y desvió la vista hacia la habitación en la que estaba Catalina poniendo en orden el alboroto que Gerónimo había causado.

* * *

El paso de los días se había transformado en un sinnúmero de horas y más horas en las que Gerónimo no dejaba de cumplir con lo que se esperaba de él. Sin embargo, todo estaba teñido de una tristeza difícil de sostener. Se había encerrado en él y no había dejado de pensar milimétricamente cada paso que daría. No se molestaba en hablar con nadie, más allá de que los suyos se preocuparan por él. Tampoco le importaba si se ofendían por su actitud. La ausencia de Juana era una carga difícil de soportar.

Fue uno de esos días en los que creyó que nada podía ir peor cuando se dio cuenta de que estaba equivocado. Dina se había puesto en comunicación con él para que se apersonara en la casa de León. Dejó a un lado lo que estaba haciendo para ir hasta allá. Si bien se había mantenido al tanto de la salud de su abuelo, también se había distanciado de él en aquellas aciagas jornadas. Necesitaba soledad para poner en orden la cabeza. No obstante, entendía que todo lo sucedido con él y las consecuencias que había acarreado el atentado habían calado hondo en su abuelo.

—Dina, ¿qué sucede?

—En apariencia, él está igual que ayer y que el resto de los días, pero me ha pedido que te avisara que quería verte.

—¿Ha estado el médico?

—Sí, aunque a él parece importarle poco su recuperación.

—¿Está en la habitación?

—No, te espera en el escritorio.

Hacia allí se dirigió. Tras abrir la puerta, se encontró con un hombre distinto al que había visto la última vez que habían estado juntos. León estaba apoyado sobre el respaldo del sillón de cuero verde. La palidez del rostro se conjugaba con el cansancio debajo de los ojos. Tenía a su lado una copa de

alcohol que no había acabado. La respiración era agitada y el cuello de la camisa lo tenía desabrochado.

—Has llegado.

—León, vamos, que te llevaré al hospital. Es mejor que te revisen ahora.

—No iré, solo quería verte.

—Si no lo haces, llamaré al doctor para que venga ya.

—No lo hagas, no servirá de nada. Solo quiero que te quedes unos minutos conmigo. Hijo, no te veo bien.

Se sorprendió de que se lo dijera cuando quien no estaba bien era justamente León.

—Toma.

Gerónimo llenó el vaso con agua y le colocó en la boca el remedio que reposaba sobre la mesa. Aguardaba que le calmara el estado de agitación en que se encontraba. Caminó hasta abrir la ventana para que el aire pudiera oxigenarle los pulmones.

—Hijo, no quiero irme de aquí viendo cómo acabas contigo.

—León, no te irás a ninguna parte —aseguró.

—Te equivocas, llegó mi momento y no debes preocuparte porque estoy tranquilo.

—Vamos, León, respira. —Le sostuvo el cuello hacia adelante para que ingresara mayor cantidad de aire en cada bocanada que daba con dificultad.

—Ya no quiero luchar más, ¿puedes entenderlo? He vivido como he querido y luché por todo lo que quise. Lo único que te pido es que termines lo que yo he comenzado, ¿me has escuchado?, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

Gerónimo asintió. A pesar de notar que el cuerpo de León se había relajado inclinándose hacia atrás, lo sacudió una y otra vez para que volviese en sí. Todo lo que hizo fue infructuoso porque su abuelo había muerto después de haber vivido a su modo, con errores y aciertos, pero nunca a medias tintas. De golpe, el muro de contención que Gerónimo había construido durante esas últimas semanas se quebró y se desmoronó. Había perdido al amor de su vida, a la única mujer que amaba de verdad, y a ese

hombre que no había sido un simple abuelo, sino el padre que no supo tener, el compañero que lo apoyó a largo de sus años. Él acababa de transformarse en un paria. No podía entender cómo la vida se había empeñado en darle un revés tras otro. Lo que llegó después fue dar cumplimiento a las disposiciones de última voluntad. En su morada final, León estaba en compañía de la mujer que había amado por siempre. A la que había visitado con una flor blanca cada semana. En medio de aquel sepulcral silencio, alcanzaría con Rosemary una unión eterna.

Gerónimo resistía golpe tras golpe sin que nadie pudiera llegar hasta él ni saber cómo se sentía, ni conocer cuáles serían los pasos que daría. Se mantenía en un absoluto mutismo. La preocupación de quienes lo rodeaban era infinita. Esa mañana Gerónimo se había vestido y, sin desayunar, salió del apartamento. Durante el trayecto en el automóvil recorrió, una vez más, la costa del Riachuelo. A medida que avanzaba, no dejaba de recordar que parte de su vida había transcurrido en esa zona de la ciudad. El característico humo de las factorías se fundía con la cálida brisa que soplaba en los días primaverales. A un costado, resaltaba la amplia estructura de metal del puente transbordador que habilitaba a que peatones, carros y vehículos cruzaran al otro lado de la ribera. Se detuvo al llegar al frigorífico Nogués. El negocio había sido el pilar de esa familia, el bastión por el que cada miembro había luchado para conseguir un lugar de poder allí dentro. Desde su fundación hasta la fecha, se había intentado hacer que la empresa descollara en la actividad que desarrollaba. Caminó hacia el acceso de una de las construcciones que albergaba las oficinas del establecimiento. Se cruzó con algunos operarios que lo miraban extrañados no solo porque estuviera allí, sino por el estado físico en que se encontraba. No mostraba ninguna secuela del hecho sucedido tiempo atrás.

—Gerónimo, no sabía que vendrías.

Lucrecia estaba aún allí, aunque, debido a la desaparición de León, creía que había llegado el momento de retirarse. Ya era hora de dejar ese empleo que le había consumido parte de la vida, y con ella, el amor que siempre había guardado por el anciano Nogués.

—Quiero hablar con mi padre.

—Él está reunido con unas personas y pidió no ser molestado.

Gerónimo continuó el camino hasta el despacho principal, del que se había apropiado Santiago.

—No creo que sea conveniente que…

La empleada se calló al verlo ingresar ante el estupor y la sorpresa de

Santiago, que dejó de hablar al ver aproximarse a su hijo.

—Quizá no te advirtieron, pero estoy en una reunión. Si lo deseas, podemos hablar más tarde.

—Deseo hacerlo ahora. Señores, si nos disculpan...

Los hombres que estaban sentados en los cómodos sillones del despacho no sabían qué hacer. El anfitrión les indicaba que se quedasen; sin embargo, la persistente actitud de Gerónimo por que se fueran hizo que ambos decidieran retirarse y aguardar en la sala de juntas hasta que finalizara la imprevista reunión.

—¿Qué mierda haces? ¿Cómo entras aquí sin siquiera anunciarte?

—¿En verdad crees que necesito hacerlo?

—Deberías saber quién es la persona que manda aquí.

—Justamente de eso venía a hablarte.

—No hay nada que hablar.

—Te equivocas. La muerte de León ha cambiado la posición de ambos.

—También lo ha hecho el deceso de mi socio Bustillo.

Ese apellido calaba muy hondo dentro de Gerónimo, aunque no se permitiría flaquear en ese momento. Había tomado una decisión y se había apersonado para concretarla.

—Lo sé, aunque creo que es el momento de que sepas algo que desconoces.

—¿A qué te refieres?

—Hay una porción accionaria que me fue adjudicada y es lo que me da la mayoría que se necesita para presidir sin más esta empresa.

—No entiendo lo que dices.

—Si no sabes a lo que me refiero, deberías enterarte de que las cosas han cambiado y de que tu posición aquí también.

Santiago acababa de inclinarse hacia adelante con los codos apoyados sobre la mesa y los dedos sobre las sienes. No podía creer que, luego del camino transitado para obtener lo que tanto había ansiado, todo se le diluyese

de las manos.

—Te escucho.

Por primera vez, Santiago se proponía escucharlo sin gritos. Había llegado el momento de poner el punto final a todo por cuanto se habían peleado. Gerónimo había ido a eso y su padre lo sabía.

* * *

En la ciudad de París, el otoño estaba llegando a su fin. Muy pronto, las calles quedarían tapizadas de blanco y la nieve se escabulliría por cuanto recodo hubiera en el camino. Los escaparates de los negocios se llenarían de arreglos navideños y la gente se reuniría alrededor de una mesa plagada de confituras y exquisiteces para festejar la Navidad.

Juana contemplaba desde el cristal de la ventana de su buhardilla cómo había cambiado todo lo que la rodeaba. Desde su llegada, se había tomado unos días para saber qué hacer. Ni siquiera regresar al único lugar que sentía como propio le había calmado la angustia que sentía. No dejaba de preguntarse cómo seguirían las cosas en Buenos Aires. En verdad, lo único que le importaba era saber de él. Calculaba que al fin Gerónimo habría alcanzado todo por lo que había luchado. Se merecía que así fuera. Descartaba tener alguna comunicación, porque tampoco había dejado un lugar donde ubicarla, pero en las noches soñaba con poder verlo y saber de él.

En esa nueva etapa en la Ciudad Luz, había dudado de que la reincorporaran en el Hospital Pitié-Salpêtrière. Sin embargo, cuando se presentó, no vacilaron en aceptarla y darle el puesto de trabajo. La institución médica era de excelencia. Un siglo atrás, se había contado con la primera cátedra de Neurología del mundo de la mano de Jean Martin Charcot, una eminencia. Hubo grandes y destacados discípulos que allí se formaron; George Gilles Tourette fue uno de ellos, quien descubrió los primeros síntomas de la enfermedad que lleva su nombre. Allí Juana había encontrado su remanso en medio de la tempestad que aún bullía en su interior. A pesar del dolor que la desgarraba por dentro, había un motivo que se había transformado en el motor para seguir adelante. Lo había descubierto poco después de arribar a la ciudad e instalarse. Cada día se levantaba con nuevos bríos para salir y hacer frente a las frías mañanas.

Ese día no era la excepción, por eso se colocó un abrigo *beige* por encima del vestido de lanilla verde seco que había descolgado del ropero. Antes de emprender el camino hacia el hospital, pasó por el Café Amélie, ubicado a pocas cuadras de su apartamento. En ningún otro lugar hacían los *croissants* como allí, que eran exquisitos. La dueña le había dicho que la había extrañado en su ausencia. Como tiempo atrás, Juana continuaba con la rutina de ir a diario hasta ahí y comer su ración, aunque esa vez la había duplicado. Eso sí, siempre acompañada de una bebida caliente.

—¿Cómo estás?

—Hoy, bien por suerte.

—Aquí te traje un chocolate caliente; es una mañana muy fría.

—Gracias, Amélie.

Se daba un lujo todos los días: se tomaba el tiempo necesario para disfrutar de un buen desayuno antes de comenzar la jornada. Poco después salió hacia el hospital. Cuando estaba con tiempo, disfrutaba de caminar por la zona que albergaba el distrito trece, donde ella vivía y se emplazaba el lugar de trabajo. Para llegar al hospital, debía atravesar algunos parques que, en otra época del año, resplandecían con flores, pero que en ese momento estaban plagados de hojas secas. A pesar de eso, ninguno había perdido su encanto. Al otro lado se ubicaba el Sena, que atravesaba la ciudad otorgando una postal magnífica al lugar. Ni siquiera las embarcaciones alteraban las tranquilas aguas.

Juana se adentró por el *boulevard* del hospital. En el frente estaba la fastuosa entrada a la institución médica y, a un costado, se levantaba una austera capilla con una característica cúpula octogonal. En más de una oportunidad había concurrido allí y se maravillaba con los cuatro altares interiores bañados por la luz que ingresaba por las ventanas que decoraban el recinto. Esa mañana elevaría una plegaria no solo por él, para que hubiera alcanzado lo que tanto deseaba, sino por ella y por el hijo que crecía dentro suyo. Como un acto reflejo, se llevó la mano al vientre. A pocos días de su llegada, supo que estaba encinta. Quizás estaba escrito en el destino que, si no podía estar a su lado, tendría de por vida una parte suya. Por ese hijo por venir se levantaba cada mañana y enfrentaba cada día sin dejarse caer ni arrastrar por el desconsuelo que aún tenía. En medio del ensimismamiento, algo la alertó.

—Doctora.

Juana creyó que había sido su imaginación. Sin moverse, aguardó para comprobar que ese llamado había sido fruto de su invención. Instantes

después lo volvió a escuchar.

—Doctora.

Una persona podía pronunciar con esa cadencia esa palabra. Giró de a poco para saber si no estaba desquiciada y había imaginado que Gerónimo la había llamado. Allí estaba, enfundado en un abrigo negro y con la mirada dorada que no dejaba de arroparla. Con los ojos húmedos, lo contempló al tiempo que él sacaba del bolsillo del gabán un sobre blanco y lo destrozaba en mil pedazos, que el viento se llevó. Mientras lo hacía, no había dejado de devorarla con la mirada.

—"Si no te amara lo suficiente, no me habría alejado de ti" —recitó una parte de esa carta que él sabía de memoria—. ¿En verdad creías que con ese argumento ibas a convencerme de abandonarme? No, doctora. Es la segunda vez que huyes de mí. La primera fue apenas nos conocimos; en aquel momento, lo tomé como un desafío para saber de ti y conocerte mejor. La segunda fue cuando yo estaba perdidamente enamorado de ti. Quiero que sepas que no hay nada ni nadie que pueda alejarme de ti. No vine aquí a buscarte para proponerte volver a Buenos Aires. He venido acá para que comencemos algo juntos, aquí o donde sea. Eso no me importa, lo único que me ha quitado el sueño ha sido saber si piensas mantenerte distanciada como hasta ahora. Porque, si es así, puedo asegurarte que no te será fácil mantenerte separada de mí. ¿Qué me dices?

A ella le había bastado con tenerlo enfrente como para derribar cualquier excusa que podría haber alegado. Ella le había dado la oportunidad a él de elegir, y allí estaba, expresando que la amaba, a pesar de ella, de su familia, de su historia, y de todo lo demás. A medida que lo escuchaba, no había podido detener las lágrimas. Él caminó hacia ella y la envolvió con los brazos, lamió esos labios ávidos de él y le devoró la boca con un beso.

—Dime que el gesto que hiciste con tu mano, mientras estabas en esa capilla, es lo que yo creo —le susurró en el oído.

Juana se separó apenas unos centímetros para contemplar la expresión que puso cuando ella asintió con la cabeza.

—Te amo tanto.

Él selló el amor que le había declarado con otro beso. Estaba convencido de que ese amor que ambos se tenían sería suficiente para sepultar los errores del ayer.

EPÍLOGO

Meses después.

La espera sería larga. No podía fumar un cigarro ni tomar una copa de alcohol para calmar los nervios y disipar la tensión que se había apoderado de mi cuerpo. Me senté en un sillón de cuero negro y, para alivianar aquella expectativa por lo que sucedería en breve, recorrí con la mente los últimos momentos antes de llegar a París. No había sido fácil emprender el viaje; varias cuestiones habían quedado pendientes y yo debía resolverlas antes de embarcarme.

Había cumplido con la promesa que había hecho tiempo atrás. Iba a finalizar lo que León había iniciado, y acabar con la empresa había sido mi decisión desde que supe que Juana se había alejado de mi lado. Sabía lo que pretendía mi padre, solo debía actuar del modo correcto para que él accionara ubicándose en la presidencia de forma definitiva. Era eso lo que él había anhelado siempre. No le importaba cómo lograrlo, sino alcanzarlo a costa de lo que fuera. Sacarme del medio y creer que ganaba esa última batalla sería un gran aliciente para él, y jugué con eso para obtener lo que creía mejor para mí.

Fue así como le propuse venderle toda mi parte a un precio más que conveniente. Estaba convencido de que él no evaluaría ni la situación del país ni la posibilidad de endeudarse hasta asfixiarse para obtener lo que había buscado toda la vida. Ostentar ese lugar, que hasta ese momento le había sido negado de manera injusta, según él, se había transformado en su obsesión. Ser reconocido detrás del sillón de presidente había sido su faro y al fin lo alcanzó. Con esa venta, había obtenido un buen precio para Juana, por la parte accionaria que ella con su nobleza me dio en la creencia de que yo la necesitaba. Jamás se me pasó por la cabeza tomar sus acciones, que eran solo suyas, a pesar de que hubieran sido del padre y de que a ella le causara escozor tenerlas. Juana haría lo que quisiera con su patrimonio; no sería yo quien lo dispusiese.

Una vez que finalicé con los papeles, intenté saber dónde se encontraba mi doctora. Quise hacerlo a través Adela Bustillo, aunque, como era de suponer, no quiso recibirme. El único dato que tenía era el lugar en el que ella había hecho las prácticas médicas en París. Recuerdo que su colega Ramírez se había llenado la boca hablando loas de Juana, la primera vez que nos cruzamos en un despacho del Hospital Rivadavia, cuando él suponía que yo recién la conocía. No bien pude, me embarqué hacia Francia, poco me importaba no tener un dato más certero, porque la encontraría aunque tuviera

que recorrer palmo a palmo la Ciudad Luz.

La felicidad al verla resumió lo que había anhelado estar a su lado, sentirla y amarla noche tras noche para recuperar aquel tiempo de separación en el que ella creía que todo había acabado. Al impacto de encontrarla en el Hospital Pitié-Salpêtrière, se sumó la certeza de que llevaba en su vientre a nuestro hijo. Ninguno de los dos había tenido buenas experiencias con nuestros padres, eso nos haría mejores que cualquier otro frente a un hijo, porque ambos teníamos mucho para dar.

Reavivé algunos de los contactos que supe tener debido a los negocios y a los viajes que debía hacer con motivo del frigorífico. Eso me sirvió para acercarme al mercado de la carne y otros embutidos como conexión desde aquí hacia otros destinos. Londres también era una plaza para hacer las negociaciones, e instalé unas oficinas para comenzar con lo que tenía planeado. Con conexiones, dinero y pericia podía lograr ubicarme en ese nuevo negocio. No estaban lejanas las ciudades de Londres y París para trasladarme si era necesario. De ese modo le facilitaba a Juana continuar con su actividad, que realizó hasta que pudo.

Más allá de los proyectos que yo tenía, nunca abandonaría por completo la ciudad de Buenos Aires. Allí me quedaban las tierras de mi estancia. Eso también había sido parte de una negociación que había hecho con mi padre. No quería tener que verme envuelto en otro conflicto con él. De la administración de la estancia, había quedado a cargo Segundo. Por mi hermana Cata, yo regresaría las veces que pudiera. Quedarnos algunas temporadas allá era lo que habíamos combinado con mi esposa. Muy pronto deberíamos emprender el regreso hasta allí porque sería en La Elegida en donde mi hermana se casaría con Segundo. De eso pude enterarme por las cartas que nos enviamos. Saber la felicidad de ella me confirmaba que no se había equivocado en la elección. A pesar de decidir instalarse en el campo, ella no renunciaría a la pasión por la pintura. Según me había contado, tenía algunos proyectos en ciernes para desarrollarse en lo que más le gustaba. Ninguno de ellos quería celebrar la ceremonia sin que nosotros estuviéramos presentes. Según me dijeron, Felipe no sería de la partida. El trabajo que tenía lo mantendría alejado un tiempo. No fue la prudencia lo que hizo que no indagara más, estaba seguro de que con él había sucedido algo que no se me había dicho, y estimaba que, de saberlo, yo habría hecho algo de lo que me arrepentiría después. Estaba convencido de que, a pesar de ese pacto de silencio, alguien habría solucionado a su manera lo que ni Segundo ni mi hermana quisieron contarme.

El repaso del último tiempo vivido aquí junto a Juana aligeró la espera en una sala de hospital. Esta vez, permanecer en un centro médico no me acarrearía ni malas noticias ni momentos angustiantes, muy por el contrario.

En ese preciso instante, me incorporé y vi salir por la puerta, de la que no había quitado mi mirada mientras me abstraía en mis pensamientos, al médico que acababa de atender a mi esposa.

—Lo felicito, ha nacido su hija. Puede verla.

No creía ser capaz de caminar por el pasillo que me llevaría a conocer a mi hija a través del cristal de la guardería. Allí, envuelta en una batita rosa y sin dejar de mover los piecitos, estaba Bárbara Nogués, un nombre que nos surgió de inmediato con Juana. Ambos le augurábamos un gran futuro en donde el pasado no estuviera teñido de dolor, venganza ni despecho.

BIBLIOGRAFÍA

Balmaceda, Daniel, *Biografía no autorizada de 1910,* Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

López Marsano, Charo, *¡Viva Yrigoyen! ¡Viva la revolución!: la lucha armada radical en la década infame: 1930-1933,* Buenos Aires, Biblos, 2017.

Sáenz Quesada, María, *La Argentina: historia del país y de su gente,* Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Visillac, Enrique F., *Pioneros de la salud: historia de los hospitales públicos de la ciudad de Buenos Aires,* Buenos Aires, Olmo, 2017.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, desde el lugar de luz en el que se encuentren.

A mi esposo y a mis hijos, por acompañarme siempre en cada novela.

A mis amigas, que, en este tiempo complejo para la escritura, permanecieron ahí apoyándome siempre; gracias.

A cada uno de los lectores, que, con tanto amor y cariño, se acercan a mí para brindarme su afecto, y a aquellos que me hicieron saber que la lectura de mis novelas les permitió sobrellevar mejor el momento difícil que debimos atravesar; gracias. Sin ustedes, nada de lo que escribo tiene sentido; los quiero.

A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)